A hierro y fuego

Las atrocidades de la guerra en la Edad Media



SEAN McGLYNN

TIEMPO DE HISTORIA

CRÍTICA

Sean McGlynn es el autor de *The Invasion of England 1216* (2001) y contribuyó en el *Cassell Atlas of the Medieval World*. Es colaborador regular de las revistas *History Today*, *History Review*, *English Historical Review* y otras publicaciones académicas.

Desmitificando los tópicos con que se nos suelen presentar los tiempos de la caballería, Sean McGlynn, profesor de la Universidad de Bristol, nos descubre en este libro la salvaje realidad de la guerra en la Edad Media: una realidad de trato brutal contra soldados y civiles, de presos masacrados, ciudades saqueadas, campos devastados... Nada de esto era fortuito, sino que estaba encaminado a lograr unos determinados objetivos: figuras históricas que nos han llegado envueltas en un halo caballeresco, como Carlomagno, Saladino o Ricardo Corazón de León, no dudaron en recurrir a las más atroces matanzas para conseguir sus fines. No se trata, sin embargo, de contarnos horrores del pasado, sino de hacernos reflexionar acerca de la naturaleza de la guerra, acerca de problemas que tienen plena vigencia en el siglo XXI. Como ha dicho un crítico: «a diferencia de muchos libros, éste se atreve a decir lo que otros callan».

Sean McGlynn

A hierro y fuego

Las atrocidades de la guerra en la Edad Media

Traducción castellana de
Tomás Fernández y Beatriz Eguibar



Título original: *By Sword and Fire. Cruelty and Atrocity in Medieval Warfare*
Realización: Ātona, SL
Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de la cubierta: © Album / Erich Lessing / Bibliotheque de l'Arsenal, París, Francia

Crítica, S.L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-7423-939-3
Depósito legal: M-11.973-2009
2009 - Dédalo Offset

Sin embargo, por desgracia, la verdad de las atrocidades es notablemente peor que las mentiras que de ellas se cuentan y con las que se las convierte en propaganda. Lo cierto es que ocurrieron. El hecho que frecuentemente se aduce como motivo de escepticismo —que los propios relatos de terror libran una guerra tras la guerra— simplemente hace que resulte bastante más probable que tales relatos sean ciertos. Evidentemente se trata de fantasías muy difundidas, y la guerra ofrece una oportunidad de llevarlas a la práctica ... Estas cosas sucedieron de verdad, ésa es la cuestión que no hay que perder de vista.

GEORGE ORWELL,
«Looking Back on the Spanish War»,
Essays, 1984, p. 219.

Para mi madre y
en recuerdo de mi padre

Prefacio

Cuando se decretó el armisticio a finales de la primera guerra mundial, un conflicto que había dejado más de ocho millones de muertos, el poeta sir Henry Newbolt exhortó a sus lectores con estas palabras, rayanas en la estupidez: «Piensen en las victorias de la caballería». El mito de la caballería ha demostrado gran persistencia. El atractivo del verso de Chaucer «A decir verdad, era un perfecto y gentil caballero»* sigue siendo irresistible por la imagen que transmite: la de un vigoroso combatiente consagrado a los ideales del valor, el honor, la lealtad y la abnegación, plenamente entregado no sólo al servicio de su señor o de su dama, sino también al desempeño de su papel como auxiliador del débil, el anciano, el mozo y el desamparado. La circunstancia de que Chaucer describa a su caballero con tales rasgos se presenta en un primer momento, a ojos de los historiadores militares, como una contradicción en los términos, ya que un gentil caballero no resultaba de excesiva utilidad en el campo de batalla. Chaucer es un autor de la segunda mitad del siglo XIV y escribe en una época en que los estragos causados por la guerra de los Cien Años y los violentos levantamientos campesinos habían provocado una gran conmoción en Inglaterra y Francia por su terrible brutalidad, como veremos. Chaucer era perfectamente consciente de esa barbarie, dado que había podido conocerla, no sólo gracias a sus relaciones con importantes personajes, sino en virtud también de sus viajes por

* Geoffrey Chaucer (*c.* 1349-1400), «Cuento del caballero», en *Cuentos de Canterbury*, varias ediciones; véase por ejemplo la traducción de Jesús L. Serrano Reyes y Antonio León Sendra, Madrid, Gredos, 2004. *(N. de los t.)*

Europa. Su «perfecto y gentil caballero» apunta en realidad a una versión idealizada de la hidalguía, una noción espoleada por los horrores de una guerra endémica y por la inquietud que generaba la agitación social.

Chaucer era el continuador de una larga tradición de autores de la Edad Media que trataban de mitigar los excesos de la guerra medieval invocando los nobles instintos de los caballeros. Este género literario es el objeto que aborda Richard W. Kaeuper en su libro titulado *Chivalry and Violence in Medieval Europe*, publicado en 1999, obra en la que el autor examina los esfuerzos con que los autores medievales trataban de propiciar una reforma mediante el retorno a los auténticos valores de la caballería. No obstante, también es preciso decir que al mismo tiempo otros autores aceptaban con toda calma —cuando no estimulaban directamente— la realización de acciones de guerra contra los civiles, dado que lo consideraban el modo más práctico de alcanzar la victoria. En este sentido, llegaban incluso a justificar tales medidas como actos concordantes con los valores caballerescos. Los pragmáticos dominaron a los idealistas.

Este libro analiza lo que esto vino a significar para el personal civil que tuvo que padecer las guerras de la Edad Media, y expone la lógica que late bajo las atrocidades cometidas —el imperativo militar—.

Empecé a interesarme por el examen de la guerra medieval en Londres hace poco más de veinte años, en una época en que la corriente revisionista de los estudiosos de la historia de los ejércitos medievales se hallaba volcada en la realización de las importantes investigaciones que hoy conocemos. En la actualidad son pocos los que siguen creyendo que en la Edad Media la guerra fuera un asunto presidido por la falta de profesionalidad y de planificación. Sin embargo, aún se considera con excesiva frecuencia que las barbaridades militares de la época no venían a constituir sino estallidos naturales, propios de una época violenta. Las limitaciones de las órdenes de caballería y la realidad de la guerra medieval han sido objeto de excepcionales estudios, como los llevados a cabo por medievalistas de la talla de John Gillingham, Matthew Strickland y Christopher Allmand. Dichos

estudios reciben el merecido reconocimiento en los círculos académicos, y en ocasiones me he inspirado de forma muy notable en el trabajo que cada uno de ellos ha efectuado en su particular área de investigación. Con todo, la naturaleza misma de dichas indagaciones ha obligado a concentrarlas en determinados períodos y regiones, con lo que el público que se ha interesado por ellas ha pertenecido predominantemente a un estrecho ámbito académico. (Vale la pena resaltar aquí de forma especial el sobresaliente texto de Matthew Strickland titulado *War and Chivalry: The Conduct and Perception of War in England and Normandy, 1066-1217*, Cambridge University Press, 1996, entre otras razones por el nada desdeñable motivo de que la investigación —que en su origen constituyó el objeto de una tesis doctoral— ha adoptado finalmente forma de libro, aunque se trate, como digo, de una obra destinada a un público académico.)

En el presente trabajo trato de exponer de forma accesible los hallazgos de las investigaciones recientes, incluidas las mías propias, de manera que lleguen a un público más amplio. El texto se propone asimismo demostrar claramente que las crueldades medievales no fueron un simple corolario de la existencia de soldados poco disciplinados dispuestos a saciar su sed de sangre, ni un puñado de actos aborrecibles cometidos por una serie de reyes aberrantes impulsados por un temperamento despiadado. Expongo detalladamente esas salvajadas en el marco de su contexto —tanto el inmediato como el más general—, un contexto que pertenece al ámbito de lo militar. Por su alcance geográfico y cronológico —que abarca la totalidad de la Edad Media y del mundo latino e incluye las campañas de los cruzados en Oriente Próximo—, creo que, en su género, éste es el primer libro que aborda tan importantes cuestiones.

La ferocidad de la guerra medieval es asunto que se reconoce y comprende de manera general. Sin embargo, la idea de que la caballería era una fuerza relevante e influyente en los conflictos de la Edad Media ha logrado perdurar de algún modo y permanece a pesar de esta clara conciencia, yuxtaponiéndose a la anterior noción con aparente comodidad. En *A hierro y fuego* muestro que estas nociones, que mal pueden considerarse compatibles, no reflejan la realidad de aque-

llos tiempos. En lo tocante a los aspectos prácticos de la guerra, se ha dedicado excesiva atención a las órdenes de caballería. Éstas no constituían sino una pequeña parte de la guerra medieval. Para los civiles era una faceta de la guerra tan poco significativa que resultaba intranscendente. No obstante, como ha mostrado Malcolm Vale en su importante estudio titulado *War and Chivalry: Warfare and Aristocratic Culture in England, France and Burgundy at the End of the Middle Ages* (1981), la caballería continuó siendo a lo largo de todo el período medieval (con notables excepciones, como expondré) un instrumento práctico y flexible para la nobleza —enfrascada en sus empeños bélicos—, mientras que a los ojos de los civiles siguió siendo, como espero mostrar, casi tan irrelevante como siempre. La caballería constituyó un objeto de culto y un código para una pequeña élite: no fue concebida como un cuerpo al servicio de las masas en guerra, ya estuvieran integradas éstas por soldados corrientes o por civiles.

Este libro, por tanto, no se ocupa de la caballería sino de la guerra, e indagará tanto en las realidades del conflicto como en la significación que éste tenía para los no beligerantes. El capítulo que aborda las crueldades perpetradas contiene una introducción en la que explico brevemente cómo se llevaban a cabo las principales operaciones de la guerra —las batallas, los asedios y las campañas—, así como el papel que desempeñaban dichas acciones en el marco de la estrategia bélica general. De este modo, el trasfondo de la barbarie podrá comprenderse a la luz del impulso fundamental: el dictado por el imperativo militar.

También trato de resaltar algo que no es menos importante: que las atrocidades que describen los cronistas medievales no eran un simple producto del desahogo emocional de unos monjes aficionados a la hipérbole y sumergidos en el simbolismo bíblico y religioso. Antes al contrario, pese a las indudables exageraciones que jalonan muchos de estos relatos, se trata de textos que reflejan la realidad y la brutalidad de la guerra medieval, una violencia que emanaba del hecho de que los grandes personajes del mundo de la caballería no dudaran en materializar sus objetivos militares por todos los medios que consideraran necesarios, por sangrientos que fuesen.

Nada más terminar de escribir este libro comencé a leer los ensayos de George Orwell. En sus reflexiones acerca de la guerra civil que conmocionó a la sociedad española en la década de 1930 comenta con su habitual lucidez y perspicacia los relatos en que se expone la saña de la contienda. Dichos comentarios aparecen reproducidos en el frontispicio de esta obra, ya que reflejan perfectamente sus conclusiones.

Sean McGlynn
Octubre de 2007

Agradecimientos

Un primer libro es habitualmente el que más carga de agradecimientos lleva. No voy a romper con esta tradición. Desde el punto de vista académico, es obvio que debo mucho a mis docentes. Debo decir, en orden cronológico aproximadamente inverso, que he tenido la fortuna de estudiar historia medieval con los profesores y profesoras Peter Cross, John Gillingham, Janet Nelson, R. Allen Brown, David D'Avray y Christopher Harper-Bill. También he tenido ocasión de realizar fructíferas y muy entretenidas incursiones en el mundo del siglo XVI y en el ámbito de la enseñanza bajo la tutela y guía de la doctora Susan Doran, el doctor Michael Ryan y, al principio de todo, el señor Tom Moran —que quedará muy sorprendido si este libro llega a caer en sus manos, pero la verdad es que fue su pequeña biblioteca de Elton, Elliot, Hale y Parker, biblioteca que tuve oportunidad de consultar durante los dos últimos años de mi enseñanza secundaria, la que me ayudó a arrancar en este campo—.

Con el transcurso del tiempo, pese a haberme ocupado principalmente de otras muchas distracciones, me he beneficiado en gran medida de la ayuda y los penetrantes juicios de muchos medievalistas, ya fuera por las conversaciones que pude mantener con ellos, porque me invitaran a dar alguna charla en seminarios y conferencias, o gracias al intercambio de cartas y a la posibilidad de acceder por adelantado a alguna de sus inminentes publicaciones. Entre quienes así me ayudaron debo mencionar a Andrew Ayton, Matthew Bennett, David Crouch, John France, Alexander Grant, Len Scales, Matthew Strickland y Bjorn Weiler.

He de aprovechar esta oportunidad para agradecer a la editorial la paciencia que ha mostrado conmigo a lo largo de unos años difíciles que han causado inevitables retrasos en la culminación de este libro. Creo que fue Bismarck el que dijo que «la fuerza de los acontecimientos se impone a los planes de los hombres». También le estoy muy agradecido a George Moore por su estudio.

Muchas de las deudas personales que he contraído son aún mayores. Mis amigos han tenido que soportar durante largo tiempo mis declaraciones, ya que ha sido frecuente que les asegurara que ya tenía prácticamente completados mis proyectos aunque luego su concreción se prolongara. A pesar de ello nunca han dejado de ofrecerme unas veces su ayuda concreta y otras toda una serie de ocasiones, extremadamente bienvenidas, en las que poder recargar las pilas. Recuerdo aquí a Stephen Forrow, cuya nada desdeñable contribución consistió, entre otras cosas, en brindarme su agradabilísima hospitalidad en el centro de Londres, a la que no faltó el detalle de litros y más litros de té (gracias también a Kirsty); a Robert Purves, que ha sido para mí una alentadora inspiración, ya desde los tiempos en que preparábamos nuestra tesina de letras en el King's College; nunca podré insistir lo suficiente en la importancia de su apoyo, dado que además de ser un espléndido anfitrión me ofreció una magnífica orientación histórica, no sólo en cuestiones relativas a Canadá sino también a Estados Unidos (pienso regresar para cobrarme las alitas de pollo que me debes); al doctor Anthony Cross, que siendo uno de los tipos más campechanos de Oxford, siempre tiene la simpatía y el té a mano, servidos con una gran dosis de sentido común e ilustrada ciencia; y a Stephen Rigby(ski), pedagogo internacional sin parangón, hombre inconformista y malhumorado jeremías de *Weltanschauung* perturbadoramente similar.

Lo que me resulta más grato es la posibilidad de expresar mi reconocimiento a los desvelos de la familia. Sam, Maddy y Jenny May (véanse más arriba las entradas correspondientes a «otras muchas distracciones» e «inevitables retrasos») son realmente tan encantadoras como la gente dice; y Marie ha procurado siempre animarme en mi trabajo y también se asegurado de que conservara la perspectiva

de las cosas. Mi familia será siempre la asociación de la que más orgulloso me siento, y la que más me llena. Gracias.

Nada de esto habría sido posible sin el constante apoyo y la increíble generosidad de mis padres a lo largo de las dos últimas décadas. Por desgracia, mi padre no ha podido ver terminado este libro. Espero que mi madre lo acepte, junto con su dedicatoria, como muestra de mi eterna gratitud.

Una nota sobre las fuentes

Siempre que me ha resultado posible he empleado las traducciones más accesibles que he logrado encontrar de las fuentes medievales originales. Consciente de los prohibitivos costes de muchas de las versiones académicas de esas obras, he tratado de incluir la disponibilidad de los textos y su precio asequible entre esos criterios de accesibilidad. De cuando en cuando esto ha implicado tener que citar alguna traducción un tanto anticuada de las fuentes, razón por la que a menudo me he animado a actualizarlas y modernizarlas con la esperanza de introducir en ellas mejoras que faciliten la comprensión del lector moderno. En los casos en que no existe traducción de tipo alguno —y muy en concreto en los casos de Rafael de Coggeshall, de Guillermo el Bretón y del escrito conocido como Anónimo de Bethune*—, me he ocupado de incluir personalmente una en el texto.

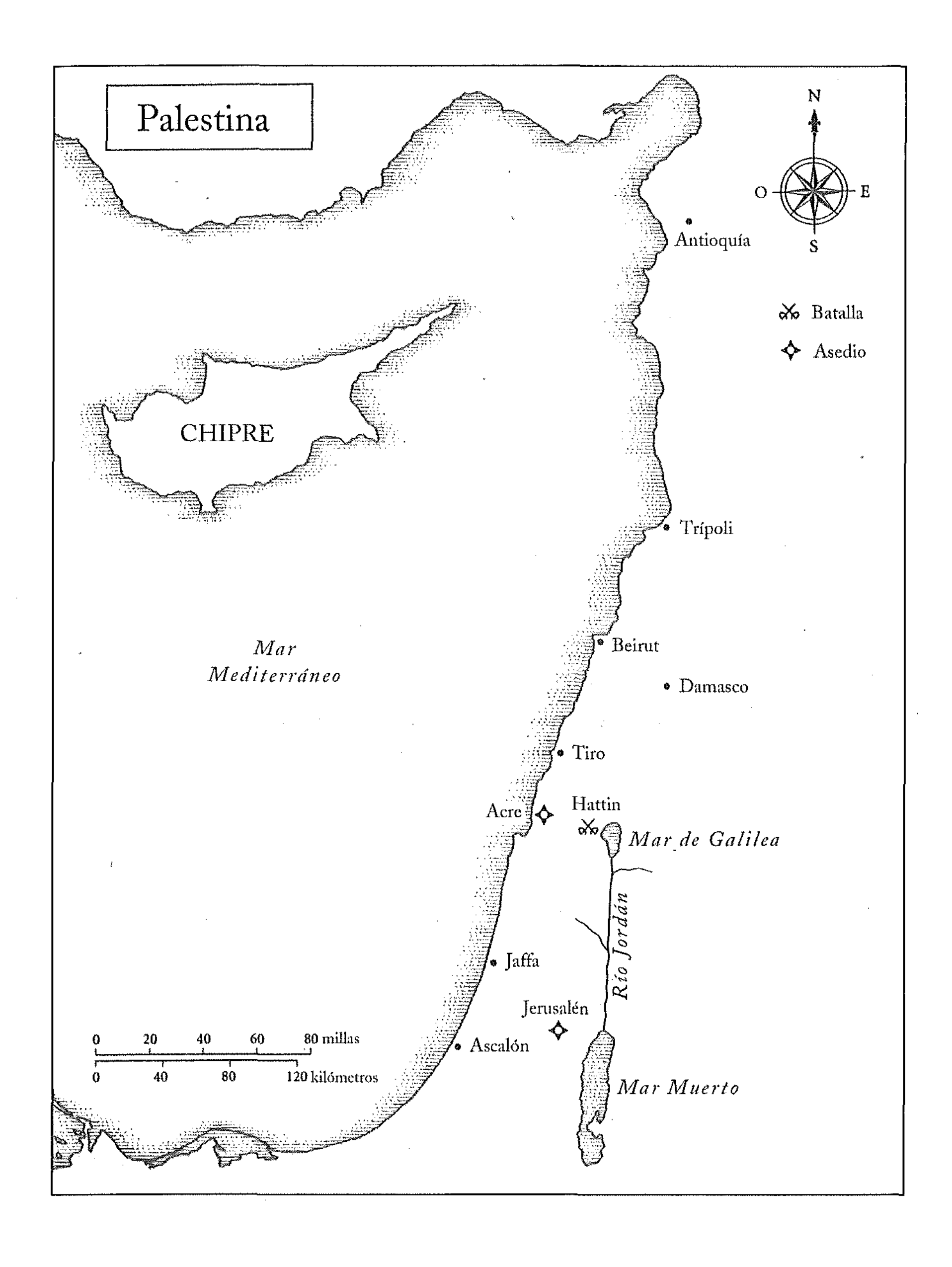
Los nombres —sean toponímicos o de otra naturaleza— han sido en buena medida convertidos a una sonoridad española, transformándose por ejemplo el «*of*» en «de». Muchas de las denominaciones históricas presentan notables variantes (Sweyn, Swein, Svein, Sveinn, Sven); en esos casos me he ajustado a una norma: la de optar por la forma más reconocible para el idioma castellano.**

* Crónica de la batalla de Bouvines escrita por un miembro del séquito de Roberto de Bethune, uno de los nobles que participó en el choque, junto al rey de Francia, el duque de Borgoña, el conde de Beaumont y otros nobles. En dicho enfrentamiento, el monarca francés Felipe II, conocido también como Felipe Augusto (1165-1227), derrotó en 1214 a la coalición formada por Juan sin Tierra, Fernando, conde de Flandes, y el emperador germánico Otón IV. *(N. de los t.)*

** Se trata de Svend I (960-1014), rey vikingo de Dinamarca y Noruega, padre de Canuto II, que añadió a los dominios de su padre el reino de Inglaterra (donde ejerció el poder entre los años 1016 y 1035). *(N. de los t.)*


Las islas Británicas
N
O
E
S
ESCOCIA
Océano
Atlántico
Batalla
Asedio
Berwuck
Mar
del Norte
Durham
York
Towton
IRLANDA
Mar de
Irlanda
Dublín
INGLATERRA
Chester
Lincoln
Waterford
GALES
Ely
Tewkesbury
Londres
Bristol
Rochester
Exeter
0
50
100
150 millas
0
80
160
240 kilómetros


Europa Occidental
N
O
E
S
Mar
del Norte
Towton
Waterford
Lincoln
Tewkesbury
Verden
Agincourt
Maguncia
Océano
Atlántico
Château Gaillard
París
EUROPA
Angers
Múnich
Limoges
Lyon
Brescia
Burdeos
Génova
Tolosa
Beziers
Carcasona
Roma
Madrid
Valencia
Mar Mediterráneo
ÁFRICA
0 100 200 300 400 500 millas
0 200 400 600 800 kilómetros
Batalla
Asedio


Palestina
N
O
E
S
Antioquía
Batalla
Asedio
CHIPRE
Trípoli
Beirut
Mar
Mediterráneo
Damasco
Tiro
Acre
Hattin
Mar de Galilea
Río Jordán
Jaffa
Jerusalén
0 20 40 60 80 millas
0 40 80 120 kilómetros
Ascalón
Mar Muerto

1
Violencia

Introducción

El 12 de febrero de 2002, Carla del Ponte, fiscal jefe del tribunal de La Haya para la investigación de crímenes de guerra, acusó a Slobodan Milosevic, el ex dirigente de Serbia, de «salvajismo medieval» por el papel que el reo había desempeñado en la nauseabunda carnicería que hizo desaparecer la antigua Yugoslavia en la década de 1990. Como había contemplado el desarrollo de aquella guerra en la televisión, en unos años que también habían sido testigos del genocidio de Ruanda, me chocó el escaso número de aspectos de la práctica bélica que habían cambiado en el curso de la historia mundial. He cuestionado a menudo la idea aceptada de que a principios de la era moderna Europa haya vivido una revolución militar, pero me sentía más inclinado a creer que quizá la nueva revolución militar de finales del siglo xx, con su empuje tecnológico, señalara realmente un punto de inflexión en los usos bélicos. Sin embargo, a lo que asistía en la antigua Yugoslavia, era a unas escenas de guerra que ya habían quedado descritas en las páginas de las crónicas medievales: asedios, como el de Sarajevo, en los que las tropas serbias empleaban burros para abastecer a los soldados acantonados en las colinas que circundan la ciudad sitiada. Asaltantes que, desde la altura de esos oteros, lanzaban misiles sobre una población predominantemente integrada por civiles. Campiñas desoladas tras haberse abierto paso a través de ellas los soldados —incendiando, matando, robando y violando—. Columnas de humo que flotaban sobre los pueblecitos

como penachos indicadores de los puntos en que se expulsaba de sus hogares a las familias, por generaciones enteras, como consecuencia de una deliberada política de limpieza étnica. Y masacres, principalmente en Srebrenica, donde se asesinaba a centenares de hombres y muchachos musulmanes. Los paralelismos resultaban asombrosos: daba la impresión de que en la práctica de la guerra no había nada nuevo bajo el sol, un sol teñido de sangre.

Algunos de los estudiosos de la Edad Media tienden a suavizar las afirmaciones y las acusaciones que comúnmente se escuchan y que denuncian ese «salvajismo medieval». Los análisis textuales a que son sometidas las crónicas medievales suscitan objeciones relacionadas con los motivos de las fuentes de la época. La mayoría de los registros y los anales eran obra de monjes y eclesiásticos. ¿Cabe dudar de que esos autores hayan exagerado el lamentable estado de cosas de su tiempo a fin de propiciar mejor sus intereses de casta? Se trataba de hombres de Dios que oraban para que preponderase la paz y que los reinos se ajustaran a un buen orden. La anarquía y la guerra constituían un castigo divino y el dictamen con el que Dios perseguía a los pueblos malvados por haberse desviado del sendero de la rectitud y la santidad. Con cínico retorcimiento, se defendía que la guerra había de realizarse a expensas de esos mismos pueblos y clérigos, ya que se esperaba que proporcionaran hombres, dinero, alimento y transporte para los ejércitos; además, tanto los habitantes de las zonas en guerra como los monasterios y las iglesias del lugar sufrían el ataque de las tropas que merodeaban por los alrededores en busca de botín y vituallas. Más aún, han argumentado algunos medievalistas: ¿qué podían saber de la guerra aquellos hombres que habían abrazado los hábitos, aislados del mundo en el enrarecido ambiente de sus claustros? (Pues en realidad bastante, como habremos de descubrir.) Se pasaban el tiempo entonando cánticos y elaborando manuscritos bellamente iluminados, abrumados por el desconsuelo y los lamentos, y quienes escribían las crónicas eran amanuenses tímidos, histéricos incluso, con demasiada tendencia a exagerar.

Este punto de vista es una rara forma de cronocentrismo inverso. Si a finales del siglo XX y principios del XXI contemplamos con una

indignación moral que reflejamos en nuestros escritos los horrores que se perpetran y que nos conmueven hasta la médula, ¿por qué habrían de encontrarse en una situación distinta las gentes de la Edad Media? En aquella época, la sociedad se mostraba cotidianamente más violenta, y la peste, las enfermedades y la hambruna hacían de la muerte una realidad omnipresente; con todo, ese panorama no volvía a la población de Europa inmune al sufrimiento, ni disminuía la perturbación que pudiera sentir la gente al enfrentarse a una violencia aleatoria y arbitraria. Sugerir cualquier otra posibilidad es adherirse a un cronocentrismo aún más predominante: el de que la modernidad es siempre mejor, más compasiva y civilizada, y representa invariablemente una mejora respecto del pasado. Esta neofilia ha conducido a una noción ridícula que ha dominado durante largo tiempo los círculos académicos, pero que finalmente está siendo desterrada gracias al efecto combinado de la investigación rigurosa y el sentido común: la de que con anterioridad a los inicios de la época moderna, los padres no manifestaban hacia sus hijos un vínculo emocional tan fuerte como el actual. La justificación de semejante sinsentido ha sido que la pobreza, los padecimientos, el hambre y la mortalidad infantil forzaban a los padres a relajar sus lazos sentimentales, dado que eran muy magros los réditos que recibía su inversión emocional. En otras palabras, se quería menos a los hijos porque los padres no podían permitirse el lujo de vivir la angustia de unas pérdidas frecuentes. Esto es algo contrario a la naturaleza humana. Pues bien, de manera similar, no debemos dejar que los relatos en que se nos narran los actos de brutalidad que mencionaremos en este estudio pierdan su punzante filo por efecto del desgaste de los siglos. La muerte no se atiene a las leyes de la oferta y la demanda. No queda devaluada ni siquiera en un mercado inundado por su presencia. Cuando abordemos el temor que experimentaban los soldados medievales al enfrentarse a un peligro mortal no deberemos considerarlo menos real que el que pudieran sentir hoy.

Entonces, ¿por qué era tan violenta la sociedad medieval? ¿Por qué la gente ordinaria exigía espectáculos de mutilación y reclamaba ejecuciones? ¿Se volvían sádicos a causa de la índole de su entorno y

de la dureza de su condicionamiento? En este capítulo expondremos que estos impulsos se hallaban en gran medida motivados por el miedo que inspiraba la aleatoriedad de la violencia, y veremos que el deseo de estabilidad era lo que moldeaba los planteamientos sociales. En los siguientes capítulos se debatirá y analizará por tanto cómo y por qué tenía lugar la comisión de atrocidades en la guerra medieval, en un entorno de máxima violencia. Nuestro objetivo consiste en explicar por qué se produjeron esas barbaridades, lo que no significa que las disculpemos o les proporcionemos justificación, sino, antes al contrario, implica sacar a la luz el razonamiento militar en que se sustentaban. Este libro aspira asimismo a mostrar de qué modo la práctica bélica, pese a las pretendidas «revoluciones» y los indiscutibles avances tecnológicos, a veces verdaderamente grandes y bruscos, sigue enviscada en una perenne miseria. Los efectos del caos de la guerra nunca se limitan a los soldados que bregan en el campo de batalla. Una vez que se ha desatado la irresistible y monstruosa fuerza de Marte, el aplastamiento es lo único que aguarda a todo aquel que se interponga en su camino. Como ha señalado una autoridad en el estudio de la guerra moderna: «La violencia organizada genera su propio impulso».[1]

En términos geográficos, este libro centra su atención en Inglaterra y Francia —aunque no se interesa exclusivamente por lo que sucede en esos países—. Se ocupa asimismo de aquellos acontecimientos bien documentados que permiten utilizar confiadamente las fuentes probatorias de cada época en cuestión y examinarlas con detalle. Dado que el objetivo del libro es antes la explicación que la condena, me he considerado en buena medida liberado de la carga de desplegar pruebas que repartan explícitamente las respectivas cuotas de responsabilidad moral. Y como es el caso que incluso los repulsivos acusados de los juicios de Núremberg fueron capaces de presentar una cierta forma de defensa, es claro que resultaría aun mucho más difícil procesar con plenas garantías a los criminales de guerra de la época medieval, habida cuenta de la limitada documentación. (Poco a poco se observará que las disputas surgidas a raíz de situaciones debidas a motivos militares comenzaron a zanjarse en las

nacientes Cortes de caballería a medida que avanzaba la Edad Media.) Ni siquiera en el siglo xx habría bastado la manifiesta culpabilidad de Milosevic para garantizar que se le condenara por todos los cargos imputados, y el fallo tampoco habría procurado satisfacción a todos. Y como sabemos, en lo que es ya circunstancia común a muchos criminales de guerra, el «Carnicero de los Balcanes» eludió el pronunciamiento judicial y la sentencia al fallecer de muerte natural en el año 2006.

Para ilustrar este extremo de la culpabilidad podemos retroceder exactamente mil años desde las fechas del juicio a Milosevic hasta el infame día de la Masacre de san Brice en la Inglaterra anglosajona. En un contexto dominado por la guerra entre anglos y daneses y por el pago de tributo a los vikingos, el rey Etelredo II de Inglaterra (el «Indeciso»), según refiere la Crónica anglosajona, «dio orden de aniquilar a todos los daneses que se hallaran en Inglaterra ... porque el rey había tenido noticia de que planeaban arrebatarle la vida de forma traicionera, y de que se pasaría igualmente por las armas a sus consejeros, para así apoderarse de su reino».[2] Enrique de Huntingdon, autor que escribe un siglo después, confirma la masacre sobre la base de una tradición oral fundada a su vez en las declaraciones de los testigos presenciales: «Por lo que hace a este crimen, siendo niño oí a algunos hombres muy ancianos decir que el rey había enviado cartas secretas a todas las ciudades, y que en ellas se decía que los ingleses debían elegir entre mutilar con la espada, en un mismo día y hora, a todos los desprevenidos daneses, o irrumpir súbitamente en su presencia, en esa misma fecha, para hacerlos prisioneros y conducirlos a la hoguera».[3]

La matanza presenta los tintes de un grave acto de genocidio, aunque los historiadores no están seguros del alcance que pudo haber tenido en realidad este pogromo. Para empezar, más de una tercera parte de Inglaterra se hallaba sujeta al control de los daneses, que dominaban, entre otras, las ciudades de York y Lincoln, así que la disposición de Etelredo no se llevó a efecto en esas plazas. De hecho, sólo de Oxford nos llegan pruebas concluyentes de la degollina, ya que allí fue donde los daneses buscaron refugio en vano, en la igle-

sia de Santa Fredesvinda. Parece que, en su mayor parte, las principales víctimas fueron los nuevos comerciantes y los mercenarios. Sólo ha quedado constancia del nombre de dos de los asesinados. La tradición sostiene que se trataba de un matrimonio, el formado por Pallig y Gunilda, lo que ha incitado a algunos historiadores a considerar que la matanza apenas fue otra cosa que una ejecución política. Pallig, capitán de navío danés, había roto su juramento de lealtad a Inglaterra y asolado la costa meridional del país. Gunilda, hermana del rey Svend de Dinamarca, se hallaba en Inglaterra en calidad de rehén diplomático. Con todo, dado que se trataba de personajes de alto rango, era de esperar que se anotaran sus nombres: los cronistas medievales no se ocupaban de los nombres (desconocidos) de las órdenes inferiores. Una de las últimas cédulas del rey Etelredo alude a la eliminación generalizada de los daneses. Al año siguiente, Svend, posiblemente por vengarse en parte de la muerte de su hermana, realizó incursiones que le llevaron a penetrar profundamente en Inglaterra. Está claro que en el sur de esta región se ejerció en el año 1002 una violencia letal sobre algunos daneses, pero no sabemos con seguridad si la matanza constituyó un crimen político concretado en un asesinato en masa, un ataque preventivo contra una potencial quinta columna, la ejecución legal de un traidor y de un pequeño número de rehenes, o un estallido local de prejuicios milenaristas y odios étnicos exacerbados por factores económicos. Es probable que todos esos elementos se hallaran en cierta medida presentes. Sin embargo, el factor subyacente más significativo es el papel del rey al desatar la violencia contra un grupo determinado. La magnitud y la certidumbre que suscitan las atrocidades a las que pasaremos revista en este libro están mucho más claras que las de este ejemplo, pero podremos observar que sus móviles son igualmente diversos.

Crimen y castigo

La sociedad medieval era una sociedad violenta, y estaba organizada para la guerra. A algunos historiadores lo que les ha asombrado no es

tanto su violencia como los períodos de paz que conoció. De cuando en cuando se producían fases de relativa calma. En términos comparativos, la Inglaterra del siglo XIII, del año 1220 en adelante, aproximadamente, puede equipararse en muchos aspectos a la del siglo XIX. En los años centrales de sus respectivos siglos, ambas épocas se vieron sumidas en episodios bélicos —la guerra de los barones y el conflicto de Crimea—, pero por lo demás no hubo contiendas militares de gran envergadura que vinieran a convertirse en la gran preocupación de la gente. No obstante, en ambos casos, los siglos posteriores parecieron querer recuperar el tiempo perdido, ya que tanto la guerra de los Cien Años como las dos Guerras Mundiales fueron una negación más que completa del anterior sosiego. Puede que la Inglaterra del siglo XIII fuese un remanso de paz, pero desde luego no cabe decir otro tanto de la Gran Bretaña de ese mismo período. Las guerras fronterizas en las lindes de las tierras celtas habían entrado en una espiral caracterizada por la creciente perpetración de brutalidades. Sólo en el año 1230, las crónicas nos refieren los siguientes episodios: una emboscada en la que se degolló a veinte mil soldados irlandeses (la cifra es obviamente exagerada); la decapitación de unos prisioneros galeses, rematada con el envío de sus cabezas al rey inglés; y, como venganza por esta fechoría, el príncipe Llywelyn II de Gales lanzó una serie de furiosas incursiones, perforando por varios puntos la frontera con Inglaterra, incursiones en las que se le acusó de no dar cuartel a nadie y de haber llegado incluso a quemar vivas a mujeres y a chiquillas que se habían acogido a sagrado. Por consiguiente, ni siquiera en este «pacífico» siglo quedaron desterradas la guerra y las muertes violentas. Hasta en los períodos de paz relativa la guerra figuraba permanentemente entre los primeros desvelos de un monarca.

No toda la sociedad estaba militarizada, pero las cuestiones militares afectaban a la totalidad de los aspectos sociales. En Inglaterra, por ejemplo, todos los hombres (y todos los muchachos que superaran la edad de doce años) podían ser reclutados cuando se producía una llamada a filas en épocas de peligro para el país. Una vez lanzado, se esperaba que respondieran al llamamiento todos aquellos que

fuesen físicamente capaces de portar armas. Ante los que no se presentaran se abría una vida de servidumbre y de villanía (es decir, la degradación de un vasallo a la condición de siervo). También se organizaban milicias locales y municipales, como las que se encargaban de defender Londres o de vigilar la costa a fin de prevenir una invasión. El Edicto de Armas de Enrique II organizó en 1181 este tipo de milicias sin establecer distinción entre elementos feudales y no feudales. En el siglo XIII, se decretó en Inglaterra la obligatoriedad de la práctica de la arquería con diana, y puede decirse que los estatutos de Winchester de 1285, así como los de Cambridge de 1388, no fueron sino sendos empeños de la corona, decidida a tratar de obligar a los hombres y a los jóvenes a entrenarse con arcos y flechas. En la Europa continental se imitaron estas reformas, especialmente a raíz de las exigencias motivadas por la guerra de los Cien Años. De este modo, los gobernantes promulgaron leyes que apartaban a sus súbditos de las competiciones lúdicas para orientarles hacia objetivos de carácter más marcial: Carlos V de Francia prohibió todos los pasatiempos que no guardaran relación con la instrucción militar, y Jaime I y Jaime II de Escocia proscribieron el fútbol y el golf.

A la sombra de los castillos, aquellas formidables fortalezas que dominaban el paisaje como símbolos de poder y autoridad, los campesinos trabajaban los campos con aperos agrícolas que podían convertirse fácilmente en armas. En caso de que alguna disputa se volviese violenta, esos utensilios estaban siempre a mano, así que la tasa de asesinatos era muy elevada. Era fácil recurrir a soluciones agresivas en una época en que no existía en las localidades ninguna fuerza de policía que rondara las calles y en que la apelación a los tribunales podía resultar prohibitivamente cara.

Tal vez la obra que mayor influencia haya ejercido sobre las modernas percepciones de la violencia en la Edad Media sea el célebre libro de Johan Huizinga titulado *The Waning of the Middle Ages* (1919)*, sobre cuyo primer capítulo campea el siguiente encabeza-

* Hay traducción castellana: *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre la forma de vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, traducción de Alejandro Rodríguez de la Peña, Alianza, Madrid, 2008. *(N. de los t.)*

miento: «El violento tenor de la vida». Huizinga pinta un colorido retablo, aunque sangriento, de la vida a finales de la Edad Media: la suya es una Europa de leprosos y mendigos deformes, de procesiones de individuos que se flagelan a sí mismos, y, sobre todo, de ejecuciones públicas anunciadas con fanfarrias y abundante pompa ceremonial. Estas ejecuciones eran «exhibiciones espectaculares dotadas de moraleja, puesto que para los crímenes horribles la ley ideaba atroces castigos». Lo más importante a los ojos de la justicia era dar con un escarmiento apropiado que estuviera a la altura del delito: de este modo, lo que aguardaba a todo pirómano era morir en la hoguera. Sin embargo, la emotividad humana podía mitigar la dureza del correctivo. La alocución final de los condenados podía hacer que se les saltasen las lágrimas a cuantos componían la muchedumbre que se congregaba para asistir a la ejecución de la sentencia judicial. Una de las víctimas del terror que sembraron los borgoñones en el París de 1411 rogó al verdugo que iba a ahorcarle que lo abrazara, petición de la que fue testigo una «gran multitud de gente, y casi todos lloraron a lágrima viva». Huizinga explica que el crimen constituía «una amenaza para el orden y la sociedad, además de un insulto a la majestad divina», y que era por tanto «natural que la baja Edad Media se convirtiera en un período de especial crueldad judicial» —en referencia a los severos castigos, deliberadamente aterradores y retorcidos, que se imponían a los malhechores—.[4] La implicación de las gentes en el orden social estimulaba en ellas un sentimiento de exultación y entusiasmo en relación con cualquier medida que pusiera fin a todo aquello que se percibiera como una amenaza a dicho orden. Las crónicas medievales nos dicen que se pagaba dinero para contar con bandidos a los que poder descuartizar y sacrificar ante una turba local expectante, como una especie de transferencia mercantil aplicada al ámbito de las ejecuciones. En un ahorcamiento ocurrido en París en 1427, un alto funcionario, no contento con soltar una arenga a la víctima y negarle una última confesión ante el cura, agredirá físicamente, presa él mismo de un arrebato de santurronería, no sólo al condenado, sino también al verdugo (por haber aceptado una reconciliación espiritual). El ejecutor, desconcertado por los acontecimientos, realiza

chapuceramente el ahorcamiento; la cuerda se parte y el condenado cae al suelo, fracturándose varias costillas y una pierna. Después le obligan a arrastrarse sin ayuda hasta el cadalso para terminar de ejecutar la sentencia.

Huizinga refiere que la sociedad tardomedieval había sufrido el deterioro de los antiguos ideales vigentes en la edad de oro de la caballería, una época en la que la preocupación por la justicia y la clemencia ocupaban un lugar más elevado en la conciencia del hombre medieval. Aunque no yerre al atribuir un «violento tenor» a la vida medieval, Huizinga se equivoca al juzgar que se trataba de un fenómeno propio del período tardomedieval. Nunca hubo una edad de oro de la caballería, como demostrarán las crónicas que hemos de citar en este libro. Y tampoco puede decirse que la sociedad de la alta Edad Media fuese de un carácter mucho menos brutal. Si tomamos el lapso de tiempo correspondiente a la totalidad de la Edad Media, observando lo que ocurre en distintas épocas y lugares, veremos que el predominio de la violencia crece unas veces y mengua otras, pero no observaremos nada que pueda equivaler a una edad de oro ni a nada que se le parezca. En relación con un celebérrimo caso de finales del siglo VI, Gregorio de Tours nos transmite el relato de Sichar y de Austregisilo. El criado de un sacerdote es asesinado en una noche de borrachera. Como el cura era amigo de Sichar, éste y sus seguidores se levantan en armas para vengarse, pero son derrotados por el contingente de Austregisilo. Sichar sale maltrecho de la refriega, pero logra escapar, aunque abandonando a sus partidarios heridos en casa del sacerdote, donde son pasados a cuchillo por los hombres de Austregisilo, que no contentos con la matanza se llevan todos los objetos de valor que encuentran. Más tarde Sichar recuperará por la fuerza lo robado, matando no sólo a un tal Auno, en cuyo domicilio se almacenaba el botín, sino también a su hijo, a su hermano y a algunos esclavos. Otro de los hijos de Auno, Cramnesindo, juró venganza y rechazó la intercesión conciliadora que le ofrecía el obispo Gregorio a modo de compensación. Con el correr del tiempo crecieron las proporciones de la enemistad surgida, y ambas familias sufrieron heridas y mutilaciones, hubieron de encajar la muerte de

partidarios y esclavos, y vieron incendiados sus hogares. Al final se dictó una solución legal para poner término al enfrentamiento entre ambas familias y se restableció la paz. Las dos casas se reconciliaron y reanudaron su costumbre de relacionarse en torno a una buena mesa y grandes dosis de bebida. Sichar, probablemente ebrio, hizo el torpe comentario de que Cramnesindo debía estarle agradecido por haber matado a sus parientes, dado que las subsiguientes indemnizaciones y herencias le habían convertido en un hombre rico. Por tan enorme falta de tacto, Cramnesindo obsequió a Sichar con un hachazo en la cabeza. Después, el ofendido colgó el cadáver de su enemigo de uno de los postes del cercado de su casa.

Este tipo de contiendas privadas se redujeron durante la Edad Media central, aunque únicamente para resurgir con renovado ímpetu en la Europa posterior a la Peste Negra, lo que refleja la existencia de un lapso de tiempo a caballo entre la alta y la baja Edad Media en el que la influencia de un gobierno comparativamente fuerte logró erradicar cualquier mengua de su posición predominante. No obstante, esto no significó una reducción de la violencia local o judicial. Lo importante a los ojos de la totalidad de los elementos sociales ha sido siempre, en todas las épocas, la diferencia entre la violencia legítima y la ilegítima, a lo que se añade la necesidad de que la primera consiguiese suprimir a la segunda. De quienes ejercían el poder se esperaba que practicaran la violencia a fin de garantizar el orden social, en lo que vendría a ser una especie de forma preweberiana de violencia consentida, destinada a materializar la estabilidad social. Tenía poco sentido que los aldeanos confiasen la salvaguarda de sus hogares y enseres a la indulgente naturaleza de un grupo de bandidos dedicados al merodeo: era mucho mejor que las autoridades los ahorcaran, mandando así un claro mensaje disuasorio a otros maleantes, además de evitar, obviamente, que aquella particular tropa malhechora diera en causar nuevos problemas.

Aunque en ámbitos reducidos, es frecuente considerar que la sociedad medieval se encuadra en tres órdenes principales: el de los *bellatores*, el de los *oratores* y el de los *laboratores* —esto es, los que se dedicaban a combatir, los que se consagraban al rezo, y los sujetos al

trabajo—. Es característico que al pensar en el último de estos estamentos se tenga en mente al campesinado, pero lo cierto es que también comprendía a las clases medias y mercantiles. Al analizar la violencia medieval tendremos ocasión de ocuparnos de todos estos planos: el de la Iglesia, en razón de sus opiniones, sus prácticas y sus intentos de poner límite a la violencia; el de los combatientes, a causa de las imágenes vinculadas a la condición regia, el control político y el ejercicio y la cultura de la guerra; y, sobre todo, el de los *laboratores*, en virtud de su actitud respecto a la violencia criminal y de lo expuestos que se hallaban a sus efectos.

En la Edad Media, la violencia visible era omnipresente, tanto en forma de escarmiento como de amenaza. El clásico estudio de Barbara Tuchman titulado *A Distant Mirror: The Calamitous Fourteenth Century*,* publicado en 1978, lo deja espantosamente claro:

> En los tormentos y castigos de la justicia civil se tenía la costumbre de cortar las manos y las orejas, además de someter al cuerpo del reo al potro de tortura, o de quemarlo, desollarlo o descuartizarlo. En la vida cotidiana, era habitual que los transeúntes contemplaran la flagelación de algún criminal con una cuerda de nudos, o que le vieran de pie, cargado de cadenas y preso en un collar de hierro. Pasaban frente a los cadáveres que pendían de la horca y junto a las cabezas decapitadas y los cuerpos desgarrados empalados en estacas fijadas a las murallas de la ciudad. En todas las iglesias podían observar cuadros de santos y santas sometidos a distintas clases de horrendos martirios en los que era frecuente ver chorrear la sangre —asaeteados, traspasados por lanzas, abrasados o con los pechos cortados—.[5]

Los entretenimientos también eran muy a menudo violentos. En ocasiones, como en la actualidad, la violencia estallaba con ocasión de un acontecimiento deportivo. A principios del siglo XIII, Rogelio de Wendover refiere que un combate de lucha libre terminó convirtiéndose en una algarada en toda regla que provocó grandes daños a

* Hay traducción castellana: *Un espejo lejano. El calamitoso siglo XIV*, traducción de Anita Karl, Península, Barcelona, 2000. *(N. de los t.)*

la propiedad privada. El cabecilla fue ejecutado y a sus principales lugartenientes les cortaron las manos y los pies. De acuerdo con los criterios modernos, diríamos que en aquella sociedad se practicaba la tolerancia cero. Era común que la violencia fuese el objetivo explícito de la diversión. Incluso el fútbol nació originariamente con el nombre de «balón-campo», término en el que la palabra «campo» designaba, precisamente, la idea de campo de batalla, denominación muy apropiada para algunos de estos choques, de notable agresividad. Más descaradamente sanguinarios eran aún los juegos en los que intervenían bestias. Uno de esos juegos consistía en cazar a un cerdo con estacas, y el objetivo estribaba en matar a palos al pobre animal. Otro juego, equiparable al anterior por su sutileza y elegancia intelectual, exigía clavar un gato vivo a un poste para que los competidores pudieran aplastarlo a cabezazos. (Por brutales que fueran aquellos pasatiempos, no difieren demasiado de los festivales y esparcimientos que aún se celebraban hasta hace poco en España —como mínimo, hasta finales del siglo XX—.) Los vínculos entre el juego y el castigo podían ser muy estrechos, como veremos más adelante.

La literatura también elegía la violencia como uno de sus temas centrales. Los libros de caballerías están repletos de hidalgos derribados de un tajo que les cercena desde el hombro a la cadera. Los cuentos morales apenas resultaban menos espeluznantes. Uno de ellos narra la historia de una mujer que se fuga con un monje. Los ultrajados hermanos de la joven la descubren *in flagranti delicto*. Castran al monje, arrojan las partes arrancadas al rostro de la muchacha y la obligan a comérselas. Después ahogan a los amantes. Por extremado que parezca, la realidad de los castigos no era muy distinta. En este caso resulta difícil determinar si es el arte el que imita a la naturaleza o al revés: el caso de Abelardo y Eloísa acude dolorosamente a la memoria. En términos judiciales también hay semejanzas con el desdichado final de Hugo Despenser el Joven en 1326: se le obligó a sufrir la castración y a ver como se arrojaban sus genitales a las llamas antes de ser él mismo ejecutado. Estas formas de eliminación habían sido concebidas para conjurar el crimen de sodomía. (En esa misma épo-

ca, en Portugal se tenía un punto de vista más liberal respecto a los homosexuales: en este país el castigo no consistía en arrancar la vida al condenado en la horca, sino en condenarle a galeras de por vida.)

Al haber pocas prisiones y ningún género de fuerza policial, se juzgaba que los escarmientos rigurosos eran un medio inestimable como elemento de disuasión del crimen. Y cuanto mayor fuera la enormidad del delito, más implacable era el correctivo que se aplicaba. Las expectativas superaban con mucho la idea del ojo por ojo que figura en el Antiguo Testamento. Era normal aplicar la pena capital a crímenes no violentos: en Francia, lo que esperaba a los monederos falsos era ser escaldados vivos en un caldero. Los delitos políticos, en especial los de traición, se zanjaban con particular rigor: en la Inglaterra del siglo XIII, el castigo a los traidores era la evisceración, o bien la horca, el potro de tortura, el descuartizamiento o la hoguera.

Allí donde los poderes temporales fracasaban o se revelaban incapaces de imponer una sanción, intervenía Dios. En las crónicas medievales nunca faltan relatos en los que se narra la imposición de un justo castigo divino a las debilidades humanas: la humanidad conseguía que se abatieran sobre ella la guerra, la hambruna, la peste y toda suerte de calamidades a consecuencia de su postración, su torpeza moral y su pertinaz inclinación al pecado. Las más de las veces, el castigo divino caía sobre aquellos que habían ofendido a la Iglesia o escandalizado la sensibilidad religiosa. El abate Suger refiere la suerte que corrió a partir del año 1119 Enguerrando de Chaumont. Tras haber devastado algunas de las tierras pertenecientes a la iglesia de Nuestra Señora, en la archidiócesis de Ruán, en Normandía, aquejó a Enguerrando una grave enfermedad. Un «continuo dolor en todo el cuerpo, que aun teniéndolo bien merecido le resultaba imposible de soportar», le atormentó durante largo tiempo. Murió después «de haber comprendido, aunque demasiado tarde, que aquel mal se debía a la Reina de los Cielos».[6] En ocasiones, la intervención divina era instantánea. Las crónicas anglonormandas nos hablan de un raterillo a quien san Ecguino, un eficaz atrapa criminales, cazó en plena faena. El santo aferró la mano del facineroso mientras ésta aún se hallaba metida en la bolsa de cuyo contenido se estaba apoderan-

do e hizo que el miembro quedara marchito. No se pasaban por alto ni siquiera las transgresiones menores. Rogelio de Wendover, cronista por lo demás serio, nos ha dejado el aleccionador relato de una lavandera que decidió hacer la colada en domingo, agravio por el cual sufrió el atormentador acoso de unos negros lechoncillos que le chuparon la sangre. En todas partes, la sociedad esperaba que los transgresores tuvieran su merecido, ya fuese por intervención del poder divino o del laico.

Los registros de las casas solariegas de la Inglaterra medieval muestran que las muertes debidas a homicidios eran mucho más frecuentes que los fallecimientos accidentales. Los protagonistas de crímenes violentos son de todos los tipos imaginables, desde maridos normalmente dóciles y dominados por sus esposas a mujeres víctimas de abusos, pasando por viejos borrachos pendencieros y por el colectivo que más descuella en este apartado: el de los hombres jóvenes. La mayoría de los que mataban a alguien, ya fueran culpables de homicidio involuntario o de asesinato, eran jóvenes varones adultos; por lo común tenían además cómplices; entre sus víctimas predominaban fundamentalmente las de género masculino; y tanto el responsable como el fallecido solían ser pobres. Y si la situación no difiere demasiado de la existente en nuestros días, la aplicación de la ley que debía contrarrestar la acción de estos delincuentes era en cambio muy distinta. Pese a que no entre en el ámbito de este estudio analizar las cuestiones legales y judiciales, es necesario prestar atención a las respuestas que daban las leyes a la violencia criminal, ya que dicha respuesta revela un gran número de extremos relacionados con los enfoques y los modos en que se intentaba oponer resistencia jurídica al problema de la violencia en la sociedad medieval.

Si en nuestra burocrática y muy tecnificada época las tasas de criminalidad suscitan ya las suficientes dudas e interpretaciones, cómo no habrían de resultar todavía más problemáticos los índices de delincuencia medievales. Las pruebas del siglo XIII sugieren que se producía anualmente una muerte violenta por cada veinte aldeas. Como ya hemos señalado, siempre había a mano herramientas de todo tipo, en especial cuchillos, y la carencia de conocimientos mé-

dicos y de una buena higiene podían convertir una herida, incluso las poco importantes, en una lesión potencialmente peligrosa. También era común la existencia de otros delitos con violencia, como las violaciones y los incendios premeditados. En una época en la que preponderaba la madera y la paja, los incendiarios eran particularmente temidos, y por ello recibían condenas muy severas. Treinta y cinco personas fueron halladas culpables del gran incendio que arrasó la población de Norwich en la década de 1270, y todas ellas fueron ahorcadas y enviadas a la hoguera, destino que también compartiría dos décadas más tarde, en 1292, el pirómano de Carlisle. La reciente monografía de John Hudson sobre la elaboración del derecho consuetudinario en la Inglaterra anglonormanda y angevina señala que la mayoría de las infracciones y disputas de escasa entidad no afloran en las fuentes. Con todo, muestra que algunas de esas circunstancias mezquinas y leves dificultades terminaban convirtiéndose en casos relevantes. La madre de Hugo de Moreville (uno de los asesinos de Tomás Becket) vio frustradas las insinuaciones que había dirigido a un joven. Para vengarse, urdió una situación en la que parecía (falsamente) que el muchacho estaba a punto de atacar a su marido con una espada, y lo acusó públicamente de agresión. A consecuencia de los cargos, el joven fue condenado a muerte y murió sumergido en agua hirviente. (El escaldamiento, uno de los métodos de ejecución predilectos de los franceses, era más común en las islas del Canal de la Mancha que en Inglaterra.) El rencor y la mala intención hacia los vecinos habrían de contribuir decisivamente al posterior florecimiento de los procesos inquisitoriales.

El mantenimiento de la ley y el orden en sus respectivas comarcas y la puesta de los criminales a disposición de la justicia era una incumbencia colectiva de las comunidades. Los castigos también podían aplicarse a comunidades enteras. Guillermo el Conquistador impuso el abono de una multa en caso de *murdrum* (asesinato): si se descubría un cadáver sin identificar se suponía que era francés, y a menos que las aldeas de las inmediaciones pudiesen probar lo contrario, estaban obligadas al pago de una sanción monetaria, que podía ser muy gravosa. En buena medida, el orden se mantenía gracias

a un sistema de garantías personales* y diezmos (por el que se constituían grupos de diez hombres libres, cada uno de los cuales debía responder de las acciones de los demás), así como por medio de la presión ejercida tanto por el grupo de iguales como por la autoridad punitiva. Sólo era posible celebrar un juicio y ejecutar la sentencia si se prendía a un culpable. Era común que los implicados huyeran tras los hechos, lo que con frecuencia, dado el draconiano escarmiento que les aguardaba, no dejaba de resultar una iniciativa sensata. Quienes lograban escapar a la acción de la justicia eran declarados prófugos, de modo que si más adelante se les capturaba podían ser ejecutados inmediatamente, con tal de determinar que se trataba de proscritos.

Muchos de los casos delictivos que llegaban a los tribunales —casos cuyo número era no obstante bastante reducido en términos relativos— se resolvían mediante las llamadas ordalías y combates decisorios. La ordalía podía aplicarse con agua o con un hierro candente. Esta última forma de ordalía era la prueba que se aplicaba habitualmente a las mujeres, mientras que los hombres que confiaban en su valor y su fuerza tendían a preferir el duelo. Ninguna de las dos formas de ordalía se efectuaba a la ligera. «El temor de Dios, el elaborado ritual que acompañaba al juicio, la certeza de tener que soportar el dolor físico que implicaba la prueba en la que se recurría al hierro candente, la posibilidad de una ejecución si no se conseguía superar la comprobación, eran todos ellos factores que podían estimular la presentación de un alegato, con la esperanza de una sentencia que al menos le permitiera a uno conservar la vida y no sufrir quemaduras.»[7]

Tanto las ordalías como los combates decisivos eran juicios de Dios, y ambos empleaban la violencia como método para impartir justicia. La ordalía efectuada con agua ofrecía razonables expectativas de éxito: más del 60 por 100 de quienes la efectuaban lograban pasarla satisfactoriamente. La prueba consistía en sumergir al sospe-

* Se trata del *francum plegium* latino, o el *frankpledge* anglosajón (que se prolongaría posteriormente, ya en época anglonormanda). *(N. de los t.)*

choso en un gran tanque de agua. Previamente se había bendecido el agua y ésta se hallaba por tanto purificada. Si el reo, hombre o mujer, se hundía por debajo de la superficie, significaba que había sido aceptado por el agua bendita y era por tanto inocente. Si el procesado flotaba era que el agua le había rechazado y por consiguiente se le consideraba culpable. Este procedimiento de la inmersión se ha vuelto relativamente familiar a los ojos contemporáneos gracias a las imágenes de la caza de brujas que solía realizarse a principios de la era moderna. Las posibilidades de salir bien parado de una ordalía del agua podían incrementarse de forma espectacular si quienes la sufrían —con gesto contrario a lo que resultaría intuitivo— exhalaban antes de la inmersión. El hierro candente dejaba más espacio al azar. Se obligaba al acusado a sujetar una barra al rojo durante un determinado lapso de tiempo. Después se vendaba la mano por espacio de tres días. Al retirar la venda se inspeccionaba la mano. Si ésta había comenzado a sanar sin supuraciones el sospechoso era inocente; si el miembro se había infectado era culpable. En la década de 1170 un demandado que respondía al nombre de Ailvardo solicitó ser sometido a una prueba, bien al duelo judicial, bien a la ordalía del fuego, pero se le ofreció únicamente la ordalía del agua. No logró salir airoso y fue mutilado ante una nutrida muchedumbre, arrancándosele los ojos y los testículos. En esta época, el recurso a las ordalías se había generalizado, y la que se aplicaba con agua fue adquiriendo preponderancia debido a que permitía un dictamen instantáneo. Las reformas legales de Enrique II, según constan en las Constituciones de Clarendon y Northampton, estipulaban que aquellos que no superaran la prueba de la ordalía debían sufrir la amputación de un pie y de la mano derecha.

La prueba del combate decisorio fue introducida en Inglaterra por los normandos. Era más popular que la ordalía del agua, ya que esta forma de ordalía se asociaba con una baja posición social. La expresión «ordalía de combate» resulta bastante grandilocuente para una prueba que en realidad consistía en una lucha cuerpo a cuerpo entre dos contrincantes que se dedicaban a darse porrazos el uno al otro. El arma más habitual era una estaca de madera. El tratado legal

del siglo XIII que ha dado en llamarse Bracton (pese a que su título oficial fuera *On the Laws and Customs of England** y hubiera sido redactado en buena medida antes de ser atribuido a su supuesto autor, Enrique Bracton) comenta que para salir triunfante de un enjuiciamiento mediante duelo singular era importante contar con unos buenos incisivos. Como es obvio, las armas no eran letales, ya que si uno de los contendientes moría en el choque el fallecido quedaría libre del necesario escarmiento judicial. A finales del siglo XII, el sacristán de la catedral de Cantorbery supervisó un duelo entre dos campesinos que dirimían una acusación de robo; al final decidió ahorcar al labriego que había vencido. El empleo de campeones se hallaba sujeto a estrictas limitaciones y era más frecuente en las disputas clericales entre hombres que vistieran los hábitos, pues afortunadamente (para ellos) se les prohibía todo derramamiento de sangre.

A medida que el sistema jurídico fue desarrollándose comenzó a hacerse un mayor hincapié en la pena de muerte. Esta forma de castigo se concretaba por lo común mediante el ahorcamiento. Tenemos de ello un espectacular ejemplo en la Crónica anglosajona del año 1124, fecha en la que se colgó a cuarenta y cuatro ladrones en una ejecución en masa. De entre los espantosos métodos de eliminación disponibles y empleados, los nobles aborrecían particularmente la horca, sistema que consideraban la peor forma de morir, puesto que era señal de haber cometido un delito común y de pertenecer a una baja extracción social. A las mujeres solía aguardarles la hoguera, como le sucedió a Alicia de Wheatley a principios del siglo XIII por haber asesinado a su marido. Los infanticidios se castigaban con el desmembramiento, conseguido mediante la sujeción de los cuatro miembros del infortunado a otros tantos caballos desbocados. Obtener clemencia significaba conseguir que se conmutara la pena de muerte y que el escarmiento quedara en una mutilación: ojos, nariz, orejas, manos, pies y testículos eran las partes que con mayor fre-

* El título original es en realidad latino: *Tractatus de legibus et consuetudinibus regni Angliae. (N. de los t.)*

cuencia se sacrificaban para lograr la condonación del máximo castigo. En muchos casos, la mutilación era la sentencia estándar, preceptiva. Enrique I, indignado por las deficiencias de las monedas que había mandado acuñar, mandó que se les cercenaran la mano derecha y los testículos a los monederos. Tal muestra de indulgencia también podía contribuir a un objetivo: los supervivientes eran un testimonio vivo de la rigurosa justicia impuesta a los malhechores. La disuasión —ya fuera mediante la pena capital o la mutilación— era un elemento esencial de los espectáculos punitivos medievales. Las ejecuciones públicas y la exhibición de las cabezas cortadas de los proscritos en lugares prominentes eran prácticas comunes de intención ejemplarizante y perduraron mucho tiempo después de que las barbaridades de la Edad Media se hubieran ido atenuando.

El derecho de aplicar la pena de muerte era una prerrogativa fundamental de la autoridad. Pese al parecer de santo Tomás de Aquino, que afirmaba que la determinación del máximo castigo debía estar reservada a los príncipes (que trataban de conservar celosamente ese derecho), había un cierto número de autoridades que reclamaban y ejercían tal licencia, principalmente señores feudales y poblaciones. La motivación más importante que impulsaba la reivindicación de tales derechos era la implicación de autoridad, y por tanto de poder, que llevaba aparejada. Los patíbulos no sólo transmitían una amenaza, también reflejaban el ejercicio de un poder último sobre la vida y la muerte. El excesivo entusiasmo en la aplicación de la pena capital condujo en Inglaterra a la introducción de reformas y a una mayor centralización. Casos como el del abate de la corte de Evesham, que ejecutó a un ladrón por haber robado cuatro peniques, obligaron al gobierno a dar una respuesta a la imposición de tan severas sanciones al hurto menor. Un estatuto promulgado en los años 1278 y 1279 decretó que doce peniques debían ser el límite a superar para arrebatar la vida al reo. La existencia de diversas autoridades facilitaba la imposición de castigos distintos. Un reciente estudio de las actitudes que existían en relación con la pena capital en la Inglaterra del período comprendido entre los años 1200 y 1350 revela la aplicación de una amplia gama de métodos, a menudo basados en las tradiciones

locales y concentrados a lo largo de la costa meridional del país. En esta zona se arrojaba a los felones desde lo alto de los acantilados de Dover, cuando no se les enterraba vivos o se les abandonaba en algún peñasco aislado para que se ahogaran al subir la marea.

Precisamente porque la sociedad respaldaba ardorosamente que se diera muerte a los malhechores había signos de un cierto resentimiento motivado por la percepción de que la justicia no actuaba con mano dura contra los hombres ricos y por la impersonal imposición de la pena máxima desde las altas instancias. En el año 1285, fecha en la que se decretó que la violación pasaba a ser un delito castigado con la pena capital, «los jueces dejaron de condenar inmediatamente a los legos acusados de cometerlos, y aunque siguieron mostrándose dispuestos a fallar contra los hombres que hubieran abrazado las sagradas órdenes, éstos podían salvar la vida reclamando los privilegios del clero».[8] En 1292, dos jueces salvaron de morir en la horca a un ladronzuelo de catorce años que actuaba en Westmoreland, en el noroeste de Inglaterra, consignando oficialmente una edad dos años inferior a la que tenía. En ocasiones, los espectaculares rescates de última hora y las intervenciones del clero acababan burlando al verdugo. Irónicamente, en 1293 dos ejecutores que habían ayudado a un ladrón condenado a eludir la soga fueron colgados en su lugar. Las investigaciones realizadas por Henry Summerson muestran que la pena de muerte terminó generalizándose cada vez más, de modo que la repulsión que suscitaba creció, dado que dejó de constituir la representación emblemática de una justicia equilibrada. Summerson cita un caso atroz ocurrido en el año 1258: una mujer de Woodstock fue condenada a la horca por robo. Ella no sólo había proclamado ser capaz de demostrar su inocencia, sino que se hallaba además en avanzado estado de gestación. (Por lo general sólo se ejecutaba a las mujeres embarazadas después de haber dado a luz.) La corte quedó desierta, pues la gente se negaba a participar en la ejecución de la sentencia. Según parece, los presentes deseaban que las personas violentas tuviesen un fin igualmente violento: los ladrones de poca monta merecían un severo correctivo, pero no hasta ese extremo.

Habitualmente, la Iglesia contribuía a que la justicia se aplicara con el máximo rigor y promovía la severidad del sistema, pero de vez en cuando mitigaba la dureza de las sentencias excesivas. Más de un criminal se vio condenado a muerte por un tribunal eclesiástico. A finales del siglo XII, el tribunal del abate de Glastonbury, en Somerset, condenó a Ranulfo el Tamborilero a morir en la horca por un robo; tras su enterramiento, se exhumó el cadáver y fue suspendido de un árbol. Como en todos los ámbitos de la gobernanza medieval, la Iglesia y el estado trabajaban mano a mano. Al ser hombres de paz, los clérigos consideraban que una rápida y justa condena de los malhechores era una forma de procurar amparo a la Iglesia. Como ya hemos señalado, los tribunales eclesiásticos juzgaban por lo general los crímenes cometidos por los legos. No obstante, los clérigos que delinquían reclamaban que no se les juzgase en las cortes de la justicia laica. Algunas de las últimas investigaciones relativas a las vistas que en relación con la comisión de homicidios se celebraron en los tribunales eclesiásticos de Durham, en el noreste de Inglaterra, en el siglo XIV, arrojan nueva luz sobre el particular. En el año 1370, el archidiácono Guillermo de Beverley fue acusado de homicidio intencionado (la víctima había sido el marido de su sobrina). El juicio quedó registrado en un documento episcopal de doce mil palabras. El hecho de que el archidiácono lograra presentar y manipular a cinco testigos presenciales, todos ellos bien aleccionados y coordinados, le permitió organizar con éxito su defensa y rebatir los cargos, pero el lance erosionó terriblemente su reputación. Por si fuera poco, el escaso prestigio que todavía pudiera conservar quedó aún más ensombrecido por la inusitada revisión del caso, esta vez ante un tribunal laico. Resultó absuelto y oficialmente exonerado de toda responsabilidad. Sin embargo, Guillermo consideró prudente trasladarse a Westminster para garantizar la seguridad de su persona. En este caso, la estrecha cooperación entre las autoridades del obispado y el rey demuestra la existencia de intereses comunes a ambas instituciones, puesto que compartían un mismo objetivo —el mantenimiento del orden social— y sostenían un principio común: que en las comunidades medievales había «ocasiones en que el condigno castigo de

los individuos, legos o eclesiásticos, que transgredieran las *mores* sociales rev[estía] mayor importancia que la estricta preservación de los límites jurisdiccionales».[9]

A menudo se describe la Inglaterra tardomedieval como un lugar en el que por todas partes imperaba —como por otro lado ocurría también en Europa, en general— la anarquía que se observaba en la campiña, una campiña caída en la degeneración a consecuencia de la conmoción producida en todos los órdenes por la guerra y la enfermedad, esto es, por la guerra de los Cien Años y la Peste Negra. Las estimaciones relativas a la Inglaterra medieval sugieren que los índices de criminalidad violenta se situaban en una tasa anual de veinte casos por cien mil habitantes, una cifra diez veces superior a la del siglo XIX. Con todo, es posible que se trate de una exageración, en especial por lo que hace al período tardomedieval. Las cartas de la familia Paston, que abarcan cerca de un siglo de intercambios epistolares (1424-1518), revelan que este grupo, perteneciente a la pequeña nobleza, conoció únicamente veintiséis casos de violencia, ya afectara a los miembros de su propio linaje o a personas de su vecindad (entre esos episodios violentos hay que incluir las heridas producidas con ocasión de acontecimientos o incidentes deportivos). Una de las explicaciones de este entorno tan benigno (en el que, hemos de subrayarlo, no debían de incluirse los datos relativos a las regiones fronterizas) es, paradójicamente, la guerra. Pocos fenómenos desestabilizan tanto a la sociedad como la guerra, pero antes de la década de 1450 Inglaterra libraba sus contiendas en Francia, no en su propio territorio. El resultado fue una relativa paz en la isla y una situación contraria en el resto de Europa, desgarrada por los combates y convertida en un espacio en el que las circunstancias bélicas espoleaban la comisión de otros actos de violencia, en este caso de carácter no militar. De este modo, durante las fases más intensas de la guerra de los Cien Años fueron muchos los transgresores de la ley, tanto en potencia como en acto, que emigraron al continente, dado que allí sus tendencias violentas recibían más recompensas que condenas. Sin embargo, deberíamos recordar que muchas matanzas no se realizaban con armamento militar, sino con utensilios cotidianos, gene-

ralmente relacionados con el trabajo. En su estudio sobre la violencia ejercida en el Anglia Oriental en el período comprendido entre los años 1422 y 1442, Philippa Maddern ha calculado que más de una cuarta parte de los casos de asesinato llevaban aparejada la utilización de dichas herramientas, mientras que en otros muchos sucesos no había intervenido arma de tipo alguno. Dos ejemplos bastarán para ilustrar este extremo: en 1428, mientras Juan Wysbeche se hallaba trabajando en compañía de Juan Colley, afanándose ambos en limpiar la boca de un sumidero, ocurrió algo que hizo que Wysbeche golpeara a Colley con la pala y lo matara; en 1434, se examinó en un juicio el caso de la muerte de Ricardo Tarcel, asesinado por Elesio Tomesson con un rodrigón.

Las ejecuciones públicas continuaron a buen ritmo, a modo de advertencia para todos aquellos que ofendieran a Dios y perturbaran su divino orden. Pese a que se diferenciara entre el homicidio alevoso y el carente de premeditación, la intención violenta era el factor determinante para los jueces. De este modo, dos casos desiguales de la Inglaterra medieval acabaron teniendo el mismo veredicto. En uno de ellos, Ricardo Fayrcock y Martín Budde fueron hallados culpables de asesinato premeditado. Habían enterrado a su víctima en una profunda fosa, disponiendo y camuflando con todo cuidado la tierra removida para evitar que se descubriera el hecho. Se les condenó a ambos a morir en la horca, pero Budde, alegando su condición de clérigo, eludió la suerte de Fayrcock. Tomás Elam, al agredir a Margarita Perman en su intento de violación, le rompió tres costillas y le arrancó de un mordisco la nariz. La herida se infectó, y Margarita falleció; Elam, fue ahorcado por asesinato, pese a que en este caso la muerte no había sido premeditada. Con todo, es posible que la extensión de los delitos violentos no fuera tan importante como la difusión de los cruentos castigos públicos con que se daba respuesta a toda figura delictiva: aproximadamente el 80 por 100 de todas las ejecuciones que se llevaban a cabo en Inglaterra se debían a quebrantamientos no violentos de la ley, en la mayoría de los casos delitos contra la propiedad.

En términos generales, puede decirse que en toda Europa las actitudes frente a la violencia eran similares tanto en los gobernantes

como en los gobernados. Aquí, al igual que en Inglaterra, los reyes debían su regia condición al derecho divino, y por consiguiente el castigo de los actos contra el estado se tenía por un correctivo emanado de la Providencia. Las ideas sobre el escarmiento se remontaban a la época romana (el Sacro Imperio Romano de la Edad Media trataba de imitar a su más ilustre predecesor de los tiempos clásicos) y a los inicios de la Iglesia, con su largo rosario de mártires. En Europa quizá podamos discernir algunas de las tempranas componendas punitivas que más tarde habrían de desarrollarse en Inglaterra, como la conmutación de la pena de muerte por la mutilación: a principios del siglo VII, por ejemplo, se tiene constancia de que los visigodos recurrían en ocasiones a la pena de vaciar los ojos al reo como alternativa al patíbulo. Como ya hemos señalado, la mutilación ejercía un efecto disuasorio visual, de amenaza implícita, pero también era vehículo de otras intenciones. A veces esos propósitos, pese a carecer de toda sutileza, lograban eficazmente el efecto pretendido: resultaba poco probable que un ladrón sin manos pudiera reanudar su carrera de cortador de bolsas. En otros casos, el objetivo al que se apuntaba era más retorcido: hay al menos una fuente altomedieval que justifica la imposición del castigo consistente en cegar al condenado en la idea de que de ese modo no alcanzaba a ver el daño perpetrado y le era por tanto imposible regodearse en él.

Algunos crímenes llevaban aparejados correctivos predeterminados, como sucedía en Inglaterra con la mutilación automática de los falsificadores, o con su inmersión en agua hirviente en Francia. En Europa y en el imperio bizantino, se cegaba a quienes cometían crímenes políticos, una práctica que se extendió cada vez más a partir de la época de Carlomagno. Como forma de mutilación, el vaciado de los ojos permitía al gobernante ofendido mostrar clemencia ante delitos que hubieran justificado un castigo letal: las fuentes alaban a Carlomagno y a Pipino, que tras dominar las revueltas que estallaron en los años 786 y 792, ordenaron cegar a los conspiradores en lugar de matarlos. De manera similar, más de tres siglos después, el cronista francés Suger señala la clemencia que había mostrado Enrique I de Inglaterra hacia un chambelán que había tratado de

asesinarle: el chambelán fue cegado y castrado, en vez de ahorcado, como hubiera merecido el delito. En ocasiones, el proceso de infligir tan terribles heridas derivada de hecho en la muerte del condenado. Una crónica escrita en la misma época en que sucedieron los acontecimientos, y en la que se relata el asesinato por el que el rey Juan sin Tierra se libró de su sobrino y rival Arturo de Bretaña, atenúa su culpabilidad explicando que Juan se había limitado a castrar a Arturo, y que la víctima había fallecido a consecuencia de la conmoción subsiguiente. Resulta interesante señalar cómo las distintas formas de castigo terminan por desarrollar, cada una de ellas, una particular justificación teológica: la provocación de la ceguera, por ejemplo, se explicaba diciendo que era la consecuencia lógica de haber repudiado la divina luz que Dios había hecho descender sobre el príncipe temporal.

Un reciente y revolucionario estudio efectuado por Trevor Dean, titulado *Crime in Medieval Europe* y publicado en 2001, revela que las pautas de la delincuencia europea se asemejan a las de Inglaterra, aunque también existieran diferencias en sus respectivos enfoques judiciales. Una vez más, se deja notar la influencia de la Roma imperial, ya que Inglaterra se aparta de Europa al elaborar el derecho consuetudinario, mientras que el sistema de garantías del *francum plegium* decaerá más tarde, en el siglo XIV, al incrementarse la movilidad social. Con todo, en el período tardomedieval se observa la aparición de esferas de convergencia: los juicios mediante ordalía disminuyeron al aumentar la influencia de los juristas formados en las universidades; por otro lado, se aprecia un crecimiento constante del papel de la autoridad central, monárquica, en la persecución del delito. Sin embargo, en la Europa continental se adoptaron por lo general métodos más inquisitoriales, lo que quizá no resulte sorprendente dada la influencia que allí ejercieron los procesos eclesiásticos del Santo Oficio. Esto permitió la progresiva introducción de la tortura en las averiguaciones vinculadas con los casos penales.

En Francia, Italia y Alemania la tortura empezó a convertirse en una medida arraigada en torno al siglo XIII. En el siglo XIV era ya un procedimiento habitual. Al principio, la tortura judicial se regulaba

con todo cuidado y no podía aplicarse más que una sola vez, pero inevitablemente terminó recurriéndose a ella con garantías progresivamente menores. En sus comienzos, las confesiones obtenidas mediante suplicios debían quedar ratificadas por pruebas o testimonios que superaran los confines de la cámara de tortura, pero era frecuente prescindir de tales refinamientos. En la Venecia y el París tardomedievales se utilizaba sistemáticamente la tortura en los juicios por robo: hay registros que consignan el retorcimiento de miembros, el quebrantamiento de huesos, e incluso fallecimientos debidos a los excesos cometidos en su uso. No es difícil comprender que «algunos sospechosos confesaran lo que fuera con la clara intención de poner fin al sufrimiento».[10] A veces, como en la Florencia del año 1369, se dejó constancia escrita de las quejas suscitadas por el hecho de que en los juicios penales se recurriera con excesiva premura a la aplicación de tormentos. Puede que, de vez en cuando, esas reacciones tuviesen algún efecto: en 1488, en París, los documentos revelan que gracias a la presión ejercida por amigos y parientes sólo veinte de un total de seiscientos prisioneros hubieron de padecer torturas. No obstante, los suplicios, a diferencia de los castigos, rara vez se efectuaban en público: se trataba de un medio de muy mala fama con el que lograr un fin, y no congeniaba bien con la publicidad. A fin de cuentas, los jueces podían encontrarse al final con casos en que los viles métodos de la tortura se hubieran aplicado a víctimas que en última instancia hubieran quedado libres de todo cargo en relación con el delito por el que se les investigaba. En el año 1376, en Vauvert, un sospechoso de falsificación fue sometido por tres veces al potro de tracción antes de ser puesto en libertad. Otro caso del mismo siglo se refiere a Finuccio de Marti, que fue torturado cuatro veces por evasión de impuestos antes de que el juez lo soltara.

Como ya sucediera con las modalidades de la pena capital, la diversidad de torturas parecía no encontrar más límite que el de la imaginación; de hecho, algunas técnicas de suplicio fueron adaptadas para actuar como forma de ejecución pública. No hay duda de que también se producía un diabólico intercambio de ideas entre las esferas civil y militar. A diferencia del castigo, la tortura no suscitaba

una universal aprobación popular, pero como ventana abierta a la observación de las actitudes medievales, revela hasta qué aterradores extremos podían llegar las autoridades en su determinación de sancionar las formas de violencia y en su empeño de garantizar la ley y el orden. Las técnicas que se aplicaban iban del empleo de los más intrincados e ingeniosos dispositivos a la simple táctica del abandono (desatención, exposición a algún peligro, inanición) y era frecuente que terminaran con la aplicación de la pena de muerte.

El empalamiento era cosa común. Ésta fue la razón de que a mediados del siglo XV se le adjudicara a Vlad III Drácula de Valaquia el apodo de «el Empalador». Vlad, que siglos más tarde habría de inspirar a Bram Stoker al concebir su *Drácula*, aprendió este método de ejecución durante los años que pasó de joven en las cortes turcas. Un relato sostiene que unos embajadores musulmanes que se hallaban de visita en la corte de Vlad no se quitaron los turbantes ante el príncipe al ser llevados a su presencia: Vlad ordenó entonces que se los clavaran al cráneo. A lo largo de todo su territorio podían verse los cadáveres de sus víctimas suspendidos de los enormes postes en los que habían sido empalados. Había asimismo otras formas de empalamiento, entre ellas la conocida con el nombre de «el dado», un artilugio utilizado por los inquisidores en el que la víctima era tumbada sobre el suelo para después quedar amarrada a él con cuerdas o grilletes, aunque también podían sujetarla varios hombres. Entonces se fijaba fuertemente a uno de sus talones un dado o cuño puntiagudo de metal que luego se introducía por la fuerza en la carne aplicando presión con un torniquete. El uso de elementos capaces de ejercer presión —*peine forte et dure*, según los franceses— contaba con una variante en la que no había penetración por objetos puntiagudos: la víctima, una vez más estirada en el suelo, quedaba sujeta por efecto de los inmensos pesos que se le iban colocando sobre el cuerpo, con lo que al final moría por incapacidad literal de tomar aliento.

El fuego se empleaba en la ejecución de las mujeres y los herejes, pero también se recurría a él en las torturas. El aceite (y más tarde la pólvora) podía acelerar la ejecución, pero también era posible pro-

longarla hasta el paroxismo mediante la utilización de haces de leña (en especial si ésta estaba verde). Una detallada crónica del siglo XVI nos ofrece un terrorífico relato de la muerte por abrasamiento. En este caso, la víctima es Juan Hooper, obispo de Gloucester:

> Sin embargo, aun estando su rostro completamente ennegrecido por las llamas, y a pesar de que su lengua se había hinchado de tal modo que le era imposible hablar, sus labios se siguieron moviendo hasta quedar consumidos a ras de las encías; además se golpeaba el pecho con las manos hasta que se le desprendió uno de los brazos, y después siguió pegándose con el otro mientras de las yemas de los dedos le chorreaba grasa, agua y sangre ... Poco después, consumida ya toda la parte inferior del cuerpo, cayó sobre el hierro que le sujetaba ... Su partes pudendas quedaron reducidas a cenizas, y sus entrañas se desparramaron antes de que expirase.[11]

En conjunto, el horripilante proceso duró, en este caso, cuarenta y cinco minutos. En la Edad Media, éste fue el destino de miles de ajusticiados, desde criminales y herejes de humilde extracción social hasta célebres figuras históricas como Gil de Rais, Juana de Arco y Juan Hus; fue asimismo el sino de muchas de las víctimas de la guerra, en particular en el caso de aquellas que morían entre atroces tormentos al ser consumidas tras prenderse fuego a las iglesias en las que habían tratado de refugiarse. Los más afortunados, como los integrantes de la guarnición de Petit-Andely en 1203, fallecían por la inhalación del humo. La utilización del fuego en la tortura era sencillísima. Las fuentes atestiguan con frecuencia la existencia de prácticas consistentes en marcar a la víctima con un hierro candente, o en escaldarla o abrasarla con agua o aceite hirviendo. Uno de los métodos consistía en colocar a la víctima en un cepo, engrasarle los pies descalzos y literalmente freírle las plantas de los pies. Se exponían a las llamas las partes más sensibles del cuerpo; se colocaban parrillas sobre el fuego para asar al reo; si se quería escaldarle podía utilizarse un caldero, o una armadura; y si el objetivo era producir solamente quemaduras localizadas se podía recurrir al ingenio, por ejemplo, vertiendo agua hirviente en una bota alta de cuero.

La suspensión y el estiramiento eran capítulos fundamentales en la práctica de la tortura medieval. La tortura de la polea, también conocida como el «desgarramiento», consistía en suspender a la víctima mediante un sistema de poleas; después se le colgaba en los pies un gran peso. Si no se le arrancaban respuestas satisfactorias tras emplear el látigo, se elevaba al acusado a la altura del techo para precipitarlo después en caída libre hasta casi tocar el suelo, con lo que se producía una súbita sacudida al frenarse en seco el movimiento, lo que podía descoyuntar las articulaciones, provocando además en todos los casos, habida cuenta de las fuerzas ejercidas en sentido contrario por la polea, una violenta conmoción del cuerpo. De todas las formas de tortura, la conocida con el nombre de potro de tracción era una de las más comúnmente empleadas. La víctima, extendida sobre un armazón cuadrangular, se hallaba unida a dos rodillos que se movían en direcciones opuestas y que eran accionados con palancas. El estiramiento del cuerpo podía conducir a la dislocación y llegar incluso a arrancar los miembros del reo. Otros métodos empleaban torniquetes de cuerdas finas atadas a barras de madera o hierro que se iban girando hasta que los bramantes penetraban en la carne de los dedos o los miembros, alcanzando incluso el hueso. Mientras estaba en el potro, podía someterse al desdichado al tormento del agua, un suplicio consistente en introducir agua lentamente por la garganta del reo, lo que provocaba una tremenda hinchazón y podía llegar a ahogar al investigado. Uno de los elementos que solían complementar la labor del potro eran los grillos de Skevington*: un ar-

* Conocido también como la «cigüeña» o la «A española», este instrumento de tortura consistía en un armazón de metal formado por dos brazos en forma justamente de «A», reunidos en la parte superior en una argolla y con dos bucles de hierro en cada una de las ramas inferiores. La cabeza del reo se colocaba en el arete superior, las manos en un hueco intermedio, y las piernas en los ensanchamientos inferiores. Al tensar el aparato, la parte superior del tronco se veía comprimida hacia delante y las rodillas elevadas a tal punto que pronto manaba sangre por la boca y la nariz del torturado. Su invención se debe a sir William Skevington, noble de la corte de Enrique VIII. El perfil del aparato, que vagamente recuerda a una figura femenina, unido al nombre de su inventor, dio lugar a su primera denominación («*the Skevington's daughter*» —«la hija de Skevington»—); más tarde, la asociación con su sórdido cometido y la deformación popular del apellido de su crea-

mazón articulado de argollas de hierro con las que se comprimía al acusado hasta un punto imposible que en ocasiones provocaba que la sangre brotara por todos los orificios del cuerpo.

La tortura de la rueda precedía normalmente a la ejecución. Atado el reo de espaldas a una rueda de carro, se le partían los huesos de las extremidades y se le reventaban las articulaciones golpeándole con una fuerte maza o con otra pesada rueda. La severidad y la intensidad de la paliza se controlaba a fin de regular la duración del sufrimiento: se empezaban machacando los brazos y las piernas y se iba avanzando con la esperanza de arrancar una confesión o los detalles relacionados con los cómplices. El quebrantamiento de los miembros en la rueda fue una práctica muy difundida, incluso mucho después de terminada la Edad Media: el estado seguía imponiendo este destino en la Prusia de 1850, tanto a hombres como a mujeres, así que no debemos concebirla como algo exclusivamente reservado a la «barbarie medieval». Juan Taylor, un inglés que recorrió Alemania en 1616, fue testigo de la ejecución de un padre hallado culpable de la muerte a hachazos de su hija. Taylor nos ha dejado constancia de las fases agónicas de la ejecución. El verdugo —un verdugo «de primer orden», nos dice el cronista— tomó la rueda delantera de un carruaje...

> ...la sujetó por los radios y, levantándola, asestó un terrible golpe en una pierna al pobre desgraciado, haciéndola añicos (los huesos quiero decir). El reo soltó un alarido de dolor. Después, tras una breve pausa, el ejecutor le parte la otra pierna de la misma forma, y a continuación le destroza los brazos antes de arrearle cuatro o cinco fortísimos porrazos en el pecho, hasta que saltan en mil pedazos la caja torácica y las entrañas. Por último le aplasta el cuello, pero falla y le hace pedazos la barbilla y la quijada.[12]

Al diversificarse, la tortura se convirtió en un fenómeno que abarcaba desde las prácticas más obvias a las más rebuscadas. Hasta

---

dor terminaron divulgando la expresión con que se lo conoce en Inglaterra («*the scavenger's daughter*» —«la hija del carroñero»—): bajo esa denominación se exhibe hoy un ejemplar en el Museo de la Torre de Londres. *(N. de los t.)*

para dar latigazos y palizas contaban los flageladores con una multitud de instrumentos y métodos. Al igual que los azotes, la picota era una tortura transformada en castigo. El prisionero, obligado a permanecer inmóvil en la misma posición durante innumerables días, era expuesto a la reacción de la gente. Para una muchedumbre que simpatizara con el ajusticiado, la picota era correctivo suficiente; sin embargo, si la opinión popular juzgaba que el escarmiento no era lo suficientemente riguroso, el acusado podía terminar muriendo (y a veces eso era precisamente lo que sucedía) a consecuencia del aluvión de proyectiles que se le lanzaban —y hay que tener en cuenta que su cabeza se hallaba extremadamente expuesta a los golpes a causa de la inmovilidad—. Se podía utilizar como arma arrojadiza prácticamente cualquier cosa, incluso un gato muerto. El simple hecho de abandonar al reo en una fría celda, infestada de sabandijas, obligado a tumbarse sobre un lecho de excrementos humanos y deyecciones de roedores, privado de comida y forzado a beber su propia orina era ya una forma de tortura.

En el otro extremo del espectro encontramos el suplicio de la cuerda y el de las ratas. Las fuentes del siglo XVI dan fe de la aplicación de ambos métodos, y es probable que los dos derivaran de prácticas antiguas. El método de la cuerda consistía en arrastrar a la víctima una y otra vez por el filo de una soga tensa hasta que ésta terminaba por aserrar la carne. El procedimiento de la rata, un sistema que, al parecer, conocían todos los colegiales morbosos, era, literalmente, una variante del suplicio consistente en ser devorado vivo. Se colocaba un tazón de hierro boca abajo sobre el vientre y los genitales de la víctima. Bajo el recipiente se introducían lirones o ratas y después se encendía un fuego sobre él. Los roedores, que trataban de huir desesperadamente del calor, intentaban abrirse paso a mordiscos y horadaban la carne del desdichado, penetrando así en sus entrañas. Pero también se daban otros usos a los animales. Mateo de París, un cronista del siglo XIII, refiere el caso de un prisionero al que se ató a un árbol frente a un caballo al que se obligaba a cocear. En el apartado dedicado a los castigos políticos veremos una utilización particularmente vil de un perro en el contexto de una ejecución.

Es probable que algunas de las torturas de que nos ha quedado constancia fueran figuraciones de una imaginación retorcida u ocurrencias empleadas en una sola ocasión. Una crónica del siglo XIII nos informa de que se introdujo a una mujer, desnuda y atada, en un saco repleto de gatos. Como era de esperar, el sistema no consiguió arrancar una confesión a la víctima. Lo sorprendente es que encontremos variaciones de este macabro procedimiento en la Alemania tardomedieval. Lo más extraño de todo es la referencia que nos ha dejado un escritor del siglo XV, Hipólito de Marsilis: este autor habla de lo que supongo que podría denominarse la tortura de la cabra, para la cual se descalzaba al prisionero, se le empapaban los pies en salmuera, y acto seguido se dejaba que unas cabras se los chuparan; según parece aquello se convertía en «un indecible tormento».[13] Con todo, la inquietante creatividad del sadismo humano, tanto antiguo como moderno, significa que no podemos descartar por completo ni siquiera la práctica de los tormentos más extraños y aparentemente absurdos.

La violencia del mundo medieval constituía una perversa fuente de inspiración pero, en un mundo profundamente religioso, no siempre podía exigirse inventiva. La Biblia, con las atrocidades que narra el Antiguo Testamento y los mártires del Nuevo, ofrecía algo más que guía e inspiración espirituales. La Antigüedad también proporcionaba abundantes ideas, así como una antología de penalidades, como los horrendos episodios de la tortura de los Macabeos y otras víctimas; en la Edad Media la edición latina de *La guerra de los judíos* de Flavio Josefo era de general lectura. La autoridad, tanto en su manifestación judicial como política, estaba dispuesta a emplear toda la coacción que juzgase necesaria para impartir justicia, fijar el orden social y perpetuar el control de los poderosos, así que si la Biblia ofrecía algún precedente, tanto mejor. Los medievalistas han llamado acertadamente la atención sobre el hecho de que los cronistas se inspiran en la Biblia para dar cuenta de las barbaridades que narran. No obstante, como veremos más adelante, esto no significa necesariamente que debamos desestimar inmediatamente la validez de esas crónicas.

En una sociedad tan fuertemente influida por la Biblia no resulta sorprendente averiguar que los delitos a los que se respondía con tan crudas medidas no fueran solamente los de naturaleza violenta o los que atentaban contra la propiedad. Dos faltas que se hacían acreedoras a un castigo cruento eran la blasfemia y la sodomía. En el año 1472, los estados de Provenza atribuyeron a la blasfemia el hecho de que Dios hubiera enviado sobre la región una epidemia de peste y otros males. Uno de los correctivos que podían aplicarse al blasfemo era el de perforarle la lengua con un atizador al rojo, aunque este castigo se reservaba a los peores y más recalcitrantes agravios. Una primera transgresión se castigaba con un día en el cepo seguido de un mes en prisión a base de pan y agua; la segunda ofensa merecía ya que el reo fuese enviado a la picota en día de mercado y que se le dividiera en dos el labio superior; la tercera se saldaba con la separación del labio inferior; y en caso de que hubiera una cuarta se procedía a amputar la totalidad del labio inferior. Al final se cortaba la lengua al reo. En Alemania se practicaba una variante horrenda que consistía en partir la lengua en dos. Con todo, la blasfemia era notablemente difícil de erradicar, y a medida que la tendencia a la reforma iba calando entre la población los actos sacrílegos se incrementaban: en Florencia se ahorcó en 1501 a un jugador que había emborronado una imagen de la Virgen María con estiércol de caballo. La homosexualidad, en tanto que perversa inversión del orden y el plan divinos, encontraba respuestas aún más duras, como ya hemos visto. Espoleada por la Iglesia, la legislación contra la sodomía fue haciéndose cada vez más implacable hasta que en torno al siglo XIV la pena de muerte terminó convirtiéndose en el escarmiento estándar: el método usado era por lo general la hoguera, aunque también se podía, bien es verdad que con menor frecuencia, enterrar vivo al reo. Era poco frecuente que los acusados lograran superar los juicios punitivos que así se organizaban, aunque en este sentido la ciudad de Brujas constituye una excepción, puesto que entre los años 1450 y 1500 el promedio de ejecuciones por homosexualidad fue de una al año.

Una de las razones de que la blasfemia, al igual que la sodomía, no fuera perseguida en principio con excesiva saña podría residir en el

hecho de que, aun desaprobando la sociedad lo primero y sintiendo repulsión por lo segundo, ninguno de los dos delitos representaba una amenaza tan directa ni tan grave como la que suponían los delitos contra la propiedad o los crímenes violentos. Estas últimas transgresiones rara vez arrancaban a la generalidad del público un sentimiento de benevolencia. De hecho, era frecuente que la corona recibiera críticas por mostrar indulgencia al conceder su regio perdón y ofrecer a los condenados la posibilidad, como alternativa a la ejecución, de hacer carrera en el ejército del rey. Para mucha gente, la clemencia no estimulaba sino la comisión de nuevas maldades, ya que la disuasión se veía de este modo suavizada. En el año 1389, el Parlamento inglés, inclinándose ante la opinión pública, solicitó y obtuvo que se restringiera la concesión de perdón en los casos de delitos de sangre.

Michel Foucault ha apuntado una influyente noción: que el motivo de que el castigo en la Edad Media tuviera un carácter predominantemente físico se debía a que se trataba de una sociedad precapitalista. Esta idea, sin embargo, resulta engañosa, puesto que del siglo XII en adelante, Europa inició un notable proceso de transformación económica y pasó a convertirse en un continente cada vez más monetizado, lo que permitió recurrir con mayor frecuencia a la imposición de multas y compensaciones (siempre que se hubiera estipulado así en el juicio). En la época tardomedieval creció igualmente el número de prisiones, y ello a consecuencia del estímulo eclesiástico —que se debía al precepto de no derramar sangre y estaba por tanto obligada a encontrar formas de castigo alternativas—. Yo sospecho que esa transformación obedeció también a otro acicate que se pasa aquí por alto: a medida que aumentaba el tamaño de los ejércitos y que las guerras adquirían un carácter progresivamente más endémico, tanto mayores tuvieron que ser los medios previstos para detener al creciente número de prisioneros de guerra que aguardaban el pago de sus rescates en la cárcel. En cualquier caso, la reclusión en presidio era un castigo reservado a los delitos de menor cuantía, o un modo de observar un compás de espera hasta el momento de la ejecución, sanción última que seguía constituyendo un gran acontecimiento público.

Como ya hemos visto en el caso de Inglaterra, la forma que adoptara una ejecución motivada por un delito penal podía variar en función de los distintos lugares en que se aplicara. En toda Europa había métodos estándar para el ahorcamiento, la decapitación y el abrasamiento en la hoguera, pero a dichos sistemas hay que añadir diferentes tipos de tradiciones e innovaciones. Los ahorcamientos públicos podían reunir a una nutrida asistencia, como ya observamos en el caso antes mencionado de los cuarenta y cuatro ladrones que refiere la Crónica anglosajona, todos los cuales murieron colgados en 1124 en el condado de Leicester. Algunas ejecuciones nos revelan varios detalles interesantes: cuando Gilberto de Plumpton subió al patíbulo en 1184 llevaba una cadena de hierro en torno al cuello y los ojos cubiertos por un sello de arcilla verde. Si en el último momento se le negaba a la multitud el espectáculo de la ejecución, a veces se ofrecía a la turba algún tipo de horrenda compensación. En 1221, en Inglaterra, Tomás de Eldersfield recibió un indulto de última hora y se libró de la horca; como muestra de clemencia sus ejecutores se limitaron a dejarle ciego y a castrarle: «los ojos fueron arrojados al suelo, los testículos se emplearon para jugar al fútbol, y los chicos de la región se los arrojaban a patadas a las chicas para gastarles una broma».[14] La participación de la multitud formaba parte del acontecimiento. Las mujeres, los burgueses y los nobles rara vez morían ahorcados; la tradición dictaba que éstas clases fallecieran por decapitación, como concesión especial, ya que la muerte era más rápida. En 1445 se ahorcó en París a una mujer y el espectáculo reunió a una enorme muchedumbre, pues tanta era la novedad. En 1423, el ahorcamiento de un burgués de la población belga de Malinas fue el primero caso de aplicación de esa pena a un hombre de su clase en más de cien años. A finales del siglo xv el ahorcamiento acabó convirtiéndose en la forma más habitual de ejecución judicial para los hombres, aunque la hoguera también fuese un método de eliminación corriente. La investigación que ha realizado Trevor Dean sobre la delincuencia en la Italia tardomedieval ha hallado en la década de 1490, en Ferrara, situada al norte de la península itálica, los siguientes ejemplos de ejecución:

Aquí encontramos a un campesino condenado a morir en la hoguera por dejar embarazada a su hermana y haber cometido pecado de bestialidad con asnos; a un joven de diecisiete años de las afueras quemado por sodomía; a otro labriego ahorcado por robo e incesto con sus hermanas; a un muchacho de dieciocho años colgado por haber cometido robos durante las celebraciones públicas de una boda ducal; a otros dos hortelanos llevados a la horca por homicidio; y a unos soldados a los que se hizo morir en la soga por atraco y falsificación. Además, se le perdonó la vida a un pañero de ochenta años acusado de sodomía y sentenciado a morir en la hoguera. Y una esposa adolescente sobre la que pesaba el cargo de haber estrangulado al sobrino de su marido huyó de la prisión mientras aguardaba la ejecución de la pena capital.[15]

Aquí podemos discernir una pauta punitiva: a las infracciones ordinarias se les reservaba la horca; la hoguera castigaba los delitos sexuales, que requerían la purificación del cuerpo. En el caso de Ferrara, es posible que las duras sentencias con las que se pretendía dar escarmiento a las transgresiones sexuales debieran su rigor a la influencia de los acontecimientos ocurridos en esos años en la vecina Florencia, sujeta por entonces al control del puritano Savonarola.

En su monumental y brillante estudio titulado *Rituals of Retribution: Capital Punishment in Germany, 1600-1987*, publicado en 1996, Richard Evans enumera las diversas formas de ejecución pública que se practicaban a principios de la era moderna. En Alemania, el fundamento jurídico con el que se justificaba la pena de muerte hundía sus raíces en la *Constitutio Criminalis Carolina*, el códice legal por el que se regía en esta materia el emperador Carlos V desde el año 1532 (y en él se deja asimismo constancia de sus detalles). Este texto nos descubre que el quebrantamiento de los miembros en la rueda se destinaba (predominantemente) a los asesinos varones. La sentencia especificaba el número de golpes que debían asestarse al ajusticiado, y podían propinarse de arriba abajo, es decir, empezando por la cabeza, con lo que la ejecución era más clemente, o de abajo arriba, lo que prolongaba la agonía mortal de los peores delincuentes. A continuación, en un alarde que trae a la memoria los métodos de Vlad Drácula el Empalador, se cercenaba la cabeza al reo y se hincaba en lo alto

de un palo, mientras que el tronco decapitado se tendía sobre una rueda de carro que después se elevaba, horizontal, prendida de la punta de otra percha —y allí permanecía para pudrirse a la vista de todos—. A los falsificadores, los enemigos capturados, los blasfemos, las brujas, los herejes y los sodomitas (las dos últimas categorías se consideraban sinónimas) les esperaba la hoguera, para que no quedara de ellos otra cosa que cenizas, restos de los que el verdugo se deshacía después sin mayores miramientos. Este códice jurídico defendía que el mejor modo de ajusticiar a las mujeres consistía en ahogarlas, por lo general descendiéndolas desde un puente con una cuerda y manteniéndolas después bajo al agua hasta que fallecieran. En este caso, el códice de Carlos V alude a increíble la tortura de la mujer encerrada en un talega llena de gatos: el castigo para las mujeres criminales más destacadas era morir por inmersión en agua, metidas en un saco junto a un gato, una gallina y una serpiente (esto último tendía a ser una mera representación pictórica). Por insólito que parezca, hay al menos una crónica de la guerra de los Cien Años en la que se nos dice que se ejecutó a un soldado por ahogamiento tras introducirlo en un saco en compañía de un perro. Al igual que en el caso del fuego, se creía que el agua también poseía propiedades purificadoras, y por consiguiente se pensaba que el hecho de ahogar al reo resultaba particularmente apropiado para los delitos que atentaran contra la moral. El enterramiento en vida también entraba en ocasiones en esta categoría, ya que el códice de Carlos V especifica esa sentencia para las mujeres halladas culpables de infanticidio. Como quizá suceda con la mayoría de las sentencias de muerte medievales, el proceso de la ejecución era más complejo de lo que el nombre sugiere. Se obligaba a la mujer culpable a tumbarse en una tumba poco profunda y se la cubría de espinos; después se cerraba el sepulcro, empezando por los pies. En un momento determinado, como remedo una vez más de lo que hacía Vlad Drácula, se clavaba una estaca en el corazón de la mujer, «acaso para evitar que el cuerpo regresara de entre los muertos y diera así pábulo a las creencias populares relacionadas con los vampiros»,[16] un temor que era más predominante en la parte central y oriental de Europa que en su región occidental.

La deliberada intención disuasoria del castigo, o la esperanza de que el ejemplo hiciera desistir a los delincuentes en potencia, exigía provocar el mayor sufrimiento posible a fin de que el espantoso espectáculo se prolongara al máximo. Era frecuente que la persona condenada tuviera que ser arrastrada hasta el lugar de la ejecución, recibiendo durante todo el trayecto los latigazos y golpes que le propinaban tanto sus guardias como la multitud. En Alemania, pero también en otros lugares, la conducción hasta el patíbulo implicaba que se arrancaran trozos de carne al reo con tenazas al rojo. También era posible organizar la ejecución de modo que la muerte sobreviniese lentamente. A este objeto se introdujeron cambios en el desgarramiento en la polea, esto es, la tortura consistente en arrojar a la víctima sujeta por los brazos (atados a la espalda) desde una gran altura. Con el cuerpo maltrecho y en situación agónica, se dejaba al criminal vivo tras la caída a fin de que falleciera por inanición. Las crónicas nos dicen que el delincuente, moribundo e incapaz de moverse, llegaba en ocasiones a extremos autofágicos, ya que podía terminar devorándose los miembros. El abrasamiento también era susceptible de provocar una muerte lenta: se sumergía poco a poco al condenado, sostenido por una cuerda que le pasaba bajo los brazos, en un recipiente repleto de aceite hirviendo, de modo que se le freían primero los pies antes de avanzar premiosamente hacia arriba; si le sonreía la fortuna, el dolor conseguía que el torturado, por lo general un hombre, perdiera el conocimiento en las primeras fases del suplicio. Con ejecuciones de este tipo, resulta obvio que la tortura y la pena capital intercambiaban a veces sus métodos.

Comparada con lo anterior, la decapitación era una muerte rápida, de ahí que fuera el sistema reservado a las clases superiores. Juan Taylor, que fue testigo presencial del escarmiento de la rueda, según sabemos por el testimonio que ya nos ha ofrecido, asistió también a una decapitación: «El procedimiento comienza por obligar al prisionero a ponerse de rodillas, después se le vendan los ojos con un trapo mientras uno de los verdugos le sujeta la coronilla agarrándole del pelo y manteniendo esa parte del cuerpo en alto para que el que maneja la espada, asestándole un mandoble por detrás, cercene la cabe-

za a la altura de los hombros con tanta rapidez y tan notable destreza que el descabezado no habrá tenido tiempo de percatarse de haberla perdido».[17] Esta imagen de competencia profesional no debería difuminar el hecho de que había un gran número de decapitaciones chapuceras. Al parecer, la espada era más eficaz que el hacha para este cometido, y en tal sentido era el medio con el que preferían ser despachados los transgresores. La desmembración también era un método bastante común para ejecutar a los nobles, aunque este sistema se reservaba a los delitos políticos, principalmente los de traición y rebelión.

Los detalles que acabamos de mencionar son todos ellos variaciones de un mismo tema, y el hilo conductor que los reúne pasa por el hecho de que constituyen la demostración palpable del tipo de rito sacrificial que demandaba la mayoría de la población. Aun así, las semejanzas son más sorprendentes que las diferencias: el códice de Carlos V comparte muchos elementos con los *coutumiers* franceses del siglo XIV, basados a su vez en algunas tradiciones del siglo XIII, como las que pueden verse en las *Coutumes de Beauvaisis*. Todo era poco para colaborar a la política de disuasión, incluso una vez muerto el ofensor. Los cadáveres de los criminales se dejaban públicamente expuestos mucho después de que se hubiera ejecutado la sentencia a fin de frenar a otros patibularios en potencia. Unas veces se conservaban los cuerpos suspendidos de la soga y otras se exhibían las cabezas en lo alto de una pica o se exponían las partes desmembradas, de forma bien visible, en distintos puntos del reino o de la ciudad: en todo caso se ponía el máximo cuidado en mostrar que el precio del delito era muy alto, extremo que se recordaba continuamente al conjunto de las masas.

No hay observación general que alcance a tener carácter universal, y por lo tanto es posible encontrar excepciones que confirman estas reglas. En función de la naturaleza del delito y de si se daba o no al convicto una «buena» muerte podía ocurrir que se despertara un movimiento de simpatía entre los espectadores que se congregaban para asistir a la ejecución. Como ya hemos señalado antes, no era inaudito que se intentara conseguir el indulto del reo en el último

minuto, y en este sentido uno de los recursos más eficaces consistía en proponer la conmutación de la pena a cambio de aceptar una solicitud de matrimonio. En ocasiones, cuando el motivo de las ejecuciones era la promoción de una determinada facción política, el público mostraba su contrariedad, ya que no se había perpetrado ofensa alguna contra el pueblo. En el año 1315, en la ciudad de Siena, situada en la región occidental de Italia, las autoridades trataron de amputar un pie a cada uno de los seis hombres de un partido de la oposición que se había presentado en la urbe contraviniendo una ley sesgada. Sin embargo, los ciudadanos (o al menos algunos partidarios de los ajusticiados) se rebelaron tumultuosamente contra la medida. No obstante, era raro que se aceptaran planteamientos indulgentes, y al pueblo llano le dolía muy especialmente que esa benevolencia recayera sobre miembros de la nobleza: en la Siena del año 1374 la amenaza de un levantamiento obligó al poder a retractarse, desistiendo de aplicar a una familia de salteadores aristócratas la clemencia que se disponía a mostrar en su caso. Como demuestra lo acontecido a Tomás de Eldersfield, la muchedumbre que se congregaba para asistir a una ejecución no se andaba con chiquitas. Era frecuente que los cadáveres de los criminales ejecutados se convirtieran en juguetes de la multitud, sobre todo para los más jóvenes, que los paseaban a rastras, les propinaban patadas y golpes, o les arrancaban pedazos. Muchos de aquellos muchachos terminarían convirtiéndose en soldados.

Pese a la generalizada brutalidad de la época, hay pruebas que sugieren que en torno al siglo XV comienza a disminuir el número de sentencias de muerte. Una posible explicación de este estado de cosas quizá se deba a que la gente se mostraba renuente a asistir a un espectáculo que la naturaleza y la guerra ya habían escenificado a una escala demográfica muchísimo más amplia. La peste, el hambre y los interminables conflictos militares habían desguarnecido de trabajadores la campiña y dejado sin hombres al ejército, un ejército que ahora reclutaba a un creciente número de criminales. También existe la posibilidad de que simplemente se hubiera producido un descenso de los índices de delincuencia. Otra de las razones podría ser el

paulatino desarrollo de una sociedad cada vez más legalista y culta en la que comenzaban a germinar teorías que no sólo trataban de la adecuación entre el castigo y el delito sino que permitían profundizar con más detalle en cada caso y aumentar la complejidad del análisis procesal de los tribunales. El estudio que ha realizado Claude Gauvard sobre la pena de muerte y el *parlement* de la Francia tardomedieval —la máxima instancia judicial de ese país— muestra que entre los años 1387 y 1400 sólo hubo cuatro condenas a muerte, todas ellas a hombres, de un total de doscientos casos penales sometidos a la consideración del juez. La familia de uno de ellos, para evitar la humillación de un ahorcamiento público, consiguió que el culpable fuera ahogado en secreto por la noche. La circunstancia de que se tratara de un tribunal aristocrático contribuye a explicar el escaso número de sentencias de muerte que dictaba. En la mayoría de los casos, el establecimiento de acuerdos privados determinaba que se recurriera cada vez menos al verdugo. De este modo, el tribunal ofrecía la posibilidad de iniciar un proceso de conciliación entre las partes que permitiera atender la demanda de los vengadores* sin iniciar una enemistad sangrienta entre la familia de la víctima y la del acusado.

La justicia tendía a adaptar sus mecanismos a la premisa del ojo por ojo y diente por diente, pero «era más frecuente esgrimir la pena de muerte como elemento argumental en un alegato que en la realidad».[18] Los tribunales de menor rango —que atendían los casos de personas de «casta» inferior— no mostraban una inclinación tan marcada a la conciliación. La influencia del derecho romano seguía siendo muy notable, y el pensamiento de la mayor parte de las cortes de justicia se atenía a la afirmación de Séneca, quien sostenía que cuanto más severo fuese un castigo mayor sería el impacto que ejerciera en la gente. Los juristas medievales empleaban argumentos jurídicos

* En las sociedades de la época subsistía la antigua figura de la «venganza de sangre»: los crímenes violentos se consideraban una ofensa personal que el mismo afectado, o sus parientes, debían castigar con sus propias manos. En muchos países, este derecho a la venganza se hallaba regulado, tratándose de evitar los excesos mediante el derecho de asilo y los rescates de sangre —nombre dado a las compensaciones económicas propuestas al damnificado o a su familia—. *(N. de los t.)*

y filosóficos en favor del efecto disuasorio y el mensaje moralmente pedagógico que encerraba la aplicación de la pena capital, e insistían en que la medida era muy eficaz para preservar el orden social. El conjunto de la población deseaba tomar parte en la difusión de ese mensaje y en la generalización de dicho efecto, y lo hacía asistiendo a las ejecuciones públicas y participando en ellas.

En este debate sobre la violencia en el mundo medieval, vale la pena hacer una breve incursión en el ámbito doméstico. Por lo general, solía tenerse la percepción de que la violencia ejercida en este espacio se dirigía más contra la persona que contra la sociedad, aunque no invariablemente. El carácter de los registros medievales y el analfabetismo de la mayoría de la gente nos obligan a recurrir al análisis de los casos judiciales para examinar lo que sucedía en este entorno. Y a pesar de que esto nos permita descubrir cuáles eran los planteamientos que se mantenían oficialmente respecto a la violencia doméstica (y cabe esperar que ese parecer administrativo reflejara, al menos en parte, la opinión popular), hemos de reconocer también que es la única posibilidad que tenemos de analizar la violencia en el hogar. En este terreno las percepciones son bastante más ambiguas, dado que en la mayoría de los casos quienes sufrían la violencia doméstica eran las mujeres y que la situación legal las obligaba a asumir una posición de gran desventaja (aunque no hasta el punto que habitualmente se supone). Así se expresa Philippa Maddern en relación con la mujer y la violencia en la Edad Media: «Ocupaban un lugar subordinado en la jerarquía moral de la violencia; el punto de vista vigente en el siglo XV entendía que, al pegar a sus esposas, los hombres se limitaban sencillamente a afirmar un orden que entraba en la naturaleza normal de las cosas, mientras que se consideraba, por el contrario, que las mujeres que agredían a sus maridos efectuaban un acto de traición contra natura a sus dueños y señores».[19]

El Decreto sobre la traición dictado en Inglaterra en 1352 vino a reforzar esta idea, ya que declaraba que la mujer que matara a su marido cometería un acto de traición. Por consiguiente, observamos que también en esta esfera la violencia suscitaba una preocupación por la estabilidad del orden social. Por este crimen, así como por

muchos otros, podía quemarse viva a una mujer. La última vez que se ejecutó una sentencia de este tipo en Inglaterra fue nada menos que en 1789. (La desdichada mujer se llamaba Catalina Murphy, y murió en la hoguera el 18 de marzo de ese año en Newgate por acuñar moneda falsa, un acto que se consideraba alta traición. En esta época, lo normal era que se estrangulase a la condenada antes de exponerla al fuego.)

En los sumarios que aparecen consignados en los archivos procesales y que guardan relación con la comisión de crímenes violentos y asesinatos, el número de mujeres es muy inferior al de hombres, puesto que, por término medio, su presencia no alcanza en Europa sino al 10 por 100 de los casos. El único delito violento en el que se invierten las proporciones es el infanticidio. De entre las numerosas presiones sociales, económicas, culturales y morales que empujaban a una mujer a deshacerse de su hijo quizá la más reveladora sea el hecho de que la sociedad medieval prefiriera a los varones. En la Cataluña del siglo XIV, el 80 por 100 de las víctimas de infanticidio eran niñas: «Las hijas representaban un gasto y una carga, así que se las exterminaba; los hijos constituían un activo y una ventaja, de modo que se los conservaba».[20] De este modo, ya desde el nacimiento, las mujeres se veían más expuestas a la violencia que los hombres. Ya hemos señalado la pena que establecía el códice legal de Carlos V para el infanticidio, pero los castigos variaban, en especial en función de que la vista del caso se realizara ante un tribunal laico o una corte eclesiástica, dado que esta última hacía más hincapié en el arrepentimiento que en el correctivo. De este modo, en Italia, donde el infanticidio pertenecía al ámbito de la jurisdicción laica, tenemos noticia de un caso ocurrido en Bolonia en el año 1344 en el que se decapitó a una madre hallada culpable, mientras que un tribunal de la Iglesia que juzga a otra madre en la Inglaterra tardomedieval se limita a condenarla a realizar procesiones de penitencia. Se tiene asimismo la impresión de que en Inglaterra había una mayor predisposición a tener en cuenta las circunstancias atenuantes: en 1342 se envió a prisión a una tal Alicia a fin de que aguardase allí la gracia del rey, tras juzgarse que en el momento de eliminar a su hijo pequeño había su-

frido una enajenación mental. Pese a todas sus desventajas ante la ley, las mujeres tenían muchas menos probabilidades de que se les infligieran castigos corporales o de que se las condenara a la pena capital por determinados delitos, y contaban con bastantes más posibilidades de obtener el perdón.

Las mujeres casadas eran vulnerables a la violencia, pero no en la medida que sostiene la percepción moderna. De hecho, en el seno de las familias había muy pocos asesinatos, en especial si lo comparamos con la situación de la sociedad actual. Esto es lo que explica Barbara Hanawalt: «Al ser la familia la unidad básica de la economía campesina, a los maridos no se le pasaba por la cabeza matar a sus esposas por lo mismo que tampoco se les ocurría acabar con sus bueyes».[21] (La «regla general» —que sostenía que los maridos podían apalear a sus esposas si el grosor del palo utilizado no era superior al de un pulgar— no procede de la Edad Media, como a veces suponen algunos.*) James Brundage ha mostrado que el derecho canónico, es decir, el eclesiástico, trató de adaptar algunos de los puntos delicados de la autoridad patriarcal que reflejaba la Biblia, y que en este sentido abordó asuntos como el del mandato paulino que dictaba que las mujeres habían de someterse voluntariamente en todo a sus maridos, añadiendo que a pesar de que éstos deban amar a sus esposas, la mujer habrá de temer a su cónyuge. En lo que era una especie de efecto en cascada aplicado al castigo corporal, del rey abajo el superior tenía derecho a castigar al inferior, ya fuesen éstos mujeres, criados o niños. La ceremonia de graduación de los maestros de gramática de las universidades medievales incluía entre sus diversos actos la entrega al profesor recién licenciado de una vara con la que fustigar a los muchachos; la regla de los monasterios benedictinos permitía que los abates azotaran a los monjes.

Con todo, el hecho de pegar a la esposa era algo que se veía con malos ojos y que se desaconsejaba, aunque las mujeres de los pastores

* La lengua inglesa permite al autor un sarcasmo, ya que la expresión «regla general» sustituye a «*rule of thumb*», literalmente «regla del pulgar». Aunque el sentido de la expresión es el de «práctica aproximada», algo así como nuestro «a ojo de buen cubero», en la frase original reverbera irónicamente con el diámetro de la vara permitida. *(N. de los t.)*

protestantes estaban expuestas a un trato más duro, ya que la *Summa Parisiensis* de mediados del siglo XII autorizaba que se propinaran fuertes palizas a las mujeres de los clérigos —siempre y cuando no fueran letales—. Si la mujer alegaba crueldad, podía obtener la separación legal del marido: en el París del finales del siglo XIV, Guioche Grivoul recibió una advertencia judicial que le instaba a dejar de agredir a su mujer con estacas y cuchillos, so pena de quedar excomulgado, verse en la obligación de satisfacer una multa, dar la separación a su esposa y atender la reclamación de ésta, que exigía una parte de sus propiedades. No obstante, las apelaciones fundadas en este tipo de argumentos son escasísimas (ya que en Inglaterra apenas representan el 0,02 por 100 de los casos de divorcio). Son frecuentes las citas que mencionan que las dificultades económicas eran uno de los elementos que daban pie a la violencia matrimonial. En 1367, en la ciudad de Angers, situada en la región occidental de Francia, un hombre que había perdido la mitad de sus propiedades al tratar de sacar adelante un litigio, tuvo un ataque de locura a raíz de ese descalabro y dio una paliza a su esposa y trató de defenestrar a sus hijos. Por estos hechos fue condenado a llevar grilletes en casa por espacio de seis meses. Los diversos estudios de Hanawalt confirman que había un cierto grado de igualdad en los castigos que imponía la judicatura. Las obras de este autor demuestran que en la Inglaterra tardomedieval tanto las mujeres que asesinaban a sus maridos como los hombres que eliminaban a sus esposas tenían las mismas probabilidades de ser hallados culpables (unos y otros recibieron fallos contrarios en el 29 por 100 de los casos totales); el 51 por 100 de los hombres condenados por matar a un pariente fue enviado a la horca, mientras que el porcentaje de las mujeres colgadas por los mismos cargos es del 50 por 100.

Uno de los delitos que sufrían las mujeres y que además las convertía en objeto de graves injusticias era el de la violación. Los escritos de los monjes misóginos, al pintar a la mujer como a un ser tópicamente tentador, es decir como a una Eva rediviva, conseguían distorsionar algunas opiniones al expresar el punto de vista de que algunas mujeres merecían que se las violara, lo que incidía en la fre-

cuencia con que los acusados lograban basar eficazmente su defensa en el carácter moralmente deshonroso de sus víctimas. La violación, en tanto que ofensa que atentaba contra la paz del rey, era un delito grave, pero disfrutaba de unos índices de absolución extraordinariamente elevados. La cuestión vinculada a las pruebas de consentimiento, junto con otros temas, como la ausencia de testigos y la reticencia de un jurado compuesto íntegramente por varones, a dictar una sentencia de muerte (castigo que, por causa de violación, sólo se aplicó en Inglaterra en el año 1285), eran todos ellos elementos que se confabulaban para suavizar la legislación punitiva. Un cierto número de estudios ilustra esta manifiesta injusticia. En la región central de Inglaterra, entre los años 1400 y 1430 no hubo, de los doscientos ochenta registrados, ningún caso de violación que se saldara con una sentencia condenatoria. Y en lo que hace al conjunto del país, en los primeros setenta y cinco años del siglo XIII, únicamente uno de los delitos juzgados, de los ciento cuarenta y dos elevados a los tribunales, terminó con una pena de multa (otros dos, al haber sido cometidos por clérigos, quedaron sometidos a la consideración de los tribunales eclesiásticos, más benévolos —sin que sepamos con qué consecuencias—). Algo muy similar ocurría en el resto de Europa: en Brescia, entre los años 1414 y 1417, sólo se dictaron cuatro sentencias penales por violación (de un total de cuatrocientas); en el Cerisy de los siglos XIV y XV, sólo ocho de los trescientos cuarenta y cuatro delitos violentos que se llevaron ante los tribunales fueron casos de violación; y en Núremberg, en el siglo XIV, no ha quedado constancia más que de ocho atropellos sexuales —entre los más de setecientos delitos denunciados—. No es de extrañar, por tanto, que en la Europa medieval, «el delito de violación destaque, de entre todos los que sufrieron las mujeres, por la aparente inoperancia de la ley».[22] Dadas esas actitudes, y habida cuenta de que en tiempos de paz eran tan pocos los elementos disuasorios asociados a la violación, lo único que cabe esperar es que en las zonas de guerra el número de abusos se disparara de forma muy notable.

La justicia resultaba de poca ayuda para la víctima de una violación, así que más le valía velar ella misma por su propia seguridad.

Dados los prejuicios relacionados con la idea del orden social, el hecho de que una mujer ejerciera la violencia contra un hombre se consideraba algo aborrecible, pero en caso de defensa propia podían admitirse excepciones: en un juicio celebrado en Inglaterra en el año 1438, Juana Chapelyn, que había matado al violador que la había agredido, quedó absuelta (sin duda, el hecho de que el violador muerto fuera francés contribuyó favorablemente en su caso). Sin embargo, no se aceptaba cualquier método para evitar una violación, ya que también el suicidio se condenaba como vía de escape. A veces la justicia tenía que vérselas con la ultrajada familia de la víctima, pero las autoridades reprimían constantemente las enemistades entre particulares. Si hemos de dar crédito a las fuentes, el poco consuelo que podía conseguirse provenía de la intervención espiritual. En 1345, una aristócrata viuda quedó embarazada tras una violación; pidió ayuda al fraile franciscano Gerardo Cagnoli y milagrosamente todos los signos de su estado desaparecieron.

En este último ejemplo observamos otro de los aspectos característicos de las actitudes que se mantenían en la Edad Media en relación con la violencia y la justicia. La población esperaba de las autoridades que aplicaran violentos escarmientos a los delincuentes a fin de impedir que la violencia criminal adquiriera mayores proporciones. También hemos visto que algunos culpables sufrían el fulminante castigo divino. No obstante, a veces la gente tenía la sensación de que el correctivo judicial no sólo era excesivamente severo sino que constituía un yerro jurídico. Para remediarlo, se tomaban en ocasiones la justicia por su mano y ayudaban a escapar a los prisioneros o pedían al verdugo que no ejecutase la pena. De cuando en cuando, allí donde la protesta se hacía notar de manera especial, las autoridades tenían en cuenta este barómetro de la opinión pública y hacían gracia de la vida al condenado por temor a que se produjeran desórdenes públicos. Ahora bien, la súplica de la ayuda divina y la posterior intervención milagrosa también ejercía una poderosa influencia en la necesidad social de un sistema de justicia equitativo. En las fuentes encontramos abundantes ejemplos de esas imploraciones, promovidas sin duda por los autores de la Iglesia, que no sólo

fomentaban la creencia en la eficacia de las oraciones sino también la realización de ofrendas más concretas a los santos de la Iglesia. El hecho de que se hiciera tan notable hincapié en el perdón implicaba que hasta los culpables podían esperar clemencia.

Hay ejemplos de ello en toda la Europa medieval. Son ejemplos que van de los acontecimientos que admiten una aclaración práctica a los completamente inexplicables (por no hablar de los improbables). A finales de la década de 1170, en Inglaterra, un acusado batió con claridad a su acusador en un juicio decidido por medio de un combate singular y se atribuyó su éxito al hecho de que hubiera invocado la ayuda de santo Tomás Becket, arzobispo y mártir, aunque también hay que decir que inmediatamente antes de la prueba el vencedor había recibido un cursillo intensivo de lucha de tres días de duración. Del Norwich de 1285, en el Anglia Oriental, nos llega el caso de Gualterio Eghe, colgado por robo. Al cortar la soga tras el ahorcamiento y llevar el cuerpo hasta el lugar en el que debía recibir sepultura se vio enseguida que no estaba muerto. El reo se acogió a sagrado en una iglesia y recibió el perdón del rey, pues se consideró que su pasmosa recuperación había sido una señal divina de su inocencia. (Gualterio fue más afortunado que un ladrón que fue conducido al patíbulo en el condado de Oxford en 1335: como el verdugo no había rematado la faena le enterraron vivo.) En 1291, en Swansea, en el sur de Gales, Guillermo Crak fue ahorcado por homicidio múltiple (trece asesinatos). Antes de que le rodearan el cuello con una gruesa cuerda de nudo corredizo y de que se retirara con toda presteza la gradilla «para que muriera rápidamente»[23] (al partirse el cuello a consecuencia del tirón) había invocado la ayuda de Tomás Cantiloupe. Al ser descolgado, Guillermo se ensució encima, como solía ocurrirles a las víctimas, y quedó hecho un trapo. Fue conducido a la iglesia sobre la escala empleada para ahorcarle. Tenía el rostro ennegrecido e hinchado, los ojos se le salían de las órbitas, el cuello, la garganta y la nariz aparecían ensangrentados, y la lengua estaba lívida y retraída, ya que los dientes la habían lacerado. A pesar de todo, santo Tomás Cantiloupe le devolvió a la vida. Este santo Tomás había sido obispo de Hereford hasta el año 1252, fecha de su fa-

llecimiento. Era lo más parecido a un liberal de la Edad Media, y se le atribuye la salvación de un buen número de culpables condenados a morir en la horca. Otra de sus intercesiones exitosas se produjo en Lincoln en el año 1291, en respuesta, una vez más, al llamamiento del ajusticiado.

Los muros de las prisiones no impedían que los santos prestaran auxilio a los convictos encarcelados. En la Inglaterra de principios del siglo XII, el obispo de Ely dejó constancia escrita de lo sucedido a un tal Bricstan, enviado a la cárcel por error (o eso creía el obispo), tras haber sido acusado de la comisión de unos delitos económicos. Cinco meses después de su arresto, en lo que fue una fuga bien organizada y coordinada, san Benedicto, santa Etelreda y santa Sexburga sacaron a Bricstan de su celda. En tiempos de los angevinos, un zapatero llamado Roberto el Hediondo eludió la purgación de la ordalía del agua al dirigir unos rezos a san Edmundo (es decir a la Iglesia) y ofrecerle su mejor buey a cambio de la libertad. El resultado fue que, milagrosamente, su nombre no apareció en la lista del juicio previsto. En el año 1170, al objeto de dictar sentencia en un caso de deudas y violencia, se obligó a un tal Ailvardo a pasar la prueba de la ordalía del agua. No consiguió salir airoso y fue mutilado: le arrancaron los ojos y lo castraron. «Por fortuna para Ailvardo, su devoción a santo Tomás acabó devolviéndole la integridad física, aunque sus nuevos testículos fueran de pequeño tamaño y uno de sus ojos no presentara ya un aspecto multicolor sino negro.»[24] La misericordia de Dios podía contravenir el orden social. Un ratero de Oxford fue sentenciado a muerte con el aplauso general. Sin embargo, la intervención de unos monjes, que rezaron ante las reliquias de san Ecguino, logró el auxilio del santo, que salvó al ladrón de morir ahogado.

En épocas de calamidad y desesperación, la gente elevaba los ojos al cielo en busca de socorro. No es de extrañar por tanto que el turbulento siglo XIV asistiera a una explosión de mediaciones taumatúrgicas, tan numerosas que hay material suficiente para escribir un libro sobre este fenómeno, como ha hecho Michael Goodich en su fascinante estudio titulado *Violence and Miracle in the Fourteenth Century*, publicado en 1995. Este autor señala que en «tiempos de

gran temor y angustia, el suplicante inocente invoca el auxilio divino frente a las exigencias de un mundo violento e injusto».[25]

Acusado de asesinato en 1323, el inocente Bernardo Nuctii hizo a Nicolás de Tolentino la solemne promesa de abominar de todo pecado. El santo llevó a feliz término su huida, en la que hubo de pasar frente a siete guardias. En la población francesa de Die en 1390, la escalera utilizada para la ejecución se partió y los caballos que debían acabar con el ajusticiado huyeron presas del pánico. Se ofreció al reo una segunda oportunidad y quedó libre. En 1384, una muchedumbre integrada por trescientos espectadores oyó formular un sagrado juramento a un falsificador que estaba a punto de ser colgado del puente de Lansberg; el condenado cayó al agua y a pesar de estar atado de manos y pies se las arregló para ponerse a salvo. Desde Châteauneuf nos llega un relato similar, fechado en 1395. Un hombre que había asesinado a varios niños fue condenado a morir ahogado en un río. Sin embargo, logró salir a la superficie y reaparecer en un banco de arena tras haberse desatado milagrosamente las manos. Con todo, lo más frecuente era que quienes se salvaran por intervención divina fuesen los inocentes.

A veces, la ayuda del cielo no resolvía gran cosa. En 1369, en la ciudad de Le Mans, situada en el noroeste de Francia, Guillermo el Bretón sobrevivió a varios intentos de ahorcamiento. Cada vez que le ponían la soga al cuello, la cuerda se partía y Guillermo caía al suelo desde buena altura. Aquello se interpretó como un signo del favor celestial, así que Guillermo quedó libre del cadalso y se le trasladó de nuevo a la cárcel en un carro. Durante el viaje de vuelta, el carromato se vio envuelto en un grave accidente del que Guillermo salió gravemente herido. Falleció poco después en su celda a consecuencia de las lesiones. El médico que le atendió imputó la causa de la muerte a los traumatismos sufridos a raíz de las caídas del patíbulo y en el accidente de la carreta.

Hasta ahora hemos examinado la perspectiva que se tenía en la Edad Media respecto a la violencia social, aunque aún no hayamos aludido a las guerras. Esto nos permite disponer de un punto de referencia para valorar las bestialidades de la práctica bélica, esto es, de

lo que hoy llamaríamos «crímenes de guerra». Acabamos de ver que incluso en épocas de normalidad, la sociedad medieval se hallaba constantemente expuesta a episodios de violencia ejemplarizante, y ello de muchas formas, todas ellas brutales, exigidas además por la propia sociedad. Las torturas rara vez se efectuaban en público, salvo en las ejecuciones en que se recurría deliberadamente a ellas a fin de prolongar el proceso y elevar al máximo la dolorosa agonía del reo (adelantándose en varios siglos al draconiano panfleto del Londres de 1701 titulado *Hanging Not Punishment Enough*), pero su existencia obedecía fundamentalmente al hecho de que era una medida judicial de uso generalizado. Estos niveles de violencia se disparaban de forma exponencial en época de guerra, no sólo, como es obvio, en el campo de batalla, sino allí por donde pasaban las tropas. Tras las contiendas, la tasa de delitos violentos también se incrementaba, en lo que es una característica observable en muchas sociedades de todos los tiempos, ya los perpetraran los soldados ingleses que regresaban derrotados de Francia al finalizar la guerra de los Cien Años a principios de la década de 1450 u otras tropas, también inglesas, al retornar de las contiendas que habrían de librar Guillermo III y la reina Ana I de Gran Bretaña doscientos cincuenta años más tarde.

La guerra proporciona algo más que un manto protector para la actividad criminal de los soldados, ofrece a todos una oportunidad única y no sólo a aquellos movidos por los bajos instintos. A principios del siglo XIV, durante las invasiones escocesas del norte de Inglaterra hubo un gran número de robos de animales y de importantes cantidades de grano: se trataba de acciones ideadas y planificadas en tiempo y forma para que pareciera que los responsables habían sido los salteadores escoceses. Incluso en el mejor momento de un período de bonanza, la pérdida de un buey o un caballo podía tener —en una economía de subsistencia— funestas consecuencias para una familia. No resulta extraño, por consiguiente, que aquellas incursiones «no sólo dieran a la gente un pretexto para aprovechar el perturbado estado de cosas de su región y entregarse a la actividad criminal, sino que también representaran un poderoso incentivo: el que debía empujar necesariamente a quienes, habiéndose visto privados de sus

bienes, sintieran la tentación de recuperar los animales y los víveres que les habían quitado o las cosechas que habían sido pasto de las llamas».[26]

Las condiciones bélicas imponían grandes cargas a muchos de los elementos vulnerables de la sociedad, dejándolos expuestos a un entorno en el que el imperio de la ley contaba muy poco. En tiempos de paz, no sólo se consentía el ejercicio de una violencia visible de intención ejemplarizante, sino que ésta era brutal y generalizada. Sin embargo, no era nada comparado con lo que sucedía en períodos de guerra, épocas en las que la didáctica de la violencia se aplicaba a una escala inconmensurablemente superior.

2
Guerra

El rey como juez y verdugo

El rey se hallaba al frente de los sistemas de la justicia y la gobernación medievales. Él poseía el supremo poder de decisión: la autoridad para declarar la guerra o firmar la paz, y la facultad de ordenar la muerte o perdonar la vida a sus súbditos, del más humilde al más encumbrado. De él se esperaba que blandiera la espada —y se le alentaba a hacerlo— para proteger al pueblo de los criminales y los enemigos. Él era el primer caballero y el árbitro de justicia último, y en cualquiera de esas dos facetas, él era asimismo el más poderoso árbitro de la vida y la muerte del país; era soldado, juez y verdugo.

La paz del reino era la paz del rey. Si un rey se mostraba muy riguroso, pero de este modo conseguía garantizar la seguridad de su reino, se elogiaba su severidad. De modo muy similar a lo que sucede hoy, o en cualquier otra época, si existe la sensación de que se están produciendo desgarros en el tejido social, las gentes de la Edad Media retrotraían la vista a tiempos pretéritos, considerando que en ellos resplandecía un orden basado en el cumplimiento de la ley y que habían constituido una edad de oro firmemente dirigida por un gobernante que respetaba la tradición y al que no temblaba la mano cuando era menester dictar la más dura de las sentencias contra los infractores. Para defender a la nación de sus enemigos, la capacidad legislativa y jurídica del monarca debía correr pareja a su intrepidez guerrera, ya que no sólo era la máxima instancia judicial del país, sino también el comandante en jefe del ejército nacional. Esos dos

roles —el de juez y capitán— se unían a un tercero: el de sacerdote, esto es, sus dos primeras funciones aparecían vinculadas a la naturaleza sacerdotal de la corona. Según la teorías medievales (y también de épocas posteriores), se creía que el gobernante había recibido de manos de Dios su autoridad temporal, razón por la que reinaba por derecho divino. Por consiguiente, su deber, consistente en hacer cumplir las leyes del país, mantener la paz y proteger a su pueblo de los enemigos mortales, era un deber sagrado. Quebrar la paz del rey constituía una ofensa al pueblo, al rey y a Dios; era incumbencia del soberano impedir esas inversiones del orden natural de la sociedad. De este modo, la responsabilidad del rey no se ceñía únicamente a su deber para con el pueblo, sino que le empujaba a rendir cuentas directamente a Dios. Esta jerarquía divina concedía al monarca grandes poderes, tanto políticos como místicos —y en este último sentido poseía la facultad de conseguir curaciones milagrosas—. Los primeros renglones de una carta o una orden regia recordaban a todo el mundo que el soberano era rey «por la gracia de Dios»; no se trataba de una fórmula vacía, sino de una frase cargada de autoridad —una autoridad sin límites— en la que se proclamaba que Dios era la fuente última del poder del rey. Hiciera lo que hiciese, el monarca podía teóricamente reivindicar que actuaba en nombre de Dios.

Esta faceta sacerdotal de la monarquía se establecía en la ceremonia de la coronación. Fundándose en precedentes del Antiguo Testamento, el ritual investía al rey con la doble autoridad de una axiomática supremacía en las esferas laica y clerical. El papado trataba de minimizar la semejanza de la coronación con el sacramento de las sagradas órdenes, aunque sin éxito. En Inglaterra y Francia, la ceremonia de la investidura iba acompañada de la unción con el crisma, el santo óleo empleado en las consagraciones de los obispos. En las coronaciones francesas también era costumbre administrar los santos óleos, convenientemente «enviados» en este caso del Cielo, y también se utilizaron en el bautismo de Clodoveo en el año 496. Para no ser menos, en el siglo XIV los ingleses «descubrieron» prodigiosamente una redoma de aceite que santo Tomás Becket había recibido de la Virgen María; a partir de aquel momento el recién halla-

do óleo se convirtió en elemento obligado de las coronaciones inglesas. Esta fusión de poderes dominó las ideas medievales sobre la monarquía y ha sido objeto de muchos estudios desde entonces (y de modo muy particular en el libro de Ernst Kantorowicz titulado *The King's Two Bodies: A Study in Medieval Political Theology*).* Los teólogos y los observadores políticos de la Edad Media, educados en creencias como la de la Santísima Trinidad, sólo tenían que dar un paso más para ver en el rey el engarce de dos formas en una: el cuerpo físico (mortal) y la entidad política, es decir, al estado mismo (inmortal y divino). El emperador Federico II no era el único que pretendía que el hecho de no atender los deseos del rey equivalía a una blasfemia, extremo que será preciso tener presente cuando veamos que los soldados efectúan sin rechistar las órdenes del rey, que podía haberles pedido exterminar a los prisioneros o regodearse en otras salvajadas.

Como vicario de Cristo (título que también adoptó el papa Inocencio III a principios del siglo XIII, en un período marcado por la competencia entre el poder temporal y el espiritual), y en tanto que vicegobernador del poder teocrático, el primer objetivo del monarca consistía en mantener la paz del reino, entre otras razones, por el nada secundario interés de que los fieles pudieran concentrar sus energías en servir a Dios. Si un delito no sólo representaba un atentado contra el pueblo o el rey, sino que se acompañaba de una ofensa añadida, la que afligía a Dios, entonces lo que se imponía era que el rey cumpliera el arduo deber de asegurarse de materializar la Paz de Dios.

Del argumento se seguía por tanto que la aplicación de una violenta justicia regia contaba con la aprobación divina. Un rey con las manos manchadas de sangre podía mostrarlas al pueblo como prueba de los afanes a que debía entregarse por el bien de sus súbditos y en nombre

* Hay traducción castellana: *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, traducción de Rafael Blázquez Godoy y Susana Aikin Araluce, Alianza, Madrid, 1985. *(N. de los t.)*

de Dios; y como contrapartida de sus esfuerzos se hacía acreedor a la general aclamación.

Enrique I de Inglaterra recibió esos vítores. Este rey no tenía una gran reputación de arrojo bélico. A él no se le adjudicó ningún sonoro apodo regio como «Corazón de León», «Martillo de escoceses» o «Conquistador»; Enrique, en cambio, tuvo que conformarse con la más modesta denominación de «Beauclerc»,* un testimonio de la eficiencia de su administración y su burocracia. No obstante, como ha mostrado Warren Hollister, Enrique se ganó, tanto entre sus contemporáneos como a ojos de las generaciones posteriores, la reputación de ser un temible defensor de la ley, ya que garantizaba la seguridad de sus súbditos mediante la imposición de medidas muy rigurosas contra los malhechores. Desde el punto de vista moderno, dichas disposiciones revisten un carácter extremo: son varios los historiadores que condenan a Enrique, a quien describen como un «hombre cruel y despiadado», «conocido por su brutalidad» y por haber regido un «reino de calculado terror», de «terrible y bárbara» naturaleza... Sin embargo, en la Inglaterra del siglo XII la divina inspiración de su política de tolerancia cero era recibida de forma mucho más favorable. Enrique se limitaba a cumplir la promesa que hiciera en su coronación, ceremonia en la que dio palabra de mantener la paz en todos sus dominios. Dos siglos más tarde, Eduardo II, que fracasó en su intento de hacer otro tanto, será clara y humillantemente puesto en evidencia en los denigrantes artículos dirigidos contra él.

* Además de por «el Zanquilargo» (su apodo popular), Eduardo I de Inglaterra (1239-1307) fue conocido como «Martillo de los escoceses» por razones obvias; «el Conquistador» es evidentemente el rey Guillermo I (1027-1087), hijo natural de Roberto el Diablo, duque de Normandía, y una aldeana llamada Arlette de Falaise. Guillermo se hizo con el control de Inglaterra en la batalla de Hastings (1066), donde recibiría el sobrenombre con el que ha pasado a la historia. Téngase en cuenta que Enrique I de Inglaterra era el hijo menor de este Guillermo, con lo que la «escasez» del sobrenombre quizá supusiera en su caso un contraste particularmente marcado. En cuanto al remoquete en sí —«Beauclerc»—, y a pesar de que algunas enciclopedias le asignan el primero de los significados siguientes (debido, al parecer, a que desde joven se le quiso destinar a la carrera eclesiástica) puede significar en francés tanto «buen cura» como «buen amanuense»; valdría llamarle Enrique «el Competente», habida cuenta de lo que se explica en el texto. *(N. de los t.)*

La política de Enrique I, decidido a «atajar con dureza el crimen, y a mostrarse mucho más inflexible aún con los criminales», contó con una retórica enormemente favorable y con el entusiasmado aplauso popular, en total contraposición con la moderna condena de sus brutales métodos. Los clérigos más destacados de la época de Enrique se deshacían en elogios a las políticas del rey: Eadmero declaró que de ellas se habían «derivado inmediatamente grandes bienes»; Roberto de Torigny alababa al monarca por mantener la paz «a punta de espada»; un monje de Peterborough, en el centro de Inglaterra, recurre a la Crónica anglosajona para expresar la aprobación que le merece el hecho de que Enrique hubiera ordenado mutilar a los monederos falsos, ya que «se había hecho con toda justicia».[1] La base social en la que se apoyaba Enrique estaba integrada por personas realmente partidarias de una justicia de latigazo y soga al cuello.

El gran apoyo de Enrique, el extraordinario Luis VI el Gordo de Francia (al que también se conocía como «el Batallador» y que se salía de lo corriente en todos los aspectos), no iba a quedarse atrás en la imposición de la ley y el orden en su propio reino. En el año 1109, cuando Guido de la Roche-Guyon y sus hijos murieron asesinados por su cuñado Guillermo, Luis reaccionó fulminantemente con la espada de la justicia. Su amigo y biógrafo, el abate Suger, nos cuenta que el rey ordenó que Guillermo y sus seguidores fueran castigados «con una muerte cuidadosamente escogida y vergonzosa». Y cuando el culpable y sus secuaces se vieron capturados, el destino que les esperaba era terrible.

> Atacándoles con la espada, degollaron piadosamente a los impíos, mutilando los miembros de algunos y destripando con gran placer a otros, amén de ensañarse en ellos con mayores crueldades, juzgando que aun pecaban de benévolos. Cuando tanto los vivos como los muertos empezaron a ser arrojados por las ventanas, nadie tuvo ya la menor duda de que la mano de Dios se había apresurado a dar un pronto escarmiento. Cubiertos, como erizos, de incontables saetas, sus cuerpos quedaban suspendidos en el aire, vibrantes, alzados por las afiladas puntas de las lanzas, como si el suelo mismo diera en rechazarlos. La inusitada fechoría de Guillermo hizo que los franceses idearan, como a

continuación diremos, un desquite igualmente desusado: si estando vivo le había faltado el seso, ahora que se encontraba muerto carecería de corazón, pues se lo arrancaron de las entrañas y lo empalaron en una estaca, ensoberbecido por la impostura y la maldad. Allí lo dejaron pudrirse muchos días, en lugar bien visible, a fin de hacer pública la venganza que por su malignidad había merecido.

Después, los vengadores ataron con cuerdas los cadáveres de Guillermo y varios de sus compañeros a un trillo y a diversos trozos de cerca que habían sido ensamblados a fin de servir para este cometido, y los lanzaron al río Sena. Y si nada acabó impidiendo que descendieran flotando hasta Ruán, habrán dado allí buena muestra de cómo se ajustaban las cuentas de la traición.[2]

Vemos aquí muchos de los elementos que ya hemos expuesto anteriormente: el énfasis en la aplicación de un correctivo de índole notablemente espectacular y espantosa; el fomento de una conducta regia extremadamente brutal; y el aprobador aplauso de un abate de la Iglesia por la presencia de la «mano de Dios» en el «piadoso» exterminio de los culpables. Observamos asimismo la incidencia de la xenofobia, puesto que los hombres asesinados eran normandos, no franceses. No se trató de un acto de bestial delirio derivado de un momento de arrebato, sino de un ataque ocurrido en respuesta a órdenes procedentes de una instancia muy elevada. En el caos y el ardor de la guerra resultaba extremadamente sencillo en esa época perpetrar acciones de horrendo salvajismo.

La semejanza de las reacciones de Enrique I y Luis VI desdibujan la creciente divergencia entre el concepto de monarquía que imperaba en Inglaterra y el vigente en el resto de Europa. En Francia, Alemania y otros lugares, la corona, de carácter teocrático, ejercía una influencia muy superior a la que se observa en Inglaterra, lo que consiguió allanar el camino del absolutismo posterior. Esto explica en parte por qué las medidas para combatir la herejía que condujeron a luchar contra los cátaros en el sur de Francia recibieron un respaldo tan decidido por parte del rey, ya que la erradicación de los herejes era otra de las facetas asociadas a la ley y el orden divinos. Y también

nos ayuda a comprender la relativa falta de oposición política activa (en Inglaterra) a los reyes franceses en particular. Aunque los barones de Francia no consiguieron unirse lo suficiente como para hacer frente común y elaborar un programa contra las usurpaciones de los reyes, cuando se producían rebeliones graves su respuesta consistía en buena medida en introducir cambios en la política gubernamental antes que plantear amenazas directas al rey mismo. Los franceses habrían de ver con ojos horrorizados la posterior tendencia de los ingleses a matar a sus reyes, y lo cierto es que ellos mismos no habrían de adquirir esa afición al regicidio judicial sino en épocas posteriores de su historia.

En Inglaterra, los levantamientos contra los monarcas, pese a ser de extrema gravedad, resultaban menos chocantes debido a que la naturaleza de la monarquía era en la isla ligeramente menos teocrática y algo más feudal. El término «feudalismo», pese a la gran reducción de significado que ha sufrido tras el paso del deconstructivismo moderno, sigue siendo útil para designar lo esencial del pacto que constituía el núcleo de la sociedad, una sociedad notablemente jerarquizada. El acuerdo personal y político que unía al señor y al amo requería «buena fe» (*bona fides*) por ambas partes. De este modo, si un rey, en especial en un estado como el de Inglaterra, desatendía aquello a lo que se había comprometido en virtud de ese pacto —el mantenimiento de la ley y el orden, la procura del buen gobierno, la defensa del reino, etcétera—, corría el riesgo de que se le pidieran cuentas en un sentido muy práctico por no haber respetado su parte del trato. Cuando a un rey inglés le daba por confundir su papel teocrático con su función feudal provocaba una crisis en el reino. Aunque dentro de ciertos límites, la monarquía teocrática siguió ejerciéndose incluso en aquellas épocas en que el feudalismo había iniciado ya su declive, esto es, en la Inglaterra tardomedieval, como demuestra el reinado de Ricardo II.

Pero una cosa es la teoría y otra la realidad. Lo que verdaderamente le importaba a un gobernante era la conservación del poder. Para ello debía recurrir sin freno al uso de la violencia, pero de forma inteligente. Las muestras de debilidad eran el peor tipo de señal que

podía dejarse traslucir. Este párrafo tardomedieval procedente de Inglaterra advierte a los gobernantes que deben recordar

> que los reyes [que] no se ocuparon de mantener la paz y tampoco la ley
> pronto quedaron barridos de distintos modos
> y a su muerte no se dirigieron plegarias a Dios.[3]

Si estaba bien encaminada, se aprobaba que el rey ejerciera una violencia irrestricta, pero no ocurría lo mismo con el terror arbitrario o incoherente. Philippa Maddern ha determinado que las categorías en que cabe dividir la violencia justificable que podía permitirse el rey en su faceta de juez eran tres. En primer lugar, su condición de autoridad establecida, especialmente en relación con la que le venía otorgada por gracia divina, confería marchamo de legitimidad a sus actos de fuerza punitiva. En segundo lugar, esa violencia debía orientarse a la procura de una buena causa —la paz y el orden, por ejemplo—. En tercer lugar, también podía ocurrir que la brutalidad se ejerciera únicamente sobre determinado tipo de gente, es decir, que sólo se aplicara a los criminales y los malvados.

Se permitía —y de hecho se fomentaba— que el soberano expresara sentimientos de ultraje personal al emitir sus fallos: «La ira del rey era tan incuestionable como la cólera divina: podía equipararse a ella».[4] Con todo, el monarca debía encauzar adecuadamente su furia. Al ser el representante de Dios, se suponía que la indignación del rey (*ira regis*) debía reflejar, por su alcance, exactitud y proporción, el enojo de Dios (*ira Dei*). Esto se aplicaba asimismo a la misericordia divina, con lo que la dispensación de justicia permitía las muestras de clemencia. De este modo, si la saña implacable del monarca podía merecer elogios, lo mismo sucedía con su indulgencia. Cuando Felipe II de Francia derrotó a sus enemigos en Bouvines, cerca de Lille, en el año 1214, el derecho romano y las costumbres francesas aprobaron que el rey pudiera recurrir a la pena de muerte para castigar a los reos que fueran hallados culpables de rebelión y crímenes de *lèse-majesté*. Sin embargo, Felipe evitó su aplicación. El biógrafo regio, el servil panegirista Guillermo el Bretón, deja constancia de la humana

magnanimidad que mostró al sancionar a sus prisioneros y aplaude su asombrosa tendencia al perdón y la piedad. Desde luego, esos actos de moderación admitían someterse a una labor promocional tan intensa como la de las ejecuciones públicas, y era frecuente que su motivación radicara en consideraciones de orden político o propagandístico. Para el rey era bueno inspirar temor, pero contar con afecto y respeto también constituía una forma de acumular un buen capital político. En una carta fechada en el año 1265, y tras el éxito obtenido por el rey en la reciente revuelta de los barones, el papa Clemente IV advirtió a Enrique III que «El perdón humano te devolverá el amor de tus hombres más que el duro castigo, dado que el ansia de venganza, aunque sacia el odio de unos pocos, exacerba el de los más».[5]

La intercesión femenina era otra vía para tratar de atenuar la justificable ira regia. El más célebre ejemplo de esta clase de intervención es el de los burgueses de Calais, según relata Froissart en su viva y sangrienta crónica de las primeras fases de la guerra de los Cien Años. En 1346, Eduardo puso cerco a la ciudad de Calais, en el norte de Francia y la conquistó. Eduardo, que era un soldado encallecido y triunfante, deseaba proceder a la matanza generalizada de los vencidos a fin de enviar un mensaje de advertencia a cualquier ciudad que pudiera acariciar la idea de presentar resistencia en el futuro. Sin embargo, los miembros de su junta de campaña le aconsejaron que desistiese del empeño, en lo que venía a ser una reedición de la similar recomendación que recibiera más de cien años antes, en 1215, el rey Juan sin Tierra durante el asedio de la plaza de Rochester. En aquella ocasión, los consejeros alertaron a Juan de que existía el peligro de exponer a los ingleses a un trato similar a manos de los franceses en caso de que la campaña viniera a experimentar más adelante algún reverso de fortuna. Eduardo se apaciguó sólo a medias. A cambio de perdonar la vida a la mayoría de los ciudadanos, exigía el sacrificio de una minoría: debían ofrecerse al verdugo seis hombres de Calais. Las campanas de Calais sonaron a rebato, llamando a los habitantes a reunirse en asamblea general. Seis burgueses de la élite jerárquica de la plaza, entre los que se encontraba el hombre más rico de la ciudad,

Eustacio de Sainte-Pierre, dieron un paso al frente y se ofrecieron como víctimas sacrificiales de la urbe para aplacar el furor del rey inglés. Despojados de sus camisas y calzones, ensogados por el cuello en una misma cordada, abandonaron la ciudad en dirección al lugar en que Eduardo sentaba sus reales. Pese a ello, el soberano inglés seguía resuelto a mantener su decisión y ordenó que se los decapitara. La esposa de Eduardo, la reina Filipa de Hainault, movida por la compasión que inspiraba el lamentable espectáculo, se arrojó a los pies del rey, pese a su avanzado estado de gestación y entre lágrimas suplicó que se apiadara de aquellos hombres, en nombre del amor que sentía por ella. Como es lógico, Eduardo se enterneció, y los ciudadanos quedaron libres. El episodio no perjudicó la reputación de ferocidad que aureolaba a Eduardo: para eso estaban sus propagandistas. Por edificante que resultara tan dulce relato no se trataba de una situación habitual: un jefe militar medieval que, movido por la compasión, había permitido que escapara la guarnición enemiga había sido decapitado. Tales medidas no contribuían a fomentar que los soldados se pusieran freno alguno en su choque con los enemigos.

En su crónica de los burgueses de Calais, Froissart resalta constantemente la gran cólera de Eduardo, nutrida entre otras razones importantes, por las pérdidas que sus propios hombres habían sufrido en el transcurso del asedio; de este modo, su ira resultaba a un tiempo justificable y comprensible. El Dios del Antiguo Testamento proporcionaba abundantes ejemplos de que, por el bien de los hombres, era preciso administrar severos correctivos; y dado que los reyes y los señores eran los representantes de la autoridad terrenal legítima, los gobernantes podían contrarrestar con escarmientos violentos a todos aquellos que desatendieran pecaminosamente su voluntad. La sociedad esperaba grandes cosas de la contemplación de las manifestaciones de cólera violenta a que se entregaban sus gobernantes, ya que juzgaba, como ha mostrado Richard Barton en su estudio de la ira aristocrática, que los nobles «podían encolerizarse justamente cuando alguna acción malvada amenazaba su posición o los ámbitos puestos bajo su amparo», de modo que todos cuantos se resistieran a su autoridad «terminaban por ser tenidos por depravados,

por destinatarios merecedores de su colérico celo».[6] Esa forma de entender las cosas tiene claras implicaciones militares; una vez instalado en la sociedad ese punto de vista apenas queda ya más que un corto trecho que salvar para desembocar en las brutales acciones bélicas que ordenaban los generales de la Edad Media. En el proceso de puesta en práctica de las medidas dictadas por la autoridad jerárquica se aceptaba que estallaran episodios de enojo y violencia; no obstante, las explosiones coléricas se reservaban a los *bellatores* y se negaban en cambio a los *laboratores*, los estamentos de rango inferior, los cuales dependían por tanto de las clases superiores y no podían esgrimir la espada para hacer justicia, y menos aún blandir el horcón de aventar mieses para vengar una afrenta.

Si mantener a las masas sometidas era una de las facetas del control social, conservar la armonía entre los nobles era otro de los aspectos precisos para concretarlo, aunque en este caso la sujeción fuese mucho más débil. En el seno de las clases altas, el recurso a la violencia era una posibilidad que podía surgir con facilidad en los primeros compases de cualquier disputa, y su alcance superaba en ocasiones el marco en que operaba la articulación del crimen y el castigo. Siempre existía la posibilidad de que los desórdenes adquirieran una dimensión mayor, ya que la escala de los enfrentamientos aumentaba rápidamente, pudiendo pasar en poco tiempo de un conjunto de acciones individuales a una enemistad entre familias o clanes y a una verdadera guerra entre particulares. En su célebre obra titulada *Feudal Society* (1940),* Marc Bloch argumenta que en la Edad Media la gente se hallaba sometida a «fuerzas ingobernables», y vivía «tan próxima a la naturaleza», que apenas podía ejercer control alguno sobre ella. «El trasfondo de toda la vida social se hallaba regido por lo primitivo, por el sometimiento a fuerzas incontrolables, [y] por la existencia de continuos contrastes físicos»: las epidemias, las hambrunas y los «constantes actos de violencia» desembocaban en una situación de «perpetua inseguridad».[7]

* Hay traducción castellana: *La sociedad feudal*, traducción de Eduardo Ripoll Perelló, Akal, Madrid, 2002. *(N. de los t.)*

Dado tan inestable telón de fondo, no tenía nada de extraño que un hombre poderoso influyera por medio de la fuerza en el curso de los acontecimientos si se veía en situación de hacerlo. La literatura popular de la época no contribuía en modo alguno a contrarrestar esa tendencia, ya que mostraba una enorme sed de sangre. Así se explica, por ejemplo, que en el muy leído libro titulado *Raúl de Cambrai* las interminables discordias letales entre familias enemigas y las inacabables guerras culminaran invariablemente con la muerte de todos los protagonistas. El único freno potencial al estallido de violentos brotes de anarquía era la autoridad regia, que trataba de mantener bajo control la agresividad aristocrática, aunque no movida por razones altruistas, sino por el deseo de perpetuarse a sí misma. A este respecto, Richard Kaeuper ha señalado con perspicacia que «si los señores de todo rango y condición, así como los habitantes de las ciudades, tomaban airadamente las armas para zanjar sus propias ofensas, se producía un inmediato encontronazo entre la larga tradición del derecho privado, reforzada por el ethos del ideal caballeresco, con la cada vez más arraigada teoría de que la realeza debía estar investida de autoridad pública a fin de procurar el bien común».[8]

Al hallarse la sociedad frecuentemente inmersa en tan febriles y precarias situaciones no se necesitaba gran cosa para desencadenar un grave incidente. Uno de los detonantes de las sangrientas enemistades surgidas en el seno de las familias provenía en buena medida de los árboles genealógicos. La mayoría de las familias establecían sus vínculos de pertenencia en función de la consanguinidad inmediata y del parentesco político, lo que permitía la formación de grandes grupos familiares, agrandados más aún por la frecuente costumbre de contraer nuevas nupcias. Bastaba con que uno solo de los miembros de este amplio clan familiar se enzarzara en una disputa para que el colectivo del linaje entero se viera fácilmente arrastrado a un embrollo de dimensiones cada vez mayores. La fiereza de los varones más jóvenes, responsable de la mayoría de los crímenes violentos al actuar movidos por vehementes arrebatos, era lo que iniciaba las más de las veces una amarga disputa. No obstante, era también muy corriente que actuaran al dictado de las cínicas órdenes que les trans-

mitían sus mayores, puesto que a menudo eran éstos quienes organizaban un incidente a propósito si preveían que de él podría derivarse algún beneficio político o económico.

En los últimos años, este tipo de enemistades familiares han hecho correr tantos ríos de tinta como antes de sangre. Los esfuerzos que han realizado numerosos eruditos por catalogar y definir de forma clara este tipo de enemistades en tanto que elemento diferenciado de las distintas formas de guerra privada y de desorden público no debieran hacernos olvidar el hecho de que todos esos términos pueden subsumirse en uno; lo que preocupaba al gobernante medieval era el omnipresente peligro y la no menos frecuente probabilidad de que una discordia entre consanguíneos pudiera terminar superando los límites del entorno familiar y provocar el enfrentamiento de regiones enteras. Una de las tesis sobre el origen de la Guerra de las dos Rosas en Inglaterra culpa de su desencadenamiento a la existencia de facciones y enemistades que habían terminado enfrentando a los barones. Pese a que en la época moderna hay un general consenso respecto a que la causa de la guerra fue la incompetencia de Enrique VI, el factor más elocuente en este caso radica en el hecho de que esa ineptitud se manifestara de modo palmario en la impotencia del soberano, incapaz en primer lugar de suprimir las distintas pendencias familiares existentes en el ámbito regional, y consiguientemente también de evitar que crecieran hasta convertirse en algo de muy superiores dimensiones. En Alemania, la prolongada riña hereditaria que enfrentó a los arzobispos de Colonia con sus vecinos seglares culminó de forma espectacular y cruenta en la batalla de Worringen, en 1288. Las teorías medievales —propuestas en su día por san Agustín, que vino a convertirse en su primer defensor— agudizaron aún más el carácter inevitable de la espiral de la violencia recíproca. Dichas teorías sostenían que si el motivo de la contienda era vengar una injuria podía considerarse que se trataba de una guerra justa, lo que de hecho fomentaba que las enemistades entre parientes o clanes terminaran transformándose en una conflagración abierta. Ninguna de estas circunstancias conducía a la paz del rey: los enfrentamientos entre nobles, pese a que gozaran de general aceptación en tanto que

procesos justificables con los que dirimir un buen número de disputas, no dejaban en buen lugar al rey.

Un breve examen de algunas de esas reyertas generacionales que barrieron Europa nos permitirá comprender que la imagen de la riña entre facciones surgida a consecuencia de acciones cometidas por hombres de sangre ardiente ansiosos de tomarse rápida venganza y de obtener reparación inmediata del honor herido no es sino una parte del retablo. Lo que en realidad muestran estas querellas es lo frecuente y sencillo que resultaba el recurso a la violencia, y que ésta no sólo era ejercida por varones dedicados a perseguir fines fríamente calculados, sino que el objetivo de los enemistados era muy a menudo el simple engrandecimiento. El análisis que ha realizado Benjamin Arnold sobre la dinámica del poder de los príncipes en *Princes and Territories in Medieval Germany* (1991) revela claramente que esta clase de rivalidades se manipulaban a fin de conseguir apropiarse de tierras ajenas o de materializar una bien orquestada maniobra de control frente a determinados oponentes y competidores. «Predominaban a tal punto las enemistades entre señores, que surge la tentación de subordinar todas las explicaciones institucionales, dinásticas y judiciales relativas a la evolución de la soberanía de los príncipes en los insistentes ritmos políticos de las luchas intestinas ... Prácticamente todos los príncipes heredaban un conjunto de disputas que era preciso refrenar mediante el uso de la fuerza armada, y puede decirse que en ese tipo de procedimientos venía a resumirse virtualmente el normal funcionamiento de la política regional.»[9]

En la década de 1140, el obispo Otón de Freising lamentaba que las cosas habían llegado a un punto de tal gravedad que los hombres dedicaban la totalidad del año al saqueo y la provocación de incendios. Entre las interminables disputas que enfrentaban a los poderosos cabe mencionar las que enemistaron a los duques de Baviera con los arzobispos de Salzburgo; a los condes del Tirol con los obispos de Bixen y Trento; a los condes de Holanda y Güeldres con los obispos de Osnabrück; a los margraves de Brandenburgo con los arzobispos de Magdeburgo; o a los duques de Brunswick con los obispos de Bremen, Hildesheim y Halberstadt. (Dado este nivel de conflicto entre

las esferas laica y eclesiástica difícilmente podrá sorprendernos que la Reforma se iniciara en Alemania.) Una enemistad de menor virulencia, pero no obstante grave, es la que se produjo en la década de 1150 en la corte regia: me refiero a la discordia que enfrentó a los condes Videquindo y Folquin de Schwalenberg con el abate Vibaldo de Corvey. Los condes habían atacado Höxter, la población del abate, y tras destruir sus defensas la saquearon y a continuación exigieron un importante rescate. En uso de su autoridad, el rey ordenó al abate y a la plaza que se cobraran venganza por aquello. La pugna se prolongó hasta que un destacado vasallo del presbítero fue asesinado, acto que determinó que el duque Enrique el León decretara el exilio del duque Videquindo, quien primero hubo de pagar una compensación y resignarse a perder su castillo ducal. En la persistencia de las querellas de linajes en Alemania se expresa posiblemente la falta de una autoridad central fuerte; en Inglaterra el grado de enfrentamiento entre facciones no era tan elevado, ya que en ese país la monarquía ejercía un control más férreo.

Las rivalidades entre la nobleza laica y la religiosa eran también cosa común en Francia (aunque en menor medida que en Alemania). Los protagonistas de las disputas francesas contendían por lo general por razones ligadas a pleitos económicos, como los derivados del pago de los pechos y portazgos. Esas disputas podían tener muy malas consecuencias para los monasterios, ya que no sólo veían sus tierras saqueadas, sino que asistían al expolio de los campesinos. También se robaba el ganado, se incendiaban las casas y las cosechas, y en ocasiones se llegaba incluso a matar a los monjes. Como sucedía en otros lugares, además de en Alemania, los señores y los caballeros supeditados a ellos se aferraban a cualquier pretexto para someter al pillaje las tierras de sus vecinos. En la Europa medieval, la Iglesia era, junto con la corona, la institución que más tierras poseía, y de ahí que sus propiedades rústicas lindaran con las de distintos señores que envidiaban las posesiones y las riquezas eclesiásticas. Alemania, con sus cientos de principados y miniestados era bastante más difícil de gobernar que otros reinos más centralizados, como los de Inglaterra y Francia, en los que hubo más intentos exitosos de limitar y ha-

llar cauces formales para las pendencias entre particulares, por ejemplo con ordalías y juicios dirimidos mediante un combate singular. Malcolm Vale refiere un caso ocurrido en 1455 en Valenciennes, en el norte de Francia, en el que un incidente surgido a raíz de una ofensa a la reputación de una persona desembocó en un juicio que se decidió con una lucha realizada ante los ojos de Felipe el Bueno de Borgoña. Pese a que la lid se desarrolló siguiendo una estricta normativa, el final no resultó por ello menos espantoso: el perdedor «fue tundido a golpes de garrote por el atacante hasta quedar inconsciente, se le sacaron los ojos y fue conducido sobre una valla —aún con vida—hasta el patíbulo, donde el verdugo oficial de la población acabó con él en la horca».[10]

Este tipo de juicios había surgido de las limitaciones impuestas por los reyes de Francia a las reyertas privadas, y su fuente original es la ordenanza que promulgara Luis IX en 1258, por la que se restringían los derechos de la nobleza a librar guerras particulares, organizar torneos e incluso combates singulares. En el año 1304, Felipe IV de Francia, conocido como Felipe el Hermoso,* elaboró otro reglamento en Tolosa, una región del sur de Francia célebre por sus incesantes guerras entre particulares. Sólo dos años más tarde, Felipe se sentiría obligado a moderar la normativa, introduciendo en ella el reconocimiento de que los nobles tenían derecho a zanjar sus diferencias por medio de la violencia. Al final, gracias al establecimiento de preceptos regios que regulaban el desarrollo de los combates autorizados, la monarquía francesa logró dar muestras de ejercer una cierta forma de control, limitando al mismo tiempo la posibilidad de que las disputas terminaran yéndosele de las manos. La nobleza no renunció alegremente a un derecho que consideraba haber adquirido desde la cuna, y trató de conservar la posibilidad de librar guerras privadas, pero el rey tampoco se avenía a desentenderse del deber que, recibido por encomienda divina, le obligaba a preservar la paz en sus dominios. En el año 1323, Carlos IV de Francia (y I de Navarra, igualmente apodado

* Adelantándose así dos siglos a la denominación idéntica que también se adjudicaría a Felipe I de Castilla, marido de Juana la Loca. *(N. de los t.)*

«el Hermoso») ordenó ejecutar al oprobioso Jordán, señor de Casaubon, por haber desencadenado una guerra particular. Jordán admitió haber dado muerte a hombres, mujeres y niños, y aceptó asimismo su responsabilidad, no sólo en la destrucción de cosechas y propiedades, sino también en el saqueo de iglesias y abadías. Sin embargo, trató de defenderse declarando que todo ello había sucedido en el ámbito de sus propias tierras, y con ánimo de que lo obtenido contribuyera a su esfuerzo bélico. Era frecuente que se encubrieran un gran número de transgresiones y excesos apelando a la existencia de disputas entre facciones y guerras entre particulares.

Por consiguiente, cuanto más débil fuese la autoridad central, tanto mayor vendría a ser la propensión a caer en la tentación de las guerras y las riñas privadas. Antes de colocar en el trono de Inglaterra a la dinastía normanda que habría de nacer con él en el año 1066, Guillermo el Conquistador tuvo que sobrevivir al peligroso período de su minoría de edad como duque de Normandía. Durante los años en que hubo de ser tutelado, el poder ducal se vio comprensiblemente reducido, y el ducado —inmerso en un contexto marcado por las numerosas luchas de poder— quedó desgarrado por los enfrentamientos entre facciones. En este estado de semianarquía se cometieron muchas atrocidades. Una de ellas se produjo en el festín de boda de Guillermo de Bellême: a él había asistido Guillermo Giroie en respuesta a la invitación de su señor, pero lo único que consiguió fue abandonar el festejo sin ojos, nariz ni genitales.

Por regla general, dado que se trataba de un reino sujeto a un control relativamente estricto, el número de enemistades de carácter despiadado y gran envergadura fue en Inglaterra menor que en Francia. Los períodos en que más se hacen notar ese tipo de disputas son los correspondientes al inicio y el final de la época medieval, ya que en ambos la autoridad regia se vio en peligro. La reciente obra de Richard Fletcher sobre las reyertas de sangre en el último período de la Inglaterra anglosajona revela que las guerras entre facciones podían intensificarse y adquirir importantes proporciones si se convertían en cauce de ambiciones políticas, entre las cuales destacan fundamentalmente —lo que no deja de resultar paradójico— las relacionadas con

la preservación y la perpetuación de las dinastías. Las pugnas que estudia Fletcher se inician en 1016 y se prolongan por espacio de tres generaciones. En el año en que comienzan las luchas, el conde Uhtred y cuarenta de sus seguidores son asesinados, pese a hallarse en posesión de un salvoconducto. El conde murió en una sala del palacio real tras saltarle encima Turbrando el Firme, que se hallaba escondido tras unas colgaduras. Ealdredo, hijo de Uhtred, vengó a su padre pero falleció a su vez en el año 1038 a manos de Carlos, hijo de Turbrando. El intento de reconciliación organizado por varios miembros de ambas facciones quedó en nada, porque a la noche de alcohol le siguió una mañana de sangre. (Obsérvese el parecido con la querella que enfrentó en su día a Sichar y a Austregisilo.) La rivalidad no llegaría a su fin sino en el año 1073, fecha en la que el conde Waltheof, biznieto de Uhtred, degolló a la mayoría de los nietos y biznietos de Turbrando. Es posible que Waltheof se valiera del pretexto de la reyerta de sangre para dirigir un ataque preventivo contra su enemigo dinástico, pues temía que éste estuviera a punto de organizar un levantamiento. El propio Waltheof se rebelaría contra Guillermo el Conquistador en 1075, acción por la que fue públicamente decapitado. La corona tuvo la última palabra.

Los odios entre familias o clanes podían terminar con la total aniquilación del enemigo, aunque lo más frecuente era que se zanjaran mediante compensaciones, o incluso por intervención del rey. En la época altomedieval, la recompensa económica era la solución menos honorable, ya que venía a constituir una indicación, al menos en el plano simbólico, de que no se tenía la capacidad o el interés precisos para saldar plenamente la deuda de honor, un tipo de afrenta que únicamente podía lavarse con sangre. A medida que avanza la Edad Media, las restricciones impuestas por las casas reales a las reyertas de sangre tendieron a invertir la situación. Incluso en la Inglaterra del siglo XV —un período en que la autoridad regia se vio menoscabada y que también fue testigo de las violentas hostilidades que enfrentaron a los Poyning con los Percy, a los Wydville con los Neville, y a los Stafford con los Harcourt— la corrupción del feudalismo permitió vías de solución consistentes en el establecimiento de

acuerdos económicos capaces de poner fin a las disputas, como sucedió con la componenda entre partes que protagonizaron Enrique Pierpont, Tomás Hastings y Enrique Ferrers en el año 1458. Como la costumbre de librar guerras privadas seguía vigente, también hubo que prolongar el hábito de hacer las paces entre particulares.

En un reino, cualquier actividad violenta de cierta envergadura constituía una peligrosa distracción para un gobernante. La agitación, caso de adquirir grandes proporciones, podía atraer la atención de elementos indeseados, interesados en el hecho de que la región fuese un foco de descontento, y restar así al gobernante un tiempo y unos recursos preciosos que sin duda preferiría dedicar a sus propios proyectos militares. Para cualquier príncipe, la más inicua variante de guerra era la que adoptaba la forma del levantamiento interno. La decisión de traicionar al rey o de rebelarse contra él no era cosa que se hiciera a la ligera, y no sólo a causa de los recursos militares de que disponía el soberano, sino debido igualmente a que se trataba de un acto contra el ungido de Dios. En Inglaterra, donde, como hemos visto, la idea de una monarquía teocrática no gozaba de tanto predicamento como en Europa, las rebeliones eran tan frecuentes que muy pocos soberanos ingleses se libraron de ellas. Antes de que las leyes relativas a los actos de traición conocieran un nuevo impulso en tiempos de Eduardo I, todos los reinos sufrieron levantamientos organizados entre los años 1066 y 1272, rebeliones que tenían por objetivo destronar al rey. El gobernante debía tener mucho cuidado y gran tiento al hacer frente a las potenciales amenazas, pues por mucho que debiera su cetro a la gracia de Dios, podía perder su autoridad temporal si al actuar contravenía la ley como un tirano. Algunos tratados políticos sostenían que los vasallos debían derrocar a los tiranos, aunque otros afirmaban que era preciso dejar la decisión en manos de Dios. En la época altomedieval, este segundo punto de vista era muy a menudo el que mantenía la Iglesia, que condenaba al anatema todo alzamiento contra el representante designado por el Altísimo. No obstante, en períodos posteriores comenzaron a aumentar las probabilidades de que la Iglesia endosara a los reyes opresores la etiqueta de tirano (por ejemplo a los que gravaran al clero

con pesados impuestos o no se preocuparan de brindar protección a sus propiedades). La condena o la aprobación podían depender en gran medida de la situación política predominante y de cuál se previera que podía ser el bando vencedor.

El peligro de una violenta expresión de malestar no se circunscribía únicamente a las reacciones de la aristocracia, como iban a mostrar del modo más espectacular los acontecimientos ocurridos en Inglaterra y Francia en el siglo XIV. En Inglaterra participaron en la revuelta campesina de 1381 tantos elementos disconformes de la clase media baja como de los estamentos inferiores, y de hecho también intervinieron en ella algunos ricos habitantes de Londres; Alistair Dunn ha revivido los acontecimientos en un revelador libro titulado *The Great Rising of 1381*, publicado en el año 2002. Las demandas de reformas sociales de estos grupos —exigencias entre las que destaca la de la abolición de la servidumbre— iban acompañadas de reivindicaciones políticas. Cuando llegaron a Londres decapitaron al jefe de la administración de justicia, al arzobispo Simón de Sudbury y al ministro de Hacienda, Roberto Hales. En Suffolk, sir Juan Cavendish, rector honorario de la universidad de Cambridge y presidente del Tribunal Supremo del rey, sufrió el mismo destino, junto con Juan de Cambridge, prior de Bury Saint Edmunds: sus cercenadas cabezas se empalaron en la punta de una lanza y quedaron convertidas en piezas de un macabro teatro de marionetas en el que charlaban y se besaban. Cuando el gobierno de Ricardo II recuperó el control de la situación, su respuesta fue tajante: tanto en el puente de Londres como en otros lugares las cabezas de los ministros del rey fueron sustituidas por las de Wat Tyler y los demás cabecillas rebeldes; en aquellos sitios en que los sublevados habían recibido sepultura, como en Saint Albans, el propio rey Ricardo se encargó de supervisar personalmente la exhumación de los cadáveres para después ordenar que volvieran a ser colgados del cadalso, según la forma clásica de este tipo de advertencias.

En Francia, la Jacquerie de 1358 hizo que la revuelta de los campesinos ingleses pareciera comparativamente benévola. El levantamiento recibía su nombre, no sin cierta ironía, del apodo con el que se conocía familiarmente, con genial inspiración, al campesino fran-

cés: «Jacques Bonhomme». La confusión de la guerra y las derrotas militares habían provocado que el malestar que sentían los labriegos se convirtiera en Francia en un mal endémico, un mal que aún se agravaba más a causa de las fuertes cargas fiscales, precisamente uno de los principales desencadenantes de la revuelta inglesa. El problema francés se agudizó a consecuencia del período de debilidad que atravesaba la corona, a diferencia de lo que ocurría en la Inglaterra de esa época, que, dominada por Eduardo III, disfrutaba unida del bienestar subsiguiente a las grandes victorias logradas en Francia. Las dolorosas penalidades que padecía el campesinado francés a causa de la peste, las privaciones y la guerra estallaron en la revuelta, que habría de convertirse en la más sangrienta insurrección de todas las vividas en el siglo XIV. Se trató de una auténtica lucha revolucionaria de clases en su expresión más acerba.

El pueblo llano culpaba a quienes les gobernaban del total fracaso de la nación. Apenas habían pasado dos años desde que su rey, Juan II, cayera prisionero de los ingleses en Poitiers; la recuperación de las secuelas dejadas por la Peste Negra era muy lenta; y las compañías de mercenarios y saltadores de caminos campaban por sus respetos en todo el país. La ley y el orden se habían derrumbado de la forma más desastrosa, principalmente en las regiones más afectadas por la guerra de los Cien Años, pero la estabilidad social estaba a punto de experimentar un desplome generalizado. Froissart nos ha dejado el siguiente testimonio escrito acerca de los campesinos insurrectos: «Aquellos malvados, que se habían reunido sin cabecillas ni armas, lo pillaban y lo quemaban todo, violando y matando sin piedad a todas las mujeres y las niñas, como si fueran perros rabiosos».[11] Este mismo autor nos dice que un caballero fue atado a un poste mientras una banda de sediciosos violaba en tropel a su mujer embarazada y a su hija para después asesinarlas ante sus propios ojos; él mismo fue muerto a continuación del más sádico de los modos. Otro caballero fue asado vivo atravesado por un espeque mientras se obligaba a contemplar la escena a los miembros de su familia, bajo amenaza de matarlos a ellos también. Los campesinos eligieron a un rey, Jacques Bonhomme, a fin de que les guiase en su recién iniciado combate.

Aunque no duró más que quince días, la violenta reacción que estalló en tiempos de Carlos II de Navarra se dejó sentir durante años. Esta impactante inversión del orden social dio origen a una reacción solidaria entre las clases aristocráticas, reacción que rebasó las fronteras francesas y terminó reprimiendo salvajemente la cruel revuelta. Según se decía, el propio Carlos había ordenado ejecutar a trescientos rebeldes en un sólo día; en otros lugares, afirma Froissart exagerando aún más la nota, bastaron unas pocas horas para despachar a siete mil individuos. Las cifras, que sin duda han sido agigantadas, nos ofrecen una indicación del grado al que podían llegar las carnicerías de intención punitiva. Eran tantos los ejecutados que se hacía necesario ahorcarlos en grupo. La Jacquerie se desencadenó a consecuencia de una concatenación de factores opresivos, pero podemos tener la seguridad de que no es irrelevante que estallara en una época en que Francia se hallaba de hecho sin rey.

La amenaza que la aristocracia planteaba a la corona era aún mayor. Robert Bartlett ha identificado tres tipos principales de rebelión aristocrática. Una de ellas era la que se concretaba en una reacción de carácter individual, instintivo y visceral, esto es, la que se producía como airada respuesta a las usurpaciones del rey o a la negativa de un padrinazgo o aun a la no concesión de una recompensa que los nobles desearan. Más peligroso resultaba aún que se produjera un movimiento aristocrático de alcance general que soliviantara los ánimos con la intención de procurar así respaldo a un gobernante rival, por lo común algún miembro de la dinastía en el poder. No obstante, lo más comprometido de todo era quizá el surgimiento de un movimiento rebelde sustentado en un programa de reformas ideado por los aristócratas: eso fue lo que sucedió, por ejemplo, en el caso del levantamiento que en el año 1215 condujo a la elaboración de la Carta Magna. Las rebeliones sobrevenidas en forma de abierta oposición fueron disminuyendo en número a medida que los gobernantes medievales lograron sofocar con éxito creciente el estallido de guerras privadas mediante el ejercicio de su autoridad. Cuanto más débil fuera el dirigente, mayor era la amenaza de revuelta. En épocas anteriores, el hecho de enfrentarse al rey con las armas no se consideraba

invariablemente un delito de traición, siempre que se hubiera declarado formalmente la suspensión de la obediencia (*diffidatio*). Sin embargo, al hilo de la evolución jurídica y política surgió la noción de que guerrear contra el rey venía a equivaler a enfrentarse al poder público y a lesionar los intereses comunes, lo que en la práctica negaba a los rebeldes la posibilidad de cubrirse las espaldas con el pretexto de estar librando una contienda privada.

En Inglaterra, durante el reinado de Eduardo I, todo acto de levantamiento en armas contra el rey quedó convertido en delito de traición. Al principio, las ejecuciones por traición se aplicaban únicamente a los galeses y escoceses, a quienes Inglaterra consideraba rebeldes, pero en tiempos de Eduardo II las ejecuciones políticas pasaron a convertirse en moneda corriente —cosa que no sucedía desde el siglo XI—. De hecho, durante cerca de dos siglos, y a diferencia de lo que sucedía en el resto de Europa, no se castigó a un solo miembro de la nobleza con la pena de muerte o la mutilación por la comisión de delitos políticos, lo que indica lo benigna que había llegado a ser la actitud de la corona sobre el particular. Desde luego, no hay duda de que los amplios lazos de parentesco que unían a los integrantes de la jerarquía social de la nación contribuían a templar el brazo vengador del soberano. Los estamentos inferiores no gozaban de tales privilegios: el rey Esteban de Blois mandó ahorcar en Shrewsbury a los miembros de una guarnición sediciosa en 1138, y lo mismo hizo Enrique III en 1224 en Bedford.

El desastroso reinado de Eduardo II alteró de forma notabilísima esta cultura de clemencia para con los nobles, ya que transformó la política inglesa mediante un paroxismo de ejecuciones políticas de personajes de alto rango. En 1322 se produjeron no menos de veinte ahorcamientos y decapitaciones de motivación política. De todas las ejecuciones eduardianas, las más célebres fueron las de Piers Gaveston, atravesado a espada y decapitado en 1312, aunque su cuerpo no sería definitivamente enterrado hasta el año 1315; y la de lord Hugo Despenser el Joven, que fue colgado de un cadalso de más de quince metros de altura, destripado vivo y decapitado en 1326. El propio Eduardo II murió asesinado en 1327, según cuenta la tradición, a

consecuencia de la introducción de una barra de hierro al rojo por el ano, en alusión a su supuesta homosexualidad.

Este tipo de ejecuciones no habrían cogido por sorpresa a escoceses y galeses. La actitud imperialista de Inglaterra en relación con las fronteras celtas fomentó desde el principio la adopción de severas medidas contra los rebeldes, medidas que vinieron a reforzar aún más las nuevas disposiciones legales que promulgara Eduardo I respecto de la traición. De esta época son algunas de las más horrendas y célebres ejecuciones que han terminado por resultarnos familiares en Inglaterra. En 1282, el príncipe David de Gales fue despanzurrado, colgado y descuartizado, y sus órganos internos arrojados al fuego. La ejecución de Guillermo Wallace fue otra matanza ritualizada. Se le arrastró atado a la cola de un caballo hasta el lugar del ajusticiamiento y una vez allí se le infligieron distintos escarmientos por diversos delitos (la traición tendía a hacer que cayera sobre el acusado una catarata de acusaciones añadidas). Por los crímenes de felonía, robo y asesinato se le colgó hasta que estuvo prácticamente muerto, y después le arrancaron las entrañas; por haber cometido sacrilegio se le quemaron las vísceras; por traidor su cadáver fue desmembrado y sus pedazos exhibidos por todas partes, llegando incluso al norte de Inglaterra: su cabeza, empalada en una estaca, quedó expuesta en el puente de Londres, su brazo derecho causó sensación en Newcastle, el izquierdo se envió a Berwick, el pie derecho fue visto en Perth, y el izquierdo en Stirling. Eduardo I —apodado el Leopardo y Martillo de escoceses— consideraba que hasta la burla era una forma de delito de lesa majestad. Una crónica medieval afirma implícitamente que el saqueo que Eduardo efectuó en Berwick, en las inmediaciones de la linde con Escocia, en el año 1296, se produjo en respuesta a los insolencias que se le habían dirigido desde las murallas de la plaza: mofas, malos gestos y nalgas al aire. En su legislación sobre el delito de traición, Francia fue a la zaga de Inglaterra durante unas cuantas décadas. Después de la victoria que obtuvo en 1328 sobre los flamencos en Courtrai, Felipe III dispensó al enemigo el trato habitualmente reservado a los traidores, al más puro y sanguinario estilo eduardiano.

En los lugares en que la actividad criminal se desglosaba en una incontable multitud de actos delictivos y tragedias, la rebelión era un acto de guerra que fácilmente podía aglutinar las distintas corrientes del descontento político y convertirlas en una fuerza central capaz de concentrar las iras y materializar un ataque específico contra la corona. Por este motivo, el monarca no dudaba en castigar públicamente los actos de insubordinación. Y aunque este escarmiento público se aplicaba también a todos los demás delitos, en el caso de la insurrección el correctivo adquiría la forma más extrema imaginable, como demuestran los grotescos espectáculos con los que se dio muerte al príncipe David y a Guillermo Wallace. En Francia, la traición se vengaba igualmente mediante el descuartizamiento, pero aquí el método predilecto consistía en emplear cuatro caballos para arrancar los miembros de la víctima. En Inglaterra y Alemania se prefería la espada (en este último país, el verdugo golpeaba en la boca al desdichado con las entrañas o el corazón que acababa de arrancarle). En la Francia de principios del siglo XIV, Felipe IV el Hermoso ordenó ejecutar por traición a los amantes de su hija política: fueron desollados vivos, y más tarde descuartizados, decapitados y colgados. En 1330, el rey Carlos de Hungría y su esposa Isabel sobrevivieron a un intento de asesinato perpetrado por un barón que respondía al nombre de Feliciano. Isabel perdió cuatro dedos de la mano derecha, razón por la cual terminó conociéndosela como «la Lisiada». Se dio muerte a Feliciano en el mismo lugar de los hechos, pero sus hombres y sus cómplices fueron arrastrados por las calles y plazas hasta morir, descarnados hasta los huesos: sus restos fueron troceados y arrojados al suelo para que sirvieran de alimento a los perros (con lo que se les negaba cristiana sepultura). Como ya sucediera en el caso de Wallace, la cabeza y los miembros de Feliciano quedaron expuestos por todo el reino.

Una de las ejecuciones más retorcidas y repulsivas que se registran nos llega del Flandes de principios del siglo XII. Se produjo en un contexto marcado por las secuelas del asesinato del conde Carlos el Bueno. El destino de los rebeldes implicados en el crimen dio con ellos en la horca, aunque a algunos de los que participaron se les de-

capitó o se les dio muerte atándolos a una rueda sujeta a un árbol. Éste último dispositivo fue el que se utilizó para acabar con un tal Burchard. Fue «entregado a la insaciable voracidad de los cuervos y otras criaturas aladas, dándosele así una muerte indigna, de las peores que quepa imaginar. Las aves le sacaron los ojos y el rostro entero quedó hecho jirones a consecuencia de los picotazos que le llegaban desde arriba, mientras, por abajo, se le hacían mil agujeros en el cuerpo con flechas, lanzas y jabalinas. Tuvo una muerte horrible, y sus despojos fueron arrojados a una alcantarilla».[12]

El 5 de mayo de 1127 se precipitó a veintiocho rebeldes, revestidos de su armadura, desde la torre del castillo de Brujas. El cronista, Galberto de Brujas, nos dice que a pesar de caer con las manos atadas a la espalda y de la tremenda altura, algunos permanecieron conscientes durante un tiempo tras impactar contra el suelo. Luis el Gordo, que supervisó la ejecución de los reos así arrojados al vacío, ideó una muerte verdaderamente espantosa y la reservó al cabecilla del grupo, un tal Bertoldo. El suplicio se concibió de manera que resultase lo más degradante posible. Bertoldo fue colgado en la horca, pero se le mantuvo con vida. Cerca de él se suspendió un perro. Después se procedió a golpear repetidamente al animal, que descargaba su rabia y su miedo en Bertoldo: cada vez que recibía un estacazo, agredía ferozmente a Bertoldo al que «terminó devorando la cara entera ... llegando incluso a embadurnarle de excrementos».[13]

El abate Suger señala en tono aprobador que se había dado una muerte miserable a un miserable.

El rey como soldado

De todos los papeles que desempeñaba el rey, el primordial era el de soldado. Fueron muy pocos los monarcas medievales que lograron alzarse con el éxito en su reinado siendo flojo su liderazgo militar o comprometiendo apuradamente su reputación bélica. La fuerza de la reivindicación del derecho al poder, ya se supusiera emanado de Dios o de un fundamento jurídico, dependía en gran medida de una potes-

tad más práctica: la de hallarse en situación de respaldar ese derecho con la pura fuerza, como han demostrado varios estudios recientes. Kelly de Vries muestra que la autoridad militar podía desplazar a la dominación política y que existía la posibilidad de que los laureles de la guerra condujeran a la preeminencia política. Tomando como ejemplo el ascenso de Haroldo Godwinson al trono de Inglaterra en el año 1066, de Vries señala una de las potenciales debilidades de este enfoque basado en la idea de que el poder es la base del derecho: «la legitimidad militar como fundamento de la dominación en la Edad Media planteaba un problema, puesto que, como argumento, se hallaba permanentemente expuesto a ser esgrimido por alguien con la fuerza suficiente para demostrarla en superior medida».[14] Un rey carismático desde el punto de vista castrense se hallaba en una posición mucho más fuerte y segura que otro que careciera de ese don. «No hay duda», ha señalado Matthew Strickland, «de que una de las primeras funciones del rey —cabe argumentar incluso que su cometido primordial— seguía siendo el de adalid en las guerras, y que su *virtus* continuaba resultando un ingrediente vital de su éxito militar y político, cosa que aún podía percibirse en la época en que Maquiavelo escribió *El príncipe*».[15] Un estudio de Richard Abels ha mostrado que en el período anglosajón tardío la suerte del estado mejoraba o empeoraba en función de las capacidades militares de sus reyes: los monarcas que no respondían adecuadamente en el campo de batalla, o que, como Etelredo, eludían por completo presentarse en él, coqueteaban con el fracaso político.

Como todos los demás nobles, la educación del soberano incluía la instrucción bélica. En último término su rol consistía en defender el reino, así que los reyes que mostraban mayor competencia marcial eran también los más admirados. Esta admiración se ha prolongado hasta nuestros días: en el caso de Inglaterra, Guillermo el Conquistador, Ricardo Corazón de León, Eduardo I, Eduardo III y Enrique V evocan en todos los casos una imagen gloriosa que los convierte en emblemáticos caudillos nacionales. La idea que nos hacemos de Juan sin Tierra, Enrique III, Eduardo II, Ricardo II y Enrique VI es completamente distinta y más despectiva. El éxito en la guerra lleva-

ba aparejada la obtención de capital político; la confianza —y el miedo— que despertaban esos monarcas fomentaba el aumento del número de seguidores leales y hacía crecer a un tiempo los ingresos del reino y el orden que imperaba en él. La responsabilidad de desempeñar la jefatura del gobierno iba más allá que la que hoy pueda recaer sobre un jefe ejecutivo: todos los reyes de la Inglaterra medieval participaban directamente en la actividad militar, y todos, salvo uno o dos, conocieron desde dentro el fragor de la batalla. Haroldo, Ricardo I y Ricardo III murieron en combate, y Enrique I, Esteban y Enrique VI escaparon por los pelos de correr la misma suerte. Sir Juan Fortescue, un comentarista del siglo XV interesado en la gobernanza inglesa, ha dejado escrito lo siguiente: «¡Ved que combatir y juzgar son incumbencia del rey!».[16]

Una convincente exhibición de competencia militar por parte del soberano transmitía seguridad a los súbditos, ya que eso indicaba que el rey no era sólo capaz de reducir a sus enemigos políticos, sino también a quienes se opusieran a la ley, el orden y la justicia. En esta crónica, en la que se refiere su regreso a Inglaterra en 1471, se hace evidente la admiración que despertaba el hecho de que Eduardo IV interviniera en los combates más enconados: «El rey, depositada en verdad toda su confianza en la ayuda de Dios, la bendita Virgen y san Jorge, se armó de gran audacia y coraje ... con lo cual ... les asaltó valiente y vigorosamente; [y] con gran violencia, apartó y derribó ante él a todos cuantos se interpusieron en su camino».[17] La presión que instaba al rey a desempeñar un buen papel en las guerras era por consiguiente inmensa: la expectativa forzaba a los reyes a mostrarse implacables para resultar efectivos y esa necesidad de éxito tenía como consecuencia la comisión de acciones extremosas en la guerra.

Una de las formas de examinar el desempeño militar de un soberano, analizando al mismo tiempo las opiniones que merecía esa función a ojos de sus contemporáneos, consiste en proceder a la comparación de dos grandes monarcas enemigos y contrastar sus reputaciones respectivas: Ricardo Corazón de León (1189-1199) y Felipe Augusto de Francia (1180-1223). De los dos, Ricardo es de lejos el que goza de más ilustre prestigio como jefe militar, un presti-

gio que es reflejo de la leyenda que llegó a constituir incluso en vida. Un texto escrito a principios del siglo XIII y titulado *The History of William Marshal* afirma que, a pesar de que los caballeros franceses gozaran de la máxima consideración en toda Europa, bastaba que treinta caballeros ingleses se supieran comandados por Ricardo para que se enfrentaran con ánimo alegre a los franceses, aunque éstos fuesen cuarenta. Las crónicas medievales elogian de forma casi unánime a Ricardo: no sólo era «el más victorioso» de los reyes, sino también el más «piadoso, clemente y sabio»; «Hacía justicia a todos y no permitía que se corrompiera el derecho», «tenía el valor de Héctor y la magnanimidad de Aquiles, y por su audacia igualaba a Alejandro y a Roldán». Hasta sus enemigos musulmanes decían de él que su «arrojo, sagacidad, energía y paciencia le convertían en el gobernante más notable de su tiempo».[18] Tan elevado llegó a ser su renombre que se aparecía en las visiones de los santos, como alma que asciende al cielo. Era un compendio de virtudes y ejemplo de monarca caballeresco, pues se trataba de un soberano que realmente se ponía al frente de sus súbditos, que en todas partes sobrepujaba a sus enemigos, que se mostraba intrépido y preocupado por sus hombres, que era a un tiempo caballeroso y despiadado, y que capitaneó la Tercera Cruzada y llegó a ver las murallas de Jerusalén. Los historiadores han denigrado durante mucho tiempo a Ricardo, especialmente los que tienden a eludir la historia militar y prefieren valorar en cambio la grandeza de un rey en función de sus logros burocráticos y su teneduría de cuentas. No obstante, gracias fundamentalmente a la erudición de John Gillingham, el punto de vista de la mayoría de los historiadores se halla hoy más próximo al de sus coetáneos. (Otro gran soldado, el rey Eduardo III, conoce en estos momentos un proceso de rehabilitación similar.)

En contraste, la figura de Felipe II de Francia queda comparativamente disminuida. A pesar de sus marciales sobrenombres, síntoma del éxito militar que cosechó —«Augusto» o «Conquistador»—, sus contemporáneos se mostraron bastante más ambiguos al opinar sobre su persona. Beltrán de Born, célebre soldado y trovador (además de combatiente rayano en la psicosis), reprocha a Felipe que dé muestras

«de excesiva blandura ..., entregado a la caza de gorriones y aves menudas», en lugar de centrarse en el viril negocio de la guerra: «a mis ojos es un cordero», lamenta Beltrán.[19] Los historiadores ingleses se han revelado particularmente mordaces: Felipe poseía características «poco atractivas, ya que [era] lujurioso, autoritario, cínico, receloso y traicionero»; sus «desórdenes nerviosos» le predisponían a «la intriga solapada», era propenso a la «crueldad» y la «alevosía», además de «tímido» y «no muy buen soldado»...; otros recurren al eufemismo: «no se trataba de un combatiente descollante». Queda bien patente que Felipe carecía del carisma militar que sobraba a Ricardo. Con todo, Felipe no fue únicamente el más importante de todos los reyes Capetos, sino uno de los soberanos más grandes de la historia de Francia. Se ganó los apodos que lucía a base de gestas militares, ya que extendió enormemente el poder regio en Francia, echó a los ingleses de Normandía y derrotó en 1214, en Bouvines, a sus enemigos imperiales, victoria que aún resuena en la historiografía y la memoria de Francia. Como si trataran de compensar sus defectos, y pese a emplear argumentos poco convincentes, algunos historiadores franceses han tratado de retratar a Felipe con los mismos tonos encendidos que aureolan a Ricardo. No obstante, los mismos que resaltan «su talento de soldado» terminan reconociendo también sus cualidades personales menos sugerentes, como el hecho de que «careciese de escrúpulos» y fuese un hombre «circunspecto, cínico y desconfiado».

¿Cómo es posible que dos reyes de fuerte impronta militar e inmenso éxito hayan dejado a la posteridad dos reputaciones tan distintas? La explicación ha quedado ya apuntada en las citas: la respuesta reside en la imagen, una imagen que nos ha sido transmitida a través del filtro de la conducta caballeresca. Los dos reyes aparecían diametralmente opuestos por su carácter y su aspecto: Ricardo era extrovertido, sociable, atlético, activo, generoso y animado, como correspondía a la mejor tradición del caudillo caballeresco, que departe afablemente con sus hombres. Felipe no era en modo alguno así. El rey francés no sólo carecía de los atributos de Ricardo, sino que su presencia física no parecía encerrar la promesa de ninguna heroicidad: fue un niño paliducho y enfermizo que al crecer se convir-

tió en un joven grueso y prematuramente calvo, así que no puede decirse que Felipe tuviera madera de leyenda de la caballería. Pero no acaba ahí la cosa: las percepciones psicológicas de los observadores debilitaron aún más la posición de Felipe: su abuelo, Luis el Gordo, también había padecido calvicie, y su obesidad era tal que para ir a la guerra sólo lograba montar a caballo con ayuda, y aún así con dificultad, lo que no le impidió vanagloriarse de su merecida fama de monarca belicoso. Es posible que la representación de Ricardo como soldado abierto, honesto y veraz, en contraposición a la imagen que pinta a Felipe con los tonos de un individuo taimado, dominante, manipulador y maquiavélico, no sea más que un simplismo, pero son muchos los elementos que abundan en ella. En la Edad Media las cualidades del primero primaban sobre las del segundo, menos caballerescas, lo que determinó que resultaran vanos los esfuerzos con que los propagandistas de Felipe trataron de mostrarle a la misma luz que habían empleado los panegiristas del rey inglés al iluminar la efigie de Ricardo. Rigord y Guillermo el Bretón, biógrafos de la casa real francesa, engalanaron la figura de Felipe con grandiosos apelativos de resonancia imperialista, como «Augusto», y le compararon con Alejandro Magno al atribuirle la improbable costumbre de cargar sobre el enemigo al frente, y muy por delante, de sus hombres, más medrosos. Con todo, ni siquiera las exageradas descripciones de la habilidad militar de Felipe lograron torcer los dictados de la literatura caballeresca, de modo que por más que lo intentaron a golpe de pluma y pergamino nunca alcanzaron a enjugar las diferencias que, tanto por su personalidad como por sus gestas, separaban a ambos reyes. Lo irónico es que fueran esos conocidos dictados del ideal caballeresco los que obligaran a Rigord y a Guillermo a entregarse a una desesperada pugna centrada en contraponer el estilo del uno al talante del otro, en lugar de favorecer sus propias metas mediante la oposición de la apariencia y la sustancia.

La reputación de Felipe menguó considerablemente durante la Tercera Cruzada. Al contrario de lo que sostiene la opinión popular, no fue ésta una cruzada que encumbrara a Ricardo Corazón de León. Tanto él como Felipe compartieron el liderazgo de tan in-

mensa empresa, y esto no sólo pone de relieve las opuestas actitudes con que enfocaron la jefatura militar estos dos campeones del Occidente latino, contrapone igualmente los pareceres que evocaron entre los observadores de la época las conductas que uno y otro observaron en el contexto bélico. Ambos se pusieron al frente de sus fuerzas y las condujeron ante las puertas de Acre, en la costa mediterránea, que estaba siendo sometida a asedio. En aquella acción, que abrió las hostilidades militares de la cruzada, Ricardo iba a ser protagonista de una atrocidad, como veremos más adelante. En el verano de 1191, las huestes de los cruzados llevaban casi dos años poniendo cerco al vital puerto marítimo de Acre. Felipe fue el primero en llegar, ya que se presentó en abril, siendo objeto de una cálida, aunque discreta, acogida. La guarnición musulmana asediada en Acre, presa de espanto ante la llegada de los dos reyes más poderosos del mundo cristiano, sintió gran alivio al ver que Felipe se presentaba en una nave a la que no acompañaba sino una minúscula flota de seis navíos con hombres y provisiones. No obstante, debe señalarse que el grueso de las fuerzas francesas se encontraba ya en la zona de asedio. Ricardo se presentó seis semanas más tarde con veinticinco barcos y muchos más acompañantes: su llegada dio lugar a una entusiasta bienvenida. Felipe había estado quejándose de la tardanza de Ricardo y se había mostrado disgustado por el escaso compromiso que a su juicio mostraba Ricardo para con tan sagrada causa al diferir la fundamental tarea de conquistar Acre. Y era cierto, Ricardo se había retrasado algo, pero presentó un puñado de buenas excusas: en el corto tiempo transcurrido entre la llegada de Felipe a Acre y el instante en que él mismo se había personado en Oriente, Ricardo había conquistado un reino, echado a pique un inmenso bajel de suministros que traía socorro a la atormentada guarnición musulmana, ¡y hasta se había casado! La anécdota era totalmente característica de aquel hombre, capaz de incrementar la reputación de que ya gozaba por entonces, puesto que se alababan su instinto y sus genialidades. Traía consigo hombres y material, noticias muy positivas para la moral —puesto que hablaban del logro de recientes victorias—, y una novia con la que compartir la luna de miel. No era de extrañar

que la gente quedara asombrada y sintiera tanta admiración como pasmo hacia su persona. ¿Qué esperanza podía tener el anodino Felipe de igualar semejante aureola? Una vez más, Ricardo le hacía sombra.

Así lo reconocían sus contemporáneos. En Mesina, en Sicilia, de camino a Tierra Santa, el surgimiento de una súbita crisis desató los ímpetus de Ricardo, que realizó acciones, como siempre, decisivas: vistió su armadura y se puso al frente de sus tropas para someter de forma inmediata la plaza, cosa que logró «en menos tiempo del que tarda un cura en cantar maitines», según cuenta elogiosamente un cronista.[20] ¿Y cuál fue la reacción instintiva de Felipe frente a aquel inesperado estallido de violencia? El mismo autor no dice que «los franceses, al no saber con seguridad cuál habría sido el partido de su rey y señor, salieron corriendo en todas direcciones, buscándole, hasta que le vieron salir precipitadamente del lugar en el que conferenciaba para ir a refugiarse a palacio»: era lógico que «al rey de Francia le encelara el éxito del soberano inglés».[21] Incluso los propios árabes percibían la diferencia entre ambos, como corrobora un autor musulmán que refiere el asedio: «El rey de Inglaterra era un hombre que ejercía gran poder entre los francos, un hombre de enorme coraje y temple. Había librado terribles batallas, y mostraba un vehemente ardor guerrero. Por su reino y posición era inferior al rey francés, pero le superaba en riqueza, fama y valor».[22] Éstas son las impresiones que manifiestan los coetáneos, y las han transmitido a la época moderna. Hoy, como entonces, Felipe sale mal parado de la comparación con Ricardo, circunstancia que necesariamente deja la reputación militar del soberano francés un tanto desdibujada y oscurecida entre tinieblas.

En Acre, las opiniones continuaron siendo de este tenor. Felipe pagaba a sus caballeros tres monedas de oro al mes, así que Ricardo decidió abonar cuatro a los suyos. La consecuencia fue, claro está, que Felipe perdió hombres (y popularidad) en beneficio de Ricardo, lo que disminuyó aún más su solvencia como jefe. Así se explaya un autor fervientemente partidario de Ricardo: «El rey Ricardo era ensalzado por todos. Se tenía por sabido que era superior a cualquier

hombre. "Él es el monarca cuya llegada hemos ansiado", decían ellos [los cruzados] ... "Ha llegado el soberano más destacado del mundo, más diestro en la guerra que cualquier otro cristiano" ... Todos cifraban su esperanza en el rey Ricardo».[23]

Esto debió de resultar muy mortificante para Felipe que, en su calidad de supremo comandante de la poliorcética (esto es, del arte de atacar y defender las plazas fuertes), había participado asiduamente en las operaciones de asedio. Las fuentes confirman que nada más llegar a Acre, Felipe montó a caballo y cabalgó entre las huestes allí apostadas y en torno a la ciudad para determinar desde qué flanco podría someter a más ruda prueba las defensas enemigas. A partir de aquel momento, Felipe se dedicó a supervisar las maniobras de asedio, entre las que figuraban la construcción de torres de asalto y piezas de artillería —una de las cuales fue bautizada como el «Mal vecino»—, la colmatación de fosos y la excavación de una galería, como parte de los preparativos para el asalto. Un intento de penetración capitaneado por los franceses puso en situación muy apurada a la guarnición musulmana, pero lo que resultó particularmente efectivo fue el lanzamiento de proyectiles. Tanto las fuentes musulmanas como las francesas e inglesas dan fe de la eficacia de la densa cortina de la artillería de Felipe. La guarnición se vio obligada a defender fieramente las brechas y lamentó que el incesante lanzamiento de piedras provocara el derrumbamiento de los muros y el desplome de las construcciones, todo lo cual aumentó la extenuación de los defensores. La labor de zapa de los franceses también tuvo parte en el ataque, ya que permitió efectuar una acometida que a punto estuvo de verse coronada por el éxito (y en la que Ricardo no intervino por hallarse enfermo).

Al final, la guarnición, que temía ser pasada a espada si salía adelante la embestida que sin duda habría de seguir a aquella devastadora ofensiva con toda clase de munición, capituló. El continuador de la crónica de Guillermo de Tiro resume en pocas palabras la operación: «Las máquinas de guerra del rey de Francia habían abierto tales boquetes en las murallas de la plaza que se hacía posible penetrar por ellos y entablar una lucha cuerpo a cuerpo. Al mismo tiempo, la no-

toriedad del rey de Inglaterra y sus hazañas aterraba a tal punto [a los musulmanes] que ya habían perdido la esperanza de salvar la vida».[24] El éxito de Acre fue por tanto fruto de un esfuerzo conjunto, y la contribución de Felipe a la victoria resulta elocuente y significativa. Ambos reyes sacaban partido a sus respectivas cualidades. Cuando llegaron los refuerzos de Saladino y atacaron a los sitiadores desde el acantonamiento en que se hallaban, en los altos que dominan Acre, Ricardo ensilló su caballo e hizo frente al ejército musulmán mientras Felipe continuaba machacando las murallas. En materia de esplendor, Felipe nunca habría de sobrepujar al deslumbrante Ricardo, pero su papel en Acre como rey cruzado secundado por el éxito debería haber enaltecido muy notablemente su reputación a ojos de sus contemporáneos. El hecho de que no fuera así se debe en gran medida, como ya hemos señalado más arriba, a las arraigadas opiniones vinculadas con la conducta caballeresca y a la alta estima en que se la tenía.

Poco después de haberse apoderado de la ciudad (y de su parte del botín), Felipe abandonó la cruzada y emprendió el regreso a casa. Aquella súbita partida descorazonó a los cruzados. Los escritores de la época hablaron de «desprecio y odio», así como del «inmenso oprobio», la «ignominia y el ultraje» que había supuesto, llegando a citar incluso comentarios que decían que los franceses habían huido como «conejos asustados». La salida de Acre resultó desastrosa para el prestigio de Felipe, ya que a los ojos de muchos fue un gesto que acabó negando su contribución a la caída de la ciudad. Ya hacía tiempo que no se le consideraba un activo, pero ahora, según Ricardo de Devizes, el monarca inglés había tenido «que soportar la carga del rey de Francia, que le había frenado, dejándole como un gato con un martillo atado a la cola».[25] Pese a haber dejado en Acre al grueso de sus fuerzas, se culpó a Felipe de que en último término la cruzada no lograra conquistar Jerusalén.

Ninguna de las razones que se adujeron para explicar la acción de Felipe redundó en su beneficio. A sus propagandistas no se les ocurrió cosa mejor que sostener que Felipe se había marchado porque sospechaba que Ricardo mantenía conversaciones secretas con Sala-

dino. A esto añadieron que el soberano francés tenía problemas de salud y temía ser envenenado (Felipe daba muestras de un miedo paranoico a morir asesinado). Su enfermedad, la arnoldia, está bien documentada. Pero dejar en la estacada la mayor empresa de la época por el simple hecho de estar perdiendo el pelo y las uñas difícilmente podía contribuir a promocionar una imagen de Felipe como heroico general. Cuando también Ricardo cayó a su vez enfermo, adquirió la costumbre de ordenar que le llevaran en litera para dirigir con la ballesta un simbólico dardo contra las murallas de la ciudad, transmitiendo así seguridad a sus tropas. Detalles como éste hacían de Ricardo un héroe sin igual.

Otra de las explicaciones que se dieron para dar cuenta de la marcha de Felipe hablaba de los celos que Ricardo inspiraba al soberano rival, y de lo mucho que le disgustaba la arrogancia del monarca inglés. La verdadera razón, reconocida por algunos de sus cronistas, era bastante menos halagüeña: los motivos eran puramente políticos y si algo le impulsó aún más a tomar aquella decisión fue el hecho de vislumbrar las oportunidades que se le abrían a su regreso al hallarse Ricardo ausente en Tierra Santa. Pese a resultar muy poco caballeresco, fue un rasgo de discreción por parte de Felipe reconocer que Ricardo era mejor general que él. De hecho, Felipe hizo verdaderos progresos militares durante el tiempo que tardó Ricardo en regresar. No obstante, incluso un autor favorable a Ricardo encuentra algo que decir en descargo del rey francés: «Con todo, no debería deslustrarse por completo la reputación del monarca de Francia. Realizó un gran esfuerzo y costosos gastos en el país, a fin de conquistar la ciudad. Proporcionó ayuda y apoyo a muchísima gente, sin mencionar que la misma autoridad de su presencia había facilitado que la culminación de aquel gran empeño se realizase de un modo más fácil y rápido».[26]

Parte del mérito de Felipe como general consistió en reconocer tanto sus propias debilidades como la fuerza de su enemigo, y actuar en consecuencia. De haber sucumbido a las presiones de la conducta caballeresca y entablado un combate singular con Ricardo, los cronistas le habrían adorado y los ruidosos alardes de los defensores de

la caballería habrían dado muestras de un intenso regocijo. Sin embargo, esa actitud habría sido, en términos militares, un total desastre para Francia: no puede calificarse de otro modo el hecho de que su regio campeón, un caniche entrado en carnes, quedara tendido en la arena frente al perro de pelea inglés. Ricardo lo sabía y a lo largo de todo el período que duró el conflicto anglofrancés no dejó de lanzar implacables pullas a Felipe, retándole al duelo.

El hecho de que Ricardo fuera la encarnación del modelo medieval del rey soldado se tradujo en su caso en un verdadero capital militar: su reputación minaba la determinación de sus enemigos y su capacidad de liderazgo actuaba como estímulo para sus tropas y animaba a otros a servirle. Si razonamos a la inversa, esto vendría a significar que Felipe debió de haberse visto entorpecido por su carácter menos belicoso, pero, ¿fue realmente así? Está claro que la hoja de servicios de Ricardo habla por sí sola. Sin embargo, fueran cuales fuesen las ventajas que obtuviera al sustentar su liderazgo en sus posiciones de vanguardia, su muerte en acción terminó negándolas, ya que falleció durante el asedio de Châlus Chabrol, cerca de Limoges, en 1199. Las consecuencias para su reino y su imperio fueron calamitosas. Le sucedió su incompetente hermano menor Juan sin Tierra. Recientes estudios académicos han negado viabilidad a los intentos de revisar la figura del rey Juan y considerarle un buen monarca sobre la base de su eficaz sistema burocrático, lo que significa que no ha sido posible librarle de su pésima reputación. Juan, uno de cuyos apodos era «Blanda Espada» (*Mollegladium*) —en referencia a su aversión a la guerra—, fue un mal general y por consiguiente un rey mediocre. Compartía con Felipe muchos rasgos de personalidad poco atractivos, y al igual que él trataba de no verse directamente envuelto en las refriegas que se solventaban en el campo de batalla. La importante diferencia consistía en que Felipe era consciente de todo lo relacionado con la actividad militar y que no sólo la comprendía, sino que apreciaba algunos valores sencillos pero relevantes como la coherencia, la determinación de ánimo y la capacidad de capitanear a los soldados. Juan carecía de todas estas cualidades y en consecuencia las dotes de mando de Felipe lograron ven-

cer una y otra vez a Juan. Antes de que se cumplieran cinco años desde que Juan accediera al trono en 1199, Felipe había materializado el sueño largo tiempo acariciado de los reyes de Francia al anexionarse la Normandía. Y aún habría de alcanzar más encumbrada gloria en 1214, en la batalla de Bouvines, un verdadero hito histórico.

De haber seguido vivo Ricardo cabe discutir si Normandía habría llegado a caer. La escasa afición de Felipe a asumir riesgos personales había terminado resultándole muy beneficiosa; el hábito de arrostrar el peligro había dado en cambio jugosísimos dividendos a Ricardo hasta que se volvió espectacularmente contra él, causándole la muerte. Juan no sólo perdió todo cuanto Ricardo había ganado, sino que en 1216 estuvo incluso a punto de ceder la propia corona de Inglaterra a los franceses. Francia contaba con las ventajas de los logros militares de Felipe y de la estabilidad de su reino. Y Felipe anduvo cerca de perder la vida en Bouvines, en un combate que había tratado de evitar. Tras aquella experiencia, dejó la campaña militar en manos de su hijo, Luis el León, de temperamento más beligerante. Pese a todo cuanto había obtenido en la guerra, Felipe no era amigo de permitir que las acciones preponderaran sobre las palabras. Los reyes tenían muy en cuenta la imagen que proyectaban, y Felipe no era ninguna excepción. Sin embargo, todos los intentos de revestirle de una aureola semejante a la de Ricardo resultaron infructuosos. En una ocasión, Guillermo el Bretón ofrece una descripción poco verosímil de Felipe, ya que dice que le corroía la impaciencia de entrar en acción, y que sólo le retenían las prudentes recomendaciones de sus consejeros, que advertían al rey de la locura que representaba dar muestras de una bravura temeraria: «Id ... cuando hayamos refrenado al enemigo. Nuestras muertes no serían sino una leve pérdida, pero en vos descansa la esperanza y la gloria del reino entero; mientras su majestad se encuentre sano y salvo, Francia no tiene nada que temer».[27] Felipe estaba más que dispuesto a seguir tan sensata advertencia. Por tímido e incluso pusilánime que resultara, era de sentido común que el rey evitara el peligro siempre que le fuera posible: la capacidad que demostró Felipe de mantenerse al margen de las situaciones amenazadoras resultó ser

un activo militar de valor incalculable, aunque no resultase excesivamente estimulante.

Como reyes soldado, Ricardo y Felipe demostraron poseer estilos divergentes. Cabe argumentar que las intuiciones de Ricardo eran más brillantes, y desde luego, como conductor de hombres no hubo quien le igualara. Con todo, las conquistas de Felipe constituyen un buen respaldo para los métodos, muy distintos, a los que recurrió. Lo que sí compartían era una profunda comprensión de la naturaleza de la guerra y del modo en que era preciso librarla, además de un atributo clave en un caudillo: la implacable determinación que se precisa para alcanzar los objetivos propuestos. Esto quedó de manifiesto en los términos más crudos en el trato que Ricardo dispensó a la guarnición de Acre y en la suerte que reservó Felipe a los civiles de Château Gaillard durante la conquista de Normandía. Por sus feroces represalias, tanto Felipe como Ricardo competían en su aplicación de la máxima del ojo por ojo. Cuando Felipe aniquiló a un gran contingente de mercenarios galeses obedientes a Ricardo, éste despeñó a tres prisioneros desde las rocosas alturas de Château Gaillard y sacó los ojos a otros quince, dejando a uno tuerto a fin de que condujese a los demás ante el rey francés. Felipe, para no ser menos, respondió tomando idénticas medidas, «para que nadie», afirmaría Guillermo el Bretón, «le creyera inferior a Ricardo en fortaleza y decisión».[28] Cada uno de los monarcas trataba de intimidar al otro, y ninguno de ellos se desvivía demasiado en dar muestras de clemencia, ya que eso podría interpretarse como signo de intimidación. Como ya vimos en el ámbito del crimen y el castigo, la indulgencia sólo se valoraba si se recurría a ella en contadas ocasiones. En la guerra también se mostraba útil, pero si se la aplicaba con demasiada facilidad constituía un fatal síntoma de debilidad y poca resolución. El rey soldado, en tanto que exponente de la *rex iræ*, debía resultar más temible que un monarca benevolente. Y las implicaciones de este modo de ver las cosas en el arte de la guerra resultaban aterradoras.

En el verano del año 793 los vikingos se presentaron frente al monasterio de Lindisfarne, en la costa nororiental de Inglaterra.

> Como punzantes avispones se dispersaron por el país en todas direcciones, y como fieros lobos saquearon, despedazaron y acabaron tanto con ovejas y bueyes como con sacerdotes y diáconos, además de aniquilar a coros de frailes y monjas. Llegaron a la iglesia de Lindisfarne, y allí lo asolaron todo causando terribles estragos, pisotearon con sus impíos pies los santos lugares, arrancaron los altares y se llevaron todos los tesoros del sagrado templo. Mataron a algunos de los monjes, y a otros se los llevaron consigo, cargados de cadenas; a otros muchos los arrojaron fuera, los desnudaron y los cubrieron de insultos; también ahogaron a unos cuantos en el mar.[29]

Las crónicas medievales se hallan repletas de este tipo de ataques a iglesias y monasterios. En su condición de lugares rebosantes de riquezas y utensilios de valor incalculable constituían un claro objetivo del pillaje; y en su calidad de centros económicos podían proporcionar a las tropas saqueadoras grano, vino, caballos y otros tipos de suministro tremendamente necesarios para un ejército en marcha.

El hecho de que los vikingos fueran paganos y de que en ese sentido se les condenara rotundamente por serlo y por dedicarse a bárbaras actividades no significaba que los fieles cristianos no supusieran una amenaza para la Iglesia. En el Occidente latino, los mismos objetos que atraían a los vikingos seducían igualmente a las tropas cristianas. Pese a que estas últimas no acostumbraran a causar un número de bajas mortales tan elevado entre clérigos y religiosos, sus cifras de víctimas no dejaban de resultar significativas. Ya hemos entrevisto —y volveremos a verlo— que para los criminales la circunstancia de acogerse a sagrado era un concepto relativo: en tiempo de guerra el gesto podía carecer por completo de sentido. La vulnerabilidad de los establecimientos religiosos queda patente en los acontecimientos que tuvieron lugar entre los años 1216 y 1217 durante la invasión francesa de Inglaterra. Incluso en esta ofensiva, de alcance relativamente li-

mitado, cuyos contendientes eran, por ambos bandos, caballerosos caballeros cristianos, la abadía superior de Saint Albans sufrió el pillaje de las dos partes en el plazo de pocas semanas: le fueron arrebatadas provisiones, cabalgaduras y dinero —en un caso bajo amenaza de arrasar hasta los cimientos el monasterio y la población entera—.

Pese a que tales actos eran sacrílegos y se los condenaba incluso como crímenes de guerra, la perspectiva de apoderarse de los bienes de la Iglesia resultaba demasiado tentadora y no había quien pudiera resistirse a ella: en sus arcas y naves podía hallarse una cómoda fuente con la que abastecer de paga y víveres a la soldadesca. Los autores eclesiásticos sostenían que los saqueadores eran blasfemos, irreverentes salvajes, pero no resultaba nada frecuente que los asaltos tuviesen intención de atentar contra la religión. Las estatuas, imágenes y altares no se mutilaban como consecuencia de una voluntad de destrucción gratuita, sino para arrancarles las piedras y los metales preciosos que tenían incrustados, mientras que las vestiduras, tapices y paños de los altares constituían bienes de valor y eran fácilmente transportables. Hasta los reyes, vicarios de Dios, participaban en tales actos de pillaje; así lo hizo por ejemplo en 1231 Enrique III, presuntamente santo. Se dice que durante el levantamiento galés de ese mismo año, las fuerzas del príncipe Llywelyn no perdonaron ni a las iglesias ni a los eclesiásticos, y que prendieron fuego a varios templos, aunque hubiera mujeres y niños refugiados en su interior. El rey Enrique III de Inglaterra respondió saqueando una abadía cisterciense favorable a los galeses e incendiando muchas de sus dependencias; si dejó intacta la abadía misma se debió únicamente a que el abate le pagó trescientos marcos por salvar un edificio en el que la comunidad había invertido mucho tiempo y trabajo.

Este último ejemplo demuestra que los ataques a que estaban expuestos tanto los monasterios como las iglesias podían deberse a motivos distintos de los económicos. En 1194, Felipe Augusto derribó varias iglesias en Evreux, en el norte de Francia, para tomar venganza en los habitantes de la población de la matanza efectuada por el conde Juan (que más tarde sería el rey Juan sin Tierra), pues éste había ordenado la degollina de la guarnición francesa acantona-

da en la localidad. Era frecuente que el impulso destructor se dirigiera contra establecimientos religiosos sujetos al padrinazgo de un adversario, ya que así se dañaba a un tiempo la reputación del patrón y los beneficios económicos que dichas instituciones le proporcionaban. Además, como ya sucediera en la acción de Enrique III en Gales, también podían atacarse las casas de los partidarios de algún enemigo, problema al que hubo de enfrentarse el rey Juan a lo largo de su reinado, puesto que los monasterios eran focos de una florida retórica antimonárquica. En su penetrante estudio sobre los ataques a las iglesias, Matthew Strickland escribe lo siguiente: «Los establecimientos religiosos, que a menudo servían de necrópolis a una familia noble podían constituirse en un blanco deliberado debido precisamente al hecho de que eran símbolos tangibles de la posición y el prestigio sociales del oponente ... [L]os asaltos a las iglesias no venían a señalar únicamente la negación de una inmensa inversión de dinero y esfuerzo, representaban asimismo un mazazo psicológico que ponía de relieve que un determinado aristócrata se revelaba incapaz de defender lo que era suyo».[30] De este modo, la violencia que ejerció Enrique III contra la abadía cisterciense de Gales fue un acto cuyo significado iba mucho más allá de una mera exhibición de vengativo despecho.

Si deseaba protección, la Iglesia debía poner su esperanza en algo más que en simples oraciones piadosas. Debía recurrir al mundo temporal de la política y la guerra, buscar benefactores que no sólo le proporcionaran ayuda económica sino también los medios precisos para defender la riqueza así generada. De este modo, la propia Iglesia quedaba no sólo implicada en la política de poder característica de la época, sino que con su misma intervención ampliaba el alcance de las contiendas. Desde el papa de Roma a los abates de las sedes provinciales, la Iglesia tenía necesidad de espadas y escudos para protegerse de los ataques. Siendo un gran terrateniente, la Iglesia recaudaba dinero y reclutaba tropas que destinaba no sólo al señor feudal a cuya protección se hubiera acogido, sino también a empresas propias, y a menudo desplegaba esos activos para fines de su sola incumbencia, como demuestra la existencia en Alemania de prolonga-

das enemistades entre las esferas eclesiástica y laica. Incluso en la construcción de iglesias podía tenerse presente la necesidad defenderlas, y en la actualidad aún pueden verse en pie algunos espléndidos ejemplos en el Languedoc. A veces, cuando la ayuda del ámbito seglar escaseaba, la Iglesia optaba por la acción directa, como revela Richard Hodges en su informe arqueológico del saqueo del monasterio italiano de San Vicente de Volturno en el año 881. Unos árabes mercenarios que habían servido a las órdenes del obispo Atanasio, duque de Nápoles, marcharon en dirección al claustro con intención de atacarlo. Los monjes, advertidos con antelación del avance de las tropas, se congregaron armados en el puente situado a la entrada de la abadía, decididos a frenar el asalto. Estalló una feroz batalla en la que los frailes comenzaron arreglándoselas bastante bien, ya que mataron a un gran número de mercenarios. Pese a su eficaz defensa, los esclavos de los clérigos los traicionaron (o eso nos indica la fuente de la época), y los árabes incendiaron y saquearon el monasterio, pasando a espada a los religiosos que no lograron escapar.

A medida que avanza la Edad Media disminuye la frecuencia de este tipo de expresiones militares eclesiásticas, puesto que la Iglesia comienza a depender cada vez más de la protección seglar, hasta el punto de que en torno al siglo XIV la institución terminará convirtiéndose, según algunos comentaristas, en una manzana de la discordia. En la *Disputation between a Clerk and a Knight*, un amistoso contraste de pareceres encaminado a dilucidar si el mundo laico prevalecía sobre el religioso o viceversa, el caballero protagonista reprende al clérigo por la protección de que disfrutan él y sus cofrades en los siguientes términos: «Mientras los reyes luchan a riesgo de vida y hacienda para defenderos, vosotros os ocultáis en la sombra y yantáis a todo lujo —y encima pretendéis que se os tenga por nobles y que reyes y príncipes os sirvan como esclavos—».[31]

Es claro que la Iglesia tenía, en la mayor parte de los casos, un sólido interés en conservar la paz. Considerados individualmente, los obispos —por ejemplo los que protagonizaron las largas enemistades de Alemania, o el obispo Atanasio, de quienes ya hemos hablado en el párrafo anterior—, y en muchas ocasiones el propio colectivo

eclesiástico, procuraban la consecución de objetivos explícitamente militares, aunque en tiempos de guerra tanto sus bienes como sus miembros se hallaban expuestos al peligro y resultaban muy vulnerables. Por este motivo, aunque también porque aborrecía que los cristianos derramaran sangre cristiana en interminables guerras privadas y dinásticas, la Iglesia fomentaba nociones como las de la Paz de Dios y la Tregua de Dios en un desesperado intento de limitar los efectos de la guerra. La noción de Paz de Dios (*Pax Ecclesie*) vigente a finales del siglo x expresa con toda claridad las preocupaciones de la Iglesia. Dicha paz trataba de defender los intereses de la Iglesia mediante la prohibición de actos de violencia o de guerra contra el clero, los peregrinos y los bienes eclesiásticos. Las medidas de amparo se hicieron extensivas a las mujeres, los niños, los campesinos, los comerciantes y el ganado (todos los cuales contribuían a su vez a generar ingresos para la Iglesia). Durante un concilio celebrado en Bourges en 1035, el arzobispo decretó que la totalidad de los varones cristianos de quince años o más debían jurar solemnemente hallarse dispuestos a velar por el mantenimiento de dicha paz. A principios del siglo XI, este precedente dio lugar a la Tregua de Dios (*Treuga Dei*). Este tipo de treguas trataban de limitar la extensión de la guerra, ya que la prohibían desde el sábado por la noche hasta el lunes (período que más tarde se ampliaría hasta el jueves), además de en cuaresma, adviento y un enorme número de vigilias y días festivos. Al acabar el siglo, la tregua era ya una práctica arraigada en todo el Sacro Imperio Romano, y además contó con el espaldarazo del reconocimiento del Concilio de Clermont del año 1095. Irónicamente, este concilio pontificio, reunido a instancias del papa Urbano II para declarar el inicio de la Primera Cruzada, fue un llamamiento a la instauración de la paz en la Europa cristiana a fin de poder concretar un frente común con el que combatir a los musulmanes de Tierra Santa. No debe considerarse que estas iniciativas constituyan exclusivamente una colección de simples movimientos embrionarios de protopacifismo, o insinceras procuras de intereses particulares, ya que también contribuyeron a asentar una convención que no sólo determinaba lo que se juzgaba permisible en tiempos de guerra, sino que

vino a suponer un primer esbozo de lo que terminaría siendo el código caballeresco. Se trataba de acuerdos que expresaban ideales admirables: «La Paz de Dios trataba de proteger a ciertas clases y de garantizar sus bienes en toda época, mientras que la Tregua constituía un esfuerzo encaminado a frenar todo tipo de violencia en ciertos períodos».[32] Y a pesar de que estas disposiciones ayudaron en parte a reducir la duración de las guerras privadas, la verdad es que esos ideales tenían escaso recorrido en el campo de justas en que los reyes dirimían sus pendencias, pues en ellos los monarcas constituían la suprema autoridad.

Una consecuencia palpable de las medidas encaminadas a limitar los conflictos fue el refuerzo y la reafirmación del poder de duques y reyes en Francia y otros reinos en los que en cierta medida se habían derrumbado la ley y el orden. En Inglaterra, y especialmente en la Inglaterra posterior a la conquista normanda, el poder de la administración central y el control de la corona hicieron que en esta zona el impacto de esos movimientos fuese menor. En Francia y otras regiones, la Iglesia trataba de compensar las deficiencias de los gobernantes que no lograban mantener adecuadamente la paz del rey, y los mandatarios de territorios separatistas y díscolos se mostraban plenamente dispuestos a delegar en la Iglesia y confiarle el fortalecimiento de la autoridad central. Matthew Bennet sugiere que el hecho de que la Iglesia celebrara concilios para administrar la paz eclesiástica no constituía tanto un signo de debilidad por parte del gobierno como un síntoma de la necesidad de un organismo suplementario que contribuyera a los esfuerzos de las autoridades por dotarse de medios con los que resolver conflictos. De este modo, la Iglesia de Roma se invistió sutilmente de una creciente autoridad moral en los asuntos mundanos y adquirió poderes que le permitieron actuar como árbitro de paz.

El movimiento eclesiástico favorable a la concordia perdió fuelle en el siglo XII, momento en el que la consolidación del poder regio, y la consiguiente paz del rey, terminaron por sustituirlo. No obstante, en la Inglaterra de mediados del siglo XII, en la época en que la guerra civil (la llamada «anarquía») debilitó el poder del rey Esteban, la

Iglesia se mostró una vez más sumamente activa en la promoción de medidas pacíficas. Resulta irónico que, en ese mismo período, la Iglesia estuviera recrudeciendo su beligerancia contra los enemigos de Dios, y que más tarde, por asociación de ideas, volviera su animadversión a los adversarios de la propia Iglesia. El éxito de la Primera Cruzada, que culminó en el año 1099 con un baño de sangre en Jerusalén, hizo que el papado alimentara ambiciones en Oriente Próximo. El movimiento cruzado, quizá el fenómeno más definitorio de la Edad Media, impregnaba todos los aspectos de la vida medieval, y en último término descansaba en la confianza de que los hombres de la cristiandad habrían de combatir al infiel.

Los movimientos en favor de la paz habían tratado de limitar la violencia, pero en realidad no condenaban el acto de la guerra en sí. Los cruzados encontraban pocas restricciones. En 1054, el Concilio de Narbona prohibió el enfrentamiento bélico entre cristianos: «No permitamos que ningún cristiano mate a otro, ya que no cabe dudar que quien arranca la vida a un cristiano está derramando la sangre de Cristo».[33] Lo que ahora se proponía la Iglesia era exhortar a los fieles a alzarse en armas contra los musulmanes y a derramar la sangre de los impíos tanto en Tierra Santa como en España, y para ello comenzó a impartir indulgencias a todos cuantos la secundaran en ese empeño —bulas entre las cuales cabe destacar la que concedía a los mártires un inmediato ingreso en el Reino de los Cielos—. De hecho, la matanza de infieles constituía un acto meritorio en sí mismo. Los judíos pronto se vieron atrapados en la carnicería, pues el violento fervor religioso generado por aquellas ideas hizo estallar pogromos contra los «asesinos de Cristo». A continuación le llegaría el turno a los paganos del norte de Europa y a los herejes, especialmente a los cátaros del sur de Francia, región en la que la cruzada albigense constituyó un ejercicio de apropiación de tierras aún más cínico que el de las expediciones a Oriente Próximo. A la cruzada contra los cátaros le siguió la Inquisición, un tribunal que empleaba los terribles e innovadores métodos de tortura que ya hemos comentado y que desarrolló sistemas de obtención de información, cursado de denuncias y difusión del terror entre la población que habrían de resul-

tar útiles en las persecuciones estatales de la Rusia de Stalin y la Alemania de Hitler.

La política y la religión se fusionaron todavía más, y en la baja Edad Media el papado comenzó a organizar cruzadas de flagrante intención dominadora contra sus adversarios políticos, con lo que el movimiento cruzado quedó todavía más devaluado. De este modo, tanto la Iglesia como los promotores del movimiento que trataba de instaurar la paz y los miembros militantes del mismo, cuyas filas estaban repletas de santos varones que rezaban con auténtica convicción por el fin de las guerras y de la violencia, desempeñaron un papel en la generalización de las matanzas y la destrucción, no sólo en Europa, sino también más allá de sus fronteras. La observación de que «Nunca perpetran los hombres tan completa y alegremente el mal como en los casos en que lo hacen al impulso de una convicción religiosa»[34] se confirma en repetidas ocasiones en la Edad Media. En el año 778 en Verden, el gran paladín del Sacro Imperio Romano, Carlomagno, mandó decapitar a sangre fría a cuatro mil quinientos prisioneros sajones paganos. Su biógrafo, Eginardo, apenas encuentra nada que decir sobre el particular, y la única opinión que vierte es la de que uno puede actuar como le venga en gana contra los rebeldes. El hecho de que aquellos hombres no fuesen cristianos hacía que su muerte resultara aún más intrascendente. Cuando nos ocupemos de lo que se produjo en Jerusalén, Béziers, Acre y Hattin, descubriremos nuevos ejemplos de atrocidades cometidas en nombre de la religión, lo que por otra parte nos mostrará que en la comisión de estas crueldades intervenían frecuentemente bastantes más factores que el del mero fanatismo religioso y que sería una simplificación excesiva culpar únicamente a la Iglesia militante.

La Iglesia no se limitaba a rezar por la victoria y a gritar desde la banda, hacía algo más que redactar escritos con los que apoyar a uno de los contendientes y condenar al otro; y tampoco se conformaba con utilizar los púlpitos para fines propagandísticos. Su papel no consistía únicamente en proporcionar soldados, dinero, transportes y provisiones para los ejércitos: mostraba un *solícito y muy* real interés en la organización y el arte de la guerra, y era frecuente que sus

integrantes tomasen parte activa en los combates mismos. Lo que se ve con manifiesta evidencia es que resulta por completo inexacto afirmar que la única clase alfabetizada de la época fuera exclusivamente la constituida por los monjes y los miembros del clero y que éstos no sólo «entendieran muy poco de cuestiones militares, [sino que mostraran] un interés aún menor en ... la estrategia y las tácticas».[35] Y si Guillermo de Poitiers, Villehardouin y Joinville fueron soldados que tomaron la pluma para escribir sobre la guerra, lo mismo puede decirse de monjes como Guillermo el Bretón, Rogelio de Wendover, Orderico Vitalis, el abate Suger de Saint Denis y muchos otros. Los autores monásticos y eclesiásticos procedían de la misma clase social que sus padres, hermanos, primos y patronos, todos los cuales formaban parte de los *bellatores*, la orden de los hombres destinados a luchar, así que resultaba totalmente natural que estuviesen familiarizados con el mundo de la guerra.

La propia jerga de la Iglesia empleaba a menudo términos de combate, ya que hablaba por ejemplo de las apretadas filas de religiosos empeñados en librar una batalla espiritual contra las fuerzas del mal. La palabra *Turma*, por ejemplo, una voz latina que denota un conjunto de tropas, es uno de los vocablos que se encuentran en todas las crónicas medievales. También se aplicaba a algunos grupos de frailes, como los que se congregaban en el monasterio de San Mauricio de Agauno, dedicados a un culto de veinticuatro horas considerado una potente arma ritual. Y si la Iglesia combatía en un frente, los gobernantes le daban la réplica en otro. El abate Marcward de Fulda, conocido por su afición a construir castillos, opina lo siguiente: «No pretendo decir que deba tenerse por apropiado que los monjes vivan fuera de los monasterios o que libren batallas distintas de las espirituales, pero el mal del mundo sólo puede vencerse si se le ofrece resistencia».[36]

El interés de la Iglesia iba más allá de los ámbitos intelectual y espiritual. Como terratenientes responsables de proporcionar soldados a sus señores y en tanto que destacados actores del mundo de la política, la jerarquía eclesiástica tenía que entender necesariamente los aspectos prácticos de las cuestiones militares. Al finalizar el siglo

xiii, el obispo Hugo de Auxerre adoptó la costumbre de rodearse de caballeros a fin de examinar con ellos las lecciones militares que podía ofrecer el *De Re Militari* de Vegecio, un texto clásico que algunos generales medievales apreciaban notablemente como compendio o manual de guerra.

Buena parte de los miembros de la cúpula eclesiástica provenían de un contexto social relacionado con la vida militar, mientras que otros se recluían en los monasterios al retirarse del servicio activo. La Iglesia contrataba a mercenarios y no sólo contaba con divisiones militares propias —los seguidores del Temple, las órdenes hospitalarias y los caballeros teutónicos—, sino incluso con los *milites Christi* (o soldados de Cristo), unos monjes de tremenda eficacia bélica. La Iglesia nunca había sido tan militante.

El clero se hallaba nominalmente bajo la protección que se concedía a los civiles, pero eran muchos los clérigos que renunciaban por propia iniciativa a quedar incluidos en dicha categoría. Los miembros de la Iglesia que participaban activamente en las acciones de guerra pertenecían a un amplio espectro social, que incluía tantos los estratos más humildes como los más encumbrados. Así tenemos por ejemplo al obispo Odón de Bayeux blandiendo vigorosamente la maza por encima de la cabeza en la batalla de Hastings, como puede observarse en el célebre tapiz de esa localidad (sujetaba una clava y no un arma cortante porque a los eclesiásticos les estaba prohibido derramar sangre cristiana), o al simple predicador al que Dios infundió tan valeroso ánimo, según afirma Suger en *The Deeds of Louis the Fat*, que terminó siendo acicate y guía de un exitoso asalto al castillo de Le Puiset. Era frecuente encontrar a destacados hombres de Iglesia en posiciones de mando del ejército: en 1298, Antonio Bek, obispo de Durham, se hallaba al frente de las fuerzas inglesas que luchaban en Falkirk; en 1214, Guérin, obispo electo de Senlis, que dirigía la retaguardia francesa, reveló ser un hombre clave en la victoria de Bouvines. En 1346, el arzobispo de York, Juan de Thoresby, contribuyó a liderar a los ingleses en la batalla de Neville's Cross hasta derrotar al ejército escocés. Esto no afectó negativamente a su reputación de devoto hombre de paz e intachable vida privada, ya que se le

describe como «un obispo que se tomaba muy en serio sus deberes episcopales».[37]

Tomás Hatfield, obispo de Durham entre los años 1345 y 1381 se mostraba menos circunspecto en relación con su función militar: su sello episcopal no le representa con el perfil de un clérigo, sino con aspecto de caballero en pie de guerra montado en su corcel de batalla. Por todo ello, las altas jerarquías de la Iglesia podían ser víctima de los peligros bélicos. En la Inglaterra del año 1056, Leofgar, que había lucido el mostacho de los combatientes siendo sacerdote, fue consagrado obispo de Hereford, tras lo cual «abandonó los santos óleos y la cruz, sus armas espirituales, y tomó la lanza y la espada, haciendo así pertrechado campaña contra Griffith, el rey galés. Pero una vez llegado al escenario del choque, tanto él como los sacerdotes que le acompañaban resultaron muertos».[38] En 1016, en la batalla de Ashington, el obispo Eadnoth de Dorchester y el abate Wulfsige de Ramsey se contaron entre las víctimas del rey Canuto II de Dinamarca.

La violencia del mundo medieval alcanzó también a quienes vestían los hábitos, pues en sus filas encontramos por igual a víctimas y a verdugos. En el seno de la Iglesia hubo muchos hombres cuya ferocidad superaba con mucho la empleada en los métodos inquisitoriales y en las acciones contra los herejes. En el siglo XII, el hijo pequeño del conde David de Huntingdon murió a manos de un clérigo: el asesino fue amarrado a la cola de cuatro caballos y descuartizado. Lo más común era que la protección de las sagradas órdenes permitiera a los religiosos violentos y criminales ocultarse bajo los hábitos y aprovecharse de las circunstancias de que se beneficiaba el clero para eludir así comparecer en juicio ante un tribunal laico. Un estudio de la violencia clerical durante la guerra de los barones en la Inglaterra de mediados del siglo XIII revela la enorme extensión de este fenómeno y refuerza la hipótesis de que las bandas de criminales contaban a menudo con cabecillas pertenecientes a todos los niveles jerárquicos de la Iglesia. Uno de los forajidos más temidos en tiempos del rey Eduardo I fue Ricardo de Folville, que unía a su condición de párroco la de jefe de la tristemente célebre cuadrilla de malhechores de esa

localidad. Inició su vida delictiva en el condado de Lincoln, al desvalijar a uno de los jueces del rey y asesinar a un potentado. Sus compinches de la banda tenían relaciones con altos personajes que les permitían comprar el perdón del rey o eludir el escarmiento uniéndose al ejército, pero los crímenes que cometió Ricardo contra la corona fueron tan grandes que su condición de clérigo no alcanzó a protegerle: estando en una iglesia, unos hombres armados le sacaron a rastras y le decapitaron en el acto. Un reciente libro sobre los proscritos y los salteadores de caminos de la Edad Media y épocas posteriores señala lo siguiente: «Las crónicas revelan que había tantos matones en las órdenes clericales que ... es muy probable que el malhechor profesional dotado de cierta astucia hubiera llegado a considerar que el hecho de vestir los hábitos constituía para él una provechosa cualificación».[39] Pese a todos sus esfuerzos por alcanzar la paz, la Iglesia medieval, nido de cruzados, hombres de estado, inquisidores, criminales y soldados, no era ajena a la violencia y la guerra.

Hacía ya mucho tiempo que la Iglesia —y posteriormente podrá decirse lo mismo de los teóricos políticos— venía dedicado mucho tiempo y esfuerzos intelectuales al problema de determinar en qué consiste la guerra justa, pese a que el concepto no habría de desarrollarse verdaderamente hasta el siglo XII, y a que no se alcanzaría una definición concertada sino en el siglo XIII, gracias a las contribuciones de santo Tomás de Aquino y el papa Inocencio IV. Las teorías de la guerra justa establecían que una guerra sólo podía ser justa si quien la declaraba era una autoridad legítima; si se proponía obtener un fin justo, como el de enderezar un entuerto o reclamar la devolución de posesiones o personas; si su causa residía en un genuino deseo de paz y justicia y no era posible hallar ningún otro medio alternativo para procurarlas; y si constituía un acto de defensa propia.

El origen de todas las pesquisas relacionadas con la guerra justa se encontraba en san Agustín. Para el obispo de Hipona, la guerra era el precio de la paz y por consiguiente resultaba inevitable que un gobernante justo se viera obligado a actuar empujado por la maldad de sus enemigos. Los padres de la Iglesia no consideraban que las guerras fuesen incompatibles con el cristianismo. Isidoro de Sevilla

juzgaba que las guerras justas ni siquiera resultaban lamentables. «Si el objetivo de la guerra era justo», explica J. M. Wallace-Hadrill, «se hacía lícito entablarla; y la paz, que era a su vez la justificación de la contienda, representaba la suprema realización de la ley de Dios».[40] De este modo, el monarca, en quien Dios delegaba el mantenimiento de la paz del reino no se sentiría más inclinado a frenarse en la adopción de crueles medidas de guerra que a contenerse en la administración de correctivos a los criminales. El *jus in bello*, esto es, las leyes relativas al desarrollo de la guerra, resultaba por tanto menos importante que el *jus ad bellum*, el justo derecho a declarar el inicio de una contienda. Agustín escribió que «la guerra se libra para poder lograr la paz», con lo que «la justificación de la guerra ... no radica en el modo en que se hace, sino en su fin».[41] Es obvio que esta opinión —que los fines (pacíficos) justifican los medios— dificultaba todo intento de restringir la comisión de excesos en una guerra justa. Lo que en cualquier otra circunstancia habría constituido un crimen, resultaba defendible si se perpetraba en favor de la causa de una guerra que se considerara justa, extremo que los estudiosos de la teoría jurídica trataban de dejar claro. Raimundo de Peñafort señala que el incendio provocado es un hecho delictivo, pero si el pirómano actúa «a las órdenes de alguien que tiene la potestad de declarar la guerra, no debe ser juzgado como incendiario»; y a la inversa, Nicolás de Tudeschi opina que «a los caballeros que participen en una guerra que no obedezca a una causa justa les cuadra más el nombre de ladrones que el de hidalgos».[42]

El problema de la teoría era la práctica. Quienquiera que declarara una guerra lo hacía bajo una bandera de autojustificación y arropado por las exhortaciones de quienes le abrumaban con apologías y propagandas. Todas las guerras eran justas, y todos los bandos tenían la razón de su parte, lo que significaba que todas las facciones tenían las manos libres para librar la guerra como considerasen más oportuno. En su monografía sobre la guerra justa en la Edad Media, Frederick Russell se permite dudar de que las teorías de la guerra justa fueran de alguna efectividad: «el poder era la fuente del derecho» y para los soldados «el hecho de que su causa fuese justa no sig-

nificaba sino la existencia de ciertos vagos límites morales a su conducta». Y concluye:

> [L]as teorías de la guerra justa se proponían el doble objetivo de restringir y justificar la violencia, lo que en esencia es una meta contradictoria. La guerra justa era una de estas dos cosas: o bien se trataba de una doctrina moral y religiosa, en cuyo caso carecía de poder coercitivo, aunque no de fuerza normativa, o bien era un concepto legal que actuaba como elemento encubridor de la razón de estado. La determinación de si las teorías de la guerra justa han contribuido más a limitar las guerras o a impulsarlas sigue siendo materia abierta al debate.[43]

También la práctica vino a contradecir las teorías concebidas por la Iglesia para reducir los efectos de la guerra. Pese a que sus objetivos fueran modestos (en marcado contraste con el desesperanzado optimismo que impulsó en 1928 el pacto por el que Kellogg y Briand proscribieron la guerra como fórmula para la resolución de conflictos), no cabía esperar sino que fracasaran. Ya hemos visto la importancia que tenía la guerra para la sociedad medieval, lo que significa que las teorías que pretendían circunscribir sus efectos habrían de verse impotentes frente a la inexorable fuerza del dios Marte.

La caballería y las leyes de la guerra

La Iglesia había puesto en marcha su sistema de la Paz de Dios, pero si éste fallaba lo que menos le interesaba a la institución era dirigir la guerra: una vez que se había declarado una guerra justa era preciso emplear todos los medios imaginables para precipitar su final. El ímpetu tendente a instaurar la moderación en la guerra procedía a partes iguales de la Iglesia y de los contendientes. Se echaba mano de la tradición, pero también había tendencias innovadoras, y el fenómeno de la caballería adquirió las proporciones que habrían de convertirlo en un factor culturalmente definitorio de la Edad Media. En los últimos tiempos el estudio de la caballería ha florecido hasta abarcar un vasto campo de investigaciones académicas. Algunos ex-

celentes libros sobre el particular, entre otros los escritos por Maurice Keen, Richard Barber y Richard Kaeuper, han situado en su auténtico contexto histórico la realidad de la caballería —por oposición al mito—. En este apartado nos introduciremos brevemente en esta inmensa esfera de conocimiento; en los próximos capítulos iremos trayendo a un primer plano sus aspectos prácticos —esto es, sus límites y abusos—.

La caballería encarnaba en la persona del caballero, el soldado de élite de la guerra medieval. La imagen estereotípica del caballero es la de un jinete revestido de armadura que se rige con sólida determinación por los valores de la bravura, la clemencia y la lealtad, es decir, la de un hombre dispuesto a entregar su vida en defensa de la fe, los niños y las mujeres (en especial las de gran belleza). De hecho, cuando se le describe como un individuo de conducta caballeresca, entendemos rápidamente el significado del adjetivo, puesto que viene a constituir un compendio de la bondad y nobleza del carácter del hidalgo. Precisamente por ser una imagen tópica, lo que esta idea transmite es una realidad profundamente distorsionada. Sin duda habría algunos que «*a decir verdad, fueran perfectos y gentiles caballeros*», por remedar el verso de Chaucer, pero es probable que sus más fornidos y menos escrupulosos iguales les pusieran en serios aprietos durante la instrucción militar: no encontraremos en estas páginas demasiados caballeros que se distingan por ser un dechado de virtudes. Si se invertían en los caballeros enormes cantidades de recursos en tiempo, dinero y pertrechos no era precisamente para que se convirtieran en refinados y devotos oficiales de caballerosos principios, sino para transformarles en despiadadas máquinas de matar. No sólo se les entrenaba para devenir fuertes e intrépidos, sino para desarrollar una inteligencia calculadora capaz de entender de tácticas, estrategias, diplomacia, logística, así como de todo lo relacionado con la eficaz organización de la guerra. Aun con las limitaciones de la época, se les entrenaba como a profesionales, de un modo muy similar a lo que hoy se hace en la instrucción que los actuales ejércitos dan a sus cuadros de mando. La idea de que un desmañado y entusiasta caballero pudiera cargar audazmente pero con

alocado ímpetu contra las filas enemigas al primer acceso de furor es una engañosa caricatura, aunque también sea la imagen que ofreciera Charles Oman en sus prestigiosas obras sobre la guerra medieval —un estereotipo aceptado por muchos historiadores de la segunda mitad del siglo xx—.

La caballería se gestó sobre la base de los códigos de combate y terminó convirtiéndose en un fenómeno cultural en toda regla, un fenómeno reflejado en el arte, la arquitectura, la religión y la literatura, además de en la música que componían los trovadores. Todas estas fuentes nos han familiarizado con el ritual empleado para armar caballeros a los hidalgos en el mismo campo de batalla, y con los preparativos, más complejos, con que se organizaba la ceremonia en que se confería el título de sir, una denominación impregnada de resonancias místicas y religiosas. Godofredo de Charny, un célebre caballero que murió en 1356 en la batalla de Poitiers, describe el procedimiento en su *Book of Chivalry*. En primer lugar, el iniciado debía confesarse y arrepentirse de sus pecados. El día anterior al de la ceremonia se daba un largo baño para quedar simbólicamente limpio de faltas y máculas provocadas por la mala vida y, posteriormente, se retiraba para reposar en un lecho de sábanas recién lavadas, lo que simbolizaba la paz y la reconciliación con Dios. Más tarde acudían a su aposento otros caballeros que le vestían con prendas nuevas y pulcras, en consonancia con su prístina pureza. Se le ataviaba con una túnica roja que representaba la sangre que debería derramar en defensa de la fe de Dios y la santa Iglesia, y un calzado negro pensado para recordarle que del polvo venía y al polvo habría de retornar, pues había de estar dispuesto a morir en cualquier momento. A continuación, en lo que era la parte central de la ceremonia, ceñía un blanco cinto con el que mostraba amurallarse en la pureza y la castidad. Hecho esto, los caballeros le conducían a una capilla donde debía permanecer en vela la noche entera. Al día siguiente, oía misa y se le colocaban espuelas de oro en los talones a fin de manifestar que no codiciaba ya los metales preciosos. La ceremonia concluía con la entrega de una espada y con el fraternal beso de sus compañeros de armas. Para algunos caballeros este ritual equivalía a firmar un con-

trato espiritual por el que se comprometían a servir a Dios y a realizar buenas y valerosas acciones; para otros constituía una licencia para violar, incendiar, saquear y matar.

Antes de que todos estos refinamientos y hermoseos ceremoniales permitieran que las órdenes de caballería dieran, a finales del siglo XI, una apariencia de conducta civilizada a la guerra, los combates eran empresas mucho más sangrientas para las clases militares. Los excesos de los vikingos han dado pie al surgimiento de acalorados debates eruditos en los que se ha tratado de establecer el alcance de las crueldades perpetradas y de determinar si sobrepasaban o no los límites estipulados en los códigos bélicos entonces vigentes —aunque, desde luego, «se emplearan al máximo la conmoción, el terror y la brutalidad»—.[44] Un reciente estudio de Guy Halsall sobre las salvajadas que cometían los vikingos analiza las acusaciones vertidas sobre los ellos y concluye que no eran los únicos que concebían horrendas formas de dar muerte a sus enemigos. Aun en el caso de que hubieran realizado actos como el del «águila de sangre», sus prácticas no diferían demasiado de las que efectuaban otros europeos. (La discutida e incluso desacreditada noción de la tortura del «águila de sangre» consistía en marcar con una espada la figura de un águila en la espalda del prisionero, o también en abrir por detrás la caja torácica de la víctima, sacarle los pulmones y desplegárselos sobre los hombros a imitación de una sangrienta águila.) El examen que ya hemos realizado del castigo en la Edad Media central evitará que nos cojan por sorpresa los aterradores métodos con que se acababa con la vida de los enemigos en épocas anteriores. En la Europa del siglo VII ni siquiera Brunequilda, abuela de los reyes Teodoberto II de Austrasia y Teoderico II de Borgoña, y bisabuela de Sigeberto II, se libró de ser atada a unos caballos bravos y quedar así mutilada y descuartizada, y ésta no es más que una de las muchas ejecuciones de macabro exhibicionismo que pueden encontrarse a lo largo de lo que ha dado en llamarse la Edad Oscura. En la época anterior al surgimiento de la caballería, los prisioneros políticos, ya fueran atrapados en el campo de batalla o en otro lugar, no podían esperar de sus captores otra cosa que la muerte —y en este sentido daba lo mismo que

se tratara de vikingos paganos o de soldados cristianos—. La habitual imagen de los vikingos arrasando iglesias y monasterios no era un sello que les correspondiera en exclusiva, tanto en esos siglos como en períodos posteriores. Como ya hemos señalado más arriba, el hecho de que la Iglesia poseyera bienes muebles atraía a ejércitos de todas las confesiones, además de a los que no profesaban ninguna. Como es natural, los cargos que acusaban de barbarie a los vikingos procedían por un lado de los establecimientos religiosos indefensos, pero también emanaban de la frustración de las autoridades políticas, incapaces de tomar represalias, puesto que en el mar les resultaba imposible seguir la pista de los merodeadores, que realizaban veloces incursiones para después huir con idéntica rapidez. Como ha señalado Halsall: «Los vikingos no se dedicaban a ... quebrantar deliberadamente ningún código: se atenían a un reglamento diferente».[45] La caballería iba a crear —al menos en apariencia— un nuevo conjunto de preceptos y a aplicarlo en las guerras que habría de librar la cristiandad en la Europa medieval de tiempos posteriores.

Sin lugar a dudas, la caballería fue uno de los elementos que puso fin, junto a la Iglesia, a la guerra como empresa dedicada a la caza de esclavos, y también fue la institución que inició la práctica de perdonar la vida a algunos prisioneros de guerra. Éste es un campo que se ha beneficiado enormemente de las recientes investigaciones de Matthew Strickland y John Gillingham, autores que argumentan que la caballería llegó a Inglaterra con la conquista normanda del año 1066. Antes de que las prácticas de la caballería adquirieran amplia difusión, los índices de mortandad en el campo de batalla eran mucho más elevados (y habrían de volver a crecer en la baja Edad Media). El estudio que realiza Strickland sobre la Inglaterra anterior a la conquista cita muchos ejemplos en los que se perpetran matanzas. En la batalla de Winwaed, en el año 655, prácticamente los treinta generales del ejército de Mercia resultaron muertos; en 641, el derrotado Osvaldo de Nothumbria fue descuartizado y su cabeza y brazos exhibidos en lo alto de una estaca; en el año 686, el rey Cadwalla de Wessex hizo una pausa en la ejecución de sus regios prisioneros a fin de poderlos bautizar, para a continuación ordenar que

acabaran con sus vidas. En las fronteras celtas se conservaron durante siglos los más bárbaros hábitos bélicos. En Escocia, la llamada Piedra Sueno, del siglo x, nos permite contemplar, alineados en filas, los cuerpos de unos prisioneros decapitados con las manos atadas a la espalda. A principios del siglo xi, el conde Uhtred dispuso que se asearan y peinaran las cabezas de unos escoceses derrotados en el campo de batalla antes de su inevitable exposición en las consabidas picas. Cada una de las mujeres a las que se asignó esta tarea recibió una vaca como pago de su labor. Lo que se hacía por regla general en estas guerras, así como en muchas de las contiendas europeas, era matar a todos los hombres que se hallaran en condiciones de luchar, y reducir a esclavitud al resto, incluyendo a las mujeres y a los niños; todo aquel que tratara de impedir que se llevaran a los esclavos o que vociferara demasiado al suplicar que se hiciera ésta o la otra excepción corría un riesgo mortal.

El desarrollo de las prácticas caballerescas coexistió con la incesante perpetración de toda suerte de atrocidades. En ocasiones, los vikingos seguían la política de pedir un rescate por los cautivos, aunque no por ello dejaran de degollar y esclavizar a comunidades enteras. En el año 886, durante el gran asedio de París, un grupo de francos se rindió a los sitiadores vikingos con la esperanza de que se pusiera precio a su libertad, pero fueron pasados a espada, como habría de ocurrir igualmente con la guarnición de la plaza de Saint Lo pocos años después, en 890, pese a que los vikingos prometieran lo contrario. Por otro lado, hay que decir que se tenía poca clemencia con los vikingos vencidos. En el año 1066, apenas unas cuantas semanas antes de morir en Hastings, la aplastante victoria lograda por Haroldo de Inglaterra al derrotar a las fuerzas invasoras vikingas capitaneadas por el rey Harald Hardraade se saldó con la casi total aniquilación del ejército noruego; según la Crónica anglosajona, los noruegos, que habían llegado en trescientas naves, partieron con veinticuatro.

El hecho de que la Iglesia condenara la toma de esclavos cristianos, unido al crecimiento de las prácticas caballerescas en Europa, y particularmente en Francia, logró moderar las guerras entre cristia-

nos. Ya a mediados del siglo IX puede empezar a detectarse la aplicación de códigos caballerescos. En el norte de Francia, y más tarde en Inglaterra, será posible observar, a principios del siglo XI, muchos ejemplos en los que operen las convenciones bélicas de la caballería. Siendo duque de Normandía, Guillermo el Bastardo tuvo buen cuidado de llevarse a los prisioneros vivos; y ya como rey de Inglaterra, el propio Guillermo, apodado ahora el Conquistador, habría de compensar a la población de Dover por los daños que habían causado en ella sus tropas tras la rendición, impidiendo además el saqueo de la derrotada ciudad de Exeter. Con todo, estamos ante el mismo Guillermo que acostumbraba a infligir, a hierro y fuego, las más espantosas heridas y sufrimientos a los enemigos y civiles apresados. No obstante, el estamento de los caballeros cometía cada vez menos crueldades. «Esta preponderancia en la captura, por contraposición a la eliminación del adversario, representa», escribe Strickland, «un marcado contraste con el comportamiento que habitualmente mostraban los sajones y los vikingos con los combatientes enemigos».[46] Esto significa que fueron los normandos quienes llevaron a Inglaterra las caballerosas prácticas del continente. Ahora bien, no estamos aquí ante la caballería que se describe en *Ivanhoe* ni en las románticas imágenes de la época victoriana. En un prestigioso estudio, John Gillingham ha definido la caballería como «un código cuyo elemento clave era el intento de limitar la brutalidad de los conflictos mediante el expediente de proporcionar a los prisioneros —máxime si eran hombres de "noble cuna"— un trato relativamente humanitario». Este autor sugiere que «la compasiva consideración dispensada a los enemigos de elevado rango es una característica definitoria de la caballería —y enteramente compatible con la muy distinta suerte reservada a las gentes que se juzgaban de baja extracción—».[47]

La caballería, por tanto, era poco más que una especie de póliza de seguros para las clases superiores dedicadas al combate. Dichos estamentos pagaban las primas de esa garantía con la adquisición de sus costosas armas y armaduras, y, sobre todo, sus monturas de guerra, todo lo cual caracterizó la figura del caballero como soldado de élite. En la Inglaterra posterior a la conquista normanda, esta actitud

quedará reflejada en la disparidad, de la que ya hemos hablado antes, entre el violento castigo que sufría el criminal de origen humilde y las humanitarias sanciones que se imponían (con comparativa benevolencia) a los personajes socialmente descollantes. En tiempos del rey Eduardo II, cuando los enemigos de la corona hubieron de enfrentarse una vez más al patíbulo, el estado se conmovió hasta los cimientos.

El motivo de que existiese un código caballeresco era la preservación de las propias clases dominantes. Y funcionaba a base de rescates. Un prisionero vivo (y acaudalado) valía más que un cautivo muerto. Para garantizar su devolución se podían arrancar grandes sumas, en ocasiones inmensas y ruinosas, a la familia de un prisionero. El principio podía aplicarse a los grandes de este mundo. La liberación de Ricardo Corazón de León, al que Leopoldo V de Austria había hecho prisionero (llevándolo después ante Enrique VI de Alemania), le costó a Inglaterra la astronómica cifra de ciento cincuenta mil marcos y el vasallaje del rey al emperador alemán. El rey Juan II de Francia, hecho prisionero en 1356 en la batalla de Poitiers, accedió a pagar tres millones de escudos de oro por su liberación (lo que constituía ya una reducción de una cuarta parte de la demanda original e incluía además en el trato la entrega de otros dieciséis prisioneros franceses de elevada posición social). Al aplicar su propio código, la caballería podía rebajar las exigencias y descender en sus componendas al plano de los estamentos inferiores, ya que existía la posibilidad de que los soldados de infantería ordinarios fuesen rescatados por miembros del pueblo llano. La perspectiva de un rescate no garantizaba el bienestar de un cautivo, como revelan algunos ejemplos entresacados de la guerra de los Cien Años. El oficio que desempeñaba Juan le Gastelier en el contingente militar de Roberto Chesnel consistía en propinar palizas a los prisioneros, tundas con las que arrancaba a los cautivos la promesa del más elevado rescate posible. Francisco de la Palu encerró a Henriet Gentian en una mazmorra en donde los prisioneros habían contabilizado «dieciocho serpientes y otros reptiles»; además, «Francisco había enviado asimismo una carta al duque de Borbón y a otros personajes con los que Henriet tenía

relación, advirtiéndoles de que si no le pagaban rápidamente, dejaría a Henriet sin dientes. Como no obtuvo respuesta, le arrancó unos cuantos con un martillo y los distribuyó por varios puntos para hacer ver que hablaba en serio».[48]

El pago de rescates creció hasta convertirse en un floreciente negocio, ya que la guerra había facilitado la aparición de una nueva oportunidad económica que era preciso explotar. Orderico Vitalis, la principal fuente de que disponemos para el estudio de la historia anglonormanda, nos informa de la potencial inversión que vino a representar el largo asedio de la plaza de Sainte Suzanne, en el departamento de Mayenne —duró tres años, de 1083 a 1085—: el aliciente de los rescates atrajo a la zona a un gran número de soldados, muchos de los cuales lograron hacerse de este modo con una «honorable fortuna», así que, en conjunto, la operación resultó de lo más provechosa. Al final, todo el proceso vinculado con la petición y cobro de un rescate incrementó el número de normas y estructuras legales, y eran muchos los casos que llegaban a sustanciarse ante la Corte de Caballería de Inglaterra y Gales. Paul Hyams resume perfectamente el rol de estas nuevas claves de la caballería en el desarrollo de las guerras:

> Anteriormente, el dogma arraigado sostenía que para zanjar la cuestión de los enemigos derrotados era a un tiempo prudente y legítimo matarlos, *tout simplement*. El nuevo punto de vista prefería perdonar la vida a los nobles a cambio de un jugoso rescate. Para los caballeros, esto venía a equivaler en parte a declarar la creación de unas normas de sindicalismo laboral. Cuando un hidalgo se dirigía a caballo al campo de batalla, debía de resultarle reconfortante saber que la expectativa dictaba que tanto él como sus pares de las clases aristocráticas habrían de mostrar la contención suficiente como para no llegar al extremo de matarse unos a otros, o, en otras palabras, que únicamente se competía por la obtención del doble trofeo del valor caballeresco y el botín mundano. Ahora la victoria le granjeaba a uno vítores y riquezas, sin necesidad de correr un riesgo mortal demasiado directo.[49]

Los cronistas dan fe de la naturaleza por lo general satisfactoria de la entente caballeresca. Un célebre ejemplo sacado de Orderico

Vitalis nos permitirá comprobar que el principal choque que enfrentó en 1119 en Brémule, en la frontera franconormanda, a Enrique I de Inglaterra con Luis VI, el Gordo, de Francia se saldó con unos índices de mortalidad impresionantemente bajos. Según se nos informa, de los novecientos caballeros que participaron en la lucha, sólo tres habrían resultado muertos: «Todos ellos vestían la cota de mallas y ambos bandos respetaban la vida de sus adversarios, tanto por temor a Dios como por la conciencia de ser compañeros de armas: les interesaba más apresar que matar al fugitivo. Como soldados cristianos que eran no buscaban derramar la sangre de sus hermanos...».[50]

Un siglo más tarde, en la decisiva batalla que se libró en Lincoln en 1217, sólo se registraron tres muertes. De ahí que la contienda terminara conociéndose con el nombre de Justa de Lincoln. De esas víctimas mortales, sólo una fue un caballero de elevada posición, el conde de Le Perche, e incluso esto suscitó preocupación: el comandante inglés había ordenado a sus ballesteros que apuntaran a los caballos de los caballeros franceses, no a los jinetes. Rogelio de Wendover cifra en trescientos el número de prisioneros. Merece la pena señalar que muchos de los franceses que huyeron de Lincoln fueron en último término los que corrieron peor suerte. Al replegarse precipitadamente para regresar a sus baluartes de Londres, muchos de ellos resultaron muertos, «dado que los habitantes de las poblaciones por las que pasaban en su huida les salieron al paso provistos de espadas y mazas, y que, tendiéndoles trampas, mataron a muchos».[51] Los civiles y los habitantes de los pueblos no se beneficiaban de las prebendas de la caballería, así que tampoco puede considerárselos un espejo de sus principios.

Era frecuente que los cronistas hicieran de la necesidad virtud —en este caso de la necesidad económica— y silenciaran la cuestión de los rescates para resaltar en cambio, como hace Orderico en el pasaje anterior, los lazos fraternales que unían a los combatientes. El dinero era de suma importancia, pero eso no significa que tales vínculos carecieran de relevancia. En la batalla de Lincoln, Wendover señala que las tropas del rey sólo pretendían perseguir al enemigo

en fuga, y que «de no haber sido por el influjo de la relación y la sangre, ni uno sólo habría salido con vida».[52] Aquellos lazos eran más hondos que los que aceptaban y compartían tácitamente las élites combatientes: muchos caballeros eran algo más que *commilitiones* que participaran de una misma religión y cultura, y muchas veces también de una misma lengua, pues a veces eran incluso familiares y se conocían íntimamente. El artículo de Matthew Bennett sobre la masculinidad militar en la Europa medieval destaca las experiencias que habían compartido en su infancia los caballeros, al asignárseles en las escuelas de combate el papel de mozos y escuderos mientras aprendían el manejo de las armas. Esto fomentaba el establecimiento de fuertes vínculos masculinos (y la aparición de lo que los psicólogos denominan cohesión grupal primaria). En el ámbito itinerante de los torneos se forjaban lazos aún más estrechos. Estos torneos eran espectáculos basados en una exhibición de violencia y también constituían una parte esencial del entrenamiento de los caballeros; en ellos los oponentes podían confraternizar de un modo bastante parecido al que hoy caracteriza las relaciones entre los jugadores de clubes rivales de fútbol o rugby.

A veces se dice que la pertenencia a la caballería se hallaba asociada al disfrute de auténticas ventajas militares. El hecho de saber que el peor destino que podía aguardarle era, con toda probabilidad, el de ser hecho prisionero, habría infundido ánimos al caballero, haciéndole más intrépido en el fragor de la batalla y menos preocupado por salir él mismo indemne. La coraza contribuía a aumentar aún más esta sensación de seguridad, ya que le proporcionaba un alto grado de protección en el combate. Los musulmanes motejaban a los cruzados «hombres de hierro» debido a su cota de mallas; Guillermo el Bretón, agudo observador de las prácticas bélicas de principios del siglo XIII, atribuía más a la eficacia de la armadura que a los códigos caballerescos la causa del espectacular descenso que había experimentado el número de víctimas desde la Antigüedad, un período en el que la protección de los soldados era peor. La exigencia de un rescate también parecía cobrar mayor sentido en una época marcada por la proliferación de los castillos; era más fácil proceder al trueque

de un castellano o de un noble por un castillo que asediarlo. Durante las guerras que asolaron Inglaterra entre los años 1215 y 1217, el rey Juan sin Tierra amenazó, antes de morir en 1216, a la guarnición acantonada en Belvoir, en el condado de Leicester, con dar una muerte humillante a su señor, en poder de Juan, si no le entregaban la fortaleza. En ciertas circunstancias, sin embargo, la caballería podía procurar algunas ventajas militares; lo que ocurría era simplemente que la reciprocidad limitaba dichas ventajas a un puñado de oportunidades ocasionales.

En teoría, los distintos tipos de guerra dictaban diferentes normas de conducta, así que el derecho bélico se modificaba en consonancia con las nuevas exigencias. Se admitía la existencia de cuatro tipos de contienda: la *guerre mortelle*, u ofensiva a muerte, en la que el destino de los enemigos apresados era la esclavitud o la tumba; el *bellum hostile*, es decir, la guerra abierta o pública, en la que los príncipes cristianos se enfrentaban unos a otros y los caballeros tenían derecho a saquear las plazas conquistadas y a esperar que se les devolviese a su campo tras el pago de un rescate; la *guerre couverte*, esto es, la pugna feudal o larvada, en la que se aceptaba matar y herir al adversario, pero no el incendio de las propiedades ni la toma de prisioneros ni despojos; y la tregua, o suspensión momentánea de las acometidas. La guerra de asedio también terminó desarrollando un conjunto de leyes propio, leyes que resultaba más sencillo hacer cumplir que las normas teóricamente vigentes en el campo de batalla.

La guerra a muerte no establecía distinción alguna entre combatientes y civiles. Tendía a ser el rasgo característico de las guerras de religión, es decir, de los choques de los cruzados con los musulmanes y los paganos. Con todo, y por sangrientas que fuesen estas guerras, no excluían la posibilidad de recurrir a los incentivos económicos, y en Tierra Santa la petición de rescates solía ser cosa común. Era raro que estallaran guerras a muerte entre cristianos, aunque la afirmación haya que tomarla en sentido relativo. Según ha señalado Robert Stacey, «Sólo en circunstancias excepcionales podían los caballeros avenirse a combatir en semejantes condiciones. Era extremadamente peligroso para todos los que intervinieran en la lucha y no reporta-

ba demasiado provecho, ya que el cobro de rescates quedaba descartado».[53] Como demostrará el próximo capítulo, las carnicerías de muchas refriegas medievales ponen de manifiesto que los cristianos se saltaban con frecuencia las exhortaciones al comedimiento bélico: el hecho de que los estamentos inferiores profesaran la misma religión que los caballeros cristianos apenas tenía significado alguno, salvo por la circunstancia de que les evitaba quedar reducidos a la esclavitud. Con no poco optimismo, los franceses enarbolaron la bandera roja de la guerra sin cuartel en Crécy y en Poitiers, batallas en las que cosecharon dos de las peores derrotas de toda la guerra de los Cien Años. En las guerras civiles, como en la que enfrentó a Simón de Montfort y a Enrique III en la Inglaterra de mediados del siglo XIII, también podía asistirse al despliegue de la bandera roja; no obstante, los choques que tendían a provocar los mayores derramamientos de sangre eran sobre todo las rebeliones populares —como la que llevó a Flandes a luchar contra los franceses a principios del siglo XIV— y las revueltas campesinas, como la de la Jacquerie.

Los caballeros preferían combatir sujetos a las normas de guerra que regían el *bellum hostile*, en el que «la obtención de botín y los saqueos estaban a la orden del día». Pese a las restricciones impuestas por la Paz de Dios, concebida para brindar amparo a los campesinos, las mujeres, los niños, los ancianos y los clérigos, y evitarles el pillaje, «en la práctica, sin embargo, ni los soldados ni los letrados y jueces que pleiteaban o emitían sus fallos en relación con las disputas surgidas a raíz de los pillajes producidos prestaban la menor atención a esas disposiciones de inmunidad».[54] A medida que la caballería fue desarrollándose hasta convertirse en un fenómeno literario y cultural, la visión del ideal caballeresco vino a chocar de forma cada vez más conflictiva con la realidad del comportamiento del caballero en el campo de batalla, en lo que no era sino una expresión de los contradictorios puntos de vista que sostenía la sociedad, ya que si por un lado se elogiaban los aspectos más positivos de la caballería, por otro se condenaban los más que frecuentes desvíos de sus ideales, concretados sobre todo en actitudes de vanidad, falta de moderación y una incontinente sed de sangre. Como ha mostrado Richard Kaeuper en

su reciente libro, esta problemática dio lugar en esos años a un debate en el que tanto los caballeros como el clero se propusieron hallar formas de colmar «el enorme abismo que se abría» entre la práctica caballeresca «y la imposibilidad de materializar los elevadísimos ideales que le atribuían, uno tras otro, los textos de mayor relevancia».[55] Los príncipes establecieron una normativa propia a fin de reducir lo que un escritor medieval denominaba «malvadas empresas», entre las que enumeraba «el saqueo, el robo, el asesinato, el sacrilegio, la violación y el secuestro de mujeres, la provocación de incendios y el encarcelamiento»;[56] —está claro que este autor no veía en la guerra los mismos atractivos que los soldados—. Federico Barbarroja, Ricardo I, Enrique V y Ricardo II son sólo cuatro de los monarcas que promulgaron edictos restrictivos; en el año 1385, Ricardo II estipuló que la profanación del acto eucarístico y sus adminículos y especies sacramentales llevaría aparejada la pena de muerte, así como todo robo perpetrado en una iglesia o en detrimento del clero, las mujeres y los civiles en general. También se aplicaban castigos a las malvadas empresas, junto con la deserción en combate y el incumplimiento de la palabra dada. En estos casos el correctivo consistía en señalar al infractor y deshonrarlo, y en este sentido una de las medidas que temían particularmente los caballeros era ver colgado del revés su escudo de armas en los torneos o en la corte, o tener que soportar que lo ataran a la cola de un caballo.

Desde luego, la caballería no siempre garantizaba la seguridad de los prisioneros pertenecientes a la nobleza, como veremos en un instante. Sin embargo, el hecho de que sus beneficios se aplicaran exclusivamente a una determinada clase social explica por qué la guerra seguía caracterizándose, en plena «edad de oro» de la caballería, por la generalizada comisión de horrendas atrocidades. La teoría y la práctica divergían notablemente. En teoría, las leyes de la guerra habían sido concebidas para brindar protección a los civiles, según se estipulaba en las reglas de la Paz de Dios; en la práctica, la aplicación de esas normas se reservaba a las clases dominantes. Era frecuente que la organización de milicias urbanas, las levas de campesinos y los reclutamientos nacionales llevaran aparejados la implicación tempo-

ral de los civiles en la guerra, y que éstos tuvieran muy pocas posibilidades de negarse, por no decir ninguna. Estos grupos sociales se hallaban particularmente expuestos a las matanzas que se producían en el campo de batalla, en especial cuando la sanguinaria avidez de los caballeros cegados por el ardor del combate no lograba saciarse con los *milites* enemigos. Atrapados en las guerras que libraban sus amos, el espíritu caballeresco resultaba para ellos un concepto ajeno.

Hay que poner en el haber de la caballería (aunque nunca fuera demasiado abultado) el hecho de que salvara la vida de muchos caballeros. Poco podían esperar de ella en cambio los pobres y ensangrentados miembros de la infantería, así como todos cuantos no fuesen nobles. Al aceptar el riesgo moral (esta terminología empresarial resulta aquí de aplicación),* la caballería ofrecía a los caballeros las garantías y la seguridad de que el desarrollo de las guerras había de mostrar consideración hacia los componentes de su misma clase social y procurar su indemnidad, aunque se desentendiera del resto. De este modo, como ha señalado perspicazmente Maurice Keen, el efecto de la caballería no consistió en moderar los horrores de la guerra, sino que contribuyó más bien «a convertir en endémicas esas enormidades».[57] Todas las crueldades que figuran en este libro (exceptuando las ocurridas bajo el mandato de Carlomagno en Verden) tuvieron lugar en la sangrienta «edad de oro» de la caballería. La mayoría de ellas se produjeron por orden de algún rey; de hecho, el rey era el mayor y más caballeroso hidalgo de todos cuantos había en el reino. La imagen de los galantes y honorables caballeros que cargan unos contra otros, lanza en ristre, en el campo de batalla constituía sólo una parte muy pequeña de la guerra medieval; las contiendas eran algo demasiado importante y demasiado global como para poder aplicar tan civilizadas y restrictivas prácticas. Como nos dicen repetidamente los cronistas, las guerras se libraban con terrible violencia, unas veces a «fuego y espada», y otras «a hierro y fuego», y su

* La expresión inglesa es «*moral hazard*», un concepto habitual de las compañías de seguros que designa el peligro que corre el asegurador de incurrir en pérdidas en caso de que el titular de la póliza actúe de forma imprudente o deshonesta. *(N. de los t.)*

desarrollo tenía devastadoras consecuencias para los civiles y quienes trataban de apartarse del camino que tomara el arrollador ímpetu de Marte.[58] La versión inglesa de este libro ha empleado en el título la expresión menos común en ese idioma —«a fuego y espada»— a fin de resaltar el empleo de esta arma: la espada es el símbolo que se asocia invariablemente con la caballería, y sin embargo, es la responsable de la mayor parte de las brutalidades que caracterizaron a la guerra medieval. Al subrayar el preponderante papel de la espada espero poder mostrar que fueron las políticas militares deliberadamente impuestas las que sentaron el precedente de los horrores de la guerra.

3

Batallas

Hastings, Bouvines, Agincourt —la Edad Media parece repleta de célebres batallas; en realidad, durante mucho tiempo la guerra medieval se ha estudiado casi exclusivamente a través de los choques registrados en la época—. Sin embargo, es relativamente raro encontrar batallas en el pleno sentido de la palabra: lo que predomina son principalmente las campañas y los asedios, ya que éste es el tipo de acciones que definen la guerra en este período. Un reciente y muy autorizado libro sobre el desarrollo de la guerra en la Edad Media, escrito por un equipo de expertos y en el que se abordan las más importantes cuestiones y temas, no dedica de hecho un solo capítulo —ni siquiera un apartado— a las batallas. Esto es quizá producto de un excesivo revisionismo y distorsiona la escasez de los enfrentamientos a gran escala; lo cierto es que el número de escaramuzas, combates singulares y choques militares de entidad supera con mucho el de acontecimientos como los de Hasting y Agincourts en el mundo medieval.

La paradoja de las batallas medievales estriba en el hecho de que fueran a un tiempo superlativamente arriesgadas y muy poco decisivas. Por consiguiente, y a pesar de que algunos generales siguieran activamente una estrategia concebida para entablar batalla tras batalla, la mayoría de los comandantes optaban por una política contraria, tratando de evitar los encontronazos y haciendo recaer únicamente en las campañas y los asedios el peso de la victoria. Cuando se entablaba una batalla, y una vez desatada la violencia, el jefe militar no ejercía más que un control muy limitado sobre sus fuerzas. Pese a

que en el campo de batalla las tropas se agruparan en unidades tácticas (llamadas *conrois*, y *batailles* en el caso de las de mayor envergadura) provistas de estandartes, insignias heráldicas y dalmáticas para facilitar el reconocimiento de los bandos, el estrépito y la confusión del combate, la extensión de terreno que acababan por ocupar los enfrentamientos, las dificultades de comunicación, el surgimiento de exigencias y acontecimientos inesperados, así como las tácticas que pudiera adoptar por sorpresa el enemigo, todo esto generaba un tremendo desorden, lo que explica lo mucho que el resultado del choque dependía de la preparación, experiencia y buen juicio del jefe de la soldadesca y de la iniciativa de sus capitanes. Y cuando se asentaba la polvareda levantada por la refriega seguía siendo difícil discernir qué es lo que había sucedido en realidad en el campo de batalla. La alusión que, en referencia al arte militar, hace Wellington a la coreografía —al sostener que tanto sentido tiene referir la historia de una danza como la de una batalla— encuentra aún más motivos de aplicación en el contexto de la Edad Media que en el del siglo XIX. Incluso en el caso de una batalla tan renombrada como la de Crécy encontramos media docena de teorías opuestas en relación con la disposición de las tropas. A veces, como sucede con la importante batalla de Bannockburn en Escocia, ni siquiera resulta posible identificar claramente el emplazamiento exacto en el que tuvo lugar la acometida.

El resultado de la batalla era casi siempre incierto. Pese a ello, eran muchos los generales que de hecho trataban de tentar a la suerte y jugarse el destino de una guerra en un gran ofensiva. Cuando Guillermo el Conquistador arribó con su ejército a las costas de Inglaterra en 1066 su propósito era instar a los ingleses a presentar batalla: y tras derrotar a Haroldo y al grueso de sus efectivos en Hastings —mejor aún, habiendo dado muerte al rey en combate—, el reino resultó más fácil de someter. El cronista Guillermo de Poitiers señaló que, en efecto, el duque de Normandía había conquistado la totalidad de Inglaterra en un solo día. También Haroldo deseaba una batalla decisiva (como la que había librado pocas semanas antes al obtener una aplastante victoria sobre los daneses en Stamford

Bridge), y en esto se adhería a una estrategia muy anglosajona: la ausencia de grandes fortificaciones en la Inglaterra anterior a la conquista determinaba que fueran las batallas, más que los asedios, lo que decidía el resultado de las confrontaciones. El hecho de que el duque Guillermo deseara entablar cuanto antes la batalla clave descansaba en dos factores de abrumadora importancia: era improbable que dispusiera de otra oportunidad para volver a reunir y mantener tan inmensas fuerzas invasoras; y además sabía que la escasez de castillos de que adolecía Inglaterra no sólo significaba que dicha batalla habría de fijar el resultado de su expedición, sino que una de las ventajas con que contaba estribaba justamente en dicha circunstancia. El cronista Orderico Vitalis nos ofrece un sucinto análisis de la conquista de Inglaterra efectuada por el duque de Normandía: «Las fortificaciones que los franceses llaman "castillos" eran muy raras en las regiones inglesas y por consiguiente, pese a que los ingleses se mostraran belicosos y audaces, se hallaban en una posición de mayor debilidad para resistir a sus enemigos».[1] A finales de la Edad Media, los generales ingleses volvieron a encontrarse en parecida situación militar: los largos períodos de paz habían hecho que las fortificaciones cayeran en desuso y provocado que se dejara de atender por tanto a su reparación, lo que obligó a los ejércitos a combatir sobre el terreno en lugar de en situación de asedio. (Las cosas se desarrollaron de forma distinta en el norte, pues estas zonas conocieron un buen número de asedios durante las guerras, habida cuenta de que las contiendas fronterizas habían garantizado el correcto mantenimiento de los baluartes.)

En algunas de las campañas que tuvieron lugar en el continente puede observarse la puesta en práctica de estrategias centradas en la búsqueda del choque directo: así sucede por ejemplo en las poco conocidas guerras que enfrentaron a los francos salios con los sajones en la Alemania de finales del siglo XI y principios del XII. En las disputas territoriales que estallaron en la región situada entre Sajonia Oriental y Turingia, una zona relativamente desprovista de castillos, los enfrentados soberanos Enrique IV y Enrique V se vieron las caras en una serie de importantes choques, y «la guerra no se decidió como

consecuencia de la conquista de plazas fuertes, sino por la supremacía en las batallas».[2] El éxito que obtuvo Simón de Montfort en la cruzada albigense se debió en buena parte al hecho de que se mostrara decidido a precipitar los acontecimientos en el campo de batalla. En 1211 concentró su pequeño ejército en las debilitadas fortificaciones de Castelnaudary, situado al suroeste de Tolosa, en la Francia meridional, y pronto se vio asediado por su adversario, el conde Raimundo VI de Tolosa. Los hombres de Montfort tomaron la iniciativa, haciendo salidas para ir al encuentro del enemigo e infligirle una aplastante derrota. Montfort reiteraría esa misma táctica en el año 1213, en la cercana localidad de Muret, y cosecharía un éxito aún mayor. La estrategia era arriesgada, pero la fortuna sonríe a menudo a los valientes.

Pese al predominante papel de los castillos en la guerra medieval, el asedio no siempre era la mejor opción del general atacante. En el sur de Italia, Carlos de Anjou desarrolló su campaña militar sobre la base del enfrentamiento en la batalla; las victorias que logró en Benevento (en 1266) y en Tagliacozzo (1268) le dieron el control de Sicilia. Una provocativa obra sobre las guerras de Eduardo III escrita por Clifford Rogers sostiene que Eduardo, contrariamente a la opinión que ha venido manteniéndose durante mucho tiempo, era un monarca que buscaba activamente el enfrentamiento en la batalla. Rogers expone el polémico argumento de que Eduardo, y más tarde su hijo, el Príncipe Negro, bien conocidos por sus célebres *chevauchées* relámpago (raudas y devastadoras expediciones), habían aprendido de sus primeras guerras con los escoceses (a quienes obligaron por ejemplo a batallar en Berwick en 1333) que la superioridad táctica en el campo de batalla era la forma más eficaz de alcanzar sus fines. Los asedios que pusieron a las plazas de Tournai en 1340 y Calais en 1347 se llevaron a cabo con la intención de provocar a los franceses y forzarles a presentar batalla.

Los ejemplos de Carlos de Anjou y Guillermo el Conquistador revelan que lo que se dirimía en una batalla podía ser muy importante, ya que un único enfrentamiento podía determinar el futuro de todo un país. La espectacular victoria que obtuvo Felipe Augusto en

Bouvines en 1214 proporcionó seguridad a Francia, unida bajo el mando de los Capetos, y la protegió de la dominación imperial, mientras que el triunfo logrado por Enrique Tudor en el centro de Inglaterra, en Bosworth, en 1485, hizo subir al trono de ese país a una nueva dinastía y constituyó el inicio de los ciento veinte años de gobierno de la casa Tudor. R. C. Smail, una descollante autoridad en el estudio de las cruzadas, ha declarado que la derrota sufrida por el ejército latino en 1187 en Hattin decidió el destino del reino de Jerusalén. Además, como ya sucediera con la prueba judicial consistente en la celebración de un combate, el éxito en la batalla procuraba asimismo al vencedor la bendición del divino dictamen. Fulco de Anjou, apodado el Pendenciero, atribuye la victoria que obtuvo sobre su hermano en el año 1067 en Brissac a la gracia de Dios. Y a la inversa, claro está, la derrota en el campo de batalla podía tener un coste elevadísimo, incluso para los reyes: Haroldo cayó en Hastings; Ricardo III falleció en Bosworth; y en 1213, Pedro de Aragón perdió la vida en Muret. Incluso en los casos en que el objetivo de la acción no consistía específicamente en acabar con el monarca o el príncipe adversario, como sí se intentó hacer con Felipe Augusto en Bouvines, su captura no sólo llevaba aparejado el desbaratamiento de su ejército, sino que tenía un enorme costo político y económico. En el año 1264, la batalla de Lewes puso al rey Enrique III y a la propia Inglaterra (temporalmente) en manos de Simón de Montfort y los barones soliviantados.

Los soberanos franceses podrían haber considerado la cautividad como una especie de riesgo laboral, ya que para ellos la expresión «regio rescate» era algo más que una frase hecha: Luis IX fue cogido prisionero en la Séptima Cruzada (1248); Juan II de Francia terminó apresado tras la derrota sufrida en Poitiers en 1356; y Francisco I cayó en manos de sus enemigos en la batalla de Pavía en 1525. No es de extrañar por tanto que a finales de la época medieval los reyes franceses Carlos V, Carlos VIII y Luis XI ordenaran a sus ejércitos que evitaran enfrentarse al enemigo en el campo de batalla. A fin de cuentas, los franceses llevaban sesenta años sufriendo derrotas en sus choques directos, y habían salido derrotados de los grandes encon-

tronazos de Crécy, Poitiers, Nájera y Agincourt —aunque al final hubieran terminado por ganar la guerra—. Pese a que esto pueda parecer un tanto pusilánime, debe recordarse que Ricardo Corazón de León, uno de los más grandes comandantes militares de la Edad Media, no libró más que una o dos batallas campales en una vida dedicada activamente a la guerra. El padre de Ricardo, Enrique II, fue un reputado general de guerra, a quien el cronista Jordán de Fantosme compara con Carlomagno; y sin embargo, no condujo sus tropas al campo de batalla ni una sola vez.

Otra acuciante razón para evitar el choque directo era que un jefe militar no estuviera seguro de poder contar con la lealtad de sus soldados, o con la de sus aliados. En el año 1485 en Bosworth, las fuerzas de Ricardo III superaban en número a las de Enrique Tudor por el importante margen de dos a uno. Con todo, en un momento crucial de la batalla, la defección de lord Stanley, que abandonó la causa de los leales al rey Ricardo y se pasó al bando de Enrique Tudor, no sólo abocó a Ricardo a una inevitable derrota, sino que lo puso en manos de los hombres de Stanley, que le dieron muerte. Este temor a ser traicionados constituía una ansiedad omnipresente para los generales. En los años 1117 y 1118, hallándose en campaña en Normandía en un contexto de levantisca agitación de los barones, Enrique I se mostró más que reticente a emplear a sus hombres en dilatadas operaciones militares, dado el muy real peligro de escisión entre sus filas. La Crónica anglosajona refiere que en 1066, en Hastings, Haroldo contaba únicamente con el apoyo de «aquellos hombres que le secundaban *por deseo propio*».[3] Antes de que estallase un conflicto, tanto si éste era fruto de un plan previo como si simplemente se preveía su inminencia, se hacían prudentes intentos de consolidar los lazos de lealtad. A este efecto, todo podía desempeñar un papel propicio —las lisonjas, los privilegios o las promesas de tierra y botín, por ejemplo—, y lo mismo puede decirse, en sentido negativo, de las sanciones, castigos y amenazas, como ya hemos visto en el capítulo 1. De este modo, era probable que un rey políticamente inepto se viera igualmente maniatado en el terreno militar. De ambos defectos fue acabado compendio el rey Juan sin Tierra, cuyo

reinado estuvo marcado por una espectacular secuencia de desastres políticos y militares. Rara vez ha inspirado menos confianza un monarca: no se trata ya de que un elevado porcentaje de potentados de su entorno decidiera sabiamente no darle crédito en el plano personal, es que esos mismos magnates se sintieron tan alarmados al comprobar su incompetencia que juzgaron muy poco interesante servirle con lealtad. El precio de prestar respaldo a Juan era elevadísimo, tanto en términos económicos como militares, puesto que cada vez se veía más obligado a depender de tropas venidas de fuera.

En 1216 hubo de hacer frente a la mayor de las amenazas que se cernían sobre él: una invasión francesa de Inglaterra capitaneada por el príncipe Luis. En lugar de salir al encuentro de los invasores, presentando batalla y arrojándolos nuevamente al mar, Juan eludió el combate y permitió que el ejército francés se instalara en el país, fortaleciéndose de ese modo notablemente. Así refiere los acontecimientos Rogelio de Wendover: «Como el rey Juan se hallaba rodeado de mercenarios extranjeros y de caballeros procedentes de las provincias continentales, no se arriesgó a atacar a Luis al arribar éste a las costas inglesas, por temor a que en el enfrentamiento todos le abandonasen y se pasaran al bando del francés. Optó así por replegarse durante un tiempo, en lugar de aventurarse a un choque incierto».[4] Los franceses avanzaron y llegaron a ocupar una tercera parte del país. Fueron expulsados tras la muerte de Juan y después de las dos cruciales batallas que se libraron en el año 1217, la campal de Lincoln y la naval que se desarrolló frente a las costas de Sandwich, en el sureste del país.

Los choques en la guerra medieval

Tanto si se buscaban como si trataban de evitarse, las batallas constituían una de las características inherentes a la guerra medieval. Los autores de esa época son muy aficionados a escribir sobre el particular, a menudo con gran celo y energía. En aquellos años, al igual que en la actualidad, las batallas representaban el culmen dramático del

combate caballeresco, la encarnación de su esplendorosa y heroica hidalguía. El papel del caballero en la batalla ha suscitado numerosos debates eruditos. Los historiadores revisionistas de los años ochenta y noventa restaron importancia al rol de la caballería pesada y prefirieron resaltar el papel capital que desempeñaba la infantería, largo tiempo descuidada por los historiadores, entre otras razones por el nada desdeñable motivo de que la mayoría de los cronistas habían concentrado sus esfuerzos en el valor de sus patronos y príncipes. En tiempos más recientes, John France ha encabezado la ofensiva contraria al revisionismo, con el convincente argumento de que algunos comentaristas se han excedido en su afán de reducir drásticamente la importancia de la caballería; su gran fuerza, sostiene este autor, residía invariablemente en su movilidad. Desde luego, a pesar del revuelo organizado en torno a la supuesta «revolución militar» que se habría producido en la baja Edad Media, los combatientes a caballo siguieron constituyendo un elemento esencial de los ejércitos a lo largo de toda esta época: cuando Carlos VIII invadió Italia en el año 1494, la mitad de su ejército estaba integrado por unidades de caballería pesada. El enorme gasto que implicaba este planteamiento habla en favor de lo mucho que se valoraba todavía a los caballeros.

La verdad, como de costumbre, se encuentra a medio camino entre ambos extremos; la infantería y la caballería eran dos elementos vitales dentro de cualquier ejército. La historia de la guerra medieval registra un gran número de victorias de uno de los cuerpos sobre el otro y viceversa. En 1066, en Hastings, la intervención de la caballería pesada resultó decisiva; en Jaffa, en 1192, menos de una docena de caballeros bastaron para acabar con el enemigo musulmán; y en 1396 fue la caballería pesada musulmana (*spahis*) la que logró la rendición del grueso del ejército francés en Nicópolis, Bulgaria. La tesis de la revolución militar se sustenta en el hecho de que a medida que la Edad Media va adentrándose en los siglos XIV y XV se observa un fuerte incremento del número de batallas en las que es la infantería la que lleva el peso del combate, y no la caballería: Courtrai en 1302; Crécy en 1346; y Murten, en Suiza, en 1476, fecha en la que la caballería de Carlos el Calvo fue incapaz de evitar que sus fuerzas se vie-

ran diezmadas por los piqueros suizos. Pero la infantería ya había vencido antes a la caballería. En el año 1176, mucho antes de que puedan aducirse los efectos de cualquier «revolución», la caballería del emperador Federico fue derrotada por la infantería de la liga lombarda en Legnano, cerca de Milán. Una década más tarde, en un choque ocurrido en el año 1188 en Gisors, en Normandía, los soldados de la infantería inglesa rechazaron dos cargas de la caballería francesa, considerada la mejor de Europa. La *History of William Marshal* señala que los franceses «lanzaron la ofensiva» y se vieron frenados por la infantería angevina, «que no eludió la arremetida ... recibiéndoles con la pica en ristre». Al parecer, no hubo una sola baja entre los soldados de infantería.[5]

Aún más instructivos resultan quizá algunos de los choques de principios del siglo XII, como el que tuvo lugar en Brémule en el año 1119 cuando Enrique I ordenó desmontar a sus caballeros y los unió a su infantería, logrando así vencer a los jinetes franceses. Guillermo de Tiro cuenta que durante la Segunda Cruzada, a finales de la década de 1140, los hidalgos alemanes fueron fieles a su costumbre de abandonar sus monturas para combatir. Las fuentes nos dicen que la caballería franca ya había peleado a pie en el año 891, en la batalla de Dyle, en Bélgica. Lo que aquí conviene destacar es que la conducta de los caballeros era flexible: constituían una maquinaria de guerra formidable y profesional que podía adaptarse a combatir de distintos modos, ya fuera a pie o a caballo.

El debate que trata de determinar qué cuerpo era superior, la infantería o la caballería, desemboca en una polémica engañosa. De muy pocas batallas podemos decir que fueran un puro enfrentamiento entre infantes y jinetes. Y rara vez se observa que una de esas unidades logre en exclusiva la derrota de la otra. En la inmensa mayoría de los encontronazos, como puede observarse en los que hemos destacado más arriba, lo que decidía el resultado de la arremetida era el despliegue táctico y la habilidad conjuntas de la caballería, la infantería y los arqueros (todo ello, por cierto, en caso de que la batalla tuviese efectivamente un desenlace claro). Las diferentes fuerzas de combate tenían roles bien definidos, pero podían modificarse en

función de las circunstancias. La misión para la que había sido concebida la caballería pesada consistía en lanzarse a la carga con un ímpetu terrible a fin de romper las líneas de la infantería y la caballería enemigas, aunque a veces, como se observa en Hastings, pudiera fingir una desbandada al objeto de ser perseguida por la infantería y atacarla después en campo abierto. No obstante, como ya hemos mencionado antes, también podía limitarse a combatir defensivamente a pie. De manera similar, los arqueros y los lanzadores de proyectiles se disponían de tal modo que levantaban una cortina de dardos y conseguían el mismo efecto, facilitando así la posterior tarea de la caballería; y desde luego, también se recurría a los arqueros y a los ballesteros para desbaratar las cargas de la caballería. La infantería constituía un muro defensivo para la caballería, pero los infantes actuaban asimismo en las ofensivas, en especial cuando atacaban siguiendo la estela de las cargas a caballo. Y los caballeros también avanzaban en ocasiones a pie (una práctica a la que los franceses aún no se habían acostumbrado demasiado en el año 1415, como evidencia lo ocurrido en Agincourt). En la determinación del resultado de un encuentro intervenían igualmente otros muchos factores, muy diversos y variados: el liderazgo, la moral, el aprovechamiento de las ventajas del terreno, la preparación o la disciplina de los soldados, por no mencionar sino algunos de los más destacados.

Vale la pena prestar aquí atención al último de estos elementos —la disciplina—, ya que es frecuente que las estructuras de mando, así como sus fracasos, influyan en nuestra comprensión de las barbaries perpetradas en las acciones bélicas. La eficacia en las situaciones de combate depende a menudo de que la tropa actúe disciplinadamente y obedezca unas órdenes estrictas. Pese a que haya un elemento de verdad en la idea de que los ejércitos medievales estaban integrados por una contrapuesta mezcolanza de campesinos nerviosos —hasta el punto de mostrarse permanentemente dispuestos a huir y perderse en la lejanía— y de caballeros devorados en ocasiones por la impaciencia de enfrentarse al enemigo, el planteamiento que sostiene Charles Oman al afirmar que los caballeros eran señoritos aficionados que se lanzaban atropelladamente al ataque con grandísimo

desbarajuste al calor de la primera sangre es una parodia que por desgracia sigue contando con notable predicamento en la actualidad. En un reciente ensayo sobre el anhelo de gloria de los militares, el premio Nobel Steven Weinberg habla de una «imprudencia de tal calibre que ni siquiera resultaría verosímil a ojos de un caballero medieval».[6] La determinación necesaria para mantener la formación era vital para la caballería; si se quería que una carga tuviera éxito era preciso que el enorme contingente de la fuerzas montadas avanzase sin abrir brechas en sus filas. Tanto los generales como los cronistas reconocían la importancia de este extremo. En el año 1327, en la campaña de Weardale, siendo todavía un muchacho, Eduardo III informó a sus hombres de que haría ejecutar a todo aquel que avanzara antes de haber recibido orden de hacerlo. Juan de Joinville ofrece un ejemplo ocurrido a principios del siglo XIII: durante la Primera Cruzada de san Luis en Egipto, Gautier de Autrèche rompió filas contraviniendo la rigurosa consigna establecida y recibió una herida mortal: ni el cronista ni el rey expresaron la menor simpatía hacia él.

Como es natural, el denuedo espontáneo tampoco estaba de más en la batalla. En 1191, en su marcha hacia el sur, en dirección a Jaffa, en Tierra Santa, el ejército cruzado de Ricardo Corazón de León se vio sometido a dura prueba por las fuerzas de Saladino, que le iban dando caza. Ricardo había dado instrucciones firmes de que sus hombres debían mantener a toda costa la solidez de la formación, pese a las fuertes provocaciones de los musulmanes. Los hospitalarios, sobre cuyas tropas recaía lo peor de los asaltos del ejército musulmán, dado que se hallaban en retaguardia, estaban sufriendo más bajas y perdiendo más caballos que ningún otro batallón del contingente cristiano, sobre todo a manos de los arqueros enemigos. Incapaces de esperar a la señal convenida para lanzar el contraataque, dos miembros de la Orden, uno de los cuales era además el mariscal, cedieron a la presión y cargaron. Inmediatamente les siguió el resto de la caballería de los hospitalarios. Al ver lo que sucedía, Ricardo ordenó a sus caballeros que atacaran. De no haberlo hecho, el resultado habría sido el desastre. Sin embargo, la sorpresa de la imprevista reacción, y sobre todo el elevado número de efectivos que la prota-

gonizaron, ofreció a los cruzados una tremenda victoria. Como es bien sabido, el propio Ricardo capitaneó en primera línea a sus soldados, infundiéndoles ánimo. (Aquellas bravatas encontraron un límite, ya que Ricardo falleció al frente de una campaña de asedio en el año 1199.)

Las órdenes no eran meros formulismos verbales, ya que eso podía facilitar que se malinterpretaran. Se consignaban habitualmente por escrito con todo detalle. Rogelio de Howden recoge las draconianas medidas que dictó Ricardo con vistas al mantenimiento de la disciplina durante el viaje a Tierra Santa:

> Todo hombre que mate a otro será atado al cadáver y arrojado por la borda si navegamos, o enterrado con él si nos hallamos en tierra. Si diera en probarse, mediante legítimos testigos, que un hombre ha amenazado con su cuchillo a otro, se cortará la mano del agresor. Si un hombre golpea a otro sin derramar sangre se le sumergirá en el mar tres veces. Las palabras insultantes o blasfemas serán castigadas con tantas multas como ofensas se hayan proferido. El ladrón convicto será afeitado como un atleta, embreado, emplumado y abandonado en tierra a la primera oportunidad.[7]

Ricardo no era el único en dictar este tipo de ordenanzas. Si se determinaba que un soldado del ejército cruzado obtenía ganancias con el juego, se le condenaba a pasearse desnudo por todo el campamento militar y a recibir de esta guisa azotes por espacio de tres días. (Los marineros salían mejor parados, ya que no se les daba el mismo escarmiento: su castigo consistía en una serie de zambullidas forzosas en el mar a primera hora de la mañana.) El dictado de ordenanzas relacionadas con las formas de librar la guerra fue cosa común a lo largo de toda la Edad Media: Ricardo II promulgó sus normas en el año 1385 en Durham; Enrique V hizo lo propio en Harfleur, en 1415. Estas disposiciones preveían amparos para los civiles y para los religiosos, además de restringir la posibilidad de causar estragos. En el caso de Enrique, lo que se deseaba era ganarse el favor de la población de Normandía y que las gentes de la zona pudieran convertirse en súbditos leales en los que poder confiar. Sin embargo, no todas las

medidas eran tan consideradas. Veinte años más tarde, sir Juan Fastolf daba órdenes destinadas a librar una guerra sin cuartel ni límites, una *guerre mortelle*, en un perverso esfuerzo por suprimir a los rebeldes franceses. Tan probable era desembocar en masacres y en acciones de crudo salvajismo a consecuencia de normas de validez oficial como a causa del fracaso de la disciplina.

> En el campo de batalla, los fallos en esta materia podían precipitar la desbandada. Cuando esto ocurría, el choque entraba en su fase más peligrosa, ya que el terreno se convertía en un campo de exterminio dominado por la caballería, dedicada a barrer a los dispersos miembros de la infantería enemiga, seguidos por los infantes victoriosos, que acababan con los heridos y los inútiles. Esta es la crónica que nos ofrece Guillermo de Poitiers, tras el fragor de los principales combates ocurridos en Hastings: los ingleses volvían las espaldas y se daban a la fuga, escapando tan pronto como tenían oportunidad de hacerlo, unos en caballos robados, muchos a pie, unos cuantos por los caminos, y la mayoría campo a través. Quienes luchaban con grandes apuros, pero una vez puestos en pie sentían que les flaqueaban las fuerzas para emprender la huida, quedaban tendidos en el suelo, teñido con su propia sangre. La pura determinación de sobrevivir daba fuerzas a otros. Muchos acababan muriendo en lo profundo de los bosques, otros muchos se derrumbaban al paso de sus perseguidores, que interceptaban a los fugitivos. Los normandos ... salieron tras ellos y pasaron fogosamente a espada a los escapados, poniendo un digno final a la contienda, mientras los cascos de los caballos agravaban el castigo de los muertos pasándoles por encima.[8]

Ya hemos visto que las reglas de la caballería brindaban protección principalmente a los hidalgos. Era la pobre y ensangrentada infantería la que tendía a llevarse la peor parte, aunque había excepciones: la naturaleza de la guerra en que se combatía, las actitudes del enemigo, el odio entre las distintas clases sociales, las creencias religiosas, la identidad étnica y nacional —todo ello podía incidir notablemente en el número de bajas—. Philippe Contamine estudia el grado de riesgo relativo en que incurrían cada uno de los cuerpos mi-

litares en su ya clásica obra titulada *War in the Middle Ages.** Este autor señala que en Occidente las guerras entre comunidades, aun en los casos en que afectaban a la nobleza, podían ser particularmente letales. En esos casos era raro hacer prisioneros y pedir por ellos un rescate. El gran cronista Froissart comenta en tono de desaprobación la nada caballeresca conducta de los frisios en el conflicto que los opuso a las tropas inglesas, francesas y holandesas en 1396: se negaban a rendirse, y preferían morir como frisios libres; no tomaban prisioneros, ni pedían rescate; y ni siquiera se dignaban a intercambiar los pocos cautivos que sí retenían los hombres de su propio ejército por los que se hallaban presos en el campo contrario; los frisios apresados estaban dispuestos a «morir uno tras otro en prisión»; y «si creen», añade el cronista, «que ninguno de sus hombres ha caído prisionero, no hay duda de que darán muerte a todos cuantos hayan capturado». No es de extrañar por tanto, como sostiene Froissart, que «por regla general el que sufre mayores bajas sea el bando de los vencidos».[9]

Por lo común resulta difícil determinar detalladamente la tasa de víctimas, en especial si su número es elevado, y también es relativamente raro encontrar en las fuentes confirmación de esas cantidades. De este modo se da el caso, por ejemplo, de que la cifra de muertos registrada en la batalla de Dunbar, en la Escocia de 1296, varía en función de las crónicas, ya que cuatro de ellas, escritas en la misma época en que sucedieron los acontecimientos, estiman de forma diferente el número de caídos, estipulándolo en treinta mil, veintidós mil y diez mil respectivamente (dos de las fuentes concuerdan en este último guarismo). Una vez más, la contabilidad de los fallecidos se refiere únicamente a los datos de los nobles, razón por la que en estas clases conocemos mejor el índice de mortandad bélica que en otras. Normalmente, la conjunción de los códigos caballerescos y el uso de la armadura mantenían las tasas de muertos en niveles bastante bajos, así que el hecho de que pudieran perder la vida cerca de cuarenta ca-

* Hay traducción castellana: *La guerra en la Edad Media*, traducción de Francisco Javier Faci Lacasta, Labor, Barcelona, 1984. *(N. de los t.)*

balleros ingleses, como sucedió en 1314 en Bannockburn, se consideraba un suceso extraño y señalado. A principios del siglo XIV, la tasa de mortalidad tanto de los caballeros como de los soldados comunes y corrientes comenzó a aumentar. En la derrota que encajaron los franceses en Poitiers en 1356 murieron diecinueve destacados miembros de la nobleza, junto con dos mil hombres de armas; la matanza de Agincourt provocó la muerte de cerca de un centenar de aristócratas notables (entre los cuales había tres duques), de mil quinientos caballeros y puede que de unos cuatro mil gentilhombres, todos ellos pertenecientes al bando francés. Esto equivale en ambos casos a decir que el índice de bajas de la caballería francesa se situaba aproximadamente en el 40 por 100. Resulta llamativo comparar esta proporción con la que nos indica Orderico Vitalis, quien sostiene que en el enfrentamiento que tuvo lugar en Brémule en 1119 sólo resultaron muertos tres caballeros de los novecientos que habían intervenido en la batalla. En términos generales se estima que en la época medieval, los ejércitos derrotados perdían entre un veinte y un 50 por 100 de sus hombres.

Al supervisar los datos militares tras el choque de Waterloo, Wellington aludía al coste humano de la guerra en los siguientes términos: «dejando al margen la pérdida de una batalla, no hay mayor miseria que ganarla». Los cronistas medievales no siempre eran dados a tan hondas reflexiones, como muestra la gráfica descripción que incluimos a continuación. Pertenece a un autor árabe que recorre el campo de batalla de Hattin en 1187, justo después de que Saladino aplastara a un ejército cruzado. No es difícil considerar que se trata de un cuadro válido para cualquier batalla medieval:

> Los muertos se hallaban desperdigados por valles y montañas ... Hattin se mostraba indiferente a sus cadáveres,* y la atmósfera, en la que flotaba el perfume de la victoria, estaba cargada de su hedor. Pasé junto a ellos y vi los miembros de los caídos, desnudos y diseminados

* El autor personaliza aquí al extinto volcán Hattin, que se encontraba muy cerca del desfiladero en el que se produjo la batalla, a la que da nombre. *(N. de los t.)*

> por el campo de batalla, despedazados por el terreno que había sido testigo de la embestida, marcados por las laceraciones, descoyuntados, abiertos los cráneos, desgarradas las gargantas, quebrados los espinazos, aplastados los cuellos, con los pies hechos jirones, la nariz mutilada, arrancadas las extremidades, desmembrados, hechas trizas sus partes, vaciados los ojos, despanzurrado el vientre, teñidos en sangre los cabellos, acuchillado el estómago, rebanados los dedos, estallado el pecho, partidas las costillas, dislocadas las articulaciones ... degollado el pescuezo, hendidos los cuerpos, apergaminados los labios, frentes y costados perforados ... rostros sin vida ... heridas sangrantes, últimos alientos ... torrentes de sangre que fluyen libremente. ... ¡Dulces ríos de victoria! ¡Serenísimo consuelo![10]

Como veremos más adelante, no fue ésta la peor carnicería: ni siquiera tan horrendos extremos sanguinarios alcanzaban a satisfacer a los triunfantes

Masacres de prisioneros

El interés central de este libro gira en torno al modo en que los excesos bélicos afectaban a los civiles: las mujeres, los niños, los que pertenecían a las órdenes religiosas, los campesinos y los prisioneros de guerra. Dadas sus características, las leyes que regían las contiendas ofrecían protección a todos estos grupos, pero era muy frecuente que las acometidas los desampararan en la práctica. El *jus ad bellum*, esto es, la apelación a una justa causa para librar la guerra, se ignoraba flagrantemente en unas ocasiones o se seguía en otras con ahínco desproporcionado respecto de la atención prestada al *jus in bello*, la justificación de las acciones bélicas. En el siglo xx, el modo en que se han librado efectivamente las guerras sin cuartel ha sido a un tiempo objeto de críticas y de justificaciones precisamente por colocar a los civiles en primera línea de fuego, con resultados como los de Dresde e Hiroshima. Pero la Edad Media no era en esto muy distinta: los objetivos económicos no resultaban menos importantes que los militares; las exhibiciones de poder y los actos

destinados a infundir terror podían afectar, y así ocurría de hecho, a la determinación de los enemigos. Lo cierto es que, con la posible excepción de las batallas que ha conocido el mundo en los últimos cincuenta años, los civiles han sido siempre las víctimas más expuestas en tiempo de guerra. No obstante, y a diferencia de lo que sucedía en la mayoría de los asedios y de casi todas las expediciones de saqueo y devastación, las batallas de la Edad Media venían a constituir una expresión de la guerra en su más «pura» forma, ya que no hay en ellas presencia de mujeres ni de niños, y los religiosos únicamente aparecen en la periferia, dedicados a rogar a su Dios que conceda la victoria a su bando y otorgue así sus bendiciones a la causa que éste promueve. En el propio campo de batalla no podía encontrarse sino a combatientes, es decir, a soldados cuyo único propósito era destruir al ejército adversario. Cuando un soldado se rendía o era hecho prisionero y se le desarmaba, su posición quedaba inmediatamente modificada y pasaba a convertirse en un civil. Esto establecía una clara línea divisoria, lo que, en teoría, preservaba la vida del prisionero. Sin embargo, la confusa y sangrienta realidad de la guerra medieval hacía que la rendición o el apresamiento rara vez constituyeran una sólida garantía de seguridad. El desconcierto propio del campo de batalla y la polvareda de los choques siempre podían determinar que se despedazara a algunos hombres que ya hubieran depuesto las armas. Y mientras el fragor de la batalla no se apagaba por completo, la sed de sangre de los vencedores también podía ir acompañada de una falta de retención en las acciones o de la decisión de no hacer prisioneros. En la mayoría de las matanzas que examinaremos a continuación, los combates ya habían quedado definitivamente interrumpidos. Todas esas carnicerías comparten esta característica: la degollina de prisioneros era un acto calculado y deliberado, efectuado por orden explícita del general del ejército victorioso. Y salvo en un caso, dichos generales eran invariablemente reyes.

Comenzaremos con un episodio que no pertenece a la era de la caballería que aquí contemplamos y que no se produjo como consecuencia inmediata de una batalla, sino tras una revuelta. Lo incluimos aquí por tres razones. En primer lugar, guarda relación con el emperador Carlomagno, el gran paradigma de la virtud caballeresca en quien ponía los ojos toda la cristiandad, pues lo veneraba como a la encarnación misma de la caballería. Y si Carlomagno buscaba inspiración en los grandes días del imperio romano, también los príncipes medievales echaban la vista atrás y encontraban en el *imperium* de Carlomagno una edad de oro que era preciso emular: en todo el período medieval se aclamará universalmente al Gran Carlos. En segundo lugar, demuestra la crudeza y el salvajismo que siempre han caracterizado tanto a las guerras de religión como de frontera. Las acciones de Carlomagno en Verden permiten una interesante comparación con las que perpetrarían cuatro siglos más tarde —en los territorios fronterizos de Tierra Santa— algunos símbolos tan renombrados de la conducta caballeresca como Ricardo Corazón de León y Saladino. Y en tercer lugar, la respuesta que dieron a lo sucedido en Verden quienes vivieron en los mismos años en que se produjeron los hechos resulta muy reveladora.

En la época en que el papa León III coronó a Carlomagno en Roma, el día de Navidad del año 800, recuperando de este modo el título de sacro emperador romano, el nuevo soberano había ampliado ya a tal punto los límites de su reino franco que dos años antes el monje Alcuino (que en la práctica vino a ser una especie de ministro de Educación de Carlomagno, tras la reunión que mantuvieron ambos en el año 781) ya se había encargado de dar el nombre de imperio cristiano a las posesiones del rey. De las muchas campañas que emprendió a fin de someter a los pueblos y a las regiones que lindaban con su estado franco —en continua expansión—, las expediciones contra los sajones, ocurridas entre los años 772 y 804, fueron algunas de las que protagonizaron los más sañudos combates. Eginardo, el biógrafo coetáneo de Carlomagno, escribe lo siguiente: «Ninguna de

las guerras que emprendiera el pueblo franco resultó más prolongada, más repleta de atrocidades o más precisada de ímprobos esfuerzos ... Los sajones, al igual que la mayor parte de los pueblos que viven en Alemania, son feroces por naturaleza». Eginardo se apresura también a destacar las dimensiones espirituales del conflicto: los sajones «son muy propensos a adorar al diablo y se muestran hostiles a nuestra religión. No consideran deshonroso violar y transgredir las leyes divinas y humanas».[11]

Carlomagno tenía tres objetivos principales en Sajonia: la anexión, la conversión, y en último término la apropiación de Frisia. El elemento religioso de estas guerras se hace explícito en el año 772, fecha en la que Carlomagno destruye por completo el Irminsul, un objeto que las fuentes describen bajo el doble aspecto de lugar sagrado y de ídolo, pues para los sajones era el principal santuario de su culto pagano. Se trató de una acción simbólica destinada a intimidar a los infieles sajones, y puede considerarse una maniobra más política que religiosa. Incluso el hombre que habría de convertirse en el primer *imperator* del Sacro Imperio Romano, institución que sobreviviría hasta que Napoleón, que irónicamente imitaba a Carlomagno, lo disolviera, anteponía las preocupaciones temporales a las espirituales, ya que mantuvo en suspenso las operaciones de Sajonia mientras se movilizaba para acudir en ayuda de los dirigentes, tanto cristianos como musulmanes, que habían pedido socorro en España. Esto desembocó en la célebre derrota que hubo de encajar en el año 778 su retaguardia en el paso de Roncesvalles. Éste fue el escenario de la valerosa, aunque tal vez innecesaria, muerte de Roldán en combate, que más tarde habría de quedar inmortalizada en el *Cantar de Roldán*, la más célebre e influyente canción de gesta del romance francés, en la que se narran las intrépidas hazañas de los héroes caballerescos que durante siglos habrían de servir de inspiración a la cultura de la corte y de espejo a la bravura en el campo de batalla. Esta gloriosa derrota no sirvió más que para aumentar aún más la reputación del reino de Carlomagno, considerado ya como un feudo regido por las virtudes caballerescas. Es frecuente encontrar comentarios que tratan de buscar la mejor interpretación al hecho de que el gran

rey cristiano hubiera prestado auxilio a los aliados musulmanes, en un gesto que lo asemeja mucho al Cid, el icono ibérico de la caballería. Esta circunstancia nos recuerda saludablemente que la enemistad religiosa era —y sigue siendo—, a lo sumo, un simple pretexto con el que justificar parcialmente las crueldades de la guerra. Las consideraciones políticas y militares son siempre el elemento de mayor importancia cuando lo que se precisa es hallar explicaciones. Esto se aplica con idéntico fundamento al caso de Verden.

Las guerras contra los sajones se dilataron mucho porque siempre que eran derrotados, éstos se negaban a dejar que las cosas quedaran así, y porque cada vez que Carlomagno creía haberlos metido en cintura descubría que volvían a rebelarse contra él. Tal situación resultaba bastante fatigosa, pero la completa derrota sufrida en la Baja Sajonia por uno de los contingentes francos en el año 782, en el monte Suntel, en la que cuatro condes, unos veinte nobles y la mayor parte de sus tropas fueron aniquilados por los sajones, a los que capitaneaba Vitikindo, provocó la arrolladora respuesta de Carlomagno. El soberano franco reunió un enorme ejército, penetró en la Baja Sajonia e intimidó a los aristócratas locales, obligándoles a someterse sin presentar batalla. Les ordenó identificar y detener a todos cuantos hubieran combatido junto a Vitikindo. Los jefes sajones obedecieron y formalizaron en Verden, junto a la orilla del río Aller, la entrega de los levantiscos a Carlomagno. Unos cuantos fueron hechos prisioneros; al resto —hasta cuatro mil quinientos— los decapitaron en un solo día. La magnitud de la matanza y el modo en que se llevó a cabo son realmente horrendos. (Como tantas veces ocurre cuando manejamos cifras procedentes de fuentes medievales, es importante tener en cuenta la clara posibilidad —que a menudo es una certeza— de que se hayan exagerado las cantidades, que por otro lado también podrían obedecer al simbolismo atribuido a ciertos guarismos. No obstante, y a pesar de que la cifra de cuatro mil quinientos degollados que aceptan muchos historiadores sea excesiva, no por ello deja de resultar indicativa de que la matanza generalizada que se produjo tuvo unas proporciones espantosas.)

Ya hemos analizado los diversos y terribles escarmientos que imponían los gobernantes a sus oponentes políticos y militares, pero se

hace difícil imaginar que Carlomagno hubiera podido aplicar un correctivo de esta índole a un similar número de enemigos cristianos. El choque entre distintas confesiones religiosas añadió un elemento de brutalidad a la respuesta de Carlomagno. Se ha argumentado que justo antes de los acontecimientos de Verden, exasperados por la terca obstinación de los sajones, dos destacados clérigos —el abate Sturmio de Fulda y Lulio, arzobispo de Maguncia y discípulo de su predecesor, san Bonifacio— habían instado a Carlomagno a adoptar medidas aún más severas y a ponerlas en práctica en la guerra contra los paganos. Sea como fuere, es interesante señalar que había muchas voces discordantes en el seno de la Iglesia, desconcertadas por la enormidad de la matanza: Alcuino, por ejemplo, advertía de que la violencia sólo traería violencia. Eginardo y Notker el Tartamudo, biógrafos apologistas de Carlomagno, cubren con un velo de silencio la totalidad del episodio, como si les avergonzara asociar al rey con tan espeluznante acontecimiento. De hecho, el temor a que lo sucedido en Verden terminara mancillando la piadosa imagen de Carlomagno, ha hecho que en determinados círculos se haya tratado de atribuir la masacre a la invención mítica. (Cosa que no hizo Heinrich Himmler, el cabecilla de las SS, ya que erigió un monumento a los sajones ejecutados.)

Carlomagno pudo haber optado por utilizar en Verden otras soluciones muy en boga. Contaba con varias alternativas: podía haber dado muerte a un cierto número de rebeldes, fundamentalmente a los más importantes, retenido a otros como rehenes, y vendido como esclavos a una buena parte, sin mencionar que también habría podido seguir la arraigada política de dispersar al resto por todos sus territorios, en una especie de exilio interno. Eginardo nos informa de que, durante las guerras contra los sajones, Carlomagno «deportó a unos diez mil hombres ... y los dispersó en pequeños grupos —junto con sus mujeres e hijos— por distintas zonas de la Galia y Germania».[12] Es posible que en Verden, frustrado por el estallido de un nuevo levantamiento y animado por las exhortaciones de unos cuantos clérigos sedientos de sangre, decidiera que aquellas medidas ya no resultaban válidas. Esta idea también podría haber actuado como

elemento favorable a la venganza, justificándola a sus propios ojos, pues es indudable que acariciaba esa posibilidad tras la grave y embarazosa derrota sufrida en Suntel. No se trataba de una motivación mezquina, sino de una disposición práctica: la derrota había puesto de manifiesto una tremenda flaqueza en la aparente capacidad de los francos para extender su poder; en ese sentido, el hecho de dar una respuesta que fuese al mismo tiempo una demostración de fuerza constituía un acto necesario para sacar de su error a los sajones y quitarles de la cabeza tan peligrosas ideas. Además, al matar a un número tan elevado de los que se habían levantado en armas contra él, realizaba asimismo un simple cálculo numérico: así serían unos cuantos miles menos los sajones dispuestos a luchar contra la expansión carolingia. No obstante, el hecho de que los nobles sajones se hubieran plegado tan fácilmente ante el ejército de Carlomagno y accedido a sus demandas, entregando a quienes habían combatido contra el rey franco, revela que sus anteriores demostraciones de fuerza ya habían resultado eficaces. La matanza parece haber sido consecuencia de una mezcla de factores de orden personal y político, ya que en la figura de los soberanos medievales se hallaban inextricablemente entrelazados ambos elementos, lo que significa que por un lado habría constituido una venganza por el humillante y costoso revés militar, y también, por otro, una palpable muestra de la política de terror que tan eficaz se revelaba para amedrentar al enemigo. Resulta notable que aquella cruda y espectacular lección pudiese tener tan pasajeros efectos. Al año siguiente, los sajones volvieron a tomar las armas. Y aún se tardarían dos décadas en subyugarles.

Waterford, 1170

Los actos bárbaros han venido salpicando las difíciles relaciones entre Gran Bretaña e Irlanda hasta finales del siglo xx. Y lo que señala el inicio de la colonización inglesa de Irlanda es justamente una atrocidad, un acto que presagiaba el arranque de una larga serie de brutales secuelas que han marcado el conflicto angloirlandés, en particular

durante los siglos de la conquista de los territorios fronterizos. En Irlanda, las guerras internas se desarrollaban con gran salvajismo y sin apenas cuartel. Cuando los caballeros ingleses irrumpieron a viva fuerza en el año 1170 dejaron interesadamente a un lado muchos de sus ideales caballerescos. En vez de aquellas elevadas intenciones lo que les acompañaba era más bien un violento complejo de superioridad, fomentado aún más por la propaganda de los autores ingleses del siglo XII, que justificaban a su conveniencia la civilizadora misión que les llevaba a aquellas tierras a luchar contra los ignorantes bárbaros de las tierras celtas.

Exactamente ocho siglos antes de que se produjeran los primeros «disturbios» en Irlanda del Norte, el rey Dermot de Leinster (Diarmuid Mac Murchadha) pidió a los soldados ingleses que penetraran en los territorios irlandeses y le proporcionaran ayuda en las guerras que allí se libraban. Los mercenarios cruzaron el mar de Irlanda, pero la intervención no se organizó, convirtiéndose así en una operación seria, hasta el desembarco de la expedición privada de Strongbow, que arribó a Irlanda en el año 1169. Ricardo Fitz Gilbert de Clare, conocido como «Strongbow» (o «Arco fuerte»), conde de Pembroke —acordó enviar tropas a Dermot con la condición de que el rey irlandés consintiese en entregarle la mano de su hija Aoife y le situara de este modo en el primer puesto de la línea sucesoria—. La estrella de Strongbow había perdido rápidamente gran parte de su brillo y ahora veía en la expedición a Irlanda una oportunidad para recuperar su posición política y económica. Los normandos ya habían creado sus propios reinos en Inglaterra y Sicilia, así que sus sucesores ingleses pensaron que tal vez les resultara posible hacer lo mismo en Irlanda. En el año 1169, Strongbow envió una avanzadilla a fin de preparar el terreno para la campaña que pensaba emprender al año siguiente. En la fuerza expedicionaria figuraban algunos aventureros venidos a menos que buscaban, como otros muchos hidalgos y segundones sin tierras, hacer dinero con la guerra, ya fuese en forma de botín, gracias al padrinazgo militar, o por medio de un matrimonio de conveniencia. Al describir este contingente, Gerardo de Gales señala que estaba compuesto por once caballeros y setenta arqueros. Según la estima-

ción de Gerardo, entre todos los miembros de la tropa destacaba su primo Raimundo Fitz William, apodado Raimundo el Gordo.

Nada más llegar se instalaron en Baginbun (cuya denominación irlandesa original era Dun Domhnaill), a seis kilómetros de Waterford, y construyeron un endeble e improvisado fuerte con barro y maderos rodeado de una zanja. El refugio hubo de terminarse a toda prisa, ya que los hombres de Waterford se les echaron muy pronto encima. Gerardo cifra sus huestes en unos tres mil hombres, repartidos en tres compañías, mientras que el autor de *The song of Dermot and the Earl* cuantifica su número entre los tres mil y los cuatro mil individuos, frente a no más de cien ingleses. Fuera cual fuese la auténtica cantidad, está claro que los efectivos irlandeses superaban notablemente a los ingleses. Éstos hicieron una salida, con la esperanza de que la conjunción de su carga de asalto, fuertemente armada, y la acción de los arqueros lograra rechazar a los irlandeses. Sin embargo, la superioridad numérica se llevó la palma y los ingleses se vieron obligados a replegarse al campamento. Una vez allí, se reagruparon y contraatacaron con tal éxito que los irlandeses se dieron a la fuga, y no pusieron fin a la orgía de muerte «más que al quedar exhaustos de tanto asestar mandobles».[13] Fue una notable victoria para tan pequeño contingente, y demostró que incluso un puñado de caballeros y arqueros profesionales podía resultar extremadamente eficaz. El cronista de la época, Gervasio de Cantorbery, apunta que a los irlandeses les resultó siempre imposible vencer a las tropas inglesas, inferiores en número pero provistas de mejores tácticas, además de ser más audaces y estar mejor preparadas.

Uno de los logros más importantes de este triunfo fue el apresamiento de setenta destacados personajes del bando irlandés, todos los cuales fueron cubiertos de grilletes y llevados al interior del campamento. Después, los ingleses sometieron a debate el destino de los prisioneros. Raimundo el Gordo consideraba que debía pedirse un rescate por ellos; Gerardo argumentó que podrían recibir una inmensa suma de dinero por sus cabezas, o que se les entregaría incluso la propia población de Waterford. Hervey de Montmorency insistió en que fueran pasados por las armas, y fue su parecer el que finalmente se

llevó a efecto. Pese a que concuerden en el número de cautivos ejecutados, tanto Gerardo como la *Song of Dermot and the Earl* difieren en el modo en que se realizó la matanza. Gerardo sostiene que murieron al ser arrojados desde lo alto de un acantilado, pero la *Song of Dermot* sugiere una alternativa más horrenda. El autor de esta antigua obra épica francesa dice que los cautivos fueron decapitados y que lo que se arrojó por el acantilado fueron sus torsos sin cabeza. Esta misma fuente afirma igualmente que la ejecutora fue Alicia de Abervenny (¿o Abergavenny?), cuyo amante había muerto en la batalla a manos de los irlandeses. Sin embargo, la *Song of Dermot* se contradice en cierta medida, puesto que también mantiene que los responsables de la venganza fueron los caballeros ingleses. De hecho, es muy improbable que una mujer partidaria del contingente acampado hubiese dispuesto de la fuerza y el temple necesarios para blandir un hacha y decapitar a setenta hombres y arrojar después sus cadáveres al mar. De haber algo de verdad en esta versión, quizá Alicia matase a uno o dos prisioneros como simbólica venganza.

La *Song of Dermot* explica claramente por qué efectuaron los normandos aquella ejecución en masa: querían hacer alarde de su fiereza y aterrorizar al enemigo:

> De los irlandeses se prendieron
> Tantos como setenta.
> Pero los nobles caballeros
> Los mandaron decapitar.
> A una moza dieron
> De templado acero un hacha
> Y de todos las cabezas segó
> Lanzando luego sus cuerpos al vacío.
> ...
> Para deshonrar al irlandés
> Hicieron esto los hidalgos
> Y los naturales de la isla
> Quedaron así desconcertados
> Y a su país regresaron
> Turbados y vencidos.[14]

La crónica que ofrece Gerardo de Gales en su *Conquest of Ireland* nos brinda una explicación mucho más interesante, presentada además en forma de un fascinante debate de tres páginas entre Raimundo y Hervey. Esto nos proporciona un inestimable vislumbre del dilema militar y moral que se planteaba en aquella época entre las medidas de gracia y los escarmientos despiadados; o entre los dictados del humanitarismo y las exigencias de la guerra. El discurso de Raimundo trata de casar razonadamente la clemencia con las consideraciones prácticas. Comienza con la ratificación de sus credenciales, avaladas por la intrepidez, y afirma que no insistiría en perdonar la vida de sus enemigos pero que lo que tiene delante son «oponentes vencidos», con lo que atribuye a los prisioneros la clara condición de civiles. Éstos merecen magnanimidad porque «no son ladrones, ni sediciosos ni traidores ni salteadores», simplemente «les hemos derrotado mientras defendían su país», lo que «¡sin duda es una honorable ocupación!». Raimundo argumenta que la piedad para con esos «semejantes» ofrecería a los irlandeses un mejor ejemplo que el de la crueldad, la tortura y la muerte, que no «nos traerán sino infamia y vergüenza, y dañarían considerablemente nuestra reputación». A continuación apela al lado menos sentimental de sus camaradas y argumenta que las muertes de los cautivos no favorece en realidad ningún objetivo militar, mientras que «su rescate ha de ser considerado mucho más ventajoso para nosotros ... porque aumentará la paga de los soldados y constituirá un ejemplo de noble conducta». Esta última razón es una advertencia tácita eminentemente sensata, puesto que supone un llamamiento al interés particular: si nosotros no matamos a sus hombres cuando les capturamos, quizá ellos tampoco nos eliminen a su vez si llegamos a caer en sus manos. Este tipo de consideraciones operarán como un auténtico elemento de moderación de los excesos bélicos, como veremos más adelante. Después, Raimundo termina su alegato con una exaltada descripción del fiero papel que desempeña el soldado en la batalla, actitud que contrasta a continuación con el humanitario comportamiento que tras ella ha de observar. (Al final de este libro puede encontrarse la cita íntegra de tan excepcional conclusión al discurso.)

La respuesta de Hervey es de corte más utilitarista, pues se muestra más directo y tradicional en su inventario de actitudes militares. No obstante, la simplicidad de sus planteamientos no debe hacernos perder de vista su notable impacto práctico. Ridiculiza la pusilánime postura de Raimundo: «¡Cómo si un país extranjero pudiera conquistarse mediante actos de clemencia en lugar de a hierro y fuego!». Hervey expone enérgicamente sus puntos de vista. Las razas enemigas no inspiran piedad, sino «más bien el deseo de verles doblar la cerviz en señal de sumisión, obligadas por el poderío de las armas y por el terror que les infunde la certeza de un cruel trato. Mientras los pueblos conserven su orgullo y su voluntad de rebelión han de emplearse todos los medios posibles para sojuzgarles y la clemencia debe pasar a un segundo plano». Acusa a Raimundo de actuar movido por una «compasión criminal» y de «estar resuelto a aumentar el número de enemigos». A continuación expone la cuestión práctica de la seguridad personal de modo más explícito que Raimundo: «Tenemos ahora en nuestro campamento a un mayor número de enemigos que de gentes de nuestro propio pueblo». De este modo, no sólo fuera del fuerte se hallaban por todas partes rodeados de peligro, sino también en su interior. «¿Qué ocurriría si estos hombres alcanzaran a liberarse ... y con un rápido movimiento se hicieran con nuestras armas?» Explotando los miedos de sus hombres, Hervey añade que de haber sido ellos los apresados, los irlandeses no les habrían dado cuartel. Concluye así con la clásica lógica militar medieval que se agazapa bajo la mayoría de las barbaridades cometidas en las acciones bélicas de la Edad Media; insta a los presentes a ejecutar a los prisioneros «para que las muertes de estos hombres inspiren temor a otros, y para que, gracias al escarmiento ejemplar que daremos con ellos, el anárquico y rebelde pueblo que se nos opone vacile en plantar cara a nuestras fuerzas en el futuro».

Como era de esperar, Hervey es quien se lleva el gato al agua: los experimentados soldados que le escuchan comprenden perfectamente bien el espantoso principio subyacente: el que conduce a la aplicación del terror. El mensaje que difunden las ejecuciones resulta inequívoco; y el autor de *The song of Dermot and the Earl* confirma

que los «desconcertados» irlandeses lo entendieron con toda claridad.

Hemos de cuestionar la absoluta exactitud de este cruce de argumentos, y reconocer asimismo los pasajes en los que sin duda alguna se cuelan las fabulaciones, aderezadas con las típicas alusiones a Julio César y a Alejandro Magno. Pero lo importante es que el texto revela que la mentalidad medieval no se centraba exclusiva e incansablemente en la universal predicación de la violencia. Ambos polemistas ofrecen argumentos prudentes y prácticos. El hecho de que Raimundo salga perdedor del contraste dialéctico no debilita automáticamente su tesis de que el fin de la autopreservación hace que merezca la pena mostrar clemencia: habrá ocasiones, en otros conflictos medievales, en que se consiga plantear con éxito esa misma defensa de la benignidad. Y la circunstancia de que se impusiera el parecer de Hervey no es más que un simple reflejo de la arraigada ortodoxia militar de la época. Gerardo de Gales establece claramente su propia posición: «Los vencedores, ateniéndose a un mal consejo, abusaron de su buena fortuna y dieron muestras de una deplorable e inhumana brutalidad».[15] Se ha sugerido que Gerardo guardaba rencor a Hervey, y que se valió de las acciones que éste había realizado en Waterford para incriminarle. Lo más frecuente era que los comentaristas políticamente neutrales, o partidarios de los soldados que protagonizaban su crónica, se mostraran bastante más conformes con acciones tan extremas; la palmaria crueldad de algunos jefes militares, como Enrique V, Ricardo Corazón de León, y un sinnúmero de reyes y generales, rara vez ha venido a desdorar en lo más mínimo su reputación de campeones de la caballería. No nos es posible saber qué habría sucedido en caso de que se hubiera atendido la exhortación de Raimundo; pero, el dictamen de Hervey no perjudicó a los ingleses: en 1171 Strongbow se convertía en rey de Leinster. Fue tal su éxito que Enrique II de Inglaterra creyó necesario organizar entre los años 1171 y 1172 una gran expedición a Irlanda con el fin de someterlo y de obligar a cuantos se acababan de afincar en Irlanda a doblegarse ante la corona inglesa.

Una vez más, el ejemplo que vamos a examinar se refiere a hechos ocurridos en las fronteras de la cristiandad, por entonces en plena expansión. En estas zonas cabía esperar que el choque de culturas y —como en Verden— de religiones, añadiera intensidad y crudeza a las guerras de conquista. Desde los tiempos de la toma de Jerusalén en 1099, tras la Primera Cruzada —episodio en el que los cronistas refieren con malicioso regocijo que la sangre de los aplastados habitantes de la ciudad llegaba a la altura de las rodillas a los cruzados—, las expediciones contra los infieles son notables por su desenfrenada entrega al salvajismo, horror cuyo principal responsable es el fanatismo religioso, instigador de los excesos bélicos que se perpetran en nombre de Dios —sean cruzadas o yihads—. Existe por ello la extendida creencia, vigente incluso en la actualidad, de que la religión es la causa de muchos de los conflictos del mundo, como podemos comprobar hoy en la guerra civil que libran los musulmanes chiíes y suníes en Irak. Sin embargo, lo cierto es que antes se sirve la política de la religión que ésta de aquella, verdad que prevalece incluso en una época tan remota como la de los tiempos en que la Fe presidía el mundo medieval. El fundamentalismo religioso no logra dar explicación suficiente a dos barbaridades tristemente célebres —aunque en muchos sentidos representativas— de la Tercera Cruzada. En los terribles acontecimientos de Hattin y Acre participaron dos figuras que se consideraban encarnación de la esencia misma del espíritu caballeresco: Ricardo Corazón de León y Saladino.

La victoria latina en la Primera Cruzada fue producto de una de las campañas militares más sobresalientes de toda la Edad Media. Sin embargo, no iba a ser una conquista fácil de conservar. La escasez de efectivos y la reorganización del enemigo islámico sometió a los contingentes cruzados a una enorme presión; y pese a que se formaran órdenes militares, como la de los célebres caballeros templarios y la de los hospitalarios, la ciudad de Edesa, situada al norte, se perdió en el año 1144. Esto puso en marcha la Segunda Cruzada entre los años 1146 y 1148, capitaneada por el rey francés Luis VII y

por el primer emperador alemán de la casa Hohenstaufen, Conrado III. Pese a que la cruzada palió una acuciante necesidad al llevar a la zona a un buen número de hombres (soldadesca, por cierto, que únicamente se mantuvo unida gracias a la disciplina impartida por los templarios), terminó ignominiosamente en Damasco, con muy pocos logros en su haber para tan enorme empresa.

Los campamentos de los cruzados se vieron así en situación vulnerable, y al entrar en escena Saladino, sultán que en el año 1186 consiguió unir bajo su mando a una gran mayoría de musulmanes, la posición de los cristianos se vio aún más comprometida. Merced a sus dotes diplomáticas, y gracias igualmente a su capacidad militar, Saladino efectuó importantes incursiones en los acantonamientos latinos y aisló a las guarniciones de los castillos, logrando en muchas ocasiones —debido a su reputación de triunfador clemente— que éstas se rindieran a él sin ofrecer resistencia. En el año 1187, tras haber perdido parte de su ímpetu por haberse visto aquejado de una grave enfermedad, Saladino invadió los campamentos latinos y basó su estrategia en buscar lo más posible el cuerpo a cuerpo con los cruzados. Varias eran las razones que le impulsaban a seguir esa táctica: le resultaba difícil mantener a sus huestes sobre el terreno durante largos períodos de tiempo; pocos meses antes, en mayo de aquel mismo año, los cruzados se habían visto debilitados, ya que habían sufrido muchas bajas —situación que había afectado de forma particularmente grave a las órdenes militares—, y es muy posible que Saladino quisiera aprovechar esa circunstancia; y por último, la estrategia de fondo de los cruzados, consistente en dejar avanzar a los musulmanes, para hostigarles después en una guerra de desgaste y refugiarse acto seguido en las formidables fortificaciones de sus castillos, hacía que a Saladino le resultase muy complicado pensar en la obtención de una victoria decisiva. A principios de julio, y con la intención de obligar a los cruzados a salir a campo abierto, Saladino asedió y conquistó la población de Tiberíades, en el este de Galilea, aunque permitió que su ciudadela continuara ofreciendo resistencia. Por lo general, los ejércitos que ponían cerco a una plaza se sentían expuestos a la eventualidad de quedar atrapados entre dos fuegos en

caso de que llegara un contingente de refuerzo y los dejara encerrados entre sus lanzas y las de la guarnición. Sin embargo, en esta ocasión ésa era justamente la esperanza que Saladino quería despertar en los cruzados, y a ese fin desplegó sus fuerzas para armar la trampa. Los cabecillas de las fuerzas cruzadas se enzarzaron en un feroz debate sin resolverse a tomar uno u otro partido. El conde Raimundo de Trípoli, cuya esposa se hallaba en la ciudadela de Tiberíades, desaconsejó de hecho el envío de una tropa de auxilio, pues su astucia le hacía recelar que ésa era exactamente la reacción que Saladino trataba de provocar. No obstante, se le insultó, se dijo que le faltaba vigor y se puso en cuestión su lealtad. Los halcones ganaron la partida y los cruzados mordieron el anzuelo. De este modo, partió casi inmediatamente, en dirección a la ciudad sitiada, un ejército de socorro al mando del rey Guido de Jerusalén.

Guido había dejado sin efectivos las guarniciones de sus fortalezas para reunir su tropa de campaña. No le había quedado otro remedio. Pese a las generosas estimaciones que le conceden un número de hombres situado en torno a los mil doscientos caballeros, tal vez cuatro mil jinetes de caballería ligera, y cerca de quince mil infantes, el rey tenía que hacer frente a una fuerza musulmana un 50 por 100 superior a la suya. El ejército se aproximó a Tiberíades en la tradicional formación de batalla: el conde Raimundo se hallaba a cargo de la vanguardia; Balián de Ibelín capitaneaba a los hospitalarios y a los templarios en la retaguardia; y en el centro se encontraba el célebre Reinaldo de Châtillon junto con el rey Guido y la Vera Cruz, la más sagrada de las reliquias, pues se creía que se trataba del madero mismo en el que Cristo había sido crucificado. Antes de que pudieran alcanzar el lago Tiberíades y su cuenca principal, en los días 3 y 4 de julio, Saladino presentó batalla entre las colinas conocidas como Cuernos de Hattin.

El choque iba a ser uno de los más decisivos de todo el período cruzado. Durante la noche, el ejército de Saladino hostigó al campamento cruzado. En una carta escrita tras la batalla, Saladino sostiene haber «encendido un fuego para que lo viera [el enemigo], azuzándolo después para que desprendiera muchas chispas y le recordara lo

que Dios le tenía preparado en el otro mundo. Más adelante sería en la contienda donde saltaran las centellas, dado que habrían de atormentarle los ardores de la sed».[16] Dada la escasez de agua, el humo habría venido a agudizar aún más la ya acuciante sed que debían sentir tanto hombres como caballos, debilitándolos y minando su moral antes de que se desencadenaran en toda su crudeza las hostilidades. Y a pesar de que seis caballeros y unos cuantos alguaciles se pasaron al bando de Saladino, el efecto en la infantería tuvo, como veremos en un instante, un carácter más decisivo. Gracias al lago, el ejército de Saladino contaba con un buen suministro de agua, llevada por una caravana de camellos hasta unos depósitos construidos al efecto. La constante lluvia de flechas que caía sobre los cruzados contribuyó a desanimarles aún más. El 4 de julio, la vanguardia trató de abrirse paso hasta el lago a punta de lanza, pero su avance fue rápidamente bloqueado. El ejército entero se vio sometido a un intenso acoso. En la división central, el rey Guido escuchaba las desesperadas demandas de auxilio de su vanguardia y de su retaguardia.

Conocido por su talante irresoluto, Guido decidió socorrer en primer lugar a Raimundo, que había calculado que bastaría el empuje coordinado de dos divisiones para romper las filas musulmanas y alcanzar así las vitales aguas del lago. Sin embargo, Guido cambió de parecer y tomó la fatídica decisión de retroceder para prestar ayuda a Balián y a las órdenes militares. Ya lo hiciera por propia iniciativa o siguiendo los mandatos del rey, Raimundo encabezó una carga de caballería que se precipitó colina abajo en un drástico intento de perforar las líneas enemigas. Los musulmanes que les interrumpían el paso simplemente se hicieron a un lado y dejaron pasar a los caballeros, para lanzar acto seguido un feroz ataque por la retaguardia y los flancos. Cerraron así el pasillo abierto tras los cruzados, dejándoles totalmente separados del grueso del ejército e incapacitados, debido a las bajas y a la fatiga, de lanzar un asalto contra la pendiente de la loma. Raimundo no tuvo más remedio que ingeniárselas para huir como pudo, y, acompañado por una docena de caballeros, abandonó el escenario de la refriega. Debido a esta acción, muchos cronistas le denigraron, considerándole un traidor.

Una vez se hubo abierto paso a espada hasta la retaguardia, Guido ordenó a sus hombres que prosiguieran la ofensiva. Cuando las repetidas cargas de caballería reventaron las monturas de los combatientes y los arqueros musulmanes hubieron hecho mella en los caballos de guerra, los cristianos continuaron el ataque a pie. Unos cuantos infantes se unieron a los jinetes desmontados, pero la mayoría buscó refugio en uno de los Cuernos, desoyendo los llamamientos del rey, que les instaba a proteger la Vera Cruz; los soldados contestaron al monarca que estaban muertos de sed y que no iban a seguir luchando. Al replegarse colina arriba les fue arrebatada la reliquia. Las fuerzas musulmanas concentraron sus ataques en la posición que ocupaba el rey Guido, pero Balián logró escapar con parte de la retaguardia. Exhaustos, rodeados y sedientos, los cruzados restantes depusieron las armas y se rindieron.

Fue una terrible derrota. Pese a que Raimundo y Balián hubieran huido, casi todos los cabecillas del bando cruzado resultaron apresados, entre otros, Reinaldo de Châtillon, los maestros del Temple, los hospitalarios y hasta el propio rey. Como de costumbre, la infantería sufrió las peores pérdidas, pero aún así, un gran número de infantes se las arreglaron para escapar. Pese a la intensidad y la furia del choque, la cifra de caballeros fallecidos en combate había sido relativamente baja —lo que da fe de la eficacia de su armadura, protección que les había valido ser conocidos como «hombres de hierro» entre los musulmanes, como ya hemos dicho—. No obstante, el verdadero baño de sangre aún estaba por llegar.

Las primeras víctimas debieron de ser los turcoples: al haber renegado del islam, lo más probable es que los degollaran *in situ*. Los cruzados más eminentes merecían otro trato. Saladino ordenó que el rey Guido y Reinaldo fueran llevados a su tienda. Se ofreció al rey agua perfumada: según las costumbres árabes, el prisionero podía considerarse a salvo si sus captores le ofrecían comida o bebida. Guido pasó la bebida a Reinaldo, ante lo cual Saladino indicó a su intérprete: «Dí esto al rey: "Tú eres quien le da de beber. Yo no le he ofrecido bebida alguna"».[17] Saladino había jurado tiempo atrás que mataría a Reinaldo. Hacía ya mucho que éste venía siendo una espina

en el flanco del soberano musulmán. Atrincherado en su castillo de la poderosa y célebre fortaleza de Kerak, había hecho caso omiso de las treguas, rapiñado en las rutas comerciales musulmanas y causado molestias a Saladino de muy diversos modos: en el año 1186 apresó a la hermana del sultán cuando ésta viajaba en una caravana que se había atrevido a pasar provocativamente cerca del baluarte de Reinaldo; en 1182 había decidido atacar La Meca, lo que había perjudicado gravemente el prestigio de Saladino como protector de los santos lugares del islam; y en la mayoría de sus encuentros, el despiadado aventurero le había dejado en evidencia. Según Ibn Shaddad, en Hattin se ofreció a Reinaldo la posibilidad de convertirse al islam. Reinaldo se negó: ya había estado preso de los musulmanes durante diecisiete años, entre 1160 y 1176, y en ese plazo había ido concibiendo el más absoluto de los desprecios hacia sus enemigos. Según un cronista latino, en vez de aceptar la oferta, lo que hizo Reinaldo fue hacer gala de la vehemente arrogancia e insolencia que le eran habituales. A la vista de ese comportamiento, Saladino tomó una espada y le asestó un golpe en el hombro, cercenándole el brazo. Después, los guardias le sacaron a rastras de la tienda y le decapitaron. Saladino mojó los dedos en la sangre de Reinaldo y se roció con ella la cabeza, como reconocimiento simbólico de que se había cobrado venganza. Hecho esto, tranquilizó al rey Guido —que temblaba de miedo ante lo que acababa de ocurrirle a Reinaldo—, diciéndole que su seguridad estaba garantizada. Más tarde, la cabeza de Reinaldo sería arrastrada por las calles de Damasco. Saladino tenía justas razones para ejecutar a Reinaldo, pero eran varios los motivos que le habían llevado a hacerlo: no se trataba únicamente de que deseara vengarse por los reveses que le había causado, también quería eliminar de una vez por todas a un enemigo eficaz y por consiguiente peligroso.

Los prisioneros enemigos eran tan numerosos que los testigos presenciales afirman haber visto cómo sus captores los conducían por cordadas de treinta. El exceso de oferta, muy superior a la demanda, redujo drásticamente su valor como esclavos: su precio había descendido ahora a tres dinares —en una ocasión se llegó a cambiar a un cautivo por un simple zapato—. No obstante, un grupo de pre-

sos logró conservar su valor económico: el de los templarios y los hospitalarios. Esta circunstancia determinó que Saladino cambiara de opinión respecto a la suerte reservada a los belicosos monjes de las órdenes militares, cuyo número total ascendía a doscientos cuarenta individuos. En lugar de mantenerlos cautivos o de venderlos como esclavos había que matarlos. Se publicó el edicto con la orden de ejecución, en la que Saladino indicaba que estaba dispuesto a compensar a todo aquel que le entregase a un templario o a un hospitalario con cincuenta dinares por infiel. Los prisioneros fueron llegando ante el sultán. Sólo la conversión al islam podía salvarles la vida. Pese al fervor ideológico de los miembros de esas órdenes unos cuantos aceptaron el trato. La horripilante tarea de dar muerte a los reos se dejó en manos de verdugos aficionados. Imad al-Din refiere gráfica y jubilosamente lo sucedido:

> [Saladino] ordenó que se les decapitara, pues prefería hacerlos desaparecer a mantenerlos en prisión. Le secundaban todo un conjunto de eruditos y sufíes, así como un cierto número de hombres piadosos y de ascetas; todos ellos suplicaban que se les permitiera acabar con la vida de uno de los presos, y al decirlo desenvainaban la espada y se arremangaban, prestos a la faena. Saladino, radiante el rostro, permanecía sentado en su estrado; los infieles mostraban la más negra desesperación ... Algunos asestaron golpes y tajos limpios, y se les agradeció el gesto; otros se echaron atrás y fueron incapaces de cumplir, pero encontraron quien les sustituyera. Llegué a ver incluso a un hombre que reía con desprecio mientras blandía la espada ... ¡cuántos elogios recibió, cuán eterna la recompensa que le aseguró la sangre por él derramada, cuántas obras piadosas caían en su haber con cada cuello cercenado![18]

Así lo dejaría escrito Saladino en una carta: «No sobrevivió ni un solo templario. Fue un día venturoso».[19]

Un cronista latino nos brinda una versión diferente, de ecos igualmente religiosos, en la que los caballeros aparecen como resueltos mártires cristianos que «ofrecían dichosos la cerviz al matarife».[20] Según este autor, un templario particularmente fanático llamado Nicolás, posiblemente medio enloquecido por el temor a su inmi-

nente muerte, habría hablado de hecho con otros caballeros, convenciéndoles de que se hicieran tonsurar como los templarios, con lo que sellaban su destino, aunque como mártires. Después se habría producido un tumulto, ya que todos deseaban ser los primeros en sucumbir ejecutados, pero sería Nicolás quien alcanzara «la dicha de ser el primer mártir».[21] Como último ultraje se negó sepultura a las víctimas.

Ambos relatos resaltan la dimensión religiosa de la degollina, ya que tanto los condenados como los verdugos actuaban a mayor gloria de Dios, aunque en función de sus correspondientes ópticas. Saladino basa la explicación de sus acciones en la voluntad de limpiar de infieles el país. No obstante, cualquier enfoque que se centre exclusivamente en este aspecto plantea problemas. Para empezar, las indulgencias que se concedían a los cruzados ya se ocupaban de las necesidades espirituales de los cristianos ante la muerte: la tonsura no era en modo alguno un requisito previo para el martirio. Y está claro que el papel que desempeñan los «hombres piadosos» en la matanza ha sido concebido para conferir a la barbarie un fundamento espiritual, dejando al mismo tiempo sentada la idea de que Saladino era un soldado de Dios. No es fácil determinar cuáles pudieron haber sido las razones explícitas que indujeron a Saladino a apresar a los templarios y a los hospitalarios y a decidir dos días más tarde aniquilarlos. Un historiador moderno ha sostenido que Saladino no tenía elección: en su calidad de monjes, los caballeros de las órdenes militares no iban a apostatar fácilmente (aunque algunos sí lo hicieran); y en tanto que miembros de una comunidad religiosa nadie habría de pagar rescate por ellos. Sin embargo, esto no significa que hubiera que matarlos, ya que podía optarse por encarcelarlos, venderlos como esclavos o intercambiarlos por otros prisioneros. En 1157, Beltrán de Blancfort, gran maestre del Temple, fue capturado por las fuerzas musulmanas y puesto en libertad dos años después. En 1179, otro gran maestre, Odón de Saint-Amaund, cayó en manos de Saladino, pero no fue ejecutado, sino que murió en prisión. Su cadáver fue entregado a cambio de un caudillo musulmán que se hallaba en poder de los cruzados. Y en Hattin también volvió a perdonarse la vida a

otro gran maestre: antes de que transcurriera un año desde su captura, Gerardo de Ridefort recobró la libertad (igual que el rey). Las consideraciones de índole política, económica y militar prevalecían sobre las de naturaleza religiosa.

En ambos bandos, la propaganda pintaba a los paganos e infieles de la peor forma posible: como perros condenados al infierno. Y sin embargo, tanto uno como otro contendiente eran capaces de acordar treguas amistosas y de alcanzar pactos que les resultaran mutuamente ventajosos. La célebre cortesía con que se trataban Saladino y Ricardo Corazón de León tuvo imitadores en distintos planos de la jerarquía militar presente en Tierra Santa. Balián de Ibelín, capitán de la retaguardia del contingente de Hattin, era amigo personal de Saladino. Incluso el implacable Reinaldo de Châtillon participaba en los tratados que se hacían con los musulmanes cuando le convenía. El tiempo que pasó en prisión el conde Raimundo de Trípoli (ocho años en Alepo) le permitió comprender mejor el islam y terminó respetando a sus captores. Pero el entendimiento interesado no se detenía en la concertación de treguas: los musulmanes podían aliarse con los cristianos para combatir a otros musulmanes, del mismo modo que los cristianos también se unían a los sarracenos para luchar contra otros seguidores de Cristo. Por limitarnos a un único ejemplo relevante: sólo dos años antes de la batalla de Hattin, Raimundo de Trípoli se había aliado con Saladino, y nada menos que para combatir al rey de Jerusalén, Guido de Lusignan. Dos meses antes del choque, y por un breve período de tiempo, Raimundo llegó a conceder a Saladino permiso para atravesar sus tierras al frente del ejército musulmán a fin de que el Sultán pudiese atacar al rey de Jerusalén. En la mayoría de sus aspectos, el modo en que se libraba la guerra en Oriente Próximo apenas se diferenciaba de la forma en que se desarrollaba en Occidente: las incesantes alianzas reflejaban la variabilidad de las potenciales ventajas políticas en juego. De vez en cuando se hacía alarde de rigor en la observancia de los principios, pero rara vez se los anteponía al aprovechamiento de las oportunidades prácticas.

En el caso de Saladino, como ya hemos señalado más arriba, hay historiadores que opinan que lo que reveló ser un activo militar no

fue tanto su fiereza como su magnanimidad: podía confiarse en que tratara con clemencia a sus prisioneros, lo que animaba a una rápida capitulación. Sin embargo, como cualquier general de la Edad Media, Saladino no era ajeno a la adopción de implacables medidas bélicas, y a menudo puso fin a la vida de los cautivos, ya fuesen éstos militares o civiles, y a veces lo hizo incluso después de haber prometido mostrarse indulgente. Las acciones que llevó a cabo en el año 1179 en Bait al-Ahzan, justo al norte del Mar de Galilea, resultan instructivas. En esta ocasión, cuando el castillo de los cruzados estaba a punto de caer, los cristianos pidieron cuartel, pero no lo obtuvieron. Esto no quiere decir que se matara a todos los miembros de la guarnición —es posible que la mitad fueran hechos prisioneros—, sino que no se concedió ninguna garantía de indemnidad a los derrotados defensores de la plaza. Un cronista árabe refiere que, a pesar de que en muchos casos se mataba indiscriminadamente a los cruzados, Saladino había dado en esta ocasión órdenes directas de que se ejecutara específicamente a los ballesteros del fortín. Era un reconocimiento a la eficacia de los artilleros: éstos habían causado tantas víctimas que se habían granjeado la particular enemistad de los musulmanes. Habría sido igualmente posible neutralizar a aquellos hombres encerrándolos en mazmorras o reduciéndolos a la esclavitud, así que da la impresión de que al matarlos se trataba de enviar un mensaje desmoralizador a quienes se propusieran reemplazarlos. También existe la posibilidad de que su muerte sirviera para aplacar la sed de venganza de las tropas musulmanas, furiosas por sus camaradas caídos; en general, es probable que la clemencia no fuera del agrado de la soldadesca victoriosa.

Estas son las razones que pueden explicar con mayor verosimilitud el por qué de las ejecuciones ordenadas tras la batalla de Hattin: por un lado, la voluntad de vengarse de los más eficaces combatientes cruzados, que se habían mostrado crueles, brutales y despiadados en su choque con los musulmanes; por otro, el deseo no sólo de dar una lección a las órdenes militares, sino de lanzar una advertencia a todo aquel que estuviera acariciando la idea de sumarse a ellas, dificultando así el reclutamiento de nuevos efectivos. En esto, Saladino

no hacía más que atenerse a los precedentes: los templarios apresados en el año 1153 tras abrir brecha las tropas sarracenas en la plaza de Ascalón habían sido decapitados; sus cabezas se enviaron como trofeo a El Cairo y los cuerpos se abandonaron para que la guarnición pudiese decorar los muros con ellos, en un horrendo gesto de desafío. En su crónica de los hechos de Hattin, el autor de *The Rare and Excellent History of Saladin* no menciona la oferta de conversión que se habría hecho a los templarios y los hospitalarios. En lugar de ese episodio, el comentarista afirma escuetamente que Saladino no tomó a la ligera la decisión de ejecutarlos: «Y en cuanto a los oficiales de los hospitalarios y los templarios, el sultán optó por quitarles la vida, matándolos a todos sin excepción».[22] Saladino era consciente de que la escasez de efectivos era una de las preocupaciones primordiales de los cruzados. Tras haber eliminado dos meses antes de la batalla de Hattin a unos sesenta templarios en el choque de Seforia, y al hacer desaparecer a otros doscientos treinta ahora, Saladino asestaba un duro golpe a la solidez de las órdenes militares, animando además a sus propias huestes, pues aplastaba a sus más feroces oponentes. La más plausible explicación de la masacre es la que expone un cronista cristiano: Saladino «decidió exterminarlos porque sabía que en la batalla superaban a todos los demás combatientes».[23] Para Saladino, los caballeros —a diferencia de los grandes maestres— valían más muertos que vivos.

Después de la batalla de Hattin, el contingente cruzado quedó poco menos que desarbolado. A finales de ese mismo año, sólo continuaban resistiendo las poblaciones costeras de Trípoli, Antioquía y Tiro, junto con unos cuantos castillos. El golpe de gracia llegó a principios de octubre con la pérdida de Jerusalén, la más dulce de las recompensas por la victoria de Hattin y la mayor victoria de Saladino. El sultán había salido triunfante, mientras que la cristiandad permanecía consternada tras la pérdida de la ciudad santa. Aquello hizo que se lanzara el llamamiento que terminaría desembocando en la Tercera Cruzada.

El acontecimiento más importante de la Tercera Cruzada fue el asedio de Acre, entre los años 1189 y 1191. La ciudad, que era el prin-

cipal puerto del reino de Jerusalén, había sufrido inicialmente el asedio del rey Guido de Lusignan, pese a que éste hubiera prometido a Saladino que no habría de tomar las armas contra él si le dejaba en libertad. Durante el largo proceso de instalación del cerco, Saladino acampó con su ejército en las inmediaciones, incapaz de quitarse de encima a los cruzados o de romper las líneas del bloqueo. En tanto no llegaron —en abril y junio de 1191, respectivamente— el rey Felipe II de Francia y Ricardo Corazón de León, máximos adalides de la Tercera Cruzada, no pudo deshacerse el punto muerto. Los cristianos repelieron exitosamente los repetidos ataques que lanzó Saladino con sus tropas de campaña, y los defensores de Acre quedaron aislados. A mediados de julio, la sostenida acción de la artillería, unida a las operaciones de zapa, puso fin al cerco. Temerosos de caer víctimas del inminente asalto a la ciudad y ser pasados a espada, los integrantes de la guarnición llegaron a un acuerdo y se rindieron pensando que se les habría de perdonar la vida. Los cruzados decapitaron a dos mil seiscientas personas.

En un capítulo dedicado a las batallas es obligado pasar por alto los trágicos detalles de este épico asedio. Sin embargo, al ser también un apartado dedicado a las matanzas de prisioneros, y por tanto al asesinato de civiles, no podemos dejar sin examen el episodio de Acre. Y es que el destino de los prisioneros musulmanes no se decidió en el momento en que capituló la plaza, sino transcurrido más de un mes desde el final del asedio. Además, lo ocurrido en Acre es el lance más notable de la Tercera Cruzada y se considera uno de los más negros sucesos de todo el período cruzado. Aún así, es preciso verlo en parte a la luz de los hechos acaecidos cuatro años antes en la batalla de Hattin.

> El día 20 de agosto, casi seis semanas después de la rendición de Acre, Ricardo salió de la ciudad, acompañado por los prisioneros musulmanes, y se alejó a cierta distancia de los muros del fortín, hasta llegar a una llanura próxima. Baha al-Din, panegirista de Saladino y autor de una crónica sumamente pormenorizada del asedio, nos cuenta lo que sucedió a continuación. Ricardo selló un pacto traicionero con los cautivos musulmanes. Había llegado a un acuerdo con ellos y éstos ha-

bían rendido la ciudad con la condición de que en ningún caso debían temer por sus vidas. Además habían dispuesto que si el sultán entregaba lo convenido, Ricardo les pondría en libertad, junto con sus pertenencias, hijos y mujeres, y que en caso de que el sultán se negara, les reduciría a esclavos, reteniéndolos cautivos. El maldito les había engañado, y ahora descubría lo que ocultaba su pecho ... Él, junto con la totalidad de sus fuerzas francas ... se presentó en los pozos que hay al pie de la colina de al-Ayyadiyya ... y después se trasladó al centro de la llanura ... Entonces el enemigo sacó, sujetos con cuerdas, a los prisioneros musulmanes a quienes Dios había destinado al martirio —unos tres mil—. Una vez allí, cargaron contra ellos como un solo hombre y a cuchilladas y mandobles de espada los mataron a sangre fría, contemplados por la vanguardia musulmana, que no sabía a qué atenerse, puesto que se hallaba a cierta distancia de ellos.[24]

La magnitud de la matanza es comparable a la de Verden. Para los musulmanes, fue un día de infamia de resonancia histórica. Cuando Acre caiga en manos de los sarracenos en el año 1291, éstos dispensarán el mismo trato a la guarnición cruzada, y hay un cronista que justifica la matanza resultante diciendo que se trata de una venganza por las acciones perpetradas, exactamente un siglo antes, por los cristianos:

Dios todopoderoso permitió que los musulmanes reconquistaran Acre el mismo día y a la misma hora en que los francos se la habían arrebatado: los cristianos habían prometido respetar la vida de los musulmanes, pero después les mataron traicioneramente ... El sultán dio su palabra a los francos y luego los mandó degollar, haciéndoles lo mismo que antes hicieran ellos a los musulmanes. Y así Dios todopoderoso se vengó en sus descendientes.[25]

Los términos de la rendición de Acre en 1191 estipulaban que todos los habitantes de la ciudad serían perdonados a cambio de la devolución de mil quinientos prisioneros, un jugosísimo rescate de doscientos mil dinares, y la restitución de la Vera Cruz; quedó asimismo acordado que los detalles de menor entidad se determinarían posteriormente, mediante las oportunas negociaciones con Saladi-

no. (El cronista Rogelio de Howden sostiene que muchos musulmanes recobraron la libertad tras haber sido bautizados en la fe cristiana; sin embargo, los reyes Felipe y Ricardo pusieron fin a las conversiones, ya que muchos de los que se habían acogido a ellas se reincorporaban después al ejército de Saladino.) El sultán, acosado por las necesidades económicas provocadas por sus últimos años de campaña, hizo todo lo posible por atender rápidamente las condiciones marcadas; en cualquier caso, ofreció realizar una primera entrega de prisioneros, junto con la Vera Cruz y la mitad del dinero, el día 11 de agosto. Cuando llegó el día señalado, Saladino empezó a dar largas, e insistió en fijar el acuerdo sobre nuevas bases: pedía la libertad de todos los prisioneros musulmanes, y además Ricardo debería aceptar quedar en posesión de un cierto número de rehenes en tanto no pudiera satisfacerse la totalidad del rescate; de no ser posible, Ricardo debería ofrecer rehenes a Saladino hasta que llegara el resto del dinero. La propuesta fue rechazada y entonces Saladino se negó a reconocer validez al pacto inicial. En palabras de John Gillingam, la principal autoridad académica sobre Ricardo I: «Ninguno de los dos bandos confiaba en el otro y de este modo ambos buscaban la obtención de unas garantías que su oponente no estaba dispuesto a dar».[26] Las discusiones y los roces —e incluso los intercambios de regalos— prosiguieron hasta el día de la ejecución.

Saladino puso deliberadamente en una situación difícil a Ricardo, y explotó las circunstancias a fin de obstaculizar el avance de la cruzada. Los cronistas de la época se expresan en los siguientes términos: «El rey Ricardo sabía con certeza y comprendía, sin albergar la menor duda, que en realidad lo único que intentaba Saladino era distraerle»; y el sultán «adoptó la costumbre de enviar dádivas y mensajeros al rey, ganando tiempo con astutas y engañosas palabras ... Lo que se proponía era tener al soberano esperando un largo período, valiéndose para ello de una multitud de sutilezas y ambigüedades».[27] Las fuerzas de Ricardo estaban listas para avanzar hacia el sur; cuanto más tiempo permanecieran en Acre, tanto mayor plazo estarían concediendo a Saladino para preparar la expedición, y tanto más forzados se verían ellos mismos a consumir sus recursos.

Dichos víveres habrían menguado aún más de haber tenido que seguir alimentando al conjunto de los prisioneros. Saladino había devastado la región que circundaba Acre, así que el suministro de provisiones era ya notablemente limitado. Tras haber obtenido una importantísima victoria en Acre, la moral de los cruzados era alta. Sin embargo, los estómagos vacíos amenazaban con agriar rápidamente el ánimo triunfal, especialmente si se veían obligados a compartir la comida con sus enemigos musulmanes. El autor que continúa la crónica de Guillermo de Tiro explica de hecho las acciones de Ricardo en Acre como un gesto destinado a reforzar la moral: al ver que Saladino no se presentaba con la Vera Cruz en el día señalado para el intercambio y que los cruzados quedaban por ello sumamente alterados y afligidos, Ricardo sintió lástima y calmó los ánimos ordenando la ejecución de los prisioneros.

Hay que tener en cuenta asimismo el muy real problema que planteaba la custodia de tan elevado número de cautivos. Ricardo necesitaba contar con la mayor cantidad posible de soldados para poder llevar a cabo la campaña: no podía permitirse el lujo de dejar tras de sí un importante contingente de hombres con el solo objeto de garantizar la vigilancia apropiada. Seguramente, los templarios debieron de referir a Ricardo alguno de los relatos que circulaban desde los tiempos de la Segunda Cruzada: en ellos se decía que se habían dado casos en que grandes grupos de presos habían arrollado a la guardia que los mantenía cautivos. Ésa misma había sido la preocupación de los ingleses en Wexford, y uno de los argumentos que había esgrimido Hervey de Montmorency para acabar con los prisioneros irlandeses. Un cronista árabe apunta lo siguiente a modo de explicación de las ejecuciones: «El rey de Inglaterra había decidido marchar sobre Ascalón y conquistarla, y no quería dejar tras él, en la ciudad, un gran número de soldados enemigos».[28]

Estas consideraciones tuvieron la entidad suficiente para que Ricardo renunciara a la enorme suma del rescate, cuyo valor menguaba de día en día debido al coste económico de alimentar y custodiar a los prisioneros, sin contar con el grave precio estratégico que suponía la pérdida del empuje inicial. Una de sus opciones era liberar a los

prisioneros tras el pago de la mitad de la cantidad acordada —que seguía suponiendo una cifra significativa—. Sin embargo, como señala Gillingham, esto habría implicado perder la cara, ya que se habría juzgado que Saladino había logrado engatusarle. Ricardo lo había sopesado todo: no tomó una decisión apresurada, vengativa o dictada por un arrebato temperamental, como pretenden algunos historiadores en su afán de condenarle.

De hecho, Ricardo había convocado una reunión a fin de debatir sobre el partido que convenía tomar: como nos dice el escritor Ambrosio, un versificador contemporáneo de los hechos, «se estudió [el asunto] en un consejo al que acudieron todos los grandes hombres. Se decidió matar a la mayoría de los sarracenos y conservar a los demás, a los de noble cuna, a fin de redimir de este modo a algunos de sus propios rehenes ... Decidieron asimismo no seguir esperando y no perder más tiempo por ningún motivo, y que había que decapitar a los rehenes».[29] Tras evaluar con frío cálculo el atolladero en el que se hallaba, y no habiendo sacado ninguna ventaja política ni económica de la situación (por medio del intercambio de prisioneros y del cobro de rescates), Ricardo tomó la decisión final basándose en las prioridades militares —la necesidad de seguir avanzando— y aprovechó la ocasión para acrecentar su primacía militar y enviar un mensaje de terror a la resistencia musulmana.

Las ejecuciones —como es habitual en las escenificaciones de violencia del mundo medieval— se efectuaron «lo suficientemente cerca de los sarracenos como para que éstos pudieran apreciar bien lo que estaba ocurriendo».[30] La demostración fue concebida para aterrorizar al enemigo y socavar su voluntad de oponerse al rey cruzado. Y lo cierto es que tuvo un considerable impacto. Los cronistas, tanto latinos como árabes, dan fe de que Saladino, temeroso de otro Acre, desalojó Ascalón —la primera ciudad a la que se dirigiría la campaña de los cruzados— y la destruyó: era consciente de que sería difícil que cualquier guarnición se aviniera a aguantar a pie firme sabiendo lo que les había ocurrido a sus camaradas tras defender Acre. Una tras otra, las ciudades fueron rindiéndose a Ricardo sin presentar batalla: si Saladino no había logrado salvar a los defensores de Acre, era

1. Tortura de unos cautivos. La librea que luce el soldado es la de Guillermo Marshal, a quien muchos de sus coetáneos, y no pocos historiadores, consideran epítome de la caballería. (Manuscrito de Mateo de París, siglo XIII.) (*Director y miembros del Corpus Christi College, Cambridge.*)

2. Soldados turcos dedicados a torturar, matar y devorar prisioneros. Aunque estos dibujos pretendían demonizar al enemigo, su fundamento era frecuentemente real. (Manuscrito de Mateo de París, siglo XIII.) (*Director y miembros del Corpus Christi College, Cambridge.*)

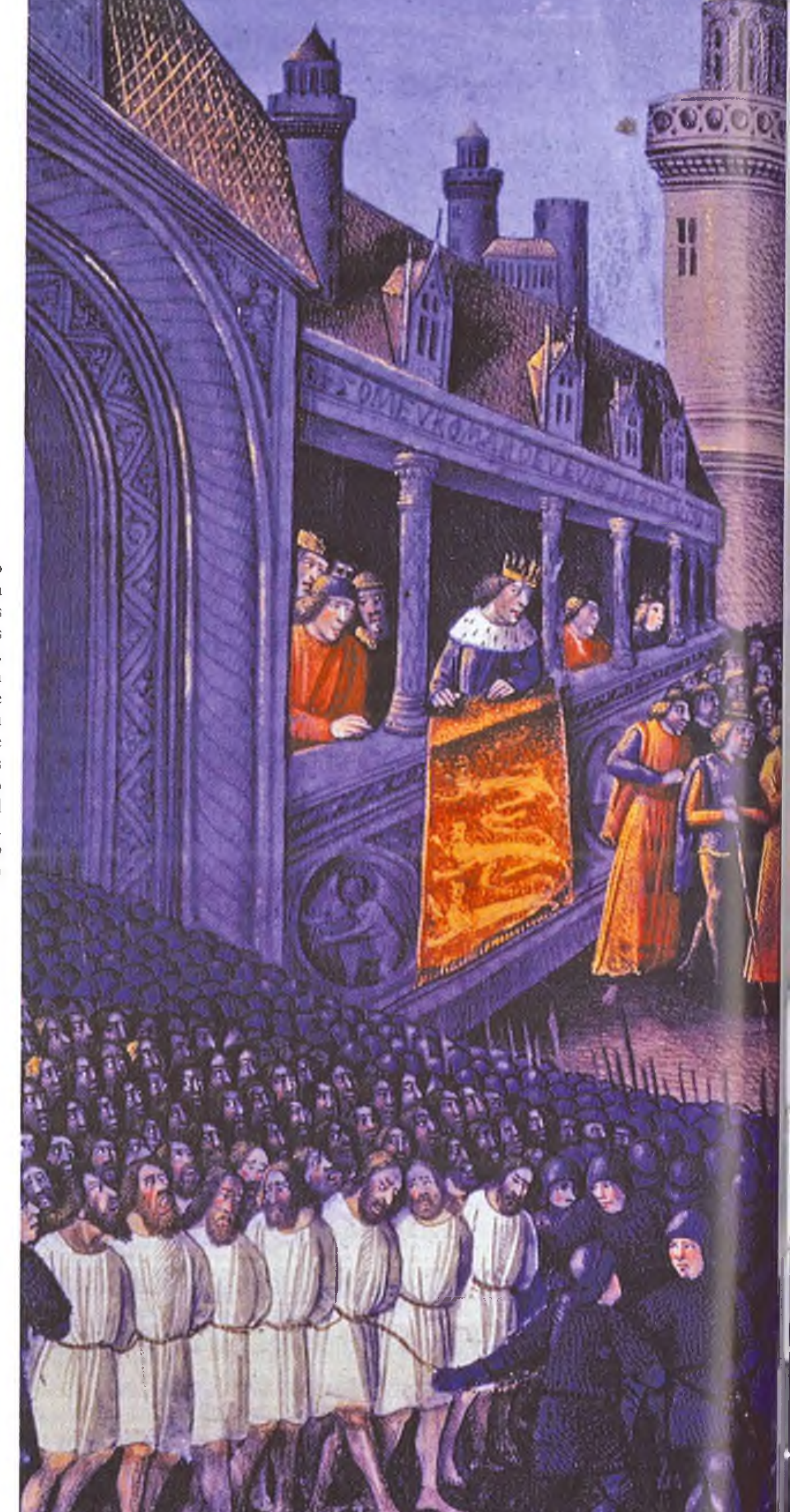


3. Ejecución de Hugo Despenser en 1326. Las autoridades se servían de los ajusticiamientos públicos como elemento disuasorio, aunque también para satisfacer la demanda popular de cumplimiento de la ley por el castigo. Muchos de los actos, como el que aquí figura, iban acompañados de mutilaciones y torturas que sometían a terribles suplicios al condenado. (Ilustración perteneciente a las crónicas de Froissart, Biblioteca Nacional francesa, MS Fr. 2643, folio 197v.) (*Bibliotheque Nationale, París / Bridgeman Art Library.*)

4. Masacre de prisioneros que se cree tuvo lugar en la batalla de Agincourt, en 1415. La reputación de caballero de Enrique V se mantuvo sin tacha pese a haber ordenado la ejecución de los cautivos franceses. Esta acción, basada en un despiadado cálculo militar, ha conmocionado más a los comentaristas modernos que a los coetáneos. (Escuela inglesa, siglo XV.) (*British Museum, Londres / Bridgeman Art Library.*)



5. Unos cruzados lanzan cabezas cercenadas de musulmanes por encima de las defensas de Nicea en 1097. Las atrocidades cometidas en ambos bandos no se circunscribieron a las cruzadas: los ejércitos medievales recurrieron con regularidad a este tipo de actos de guerra psicológica, pensados para socavar la moral y la resistencia del enemigo. (Escuela francesa, siglo XIII.) (*Bibliotheque Nationale, París / Bridgeman Art Library.*)



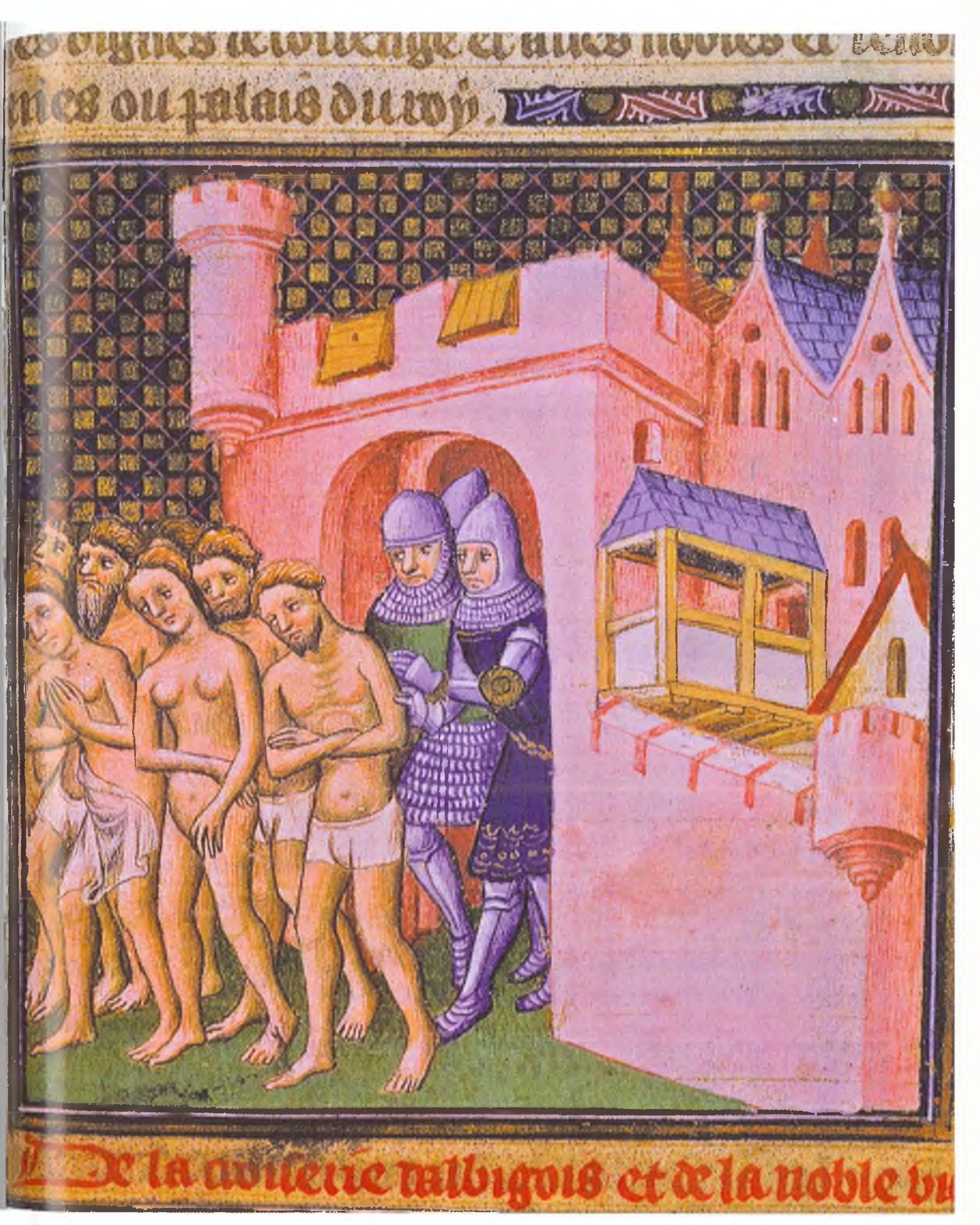
6. En el año 1191, Ricardo Corazón de León ordenó la decapitación de más de dos mil quinientos prisioneros musulmanes en Acre. Ricardo tomó esta decisión basándose en una suma de factores: conservar su reputación, cobrarse venganza por las penalidades sufridas y, lo más importante, atender al imperativo militar. (Escuela francesa, siglo XV.) (*Erich Lessing / akg-images.*)



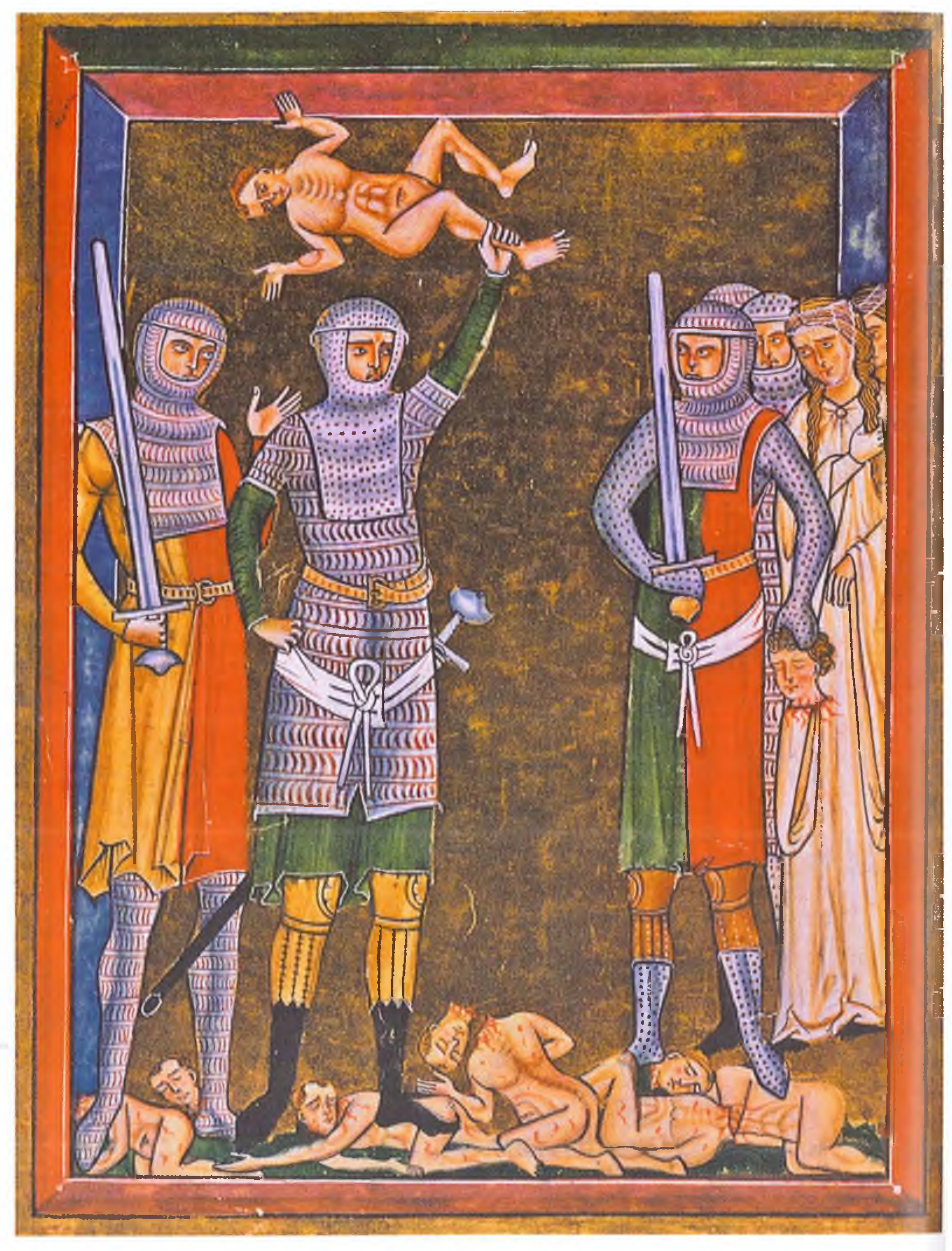
7. Una madre y un hijo huyen de su casa, a la que unos soldados prenden fuego. Las políticas de tierra quemada privaban al enemigo de recursos y se empleaban asimismo como medida punitiva para escarmentar a las regiones díscolas. (Tapiz de Bayeux, siglo XI.) (*Giraudon / Bridgeman Art Library.*)



8. Los soldados de la imagen se dedican a aniquilar a distintos civiles, mientras saquean una pequeña ciudad. Era frecuente que los civiles se convirtieran en blanco de las iras de la soldadesca: el objetivo de estas acciones estribaba, por un lado, en aterrorizar a la población y conseguir así que se sometiera y, por otro, en minar el sostén económico del enemigo. La víctima que vemos a la izquierda es un sacerdote. (Escuela francesa, siglo XV.) (*Musée Condé, Chantilly / Bridgeman Art Library.*)



9. Expulsión de los habitantes de Carcasona en 1209, a raíz de la cruzada albigense. A diferencia de la masacre de Béziers, ocurrida pocas semanas antes, los cabecillas de la cruzada evitaron en este caso toda degollina —principalmente por razones estratégicas y económicas—. (Escuela francesa, siglo xv.) (© *British Library Board, Londres / Bridgeman Art Library.*)



10. Matanza comparable a la de los «Santos Inocentes». Las imágenes de los horrores bíblicos influían a menudo en las crónicas de los monjes dedicados a referir las atrocidades de la época. No obstante, muchos de ellos estaban bien informados y conocían de primera mano las despiadadas realidades de la guerra en su localidad. (Salterio alemán del siglo XIII.) (© *British Library, Londres / Bridgeman Art Library.*)

poco probable que les salvara a ellos. Jacobo de Vitry, obispo de Acre entre los años 1216 y 1218, reconocía tranquilamente la obvia vertiente práctica de aquella matanza: «el rey de Inglaterra contribuyó grandemente a dañar y debilitar al enemigo al pasar a espada a muchos miles de ellos».[31] Ricardo había hecho de la apremiante necesidad una perversa virtud.

La racionalización de semejante brutalidad resulta muy elocuente. Con todo, no debemos pasar por alto el elemental instinto humano de venganza, en especial en tiempos de guerra. El deseo de desquite puede ser una emoción irracional, pero circunstancias como las de Hattin y Acre pueden emplearse para disfrazarla, embozada bajo el manto de la lógica. Desde luego, lo más frecuente era que los actos de venganza se realizaran con la meridiana intención de que fuesen vistos exactamente como tales, puesto que el hecho de renunciar al escarmiento sería considerado como un signo de debilidad. Al escribir al abate de Clairvaux para comunicarle su victoria, el tono de Ricardo es práctico y formal. De los prisioneros y del hecho de que Saladino hubiera aceptado los términos del pacto dice lo siguiente: «Pero el plazo expiró, y como el acuerdo al que había llegado Saladino quedaba así enteramente anulado, decidimos con toda propiedad dar muerte a los sarracenos que se hallaban bajo nuestra custodia —unos dos mil seiscientos—».[32] Se dejan en manos de los cronistas todos los análisis de la estrategia seguida, así como las explicaciones de fondo: tanto los escritores árabes como los latinos evocan la cuestión de la venganza. El autor de *The Itinerary of the Pilgrims and the Deeds of King Richard* dice que los cruzados estaban deseosos de llevar a cabo esa clase de ejecuciones: «Los hombres de armas dieron de muy buena gana un paso adelante y cumplieron sin dilación sus órdenes [las que había dado Ricardo]. Lo hicieron con ánimo alegre y con la aquiescencia de la divina gracia a fin de vengar las muertes de los cristianos caídos a consecuencia de las flechas que les habían lanzado los turcos con sus arcos y ballestas».[33]

Baha al-Din también reconoce la verosimilitud de esta posibilidad: «Se decía que los había matado para vengar la muerte de sus hombres». (Esta última afirmación podría ser una referencia explíci-

ta a los seis nobles cruzados apresados y muertos durante el asedio.) El cerco a la ciudad de Acre se había prolongado casi por espacio de dos años y causado un gran número de bajas entre los cruzados. Muchos de los más descollantes personajes de la cristiandad occidental habían perecido en los combates, y es probable que los hombres de armas y los alguaciles corrientes no fueran los únicos que desearan hacer pagar un alto precio a los musulmanes por las vidas de sus camaradas. Y tampoco tenemos que olvidar que la masacre de Hattin debió de haber pesado muy notablemente en el ánimo de los cruzados reunidos con la intención de tomar una decisión definitiva. (Es también muy posible que Baha al-Din estuviese aludiendo a este episodio.) Los cruzados habrían buscado cobrarse aquella atrocidad, y es posible que fueran los templarios quienes más vehemencia pusieran en la apelación al desquite: Ricardo había trabajado en íntima conexión con esta orden militar durante la cruzada y había desarrollado lazos muy estrechos con sus miembros. Y en Acre habían perdido a otro gran maestre en el combate contra los musulmanes.

Considerados conjuntamente, Hattin y Acre muestran con qué facilidad podía perpetuarse el ciclo de la venganza violenta. De hecho, durante un cierto tiempo después de lo sucedido en Acre, Saladino adoptó la costumbre de dar muerte a los prisioneros, llegando incluso a permitir que alguno de ellos fuese despedazado a fin de saciar la sed de represalia de sus soldados. El hecho de que ni una ni otra matanza perjudicaran grandemente la reputación de caballeros de que disfrutaban Ricardo y Saladino revela cuáles eran las prioridades de los autores de la época. Cuando el éxito militar acompañaba, eran muchas las cosas que se pasaban por alto: después de Hattin, Saladino prosiguió los combates hasta apoderarse de Jerusalén; tras la batalla de Acre, Ricardo recuperó zonas y territorios de enorme importancia, lo cual contribuyó grandemente a que la existencia del reino latino en Tierra Santa se prolongara por espacio de otro siglo. Incluso en el caso de que tras las masacres se hubiesen cosechado derrotas habrían sido pocas las voces discrepantes. Eran cosas de la guerra, y así se aceptaba. La amistad entre Ricardo y Saladino se hizo aún más fuerte tras lo ocurrido en Acre.

En el mundo de habla inglesa, Agincourt es la única batalla que compite con Hastings en celebridad, ya que ambas aspiran a ser consideradas las más famosas de la Edad Media. Pese al hecho de que, por comparación con esta última, su impacto histórico fuese mínimo —al margen del producido por la batalla misma—, la notoriedad de Agincourt supera incluso a la de Hastings en los anales de la historia inglesa. Sin duda, tan elevada consideración se debe a que constituyó una extraordinaria victoria: un grupo de valientes ingleses desesperadamente superados en número y guiados por un intrépido y caballeresco rey que termina aniquilando por completo a un abrumador contingente integrado por los mejores soldados franceses en una suprema hazaña de arrojo marcial que afirma la superioridad de los combatientes ingleses. No es de extrañar que se hiciera una emocionante película con el *Enrique V* de Shakespeare y que se rodara con la intención de fortalecer la determinación de la Inglaterra que, fatigada por la contienda, debía hacer frente a las hordas nazis de Hitler.

La realidad, evidentemente, fue un tanto distinta. La inferioridad numérica de los ingleses no era tan angustiosa como se ha supuesto hasta época muy reciente; y la caballeresca reputación de Enrique se ha mantenido relativamente incólume, pese a la horrenda matanza que efectuó con algunos de los hombres que cayeron prisioneros en esa jornada. La degollina asociada con la batalla ha sido una de las barbaries más pormenorizadamente estudiadas de la Edad Media; no hay duda de que la encumbrada fama que ha alcanzado la victoria ha determinado que no resulte fácil obviar su desenlace, no demasiado glorioso. Existe entre los historiadores un consenso generalizado (en especial entre los anglosajones) de que la masacre, pese a ser lamentable, resulta comprensible dado el contexto de los acontecimientos que se produjeron ese día. No obstante, son muy pocas las crónicas de este incidente que han logrado ensamblar todos los factores que explican cabalmente por qué Enrique adoptó aquella fatídica decisión el día de san Crispín de 1415.

Los acontecimientos que condujeron a Agincourt hunden sus raíces en la larga historia del conflicto anglofrancés, reavivado a mediados del siglo XIV tras aspirar Eduardo III al trono francés, una reivindicación que dio lugar a la guerra de los Cien Años. En tiempos de Enrique, la guerra se reanudó con fuerza. Las titubeantes pretensiones de Enrique al trono francés no fueron más que uno de los *casus belli*; otro de ellos se debió al hecho de que exigiera una satisfacción ajustada a los términos del tratado de Brétigny, firmado en 1360. Además, y ya en un plano más oportunista, lo que hacía Enrique era aprovechar la ventaja que le concedían las divisiones internas de los franceses, para así debilitar a su enemigo y reforzar su propia posición en el reino. En Inglaterra existía aún gran malestar por el hecho de que el padre de Enrique V, Enrique IV, hubiera usurpado el trono a Ricardo II en 1399, un estigma que recaía inevitablemente en el hijo. Ateniéndose a una tradición que ha sobrevivido a los siglos y que ha perdurado desde los tiempos del antiguo Egipto hasta la actualidad, Enrique albergaba la esperanza de que si tenía éxito en la guerra lograría hacer olvidar el descontento interno. Y por su fueran pocas todas estas explicaciones de su cínica iniciativa, aún habría de encontrar Enrique un motivo más a última hora: el día mismo en que embarcaba en Southampton rumbo a Francia se descubrió un intento de golpe de mano —conjura que se zanjó con la decapitación de los conspiradores—. Con aquella empresa, Enrique no sólo aspiraba a consolidar firmemente su régimen, sino también su reputación como destacado príncipe guerrero de la cristiandad. Hay que añadir que Enrique logró todos estos objetivos con un éxito espectacular. La historia favorece a los intrépidos y por este motivo se muestra a menudo dispuesta a tratar con indulgencia —e incluso a silenciar por completo— los medios empleados en la obtención de la victoria. De hecho, un historiador inglés llega a afirmar que la carnicería perpetrada por Enrique con centenares de prisioneros fue poco menos que un «pecadillo».

Uno de los principales motivos que se invocan como factor de motivación de la caballería medieval es la búsqueda de la gloria personal. Desde luego, en Agincourt ese acicate contribuyó significati-

vamente a la derrota francesa. El monarca (como ya hemos señalado en el capítulo 2) era el más destacado caballero del reino, y por ello se esperaba que fuese él quien capitalizara el máximo esplendor por medio de sus acciones, en un proceso que habría de contribuir a incrementar su renombre y con ello su autoridad. En este sentido, Enrique contó inmediatamente con una insuperable ventaja sobre su homólogo francés, Carlos VI de Francia, más conocido como Carlos el Insensato (apodo que debió de haber causado verdadera pesadumbre a su padre, Carlos el Sabio). Pese a lo poco halagüeño que resultaba este remoquete, su otro alias, más exacto, le tildaba de loco. Carlos sufrió su primer gran acceso de demencia siendo aún muy joven, pues apenas había cumplido los veinte años: en 1392 perdió la cabeza y mató a varios miembros de su séquito de caza. A partir de ese primer episodio los brotes de enajenada angustia fueron cada vez más frecuentes. La consecuencia fue el estallido de una guerra civil en Francia, ocasión pintiparada para que Enrique V demostrara su dominio en el continente europeo, dado que su enemigo había quedado aparentemente descabezado.

La salud de Enrique marcaba un agudo contraste con la del rey francés, frecuentemente incapacitado. Los cronistas de la época pintan a Enrique con los rasgos con los que él mismo quería ser percibido: lleno de energía, reflexivo, justo, resuelto y devoto —cualidades que unía a su condición de bizarro caudillo bélico—. Enrique, al igual que Ricardo Corazón de León, siempre estaba dispuesto a capitanear a sus tropas en primera línea —algo que sin duda debió de impresionar a los franceses, dado que estaba claro que su rey no estaba a la altura de las circunstancias (creía estar hecho de cristal y ser por ello sumamente frágil)—. La habilidad militar era considerada un elemento esencial de la monarquía medieval, y Enrique iba a acrecentar su reputación bélica para explotarla después al máximo. Francia sería su teatro de operaciones, el escenario de la representación y el tema dominante de su reinado.

Tras un largo período dedicado a la minuciosa elaboración de planes y preparativos, Enrique se hizo a la mar en Southampton para dirigirse a Francia en agosto de 1415. Llevaba consigo un gran ejér-

cito —pues le acompañaba un contingente de doce mil hombres, entre los cuales figuraba la mayor parte de los miembros de la nobleza, dado que todos ellos participaban activamente en sus campañas—. Aquel ejército venía a constituir la encarnación de la nación inglesa en armas. El primer objetivo de Enrique fue Harfleur, en la desembocadura del Sena. Desde allí, los franceses podían amenazar los cargamentos ingleses que se aventuraban a surcar el Canal de la Mancha y organizar incursiones que asolaban las costas meridionales de Inglaterra. Para los ingleses, la ocupación de Harfleur no sólo presentaba el mérito defensivo de proteger sus intereses marítimos, sino que tenía una significación aún más importante, dado que les permitía apostarse frente a Ruán, la capital de Normandía. Un autor francés de la época sostiene que Harfleur era la llave de Normandía. Enrique, que se daba perfecta cuenta del interés estratégico de la plaza, concentró todas su energías en la ciudad con la esperanza de que capitulara rápidamente. Sorpresivamente, pese al tenaz martilleo de la artillería y las operaciones de zapa, la población resistió durante cinco semanas, lo que irritó profundamente a Enrique, que no logró la rendición de la localidad hasta el 22 de septiembre. A esta victoria militar, Enrique sumó inmediatamente otro triunfo, esta vez de carácter propagandístico: retó directamente a un duelo al heredero al trono francés con el argumento de que una contienda entre los más destacados campeones de las dos naciones decidiría el resultado de la guerra sin mayor derramamiento de sangre. Como se esperaba, el francés ni siquiera respondió a la bravata, no dignándose a recoger el guante.

Logrado el primer objetivo, aunque con cierto retraso, se convocó un consejo de guerra a fin de decidir cuál debía ser el siguiente movimiento. Los historiadores nunca han podido discernir con claridad los motivos exactos de la expedición, y tampoco da la impresión de que éstos se hayan presentado con mucha mayor nitidez a los ojos de los propios aristócratas ingleses implicados en la operación, como muestra el debate que mantuvieron respecto a los inminentes pasos a dar. Keith Dockray manifiesta la convincente opinión de que, al margen de la primera iniciativa, espoleada por el deseo de re-

cuperar el ducado de Normandía, el móvil que impulsaba la totalidad de la campaña era de carácter predominantemente oportunista, a lo que añade que la forma que terminó adoptando fue una simple consecuencia de lo que se había conseguido en las primeras fases de la incursión.

Dado que la suma de los caídos en combate, los enfermos, los que habían regresado a Inglaterra y los que se habían quedado como guarnición en Harfleur había hecho disminuir en una tercera parte las fuerzas inglesas, muchos de los generales de Enrique le aconsejaron que diera media vuelta y retornara a palacio con una victoria parcial, aunque muy respetable, bajo el caballeresco brazo. Su parecer quedó anulado por la beligerancia de Enrique, que insistía en que el ejército debía emprender una marcha de más de ciento noventa kilómetros hasta Calais, y que sólo una vez llegados allí podrían retornar a Inglaterra. Esta decisión ha dejado perplejos a algunos historiadores. Cabe presuponer que su flota seguía anclada en Harfleur, así que ¿para qué obligar a sus exhaustas tropas, debilitadas por los choques, las bajas, la disentería, el frío y el hambre, a soportar esa penalidad añadida? En realidad iba a constituir otro alarde de fuerza y una nueva maniobra propagandística: la de un monarca victorioso que recorre en procesión *sus* territorios, desafía al enemigo a tomar la iniciativa en su contra (aunque deseando al mismo tiempo, casi con toda certeza, que no lo hiciera), y que simultáneamente se da a conocer, impresiona con su presencia a los habitantes de Normandía y les hace saber quién es su verdadero amo y señor. Una vez más, Enrique se cercioraba de estar reforzando su imagen de rey soldado. Sus coetáneos entendieron perfectamente el propósito de esta decisión: Adán Usk comparaba las acciones de Enrique con las de un bravo león; Juan Hardyng resalta de forma aún más directa el machismo militar del rey: Enrique «recorrió Francia como un hombre».[34]

Se esperaba que la marcha durase ocho o nueve días. Sin embargo, quince días después de iniciada, retrasados por la presencia de puentes rotos y por la búsqueda de un vado para cruzar el río Somme, los ingleses aún se hallaban a dos jornadas de Calais. Con todo, al llegar a Agincourt, quedaron completamente detenidos: los fran-

ceses, que habían estado vigilando los movimientos de Enrique y reuniendo poco a poco un contingente propio, le bloquearon el paso con un gran ejército, capitaneado por la caballería francesa. El 25 de octubre los dos adversarios entraron en combate.

La fama de la batalla de Agincourt se funda en buena medida en un cierto número de mitos. Un documental televisivo emitido en el año 2004, pese a contar con la participación de algunos destacados medievalistas (cuyas declaraciones debieron de ser sometidas, presumiblemente, a una selección sesgada), encadenó en los dos primeros minutos de emisión, uno tras otro y por enésima vez, cinco de los principales mitos sobre el particular. Se afirmaba que la «edad caballeresca» había llegado a su fin en Agincourt. Uno de los objetivos de este libro consiste en mostrar que, en la práctica militar, el concepto de caballería era restringido, y que con frecuencia se pasaba por alto, como ya había sucedido en numerosas ocasiones antes de Agincourt. La batalla apenas ejerció influencia alguna sobre las nociones generales de los ideales caballerescos o su efectividad. El programa sostenía además que debido a sus devastadoras consecuencias el arco había sido la innovación armamentística inglesa que había decidido el desenlace, cuando lo cierto es que hacía siglos que venía usándose. El documental mantenía que Inglaterra, y sobre todo Francia, eran estados nación emergentes, pero este proceso se había iniciado mucho antes en ambos países, lo que permitió que tanto el uno como el otro pudieran contar con el respaldo del fervor patriótico. Resulta extraño que la película afirmara que Agincourt había sido la última gran batalla campal de la Edad Media, cuando aún habían de producirse muchísimas más. Y haciéndose eco de la leyenda más persistente de todas, la que confiere a la victoria inglesa su mítico carácter, repetía la creencia, largo tiempo considerada correcta, de que el ejército francés estaba compuesto por unos veinticinco mil soldados, con lo que superaban en número a los ingleses en razón de tres a uno, llegando incluso, según los cálculos más exagerados, a sextuplicar sus efectivos. Anne Curry, la más descollante autoridad en relación con la historia de esta batalla ha estimado en época muy reciente que las verdaderas cifras debían situar las dimensiones de la tropa entre ocho

mil y nueve mil almas en el bando inglés, frente, aproximadamente, a doce mil del lado francés. Esta estudiosa sugiere asimismo que es probable que también los franceses estuvieran exhaustos y desanimados.

Han llegado hasta nosotros muchas crónicas de la batalla escritas por autores que fueron contemporáneos de los acontecimientos, o que escriben poco después de los hechos, lo que nos permite reconstituir una imagen razonablemente exacta del choque. Los ejércitos se situaron frente a frente a ambos lados de un extenso campo roturado, empapado debido a una sucesión de días lluviosos y transformado en un cenagal por la acción de miles de pies y de cascos. Enrique enardeció el ánimo de sus hombres arengándoles para el combate mientras recorría sus filas protegido por un yelmo rematado con una corona de oro. Había desplegado sus fuerzas en una formación clásica: tres batallas (ése era el nombre que se daba a las secciones del ejército) de hombres de armas de infantería, en cuyo centro se situaba él mismo, con los arqueros en los flancos de modo que pudiesen disparar oblicuamente contra el avance francés y atrapar al enemigo en un fuego cruzado. La mayor parte de los arqueros se agazapaban tras unos postes aguzados que les protegían de la caballería; otros habían tomado posiciones en los bosques que rodeaban el campo por ambos lados. Los franceses también se habían dispuesto en tres batallas, pero, a diferencia de los ingleses, su formación era lineal, con los soldados colocados uno detrás de otro. La vanguardia estaba integrada por caballeros sin montura y por arqueros, entre cuyas filas se encontraban asimismo los ballesteros (un cronista francés dice que los arqueros no desempeñaron el más mínimo papel relevante en ningún momento del encontronazo); la caballería protegía los dos flancos de esta formación de primera línea. El centro se hallaba organizado de forma similar, pero sin caballos a los lados; en la retaguardia se agrupaba el grueso de la caballería pesada.

Los ejércitos se mantuvieron frente a frente durante algún tiempo, guardando las distancias. Enrique puso fin a la espera en torno a las once de la mañana, al hacer avanzar a su ejército hasta una zona del campo relativamente estrecha, lo que hacía que la maniobra de

los franceses, al tratar de buscar el flanco inglés, resultase más difícil. También situó a sus arqueros —obligados a trasladar sus postes— a tiro de flecha de los franceses, que ahora se encontraban a unos doscientos veinticinco metros. Los arqueros dispararon sus armas, logrando el efecto deseado: el frente de ataque del contingente francés rompió filas. Primero, sus ballesteros se pusieron a cubierto mientras la lluvia de flechas provocaba una desorganizada carga de la caballería situada en uno de los flancos. Este ataque fue duramente repelido y terminó con la pérdida de su capitán, cuyo caballo había quedado empalado en un poste. Tomás Elmham, que posiblemente haya redactado su crónica sólo tres años después de la contienda, nos ofrece una gráfica descripción de lo que sucedió a continuación:

> Las tropas de los franceses se lanzaron al ataque contra los arqueros. Al topar con una lluvia de flechas iniciaron el repliegue. Divididos en tres grupos, sus nobles, situados en el frente, avanzaron [a pie] por tres puntos en dirección a nuestros estandartes. Nuestras flechas hicieron mella y atravesaron las corazas, mientras los enemigos agotaban sus fuerzas, vencidos por el peso de las armaduras. Un grupo formado por hombres de la máxima confianza de nuestro rey acometió al adversario, que había penetrado en nuestras filas a golpe de hacha, y terminó por abatir a los franceses. Hostigados [por detrás] los que sobrevivieron fueron conducidos a la muerte. Los muertos sepultaron a los vivos. Las líneas de ambos bandos se lanzaron al ataque. Al trabar el cuerpo a cuerpo, los ingleses se abalanzaron sobre las compañías de franceses. Éstos cayeron, víctimas del empuje de los ingleses. La posición en que se hallaban no les permitía la huida. Los ingleses mataron a unos y capturaron a otros, llevándoselos consigo a fin de pedir por ellos un rescate ...[35]

De este modo, la primera y desorganizada carga, junto con la posterior huida de la caballería francesa acabó provocando la desorganización del ejército entero. En su avance, el grueso de las tropas francesas se vio obligado a atropellar a sus propios compatriotas, situados delante de ellos. Revestidos de toda su armadura y provistos de lanzas cortas para luchar a pie, quedaron exhaustos por el solo hecho de intentar repeler a los ingleses en el embarrado campo de bata-

lla. Mientras tanto, las aguzadas saetas inglesas traspasaban la coraza de los franceses y causaban un tremendo número de bajas. Sin embargo, el impulso que traían, unido a la pura superioridad numérica, permitió que los franceses penetraran en el interior de las líneas inglesas, donde se libraba un feroz combate. En el subsiguiente tumulto murieron el conde de Suffolk y el aristócrata más destacado, el duque de York, éste último probablemente a causa de un impacto que le aplastó el cráneo pese a la protección del casco.

Hasta el propio Enrique se vio amenazado. Un pelotón de choque integrado por dieciocho caballeros había jurado matar o apresar al rey: todos murieron en el intento. No obstante, el duque de Alenzón consiguió llegar hasta Enrique, golpeándole en la cabeza y arrancándole uno de los florones de la corona. El duque pidió cuartel, pero fue partido en dos por el hacha de un caballero. Lógicamente, los cronistas ingleses dedican grandes elogios a la bravura de Enrique, pues había protegido a varios nobles heridos, procurándoles amparo cuando ya creían enfrentarse a una muerte segura a manos de los franceses. El cronista Tomás Walsingham lo representa con tonos verdaderamente heroicos: «El propio rey, no tanto en calidad de soberano como en su condición de caballero, aunque asumiendo los deberes de ambos, se abalanzó sobre el enemigo. Infligió y hubo de encajar crueles heridas, dando a sus hombres un ejemplo personal por el arrojo que mostró al dispersar las líneas enemigas con el hacha de guerra».[36] Obsérvese que hasta el rey utiliza el hacha, pese a que la espada fuera el verdadero símbolo de la caballería. Sin embargo, eran tantas las apreturas en el tropel que se organizaba que apenas había espacio para blandirla.

Llegados a este estadio, los arqueros abandonan sus armas y empiezan a contribuir a machacar a los franceses, muchos de los cuales caían y se veían asfixiados bajo el enorme peso de la masa de soldados. Amontonados y con poco espacio para maniobrar, los franceses iban derechos al matadero. Muchos se rindieron y fueron hechos prisioneros; otros trataron de entregarse pero murieron a consecuencia de las heridas recibidas en la refriega. Aquella era una guerra declarada justa en la que no sólo eran de esperar tales carnicerías, sino

que se estimulaban. Los *Deeds of Henry V* (*Gesta Henrici*), una crónica narrada por un testigo presencial de los acontecimientos, recuerdan así la desesperada situación:

> El temor se apoderó de ellos y comenzaron a temblar, incluso los de más noble cuna, y hubo algunos que ese día se rindieron más de diez veces. Sin embargo, nadie tenía tiempo para hacerles prisioneros, así que una vez abatidos se les daba a casi todos muerte, sin respiro ni distinción de rango: unas veces lo hacía el mismo que les había derribado y otras quienes venían detrás ... Tan grande era la indisciplinada violencia y la presión de la masa de hombres que venía empujando, que los vivos tropezaban con los muertos y, cayendo encima de ellos, veían desplomarse sobre sí a nuevas oleadas que fenecían igualmente degolladas, con lo que se formó, en cada uno de los tres puntos en que el grueso de nuestro contingente protegía los pendones, tan ingente montón de muertos con los caídos, aún vivos, aplastados entre ellos, que nuestros soldados se encaramaban a aquellos montículos, alzados ya por encima de la cabeza de un hombre, y masacraban a sus enemigos hundiendo en la masa humana las espadas, las hachas y sus otras armas.[37]

Los arqueros ingleses eran más numerosos que los hombres de armas; sabedores de que no tenían los mismos incentivos que los caballeros para tomar prisioneros a los nobles y conservarles la vida a cambio de un rescate (cosa que indudablemente hicieron, sin embargo, pese a que la opinión popular lo contradiga), pero movidos aún más por el miedo a lo que podría ocurrirles en caso de ser ellos los apresados, no estaban de humor para mostrarse clementes. La urgencia última del mortal peligro que se corría en el campo de batalla hacía que la supervivencia fuera la máxima obsesión. Sin duda, la crónica exagera el tamaño de los amontonamientos de cadáveres (al parecer, de no hacerse de acuerdo a una muy particular disposición, no es posible acumular montículos de muertos de semejante altura), pero deja patente la magnitud de la matanza. Con todo, en una batalla con tantísimos combatientes, se hacían centenares de prisioneros, que eran llevados entre las filas de contendientes hasta la retaguardia inglesa.

Apelotonadas en un espacio reducido, las fuerzas francesas se vieron rechazadas y tuvieron que replegarse a su segunda línea. Al continuar la desbandada, la masa de hombres atropelló a la segunda división y la hizo retroceder aún más. Casi todos los capitanes franceses, que en su mayor parte habían luchado en el frente, habían muerto o caído en manos del enemigo. El general del ejército, Boucicaut, había sido hecho prisionero. Pese a su desorganización y a encontrarse descabezados, los franceses seguían constituyendo una fuerza poderosa. Su tercer batallón no había intervenido significativamente en la batalla y no se hallaba exhausto por el combate, como lo estaba a estas alturas el contingente inglés. Aunque muchos de los integrantes de esta división habían huido del escenario del choque, eran muchos los que aún permanecían en él.

En esta coyuntura, la amenaza de la derrota se cernió sobre la inminente victoria inglesa. Se produjo una pausa en la refriega, un alto que parecía marcar el final de la batalla y el éxito de los ingleses. Los supervivientes del bando francés fueron hechos prisioneros, a menudo tras ser extraídos de debajo de los cadáveres. No se sabe con seguridad el número de cautivos —es probable que la cantidad oscilara entre los mil cuatrocientos y los dos mil hombres—. Fuera cual fuese la cifra real, todas las fuentes coinciden en señalar que era elevada. Hay cierto desacuerdo respecto a lo que sucedió a continuación. Como es natural, en la periferia del campo de batalla había, del lado francés, una gran actividad, ya que en esa zona se encontraban aún muchos franceses. En un momento dado saltó la alarma de que, en la retaguardia, la milicia inglesa estaba sufriendo un ataque. No se sabe con exactitud quién conducía esa carga, pero los cronistas parecen optar por la figura del señor de la propia localidad de Agincourt: los franceses se llevaron parte de la impedimenta inglesa, entre otras cosas una corona y algunos objetos de gran valor. Tampoco está claro en qué instante de la batalla se produjo el asalto al campamento; es posible que se verificara incluso al comienzo mismo de las hostilidades. Algunas fuentes sostienen que fue este acontecimiento el que precipitó la matanza de los prisioneros. Ahora bien, dado que no sabemos con certeza en qué momento del combate se materializó esta

acometida, hemos de tener en cuenta que existe un motivo aún más revelador: el asociado a un suceso de superior urgencia.

Se temía que la tercera división francesa pudiera reagruparse y lanzar un gran contraataque, ya que se estaba organizando una carga de caballería compuesta por unos seiscientos hombres de armas. Esta arremetida representaba una amenaza mortal para los ingleses: agotados, no se disponían ya en sólida formación de combate y eran extremadamente vulnerables a un nuevo asalto. (Y si la ofensiva contra el campamento se hubiera sincronizado con la carga de caballería, el peligro habría sido doble.) En esta situación crucial en que los ingleses corrían grave riesgo, Enrique ordenó degollar a todos los prisioneros, salvo a los más importantes. Sus caballeros se negaron a cumplir la orden. Esto se debió en parte al código caballeresco y a los escrúpulos morales, pero sobre todo a razones de egoísmo personal: los prisioneros representaban una inmensa fortuna en rescates, y por consiguiente constituían la oportunidad de obtener un enorme beneficio económico. Hay una tercera razón para que la disposición del rey resultara rechazada, y aunque no la citen los cronistas de la época ni los historiadores de la batalla merece la pena tenerla en consideración: si los ingleses llegaban a ser capturados más tarde por los franceses, ya fuese en el mismo Agincourt o antes de poder alcanzar Calais, podían sufrir el mismo destino.

Enrique no estaba dispuesto a dejarse disuadir por este acto de insubordinación. En lugar de arredrarse trasladó sus urgentes instrucciones a un escudero y a doscientos arqueros: todo aquel que se negara a cumplir la orden sería inmediatamente ejecutado junto con los demás prisioneros. En cualquier caso, los arqueros no se habrían mostrado tan reacios como los caballeros a llevar a efecto las ejecuciones, ya que si salían derrotados era muy probable que su suerte fuera invariablemente la misma, mataran o no a los prisioneros franceses. Los arqueros se pusieron manos a la obra y realizaron su horripilante tarea. Exterminaron a los hombres de armas pese a que se habían rendido a sus captores tras haber recibido garantías de que se velaría por su seguridad personal. La mayoría de las víctimas murieron degolladas; otras fueron conducidas a un granero y quemadas vi-

vas. El cronista francés Juan Waurin ha dejado constancia de que se decapitó y mutiló de la forma más cruel a los prisioneros.

La explicación más aceptada en relación con la atrocidad de Agincourt es meridiana: la preocupación más inmediata de Enrique era que los prisioneros, desarmados y sin yelmo, pero todavía revestidos de su armadura, pudieran liberarse, arrollar a sus guardias, hacerse con las armas que se hallaban desperdigadas por el terreno y vinieran a apoyar el contraataque —y todo ello en un momento en el que Enrique necesitaba a todos los hombres disponibles con vistas a la inminente reanudación de la batalla campal—. Se trataba de una preocupación bien fundada, y era una circunstancia a la que, como hemos visto, ya se habían enfrentado antes otros jefes militares de la Edad Media (aunque los historiadores de Agincourt no realicen esta comparación). Algunos autores de la época, y de ambos bandos, resaltan con toda claridad el peligro que representaban los prisioneros. En los *Deeds of Henry V* puede leerse lo siguiente:

> Se corrió la voz de que la retaguardia montada del enemigo (incomparablemente superior en número y todavía físicamente fresca) estaba recuperando posiciones y reorganizando sus filas de combate a fin de atacarnos, sabedores de que éramos pocos y nos hallábamos exhaustos. De este modo, y sin distinción de rangos personales, los mismos que habían atrapado a los prisioneros —u otros hombres de armas que les seguían— pasaron inmediatamente a espada a los cautivos, salvo a los duques de Orleáns y Borbón, algún que otro varón ilustre, [y] unos cuantos, muy escasos, presos más, por temor a que los rehenes pudieran ser la causa de nuestro completo desastre en el choque que se avecinaba.[38]

Juan Hardyng y Tomás Elmham confirman esta versión de los hechos. Así se expresa Elmham: «Eran muchas las nuevas oleadas de soldados que amenazaban con entrar en liza y combatir a las agotadas tropas de Enrique ... Los ingleses mataron a los franceses que habían hecho prisioneros para proteger su retaguardia».[39] (Algunas fuentes francesas creen que los caballeros que Enrique pensó que iban a atacarle estaban en realidad abandonando el escenario del

choque dirigiéndose a la retaguardia por el flanco de su propio ejército, y culpan a esta maniobra de la masacre.)

En general, los historiadores (en particular los franceses) han tendido a pasar por alto, o a no relacionar suficientemente entre sí, dos hechos que respaldan esta explicación de lo sucedido en Agincourt. El primero de esos hechos es que Enrique ya había considerado antes el problema de los prisioneros. Lo cierto es que la noche anterior a la batalla había puesto en libertad a todos los cautivos que había traído consigo en su marcha desde Harfleur —prisioneros que tenía inicialmente intención de llevar a Inglaterra para solicitar un rescate por sus vidas—; además, los presos franceses así liberados prometieron entregarse nuevamente a sus captores ingleses en caso de que su ejército perdiera la batalla. Al proceder de este modo, está claro que Enrique no sólo liberaba a sus propios hombres de las tareas vinculadas a su custodia, ganándoles así para la lucha, sino evitando al mismo tiempo el peligro de que los prisioneros acabaran tomando las armas en pleno ardor de la batalla. El segundo dato es que el esplendor de la caballería era frecuentemente ilusorio: los prisioneros que empeñaban su *parole* faltaban a menudo a ella. Como ya hemos mencionado más arriba, las *Gesta Henrici* refieren que algunos nobles «se rindieron más de diez veces». Esta afirmación admite distintas interpretaciones: una es que, en el ardor del enfrentamiento, el prisionero podía haberse visto apartado de su captor, viéndose por tanto obligado a entregarse a otro caballero inglés para obtener protección; y otra, igualmente probable, es que el cautivo escapara en la confusión pero se viera poco después en la necesidad de volver a buscar amparo rindiéndose de nuevo. No hay duda de que el juramento de un hidalgo era de sagrada observancia únicamente en la medida en que él mismo así lo considerara adecuado. A principios del siglo XIII, la flor y nata de la caballería francesa, y un adalid comparable al renombrado caballero inglés Guillermo Marshal, era Guillermo des Barres. Pues bien, al menos en dos ocasiones faltó a su palabra y escapó tras haber sido hecho prisionero. Lo que resulta verdaderamente notable tras el choque de Agincourt es que los hombres que Enrique había liberado la víspera de la batalla se mostraran

fieles a su compromiso y cumplieran su palabra regresando tras la contienda a ponerse en manos de Enrique.

Por consiguiente, la preocupación por la inseguridad que suponía retener a los prisioneros franceses y por los problemas que generaba custodiarlos como civiles constituía un quebradero de cabeza muy real que Enrique ya había tenido en cuenta. No obstante, esta explicación sólo puede juzgarse válida hasta cierto punto, ya que plantea verdaderas dificultades logísticas. Christopher Allmand, en su magistral biografía de Enrique, expone estas dificultades y cuestiona la magnitud de la matanza. ¿No es lógico pensar que tan gran número de hombres, revestidos aún de su armadura, se habrían opuesto con todas sus fuerzas a ser degollados? ¿Cómo es que Enrique pudo permitirse el lujo de prescindir de los hombres que hubieron de encargarse de la tarea de darles muerte? ¿Se debió a que los arqueros designados tenían ya muy pocas flechas que lanzar contra la caballería? (En tal caso, también podríamos preguntarnos por qué intentó Enrique, con su primera orden, que los verdugos fueran sus propios hombres de armas.) El número de los ejecutados también resulta difícil de establecer: Enrique regresó a Inglaterra con bastante más de mil prisioneros, así que ¿cuántos fueron de hecho degollados en Agincourt? (Allmand podría haberse olvidado de los prisioneros de Harfleur que se entregaron voluntariamente tras la batalla.) Y lo más importante de todo: siendo cerca de dos mil los prisioneros, ¿cómo podía pretender Enrique que todos ellos fueran aniquilados en el breve espacio de tiempo de que disponía antes de que se produjese la inminente carga de caballería, y con un número de verdugos que no debía pasar del 10 por 100 del total de cautivos? Como ha señalado John Keegan, la simple mecánica de tan espantosa tarea habría supuesto la asunción de un largo proceso. Este autor deduce con gran sensatez que el número de víctimas debió de ser inferior al centenar, si es que alcanzó esa cifra.

Las dificultades prácticas de una matanza como ésta, producida en el campo de batalla mismo —tan distinta de las masacres perpetradas tras los choques de Acre, Hattin y Wexford— suscitan otra interrogante: ¿cuáles fueron entonces las principales razones que impulsaron a Enrique a dar tales órdenes? Una vez más hemos de buscar

el motivo en la pedagogía del terror que dominaba la guerra medieval. Enrique empleaba el terror con dos objetivos. En primer lugar, demostraba a los prisioneros cuál iba a ser su destino si maquinaban algún plan para escapar y prestar ayuda al contraataque: quería que se acobardaran y se sometieran, manteniéndose alejados del campo de batalla. En segundo lugar, y esto es aún más importante, se aseguró de que la tercera división francesa pudiese ver las ejecuciones: les indicaba así que su ataque no sólo habría de poner en peligro de muerte a sus prisioneros —es decir, a sus camaradas—, sino que ellos mismos debían esperar correr también idéntica suerte en caso de que terminaran cayendo en manos inglesas. Y en un arranque de imperiosa lucidez, envió incluso un heraldo a los franceses para hacerles llegar tan explícito mensaje. Algunas fuentes asocian abiertamente la matanza con esta maniobra. Tito Livio* señala que los ingleses

> temían verse obligados a luchar en dos frentes, esto es, contra los prisioneros además de contra el enemigo. Por este motivo mataron un gran número, incluyendo a muchos hombres ricos y de noble origen. Mientras tanto, el más prudente de los reyes envió emisarios a los franceses que integraban el nuevo contingente para preguntarles si se disponían a presentar batalla o a abandonar el campo, y para informarles de que si no se retiraban, o si reanudaban la batalla, todos los prisioneros y cuantos hombres llegasen a capturar de sus propias filas serían pasados a espada sin piedad. Esto les comunicó. Y ellos, amedrentados por los ingleses, y temiendo asimismo por sus vidas, partieron con gran pesar cubiertos de vergüenza.[40]

El pseudo Elmham y las crónicas Brut** corroboran estos extremos, y en este último texto podemos leer lo siguiente: «Después, lle-

* Se trata de un cronista italiano nacido en Forli, a unos sesenta y cinco kilómetros de Ferrara, poco después del año 1400. Entre 1436 y 1439 fue *poeta et orador* de la casa del duque Humphrey de Gloucester, quien le pidió que escribiera una biografía del rey Enrique V. *(N. de los t.)*

** Crónicas impresas por William Caxton con el título de *Chronicles of England* en 1480. Narra la historia de Inglaterra desde su descubrimiento y primeros asentamientos hasta el año 1461. Contiene algunos elementos míticos, entre otros

garon al rey noticias de que se estaba formando un nuevo batallón de franceses, dispuestos a sorprenderles y a caer sobre ellos. El monarca hizo pregonar inmediatamente que todos los hombres mataran a los prisioneros que hubieran hecho ... Cuando [los franceses] vieron que nuestros soldados estaban matando a sus cautivos, se retiraron, desbaratando su formación de combate y el ejército entero».[41]

Un cronista francés confirma que Enrique puso inmediatamente fin a la batalla al ver que los franceses se replegaban. Las dos fuentes que hemos citado más arriba atestiguan que fue en ese instante cuando se proclamó y celebró finalmente la victoria. La brutal táctica de Enrique había funcionado: el triunfo justificaba sus despiadadas acciones.

La explicación decisiva de la matanza reside en el hecho de que, para Enrique, el resultado de la batalla no estaba taxativamente establecido: la actividad del enemigo le convenció de que la victoria podía convertirse fácilmente en derrota. En esas circunstancias, sus prisioneros, pese a constituir técnicamente un grupo de civiles, suponían, como señala la opinión convencional, una verdadera amenaza potencial para Enrique; sin embargo, lo que se pasa por alto es que también le permitían disponer de una valiosa arma. Al amenazar con matarlos a todos, y al mostrar que no se trataba de ninguna baladronada, Enrique, que era un comandante militar muy competente e implacable, convertía su debilidad en un punto fuerte. La fuerza de esa arma desmoronó la resistencia del enemigo y aseguró a Enrique la obtención de un completo triunfo en Agincourt.

Dado que se trata posiblemente de la más célebre masacre jamás ocurrida en un campo de batalla medieval, quizá resulte sorprendente que no todas las crónicas de la época incluyan el episodio en su relato, y que se silenciaran las protestas por lo sucedido, incluso en el bando francés. Cabría esperar que los autores de la nación derrotada se hubiesen dedicado, comprensiblemente, a desacreditar las accio-

el que atribuye la fundación de la nación a Bruto, motivo de que se las conozca en inglés como *Brut Chronicles*. *(N. de los t.)*

nes de Enrique y a cubrirle de oprobio: la magnitud de la derrota y las muertes —tanto las producidas en el mismo campo de batalla como las que pudieran haber tenido lugar después del choque— provocaron lamentos propios de una tragedia histórica, pero la degollina se omite sin condena alguna. Quizá pudiéramos considerar una excepción al monje de San Dionisio, autor de la más antigua crónica francesa de la contienda, dado que en un momento dado exclama «¡Oh, eterno deshonor!» (aunque esta afirmación quizá haga referencia a la vergüenza que suponía el hecho de que unos soldados corrientes hubieran dado muerte en combate a unos caballeros), pero lo que más le preocupaba, con mucho, era el descrédito nacional de Francia: «Lo más mortificante de todo era la idea de que la derrota debilitara a Francia y la convirtiera en el hazmerreír de los demás países».[42] El hecho de que no se levantara ningún clamor por los acontecimientos es el reflejo de una realidad, pues las gentes de esa época reconocían crudamente la preponderancia del imperativo militar en una situación de vida o muerte. Puede que algunos autores medievales que se ocupan de la guerra y de la caballería, como Bouvet y Cristina de Pizán, hayan denunciado la matanza de prisioneros, pero también admiten que las exigencias de la batalla requerían la existencia de comandantes implacables y resueltos. Hay en las fuentes una especie de acuerdo tácito apenas discernible por el que viene a darse por sentado que, de haberse encontrado en una situación similar, los franceses habrían actuado de igual manera. A fin de cuentas, antes de la batalla habían desplegado la *oriflamme*, el sagrado estandarte de sangriento color rojo que los franceses ya habían enarbolado en la batalla en épocas de crisis nacional como símbolo patriótico y consigna de *guerre mortelle*: al verla, el enemigo sabía que no podía esperar cuartel alguno. En la práctica, la *oriflamme* no impedía que se hicieran prisioneros; no obstante, era un signo que marcaba a las claras cuáles eran las intenciones del ejército, y sobre todo, un aviso de que nada, ni siquiera la clemencia, habría de ser obstáculo para la obtención de una completa victoria. Enrique no necesitaba símbolos de ese tipo: como hemos de ver más adelante cuando nos ocupemos de los sucesos de Ruán, su feroz ambición y su dureza de

carácter determinaban que encarara todos los desafíos militares bajo el gallardete de su propia oriflama psicológica.

Hay una explicación aún más pertinente para comprender que las fuentes no emitan censura alguna: el juicio de Dios. Nadie estaba dispuesto a discutir el resultado de la batalla, dado que era consecuencia de los designios divinos. En esto están de acuerdo todas las fuentes —tanto las inglesas como las francesas—: Enrique había ganado el combate contra todo pronóstico porque Dios se había mostrado favorable a su justa causa. Desde luego, Enrique reconocía que debía dar gracias a la Providencia, y así lo recoge la siguiente observación de Tomás Walsingham: «El rey, que atribuía todas estas buenas nuevas a Dios, como era su deber, le daba gracias incesantemente, por haberle otorgado una victoria inesperada y haber sometido a sus bárbaros enemigos».[43] Estas palabras recuerdan a las que pueden leerse en los *Deeds of Henry V*: «...lejos de nuestra gente atribuir el triunfo a su propio esplendor y fortaleza; antes bien la sabían emanada de Dios únicamente, de quien toda victoria procede ... A Dios sólo sean elevados el honor y la gloria, por los siglos de los siglos, amén».[44]

Las fuentes francesas no se muestran más reticentes en cuanto a la aceptación de la voluntad de Dios. El monje de San Dionisio, por ejemplo, señala que Enrique debía la victoria a «la especial gracia de Dios», y por consiguiente era preciso concluir que el soberano había sido el instrumento con el que Dios había puesto en su sitio a los franceses, por su «insolencia y soberbia».[45] Una de las fuentes francesas refiere que al explicar a sus nobles cautivos la razón de la victoria, Enrique había aludido a la intervención del cielo y a la rectitud moral: los franceses no podían culpar a nadie de la derrota, salvo a sí mismos, ya que se habían mostrado excesivamente orgullosos —a lo que había que añadir el hecho de que eran unos depravados que habían violado y saqueado iglesias y personas—. Otro autor francés interpreta la calamidad en términos similares: en Francia, «los hombres de valía afirmaban que aquello había constituido un castigo divino y que Dios había querido domar la soberbia de muchos».[46] La idea de que Enrique hubiera dado un escarmiento a los franceses, a

causa de sus muchos pecados, estaba muy extendida. Esto significa que toda crítica de la matanza debía quedar forzosamente silenciada: nadie se habría atrevido a cuestionar las divinas decisiones. Fue uno de esos casos en los que el poder determina claramente el derecho.

Por regla general, los historiadores coinciden en señalar que el devoto Enrique creía firmemente estar cumpliendo la voluntad de Dios. En su regreso a Inglaterra, al ver que salía a recibirle la multitud y que le aclamaba entusiasmada, Enrique adoptó en su desfile triunfal la postura de un humilde siervo de Dios, favorecido por su gracia. Con todo, es fácil —y probablemente necesario— examinar con suspicacia tan divinas justificaciones de la victoria, e incluso poner en cuestión la idea de que todos cuantos vivieron en esa época las aceptaran plenamente. Los propagandistas ingleses manifestaron tener una fe ciega en la justicia de su causa, así que ¿por qué habrían de considerar, como revela Walsingham más arriba, que la victoria fuera «inesperada»? Y no sólo eso: si así veían las cosas, ¿por qué insistir, como explicación de la victoria, en que los ingleses habían realizado una proeza? De manera similar, el juicio último y decisivo de Dios no impidió que los franceses analizaran los errores cometidos en Agincourt: entre los factores que habían contribuido determinantemente al desastre se incluyeron tanto la mala táctica como la escasez de disciplina, además de la baja moral y la desunión política. Los apologistas acabarían por racionalizar de distintos modos la derrota. Como hemos visto más arriba, la mayor preocupación del monje de San Dionisio radicaba en que el descalabro hiciera de Francia el «hazmerreír» de Europa, no en que el acontecimiento implicara un rechazo de Dios hacia su país. Los autores medievales eran asimismo perfectamente conscientes de que las batallas constituían empresas sumamente arriesgadas, y de que las tornas podían cambiar en cualquier momento. Un autor del siglo XIV, Juan de Trokelowe observa lo siguiente: «el desenlace de las batallas nos es desconocido. Pues la espada acaba ora con unos, ora con otros ... y mientras tanto la rueda de la fortuna gira».[47]

Las justificaciones religiosas servían tanto a los intereses del vencedor como a los del vencido. En el caso de este último, el gobernante podía eludir su responsabilidad achacando la derrota a los pecados

del pueblo y la nobleza; del mismo modo, sus súbditos podían concentrar la atribución de imperfecciones morales en la persona del príncipe. En ambos casos, la voluntad de Dios impedía que se atribuyera el descalabro a la incompetencia militar o política, asuntos cuya rectificación resultaba mucho más ardua que la simple purificación obtenida mediante una rápida confesión y el correspondiente arrepentimiento. Para los vencedores, la exhibición de su terrenal poderío se agigantaba aún más con la manifestación de tan magno favor espiritual. Igual que hoy, también en aquella época la reivindicación de una especial relación con Dios arrojaba buenos réditos políticos. ¿Quién podría enfrentarse a un rey o a una nación si Dios se hallaba claramente de su lado? Tras la victoria, rebelarse contra Enrique equivalía a sublevarse contra Dios. Como ya expresara Anne Curry, Enrique explotó al máximo el patente favor divino del que disfrutaba: «La victoria era la manifestación de la voluntad de Dios y ... Enrique era el soldado elegido por la Providencia. Éste era el tipo de argumentos que el propio Enrique estimulaba ... Sus plegarias habían obtenido respuesta. Su tenaz y resuelta determinación de matar en nombre de Dios se había visto recompensada».[48]

De este modo, Enrique no sólo salió de la masacre de Agincourt sin mácula alguna en su reputación caballeresca, sino que vio enormemente acrecentado ese renombre. Resultaba innegable que los prisioneros degollados eran civiles que se habían rendido; habían sido aceptados como prisioneros y por consiguiente, de acuerdo con las prácticas de la época, se les había prometido seguridad. Enrique había quebrantado ese pacto de la forma más notoria y espectacular posible, ya que había ejecutado a decenas, y posiblemente a centenares, de caballeros franceses, todos ellos compañeros de armas cristianos. Y sin embargo, no cayó sobre él censura alguna: la legitimidad práctica y religiosa de la victoria, unida al reconocimiento explícito del imperativo militar, permitió que Enrique no precisara exoneración de ningún tipo por su brutalidad; al contrario, se le exaltó como a uno de los más grandes príncipes de la cristiandad.

Con todo, y a pesar del consenso que observamos en las fuentes, existen indicios que tienden a señalar que la masacre se consideraba

no obstante un acto deshonroso, o cuando menos objetable. ¿Por qué si no habrían de evitar atribuir al rey la orden de la ejecución la mayoría de las primitivas fuentes inglesas que relatan la matanza? Tanto los *Deeds of Henry V*, como las crónicas de Tomás Elmham y Tito Livio omiten intencionadamente que el mandato procediera del soberano (aunque este último autor refiera que Enrique envió a su heraldo con un mensaje amenazante en el que se estipulaba claramente que no habría cuartel). Por el contrario, la crónica Brut y las fuentes francesas señalan específicamente al monarca como autor de la decisión. Puede argumentarse que aquellos que pasan por alto el papel del rey —como Walsingham, que no alude en absoluto a la masacre— lo hacen por considerar que el incidente revestía escasa importancia o significación, y que si más tarde los cronistas ingleses se aferraron a la relevancia del acontecimiento lo hicieron por razones políticas, como forma de alimentar la corriente contraria a la casa de Lancaster (es decir, opuesta a Enrique) en la época marcada por el ímpetu de los York. Sin embargo, con ese mismo planteamiento cabría suponer que el primer movimiento de esa motivación política podría haber pasado asimismo por silenciar el episodio; y en todo caso, el hecho de que los autores posteriores sintieran que podían sacar partido de la degollina quiere decir que percibían en ella algo recriminable. Algunas crónicas, como la de los *Deeds of Henry V*, en esta ocasión compuesta por el capellán del rey (posiblemente Juan Stevens), se concibieron para glorificar a los ojos del gran público al patrón de quien las escribía. El propósito de los *Deeds* era acrecentar la reputación de Enrique en toda Europa, objetivo que habría topado sin duda con notables obstáculos de haber afirmado sin ambages que el rey era el responsable de la matanza de sus caballeros cautivos.

Nadie sabe con seguridad cuántos hombres murieron en esa célebre batalla, ya fueran combatientes o presos. Hemos de descartar las numerosas cifras exageradas que se han aventurado. Si sabemos que las fuentes inglesas exageraron las dimensiones del ejército francés a fin de conferir a la victoria una apariencia aún más impresionante, hay que pensar que, por el mismo motivo, habrán agigantado la cifra de bajas sufrida por el enemigo. (Y como ya hemos visto antes, es fre-

cuente que las fuentes medievales se muestren desconcertantemente caprichosas en lo referente al tamaño de los ejércitos.) Es posible que en el bando francés el número de víctimas llegara a alcanzar la elevada cifra de cinco mil individuos, pero la suma sigue pareciendo excesiva. Las fuentes indican que las bajas inglesas no pasaron de la treintena, aunque muy bien pudieron haber superado el centenar. Todos los cronistas concuerdan en que la diferencia en uno y otro campo fue enorme (como ocurría a menudo en las batallas decisivas de la Edad Media). Se considera que una de las características más sobresalientes de Agincourt son sus índices de mortandad. Otro de sus elementos clave es la matanza de un gran número de prisioneros pese a que podría haberse pedido por ellos un rescate, circunstancia ésta (la de una masacre de tan elevado coste económico) que muchos historiadores juzgan un rasgo único y peculiar. No obstante, se hace difícil sostener que la de Agincourt fuese una carnicería singular: esa afirmación casa mal con la normalidad con la que se ejercía la brutalidad en la guerra medieval, ya fuera antes o después de Agincourt.

A los ojos de las personas de la época, las acciones de Enrique no resultaban tan extrañas: en Francia, sin que hubiera transcurrido aún un mes desde el inicio de su reinado (en enero de 1420), los ingleses mataron a un gran contingente de soldados de la casa de Armagnac, pese a que éstos estuvieran batiéndose en retirada al amparo de un salvoconducto. Y el bastardo de Alenzón degolló a un gran número de prisioneros ingleses en La Rochelle. En el año 1373, en Derval, fue la clara falta de compasión y capacidad de acuerdo lo que determinó que ambos bandos mataran a sus prisioneros: ninguno de los comandantes de las fuerzas enfrentadas se avino a aceptar los términos de la rendición. Los franceses que sobrevivieron a la matanza del histórico choque de Agincourt (a la que hay que añadir la acción realizada al día siguiente, emprendida para liquidar a los soldados heridos que aún continuaban esparcidos por el campo de batalla) fueron muy afortunados, pese a que sólo se les perdonara la vida para encarcelarlos en Inglaterra, donde habrían de permanecer hasta que murieran o se pagara un rescate por ellos: el comandante francés Boucicaut murió en cautividad en el año 1421, y el duque de Orleáns no

pudo abandonar la Torre de Londres hasta el año 1440. La causa de la notoriedad de Agincourt reside más bien en una serie de cuestiones concretas: en primer lugar fue una batalla decisiva e importantísima; además, el respectivo alcance de la victoria de unos y la derrota de otros determinó que los historiadores le dedicaran detallados análisis; a esto hay que añadir el atractivo de Enrique V y la índole simbólica de su papel personal —al que Shakespeare conferirá mayor lustre todavía, expandiendo aún más el ámbito de difusión de su fama—; y, por último, su celebridad se debe fundamentalmente al hecho de haber sido un choque bien reflejado en las fuentes de la época.

Agincourt constituyó una célebre y sensacional victoria, aunque su impacto en los terrenos geopolítico y estratégico no pueda compararse con lo que supuso la toma de Harfleur. Más avanzado su reinado, Enrique tendría que regresar a Francia para dar cumplimiento a su gran objetivo: la conquista de Normandía. No obstante, y a pesar de que en este caso el número de prisioneros relevantes que tomó, así como el valor económico que representaban, supuso un resultado tangible, más importancia tuvieron aún los beneficios impalpables, concretados en el hecho de que Francia perdiera, bien a causa de su fallecimiento, bien por haber sido apresados, a un elevado número de miembros de su más alta aristocracia; en la circunstancia de que Enrique obtuviera una mayor estabilidad en el seno de Inglaterra; y en la ventaja de que este mismo monarca adornara aún más su nombradía como destacadísimo príncipe militar y descollante figura de la caballería. La implacable conducta de Enrique en Agincourt le había granjeado todos estos laureles. La masacre no fue un incidente aislado, sino un acontecimiento más de su despiadada actitud. Volveremos a verle actuar de acuerdo con este tipo de lógica en el asedio de Ruán.

Towton, 1461, y Tewkesbury, 1471

El caso de Agincourt deja al descubierto la fina línea que separa las exigencias del campo de batalla del asesinato calculado, o la escasa distancia que media entre el arrollador ímpetu de la absoluta victoria

y el degüello a sangre fría de los capturados y vencidos. Por regla general, los soldados que huían del campo de batalla tiraban las armas y se deshacían de la armadura para poder huir más deprisa. La urgencia de la velocidad se hacía aún más imperiosa dado que se recurría a la caballería —los «picadores»— para aniquilar al enemigo en desbandada. Sin embargo, a pesar de estos claros signos del cese de las hostilidades —arrojar las armas, quitarse la armadura y abandonar el campo de batalla huyendo, presa del pánico—, seguía considerándose lícito acabar con el soldado que se daba a la fuga. El acto de la rendición, si se realizaba de forma suficientemente obvia, garantizaba la seguridad personal, pero en una huida en masa no existía la posibilidad de entregarse sin asumir un gran número de peligros: podía darse perfectamente el caso de que los perseguidores no estuvieran dispuestos a hacer un alto y ocuparse de la tarea de hacer prisioneros, dando con ello tiempo suficiente para que los demás —entre los que podía haber algún personaje de alto rango— llevaran a buen fin la fuga. La desbandada era el telón de fondo de una oportunidad: la de hacerse con los laureles de una victoria ya lograda; en tales casos, y a diferencia del choque de Agincourt —en el que no se había dicho aún la última palabra—, la toma de prisioneros no suponía ninguna ventaja militar inmediata en el campo de batalla. Expulsar al enemigo del escenario de la contienda constituía sin duda una actividad acompañada de grandes descargas de adrenalina: el ardor de los combates y la sed de sangre de una lucha a vida o muerte hacían que muchos soldados siguieran actuando bajo la influencia del enardecimiento aniquilador. La pausa que tuvo lugar en Agincourt dio tiempo a que los combatientes se recobraran de la inmediata crisis psicológica y física de la batalla; ese hecho, unido a la circunstancia de que los prisioneros ya habían sido puestos a buen recaudo, indica que en este caso la masacre se realizó a sangre fría y que no se trató del exterminio febril de un enemigo derrotado y en desbandada producido como consecuencia de la furia bélica.

En una análisis de la batalla de Towton, ocurrida en 1461 —la más sangrienta contienda jamás librada en suelo inglés, cuyo colofón fue además una infame fuga generalizada—, se ha puesto reciente-

mente de manifiesto el punto en el que puede trazarse esta delgada línea roja. A mediados de la década de 1990, al pedirme una fundación que estudiara y valorara una propuesta destinada a realizar una excavación arqueológica en las fosas comunes en que se enterraron los cadáveres de los fallecidos en esta batalla, me agradó dar mi aprobación, puesto que tenía la esperanza de que los trabajos permitirían obtener fecundos hallazgos. La realidad superó todas las expectativas, y el resultado fue un importante libro y un documental de televisión. El análisis de los esqueletos extraídos de las fosas suscitó la hipótesis de que la desbandada no había sido la causa de la mayoría de las muertes, sino que éstas se debieron a una ejecución de prisioneros efectuada con posterioridad al choque. La batalla, que tuvo lugar en el sur del condado de York el 29 de marzo de 1461, resultó ser el encontronazo que decidió la primera fase de la guerra de las Dos Rosas. Eduardo de York, que por entonces contaba diecinueve años, acababa de autoproclamarse rey a principios de ese mismo mes, pasando a ser Eduardo IV. Desplazó hacia el norte el frente bélico a fin de plantar cara a los seguidores de la casa de Lancaster, con quienes combatió en Towton. No disponemos de ninguna fuente detallada y fiable que nos refiera lo que sucedió en la batalla, pero de las pruebas que han llegado hasta nosotros se deduce claramente que el número de soldados que intervinieron fue excepcionalmente amplio, al igual que las víctimas. A menudo se fija el total de bajas en la cantidad, a todas luces excesiva, de veintiocho mil individuos; la cifra más baja que dan los autores de la época es de nueve mil personas. Todo se alió para hacer de la batalla un acontecimiento particularmente letal, y una de las crónicas señala que «fue tan grande la matanza que los cuerpos de los muertos estorbaban la lucha de los soldados».[49]

El encontronazo de los ejércitos se produjo en medio de una fuerte ventisca de nieve. Un cambio en la dirección del viento redujo el alcance de las flechas del bando de Lancaster, aumentando por el contrario el radio de acción de las de los arqueros de York, desventaja que obligó a los soldados de Lancaster a lanzar un ataque (como habían hecho en Agincourt los artilleros ingleses que luchaban contra las tropas francesas). En la larga e intensa refriega que estalló a

continuación, los partidarios de los York estuvieron a punto de ser definitivamente rechazados, pero el hecho de que los Lancaster carecieran de fuerzas suficientes para conservar la ventaja dio a Eduardo la oportunidad de enardecer el ánimo sus hombres y efectuar un contraataque que rompió las líneas de los Lancaster. A partir de ese instante, lo que había sido un combate extremadamente reñido se transformó en una unilateral carnicería. Todos cuantos se encontraron en situación de hacerlo corrieron a York para refugiarse tras sus muros. Otros huyeron campo a través, cruzando el Bloody Meadow,* nombre muy apropiado para la sanguinaria avalancha que les venía pisando los talones. Otros más se abrieron paso hasta el río Cock, cuyos inclinados ribazos, resbaladizos a causa de la nieve, hicieron que muchos perdieran pie —contratiempo fatal en esas circunstancias—. Los que consiguieron llegar hasta el agua no corrieron mejor suerte: dedicados a buscar frenéticamente un punto por el que vadear el río, se convirtieron en un blanco fácil para la caballería que los cazaba desde las orillas. Los que se lanzaron a la corriente fueron presa fácil de los arqueros: muchos encontraron su fin no a manos del enemigo sino ahogados en las gélidas aguas del río. Fue tal la carnicería que las gentes de la localidad recordarían más tarde una escena en la que el enorme número de cadáveres amontonado terminaba por formar de hecho una represa en el río —punto que pasó a conocerse con el nombre de «Bridge of Bodies»—. Los que lograron llegar a York fueron perseguidos, y un gran número de ellos perecieron a espada en las mismas calles de la plaza, mucho después de que la batalla misma hubiera finalizado. Un cronista nos informa de que cuarenta y dos caballeros de Lancaster se vieron acorralados y terminaron ejecutados. En la guerra de las Dos Rosas el método habitual de despachar al vencido era la decapitación.

Las fosas en que fueron enterrados los cadáveres revelan las heridas, pues aún pueden verse las marcas dejadas en el esqueleto de los soldados: la mayoría de los golpes potencialmente fatales aparecen en la cabeza, el cuello o los hombros, y los impactos se propinaron

* Literalmente, «prado sangriento». *(N. de los t.)*

por detrás. El predominio de este tipo de tajos, en especial los asestados en la cabeza (un cráneo muestra señales de haber recibido ocho impactos en el campo de batalla), indicaría que las víctimas carecían de yelmos, como los prisioneros degollados en Agincourt, lo que abunda en la conjetura de que dichos soldados fueron ejecutados. Felipe de Commines escribe que Eduardo le informó de que, después de la victoriosa batalla, el rey habría montado en su corcel y ordenado a sus hombres que perdonaran la vida de los plebeyos y mataran en cambio a los señores. Esto nos insta a prestar atención al nuevo rumbo que adquieren algunos conceptos relacionados con las órdenes de la caballería militar, un cambio que se observa con particular intensidad en la Inglaterra tardomedieval: los estamentos de mayor rango no sólo habían perdido la seguridad de que se les respetara en caso de ser hechos prisioneros, sino que en muchos casos constituían precisamente el blanco específico a eliminar, como sucedió en Towton.

Por desgracia, y a pesar de la aparente benevolencia de Eduardo para con el soldado corriente, esta actitud no encontró paralelismo en las condiciones reales de la batalla, dado que la lucha no resultaba en modo alguno menos mortal para ellos, como muestra el elevadísimo índice de víctimas comunes registrado en Towton. En este caso, aunque no se matara a los soldados rasos una vez convertidos en prisioneros, y por tanto en civiles, lo que sucedió fue que se los aniquiló en masa al arrojar las armas y tratar de huir del campo de batalla. Muchas de las heridas encontradas en los esqueletos podrían ser similares a las de las víctimas de una ejecución, pero también son señal del traumatismo sufrido por unos hombres que huyen en desbandada y son abatidos por sus perseguidores.

Otra de las batallas de la guerra de las Dos Rosas confirma el incremento del riesgo que corrían los caballeros y los miembros de la nobleza: el choque de Tewkesbury, en el condado de Gloucester, ocurrido una década más tarde, el 4 de mayo de 1471. Una vez más, Eduardo IV derrotó a los Lancaster, y esta vez conseguiría consolidar definitivamente el trono. Y también en esta ocasión volvió a producirse la estampida de los vencidos. En esta última fase de la ba-

talla, cuando se desperdigaban presas del pánico las tropas, encontró la muerte el príncipe Eduardo de Lancaster, pretendiente al trono en disputa. Las fuentes refieren que pidió cuartel en vano; la crónica de Crowland, considerada la más fiable, sostiene que se golpeó deliberadamente al príncipe, así como a otros altos personajes de Lancaster, y que todos ellos fueron eliminados en cuanto fue posible. Otros, entre los que se encontraba el duque de Somerset, eludieron la matanza inicial y se refugiaron en la iglesia de la abadía de Tewkesbury, afirmando que se acogían a sagrado. Al principio, mientras todavía se sentía magnánimo por efecto de la euforia que sentía tras haber ganado tan decisiva batalla, Eduardo perdonó la vida a los allí refugiados. No obstante, pronto cambió de parecer y renegó de su clemencia: dos días después de la refriega ordenó a sus tropas penetrar en la iglesia y sacar a los Lancaster a rastras. Todos fueron ejecutados de forma sumarísima. Entre los decapitados se encontraba el duque de Somerset y una notable figura religiosa: Juan Langstrother, prior de la Orden de San Juan. La crónica de Warkworth cuenta que este clérigo

> fue apresado junto a otros y más tarde decapitado en el mismo lugar en que el soberano les había perdonado, en la iglesia abacial de Tewkesbury ... Un sacerdote se hallaba celebrando misa y con el sacramento en las manos, cuando de pronto irrumpió en el templo el rey Eduardo con la espada desenvainada. [El cura] le conminó, en virtud del sacramento, a conceder a todos el perdón ... Debían haber podido partir y salvar la vida; sin embargo, el lunes siguiente se les decapitó, a pesar del perdón del rey.[50]

En la iglesia de Didbrook, a dieciséis kilómetros de Tewkesbury, también se produjeron matanzas de personas acogidas a sagrado. Los apologistas de Eduardo esgrimieron el dudoso argumento de que no había llegado a declararse en ningún momento que el de Tewkesbury fuese un recinto en el que poder acogerse a sagrado. Lo afirmaban así con la esperanza de atenuar el desprecio mostrado por Eduardo hacia las normas religiosas y la realidad de que sus soldados hubiesen matado de hecho a varios Lancaster en el interior de la pro-

pia iglesia. Era, desde luego, una simple justificación urdida para enmascarar la cínica brutalidad del acto. Se ha argumentado que Eduardo tenía todo el derecho a ordenar la eliminación de sus prisioneros: se trataba de hombres culpables de un delito de traición al rey; había algunos incluso que ya habían sido perdonados antes por idéntica fechoría. Sin embargo, la razón misma de la guerra de las Dos Rosas radicaba en la circunstancia de que quienes combatían al «rey» no le reconocían como monarca legítimo. Como siempre, el poder impone el derecho.

Era cosa común que se explotase la confusión de la guerra para tratar de correr un velo sobre algunos actos cuestionables que más tarde habrían de considerarse un factor de la gloriosa victoria. En Tewkesbury murió también otro Eduardo, en este caso el príncipe de Gales. No se sabe con seguridad cómo terminó, aunque las fuentes de la época sugieren que fue abatido cuando huía de la batalla pidiendo socorro a gritos a su cuñado, el inveterado oportunista Jorge, duque de Clarence, que luchaba en el bando del rey. La desaparición de Eduardo significaba la desaparición instantánea de la casa de Lancaster, y la inmediata disminución de las amenazas que se cernían sobre el trono de Eduardo IV. Las ejecuciones posteriores a la batalla reforzaron aún más esta mengua del peligro.

Podemos observar motivaciones de carácter similar en la batalla de Shrewsbury, que se desarrolló el 21 de julio de 1403. En ese choque, el usurpador —el rey Enrique IV— se enfrentaba a un ejército rebelde encabezado por sir Enrique Percy, conde de Northumberland (más conocido por el apodo de «Hotspur»*). Una vez más, el objetivo era el propio trono de Inglaterra. Con tan importante recompensa en juego se desechó, antes incluso de que comenzara el enfrentamiento, todo vestigio de ideas caballerescas. Como ha señalado Alistair Dunn, «en Shrewsbury, el objetivo de cada uno de los bandos era nada menos que la aniquilación del enemigo, y, de ser posible, la eliminación de todos los parientes y seguidores del vencido

* El apodo, que literalmente viene a significar que el conde era propenso a abusar de las espuelas, alude a su temperamento impulsivo. *(N. de los t.)*

que pudieran ser derribados y muertos».[51] El linaje elevado y una encumbrada posición jerárquica no fueron garantía alguna en esta fecha sangrienta. En el bando de los leales a Enrique, sir Walter Blount, portaestandarte del rey, y el conde de Stafford, junto con su séquito de caballeros, fueron todos ellos abatidos. El hecho de infligir tales pérdidas al ejército del monarca no conseguiría sino empeorar la suerte de los rebeldes, tras su derrota. El ilustre Tomás Percy, conde de Worcester, rogó por su vida, pero fue inmediatamente decapitado. Al preguntársele qué suerte debían correr los prisioneros rebeldes, el general de los leales a Enrique, sir Juan Stanley, dio a sus tropas las siguientes instrucciones: «¡Incendiad y matad! ¡Incendiad y matad!». La flecha que llevaba clavada en la garganta en ese momento no le predisponía precisamente a la clemencia, y tampoco le inclinaban a ella las importantes pérdidas que estaba sufriendo el ejército del rey. Una vez más —y éste es un tema que se repite a lo largo del libro—, no debe subestimarse el papel que en la Edad Media desempeñaba la venganza en la perpetración de atrocidades militares. En la fosa en la que fueron enterrados los rebeldes se encontraron cerca de mil quinientos cadáveres. La proximidad temporal entre la matanza ocurrida en el propio campo de batalla y la ejecución de los prisioneros, realizada inmediatamente después, cuando aún no había terminado de asentarse la polvareda levantada por el choque, contribuye a dificultar la distinción entre una y otra masacre, pese a que fueran acontecimientos independientes. La sanguinaria conducta del combate encontró posiblemente cauce para descargarse en la segunda degollina, una vez que la lucha hubo cesado.

Conclusiones

En la guerra medieval, la matanza de prisioneros de alto rango continuó siendo una excepción a la norma, pero en Inglaterra había comenzado a serlo menos a partir del desastroso reinado de Eduardo II, ya que después de él, como hemos visto, las motivaciones y justificaciones políticas comenzaron a depender del contexto militar.

Antes del reinado de Eduardo, los duros escarmientos impuestos a los enemigos derrotados de cierto renombre estaban a menudo asociados con actos de humillación, pero no con medidas mortales. Al ser hecho prisionero en Alnwick en 1174, se aplicó a Guillermo el León, rey de Escocia, el habitual castigo de atarlo a la cola de un caballo y arrastrarlo. Cuando las fuerzas leales inglesas derrotaron en 1217 al príncipe Luis, hijo y heredero de Felipe II de Francia, le obligaron a firmar el tratado de Lambeth en paños menores. (Luis trató de paliar en parte esa forzosa penitencia cubriendo con un manto sus vergüenzas.) El encarcelamiento y los grilletes eran ya situaciones suficientemente insultantes de por sí, pero quienes vivieron en la misma época que el rey Juan sin Tierra consideraron que había dado un trato excesivamente vengativo a los prisioneros capturados en Mirabeau, cerca de Poitiers, en el año 1202, ya que los mandó llevar en procesión hasta la mazmorra maniatados sobre unos carromatos. Este gesto se juzgó especialmente humillante, dado que sugería connotaciones asociadas con el carretón en que el verdugo conducía al patíbulo a los condenados. (Como ya hemos visto anteriormente, los presos de la aristocracia consideraban que la horca constituía la forma más degradante de ajusticiamiento, puesto que era un castigo que se relacionaba con el correctivo habitualmente aplicado a los delincuentes comunes.) El hecho de que veintidós de los encarcelados por Juan terminaran falleciendo a consecuencia de las duras condiciones en que se les tuvo recluidos se interpretó como el colmo de las ofensas y fue causa de que muchas de los principales personajes de Francia y Normandía se pasaran al bando francés. Entre los años 1203 y 1204, fechas en las que el rey Juan tuvo la imperiosa necesidad de encontrar aliados, fueron muy pocos los que se animaron a prestarle ayuda para salvar su ducado de Normandía: el trato que había dispensado a los prisioneros capturados en la guerra le había granjeado la animadversión de un crucial conjunto de apoyos y se había revelado por tanto de lo más contraproducente.

Como hemos visto, era mucho más sencillo escarmentar a los soldados rasos, o a la «plebe» como a veces se les denomina en las crónicas: a ellos se los eliminaba por lo común sin demasiados escrú-

pulos de conciencia. Especial peligro corrían en caso de derrota los ballesteros y los arqueros, lo que da fe de su mortal eficacia y de la sed de venganza que despertaban en los camaradas de los caídos. Según ya hemos expuesto más arriba, Saladino no se mostró benevolente con los ballesteros. En el año 1153, el conde Enrique de Anjou (que muy pronto habría de convertirse en Enrique II) perdonó la vida a los caballeros del castillo de Crowmarsh, pero ejecutó a sus sesenta arqueros. El rey Juan sin Tierra garantizó la seguridad de la guarnición de Rochester en 1215, pero mandó ahorcar a los ballesteros. Enrique III hizo decapitar a más de trescientos arqueros durante la guerra civil de 1264. Incluso en los primeros años del período dorado de la caballería, cuando los caballeros aún tenían menos que temer de sus oponentes —con frecuencia miembros de su propia familia— y era frecuente que no muriera sino un reducido número de hidalgos en las contiendas, resultaba habitual despedazar en tropel a los integrantes de los cuerpos de infantería, como sucedió en Dol en el año 1173. En 1106, en Tinchebray, Normandía, Enrique no perdió más que dos caballeros, pero encajó la baja de más de doscientos infantes.

Con todo, esta noción requiere algunas matizaciones. Es ya un estereotipo considerar que los soldados de los estamentos inferiores eran degollados simplemente por el hecho de no poseer valor de rescate alguno. Esto no es cierto, como veremos en un capítulo posterior. Sin embargo, en ciertas situaciones y determinados lugares, las circunstancias podían dictar otra cosa, bien porque no existiera la posibilidad práctica de permitir que los infantes conservaran la vida, bien porque no resultara posible hacerlo por razones de prudencia militar. Un ejemplo de este último imperativo podría ser el de una campaña de rápido avance en la que los captores no pudieran detenerse a esperar los rescates. También podía repetirse el mismo aprieto en caso de que no resultase factible para los familiares seguir los pasos del ejército cargados con el dinero o los bienes solicitados para la liberación del preso, en especial si los soldados cautivos habían librado la batalla lejos de sus hogares. En crudos términos económicos, la custodia de los prisioneros también podía suponer un estorbo

de cara a la consecución de botín. Ya henos visto ejemplos de esto último al analizar los casos de Agincourt, Acre y Wexford, choques en los que el número de prisioneros resultó ser notablemente problemático. Las cifras de muertos en las filas de la infantería es también un reflejo de la realidad militar: el soldado de a pie rara vez contaba con la protección de una armadura comparable a la del caballero; y carecía por definición de un caballo que pudiera facilitarle una rápida huida del campo de batalla.

Aunque los soldados de infantería eludieran la ejecución a manos de sus captores, podía suceder que no lograran escapar a un terrible castigo. Rogelio de Wendover describe uno de los rutinarios escarmientos que solían imponérseles. En el año 1228, durante la cruzada albigense, el conde de Tolosa tendió una emboscada a una fuerza francesa e hizo prisioneros, o eso piensa Wendover, a unos dos mil enemigos. «Tras dejarlos en cueros, el conde ordenó sacar los ojos a unos cuantos, cortar las orejas y la nariz a otros, y amputar manos y pies a un tercer grupo; después de haberles mutilado tan humillantemente, les envió de vuelta a casa, como deforme espectáculo para sus compatriotas franceses.»[52] Tanto con este tipo de acciones como con las matanzas multitudinarias, lo que se pretendía era hacer una demostración práctica que no sólo sirviese de advertencia al enemigo, sino que le hundiera la moral, le dificultara el reclutamiento de nuevos efectivos, o simplemente redujera por medios físicos la cifra de hombres en condiciones de combatir. No obstante, a medida que la Edad Media fue alcanzando sus fases más tardías, comenzó a reducirse la frecuencia de las mutilaciones, puesto que la *guerre mortelle* se hizo más habitual y los ejércitos se mostraron cada vez menos proclives a cargarse con un gran número de prisioneros, fueran del rango que fuesen. Entre los años 1451 y 1453, en su guerra contra Gante, Felipe el Bueno, duque de Borgoña, ordenó explícitamente el degüello de todos los prisioneros: como se trataba de rebeldes no merecían otra cosa. En los siglos XV y XVI, los mercenarios alemanes y suizos —espinazo de más de un ejército nacional— destacaban por no hacer prisioneros. De este modo, en una orden de guerra emitida en marzo de 1476 se cursó la instrucción de que no debían tomarse pri-

sioneros, dado que era preciso dar muerte a todos los soldados enemigos, con independencia de su rango. El resultado fue la aniquilación de unos seis mil italianos. Siempre que existiera la posibilidad de llevarla a cabo, la eliminación física del enemigo a semejante escala era una medida de carácter eminentemente práctico, un acto que, sólo por sus dimensiones, cabe calificar de puro salvajismo.

Las matanzas generalizadas podían incluso asumirse y ser presentadas como una acción que redundaba en el bien común, en especial si afectaba a los mercenarios —que no sólo eran odiados por todos, sino que tampoco se distinguían precisamente por su tendencia a la piedad—. Los mercenarios del bando perdedor apenas podían esperar clemencia. No se tuvo ninguna en la Inglaterra del año 1174 con los flamencos, ni tampoco con los que guerrearon en Bouvines en 1214 —de hecho, la feroz resistencia que opusieron al final venía a ser una desesperada forma de admitir la suerte que les esperaba si resultaban vencidos—. Cuando Felipe Augusto se movilizó contra los *routiers* (es decir, las bandas de mercenarios salteadores de caminos) en el año 1182 recibió grandes elogios por haberse mostrado implacable. También le apoyaron con todo entusiasmo las asociaciones locales de personal civil que organizaban su propia defensa, ya que sumaron sus fuerzas a fin de ahorcar a quinientos *routiers* en una multitudinaria ejecución. Desde luego, los reyes siguieron empleando a un gran número de mercenarios en sus ejércitos (y Felipe Augusto tanto como el que más), y sus cabecillas —como Cadoc, Mercadier y Juan Hawkwood— recibían tierras, honores y títulos como recompensa. La guerra fue la profesión que mayores posibilidades de medro social ofreció a lo largo de todo el período medieval.

El trato dispensado a la «plebe», a los toscos *rustici*, tampoco era como para predisponerles a quitarse gentilmente los bonetes al enfrentarse a sus superiores sociales en el campo de batalla. Eran frecuente que estallasen levantamientos campesinos, y a veces de dimensiones lo suficientemente grandes como para representar una amenaza para el orden social: es el caso de la Jacquerie de la Francia del siglo XIV, de la revuelta campesina de 1381 en Inglaterra, y de la similar rebelión ocurrida en Alemania entre los años 1524 y 1525.

En el año 1302, los burgueses y los labriegos que derrotaron a la flor y nata de la caballería francesa en Courtrai pudieron haber obtenido una fortuna en rescates. Sin embargo, en vez de optar por esa posibilidad, y siguiendo las órdenes dictadas, que les instaban a «eliminar a todo aquel que llev[ase] espuelas», dieron muerte al cuarenta o 45 por 100 de los caballeros franceses, entre los cuales se contaba su ilustre capitán, el conde Roberto de Artois. En 1217, en la batalla naval de Sandwich, los derrotados caballeros franceses prefirieron zambullirse en las aguas del Canal de la Mancha a rendirse a los alguaciles ingleses; sólo tras grandes esfuerzos consiguieron los caballeros del bando vencedor evitar que dichos alguaciles ejecutaran *in situ* a treinta y dos hidalgos franceses hechos prisioneros al ser abordada su nave. Mucho les ha dado que hacer a los historiadores la matanza de los prisioneros nobles en Agincourt, acción que corrió a cargo de los arqueros de los estamentos inferiores; sin embargo, Crécy, la otra señalada victoria de los ingleses en la guerra de los Cien Años, también ha quedado viciada por una masacre. Froissart describe lo que sucede cuando soldados no pertenecientes a las órdenes de caballería rondan el campo de batalla después de que hayan terminado las hostilidades:

> Entre los ingleses había saqueadores y tropas irregulares, hombres de Gales y de Cornualles armados con dagas que iban en busca de franceses y que, al ver a alguno en dificultades, ya fueran condes, barones, caballeros o pajes, los mataban sin compasión. Debido a esto, fueron muchos los degollados esa tarde, con independencia de su rango ... Más tarde el rey de Inglaterra se enfadaría por no haberse hecho a ninguno prisionero a cambio de un rescate, pues el número de señores muertos era muy alto.[53]

Una escena ocurrida en Bouvines en el año 1214 resume adecuadamente el papel de las clases sociales en el campo de batalla. El conde de Boulogne, uno de los generales aliados contra Felipe II de Francia, queda atrapado bajo su caballo. Animado por el competitivo y jugoso negocio de la petición de rescates, media docena de caballeros franceses se enzarzan, en pleno combate, en una acalorada disputa

para decidir a cuál de ellos le corresponde el derecho de hacer prisionero al conde. Mientras tanto, merodea cerca del conde un joven de baja extracción sin perspectiva alguna de recibir la menor parte de un futuro rescate. Puñal en mano, asalta a la infortunada víctima, alternando los pinchazos que le propina con los intentos de arrancarle la armadura para asestarle el golpe fatal. Durante todo el episodio, el conde no deja de gritar, pidiendo que cualquiera de los caballeros le haga prisionero y garantice de ese modo su seguridad.

La falta de disciplina podía contribuir a la masacre de prisioneros, y así sucedía efectivamente en algunas ocasiones. Sin embargo, por cada ejemplo de desorden militar que pueda encontrarse en la época medieval, existen contraejemplos en los que las matanzas obedecen estrictamente a las órdenes dadas, incluso después de la batalla, estando todavía encendido el ánimo sanguinario de los soldados y predominando en todos el ansia de encontrar botín. En 1214, avanzado ya el día de la gran victoria francesa de Bouvines, comenzaron a sonar los clarines que tocaban retreta, a fin de que se recogiesen en el campamento los franceses que recorrían el campo de batalla localizando a los enemigos heridos y haciéndose con las pertenencias de valor. Había sido el rey Felipe quien emitiera la orden, preocupado por la posibilidad de quedarse con un insuficiente número de hombres para custodiar la inmensa redada de prisioneros que tenía en su poder, muchos de los cuales poseían un gran valor político. Temía asimismo que algunos elementos del enemigo derrotado pudieran reagruparse y tratar de rescatarlos. De haber sido otras las circunstancias de tiempo y lugar, como en Agincourt, los cautivos no habrían sido quizá tan afortunados y no hubieran conservado la vida. De hecho, la disciplina era con frecuencia un factor esencial de las masacres: en Waterford, la ejecución de los prisioneros no se produjo sino como resultado de una deliberación, y a pesar de que hubiera destacadas voces opuestas a la decisión. En Agincourt, la matanza se efectuó precisamente porque los arqueros y los alguaciles demostraron ser más disciplinados que los caballeros, que se habían insubordinado. Privarse de los inmediatos beneficios de la guerra requería un notable esfuerzo de contención, pero se hacía posible debido a la implacable presión del imperativo

bélico. En su *Book of Chivalry*, un texto escrito a mediados del siglo XIV, Godofredo de Charny se muestra consciente de los peligros que encierra dar mayor importancia a la ganancia económica personal que a la victoria militar del grupo:

> Ocurre frecuentemente, a causa ... de aquellos que andan buscando despojos antes de que termine la batalla, que lo que se creía ya ganado venga a perderse, y con ello la vida y la reputación de muchos. También se da el caso, en relación con las gentes muy ansiosas de botín, de que mientras dura la acción en el campo de batalla, hay un cierto número de hombres que prestan más atención a la procura de prisioneros y otras ventajas, y que una vez se han apoderado de ellos y se han hecho con otros trofeos muestran más celo en salvaguardar a sus cautivos y en poner a buen recaudo sus despojos que en contribuir a lograr que el choque tenga un feliz desenlace.[54]

Enrique V dejó claro que no iba a ser eso lo que sucediera en Agincourt. La motivación económica no era en sí misma perjudicial —de hecho, constituía un notable incentivo militar en lo tocante al reclutamiento y la arenga de las tropas—. Sin embargo, a menudo se juzgaba necesario suprimir ese estímulo a fin de favorecer el logro de mayores metas militares y políticas. En los casos que estudiamos en este capítulo, los prisioneros de valor terminaron siendo ejecutados y sus rescates se perdieron para alcanzar un objetivo militar de orden superior. Y es que por mucho acicate que supusiera para las tropas propias la perspectiva de ganancia, el miedo era a menudo un mayor elemento disuasorio para las del enemigo.

A los ojos de los generales de más despiadada eficacia, el miedo aparecía como una de las armas más potentes. Y si los estudiosos de la historia se han acostumbrado a las caballerescas bravatas de las crónicas medievales y las *chansons de geste*, los escritos de la Edad Media que han llegado hasta nosotros no esconden el terror a que debían hacer frente en la batalla los soldados del bando del propio autor. En el año 1104, en Tierra Santa, Rafael de Caen refiere que el arzobispo Bernardo fue uno de los cruzados que se dio a la fuga ante el empuje de los musulmanes: «Su corazón quedó acongojado por el

miedo. Pidió auxilio a sus compañeros, que también huían ... Muchos cruzados se hicieron los sordos ante la petición y continuaron galopando, así de duros de oído les volvía el terror. Nadie mostró tampoco la menor simpatía por sus amigos, pues bastante ocupados estaban ya todos con su propio miedo».[55]

Gil de Muisit relata el pavor de los franceses tras la derrota encajada en Courtrai en 1302: «Estaban tan aterrorizados que muchos de ellos ni siquiera eran capaces de probar bocado».[56] En 1327, en York, unos caballeros extranjeros hubieron de encarar la lluvia de flechas que les lanzaban los arqueros ingleses; así recuerda uno de ellos, Juan le Bel, el episodio: «Nunca hubo hombres que experimentaran mayor espanto, y que pusieran en mayor riesgo sus vidas, sin esperanza alguna de regresar jamás a sus hogares, que nosotros en aquel trance».[57] Suger nos transmite el pánico que se apoderó de los franceses durante el asedio de Chambly en el año 1102: «El ejército estaba tan amedrentado que algunos hombres apenas conservaban ya alguna esperanza de salir con vida ... En ese estado de terror insuperable ... hubo quien se mostró dispuesto a huir ... Presos de espanto por la súbita necesidad de darse a la fuga, salieron todos juntos de estampía, sin que nadie hiciera caso a nadie».[58]

La vívida crónica de Joinville, cuyo autor cuenta el período que pasó en 1250 preso de los musulmanes en Egipto, refleja perfectamente la angustia de enfrentarse a una muerte cierta tras haber sido hecho prisionero. Él y sus hombres eran diariamente testigos de la ejecución de un determinado número de cautivos, a quienes por lo general se decapitaba. Los que se negaban a convertirse al islam y los que caían enfermos, como el sacerdote que acompañaba a Joinville, fueron eliminados de forma sumarísima. Los miembros del grupo de prisioneros en el que se encontraba Joinville temían ser sacados a rastras de sus celdas y sufrir la misma suerte. Un día, irrumpieron en las mazmorras unos treinta sarracenos con las espadas desnudas y las hachas listas.

> Pregunté a Balduino de Ibelín, que estaba muy familiarizado con su idioma, de qué hablaban aquellos hombres. Me comunicó que de-

> cían que habían venido a cortarnos la cabeza. De repente, un gran tropel de gente se arremolinó para confesar sus pecados a un monje de la Santísima Trinidad ... Yo, por mi parte, incapaz de recordar que hubiera cometido algún pecado, me pasé el tiempo pensando que cuanto más tratara de defenderme, o de salir de aquel aprieto, peor me iría, así que me santigüé y me puse de rodillas a los pies de uno de los sarracenos que portaba un hacha ...[59]

Un caballero camarada de Joinville se confesó con él, y éste le absolvió. Sin embargo, un instante después —tan grande era su miedo—, Joinville era incapaz de recordar una sola palabra de lo que se le había dicho. Los sarracenos no mataron a los cruzados, sino que los condujeron a la bodega de otro barco, donde fueron amontonados en muy poco espacio, esperando en todo momento ser sacados de allí y degollados uno a uno. Pasaron la noche aterrorizados, entre inmundicia y miseria, hasta que pasó la amenaza de ejecución.

El miedo podía hacer que los ejércitos se desmoronaran o quedaran debilitados por las deserciones —en ocasiones incluso la de sus cabecillas—: Esteban de Blois abandonó la Primera Cruzada y Joinville vio a importantes nobles salir huyendo de la batalla de Al-Mansurah en 1250. Esto hacía que las previsiones malsanas y catastróficas resultasen un importante componente del arsenal de un comandante. Se afirma que en el año 1337, el caballero Juan de Beaumont dijo que «estando en la taberna bebiendo vinos espiritosos», los caballeros se sienten con bravura suficiente para responder al reto del más formidable de los oponentes, «sin embargo, cuando ... partimos al trote para lanzarnos a la carga, con las rodelas pasadas en torno al cuello y las lanzas en ristre, cuando el terrible frío nos hiela hasta la médula y sentimos los miembros molidos por delante y por detrás, cuando se nos acerca el enemigo, entonces desearíamos encontrarnos en una cueva tan grande que nadie alcanzase a vernos en forma alguna».[60] Este espanto crecía aún más cuando se tenía noticia de que un enemigo era particularmente despiadado. En 1304, varios nobles franceses trataron de persuadir a Felipe el Hermoso instándole a poner fin a la guerra contra los flamencos porque no hacían prisioneros.

La venganza fue uno de los elementos que determinaron el trato que Carlomagno dispensó a los sajones, y también intervino en la matanza de musulmanes que perpetró Ricardo Corazón de León en Acre. Sin embargo, el deseo de infundir miedo desempeñaba un papel no menos importante. En Agincourt, Hattin y Wexford, la voluntad de aterrar constituyó uno de los objetivos primordiales —y después se revelaría, además, sumamente eficaz—. En el cerrado, incluso claustrofóbico, clima de un asedio, el miedo adquiría la potencia de un arma aún más potente y devastadora, como veremos en el próximo capítulo.

4
Asedios

La historia conoce en los asedios algunas de las más importantes escenas bélicas de la Edad Media, y muchas de sus peores atrocidades. El acontecimiento inmediato y local del cerco; la gran proporción de civiles que habitualmente se veían implicados, lo que incrementaba aún más el ya significativo número de soldados comprometidos en la operación; la crucial trascendencia del bloqueo en el éxito o el fracaso de una campaña; las, en muchas ocasiones, asombrosas cantidades de dinero, recursos y tiempo invertidos en los asedios; y las leyes particularmente crueles, aunque minuciosamente pormenorizadas, de la guerra de asedio, eran todos ellos factores que, sumados, venían a aumentar la magnitud de las espantosas consecuencias que se abatían sobre los vencidos cuando el enemigo abría brecha en las defensas de un castillo o de una población e irrumpía por ella para tomar la plaza al asalto.

Puede decirse, sin exageración, que en la época medieval, la guerra se centraba literalmente en los asedios. Los ingleses ganaron la totalidad de las grandes batallas de la guerra de los Cien Años —Crécy, Poitiers, Nájera y Agincourt— pero al final salieron derrotados porque se vieron obligados a rendir sus baluartes en numerosos asedios. Las guerras se hacían para obtener el control de los territorios, y éstos se dominaban gracias a los castillos. La popular imagen del castillo que yergue su formidable y solitaria solidez y preside el paisaje rural de las diferentes comarcas, no nos indica sino parcialmente su función. La mayoría de los castillos se levantaban en el interior de pueblos y ciudades, las cuales estaban a su vez, por regla ge-

neral, amuralladas, lo que creaba varias líneas de defensa. El mismo hecho de que la densidad de población sea un reflejo de una importante concentración de riqueza, de una intensa producción económica, y de la presencia de instituciones de la administración central, convertía a los grandes núcleos demográficos en blancos de primer orden en las campañas militares. En los lugares en que se construían castillos aislados, como en las regiones fronterizas o en Tierra Santa, era frecuente que surgieran rápidamente pueblos en las inmediaciones. El evidente efecto de esta simbiosis entre el ámbito militar y el civil era la inevitable y directa implicación en las guerras de la época de personas que no combatían. Incluso en aquellos casos en que los castillos se mantenían apartados de los asentamientos, como aún sucede en la actualidad con el llamado Château Gaillard, que domina la población de Andelys junto al Sena, las fortalezas eran los primeros lugares en que buscaban refugio los habitantes de las comunidades de las inmediaciones si se difundía el rumor de que se aproximaba algún ejército, o si se observaba a lo lejos el humo de los asaltos del enemigo. Los muros de piedra y la presencia de una guarnición permitían que la seguridad de los habitantes fuese en estas plazas mayor que la existente en las poblaciones abiertas, sin contar con que la obligación más importante de un señor feudal consistía precisamente en brindar protección a sus súbditos. No obstante, los castillos distaban mucho de ser estructuras de carácter puramente defensivo; su proliferación en las marcas y las zonas fronterizas es testigo de su función ofensiva, ya que actuaban como bases desde las que lanzar incursiones militares.

Ya fuera en su papel defensivo u ofensivo, el primer cometido de un castillo consistía en subyugar una zona e imponer en ella la autoridad de su señor. La capacidad de lograrlo no dependía tanto de los muros y las torres como de la guarnición que se hallara en su interior: sin los suficientes efectivos, la estructura arquitectónica carecía de toda efectividad. Por esta razón, las guarniciones contaban con soldados a caballo. La caballería desempeñaba un papel imprescindible en las salidas que se hacían para defender los castillos asediados; sin embargo, en la vida de un fortín, este tipo de acciones eran aconteci-

mientos extremadamente raros —si es que llegaban a producirse—, y desde luego no justifican por sí solos el gasto que implicaba el mantenimiento de los animales y los caballeros. Eran las fuerzas de caballería las que determinaban el radio de acción de un castillo. El prestigioso historiador especializado en el estudio de los baluartes, R. Allen Brown, lo explica de este modo: «los efectivos de caballería de la guarnición podían responder con rapidez al peligro y hacerse dueños de la comarca, o cabalgar a su antojo, ya fuera para proteger a quienes dependían del señor, para forzar la lealtad de las comarcas limítrofes, para organizar ataques contra fuerzas de merodeadores hostiles, o aún para asolar las tierras de sus enemigos».[1]

Se ha calculado que el radio de acción de estas actividades debía de rondar los quince kilómetros, una distancia que permitiría que la caballería abandonara la fortaleza con las primeras luces del día y regresara a ella antes de la anochecida. A lo largo del año 1174, en la región central de Inglaterra, los caballeros de Leicester cabalgaban hasta Northampton para saquear la población. Esta versatilidad militar hizo que los comandantes presentes en el campo de batalla, para no caer en una emboscada ni ver rotas sus líneas de suministro, consideraran prioritario conquistar los castillos, o contener al menos su poder. Y lo que resultaba aún más grave, un alcázar sin someter no sólo era un poderoso símbolo de resistencia, sino que, desde una óptica más práctica, podía recibir gran cantidad de refuerzos —tropa que, una vez en el baluarte, encontraría en él una base segura para operar en la zona—. Era habitual que los ejércitos de campaña integraran en su seno a hombres procedentes de las guarniciones de los castillos que encontraban a su paso. Ya fuera con vistas al ejercicio de funciones de defensa o de ataque, las dimensiones de una guarnición venían a constituir un barómetro de la situación en que se hallara el entorno político en cualquier momento dado.

Con todo, este análisis de las guarniciones y de su cometido militar corre el riesgo de resultar excesivamente simplista. Aunque en muchos asedios los soldados eran los únicos que se encargaban de la defensa del reducto, el hecho es que en la mayoría de los casos también los civiles participaban en la lucha. En este contexto, la defini-

ción del concepto «civil» (en el sentido de persona que no combate) es menos clara que la que puede darse en las situaciones propias de un campo de batalla. De un modo o de otro, ya lo hiciesen voluntariamente o por efecto de algún género de coacción, era habitual que los habitantes de una plaza sometida a asedio se vieran obligados a contribuir al empeño defensivo. Muchas ciudades, como sucedía por ejemplo en los estados italianos, se regían por normas de estricto cumplimiento que asignaban papeles predeterminados a sus ciudadanos y los distribuían por determinados barrios de la ciudad, específica y oficialmente designados al efecto. En caso de asedio, toda contribución —ya consistiera en proporcionar agua y comida a los hombres de las murallas, en sofocar incendios, o en dedicarse sencillamente a cualquier actividad económica que aún fuera posible— resultaría por fuerza favorable al esfuerzo que conllevaba la resistencia militar y prolongaría la defensa. El sitiador no tenía forma de saber quién había ayudado a los defensores asediados y quién no. La regla general más segura, y la que adoptaban la mayoría de los comandantes al frente de los asaltantes, consistía en dar por supuesto que todos aquellos que se encontraran tras los muros eran enemigos, dado que, en caso de haber simpatizado con su causa, ¿qué podría haberles impedido rebelarse contra la guarnición y abrir las puertas? (Naturalmente, los generales intentaban explotar el temor de los civiles para lograr que ése fuera exactamente su proceder.) La confusión del campo de batalla tenía al menos la virtud de señalar de forma clara e identificable al enemigo combatiente; las situaciones de asedio, pese a resultar más fáciles de delimitar, permitían que los muros de piedra ocultaran a los que realmente combatían. El hecho de que muchos de los que defendían activamente las murallas fueran civiles no conseguía sino convencer aún más al comandante que capitaneara el asedio de que debía considerar colectivamente responsables de cualquier cosa que pudiera sucederle a sus tropas a todos cuantos se encontraran en el interior del recinto amurallado. Simón de Montfort, cabecilla de la cruzada albigense, murió en el año 1218, mientras ponía cerco a la ciudad de Tolosa, a consecuencia del impacto de una piedra lanzada por unas mujeres que manejaban una catapulta.

Apenas puede extrañarnos por tanto que las crónicas hayan dejado constancia de las horrendas consecuencias que podían derivarse de la conquista al asalto de una plaza fortificada, dado que apenas se hacía distinción alguna entre los vencidos y que prácticamente todos eran pasados a espada. Aún así, los episodios trágicos en los que una plaza asediada terminaba corriendo esta suerte, pese a ser muy numerosos, no fueron excesivamente abundantes en términos relativos, ya que hay que tener en cuenta los miles de cercos que se produjeron a lo largo de la época medieval. Además, en las ocasiones en que el ejército sitiador tomaba efectivamente al asalto el bastión, hemos de tratar de distinguir los hechos de las exageraciones. Como veremos al estudiar los asedios, y según ya hemos comprobado en el caso de las batallas, era más probable que se produjera una masacre a consecuencia de cálculos y de planes premeditados que por efecto de la simple sed de sangre provocada por el ardor del combate.

Los asedios en la guerra medieval

El movimiento de los ejércitos en campaña venía dictado habitualmente por la ubicación de los castillos. Los contingentes se dirigían a los baluartes y partían de ellos: unas veces para ofrecerles ayuda en un asedio y otras para sitiarlos, incrementar sus propios efectivos con los miembros de sus guarniciones, añadir más hombres a los destacamentos que los defendían, refugiarse en su interior, hacer acopio de armamento, o realizar maniobras de distracción. Las acciones de los rebeldes y de los franceses en la guerra civil inglesa de 1217 lo refleja claramente. Enrique de Braybrook, sitiado en el castillo de Mountsorrel, en el condado de Lincoln, pidió ayuda al cuartel general de los rebeldes en Londres. Tras un consejo de guerra, se envió una gran fuerza para ayudar a los sitiados. Los asediadores, al enterarse de que se aproximaba este gran contingente de refuerzo, se retiraron a las defensas de Nottingham, y de este modo se levantó el cerco. El ejército de refresco se trasladó entonces a Lincoln, donde uno de sus comandantes, Gilberto de Gante, acaba de poner cerco —tras apoderarse de

la población— a las fuerzas de los partidarios del rey Juan sin Tierra, acantonadas en el castillo. La operación estaba siendo, por el momento, un fracaso. Cuando los miembros del alto mando de las fuerzas realistas se enteraron de la noticia, reunieron sus efectivos en el castillo de Newark y partieron con intención de obligar a Gilberto a levantar el sitio de Lincoln. En este lugar, como veremos más adelante, se libró una batalla poco común aunque crucial, que se zanjó con un rápido repliegue a la seguridad del baluarte londinense. Lo común es que en la mayoría de los escenarios bélicos occidentales de esta época las crónicas registren las campañas básicamente como una sucesión de asedios. Sería difícil exagerar el papel capital que desempeñaban los cercos en la guerra medieval.

No obstante, si en ocasiones se evitaban las batallas, también ocurría de vez en cuando que se intentaran eludir los asedios. Si una pequeña guarnición guarecida en una fortaleza vulnerable y mal aprovisionada tenía que hacer frente a un vasto y bien pertrechado ejército podía suceder que se viera obligada a rendir la posición —y era frecuente que recibiera instrucciones en tal sentido—. No obstante, cuando se aceptaba el envite, los asedios seguían en muchos un desarrollo diferente. La preponderancia de la guerra de asedio desde tiempos muy remotos había dado lugar a unas pautas de combate sorprendentemente reglamentadas. La secuencia que exponemos a continuación dista mucho de ser infrecuente, ya que son muchos los asedios en que puede observarse la puesta en práctica de la mayoría de las etapas o tácticas que vamos a describir. A lo largo de toda la explicación que sigue no estará de más tener en mente la observación de John France: «Los asedios eran simplemente una forma de contienda muy especializada. En ellos se realizaba lo que toda batalla ... se propone hacer: desarbolar los principales activos de las fuerzas enemigas y apropiarse de ellos para utilizarlos uno mismo».[2]

Uno de los primeros pasos que se daban tras el comienzo de las hostilidades —o al percibirse la amenaza de que éstas pudieran estallar— era fortificar y preparar las plazas fuertes para la eventualidad de tener que hacer frente a un asedio prolongado. En el año 1215, al avecinarse la guerra, el rey Juan envió misivas a todos los señores de

los castillos de Inglaterra, ordenándoles que aprovisionaran de víveres y armas los baluartes y que reforzaran sus guarniciones a fin de hallarse en situación de defenderlos en cualquier momento. Los castillos que no hubieran tomado precauciones caían víctima de ataques repentinos. En el año 1221, el conde Guillermo de Aumale supo aprovechar la presencia de una raquítica guarnición en Fotheringay: mandó adosar las escalas y tomó el castillo; en el año 1339, la población de Thun l'Evêque, cerca de Cambrai, sucumbió al abrir las puertas una mañana a fin de dejar que los animales que habían pasado la noche en los corrales salieran a pastar, ocasión que empleó el enemigo que acechaba fuera para irrumpir por sorpresa en la plaza.

Una vez que las fuerzas enemigas acampaban al otro lado de los muros, lo normal era que se entablaran negociaciones, en un empeño destinado a tratar de ahorrar vidas, tiempo y dinero. Si la guarnición se entregaba, se le permitía desalojar el castillo sin sufrir daño alguno, a menudo con todas sus armas e impedimenta. Podían acordarse treguas, siempre de acuerdo con estos parámetros: si no aparecía un contingente de refuerzo en un período de tiempo previamente estipulado, la guarnición rendiría la plaza al enemigo sin que se produjera el menor derramamiento de sangre. En el año 1773, este tipo de pactos jugaron a favor de los asediados en el castillo de Wark, en Northumberland: el señor de la fortaleza, Rogelio de Stuteville, había negociado una tregua de cuarenta días y su espera se vio recompensada con la llegada de una tropa de rescate, con lo que logró salvar el reducto. La fortificación de Bedford se rindió en el año 1215, después de haber expirado, sin que hubiera la más mínima señal de ayuda para la guarnición, la tregua de siete días pactada con los atacantes. Los acuerdos negociados eran salvaguardias imprescindibles, ya que para un baluarte que no hubiera llegado a ningún acuerdo la derrota tenía consecuencias nefastas.

Por lo general, lo que inauguraba formalmente un estado de sitio era el disparo de un cañón o de una máquina de asedio. El asalto a las murallas de un castillo o de una población se producía principalmente de tres formas. En potencia, la forma más rápida de tomar una plaza era hacerlo por asalto. Aunque el resultado fuera con frecuencia

sangriento, los atacantes debían de considerar que los riesgos de un asedio prolongado —el hambre, las enfermedades, las deserciones y el peligro de verse sorprendidos por la irrupción de tropas de refuerzo— eran comparables a las pérdidas que les amenazaban en caso de una acometida. La utilización de escalas para trepar y saltar por encima de los muros era la forma de asalto más arriesgada de todas, y por esta razón se producía en ocasiones por la noche; así fue como Roberto Bruce tomó Perth en 1312. La orden de proceder a una irrupción violenta podía darse en cualquier momento del asedio, pero fundamentalmente se hacía una vez que el martilleo de los proyectiles pesados o la labor de zapa hubiera comenzado a dar sus frutos.

Para machacar las líneas defensivas se utilizaban maganeles, fundíbulos, balistas, torres de asalto y —a partir de finales del siglo XIV— cañones. Los asaltantes dirigían todas estas armas a los puntos débiles del fortín con la esperanza de abrir brecha en él. En 1206, después de haber soportado quince días de ataques, el castillo de Montauban sufría ya tan importantes daños que resultó imposible defender fortaleza del asalto de las tropas inglesas, que consiguieron conquistarlo.

Aunque algunas fuentes identifican con toda precisión los artilugios empleados en el cerco, otras son más propensas a caer en el error y en la generalización. Varias de las traducciones de estas fuentes (realizadas en el siglo XIX) ni siquiera tratan de especificar uno por uno los artefactos que figuran enumerados en el original latino, y sustituyen líneas enteras por la simple mención de «máquinas de asedio», o bien se limitan a nombrar una o dos y rematan el listado con la expresión «y otros ingenios de guerra». En términos generales, las armas destinadas a sitiar un baluarte entran en una de las tres categorías siguientes: de asalto, de artillería y de ingeniería (en el caso de los zapadores).

El principal instrumento de asalto era la torre de asedio, o atalaya móvil. Se trataba de una gran construcción de madera que se desplazaba sobre ruedas hasta colocarla junto al castillo o las murallas de la población. Por lo general, su empleo precisaba, como azarosa tarea previa, el colmatado de una parte del foso defensivo. Los niveles más

bajos de la torre proporcionaban protección a los ingenieros que operaban en la base del muro, mientras que la concepción de sus pisos más elevados apuntaba sobre todo a dos objetivos. Uno de ellos era el de permitir que un contingente de soldados y arqueros situado en el interior de la torre disparara una lluvia de lanzas y flechas sobre los defensores que se afanaban en las almenas y en el interior de la propia población o de la explanada interior del castillo. Los autores medievales dan fe de la eficacia de esta maniobra. Las torres de mayor tamaño podían disponer incluso de plataformas para otras armas de asedio, como el maganel (véase más adelante). La función primordial de la torre de asedio consistía en tender un sencillo puente de madera o paso con el que salvar el espacio que mediaba entre la torre y el muro a fin de permitir que los soldados sitiadores irrumpieran en la plaza: un modo muy precario, pero también muy eficaz, de hacerse con una fortaleza. En última instancia, así fue como cayó Jerusalén en manos de los cruzados en 1099. El impacto psicológico de ver al enemigo quebrar las defensas y encontrarlo de hecho a la altura de las almenas era muchas veces lo suficientemente fuerte como para desbaratar la determinación de los defensores.

El increíble peligro que conllevaba la acción contrarrestaba cualquier impulso que pudiera empujar a buscar la gloria de ser el primero en cruzar el puente y, si todo salía bien, irrumpir igualmente en cabeza en la fortaleza enemiga. Las torres de asedio se veían sometidas a las fulminantes y concentradas descargas de la artillería defensiva; había que contar asimismo con el omnipresente peligro de caer desde una gran altura; además, era frecuente que las torres fueran inestables y propendieran enervantemente a derrumbarse sobre sí mismas o a caer sobre un costado; sin olvidar la persistente amenaza de ser blanco de las flechas u otros artilugios incendiarios con los que se intentara prender fuego a esas estructuras de madera (las pieles empapadas en agua y otras medidas similares resultaban a menudo una protección insuficiente contra esta eventualidad). Es comprensible que la suma de todos estos peligros terminara por hacer que el asalto con torres gozase de escasa aceptación. Las atalayas móviles eran en cambio un arma de primer orden para los generales que dirigían un asedio.

Algunos incluso las llevaban consigo en sus campañas: así lo hizo Enrique V en el año 1415, pues viajaba con una estructura preparada para un rápido montaje, pero la mayoría se construían directamente sobre el terreno. Era tal la importancia que tenían que en ocasiones se llegaban a desmantelar las embarcaciones de las flotas que venían a socorrer a los cruzados para obtener de ellas la madera necesaria.

La artillería consistía en varias máquinas para lanzar proyectiles. El maganel imprimía una trayectoria relativamente baja a las piedras que arrojaba. Constaba de un brazo de madera en forma de cuchara en cuyo extremo más ancho se colocaba el proyectil. Funcionaba de acuerdo con el principio de la catapulta de torsión, ya que la fuerza con la que salían despedidos los proyectiles dependía de la brusca distensión de una cuerda retorcida. Otra petraria, o máquina para lanzar piedras, era el fundíbulo, un aparato —de tamaño muy superior al maganel— que empezó a utilizarse comúnmente a finales del siglo XII. Consistía en una enorme viga de madera capaz de girar sobre un eje: en uno de sus extremos había un gran contrapeso y en el otro una eslinga con la que se sujetaba el proyectil. A veces la fuerza del contrapeso se sustituía por el esfuerzo de tracción, lo que obligaba a un grupo de hombres a tirar con todas sus fuerzas hacia abajo de unas cuerdas atadas a la viga. Los fundíbulos más potentes podían lanzar rocas de más de una tonelada, lo que tenía un efecto devastador en muchos muros. Eran la artillería pesada de una época que aún no tenía noticia de la existencia de la pólvora. En la práctica, se utilizaban para lanzar a los defensores de la plaza asediada todo tipo de objetos por encima de los muros, incluso animales muertos con los que extender enfermedades, y cabezas cercenadas de soldados capturados, lo que desmoralizaba al enemigo. Eran máquinas de gran importancia estratégica, como refleja el hecho de que se les dieran nombres, como el «Mal vecino» o el «Lobo de guerra». Aún hoy rodean a esta máquina notables controversias e investigaciones, y una de las razones de la polémica —y ciertamente no la menos importante— es que se la ha considerado una innovación de la Edad Media, lo que significa que hay quien piensa que este artefacto pudiera no ser un legado de las guerras de la antigüedad.

Las balistas —y una vez más hemos de poner cuidado en no confundir las denominaciones— eran grandes catapultas o armas similares a la ballesta. Un cabrestante o una cuerda retorcida era lo que proporcionaba la energía con la que salía despedido un pesado dardo u otro proyectil. A diferencia de las máquinas anteriores, ésta era un arma para herir a los individuos, no para demoler estructuras. Un cronista que describe el asedio sufrido por París en el año 885 afirma algo inverosímil: que siete hombres fueron ensartados en un venablo de balista como en un espetón.

Los cañones comenzaron a emplearse a principios del siglo XIV. La descripción más antigua de uno de estos artefactos se encuentra en un manuscrito regalado a Eduardo III en el año 1326. El arma evolucionó rápidamente, pasando de ser un artilugio consistente en una cámara con forma de vasija a presentar el perfil cilíndrico que hoy nos resulta más familiar. Aunque se utilizaron en el campo de batalla, con el transcurso del tiempo pasaron a emplearse sobre todo en situaciones de asedio: inicialmente sirvieron de refuerzo para los ataques con el fundíbulo, pero acabaron sustituyéndolo. Dado que se partía del principio, no del todo correcto, de que a mayor tamaño mejor rendimiento, los cañones de mediados del siglo XV —como el conocido con el nombre de «Chiflada Margot» que hoy puede verse en Gante (la costumbre de identificar los fundíbulos mediante apelativos terminó aplicándose a estas armas de fuego)— llegaron a pesar en ocasiones más de dieciséis toneladas. En el siglo XV, los príncipes de gran poderío económico empleaban baterías de cañones de tamaño más manejable contra poblaciones y castillos. Durante un tiempo, fueron muchas las defensas incapaces de resistir su empuje: el final de la guerra de los Cien Años vino marcado por una serie de rápidos y exitosos asedios —sólo entre los años 1449 y 1450 se produjeron unos sesenta— en los que los franceses utilizaron profusamente los cañones. Con todo, no deberíamos sobrevalorar su impacto: las razones que subyacen a un caso como el del ejemplo francés que acabamos de mencionar pudieron obedecer a motivos tan políticos como técnicos. Poco a poco, los ingenieros y arquitectos militares lograron ponerse a la altura de este nuevo desafío y gracias a sus

diseños se construyeron nuevas defensas capaces de resistir el embate de los cañones. De este modo, los asedios continuaron siendo acciones bélicas de larga duración. Por otro lado, merece la pena recordar que también era frecuente que los asediados utilizaran contra sus atacantes todo el armamento anteriormente descrito.

La labor de zapa era otra peligrosa forma de asalto a una fortaleza, aunque se trataba de la más eficaz de todas. Se excavaba un túnel bajo el muro del castillo o de la población atacada, por lo general con la intención de minar los cimientos de una de las torres. Una vez completada esta primera fase se prendía fuego a las vigas de madera que sustentaban la bóveda del túnel, provocando de este modo el derrumbe de la torre o del particular tramo de muralla afectado. Las crónicas y los documentos medievales señalan que en los asedios se adquiría grasa de cerdo para iniciar los incendios. Los defensores trataban de detectar los trabajos de socava colocando tazones de agua encima de las almenas: las vibraciones causadas por las excavaciones podían provocar ondas en el líquido, lo que indicaba la existencia de actividad subterránea. En tal caso, los asediados también horadaban a veces túneles, lo que en ocasiones daba lugar a combates subterráneos. La labor de minado o de zapa producía un gran temor entre los asediados. En el año 1359, el señor del castillo de Cormicy, localidad situada cerca de Reims, se rindió inmediatamente tras contemplar la galería que se había excavado bajo la torre. Beltrán de Born se burlaba de Felipe Augusto por llevar a sus ingenieros consigo a todas partes, y denunciaba que aquella era una actitud muy poco caballeresca; sin embargo, Felipe fue uno de los jefes militares de más éxito de toda la Edad Media, y debía prácticamente toda su reputación a la gran destreza con la que sus tropas lograban que se desmoronaran las fortalezas.

Otros de los métodos empleados habitualmente en la toma de castillos pasaba por recurrir al subterfugio y la traición. En el año 1224, Luis VIII sobornó a los responsables del puerto de la Rochelle, entonces en manos inglesas, y de ese modo logró someterlo. En torno al año 1342, Beltrán du Guesclin y sus hombres arrebataron Fougères a los ingleses haciéndose pasar por leñadores que traían el

suministro de combustible para los hogares. A veces se añade al episodio el detalle de que du Guesclin y sus hombres se habían disfrazado de mujeres, y que de esta guisa habrían logrado cruzar las puertas del fortín —una de las muchas estratagemas inventadas que se encuentran a menudo en los escritores de la época—; en otros relatos se afirma que, para burlar la guardia, los asaltantes embozados fingían ser una comitiva fúnebre (con un caballero y las armas del grupo ocultas en el ataúd) o una delegación de clérigos llegados con una encomienda de paz.

El bloqueo era la técnica que más tiempo precisaba, y sus horribles consecuencias podían equipararse a las de la conquista por asalto. Los asedios que se prolongaban por espacio de varios meses no conseguían sino extremar el sombrío ánimo de los sitiadores, aquejados por las privaciones, el hambre, la exposición a las inclemencias del tiempo, las enfermedades, la pérdida de compañeros y la lejanía del hogar. La amargura y la rabia que se acumulaban de este modo resultaban verdaderamente terribles cuando se les daba rienda suelta. Los asediados no se encontraban en mejores condiciones; como veremos, su obligado encierro era causa de inenarrables miserias. En el año 1215, la épica y heroica defensa del castillo de Rochester, situado en Kent, llegó a su fin al quedarse sin provisiones los defensores; tras devorar a la última de sus costosas monturas de combate, los soldados se vieron obligados a rendirse. En 1241, el hambre forzó la rendición de la ciudad de Faenza ante Federico II, tras un asedio de ocho meses. Como ya observara Guillermo el Bretón en la década de 1220, «sólo el hambre es capaz de vencer al invencible, y por sí sola puede conquistar ciudades».[3]

Las guarniciones podían intentar romper los asedios y los bloqueos mediante la realización de una salida. Obviamente, los mejor situados para tan decisivo momento eran los soldados a caballo; como es lógico, las fuerzas de los sitiadores tendrían lista su propia caballería para contrarrestar estas amenazas. Las salidas de grandes proporciones podían resultar espectacularmente eficaces, como demostró Simón de Montfort en Muret en el año 1213. Como es lógico, también podían fracasar de forma igualmente estrepitosa, como

sucedió en Taillebourg, al oeste de Francia, en el año 1179: en esta ocasión las fuerzas sitiadoras de Ricardo I repelieron el ataque del grupo de sitiados y los persiguieron hasta obligarles a regresar al interior de la ciudad. Las incursiones también se hacían con el más modesto propósito de arrebatar provisiones a los sitiadores, lo que permitía a los cercados prolongar su resistencia.

Los recursos que era preciso movilizar en una operación de asedio eran siempre muy significativos y su magnitud alcanzaba frecuentemente cifras que se consideraban lesivas para la economía nacional. Michael Prestwich ha expuesto pormenorizadamente las enormes cantidades de material bélico que hubo de emplear en 1266 Enrique III en el asedio de Kenilworth, en el condado de Warwick: se emplearon máquinas de asedio construidas en el bosque de Dean y una torre de asalto traída desde Gloucester; setenta mil saetas venidas de Londres, Lincoln y otros lugares; trescientos haces de flechas de Surrey y Sussex; catorce carromatos repletos de vino; e incluso una ballena, entre otras muchas cosas, con la que garantizar el suministro de comida. «En total, los materiales y los alimentos confiscados para mantener el asedio dejaron exhaustos los ingresos de diez condados, de modo que, en ellos, los representantes de la corona fueron incapaces de aportar la más mínima cantidad en metálico al tesoro público en 1267.»[4] En el largo reinado de Enrique, el de 1267 resultó ser el segundo peor año en términos económicos. Tal concentración del esfuerzo militar (sostenido en este caso por espacio de seis meses), podía hacer que los sitiadores se mostraran ávidos de recompensas si el asedio concluía con éxito. Fue tal el agotamiento que sufrieron ambos bandos durante el asedio de Kenilworth que la guarnición que defendía la plaza tuvo la inaudita buena fortuna de que se le permitiera llegar a un acuerdo y no salir demasiado mal parada del trance.

No era infrecuente que los asedios adquirieran proporciones épicas, como en el caso de Kenilworth. Château Gaillard (1203-1204) aguantó casi seis meses; Crema (1159-1160) resistió siete; Milán (1161-1162) diez; y el castillo de Montreuil-Bellay (1149-1151) cerca de tres años. El hecho de que existiera la posibilidad de que los

asedios terminaran convirtiéndose en tan penosos maratones no era sólo expresión de lo mucho que podía estar en juego en las ambiciosas estrategias políticas y militares de la época; también constituía un reflejo del dilema al que se enfrentaba el alcaide de un castillo, que se veía atrapado entre la espada y la pared. Si gobernaba el castillo por encargo de un señor feudal, entonces el peligro al que se exponía era en ocasiones doble: si no llegaba rápidamente a un arreglo con el asediador no sólo corría el riesgo de que se le condenara a una dura pena de prisión, sino que también podían matarle si el baluarte acababa cayendo; y si se daba demasiada prisa en rendirse existía la posibilidad de que su señor le considerara un traidor y terminara ejecutándole. En el año 1453 el duque de Norfolk declaró lo siguiente: «Se ha visto en muchos reinos y señoríos que por haber sufrido la pérdida de ciudades o castillos sin asedio se matara y decapitara a los capitanes que se los habían dejado arrebatar, siéndoles igualmente requisados sus bienes».[5] La custodia de un castillo o una ciudad era una pesada responsabilidad personal, y entregarlo al enemigo sin permiso (algo que normalmente se concedía), o sin un serio intento de ofrecer resistencia, implicaba un quebrantamiento de la confianza depositada y una violación del juramento de lealtad. Esta responsabilidad no admitía apelación: en 1356, lord Greystock fue condenado a muerte porque el castillo de Berwick, al mando de su lugarteniente, había sido tomado por los escoceses, a pesar de que se había organizado una enérgica defensa y de que en el momento del ataque el propio Greystock se hallaba prestando sus distinguidos servicios al rey de Francia (fue perdonado en 1358). En agosto de 1417, la guarnición francesa de Touques se rindió a Enrique V; más tarde, las autoridades francesas decapitaron a un destacado ciudadano de la localidad por haberse sometido a los ingleses, pese a que el delfín no había enviado refuerzos (y a que se había llegado a ahorcar incluso al mensajero debido a las malas noticias que traía).

El control de los castillos y las poblaciones, símbolos de autoridad territorial, era el objetivo último de la estrategia militar. Como ya hemos señalado en el capítulo anterior, Orderico Vitalis atribuye la conquista normanda de Inglaterra al hecho de que los ingleses ca-

recieran de fortalezas: «Las fortificaciones que los franceses llaman "castillos" eran muy raras en las regiones inglesas y por consiguiente, pese a que los ingleses se mostraban belicosos y audaces, se hallaban en una posición de mayor debilidad para resistir a sus enemigos».[6] Guillermo el Conquistador no llegó a someter enteramente al país en tanto no sembró de castillos toda la campiña. En tanto que símbolos de poder y determinación, los fortines cumplían ya una función militar antes incluso de que se desencadenaran los combates. El emperador Federico II (de la casa Hohenstaufen, conocido como «*stupor mundi*») es un caso paradigmático de gobernante acaudalado que se dedica a construir plazas fuertes a fin de impresionar a propios y extraños. Llevó a sus enemigos milaneses ante su formidable castillo de Foggia, al sureste de Italia, con la intención de que retornaran a Milán e informaran de su formidable poder, logrando así que la ciudad se sometiera. Desde luego, los castillos eran, como muy acertadamente apunta Guillermo de Newburgh, «el espinazo del reino».[7]

Los pillajes, los saqueos y los civiles

En esta breve exposición de la guerra de asedio, es preciso hacer una observación no por obvia menos pertinente: que para los civiles, este tipo de enfrentamientos llevaban aparejados acontecimientos muy distintos a los que tenían lugar en las batallas campales, donde el choque enfrentaba únicamente a los ejércitos contrarios. Los asedios conducían la realidad de la guerra hasta el hogar mismo de la gente. Podría pensarse que esta circunstancia, unida al hecho de que la línea divisoria entre combatientes y civiles se volviera borrosa durante los asedios, habría terminado por concretarse en la promulgación de unas leyes bélicas más refinadas cuya aplicación viniera a sumarse a las muy desarrolladas convenciones que ya se empleaban en las situaciones de asedio. Sin embargo, de producirse algún cambio normativo no fue ésa la dirección que adoptó, pues lo cierto es que los códigos bélicos utilizados en el caso de los asedios se hicieron más simples, e incluso más brutales. Si los soldados podían deponer las

armas en el fragor de la batalla con la esperanza de ser hechos prisioneros, los civiles víctimas de un asalto victorioso debían resignarse a ser pasados a espada con toda impunidad.

Los historiadores medievales y militares no han abordado en toda su dimensión este aspecto de los preceptos aplicados a la guerra de asedio, ya que dan por buena la hipótesis de que en la Edad Media se justificaba la matanza sistemática de una población resistente —hombres, mujeres y niños— sobre la base de los planteamientos bíblicos. Se dice que el fundamento de esta justificación se encuentra en una cita del capítulo veinte del *Deuteronomio*, en el que se especifican las normas que han de observarse en la guerra, y muy particularmente en sus versículos diez a veinte, relativos a las normas que han de regir la guerra de asedio. Sin embargo, los versículos doce a catorce, y quince a diecisiete, siembran la confusión. Los dos primeros, según la traducción inglesa de la Biblia del rey Jacobo, declaran que si una ciudad enemiga no se somete ha de ser asediada: «Yahveh tu Dios la entregará en tus manos, y pasarás a filo de espada a todos sus varones; *las mujeres, los niños*, el ganado, todo lo que haya en la cuidad, todos sus despojos, lo tomarás como botín. Comerás los despojos de los enemigos que Yahveh tu Dios te haya entregado» (las itálicas son mías; *Deuteronomio* 20:13-14).

La principal justificación de una masacre generalizada sale de los últimos versos: «En cuanto a las ciudades de estos pueblos que Yahveh tu Dios te da en herencia, no dejarás nada con vida» (*Deuteronomio* 20:16).

Con todo, el versículo siguiente especifica con toda claridad que las poblaciones a las que se alude son las de los hititas, cananeos y otros grupos bíblicos, todos ellos juzgados irrelevantes por el Occidente medieval. A pesar de esta restricción, las afirmaciones bíblicas se extrapolaron a fin de permitir el exterminio de los habitantes de las poblaciones rebeldes que se hubieran atrevido a desafiar a su amo y señor, designado por Dios. En otras palabras, si se atenía a una interpretación literal de estos versículos, un general sólo podía masacrar a todos cuantos se le opusieran, sin excepción, si los rebeldes eran vasallos suyos, pero no en el caso, como establece claramente el

versículo quince, de que las poblaciones sojuzgadas pertenecieran a otra nación, circunstancia en la que debía aplicarse el versículo catorce, que dicta el perdón para las mujeres y los niños. El comandante debía guiarse por la máxima que le obligaba a no dar muerte más que a los hombres, y sólo a ellos, de las «ciudades muy alejadas ..., que no forman parte de estas naciones» (Deuteronomio 20:15).*

Como ya sucediera en el caso de las normas que se aplicaban en las batallas y a los prisioneros, el empleo de estos mandamientos era tan selectivo e individualizado que en muchas ocasiones carecía de toda significación. La circunstancia de que en la práctica existiesen muchas más posibilidades de invertir el sentido de estos cánones bíblicos que de ajustarse a ellos —los habitantes de una ciudad asediada por el señor local tenían mayores probabilidades de sobrevivir que los naturales de otro país enfrentados a un enemigo extranjero— contribuye una vez más a destacar el escaso rigor con que se aplicaban las leyes bélicas en la Edad Media, y resalta al mismo tiempo el hecho de que su observancia se plegara siempre a las exigencias del imperativo militar.

Jerusalén, 1099

El saqueo sufrido por Jerusalén en julio de 1099 es uno los acontecimientos de la Edad Media que han terminado convirtiéndose en sinónimo de masacre —de masacre motivada además por los extremismos religiosos—, y a tal punto ha cuajado esa asociación que son pocas las atrocidades que puedan equipararse a ésta. Steven Runciman, el más célebre historiador de las cruzadas, considera que «la masacre de Jerusalén causó una profunda impresión en el mundo entero», ya que no sólo horrorizó a muchos cristianos, sino que «fue esta sanguinaria prueba del fanatismo cristiano lo que dio lugar al radicalismo del islam».[8] H. E. Mayer coincide con este parecer: «El

* El texto castellano de todas estas citas procede de la *Biblia de Jerusalén*, traducción de Manuel Revuelta, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1976. *(N. de los t.)*

mundo musulmán quedó profundamente conmocionado por la barbarie cristiana; hubieron de pasar muchos años para que el recuerdo de la carnicería comenzara a difuminarse».[9] No obstante, estudios académicos muy recientes han venido a cuestionar la magnitud de la matanza. De hecho, hoy es pertinente preguntarse si fue la masacre misma lo que más espanto causó o si la sensación de máximo horror no se habría debido a la circunstancia de que haber ocurrido en Jerusalén.

Costó mucho llegar a Jerusalén. En marzo de 1095, el emperador bizantino Alejo I envió una embajada ante el papa Urbano II a fin de solicitar ayuda para hacer frente a las incursiones de los turcos selyúcidas. Los éxitos militares de los turcos les habían permitido apropiarse de una gran parte del territorio bizantino de Oriente; ahora amenazaban directamente la capital imperial de Constantinopla. Alejo esperaba que se le enviaran soldados profesionales; para su gran consternación, asistió a la llegada de una enorme riada de europeos de toda laya que inundó sus tierras. Se presentaban en oleadas, y entre ellos el porcentaje de caballeros y nobles apenas debía de superar el 10 por 100. Se ha calculado que el contingente principal no excedía de los sesenta mil hombres.

Antes incluso de llegar a Oriente Próximo, los cruzados empezaron a avanzar como se esperaba, esto es, haciendo alarde de su ímpetu asesino. En lo que iba a convertirse en el inicio tradicional de toda nueva expedición a Tierra Santa, comenzaron a perpetrar una serie de pogromos contra los judíos de Europa, ya se los encontraran por el camino o no. En el año 1096, en Maguncia, se borró del mapa a una de las mayores comunidades de judíos de Europa. Las fuentes latinas y hebreas nos han dejado un terrible testimonio de los acontecimientos que tuvieron lugar. Alberto de Aquisgrán, en un pasaje que recuerda lo sucedido en Masada en el año 73 d. C., cuenta que los cruzados

> mataban a los judíos, cuyo número se elevaba a unas siete mil almas, mientras resistían en vano a la fuerza y asalto de tantos miles de hombres. Aniquilaban de igual modo a las mujeres, y con las espadas tras-

pasaban a tiernas criaturas, con independencia de su edad y sexo. Los judíos, al ver que el enemigo cristiano no sólo acababa con ellos sino también con sus hijos y que no perdonaban a nadie por su edad, se revolvieron contra sí mismos —hermanos, hijos, esposas y hermanas—, y así perecieron unos a manos de otros. Horrendo es decirlo, pero las madres degollaban con cuchillos a los niños de pecho y apuñalaban a otros, prefiriendo verles extinguirse así por su propia acción a dejar que los asesinaran las armas de los incircuncisos.[10]

La culpa de tan indiscriminada degollina se atribuyó a los mismos judíos: como asesinos de Cristo —«¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» (*Mateo* 27:25)— no habían hecho más que recibir su merecido. No obstante, según la teología cristiana la humanidad se había salvado gracias a la muerte y el sacrificio de Cristo, y dado que los judíos habían desempeñado un papel en esa salvación universal, lo menos que puede decirse es que se trataba de una teología poco sensata, aunque la afirmación de que habían sido víctimas de sus propias acciones no cabe tildarse en lo fundamental sino de auténtico cinismo oportunista. Los primeros cristianos, que reivindicaban como propia la Torah, acusaban a los judíos de tergiversar las escrituras y de rechazar a su propio Mesías, y por consiguiente a Dios; tanto *La epístola de Bernabé* como otros textos cristianos habían dictaminado que el judaísmo era una falsa religión surgida bajo la influencia de un ángel maligno.

Aunque la presencia del fervor religioso en la cruzada fuera manifiesta, lo cierto es que se trataba de un sentimiento que se explotaba —teniendo incluso buena parte de constructo— como simple tapadera de los intereses en liza: quienes asesinaban a los judíos se apropiaban de las riquezas de sus víctimas, en parte para llenarse los bolsillos, y en parte para financiar la costosa empresa de la cruzada. El hecho de que estos grupos organizados de cruzados reaccionaran con furia cuando la Iglesia trató de proteger a los judíos —en Maguncia, al oeste de Alemania, atacaron la residencia del obispo Rothard, donde se habían refugiado los perseguidos— resalta la codiciosa rapacidad que impulsaba las matanzas. Como ha señalado Susan Edgington, el antisemitismo «nunca fue parte integrante de la

política papal, y tampoco contó con la aprobación de ningún comentarista respetable».[11] Lo que no significa que no hubiese gran cantidad de comentaristas escasamente honorables dedicados a glorificar la barbarie.

Lo que espoleaba a los cruzados era un conjunto de motivos —una mezcla de avidez de botín y tierras a la que venían a sumarse las necesidades espirituales—, y no resulta fácil identificarlos por separado. En época reciente, los historiadores han tendido a conceder a los impulsos religiosos mayor importancia que al resto de las motivaciones; no obstante, esta actitud debería interpretarse más como un intento de reequilibrar el análisis anterior, que quizá ponía un énfasis excesivo en los intereses particulares. Sin embargo, como acabamos de exponer sucintamente, lo lógico es juzgar que la religión no era más que uno de los elementos motores que impulsaban a los cruzados. Todos ellos participaron desde el principio en la consecución de una sagrada meta global: la liberación de Jerusalén, que llevaba cuatro siglos sometida a un gobierno musulmán. En tanto que argumento capital de *jus ad bellum*, esta idea proporcionaba a la empresa un fundamento de absoluta e irrebatible justicia que hacía a su vez imparable la expansión colonial, y todo ello disfrazado de un peregrinaje armado que presentaba el enorme aliciente de la concesión de una indulgencia plenaria a cuantos se quedaran por el camino (lo que les garantizaba la ascensión al Cielo). La crucial importancia que tenía Jerusalén para la religión cristiana aseguraba la presencia en la cruzada de un enorme contingente de seguidores que no combatían, esto es, de civiles o de peregrinos. Las fuentes que nos relatan los acontecimientos de la primera cruzada se centran en el penoso y extenuante carácter de la expedición a la más sagrada de todas las ciudades, un periplo en el que el hambre, la insufrible sed y las enfermedades demostraron ser enemigos tan poderosos como los propios turcos. Hubo que superar tres años de dificultades, sufrimientos y pérdidas inimaginables para llegar a Jerusalén; la toma de la ciudad no fue sino la explosiva culminación de tan descomunal y sangrienta batida.

Raimundo de Tolosa, Godofredo de Bouillon, Hugo de Vermandois, Roberto de Normandía, Roberto de Flandes, Esteban de

Blois y Balduino de Boulogne capitaneaban los ejércitos de oficiales. Fue este contingente colectivo, con su cuerpo de caballeros y sus infantes, el que logró los espectaculares éxitos de las cruzadas; los grupos de menor tamaño, «guiados» por una cabra y un ganso inspirados por el Espíritu Santo, tuvieron, como era de esperar, un impacto mucho más reducido. Salieron a finales de 1096 y llegaron con inesperada buena fortuna a Oriente Próximo, aunque divididos políticamente. Alcanzado su destino, los cruzados atacaron con éxito Nicea en mayo de 1097 (aunque para entregarla luego a los griegos, lo que privó al ejército de un valioso botín). Tras esta primera conquista, cruzaron la Anatolia y obtuvieron una espectacular victoria en la reñidísima batalla de Dorilea. De la intensidad del choque habla elocuentemente el hecho de que las víctimas animales resultaran casi tan elevadas como las bajas humanas: la mayoría de las bestias de carga habían muerto, y al llegar a Tierra Santa el 80 por 100 de los caballeros de la expedición habían perdido su montura. Se puso cerco a Antioquía en octubre de 1097. Expuestos a los elementos de un crudo invierno, los cruzados tardaron casi ocho meses en conquistar la urbe; logrado esto, el autor de la *Gesta de los Francos** nos informa: «En todas las plazas de la ciudad se amontonaban por todas partes ... los cuerpos de los muertos, así que el intenso hedor resultaba insoportable. Era imposible andar por la calle como no fuera pisando los cadáveres».[12] La magnitud del botín era de proporciones incalculables; sin embargo, la cantidad de provisiones que pudieron hallarse en la ciudad fue mínima, debido al prolongado asedio que acababa de padecer. Debilitados a causa del hambre y las enfermedades, e incapaces de resistir el inminente cerco que no dejaría de poner a la ciudad el gran ejército musulmán que se dirigía al lugar, los cruzados hicieron una salida que aplastó a sus enemigos, añadiendo así, aunque con gran coste, una nueva y espectacular victoria a su campaña.

* Esta crónica de la Primera Cruzada, anónima, como indica el propio McGlynn, fue escrita en latín entre los años 1100 y 1101 por alguien que había participado en ella. Su título original es *De Gesta Francorum et aliorum Hierosolimitanorum* (*De la gesta de los Francos y otros peregrinos a Jerusalén*). *(N. de los t.)*

El ejército de cruzados que puso rumbo a Jerusalén en el año 1099 había reducido su fuerza a unos catorce mil hombres. Se presentó ante las murallas de la ciudad a mediados de junio y empezó un fiero asedio que duró cuatro semanas justas. En algunos lugares se procedió a colmar el foso que rodeaba las murallas a fin de poder aproximar a los contrafuertes los arietes y las torres de asalto. Mientras duró el cerco, los cruzados se vieron obligados a actuar bajo una mortal lluvia de proyectiles, entre los cuales había incendiarios, como los trozos de carbón incandescente y las ollas inflamables, además de objetos cubiertos de pez y erizados de clavos. Por la mañana del 15 de julio, los cruzados lograron abrirse camino hasta las murallas gracias a una torre de asedio; las defensas musulmanas se desmoronaron y la ciudad fue saqueada. Algunos huyeron en dirección al templo, otros se refugiaron temporalmente en la ciudadela, esto es, en la Torre de David.

Las crónicas latinas del saqueo de la ciudad se expresan de forma muy gráfica. Muchos autores se fundaron en la *Gesta de los Francos* para escribir sus propios relatos. La *Gesta* es obra un testigo anónimo de los acontecimientos. Durante cierto tiempo se creyó que se trataba de uno de los caballeros que habían intervenido en la cruzada, pero en época más reciente ha comenzado a pensarse que quizá fuese un clérigo. Esto explica por qué parece haber tantas concordancias entre las fuentes. Raimundo de Aguilers, otro observador de la cruzada que también participó en ella, añade toda una serie de detalles de su cosecha, pormenores que resultan mucho más relevantes. Con todo, hay autores que no pueden resistir la tentación de añadir más adornos y que cargan dramáticamente las tintas; Roberto el Monje en particular disfruta demorándose en los detalles sangrientos. Éstos son algunos ejemplos de cómo describen la masacre algunos de ellos.

La *Gesta de los Francos* aporta a la historiografía una afirmación que se ha hecho célebre: «hubo tal carnicería que nuestros hombres bañaban hasta los tobillos en la sangre de sus enemigos». El emir de la ciudad se rindió al conde Raimundo y se le perdonó la vida. Sus súbditos no tuvieron tanta suerte. En el templo se hicieron muchos prisioneros, aunque los cruzados «mataban a cuantos les venía en

gana». Buena parte de los que se instalaron en la cúpula del templo y sus inmediaciones recibieron estandartes cristianos para protegerse y evitaron la primera degollina, aunque sólo para terminar decapitados a la mañana siguiente. Era tal la pestilencia de los cadáveres en putrefacción, que «los sarracenos que habían logrado sobrevivir arrastraron a los muertos afuera y los depositaron frente a las puertas de la plaza, apilándolos en túmulos altos como casas».[13]

Fulquerio de Chartres escribe que «no había parte alguna en la que los sarracenos pudieran eludir la espada». Los cristianos «lanzaron flechas» a los que se habían encaramado a la parte superior del templo de Salomón, «hasta aniquilarlos», y «decapitaron a unos diez mil» de los que se habían guarecido dentro. (Alberto de Aquisgrán ofrece la más realista cifra de trescientas almas.) «De haber estado allí, la sangre de los caídos te habría llegado hasta los tobillos ... No quedó nadie con vida. No se perdonó ni a las mujeres ni a los niños.»[14] Raimundo de Aguilers exclama que los cruzados «derramaron ese día una cantidad de sangre increíble»; «se veían en las calles montones de cabezas, manos y pies». Raimundo destaca los acontecimientos del templo, diciendo de ellos que excedían «todo lo imaginable». Y rizando el rizo de lo inconcebible, señala que, «al cabalgar, la sangre llegaba [a los atacantes] por encima de las rodillas y les manchaba las riendas».[15]

De todos los comentaristas, Roberto el Monje es el que realiza afirmaciones más gratuitas —e inquietantes—. Vale la pena citarlo por extenso, dado que la crónica de la Primera Cruzada que nos ha dejado fue la narración más famosa de la Europa de la época, precisamente por satisfacer los apetitos de la sociedad que hemos descrito en el primer capítulo, obviamente sedienta de sangre. «En ninguna otra batalla», escribe, tuvo «tantas víctimas a que echar mano el matarife».

> Miles y miles de los más selectos soldados asestaron a los enemigos un tajo que los abrió de la cabeza al abdomen ... Los que lograron escapar a semejante carnicería y matanza se abrieron paso hasta el Templo de Salomón ... Nuestros hombres ... cobraron nuevos bríos, irrumpie-

ron en el santuario y dieron a sus ocupantes a una horrible muerte. Era tanta la sangre humana allí derramada que los cadáveres de los caídos flotaban en el suelo en medio de un río de sangre; los brazos y las manos que habían sido cortados nadaban en la sangre y llegaban, como a la deriva, hasta otros cuerpos, de modo que nadie habría podido discernir a qué cadáver pertenecía el brazo que había terminado arrimándose a otro despojo sin cabeza. Ni siquiera los soldados que habían efectuado la masacre alcanzaban a soportar los vapores que desprendía la tibia sangre. Cuando hubieron puesto fin a esta indescriptible degollina, sus ánimos se templaron un tanto; perdonaron la vida a unos cuantos jóvenes, tanto hombres como mujeres, a fin de que les sirvieran de criados.

Al describir la matanza ocurrida al día siguiente en el Templo de Salomón, Roberto da muestras de un sádico sentido del humor: «Lo cierto es que los turcos estaban allí encaramados en grandísimo número, y que nada les habría hecho más felices que disponer de alas para poder escapar remontando el vuelo; lo gracioso es que la naturaleza no pusiera en sus espaldas los anhelados órganos, y que lo que sí hiciera fuera en cambio poner un miserable fin a sus desdichadas vidas ... Se arrojaron al vacío y cayeron al suelo, encontrando la muerte en él, que precisamente proporciona todo lo necesario para sustentar la vida». Con todo, ni siquiera Roberto sostiene que la masacre fuera total: «Los cristianos no asesinaron a todo el mundo, sino que conservaron la vida a muchos para que les sirvieran».[16]

El escrito que más patentemente se aparta de estos textos es aquel en el que Fulquerio de Chartres afirma que todos los habitantes de Jerusalén fueron pasados a espada sin excepción. Esta versión tan extrema ha tendido a ser la predominante en las modernas percepciones de la magnitud de la masacre. Ibn al-Athir estima que en Jerusalén se dio muerte a unas setenta mil personas; un historiador moderno ha situado la cifra entre las veinte mil y las treinta mil almas, cantidad que sigue siendo notablemente exagerada. Muchos de los habitantes de Jerusalén habían abandonado la ciudad antes del asedio, y la experimentada guarnición de soldados que defendía la plaza no era excesivamente grande. Existen pruebas que permiten suavizar el alcance del estrago: Ibn al-Athir sostiene que únicamente se dio muerte a los

hombres, y que las mujeres y los niños fueron llevados presos, a lo que añade que tampoco se faltó a la promesa de perdonar la vida a parte de la guarnición; muchos de los musulmanes de Jerusalén que escaparon al desastre se presentaron en Damasco; y una fuente judía afirma que se hicieron tantos prisioneros que se hizo necesario reducir el importe del rescate. Aun admitiendo estas reservas, está claro que en Jerusalén se produjo una matanza generalizada. El asalto representaba un violento apogeo en cualquier asedio; y a pesar de que la toma de Jerusalén fuera relativamente breve, constituyó el colofón de una campaña que se había prolongado por espacio de casi tres años y que estuvo marcada por dificultades y privaciones superiores incluso a las que imperaban en las duras condiciones de las guerras que se libraban en Europa. Omnipresentes habían sido el temor a un enemigo extraño y extranjero; las enfermedades que, resultando aún más mortales a causa de la debilidad, se cobraban tantas vidas como los combates; la insoportable hambruna, que empujaba a algunos cruzados a recurrir al canibalismo; y la agónica sed, un factor al que los cronistas aluden constantemente y que según mantiene una de nuestras fuentes acabó en una ocasión con centenares de cruzados. Jerusalén supuso la oportunidad de cobrarse la revancha de todas estas privaciones y tormentos, ya que representaba la obtención del objetivo último de la cruzada. La necesidad de venganza era asimismo uno de los elementos predominantes en un ejército que se había visto reducido hasta quedar en poco más de diez mil soldados al final de la expedición, ya que se ha calculado que el índice de bajas que sufrieron los cruzados a lo largo de los tres años de campaña acabó rondando el 70 por 100 de los efectivos iniciales. Roberto el Monje cree que, en el momento del asedio de Jerusalén, el duque Godofredo había dejado ya de sentir interés por el botín de guerra y que, «en cambio, como capitán de los francos, sentía la imperiosa necesidad de hacer pagar al enemigo la sangre que los siervos de Dios habían derramado por Jerusalén, y quería vengar además la gran cantidad de ultrajes [es decir, penalidades] que el sarraceno había hecho padecer a los peregrinos».[17]

En el sanguinario encono del combate, saturados todavía de adrenalina, eran muchos los cruzados que se mostraban más que dispues-

tos —como otros soldados en su misma situación— a aniquilar a un enemigo que sólo unos momentos antes aún trataba de acabar con ellos. Pero matar al contrario y cobrarse venganza no eran lo único que tenían en mente los cruzados al asaltar la ciudad: todos trataban de hacerse con los despojos, objetos que representaban una recompensa de orden a un tiempo práctico y económico con la que completar la de tipo espiritual, que permitían resarcirse materialmente de los sufrimientos, y que constituían en último término una oportunidad de obtener un beneficio. La *Gesta de los Francos* nos cuenta que «el ejército se dispersó por la ciudad y se hizo con el oro y la plata, así como con los caballos, las mulas y los comercios, repletos de mercancías de toda clase».[18] Fulquerio de Chartres se muestra muy explícito a este respecto: «Tras esta gran masacre», los cruzados «entraron en las casas de los ciudadanos, apoderándose de cuanto encontraban a su paso. *Se procedía así de forma sistemática*, de modo que el primero que entrara en una vivienda ... era quien la saqueaba y tomaba posesión de ella ... Y como todos se pusieron de acuerdo en atenerse a esta norma, fueron muchos los hombres pobres que se hicieron ricos»[19] (las itálicas son mías).

El hecho de matar a los habitantes eliminaba uno de los obstáculos que podrían haberse opuesto al pillaje; de ese modo nadie podía protestar o tratar de frenar físicamente a los soldados, y también desaparecía la posibilidad de toda reclamación o exención posterior que pudiera plantearse una vez asentada la polvareda del envite. Fulquerio añade otra explicación al hecho de que la matanza contribuyera a la procura de botín:

> Era extraordinario ver cómo, entre los nuestros, los escuderos y las gentes más pobres despanzurraban a los sarracenos muertos para poderles extraer los besantes [unas monedas de oro de la época] que guardaban en los intestinos, dado que se las habían introducido en vida por sus horribles gaznates. Pasados unos días, hicieron una gran pila de cadáveres y los quemaron hasta dejarlos reducidos a cenizas, ya que en ellas encontraban el oro con mayor facilidad.[20]

Como en el caso de la venganza, también aquí se observa una abrumadora relación de carácter directamente proporcional entre las atrocidades cometidas y los beneficios económicos. El año anterior, en Ma'arrat, los cruzados de inferior extracción habían torturado y dado muerte a un grupo de prisioneros a fin de aterrorizar a los demás e inducirles a revelar el escondite de los objetos de valor. (Los cronistas no mencionan los casos de violación, pero es fácil imaginar situaciones en las que se acabara con todos aquellos miembros de la familia que se atrevieran, no ya a intervenir activamente, sino siquiera a suplicar por una esposa, una hija o una madre.)

Lo que hizo que el saqueo de Jerusalén adquiriera un carácter particular no fue la carnicería efectuada en la ciudad —Antioquía y Ma'arrat padecieron un calvario similar durante la cruzada— sino el hecho de que tuviera lugar precisamente en Jerusalén, la más sagrada plaza de la cristiandad (en los mapas medievales se la situaba en el centro del mundo), y urbe igualmente santa para las dos otras grandes religiones monoteístas. Los cronistas reflejan este hecho sobresaliente, y no es difícil que, en su condición de clérigos, tendieran a exagerar el perfil religioso de la masacre hasta puntos rayanos con lo inverosímil. De este modo, la descripción que nos ha dejado Raimundo de Aguiler, en la que afirma que, al cabalgar, la sangre alcanzaba las bridas de los cruzados, es en realidad una alusión bíblica, una espeluznante y milenarista referencia al *Apocalipsis*. David Hay ha abordado, en un brevísimo pero muy instructivo artículo, la tendencia a la exageración a la que se entregan algunos de los cronistas de las cruzadas al hablar de la cantidad de sangre que se derramaba en las matanzas. Según muestra David Hay, cuanto más remota sea la fecha de un acontecimiento tanto mayor es la probabilidad de que la crónica en que se dé cuenta de él derive en una extravagante y sangrienta narración, y los autores que escriben con intención ideológica abren aún más las compuertas del baño de sangre. Para estos últimos cronistas, «las masacres no eran actos aborrecibles sino, muy al contrario, ritos de purificación ordenados por Dios, así que estos comentaristas trataban de transmitir la impresión de que las poblaciones no cristianas habían sido completamente aniquiladas; de ahí que

Fulquerio sostenga que, tras la conquista, Jerusalén "recobró su primigenia dignidad", queriendo decir con ello que los triunfantes cruzados la habían librado de la plaga de sus moradores paganos».[21]

Merece la pena añadir que también los musulmanes tenían una idea similar del derramamiento de sangre como elemento de purificación, según hemos podido constatar en Hattin. Además, como ya sucediera en el caso de las batallas, la victoria constituía un signo de la aprobación de Dios; cuanto más completa fuese la victoria, mayor había de entenderse su aprobación; y nada podía ser más exhaustivo que la total aniquilación del enemigo en una masacre sin paliativos. David Hay sugiere que una adecuada interpretación de las fuentes revela que por lo general sólo se exterminaba a la población masculina. Hasta cierto punto, esta consideración corrige las proporciones de las degollinas, y explica algunas de las diferencias que muestran las crónicas al estimar la magnitud de la masacre de Jerusalén. Con todo, incluso los autores que manifiestan desaprobar estas matanzas, como más arriba vimos que hacía Alberto de Aquisgrán al describir el pogromo antijudío de Maguncia, señalan que también se daba muerte a las mujeres y a los niños, cosa que ocurría igualmente, y con excesiva frecuencia, en las guerras que enfrentaban en Occidente a los cristianos entre sí. Había muy pocas masacres totales —las dificultades prácticas de perpetrar ese tipo de matanza generalizada hacían de esa eventualidad un acontecimiento infrecuente—, y muchos de quienes las perpetraban se limitaban a eliminar únicamente a los varones; no obstante, resultaba extremadamente fácil que las mujeres y los niños terminaran engrosando, por utilizar la jerga actual, la lista de daños colaterales. Aunque no constituyeran un blanco directo —y en ocasiones lo eran—, resultaba perfectamente posible que murieran a consecuencia de una política de inacción deliberada, como veremos en el capítulo siguiente. Las normas bélicas que ofrecían una mayor protección a las mujeres y a los niños no siempre se llevaban a la práctica, y en muchos casos se desobedecían abiertamente con total impunidad.

Pese a que en el saqueo de Jerusalén se procediera de forma sistemática, no puede decirse lo mismo de la carnicería en sí. La *Gesta*

de los Francos capta fríamente la arbitraria naturaleza de la brutalidad cuando no obedece a un plan preconcebido: los cruzados «mataban a quienes se les antojaba, y también perdonaban la vida a quienes les venía en gana».[22] Pedro Tudebode escribe lo siguiente: «Nuestros soldados cogieron a un gran número de hombres y mujeres ... matando a unos y perdonando la vida a otros, según les diera».[23] En el caso de algunos de los miembros de la tropa, esta decisión —la de actuar en un sentido o en otro— quizá derivara de un planteamiento racional; en otros casos es posible que la acción obedeciera más a la casualidad y al capricho, lo que resulta más inquietante. No tenemos constancia de que existiera ninguna orden que exigiera específicamente el exterminio de toda la población de Jerusalén. Por tanto, se hace patente que las muertes no fueron consecuencia de la obediencia a unas instrucciones militares vinculadas a la obtención de determinados fines estratégicos, lo que, por comparación con los estudiados en esta obra, parece convertir este episodio en un raro suceso.

Y así cabría considerarlo de no ser por el trágico epílogo que conocieron los acontecimientos de Jerusalén. Muchos han sido los que, con cierto simplismo, no han querido ver en el saqueo otra cosa que una manifestación del fanatismo asesino de las hordas cruzadas, que al irrumpir en la ciudad se habrían limitado a dar rienda suelta a su sed de sangre. No obstante, parece que en realidad hubo dos masacres en Jerusalén —o incluso tres, si hemos de contar por separado la matanza de los prisioneros refugiados en la cúpula del Templo de Salomón, matanza ocurrida al día siguiente de que cayera la ciudad—. Según Alberto de Aquisgrán, tres días después de que se hubiera tomado la plaza, un consejo integrado por los generales cruzados adoptó la decisión de matar a todos los prisioneros y rehenes restantes, ya se tratase de hombres, mujeres o niños. Una vez más, no está claro en qué grado se dio curso a esa orden. (¿Fueron sacados de la ciudad algunos de los supervivientes de los que nos ha quedado constancia antes de que empezara a cumplirse el mandato?) En cualquier caso, Alberto de Aquisgrán se muestra horrorizado por las ejecuciones que efectivamente se produjeron. El motivo de estos asesinatos a sangre fría es

el mismo que ya viéramos en Wexford, Acre y Agincourt: la noticia de que un ejército egipcio se dirigía directamente a Jerusalén suscitó el temor de que los prisioneros pudieran sublevarse contra sus captores, que de este modo podían verse enzarzados en una nueva ronda de combates. El hecho de que se extendiera ese temor indica dos cosas: en primer lugar, que tenía que existir un importante contingente de individuos que hubieran sobrevivido a la primera tanda de matanzas, ya que de otro modo no se entendería esa preocupación; y en segundo lugar, que es muy posible que esta nueva masacre fuese, hasta en el más mínimo detalle, tan terrible como la primera.

En los relatos populares de la cruzada, y en algunos estudios académicos, se ha pasado en buena medida por alto este sombrío episodio, ocurrido como una de las primeras secuelas de la caída de Jerusalén. En este sentido, la pregunta que aún no se ha planteado es la siguiente: ¿no estaba en cualquier caso condenada de antemano la población entera de Jerusalén en el instante mismo en que cayó la ciudad? Porque de no haberse producido una matanza en el momento en que los cruzados irrumpieron en la ciudad habría tenido lugar una carnicería aun mayor tres días más tarde, cuando se ordenó pasar a espada a los supervivientes.

Château Gaillard, 1203-1204

El hecho de que los ingleses perdieran Normandía en el año 1204 es uno de los lances que definen los siglos del prolongado conflicto anglofrancés. Al estallar la guerra entre el rey Juan sin Tierra de Inglaterra y Felipe II de Francia en 1202, la suculenta recompensa que perseguían los franceses era el rico ducado de Normandía. Y si los estrategas de la época consideraban que el castillo de Dover constituía la llave para la conquista de Inglaterra, el de Château Gaillard era la gran fortaleza que podía abrir o cerrar el acceso a Normandía. En septiembre de 1203, cuando los ejércitos de Felipe instalaron su campamento en la zona, se puso en marcha una de las más grandes escenas de asedio de toda la Edad Media.

El castillo había sido un proyecto personal del Ricardo I; era su «más coqueto castillo», su «hermosa fortaleza cimentada en la roca». La construcción, que dominaba la región desde su emplazamiento en un imponente peñasco asomado al río Sena, no sólo constituía el corazón de un complejo defensivo integral situado en Andelys, sino que representaba la punta de lanza del diseño arquitectónico de la época; estaba tan bien concebida que Ricardo I alardeaba de que habría sido posible defenderla aun en el caso de que los muros hubieran sido levantados con mantequilla. El dinero que le dedicó a manos llenas terminó superando lo invertido a lo largo de su reinado en la totalidad de los castillos que poseía en Inglaterra. No es de extrañar que se lo tuviera por inexpugnable. Sin embargo, para que Felipe pudiera anexionarse Normandía lo primero que tenía que hacer era conquistar Château Gaillard.

Los cronistas dedicaron muy poca atención a los seis épicos meses de asedio que siguieron a la llegada del ejército francés, y apenas se ocuparon de sus detalles, ya que sólo unos pocos se contentaron con mencionarlo, y poco menos que de pasada. La principal información que ha llegado hasta nosotros de los acontecimientos que allí se produjeron procede de una fuente claramente favorable a los franceses, puesto que sale de la pluma de Guillermo el Bretón, el capellán real de Felipe. Es preciso advertir que la crónica que nos ha dejado, y más aún su poema épico titulado *Philippidos*, no intenta ocultar en modo alguno su parcialidad; pese a todo, el vívido relato que ofrece de los acontecimientos ocurridos en Château Gaillard tiene un valor incalculable, pues, al ser Guillermo un testigo ocular provisto de una clara comprensión de la naturaleza de la guerra, nos permite vislumbrar la realidad de la maquinaria de asedio medieval.

Roger de Lacy, condestable de Chester y veterano soldado que gozaba del general reconocimiento debido a su habilidad marcial, estaba al mando del castillo. Carente de tierras en Normandía, era leal a la corona inglesa, de la que dependía su fortuna. Defendió el castillo asediado con tenacidad y determinación, haciendo frente a la enorme concentración de fuerzas francesas que le mantuvieron bloqueado en la fortaleza, nada menos que por espacio de medio año.

En un momento dado llegó casi a levantarse el asedio gracias al espectacular ataque de un ejército salvador capitaneado por Guillermo Marshal. Este contingente, pese a realizar una ofensiva conjunta, tanto por vía fluvial como terrestre, terminó fracasando debido a su escasa coordinación, al insuficiente análisis de la dinámica de las mareas y a la resuelta resistencia de los franceses. Poco después, la isla fortificada próxima a la población de Petit-Andely cayó en manos del monarca francés gracias a una audaz operación de comando de sus tropas. Al quedar sin protección, los habitantes de la plaza huyeron al castillo y pidieron refugio, aunque más tarde terminarían siendo expulsados. Los franceses estrecharon el cerco: excavaron líneas de circunvalación y de contravalación* (con las que defenderse y atacar), y construyeron un campamento de asedio, atrincherándose literalmente para aguantar un largo período de tiempo.

En febrero de 1204, y no habiendo sucumbido al hambre la guarnición compuesta por cerca de doscientos hombres, Felipe realizó todos los preparativos necesarios para asaltar el castillo. La tropa se puso en acción, rellenando los fosos, arrimando ingenios de asedio y procediendo a las labores de zapa en un contexto marcado por la intensa reanudación de los combates. Al caer una de las torres del muro flanqueado por los baluartes, Lacy ordenó a sus hombres que incendiaran el recinto exterior antes de replegarse por un puente levadizo y refugiarse en el fortín interior del castillo. Los franceses penetraron en la explanada exterior y unos cuantos alguaciles comenzaron a examinar inmediatamente los alrededores a fin de descubrir si la nueva línea defensiva presentaba algún punto débil. Pronto dieron con uno. En esa parte se acababa de añadir un nuevo edificio, compuesto por dos plantas: una en la parte superior donde se alojaba la capilla, y otra en la parte inferior ocupada por las letrinas. (Guillermo el Bretón condena esta disposición, al considerarla «contraria a la religión»; es posible que el piso superior fuera en realidad un almacén.)

* La línea fortificada que se construía a la vanguardia del ejército sitiador durante los asedios recibía este nombre de «contravalación»; la organizada en la retaguardia se denominaba de «circunvalación». *(N. de los t.)*

Hay dos versiones respecto a lo que ocurrió a continuación. Lo más probable es que un francés llamado Pedro Bogis se subiera a los hombros de un camarada y lograra entrar en la capilla por una ventana carente de vigilancia; la versión más popular es, lógicamente, la que sostiene que consiguió acceder al interior del oratorio trepando por el desagüe de una de las letrinas. Una vez dentro, habría lanzado una cuerda y ayudado a subir de ese modo al resto de la tropa. Presa del pánico a causa del ruido y la confusión subsiguientes, la guarnición se retiró al último de sus abrigos, la parte más protegida del castillo: se encerró en el torreón central. Este reducto del castillo se hallaba cerrado por un muro flanqueado por diecisiete torres semicirculares cuyos contrafuertes convexos tenían dos metros y medio de grosor. No obstante, ni siquiera tan formidable parapeto alcanzó a resistir indefinidamente el firme e implacable asalto de la maquinaria bélica de Felipe. La suma de nuevos trabajos de zapa y el reiterado uso de una enorme catapulta para lanzar piedras terminó derribando un lienzo del muro. Los soldados franceses gatearon por encima de los escombros y penetraron violentamente por la brecha abierta. No por ello dejaron los ingleses de pelear con bravura, alentados por la fuerza de la desesperación, pero pronto se vieron abrumados por la pura superioridad numérica del enemigo. Felipe Augusto acababa de tomar el hermoso y fuerte castillo de Ricardo. Poco después Normandía caía en sus manos.

La crónica de Rogelio de Wendover afirma que Lacy y sus hombres subieron a sus monturas y abandonaron el fortín en una galante última salida, y que a pesar de verse finalmente desbordados no cejaron en la lucha sin haber infligido antes graves pérdidas a los franceses. Sin embargo, se hace difícil imaginar que los caballos de la guarnición hubieran podido sobrevivir al hambre que presidió los seis meses de asedio; y por otra parte, el anónimo cronista de Bethune sostiene que, en efecto, los soldados ingleses habían devorado los caballos y que en último término la guarnición habría tenido que rendirse para no morir de inanición.

¿Qué fue de aquellos hombres? Las leyes que gobernaban la guerra de asedio permitían darles muerte *in situ*. Lo que se hizo, sin em-

bargo, fue sacarles de allí cargados de cadenas. Rogelio de Lacy tuvo no obstante un destino diferente. Según el Anónimo de Bethune, mientras duró el asedio, Lacy había declarado en repetidas ocasiones que jamás entregaría el castillo, aunque eso significara que tuvieran que arrastrarle por los pies. Pues bien, su heroica defensa terminó efectivamente de tan deshonrosa manera. También él fue cubierto de grilletes, aunque después se le detuvo honorablemente como prisionero, tras dar su palabra de no rebelarse contra sus captores. Al pagarse su rescate fue puesto en libertad. El cerco a Château Gaillard fue un enconado combate en el que murieron o resultaron heridos muchísimos soldados. Con todo, no llegó a producirse el baño de sangre que podía haber seguido al asalto del castillo. Desde el punto de vista de los soldados, la totalidad del choque parece atenerse en buena medida a los ideales caballerescos de la guerra medieval. Pero no habrían de ser los soldados quienes se llevaran la peor parte del asedio, sino algunos de los civiles que se habían refugiado en el castillo. De las paredes del ayuntamiento de Petit-Andely cuelga en la actualidad un enorme lienzo del artista decimonónico Francis Tattegrain. La obra se titula *Les bouches inutiles* (*Las bocas inútiles*) y en ella se expone el terrible sufrimiento que hubieron de padecer aquellos civiles. Lo sucedido es un episodio sombrío al que los historiadores han prestado muy poca atención.

Rogelio de Lacy terminó lamentando la decisión que le había inducido a permitir que se refugiaran en su castillo los hombres y mujeres de Petit-Andely. La cifra de habitantes de la población ya se había visto previamente acrecentada a consecuencia del aflujo de gentes que huían de la inseguridad que reinaba en la campiña circundante. El castillo estaba bien abastecido de provisiones para su guarnición, pero sus despensas eran totalmente insuficientes para las necesidades de un contingente extra de personas comprendido entre las mil cuatrocientas y las dos mil doscientas almas. Sabía que la reserva de víveres le permitiría sostener un asedio de un año. La guarnición de que disponía era lo suficientemente amplia como para defender el perímetro del castillo, relativamente reducido, así que lo último que necesitaba era que sus planes se vieran entorpecidos por

la intromisión de un grupo de civiles que le estaban dejando rápidamente sin reservas. En términos militares eran efectivamente «bocas inútiles». Al no lograr levantar el asedio el ejército de apoyo, y habiendo recibido una carta del rey Juan sin Tierra en la que le decía que no iba a poder ofrecerle ningún contingente de refresco, Lacy se vio obligado a prepararse para un largo bloqueo.

Llegados a un determinado punto, en noviembre de ese año, Lacy expulsó a unos quinientos civiles del castillo, tras escogerlos entre los de más edad y menores fuerzas. Los franceses se apiadaron de aquel grupo, debilitado y andrajoso, y abrieron sus líneas para dejarlo pasar. Unos cuantos días después se repitió la escena con un número similar de individuos, y los franceses volvieron a permitir el libre tránsito de la patética comitiva de civiles. Los lugareños no eran ya dueños de sus hogares, pues los habían ocupado bandas de colonos franceses y los miembros de una guarnición de mercenarios del mismo país; no tenían ya nada que defender y, atemorizados, se vieron reducidos a la condición de refugiados. Cuando tuvieron lugar estos dos episodios, el rey Felipe no se hallaba presente en el lugar del asedio, ya que se encontraba dirigiendo las operaciones de la campaña en otro lugar y atendiendo asimismo a las cuestiones de estado. Cuando se enteró de lo que estaba sucediendo en Château Gaillard montó en cólera y dio órdenes inmediatas y categóricas a fin de prohibir cualquier nueva evacuación del castillo. Nadie, con independencia de su edad, sexo o condición, debía verse libre de los rigores del asedio. No se permitiría que ningún otro civil traspasara las líneas francesas; lo que debía hacerse era, muy al contrario, obligarlos a regresar al interior del castillo. Felipe quería que las bocas inútiles permanecieran en el castillo, menguando los víveres de la guarnición. El último grupo de civiles que Lacy hizo salir de la fortaleza constaba al menos de cuatrocientas personas, aunque es posible que su número superara incluso el millar. Al abandonar el castillo creían que iban a poder reunirse con sus familias y conciudadanos, lejos de los peligros del asedio. Estaban muy equivocados. Guillermo el Bretón afirma que Lacy sabía que los estaba enviando a una muerte cierta.

Los sitiadores no les recibieron con la apertura de sus líneas, sino con una lluvia de flechas y jabalinas. Los franceses habían comenzado a cumplir las órdenes recibidas. Los aterrorizados refugiados huyeron en dirección al castillo, pero encontraron las puertas cerradas y con los cerrojos corridos. Según Guillermo el Bretón, las desesperadas súplicas que dirigían a la guarnición del fortín, pidiendo que les dejaran entrar, tropezaron con las duras palabras del guarda encargado de vigilar la puerta: «No os conozco; id a buscar abrigo a otra parte; tenemos prohibido abriros las puertas».[24] Y dicho esto, la guarnición comenzó a arrojar piedras y saetas a las gentes a las que poco antes habían brindado protección, a fin de alejarlas de la entrada del castillo. Sin duda confusos y atormentados por el miedo al comprobar el brutal sesgo que habían adquirido los acontecimientos, la desgraciada muchedumbre no tuvo más remedio que tratar de colocarse en un punto situado a igual distancia de las dos fuerzas que les atacaban. Se instalaron en la tierra de nadie que separaba el castillo de sus asaltantes, tratando de hallar una mínima protección de los elementos y del cruce de proyectiles que sobrevolaba sus cabezas entre las pequeñas grietas y hendiduras de la escarpada y desnuda superficie rocosa. Ni los franceses ni los ingleses se aplacaron, dejando a los civiles expuestos a la lluvia y el frío de tres largos meses de invierno, obligados a sobrevivir como podían —los que lo consiguieron—. Éste fue el auténtico horror del cerco impuesto a Château Gaillard.

Guillermo el Bretón manifiesta su repulsa por el hecho de que los ingleses pudieran condenar a su propia gente a «tan desdichada y miserable existencia».[25] Debilitados por el frío y el hambre, los expulsados no podían recurrir más que a unas cuantas hierbas silvestres (muy escasas en invierno) y a las aguas del río para tratar de hallar sustento. Guillermo enumera los sufrimientos que hubieron de soportar en las más de doce semanas que duró su terrible experiencia. Un pollo que se paseaba por el roquedo provocó una pelea entre los más fuertes y fue íntegramente devorado, huesos y plumas incluidos. Se dieron un festín con algunos perros que Lacy les enviaba, pero tuvieron que despellejarlos con las manos (no sabemos si esta iniciativa se debió a un tardío sentimiento de compasión o al hecho de que

Lacy prefiriera ahorrarse las preciosas piltrafas que se llevaban los canes, que no obstante debían de estar con toda probabilidad esqueléticos). Cuando se acabó la carne, devoraron los pellejos. Una mujer dio a luz a un niño e inmediatamente se abalanzaron sobre la criatura unos hombres que lo despedazaron y lo devoraron. Guillermo sostiene que la lucha por la supervivencia suprimía todo sentimiento de vergüenza, ya que los expulsados se veían obligados a malvivir en un limbo en el que muchos «no estaban ni vivos ni muertos: incapaces de aferrarse a la vida, tampoco se decidían a abandonarla».[26] De hecho, más de la mitad de los condenados a permanecer en esta tierra de nadie murieron a causa de la intemperie y el hambre. Los que lograron sobrevivir lo consiguieron sosteniéndose casi únicamente con el agua del Sena.

Felipe regresó a Château Gaillard en febrero de 1204. Al ver al corpulento rey francés, los demacrados supervivientes pidieron clemencia. Felipe se muestra magnánimo y dispone que los desdichados sean acogidos y alimentados, lo que desata los elogios de Guillermo el Bretón. Uno de los rescatados seguían aferrándose a una cola de perro que se negaba a soltar. El hombre decía: «Sólo me separaré de este rabo que me ha mantenido vivo durante tanto tiempo cuando me vea ahíto de pan».[27] Sin embargo, ni siquiera entonces llegaron a su fin las penalidades de los civiles. Para más de la mitad de los que se atiborraron con la comida que ahora se les proporcionaba el hartazgo tuvo consecuencias fatales, ya que sucumbieron a él, probablemente a causa de una ulcera péptica aguda y de hemorragias gastrointestinales. Estas terribles escenas no fueron un caso único en la guerra medieval. En el asedio de Calais, entre los años 1346 y 1347, Eduardo III, un rey al que se tiene por «perfecto» y al que se juzga epítome del ideal caballeresco, consintió que un grupo de refugiados abandonara la ciudad, pero dejó que otros quinientos civiles perecieran atrapados entre las murallas de la ciudad y las líneas de los sitiadores. Una carta que describe la grave situación en que se vieron quienes permanecieron en la ciudad deja entrever oscuramente la aparición de prácticas de canibalismo. A principios del siglo xv, el asedio de Ruán, en Normandía, fue, como veremos, muy similar al

de Château Gaillard. Todos los generales que participaron en el asedio de estas plazas se valían del hambre y la utilizaban como un instrumento más al servicio de sus intereses, extremo que Guillermo el Bretón reconoce al escribir, como ya hemos dicho: «sólo el hambre es capaz de vencer al invencible».[28] Rigord, el predecesor de Guillermo en el cargo de biógrafo del rey, comentaba, faltando a la verdad, que Felipe tenía la intención de rendir Château Gaillard por medio del hambre y las penalidades para así evitar el derramamiento de sangre de los hombres, gentileza que no aplicó en cambio a las bocas inútiles. Según los cronistas ingleses Rogelio de Wendover y Rafael de Coggeshall, fue el hambre y no la poliorcética lo que provocó la caída del castillo.

Felipe era un maestro de las técnicas de asedio, sabía perfectamente cómo abrir brechas en las defensas de las fortalezas y no flaqueaba jamás cuando tenía que tomar decisiones despiadadas a fin de alcanzar el éxito. Las acciones que ordenó realizar en Château Gaillard fueron en todos los casos medidas dictadas por el imperativo militar. Como es obvio, quería que los civiles del castillo agotaran lo más rápidamente posible las provisiones de la guarnición. Si todo ese personal civil era evacuado del castillo, cualquier muestra de compasión sería considerada por terceros como un signo de grave debilidad, y en el futuro, los baluartes que decidieran hacer frente a los ataques de Felipe se sentirían igualmente más dispuestos a expulsar a sus bocas inútiles, con lo que aumentarían sus posibilidades de resistir el asedio. Cuanto más se prolongara el cerco impuesto, mayores serían las probabilidades de que se presentara un ejército de apoyo que lograra levantar el bloqueo, o de que se produjera un contraataque, sin mencionar que también aumentarían las bajas debidas a las enfermedades y las deserciones. El hecho de contemplar la apuradísima situación de su propia gente en las inmediaciones de las defensas del castillo debió de someter también a una aguda presión psicológica a los miembros de la guarnición, contribuyendo a desmoralizarles, entre otras razones por el nada desdeñable motivo de que muchos de ellos estarían emparentados con los civiles del lugar. Esta presión se ejercía siempre en un único sentido: en estas situaciones las leyes bélicas im-

ponían muy pocas restricciones a un general sitiador. Y también puede decirse que se trataba de una presión eficaz: los acontecimientos de Château Gaillard asustaron a los habitantes de Falaise y convencieron al capitán de su guarnición de mercenarios de que debía entablar conversaciones con los franceses. Y cuando Felipe dé un riguroso ultimátum a la capital normanda de Ruán, los habitantes optarán por capitular, sabedores de que no se trata de ninguna bravata.

Tanto Guillermo el Bretón, que naturalmente explota la situación, como algunos historiadores franceses, censuran duramente a Lacy por las crueles expulsiones. A fin de cuentas, se trataba de gente a la que estaba obligado a proteger según lo estipulado en el pacto feudal (aunque en esa época la expresión no estuviera ya de moda, seguía expresando una idea fuerte). No obstante, la mayoría de los autores de esos años elogian a Lacy por su resuelta y leal defensa del castillo, y comprenden el razonamiento práctico que subyace a sus decisiones. Al margen del insoslayable problema de los víveres, pesaba sobre Lacy la enorme responsabilidad de defender el castillo en nombre de su señor, el rey Juan sin Tierra. Ya hemos señalado más arriba que el duque de Norfolk recordará, exactamente doscientos cincuenta años después del asedio de Château Gaillard, que no era inusual que se decapitara a los señores de los castillos que no hubieran sabido cumplir con su deber. Y además, los encargados de las fortalezas tenían que contar asimismo con el peligro, nada irreal, de que los civiles se volvieran beligerantes. Tras fallar el intento de rescate y comprobar que la carta del rey Juan le indicaba que no podía esperar la llegada de nuevos contingentes de ayuda, ¿cómo podía aceptar Lacy de brazos cruzados que dos mil personas hambrientas se hacinaran entre los muros de la fortaleza? ¿Era realmente posible que la guarnición se reservara el consumo exclusivo de la mayor parte de los víveres y no esperar que estallaran motines?

La simple ventaja numérica, asociada a la desesperación, podía haber transformado a los refugiados en insurrectos dispuestos a barrer a la guarnición acuciados por el hambre. Por mucho que los integrantes de la guarnición hubieran rechazado por el momento a los franceses que les asediaban, les habría resultado poco menos que im-

posible contener al mismo tiempo un vasto levantamiento interno. Se trataba en todos los casos de temores fundados. De hecho, tanto Ricardo en Acre, durante la Tercera Cruzada, como algunas ciudades griegas en la Segunda (1146-1148), hubieron de enfrentarse a esos mismos temores, razón por la que se negaron a dar cobijo entre sus muros a los franceses, previendo el estallido de revueltas en caso de permitirles el paso. Si los civiles ya se encontraban fuera, el sentido táctico dictaba que debía mantenérseles alejados de los muros: si se acercaban demasiado aumentaba el riesgo de un ataque nocturno por sorpresa, puesto que, camuflados entre los civiles y al amparo de la oscuridad, los enemigos podían escalar los muros (ya había sucedido algo similar en Tours en el año 1189). Con estas consideraciones en mente, no resulta sorprendente que lo primero que se cuestionara no fuera la crueldad de Lacy sino su discernimiento militar al admitir a los refugiados en el castillo. Con todo, esta última crítica no sólo pasa por alto la obligación que tenía de defenderles, sino, el hecho, aún más pertinente, de que la admisión de los civiles se había producido antes de que llegara la esperada operación de rescate que tan cerca estaría de liberar la fortaleza y antes también de que se recibiera finalmente la carta de Juan sin Tierra en la que se cegaba prácticamente toda esperanza de cualquier futura ayuda. Si se reprende a Lacy por no haber cumplido su obligación de ayudar las gentes encomendadas a su protección lo mismo puede achacarse al rey Juan, que no atendió su deber de auxiliar a Lacy. El rey Felipe recurrió a este preciso argumento para convencer a los defensores de Ruán de la necesidad de capitular: debían aceptarle a él como nuevo señor porque el antiguo, Juan, no era capaz de mover un solo dedo para socorrer a sus súbditos, atrapados en la ciudad.

Dada la eficacia de estas despiadadas tácticas, ¿por qué terminó apiadándose Felipe de los miserables expulsados de Château Gaillard? Guillermo el Bretón pretende hacernos creer que todo se debió a la natural bondad del rey, lleno de amor hacia sus semejantes: Felipe «daba siempre satisfacción a quienes le suplicaban, porque mostraba una compasión innata por los desdichados y siempre les perdonaba».[29] Los gestos de magnanimidad tenían un hueco en la

guerra y la política medievales, pero es poco verosímil pensar que ésta haya podido ser una de las ocasiones en que se hiciera gala de ella. Es mucho más probable —y más lógico— que lo que ocupara la mente de Felipe fueran, como siempre, los aspectos prácticos de sus objetivos militares. Para empezar, el asedio estaba durando demasiado. Los éxitos obtenidos en otras partes le habían permitido concentrarse una vez más en Château Gaillard y si había regresado al castillo era con la intención de avivar el asedio e imprimirle más energía a fin de buscar una acción decisiva. El hecho de quitarse de en medio a los refugiados era una medida preliminar para las operaciones que se preparaban. Más convincente resulta aún la explicación que sostiene que, con la llegada de la primavera, Felipe temía la aparición de brotes de enfermedades. En la grave situación de debilidad en que se hallaban, y con el sistema inmunitario bajo mínimos, los refugiados que merodeaban por la tierra de nadie entre el castillo y los asaltantes eran particularmente vulnerables a la peste, epidemia que, a su vez, podía extenderse fácilmente al campamento de los sitiadores.

Esta posibilidad era la omnipresente pesadilla de todo general que estuviera al mando de unas tropas de asedio. Las enfermedades podían diezmar las fuerzas asaltantes. Una crónica de la época relata el contagio que afectó a los atrincheramientos franceses de la ciudad de Aviñón, en el sur de Francia, en el año 1226: «Brotaron de los cadáveres de hombres y caballos, que morían por doquier, un gran número de moscardones negros que se introducían en las tiendas, los pabellones y los toldos, estropeando la comida y la bebida. Y como eran todos incapaces de ahuyentarlas y de evitar que se posaran en sus copas y sus platos, causaron una súbita mortandad entre ellos».[30] Fue precisamente en este asedio donde murió de disentería el hijo del propio Felipe, Luis VIII. La idea de que en la Edad Media las fuerzas sitiadoras acostumbraban a lanzar carne putrefacta por encima de las murallas de una ciudad cercada nos resulta familiar, pero los que se encontraban fuera de los muros tenían los mismos motivos para temer la peste. En el año 1250, comenzó a difundirse entre los animales de la ciudad de Brescia, en la Lombardía, una epidemia extremadamente contagiosa, y los habitantes de la plaza los llevaron

afuera, al otro lado de las puertas, para que se mezclaran con los animales del campamento de los sitiadores.

A juicio de algunos historiadores, la crónica que nos ha dejado Guillermo el Bretón sobre las bocas inútiles huele a sensacionalismo gratuito. Y aunque se ha vertido la misma acusación sobre los monjes que relataban los pormenores de la guerra medieval, no resulta difícil refutar aquí ambas imputaciones. Muchos cronistas medievales eran proclives a la exageración, especialmente en lo tocante a los detalles más espantosos. Sin embargo, este hecho, por sí mismo, no niega la esencia de lo que en estos casos se relata. ¿Cómo no había de ser totalmente terrorífica la experiencia de centenares de personas atrapadas en un peñasco desnudo y obligadas a pasar en él el invierno sin comida ni abrigo? El episodio más escabroso y deplorable de cuantos refiere Guillermo el Bretón que ocurrieron durante el asedio de Château Gaillard es sin duda aquel en el que se devora a un recién nacido. Puede que este caso concreto sea o no un artificio literario, cargado de connotaciones simbólicas, pero en esas situaciones el canibalismo era algo más que una simple alegoría retórica. En la Primera Cruzada, se atribuyen a los tafur, un grupo de temerarios guerreros empobrecidos y hambrientos, actos de canibalismo, y hay crónicas que sostienen que en Ma'arrat, en el año 1098, se consumió carne humana. En los asedios de Calais y Ruán, durante la guerra de los Cien Años, hubo rumores de prácticas caníbales. Y lo que es peor, tanto Froissart como otros autores hablan de que durante la Jacquerie francesa del siglo XIV hubo escenas de canibalismo obligado —impuesto por motivos sádicos—. Daniel Baraz ha demostrado que la acusación de canibalismo obedecía frecuentemente al deseo de demonizar al enemigo. No obstante, en Château Gaillard, la actitud de Guillermo el Bretón revela una profunda simpatía hacia los civiles: el auténtico enemigo se encontraba a salvo, tras los muros de la fortaleza, y además se muestra plenamente abierto a la circunstancia de que las terribles penalidades que hubieron de sufrir los civiles expulsados comenzaron a consecuencia de unas órdenes directamente emanadas del propio Felipe.

Por último, se encuentran en la crónica de Guillermo el Bretón ciertos toques de realismo que resultan sorprendentes por el parale-

lismo implícito que tienen algunos pasajes con otros relatos más modernos. Los expulsados de Château Gaillard que lograron superar el invierno en la roca para sucumbir después al atracón de comida que se dieron al ser liberados por Felipe tuvieron el mismo destino que muchos de los prisioneros que consiguieron salir del campo de concentración nazi de Belsen, pues también a ellos les provocaron hemorragias gastrointestinales los alimentos que obtuvieron de las tropas inglesas. Y el hombre que se negaba a soltar la cola de perro de la que se había venido alimentando recuerda el caso de los desdichados que sobrevivieron al naufragio del ballenero *Essex* en el año 1820. Al ser rescatados a la deriva en su bote salvavidas, los dos únicos marineros que quedaban vivos se mostraron reacios a deshacerse de los huesos que habían estado royendo y que habían constituido su sustento. Eran los huesos de otros miembros de la tripulación.

Béziers, 1209

Al estudiar los excesos de la guerra medieval, lo primero que habitualmente asociamos con esas atrocidades son las cruzadas. No hay duda de que el enardecimiento religioso que las impulsaba constituye un elemento dominante del que se aprovechaba la propaganda para deshumanizar al enemigo, presentándole por consiguiente con rasgos brutales. Sin embargo, el hecho de que las cruzadas se libraran lejos de los límites de la Europa cristiana en un territorio desconocido y contra pueblos pertenecientes a culturas y sociedades por completo diferentes favoreció más aún la perpetración de barbaridades. Lo confirman las despiadadas guerras que se libraron contra los musulmanes en Oriente Próximo y en la península ibérica (durante la Reconquista), así como las que enfrentaron a los cristianos con los paganos que habitaban las zonas periféricas del este y el norte de Europa. La cruzada albigense de principios del siglo XIII fue en todos y cada uno de sus aspectos tan sañuda como las demás, aunque, al desarrollarse en el suroeste de Francia se vio libre de los antagonismos fronterizos que sí ejercieron su influencia en las otras, y además, las

diferencias de carácter social resultaban aquí de entidad comparativamente inferior, ya que derivaban de disparidades meramente regionales y no étnicas. Al tratar de explicar la gran cantidad de sangre que se derramó en ella, puede existir por tanto la tentación de subrayar las diferencias religiosas que la recorrían, pero de este modo no lograremos más que una respuesta parcial. Para comprender plenamente los hechos, deberemos examinar una vez más el papel que desempeñó en ellos el imperativo militar.

La cruzada albigense se inició en el verano de 1209. La había declarado el año anterior el papa Inocencio III para atacar al conde Raimundo IV de Tolosa, tras el asesinato del legado pontificio a manos, supuestamente, de un vasallo del conde. El legado había sido enviado al sur de Francia a fin de instar a los gobernantes laicos como Raimundo a erradicar la herejía cátara. Los cátaros, influidos por el bogomilismo de Grecia y los Balcanes, desarrollaron una religión dualista en la que el buen Dios del mundo espiritual existía en eterna pugna con el Dios maligno del mundo material. Para liberar sus almas del aprisionamiento en el ámbito material del mundo humano, los cátaros aspiraban, como indica su propia denominación,* a la pureza de espíritu, situación que lograban al menos los *perfecti* que integraban la élite del movimiento. Esa perfección implicaba rezar a horas fijas quince veces al día —lo que incluía las plegarias nocturnas— y la abstención de realidades mundanas como la leche, los huevos, la carne y el sexo. La corriente adquirió una sorprendente popularidad. La supresión de la herejía estaba resultando un auténtico quebradero de cabeza para la Iglesia, ya que muchas familias nobles y algunos eclesiásticos de cierto rango tenían parientes que se habían adherido al catarismo. Al creer en dos dioses, negar la existencia de la Santísima Trinidad y, para colmo de lo condenable, oponerse a la Iglesia católica, no resultaba difícil darse cuenta de que la rebeldía cristiana del catarismo no constituía tanto un movimiento herético como una religión enteramente distinta.

* La palabra «cátaro» proviene del griego καθαρος cuyo significado es precisamente ése: «limpio», «puro», «intachable». *(N. de los t.)*

El centro neurálgico de los herejes se encontraba en la ciudad de Albi, situada al noreste de Tolosa. Dado que los españoles se hallaban enzarzados en su propia campaña contra los moros, los integrantes del ejército cruzado eran predominantemente franceses —aunque los hubiera de otras nacionalidades—. Este contingente partió de Lyon a finales de junio de 1209 y avanzó hacia el sur capitaneado por los legados papales Milo y Arnaldo Aimery, arzobispo de Cîteaux. En poco más de dos semanas había llegado a Montpellier, una de las pocas ciudades meridionales que se habían mantenido resueltamente ortodoxas. Para cuando llegaron las cosas a ese punto, el conde Raimundo se había sometido ya a la Iglesia, así que la cruzada no tuvo más remedio que modificar sus objetivos. El nuevo gran enemigo era ahora el joven Raimundo Roger Trencavel, vizconde de Béziers, en cuyas tierras habían prosperado los herejes sin oposición alguna. Los dos mayores baluartes de este señor eran las formidables ciudades de Béziers y Carcasona, la capital de la región. Al fracasar las negociaciones con los cruzados —los legados rechazaron la forma en que el encausado planteaba su penitencia—, Raimundo Roger regresó a Carcasona a fin de preparar a toda prisa sus defensas en este fortín. Béziers quedaba a medio camino entre la capital y el ejército cruzado, así que Raimundo hizo una breve parada en esa ciudad para avivar la determinación de los burgueses ante el inevitable e inminente asedio; la resistencia de Béziers le permitiría ganar tiempo para organizar una respuesta militar, respuesta que incluiría la aportación de refuerzos a Béziers.

Béziers era una bien fortificada plaza situada en posición elevada, habitada por una población de entre ocho mil y diez mil personas y provista de una fuerte guarnición. En pocos días tuvo que prepararse para al asedio, así que almacenó una gran cantidad de provisiones y aumentó la profundidad de los fosos que rodeaban sus murallas. Su confianza en sostener un largo bloqueo y esperar que las enfermedades, el hambre o la llegada de refuerzos dispersaran a los asediadores tenía sólidos y bien planteados fundamentos. Por tanto, cuando los cruzados llegaron junto a sus puertas el 21 de julio, la plaza de Béziers rechazó los términos del acuerdo que ofreció el obispo a sus

ciudadanos al dirigirse a ellos en la catedral: los habitantes de la ciudad se negaron a entregar a doscientos veintidós destacados herejes incluidos en una lista —que ha llegado hasta nosotros— a cambio de perdonar la vida al resto. Además, la mayoría de los católicos allí presentes, incluso los sacerdotes, hicieron oídos sordos a la advertencia del obispo que, disfrazada de consejo, les instaba a «abandonar la ciudad y dejar en ella a los herejes, a fin de librarse de morir con ellos».[31] Guillermo de Tudela lo refiere con palabras más explícitas: «antes que exponerse a la derrota y a la muerte o la cárcel, y para evitar que se les despojara de sus bienes y vestidos», los ciudadanos «debían entregar la plaza ... Si se negaban, se les arrancaría cuanto poseyesen y serían pasados a espada».[32] A pesar de la redundante acumulación de amenazas —¿qué bienes podían poseer los muertos al fin y al cabo?—, los habitantes de Béziers, aun comprendiendo lo peligrosa que era su situación, rechazaron las garantías de seguridad que se les ofrecían.

Pese a las diferencias religiosas y las subsiguientes tensiones que producían esas desavenencias, los herejes (entre los que figuraban algunos adeptos de la secta valdense, de carácter menos radical) no constituían ningún peligro de consideración para la ciudad. Pero no era sólo el impulso de un cierto liberalismo preilustrado ni la tendencia a la tolerancia religiosa lo que animaba la resistencia de los habitantes de Béziers, a primera vista admirable: lo que estaba en juego era algo más que la práctica religiosa. Muchos de los importantes herejes que figuraban en la lista eran también ciudadanos notables, lo que significaba que poseían influencia, seguidores, simpatizantes e intereses que afectaban a muchos de los pobladores del burgo. Y en segundo lugar estaba el hecho, aún más relevante, de que el sometimiento al ejército de los cruzados habría equivalido a aceptar que se impusiera a la ciudad un nuevo régimen, lo que conllevaría la temida pérdida de unas libertades cívicas conseguidas tras duros esfuerzos. La urbe, como sucedía en esta época con otras muchas de toda Francia, y en número creciente, había obtenido una considerable independencia y no tenía intención de renunciar a ella y ponerse en manos de fuerzas exteriores. Por mucho que se recurriera a las habituales

justificaciones religiosas propuestas por los propagandistas de la cruzada, y pese a todas las indulgencias espirituales distribuidas, la cruzada albigense era en opinión de muchos poco más que una adornada oportunidad de apropiarse de tierras ajenas. Si existía la posibilidad de expropiar los bienes de los herejes, es obvio que podía hacerse lo mismo con sus tierras. Ajustándose en esto a un razonamiento enteramente lógico y práctico, la Iglesia y los nobles que participaban en la cruzada argumentaban que para poder erradicar la herejía, el control del territorio en el que se diera tenía que pasar a manos de gobernadores ortodoxos que la combatieran activamente. El hecho de que hubiera tantos herejes vinculados a las clases dominantes aumentaba el recelo de los señores locales y frenaba su disposición a tomar medidas contra ellos. Ni siquiera el hecho de que esos señores se sometieran a la Iglesia garantizaba que aceptaran dedicarse con entusiasmo a la represión de los cátaros. Los habitantes de Béziers eran perfectamente conscientes de la importancia que tenía esta dimensión política e informaron de su posición de resistencia.

Todo quedaba por tanto dispuesto para el épico asedio que debía enfrentar a cerca de veinte mil cruzados a una formidable plaza fuerte bien pertrechada para la inminente prueba de resistencia. El asedio comenzó formalmente el 22 de julio —y terminó el mismo día—.

Todas las ventajas con que contaba la ciudad —la solidez de sus fortificaciones, su posición, la guarnición que la defendía, su gran reserva de provisiones, la determinación de sus habitantes— quedaron totalmente desbaratadas a consecuencia de un acto disparatado. Mientras los sitiadores desayunaban y terminaban de instalar el campamento, un grupo armado de la ciudad hizo una precipitada salida. Un historiador francés sostiene que se trataba de una partida de reconocimiento, pero dado que habían salido profiriendo gritos de guerra y agitando estandartes, según refiere una de las crónicas, lo más probable es que se tratara de una atrevida incursión, de un movimiento militar destinado a mostrar que se tomaba la iniciativa mientras el campamento de los sitiadores se hallaba aún mal preparado y desorganizado. También es posible que fuera una bravata

pensada para fortalecer la moral y el espíritu combativo de los ciudadanos. Uno de los cruzados que montaba guardia en el puente que conduce a la base en que se eleva la ciudad de Béziers fue hecho pedazos y lanzado al río Orb. Los cruzados comenzaron gritar «¡A las armas! ¡A las armas!» mientras se agitaban para tratar de hacer frente al inesperado peligro.

La crónica de esos mismos años que aparece en *El canto de las guerras cátaras* resulta poco convincente y posiblemente confunda los acontecimientos que se produjeron a continuación. Según su autor, los cabecillas (partidarios de los cruzados del campamento, soldados corrientes y, casi con toda certeza, mercenarios) reaccionaron con inusitada furia. Algunos contraatacaron con fuerza, esgrimiendo apenas otra cosa que un garrote; otros saltaron a los fosos y se pusieron a cavar con picos, abriendo los muros piedra a piedra, mientras otro grupo comenzaba a golpear y reventar las puertas. El asalto fue tan espontáneo que los que repelían su ataque lo hacían vestidos únicamente con el jubón y los calzones, hasta el punto de que «entre todos no juntaban siquiera un par de zapatos». Cuando los defensores se vieron obligados a abandonar los parapetos, los hombres, mujeres y niños de Béziers huyeron a las iglesias para acogerse a sagrado. «Aquel era ya su único refugio.»[33]

El relato resulta un tanto problemático: es inconcebible que los soldados pudieran llevar adelante género alguno de asalto a los muros de la ciudad, por improvisado que fuese, sin un mínimo de protección, y mucho menos descalzos, ya que en caso de tomar los muros tendrían después que escalarlos de algún modo, peripecia que aquí no se menciona; y no era posible derribar los muros de Béziers en un día (Pedro de les Vaux-de-Cernay dice que la ciudad se conquistó en menos de una hora). Guillermo de Tudela habla también de que las puertas estaban abiertas, así que es mucho más probable que el número y la fiereza de los que realizaron el contraataque sorprendiera al grupo de Béziers que había salido de batida, que sus integrantes se vieran obligados a replegarse al castillo, perseguidos de cerca por los cruzados, y que éstos lograran abrirse paso a viva fuerza antes de que los ciudadanos consiguieran cerrar las puertas del todo.

Como ya hemos visto, Ricardo I había conseguido conquistar de un modo parecido Taillebourg treinta años antes. Los cruzados irrumpieron en la ciudad y la saquearon a fondo. Lo que siguió fue, como señala Joseph Strayer, «una de las más despiadadas masacres de toda la Edad Media».[34]

Un cronista alemán alegaría pocos años después de ocurridos los hechos que el propio legado Arnaldo Aimery había exhortado a los cruzados a proceder a una absoluta carnicería, al infame grito de «¡Matadlos a todos; Dios sabrá reconocer a los suyos!».[35] Según parece eso fue exactamente lo que intentaron hacer. Más tarde, el legado informaría lacónicamente al papa Inocencio III de que aquel día se había dado muerte a veinte mil personas, y que no se había respetado a nadie, fuera cual fuese su edad, sexo o posición. Guillermo de Puylaurens afirma simplemente que los lugareños «buscaron refugio en las iglesias», donde los cruzados «degollaron a muchos miles».[36] Pedro de les Vaux-de-Cernay viene a decir que la matanza no fue total, al afirmar que «los cruzados mataron a casi todos los habitantes, del más joven al más anciano», pereciendo de este modo «siete mil desvergonzados perros», que encontraron así justo castigo en la iglesia de María Magdalena.[37] Guillermo de Tudela ofrece a sus lectores el más detallado de los relatos. Los ciudadanos, dice,

> corrieron a refugiarse en la iglesia mayor. Los sacerdotes vistieron la casulla para una misa de difuntos e hicieron sonar las campanas como en un funeral ... [Los cruzados] estaban frenéticos, sin miedo alguno a la muerte, y no sólo mataban a cuantos lograban encontrar sino que se hacían con enormes riquezas ... Los habitantes de Béziers fueron exterminados; los mataron a todos, era lo peor que podían hacerles. Y acabaron asimismo con todos los que se refugiaron en la iglesia: no hubo cruz ni altar ni imagen de Jesucristo que pudiera salvarles ... Mataron igualmente al clero, y a las mujeres y los niños. Dudo de que quedara alguien con vida. [Los cruzados] incendiaron la ciudad, quemaron a las mujeres y a los niños, a los hombres, jóvenes o viejos, y a los curas, pese a llevar sus vestiduras de celebrantes y hallarse en plena misa en el interior de la iglesia.[38]

El relato ligeramente suavizado de Pedro de les Vaux-de-Cernay es bastante más creíble que la total aniquilación que nos refieren las demás crónicas, y las razones para entenderlo de este modo son las mismas que ya apuntamos en el caso ya considerado del saqueo de Jerusalén. La redonda cantidad de veinte mil muertos se tiene por una burda exageración, dado que es probable que la ciudad contara con menos de la mitad de habitantes. Con todo, debe recordarse que su cifra de población habría crecido a causa del aflujo de refugiados procedentes de las comarcas limítrofes (un reciente y fiable estudio indica que el número de muertos debió de rondar los quince mil). La iglesia de María Magdalena es sencillamente incapaz de albergar una masa de gente cercana a las siete mil personas. Sin embargo, no hay duda de que no sólo fue una matanza amplísima, incluso en función de los criterios de la época, sino de que entre las víctimas civiles hubo mujeres, niños y sacerdotes. De todo los fallecidos, los herejes —que eran la causa de la cruzada— no constituyeron más que una minoría.

Existen a un tiempo paralelismos y diferencias con la masacre de Jerusalén. La desemejanza más evidente es que en Béziers los cruzados no padecieron sino una ínfima parte de las penalidades que hubieron de soportar los cruzados de Tierra Santa. Habían avanzado por un territorio seguro de Francia durante la mayor parte de la breve campaña, y el «asedio» apenas les había llevado veinticuatro horas, contando desde el momento en que llegaron a la plaza hasta el instante en que se hicieron con ella. No es de extrañar que las fuentes no hagan referencia a las privaciones y peligros habitualmente asociados al asedio de una plaza fuerte. En esta ocasión, los cruzados no tuvieron que aguantar ni uno solo de los años de emociones y venganzas reprimidas que surgían al calor de las circunstancias sufridas en la hostilidad de los desiertos de Oriente Próximo. Béziers tampoco ejercía sobre el corazón y el alma de los cruzados el mágico influjo de Jerusalén. El fervor religioso seguía presente, desde luego, pero difícilmente podría compararse con el que inspiraba la peregrinación última.

Una obvia semejanza, como ocurre con todos los saqueos, es la cuestión del botín. Aquí encontramos un elemento que contribuye a

explicar la masacre, pero no se trata ni del factor principal ni del más interesante. No obstante, como coadyuvante, requiere una cierta atención, principalmente por la luz que arroja sobre la más amplia cuestión de la matanza de civiles. Guillermo de Tudela nos brinda una información muy útil en su crónica de lo sucedido en Béziers. Este autor atribuye el saqueo de la ciudad a la turbulenta multitud del ejército: en el texto se califica a los soldados en los siguientes términos: «enloquecidos, miserables», «mugrientos y hediondos granujas», «pícaros», «rufianes», «detestable tropa de a pie», «mercenarios» y «bandidos».[39] El informe que enviaron los legados a Roma confirma que la primera oleada de atacantes que se abalanzó sobre la ciudad estaba integrada por miembros de los estamentos inferiores. Guillermo trata esforzadamente de distanciar al contingente de hidalgos que intervino en la cruzada —los nobles, caballerescos y verdaderos soldados de Cristo— de la chusma responsable de la masacre. Esto podría constituir una indicación más de que entre las víctimas del asalto se encontraban efectivamente mujeres, niños y sacerdotes; de no haberse dado muerte más que a la población masculina, no habría sido necesario poner el acento en esta diferencia, y en este sentido el lenguaje utilizado nos proporciona una pista que parece confirmar lo sucedido. Desde luego, no hay duda de que la infantería fue el primer grupo de cruzados que penetró en la ciudad. Su rápida respuesta precipitó un asalto más general, pero dadas las indicaciones que señalan que no estaban preparados, parece probable pensar que a los caballeros les llevó más tiempo pertrecharse para el combate. Cuando la caballería entró en la ciudad, la matanza y el pillaje se hallaban en su momento de máximo apogeo, pues había alcanzado un horrendo paroxismo.

Se hace difícil concebir las escenas ocurridas en Béziers, pero debieron de ser una especie de caos apocalíptico, un retablo de diabólica anarquía similar a los lienzos en los que Breughel pintaba muertes, incendios y miserias. Sin embargo, con la llegada de los caballeros se impuso inmediatamente un cierto orden en aquel infernal tumulto: temían estarse quedando sin la mejor parte del botín. Así describe Guillermo de Tudela la inicial oleada de pillajes de los soldados rasos:

¡Ricos de por vida se habrían hecho de haber podido conservarlo! Pero muy pronto se verían obligados a soltarlo, pues lo reclamarán para sí los caballeros franceses, aunque hubieran sido los soldados de a pie quienes lo obtuvieran ... La tropa de infantería se había instalado en las casas que habían ocupado, todas ellas repletas de riquezas y tesoros, pero al descubrir esto los franceses casi enloquecieron de rabia y expulsaron a los soldados con estacas, como a perros ... El capitán y sus hombres tenían previsto disfrutar de los bienes que habían hecho suyos y ser eternamente ricos.[40]

Al ver que los barones les quitaban el botín de las manos, los soldados lanzaron un grito: «¡Quemadla! ¡Quemadla!», y tomando antorchas prendieron fuego a la ciudad, provocando un incendio tan violento que hasta la catedral se vino abajo, envuelta en llamas. El papel que desempeñaron los caballeros suscita una pregunta: si les fue posible detener el saqueo, ¿por qué no pararon la indiscriminada carnicería? Lo que les impulsó a actuar no fue el horror de ver las súplicas de los civiles que eran abatidos por doquier, sino un espanto diferente: el de la perspectiva de quedarse sin la totalidad de la parte del botín que legítimamente les correspondía. Para los caballeros, la salvaguarda de las vidas de los ciudadanos de Béziers constituía, en el mejor de los casos, un asunto secundario, ya que lo primordial era preservar para sí las riquezas de la ciudad; y si nos ponemos en lo peor, su actitud refleja, bien una política de total indiferencia, bien la exitosa puesta en práctica de una masacre planeada.

En la obra de Janet Shirley titulada *The Song of the Cathar Wars*, en la que se recoge *La canción de la cruzada contra los albigenses* de Guillermo de Tudela, se nos informa de que los cruzados tenían en mente, ya antes de iniciar la empresa y como parte de su política, perpetrar algún tipo de ejecución en masa. Los cabecillas de la cruzada, incluyendo a las autoridades del clero, habían tomado ya una «decisión táctica» en virtud de la cual todos ellos «acordaron exigir la rendición de cada uno de los castillos que el ejército encontrara en su camino, a lo que añadieron que la guarnición que se negara a entregar la plaza sería aniquilada por completo cuando el fortín se tomara al asalto». Todo ello obedecía a una deliberada estrategia, la de in-

fundir el máximo temor a los enemigos: «De este modo habrían de encontrar que nadie les ofrecía resistencia en parte alguna, dado el terror que sentían los hombres después de lo que había pasado ... Ésta es la razón de que los exterminaran en Béziers, donde ni uno sólo quedó con vida». Ese comportamiento despiadado demostró ser tremendamente eficaz. Guillermo reivindica el buen sentido de los cruzados al emprender aquella táctica de terror, puesto que añade que por eso la cruzada habría de conquistar más tarde con toda facilidad las plazas de Fanjeaux y Montréal, así como la región entera: «de lo contrario, puedo aseguraros que jamás habrían logrado asaltarlas».[41] Guillermo sostiene haber tenido noticia por otra fuente de que ya al anunciarse la cruzada se había celebrado un concilio papal en el que se había lanzado un llamamiento en favor de la completa aniquilación de cuantos ofrecieran resistencia. El obispo de Béziers no había dejado de advertir a los ciudadanos, justo antes de que comenzase el saqueo, de las fatales consecuencias que se derivarían de no entregarse. Sin duda, los cruzados encontraron la vía expedita hasta Carcasona, ya que las guarniciones de las plazas por las que pasaban desertaban tan pronto como tenían noticia de lo qué había ocurrido en Béziers.

Si tan cruel e insensible plan se proponía acelerar la conquista de las poblaciones, lo menos que puede decirse es que cumplió su objetivo. El hecho de emplear menos tiempo en un asedio significaba disminuir asimismo los gastos, la pérdida de vidas en el bando cruzado, los riesgos de padecer enfermedades, de sufrir el ataque de tropas de refuerzo y de quedarse cortos de brazos que contribuyeran al empeño (eran muchos los caballeros cuya implicación en el ejército se agotaba tras prestar servicio en él por espacio de cuarenta días). No existe la menor indicación de que Guillermo perciba que la política seguida esté cosechando resultados no previstos o que no se esté mostrando razonablemente eficiente, en especial en lo tocante a ajustar las cuentas con los herejes. Con todo, la repugnancia que manifiesta al hablar de los soldados rasos que saquean Béziers sugiere que en este caso la matanza de los cruzados quedó fuera de control, puesto que no sólo se cobró las vidas de los herejes y los integrantes

de la guarnición, sino también las de gran número de civiles católicos. No obstante, dada la preocupación de los caballeros, que anteponen el interés por el botín al espanto por las muertes generalizadas y las posteriores masacres que habrían de marcar la cruzada —cinco años más tarde en Casseneuil, en 1214, Pedro de les Vaux-de-Cernay dirá que los cruzados «solían pasar a espada a todos cuantos encontraban en su camino»—,[42] no parece que la distinción entre los soldados pertenecientes a la guarnición y el personal civil fuese de calado suficiente como para perturbar a nadie que penetrara en las ciudades conquistadas, ya formara parte de la indigna tropa de base o de la élite caballeresca.

La crónica de Guillermo de Tudela sostiene que los cruzados no tenían intención de incendiar Béziers. Esto ha dado pie en época reciente a la sugerencia de que si los cabecillas de la cruzada se mostraron irritados por haber visto evaporarse en grandes nubes de humo el botín que esperaban obtener en Béziers fue porque deseaban conservar todos los baluartes del enemigo intactos y apoderarse de ellos, primordialmente porque eso les permitía preservar y maximizar los despojos que podían obtener en dichos fortines. No obstante, se puede seguir la deriva de la campaña por el rastro de humeantes burgos que fue dejando a su paso. Lo más preciso es decir que lo que deseaban los cruzados era haber tenido la posibilidad de saquear a fondo las poblaciones antes de que los incendiarios se pusieran manos a la obra. Otra fuente contemporánea nos permite vislumbrar lo que los cruzados pensaban que debía hacerse con las plazas que caían en sus manos. Tras apoderarse de la capital, Carcasona, los cruzados celebraron un consejo y decidieron no arrasarla, puesto que «en caso de haberla destruido por completo, habría resultado imposible encontrar a un sólo noble en el ejército que aceptara encargarse del gobierno de la comarca».[43] La ciudad se convirtió en el cuartel general del contingente cruzado en pleno.

Los jefes militares seguían una política similar cuando se hacían con el control de los castillos: si la fortaleza resultaba útil, se dedicaban a reforzar sus defensas y la dotaban de una guarnición; si se consideraba que era demasiado difícil de conservar o carecía para ellos

de un valor estratégico directo, la demolían. En el caso de las ciudades había más factores a tener en cuenta, como indica la cita que acabamos de consignar. Todo gobierno precisaba una sede regional desde la que organizar la administración; y para que esa gobernanza resultara de algún provecho, la zona tenía que ser económicamente viable. En muchos casos había que preservar algo más que la infraestructura. Sería contraproducente acabar con todos los ciudadanos de una plaza capturada si en esos lugares no resultaba posible llevar colonos con los que sustituir a los habitantes desplazados o muertos. Una urbe despoblada era un espacio sin mercados, y por consiguiente incapaz de producir beneficios económicos a quien la gobernase. Más aún, la escasez de mano de obra contribuiría a aumentar el coste del trabajo; de hecho, ese sería uno de los más conocidos efectos secundarios que habría de tener la Peste Negra en el siglo XIV. En términos militares quizá tuviera sentido eliminar a la guarnición, especialmente como advertencia para otras guarniciones; también cabría considerar lógica desde este punto de vista la eliminación de la población masculina, ya que era una forma de mantener sometidas a las masas, presas del miedo; sin embargo, sólo en raras ocasiones podía resultar coherente acabar con la totalidad de los ciudadanos de una urbe: bien cuando se quisiera hacer una excepción a la regla, bien porque se estimara necesario un correctivo particularmente draconiano a fin de intimidar al enemigo y frenar cualquier atisbo de resistencia.

Es muy posible, por tanto, que lo ocurrido en Béziers fuera el resultado de una masacre previamente planeada y que no obstante quedara rápidamente fuera de control a consecuencia del ímpetu surgido a raíz del inesperado éxito. De haber sido así, es poco probable que los comandantes de la cruzada se sintieran gravemente desconcertados, puesto que la victoria había sido rapidísima e indolora —al menos para ellos—. Puede que parte del botín se hubiera esfumado en llamas, pero al mismo tiempo habían evitado todos los gastos y riesgos asociados a un asedio prolongado. Y sobre todo, la barbarie del saqueo había contribuido a quebrar la determinación de todos aquellos que posteriormente pudieran haber presentado resis-

tencia. Carcasona fue el principal trofeo, y la plaza no capituló sino después de quince días de asedio, aceptando los duros términos de la rendición, los cuales incluían no obstante la salvaguarda de la vida de los habitantes (hasta los cátaros de la ciudad evitaron la hoguera). En Carcasona obtuvieron los cruzados una espectacular cantidad de despojos de guerra.

Lo que se había sembrado en Béziers se cosechó realmente, en términos económicos, en Carcasona. La ordenada ocupación de la ciudad, pese a los feroces combates previos, revela que el comportamiento de los ejércitos medievales no siempre responde a la imagen popular, y en buena medida falsa, de una indisciplinada turbamulta constantemente al borde del completo descontrol (cosa que, no obstante, sucedía evidentemente de vez en cuando). También sugiere que la carnicería de Béziers, ocurrida en concomitancia con la aparente indiferencia de los caballeros ante la perpetración de matanzas, fue consecuencia de una política empecinada en estimular las degollinas. Hoy se considera apócrifa la infame consigna de Arnaldo Aimery —«¡Matadlos a todos; Dios sabrá reconocer a los suyos!»—, pero desde luego no puede concluirse de forma tajante que no llegara a decirlo. El cronista alemán que dejó constancia de la frase no incluye de hecho la palabra «todos» (que es una adición posterior) y confiesa que la afirmación llegó a él en forma de rumor. Supuestamente, la despiadada exhortación se habría producido en respuesta a una pregunta dirigida al legado y por la que se le instaba a explicar cómo habrían de distinguir los soldados a los cátaros de los católicos en el caos de la escabechina, y según este mismo planteamiento, si el legado había exigido la muerte de todos los presentes había sido por temor a que los primeros pretendieran hacerse pasar por los segundos. No obstante, también es probable que tales palabras llegaran efectivamente a pronunciarse, y que simplemente reflejaran la concertada política de los cabecillas de la cruzada, decididos a eliminar a cuantos ofrecieran resistencia. Sea cual sea la verdad de los hechos, Béziers había supuesto un comienzo espectacularmente bueno para la cruzada.

En 1370, el asalto y posterior saqueo de Limoges a manos de Eduardo de Woodstock, conocido como el Príncipe Negro, es un acontecimiento que parece conforme a las leyes de la guerra de asedio medieval, aunque la extrapolación que relaciona la conducta de los vencedores con lo que indica el *Deuteronomio* resulte un tanto forzada. A pesar de ello, no hay duda de que la brutalidad de lo sucedido habría de conmocionar a muchos de los coetáneos, además de constituir la base de uno de los más célebres pasajes de las crónicas de Froissart. Hay que tener en cuenta que incluso el propio Froissart, el más renombrado recopilador de los hechos de armas de la caballería y autor que tiende a presentar una imagen románticamente embellecida del Príncipe Negro —epítome de la heroica caballería inglesa de la época—, condena las acciones de Eduardo en Limoges.

En 1369 se violó el tratado anglofrancés de Brétigny y se reanudó la guerra de los Cien Años. Los términos de aquel pacto habían reflejado hasta entonces los éxitos cosechados por los ingleses en tiempos de Eduardo III y su hijo Eduardo, el Príncipe Negro, éxitos que culminarían en la espectacular victoria de Poitiers del año 1356 y en la captura del rey francés Juan II de Francia, llamado Juan el Bueno. A fin de sufragar las guerras que libraba en España, el Príncipe Negro impuso gravosas cargas tributarias a los principales de la Aquitania, provocando que los señores de esta región se alzaran contra él. La casa francesa de Valois ofreció un considerable apoyo a la causa de los aristócratas, aportando tropas y dinero, y la rebelión terminó convirtiéndose, en la práctica, en una guerra total. Desde un principio, las cosas presentaron mal cariz para los ingleses, precariamente preparados, así que se vieron obligados a retirarse. Chandos y Audley, dos descollantes generales ingleses, ligados con Eduardo por una estrecha amistad, murieron en su vano esfuerzo de salvar el principado.

Limoges era simplemente una más de las poblaciones y castillos que habían pasado a manos de los franceses, cuyo ritmo de conquistas resultaba alarmante. El brusco cambio de lealtad de la plaza su-

puso un golpe particularmente duro para Eduardo, y por un motivo en modo alguno desdeñable, ya que la persona que había regentado sus intereses en ella era el obispo Juan de Cros, quien fuera anteriormente leal consejero suyo, íntimo amigo y padrino de uno de sus hijos. Froissart sostiene que el Príncipe Negro «juró por el alma de su padre» —juramento que jamás habría de romper— «que no se ocuparía de asunto alguno en tanto no recuperara la ciudad e hiciera pagar cara la deslealtad de los traidores».[44] Como capital del Lemosín, Limoges poseía una importancia estratégica crucial, así que fue uno de los primeros objetivos del contraataque inglés. También se trataba de una ciudad extremadamente próspera; en ocasiones los historiadores han subestimado la reputación que aludía al abundante patrimonio que poseía: el equivalente de nuestra expresión «ni por todo el oro del mundo» era en la Edad Media: «ni por todas las riquezas de Limoges». Una autoridad en la materia ha estimado que en el casco céntrico de la ciudad asediada vivían unas tres mil personas, incluyendo a los miembros de la guarnición y a los refugiados.

El cerco a la plaza se inició a mediados de septiembre de 1370. El Príncipe Negro llevó personalmente las riendas de la operación, pese a que seguía enfermo y tenía que ser trasladado de un lado a otro en litera, según dice Froissart. Le acompañaban los más importantes nobles del principado y algo más de tres mil hombres, divididos por igual en batallones de caballería, infantería y artillería ligera (integrada por arqueros); sin embargo, habrían de ser sus zapadores, todos ellos «rudos labriegos», quienes revelaran ser el más eficaz componente de su ejército. Los efectivos ingleses tenían que actuar con rapidez, dado que las fuerzas francesas no se hallaban lejos. Se apresuraron a iniciar las labores de zapa junto a los muros de la ciudad, y es incluso posible que se vieran obligados a repeler un ataque subterráneo: según Froissart y el autor francés que nos ha dejado las *Chronicals of the First Four Valois*, el comandante de la guarnición, Juan de Vinemeur, «había dado comienzo a su propia operación de socava, así que resultó que al encontrarse los zapadores frente a frente se lanzaron unos contra otros».[45] Los trabajos de minado estuvieron listos en el plazo de una semana; al prenderse fuego a las vigas de sustentación de las galerías,

un gran paño del muro defensivo se desplomó, yendo a caer al foso. Los ingleses penetraron al asalto por la brecha abierta. Froissart describe el posterior saqueo. Los nobles y sus hombres

> irrumpieron en la ciudad, seguidos por soldados de a pie entregados al pillaje, todos ellos con ánimo de causar estragos y de asesinar a cuantos se interpusieran en su camino, razón por la que mataban indiscriminadamente, dado que ésas eran las órdenes que habían recibido. Hubo escenas lastimosas. Hombres, mujeres y niños caían arrodillados ante el príncipe, gritando «¡Tenga piedad de nosotros, gentil señor!». Pero él se hallaba tan encendido de cólera que no atendía a las súplicas. No se atendieron ruegos ni de hombres ni de mujeres, antes al contrario: se pasó a espada a cuantos se pudo echar mano, incluyendo a muchos que no tenían culpa alguna ... Más de tres mil personas, hombres, mujeres y niños se vieron arrastrados fuera de sus escondrijos y degollados.[46]

Un contingente de tropas inglesas recibió instrucciones de abrirse paso hasta el palacio episcopal y apresar al obispo. Le llevaron ante el Príncipe Negro, quien le comunicó que iba a ser decapitado. El comandante de la guarnición y unos cuantos de sus hombres ofrecieron una valerosa resistencia antes de rendirse. «Pero no hubo respiro en otros puntos», indica Froissart. «La ciudad de Limoges fue pillada y saqueada sin piedad, y después incendiada y destruida hasta los cimientos.»[47]

Limoges, junto con Agincourt y las *chevauchées* del Príncipe Negro y su padre, Eduardo III, han pasado a convertirse en símbolos de la brutalidad de la guerra de los Cien Años. Y sin embargo, como sucede en el caso de tantísimas atrocidades, se han cuestionado las dimensiones de la matanza. Richard Barber ha puesto en duda la cifra de tres mil muertos que señala Froissart; sus investigaciones sitúan el número de víctimas en torno a «las trescientas, esto es, una décima parte de la población», guarismo que «bien pudiera haber sido inferior al número de gente armada destinada a defender la ciudad, pues se estima que esos efectivos debían de rondar los quinientos hombres».[48] Si estas cantidades, sensiblemente menores que las primeras, son correctas, se plantea aquí un interesante paralelismo, al que ape-

nas se alude, con las prácticas que acostumbraban a efectuar los romanos. Si se estimaba que las legiones no habían puesto suficiente energía en la batalla se procedía a diezmarlas, esto es, uno de cada diez hombres de sus filas era ejecutado como advertencia para que los restantes pusieran en el futuro más ardor en combatir al enemigo. ¿Estaba Eduardo actuando conscientemente en función de este precedente clásico? Puede que considerara adecuado ese castigo, dado que Limoges se había rendido sin rechistar al enemigo. Ya provocara el asalto trescientas o —cosa menos probable— tres mil bajas, está claro que Eduardo estaba enviando una cruda advertencia a todos aquellos castillos y ciudades de su principado que estuvieran dispuestos a capitular con excesiva prontitud. Las crónicas inglesas exageran la carnicería. Walsingham, por ejemplo, escribe que el príncipe «mató a cuantos encontró en la plaza, y sólo perdonó la vida a unos pocos, a los que hizo prisioneros». Chandos Herald* sostiene, por su parte, que «todos fueron muertos o hechos prisioneros».[49]

Como ya sucediera en Agincourt, las fuentes francesas apenas conceden importancia alguna a la matanza, y lo poco que dicen de ella resulta contradictorio. Un monje afirma que se degollaba incluso a los que se hallaban en las iglesias y los monasterios, lugares en los que la gente trataba de acogerse a sagrado, como en Béziers, mientras que las *Chronicals of the First Four Valois* refieren que los ingleses «dieron muerte a muchos ciudadanos».[50] Sin embargo, una crónica del propio Limoges nos informa de que «fueron hechos prisioneros todos cuantos se encontraban en la ciudad, hombres, mujeres y niños».[51] Fue tal la ira de Eduardo, y tan concienzuda la destrucción

* Juan Chandos fue un conocido caballero inglés, unido por estrecha amistad al Príncipe Negro, del que ya se ha hablado en la página 180. Aunque no era de noble cuna, obtuvo una gran reputación, y su heraldo, al que se conoce con el nombre de Chandos Herald (como si fuera un apellido), escribió un notable poema titulado *The Life of the Black Prince* en el que refiere las hazañas del príncipe en la guerra de los Cien Años, las batallas de Crécy y Poitiers, y las luchas entre los partidarios del Pedro I de Castilla (a quien ayudaba Eduardo de Gales, nuestro Príncipe Negro) y los seguidores del también castellano Enrique II. A la muerte de sir Juan Chandos, el heraldo sería nombrado jefe de armas de Ricardo II de Inglaterra, hijo de Eduardo. *(N. de los t.)*

que llevó a cabo en Limoges, que la plaza no quedó totalmente reconstruida hasta el siglo XVI. Como señala Michael Jones en su trabajo titulado «War and Fourteenth-Century France», «era relativamente raro que se procediera a la destrucción sistemática de ciudades o de *quartiers* enteros».[52] Por consiguiente, si en este caso el destino de los habitantes tuvo algún tipo de relación con la suerte de la plaza en la que residían, podemos concluir que la carnicería fue efectivamente una barbarie, y que seguramente fueron muchos los civiles que cayeron víctimas de la sañuda embestida.

La mayoría de los historiadores y cronistas contemporáneos de los acontecimientos han considerado que el hecho de que en Limoges Eduardo cursara órdenes de no dar cuartel a nadie y mandara arrasar la ciudad se ajustaba al trato que según las leyes de la guerra debía darse a las poblaciones rebeldes, de modo que al juzgar la conducta del príncipe se han atenido a ese criterio. De todas las justificaciones basadas en el *Deuteronomio*, ésta es la que más claramente puede invocar fidelidad a las escrituras, puesto que Limoges era una posesión del Príncipe Negro y se encontraba en su propio principado. Al entregarse a los franceses sin combate, Limoges había cometido un acto de traición. Chandos Herald sostiene que «la buena ciudad de Limoges se rindió arteramente».[53] Froissart dice que Eduardo llamó «traidores» a los habitantes de la plaza y, pese a mostrar simpatía por la grave situación en que terminaron viéndose al recuperar Eduardo el burgo, escribe que «el obispo y los principales ciudadanos sabían que habían actuado torticeramente y provocado la ira del príncipe».[54] Una crónica francesa expone con nitidez las consecuencias: los ingleses «dieron muerte a muchos de los ciudadanos por haberse hecho franceses».[55] De este modo, un historiador llega a declarar que la condena del acontecimiento deriva más de las «diferencias políticas que de las susceptibilidades heridas. Si se censura al Príncipe Negro, se desaprueba entonces a casi todos los generales medievales al mando de operaciones de asedio».[56]

Según argumenta un historiador, en la época en que Froissart escribe su crónica de Limoges puede detectarse una creciente animadversión hacia los ingleses. Sin embargo, el texto de Froissart muestra

palpablemente que el autor francés no sólo se compadeció de las dificultades de los ciudadanos de Limoges sino que comprendió perfectamente la fuerza de la sola narración histórica. Señala, a propósito de los habitantes de la urbe, que «no podían hacer nada, pues no eran dueños de la plaza», mientras que de los ingleses dice lo siguiente:

> No comprendo cómo no se han apiadado de unas gentes que carecían de la relevancia necesaria para haber cometido traición. Y sin embargo, pagaron por ella, y con un coste muy superior al que hubieron de asumir los cabecillas que efectivamente incurrieron en deslealtad. Habiendo estado en Limoges aquel día, y de haberse acordado de Dios, no hay hombre cuya crueldad alcanzara a impedirle llorar amargamente al pensar en la terrible matanza que allí se produjo.[57]

De este modo, como ha explicado Christopher Allmand en referencia a Limoges, lo que sucedió puede calificarse a lo sumo de «traición en sentido técnico», pero nada más.[58] Froissart afirma claramente que los responsables de la traición superaron el apuro sin sufrir grandes castigos, mientras que los inocentes recibieron un durísimo e injusto escarmiento a consecuencia de un acto totalmente excesivo cuya responsabilidad recae sobre el conjunto de sus perpetradores. Juan de Vinemeur y los hombres que se rindieron tras combatir a los atacantes ingleses ya dueños de la ciudad fueron tratados como honorables presos, pese a que las leyes de la guerra de asedio habrían permitido acabar con ellos *in situ*. El obispo de Limoges no murió decapitado (ni sufrió ningún otro tipo de daño) sino que fue enviado a un confortable retiro en Aviñón, a petición del papa. La conducta de estos hombres se midió con un rasero, y con otro muy distinto la de los demás. Sin embargo, el *Deuteronomio* no prevé cláusula de excepción alguna que permita la discriminación de clases. Una vez más, se ajustó la interpretación a las circunstancias o, como también ocurre, y con idéntica frecuencia, se adaptó la norma al capricho del momento. Esta cruel manipulación de las leyes —hasta lograr que signifiquen lo que se le antoje al vencedor— no es nada nuevo. En el prestigioso estudio que ha realizado sobre las leyes

de armas y los códigos que regulan los actos de traición, Matthew Strickland ha señalado inteligentemente que «los soberanos tendían manifiestamente a aplicar la pena de muerte a todos aquellos a quienes consideraran rebeldes, esto es, culpables del delito de apropiación de sus legítimas posesiones, aunque lo único que en realidad estuvieran haciendo dichos hombres fuese defender lealmente una fortaleza clave para el monarca a quien servían».[59] A lo que Michael Prestwich añade con razón: «la rebelión no dejaba de constituir una útil justificación con la que obviar la aplicación de las limitaciones que dictaba el código de la caballería».[60]

Como ya hemos debatido antes —en el capítulo 2—, la clemencia jugaba un significativo papel en el simbolismo de la política de poder, como evidencia el comportamiento de Eduardo III en el célebre episodio de los burgueses de Calais. El Príncipe Negro no estaba de humor para repetir la pantomima en Limoges, y se le censuró por su falta de piedad con los ciudadanos de esta plaza. John Barnie ha trazado un retrato del príncipe que nos lo presenta con los rasgos propios de un hombre de carácter duro e implacable que «libraba sus guerras con una crueldad que aterraba a sus enemigos tanto como agradaba a sus aliados».[61] La imagen del Príncipe Negro como icono de la caballería se fundamenta en su intervención en las victorias de Crécy, Poitiers y Nájera, pero su reputación se sostenía más en la implacable forma en que guerreaba: así lo muestran sus devastadoras *chevauchées* y la inflexible determinación de que hizo gala en Carcasona, en el año 1355, donde rechazó las generosas compensaciones que le ofrecía la amedrentada ciudad y arrasó hasta los cimientos la villa exterior a la fortaleza. El cronista Tomás Walsingham dice que Eduardo había enviado mensajeros a Limoges en repetidas ocasiones a fin de exigir a los ciudadanos que dejaran la plaza a su merced, informándoles al mismo tiempo de que, en caso contrario, aniquilaría la urbe con todos sus habitantes. De ser esto cierto, es muy posible que la propia crudeza de su reputación les convenciera de que debían resistir, pues era razonable dudar del alcance de su magnanimidad. En cualquier caso, los lugareños corrientes no tenían realmente voz ni voto en esa decisión, como bien sabía Eduardo, aunque quizá albergara la esperanza de

que se rebelaran contra los jefes de la ciudad. Resulta irónico que esas mismas autoridades que, por la naturaleza de su cargo, eran quienes más temor debían albergar en caso de rendirse —a causa de las ejecuciones y los severos correctivos que pudieran aplicárseles judicialmente—, y que por consiguiente no tenían interés alguno en probar el tipo de indulgencia que podía reservarles el príncipe, fueran justamente los que salieron menos perjudicados del lance.

Hay un cierto número de factores que podrían explicar la severidad que mostró el Príncipe Negro en Limoges. La índole de la traición, el deseo que le impulsaba a dar un castigo a los rebeldes, y su tendencia a no aceptar límites en la actividad bélica son tres elementos que contribuyen a aclarar los porqués, pero también hemos de considerar otros. En el muy reciente estudio que ha realizado sobre el Príncipe Negro, David Green señala que el honor pudo haber desempeñado aquí algún papel: «La rapidez con la que había caído el principado había sido causa de sorpresa y vergüenza».[62] Eduardo había sufrido una humillante afrenta que cuestionaba a un tiempo su reputación y su poder, de ahí que vengar la traición de Limoges pasase a convertirse en una cuestión de honor. No tenía predisposición alguna a mostrar indulgencia con quienes habían dado origen a tan gran deshonra. Dicho en términos más elementales, y quizá más realistas, esto equivale a suponer que la toma de Limoges constituyó una especie de venganza, venganza que habría encontrado aún más motivos para concretarse (en lo que es un factor agravante que a menudo se pasa por alto) en el hecho de que el príncipe hubiera perdido tres amigos además de la ciudad: el obispo, a causa de su traición, y los nobles Audley y Chandos a manos de los franceses mientras combatían para superar una serie de reveses entre los que se contaba la propia defección de Limoges. Tampoco ha de descartarse el papel que pudiera haber desempeñado su enfermedad. Y no porque, como han apuntado algunos historiadores, ésta obnubilara su sentido de la hidalguía, sino más bien porque vino a exacerbar sus tendencias brutales y a incrementar su amargura. También suele omitirse el aspecto económico: la célebre riqueza de Limoges, adquirida de modo inmediato por medio del pillaje y la ulterior liquidación de los activos, ha-

bría contribuido a financiar la campaña del Príncipe Negro y a permitirle resarcirse de sus pérdidas.

Por último, es posible que el argumento más convincente sea el que pondera la eventualidad de que la acción hubiera venido a constituir para Eduardo un modo de desahogar la profunda frustración que debía de producirle la incapacidad, tanto física como militar, de resolver la situación de su principado, sujeto a una grave amenaza: la de la desaparición. Es por tanto difícil discrepar de Michael Prestwich cuando afirma que la matanza de Limoges «hace pensar en una acción desesperada»,[63] o del veredicto de Richard Barber, quien sostiene que «la propia destrucción de la ciudad equivalía a admitir su debilidad, a asumir que [Eduardo] no albergaba ya esperanza alguna de lograr restablecer su autoridad y que debía contentarse por tanto con tratar de sobrecoger a sus inquietos vasallos».[64] Si ya los cronistas que nos narran el saqueo de Jerusalén señalan que la vida o la muerte de los vencidos dependía del capricho de los vencedores, que mataban o no «según les viniera en gana», tampoco en este caso resulta fácil descartar el papel de las mezquinas motivaciones personales en la perpetración de una masacre impulsada por el deseo de venganza, ni siquiera ocultando esos móviles bajo el manto de las justificaciones basadas en una forzada exégesis bíblica y en razonamientos de carácter militar.

Conclusiones

Si los asedios tendían a propiciar los peores excesos de la guerra medieval, la causa se debe simplemente al hecho de que las guerras concentraran el grueso de sus esfuerzos precisamente en la conquista y la conservación de los baluartes. En ocasiones, como veremos en el próximo capítulo, se procuraban alcanzar otros objetivos, pero cuando esto sucede, nos encontramos en la mayoría de los casos ante excepciones a la regla. La importancia de los asedios iba más allá de las inmediatas estrategias geopolíticas y militares de los reyes y los comandantes, porque en las plazas sitiadas —en especial si se trataba

de ciudades— solían concentrarse grandes cantidades de riquezas, y por tanto de despojos, sin contar, obviamente, con el doble hecho de que las urbes albergaban a importantes contingentes de personas —ya fuesen miembros de las guarniciones o ciudadanos— y de que por muchas de ellas podía exigirse un buen rescate. Si consideramos las cosas desde un punto de vista general, el botín de plazas como la de Carcasona, conquistada por el ejército de la cruzada albigense, podía contribuir a mantener activa una campaña entera, proporcionándole dinero en efectivo y provisiones; visto en cambio desde una perspectiva individual, los despojos arrancados en estas victorias constituían un elemento tremendamente motivador para el soldado raso, que encontraba así un incentivo para permanecer con el ejército y aportar su esfuerzo a la conquista de las plazas atacadas. No debemos subestimar el hecho de que la perspectiva de hacerse rico —o, en el caso de los nobles, más rico todavía— constituía una potente fuerza impulsora, tanto para los caballeros como para los soldados rasos. Era imposible abandonar en poco tiempo la vida marcial contando únicamente con la soldada, pero la apropiación de los despojos y el pago de rescates podían transformar la vida de la tropa. Cuando cayó Southampton en el año 1216, la *History of William Marshal* sostiene que «fue tal el botín logrado en esa ciudad que las gentes humildes que quisieron aprovecharse y pensaron en el lucro lograron en todos los casos grandes riquezas».[65] En el año 1097, en la Primera Cruzada, poco antes de que comenzase la batalla de Dorilea, en el centro de Asia Menor, Bohemundo de Tarento no infundió coraje a sus hombres con ideas vinculadas a la obtención de fama y honor o, como cabría esperar, mediante la invocación de recompensas espirituales, sino con la perspectiva de lograr un gran botín: «Permaneced firmes en la fe de Cristo y en la victoria de la Vera Cruz, porque hoy, si Dios quiere, os haréis todos ricos».[66] El número de reclutas que acudió al llamamiento de enganche al ejército de Carlos V de Francia, llamado el Delfín, se disparó al prometer el regente los despojos de París.

Pese a toda la adrenalina y sed de sangre de los soldados que asaltaban una ciudad, es notable que en muchas ocasiones el saqueo sub-

siguiente no fuera un completo caos. Como ya hemos visto en el debate anterior, el pillaje podía ser bastante metódico, e incluso era posible detenerlo: en el año 1068, cuando Guillermo el Conquistador se apoderó de Exeter, en el suroeste de Inglaterra, dejó cuerpos de guardia apostados a las puertas de la ciudad a fin de no permitir que sus propias tropas la saquearan. Cuatro siglos más tarde, en el año 1463, tras conquistar Luxemburgo, Felipe III de Borgoña, llamado el Bueno, dejó a su ejército a las afueras de la urbe mientras él acudía en acción de gracias a la iglesia principal, así que sus soldados tuvieron que esperar a que terminara antes de recibir la orden que les daba carta blanca para saquearla. Desde luego, la perspectiva del botín también podía provocar la quiebra de la disciplina y la pérdida de una batalla, cosa que sucedía en muchas ocasiones. En Fronsac, en el año 1451, vemos un ejemplo de este descalabro del orden en las líneas —aunque en este caso no conduzca al fracaso militar—. En este choque, la codicia provocada por la perspectiva de los despojos resultó tan intensa que los soldados franceses simularon una crisis para poderles echar mano. Los ingleses habían entregado la plaza, situada en el sur de Francia, y convenido unos términos para la rendición que garantizaban que la ciudad no sufriera ningún saqueo. Sin embargo, por la tarde, unos cuantos miembros de la tropa francesa comenzaron a lanzar gritos de guerra y provocaron la estampida de los caballos para fingir que la caballería estaba tomando posiciones, todo ello con el propósito de dar la impresión de que las hostilidades se habían reanudado. Así nos refiere el episodio Maurice Keen. «Los soldados franceses se precipitaron a tomar las armas y escalaron los muros de la ciudad. Para cuando sus oficiales llegaron al escenario de los acontecimientos, el pillaje se hallaba en su apogeo y apenas podían hacer ya gran cosa, salvo sumarse al frenesí. Sin duda estaban perfectamente dispuestos a hacerlo, pero de no haberse presentado ellos podría haberse producido una masacre con gran facilidad.»[67] (Obsérvese la diferencia con el caso de Béziers, donde los oficiales impidieron el saqueo, pero no la matanza.)

En muchos casos los soldados no buscaban únicamente dinero, sino también mujeres. Las fuerzas de los sitiadores daban por des-

contado que tras el asalto se les daría rienda suelta y podrían violar a su antojo. A veces, los propios generales espoleaban activamente esa impresión para disponer de un medio más con el que aterrorizar al enemigo, al que venía a colocarse en la siguiente disyuntiva: someteos o violaremos a vuestras esposas e hijas. Otra posibilidad consistía en demonizar al enemigo, tildándolo de violador —como hizo el Occidente cristiano en el caso de los mongoles—, ya que de esta forma podía estimularse una resistencia más enconada. Las atrocidades sexuales eran también una sádica demostración de poder y de venganza, como ya hemos visto en el ejemplo que examinamos en la primera parte de este libro al hablar de la Jacquerie y exponer el caso de la hija y la esposa embarazada de un caballero, que fueron violadas ante sus propios ojos, para ser después pasados a espada los tres. Una de las mejores crónicas de la época, en la que se nos narran las penalidades de una ciudad conquistada y posteriormente entregada al saqueo, es la que nos ha dejado Rogelio de Wendover en el detallado relato de la toma de Lincoln, en el este de Inglaterra, en 1217. Rogelio, que, como ya he dicho en otro momento, es una fuente seriamente infrautilizada, dado que ofrece mucha información para el análisis de la guerra medieval, consigna lo sucedido cuando las fuerzas leales al monarca derrotaron a los franceses y a los barones rebeldes. Hay que señalar que nuestro autor no menciona que se produjera ningún derramamiento de sangre (y debe recordarse que, al igual que la mayoría de los cronistas de la época, Rogelio no se muestra nada timorato cuando se trata de pormenorizar detalles sangrientos); en cambio, lo que nos ofrece parece ser más bien el relato característico de un asalto en el que predominan las violaciones y el apetito de botín:

Del saqueo y rapiña de la ciudad

Una vez terminada de este modo la batalla, los soldados del rey hallaron en la plaza los carros que pertenecían a los barones y a los franceses, junto con los caballos de carga, y vieron que había en ellos enseres, vajillas de plata y distintos tipos de muebles y utensilios, todo lo cual

pasó a sus manos sin oposición. Tras saquear así la ciudad entera, hasta arrancarle el último cuarto de penique, se pusieron a desvalijar las iglesias de toda la población, descerrajaron los cofres y echaron abajo las puertas de las despensas con hachas y martillos, apoderándose del oro y la plata que contenían, de ropajes de todos los colores, así como de adornos, anillos de oro, copas y joyas. La catedral no sólo no escapó a la destrucción, sino que sufrió el mismo castigo que el resto de la ciudad, pues el legado había dado orden a los caballeros de dar al clero en pleno el trato habitualmente reservado a los excomulgados ... El templo perdió once mil marcos de plata. De este modo, habiéndose apoderado de toda clase de propiedades, hasta el punto de no quedaba ya nada en ninguna casa ni en ningún rincón, regresaron ante sus señores convertidos en hombres ricos ... Muchas de las mujeres de la urbe perecieron ahogadas en el río, ya que, para evitar un vergonzoso ultraje [es decir, la violación], habían embarcado en pequeños botes junto con sus hijos, sus criadas y su ajuar, pereciendo en la travesía. Más tarde, sin embargo, quienes andaban a la busca, hallaron en el río copas de plata y otros muchos artículos, para gran beneficio suyo.[68]

Rogelio, que era hombre nacido en la comarca, estaba extremadamente bien informado acerca de los acontecimientos bélicos de Inglaterra y siempre se mostró dispuesto a resaltar en sus escritos los padecimientos de la gente corriente. Con todo, las únicas muertes que menciona en Lincoln son de carácter accidental. No se dice nada de los hombres a quienes dejaban atrás las mujeres y los niños que saltaban a las barcas: si los hubiesen ejecutado, Rogelio lo habría reflejado en su crónica. (De las dos únicas fuentes que se acercan a ésta por el grado de detalle con que narran los hechos, ambas en francés, sólo una hace referencia al botín, pero ninguna alude al saqueo.) Es posible que la naturaleza del conflicto que vivía Inglaterra contribuyera a reducir los más extremados excesos de otras contiendas, y el hecho de que el castillo de la ciudad continuara resistiendo también pudo haber influido en ese mismo sentido, pero la circunstancia de que la plaza entera hubiera sido condenada al anatema la despojaba de un importante escudo protector. Al parecer no hubo ninguna orden que estipulara que debía librarse una guerra sin cuartel. Y como

tantas veces ocurre con los acontecimientos del pasado, simplemente no conocemos los detalles. Las más célebres conquistas por asalto son aquellas que alcanzaron notoriedad precisamente por su gran derramamiento de sangre, pero en la Edad Media hay un buen número de asedios letales de los que nada sabemos, bien porque no quedaran registrados en los anales, bien porque lo que no se consignara fuesen las masacres que tuvieron lugar en ellos. En la mayoría de los casos, la frecuencia con la que se producen los asedios, unida a la sucesión de distintos señores dominantes y de ciudades saqueadas, hace que los acontecimientos pasen sin demasiados comentarios. La ejecución de una guarnición o de sus habitantes merece ya mayor detenimiento, aunque no en todos los casos. No era inhabitual que se produjeran matanzas tras la toma por asalto de una plaza, pero, a diferencia de los saqueos, las degollinas no constituían la norma; en los casos en que sí tenían lugar, lo más probable es que fuesen consecuencia, bien de una política específica pensada para esa conquista en particular, bien de la total ausencia de todo tipo de política —cosa que efectivamente ocurría en ocasiones—. A menudo, la obligada pérdida del hogar, junto con la pobreza, eran castigo suficiente, y así lo establece claramente Enguerrando de Monstrelet tras el metódico sometimiento negociado por el que la plaza de Harfleur termina rindiéndose a Enrique V, en el año 1415:

> Después mandó hacer prisioneros a todos los nobles y hombres de armas que se hallaran en la ciudad, para expulsarlos luego en su mayoría, vestidos únicamente con sus jubones ... A continuación, apresó a la mayor parte de los ciudadanos y les obligó a pagar fuertes sumas por su rescate, conduciéndolos más tarde a las puertas de la plaza junto con la mayoría de las mujeres y los niños, entregando a cada uno cinco perras gordas y parte de sus ropas. Daba lástima ver la miseria de aquellas gentes forzadas a dejar atrás su ciudad y sus pertenencias.[69]

Existían tantas posibilidades de que el móvil que inducía al vencedor a ahorrarle el saqueo y la destrucción a una plaza conquistada, o a perdonarle la vida a los civiles, se debiera a motivaciones cínicas como de que su verdadero impulso estribara en un desvelo humani-

tario (aunque los panegíricos de los apologistas de príncipes y generales traten de hacernos creer precisamente esto último). En el caso de Carcasona, era necesario conservar la ciudad como centro administrativo viable a fin de poder organizar desde él la cruzada contra los cátaros; Felipe Augusto no sólo quería tener vía libre para el asalto final a Château Gaillard sino evitar al mismo tiempo el riesgo de enfermedades, y para eso debía apartar a las bocas inútiles de la tierra de nadie en que se encontraban; y durante la campaña escocesa del año 1296, el infame y despiadado Eduardo I se comprometió mediante pacto a no matar ni mutilar a los miembros de las guarniciones enemigas, logrando así inducir la rápida capitulación de sus oponentes, que se acogían a su clemencia (aunque los ciudadanos de Béziers no tuvieran tanta suerte). Sin embargo, era igualmente común que los caballeros presionaran a sus generales y les instaran a limitar las muertes. Esto puede explicarse en parte, al menos hasta el último tramo del período que aquí estudiamos, en función de una circunstancia particular: la de que los miembros de las clases aristocráticas se conocían muy bien unos a otros, hasta el punto de que a veces incluso estaban unidos por lazos familiares (en Lincoln, se permitió que muchos de los vencidos escaparan debido justamente a estos vínculos íntimos). Con todo, aún más importante era el hecho de que este tipo de actitud por parte de los nobles contribuía favorablemente a preservar sus propias vidas en caso de derrota. Si a menudo las atrocidades terminaban perpetuándose a consecuencia de una espiral de venganza, también es cierto que se albergaba la esperanza de que la benevolencia fuera recíproca si llegaban a cambiar las tornas en una ulterior fase del conflicto.

En 1347, tras pasar casi un año poniendo cerco a la ciudad de Calais, Eduardo III no estaba de humor para mostrarse clemente al tomar la ciudad. Sir Gualterio Mauny consiguió hacerle cambiar de opinión por razones puramente prácticas: «Señor, bien pudiera suceder que os equivocarais, y nos estáis dando un mal ejemplo. Pensad que si un día nos enviáis a defender una de vuestras fortalezas, lo haremos menos alegremente si vos ordenáis dar muerte a estas gentes, pues de ese modo, quienes les sigan nos harán lo mismo si tienen

oportunidad».[70] Al caer el castillo de Rochester a manos del siempre vengativo Juan sin Tierra en 1215, el monarca quiso enviar al patíbulo a la guarnición. Un persuasivo Savarico de Mauléon le aconsejó que abandonase la idea, basándose en motivos que revelan los miedos y cálculos de los soldados:

> Mi rey y señor, la guerra no ha terminado aún; por tanto debierais ponderar con todo cuidado lo mucho que podría cambiar la suerte en esta contienda; pues si vos ordenáis ahora que ahorquemos a estos hombres, los barones, nuestros enemigos, quizá se cobren en similares circunstancias mi vida o la de otros nobles de vuestro ejército y, siguiendo vuestro ejemplo, opten por colgarnos; por consiguiente, os ruego que no dejéis que eso ocurra, pues en tal caso nadie querrá combatir por vuestra causa.[71]

Dar o no dar cuartel: podía adoptarse cualquiera de las dos estrategias, bien en la campaña entera, bien en concretas acciones de la misma; se podía pasar de una a otra en función de los más recientes acontecimientos o del estado de ánimo del comandante; mas aun: una de las dos tácticas podía imponerse a la otra por simple cuestión de accidente o circunstancia. En todo caso, no puede negarse que la crueldad era una constante en las guerras de asedio. Desde luego, en muchas ocasiones se exageraba la magnitud de las matanzas, ya que los cronistas hacían hincapié en el horrible escarmiento que esperaba a los enemigos de sus vengativos príncipes, pero en todo caso también era frecuente que las degollinas fueran lo suficientemente rigurosas como para cumplir sus objetivos: desmoralizar a las guarniciones enemigas y aterrorizarlas a fin de que se sometieran. Y si los soldados no dudaban en comportarse brutalmente en los asedios, muy posiblemente se debiera a que ellos mismos sabían que les aguardaba un trato similar en caso de resultar vencidos. La comisión de actos crueles no contribuía únicamente a intimidar a los civiles. Era habitual que se amenazara también a las guarniciones con las peores consecuencias si ofrecían resistencia.

No siempre se llevaban a cabo tales amenazas, pero la guarnición que las desoyera asumía un gran riesgo. Al plantarse frente a las mu-

rallas de la ciudad de Moleón, en el Poitevin, en 1381, el duque de Borbón ofreció a la fortaleza la oportunidad de rendirse. De no hacerlo inmediatamente, todos cuantos se hallaran dentro serían ahorcados para dar ejemplo a otros que pudieran tener en mente resistir. La guarnición no dudó en aceptar el pacto. En el año 1224, Enrique III advirtió a la guarnición de Bedford de que se enfrentaba al cadalso si continuaba defendiendo el castillo. Y cuando la fortaleza fue tomada por asalto, la guarnición hubo de sufrir que la tundieran a palos antes de ser conducida a la horca. (El cronista de Dunstable afirma que se ajustició a más de ochenta caballeros y alguaciles, aunque es muy posible que la cifra fuera mucho más «baja» y se quedara en veinticuatro; y a tres que habían sido derribados a espada se les perdonó la vida gracias a la intercesión de los nobles de Enrique.) Lo que Enrique pretendía era cortar de raíz un problema naciente pero potencialmente grave —ya que Bedford se había convertido en un punto de encuentro de los descontentos—, y por esa razón deseaba actuar de forma tajante, a fin de enviar a sus oponentes el mensaje de que no habría componendas.

Las acciones militares de amenaza venían habitualmente a respaldar las palabras conminatorias. Guillermo el Conquistador se ganó una reputación de implacable caudillo bélico durante el período en que se dedicó a luchar en el ducado de Normandía. En el año 1049, se apoderó de un fuerte en las inmediaciones de Alenzón, en el noroeste de Francia y, en un acto que en su época se consideró brutal, ordenó amputar manos y pies a los defensores del fortín. A este respecto, John Gillingham señala que «la fiereza de Guillermo convenció a los ciudadanos de Alenzón de que más les valdría rendirse inmediatamente si deseaban conservar sus miembros. Igualmente impresionada, la guarnición de Domfront también decidió rendirse».[72]

Siempre y en todos los lugares en que los ejércitos latinos (o de cualquier otra procedencia, dicho sea de paso —musulmana, mongola, china o de donde fuera—) debían cercar una plaza podemos observar que se recurre a este tipo de prácticas bárbaras. Parece no haber excepciones geográficas, sólo casos individuales distintos: en Inglaterra, por ejemplo, lo que ocurre es simplemente que se han re-

gistrado menos ejemplos extremos. Esto no quiere decir que se recurriera siempre a la crueldad, pero sí que ésta se empleaba con la suficiente regularidad como para resultar cosa común. En la Primera Cruzada, los cristianos exponían las cabezas empaladas de los musulmanes muertos en estacas que venían a colocar frente a las guarniciones de Nicea y Antioquía; de manera similar, en Tiberíades, durante la Tercera Cruzada, Saladino se dedicó a hincar en picas las cabezas de los cruzados. En Ascalón, en el año 1153, los defensores de la plaza colgaron los cadáveres de los asediadores de los muros de la ciudad. En 1209, durante la cruzada albigense, Simón de Montfort tomó el castillo de Bram y mutiló a los miembros de la guarnición amputando el labio superior y la nariz a todos los hombres, y sacándoles además los ojos, salvo a uno, al que dejó simplemente tuerto a fin de que les condujera hasta la siguiente fortaleza que se proponía asediar Montfort (véase también el capítulo 2). Esto constituía a un tiempo una advertencia y una venganza por otra acción similar en la que sus hombres habían sufrido un trato parecido. En el siglo XIII, durante la Reconquista, Jaime I de Aragón mandó lanzar con una catapulta la cabeza de un musulmán que había retenido cautivo por encima de los muros de la ciudad de Palma de Mallorca, para después degollar a sus habitantes. Por otra parte, en Lisboa se empalaron en estacas las cabezas de ochenta musulmanes. En 1109, en La Roche-Guyon, como ya hemos visto antes, Luis VI ordenó colocar los cadáveres de la guarnición, castrados y abiertos en canal (con el corazón del cabecilla hincado en un palo), en unas balsas de fortuna especialmente construidas al efecto que después fueron lanzadas al Sena a fin de que llegaran hasta Ruán para que todos pudieran comprobar a qué extremos podía llegar la venganza del rey. En el año 1333, Eduardo III mandó ahorcar a unos rehenes a la vista de los ciudadanos de Berwick. Y en 1344, salió de la guarnición inglesa asediada en Auberoche, en la Gascuña, un mensajero secreto que trató de atravesar sin ser visto las líneas francesas; sin embargo, lo capturaron y, todavía con vida, lo ataron a una máquina de asedio y lo catapultaron por encima de los muros para devolverlo a Auberoche.

Los emperadores de la casa alemana de Hohenstaufen parecían particularmente propensos a la crueldad en los asedios. En el año 1238, en Brescia, Federico II adquirió la acostumbre de sujetar a sus rehenes a las máquinas de asedio a fin de tratar de evitar que los asediados les lanzaran proyectiles. Sin dejarse intimidar, los habitantes de Brescia recurrieron a una singular estrategia para crear una especie de colchón protector, ya que se dedicaron a bajar con cuerdas a los prisioneros del emperador, vivos, hasta situarlos justo enfrente de los arietes de Federico. El cerco impuesto en el año 1159 a la plaza de Crema, en la Lombardía, resultó particularmente horrendo, y revela que las atrocidades podían caer en círculos viciosos y retroalimentarse de este modo. Otón de Freising refiere lo que sucedió después de que las tropas imperiales de Federico Barbarroja mataran a algunos miembros de la guarnición de Crema, al realizar éstos una salida: «Fue lastimoso ver cómo los de fuera cercenaban la cabeza a los cadáveres y se ponían a jugar a la pelota con ellas, pasándoselas de la mano derecha a la izquierda y utilizándolas para hacer burlas y parodias. Sin embargo, los que permanecían en la ciudad, juzgando vergonzoso no atreverse a hacer otro tanto, organizaron un espectáculo desgarrador y empezaron a lanzar por encima de los muros, miembro a miembro, los cuerpos despedazados de los prisioneros de nuestro ejército, sin piedad».[73]

Entonces Federico ordenó que se colgara en la horca al resto de cautivos, y que se hiciera de modo que la escena pudiera verse desde la ciudad; los asediados replicaron con la misma moneda, colgando a los prisioneros de los muros. Federico mandó ahorcar a otros cuarenta presos, incluyendo esta vez a los caballeros y a otros personajes de elevada posición. Se dijo que los defensores arrancaron meticulosamente el cuero cabelludo a un noble, para después, tras peinarlo con todo esmero, fijarlo en su mismo casco. A otro le cortaron las manos y los pies, y luego le abandonaron a su suerte, dejando que se arrastrara por las calles. En un vano intento de contrarrestar el efecto de los proyectiles que lanzaban los maganeles de la ciudad y que estaban destrozando su torre de asalto, Federico fijó a sus rehenes a la atalaya móvil, a fin de que actuaran como escudos humanos: «de ese

modo murieron miserablemente varios jóvenes, aplastados por las piedras, mientras que otros, pese a permanecer con vida, sufrieron aún más penosamente allí colgados a la espera de la más cruel de las muertes, horrorizados ante tan terrible destino».[74] «Deshechos en lágrimas», los defensores «golpeaban los cuerpos de sus camaradas ... Les aplastaron el pecho, el vientre y la cabeza, hasta el punto de que los huesos y el pulposo cerebro se fusionaron en una misma papilla. Fue una bárbara y horrenda visión.»[75] Pese a este encadenamiento de salvajadas, Federico afirmó haber actuado «en todo momento de acuerdo con las leyes de la guerra»,[76] lo que termina de mostrarnos hasta qué punto resultaban carentes de sentido —o flexibles, si se prefiere— dichas normas.

En este clima de tan extremosa violencia no es de extrañar que los civiles pusieran el máximo empeño en eludir los excesos de las operaciones militares. La terrible experiencia que se veían obligados a soportar en caso de asedio les colocaba en una situación más que precaria: el cerco iba acompañado del temor a la hambruna y la enfermedad; la derrota ponía ante sus ojos la perspectiva del abono de un rescate, sin mencionar que les convertía en indigentes refugiados; y el asalto hacía planear sobre sus cabezas el espectro de una matanza indiscriminada. El hecho de que esta última posibilidad fuese algo menos probable que las dos primeras no reducía la amenaza de semejante contingencia, puesto que, de producirse, podía cobrarse de un solo golpe tantas vidas —o incluso más— que todo el proceso que desembocaba en ella. En las ciudades y los pueblos que se encontraban en estado de sitio el número de civiles superaba al de integrantes de la guarnición, y por consiguiente las miserias de la guerra de asedio venían a abrumar de forma desproporcionada a estos ciudadanos —situación que venía a invertir las circunstancias propias de una batalla y que se hallaba a abismal distancia de la caballeresca imagen de los dos hidalgos prestos a entablar singular combate en el campo del honor—.

El destino de las «bocas inútiles» de Château Gaillard es un reflejo de las agónicas circunstancias de hambre y aterrada exposición al peligro en que se veían envueltos muchos de los civiles asediados.

A lo largo de la Edad Media este tipo de escenas se repitieron numerosas veces, y es probable que fuesen más comunes que las masacres. Observamos padecimientos idénticos en Faenza, Italia, entre los años 1240 y 1241; en el Calais del período 1346 a 1347 (donde se permitió que algunos refugiados cruzaran las líneas enemigas, aunque otros quinientos se vieron atrapados y abandonados a su suerte frente a los muros de la ciudad); y en Ruán, de 1418 a 1419. Siempre que el general al mando se negaba a obligar a las bocas inútiles a salir de la plaza por él protegida, lo que las hubiera dejado expuestas al peligro en una tierra de nadie —como hicieran Federico II, Eduardo III y Enrique V—, se le consideraba un modelo de virtud caballeresca y un ejemplo de suprema hidalguía. Sin embargo, sus acciones bélicas (particularmente en los asedios) se hallan en las antípodas de las teóricamente asociadas con los idealizados caballeros —supuestamente dedicados a socorrer a las mujeres, los débiles y los desamparados—. Los desdichados que morían de hambre en estas situaciones eran tan víctimas de una atrocidad como los que expiraban tras ser pasados a espada después de un saqueo; sin embargo, era más fácil achacar toda la responsabilidad al enemigo, en especial al comandante de la guarnición que les expulsaba, puesto que su deber consistía en brindarles refugio.

Vamos a terminar el capítulo relatando los graves apuros que hubieron de padecer los habitantes de Ruán, sometidos a asedio por las fuerzas de Enrique V durante el invierno de 1418 (hasta enero de 1419). Las condiciones del cerco impuesto por Enrique fueron extremadamente rigurosas y ambos bandos lo llevaron adelante con gran saña. Enrique ahorcó a sus prisioneros en la horca. Los franceses, dando muestras de mayor inventiva, colgaron de las almenas a los que retenían, añadiéndoles un tormento: el de suspenderles con un perro atado al cuello; en otros casos optaron por meterlos en sacos junto a varios canes, coser el talego, y arrojarlos al Sena (métodos ambos, como ya hemos visto en el capítulo 1, comúnmente empleados para ejecutar a los delincuentes). En la ciudad se desataron el hambre y las enfermedades, y se formaron grandes montones de cadáveres. El coste de los alimentos subió desorbitadamente. Juan

Page, que se hallaba presente en la plaza cercada, describe de este modo la situación de los habitantes: «Devoraron perros, comieron gatas / se sostuvieron con ratones, caballos y ratas». Los gatos se vendían por dos monedas de oro, un ratón costaba seis peniques, una rata valía treinta, mientras que por un perro o una cabeza de caballo se pagaba media libra. Las chicas jóvenes ofrecían su cuerpo a cambio de pan. Se decía que existían prácticas de canibalismo. Al igual que muchos de los escritores de la época en que hemos venido basándonos, Page refiere con auténticas muestras de compasión y afecto el durísimo trance de los ciudadanos; el hecho de que estuvieran en el bando enemigo no mitiga en modo alguno la simpatía que le inspiran ni le impide comprender que el degradante y deshumanizador efecto del hambre resulta tan pernicioso como el peligro físico:

Morían tan rápido a diario
Que no había para todos sudario.
Aunque fuera como entregarle al verdugo,
Rehusaba la madre partir con el hijo el mendrugo.

Y tampoco éste lo habría de compartir,
Pues todo el mundo trataba de vivir
Todo cuanto pudiese durar,
Que amor y gentileza ya no eran del lugar.

A medida que fue avanzando el asedio, el cabecilla de la guarnición, Guido el Botellero, decidió expulsar a las bocas inútiles. Enrique se negó a dejarles atravesar sus líneas y quedaron abandonados a una muerte cierta en los fosos que rodeaban las murallas. Pese a ello, Page sigue considerando que Enrique era el «más regio príncipe de toda la cristiandad». A fin de cuentas, había sido el comandante de la guarnición quien había colocado en aquel brete a los habitantes de la ciudad. Además, el magnánimo y compasivo Enrique hasta se acordó de enviar un poco de comida a las bocas inútiles el día de Navidad, a fin de que pudieran honrar la fiesta. La calculada crueldad de que hacían gala los comandantes medievales al procurar la obtención de sus imperativos militares parece abrumadora y desconcer-

tante. ¿No habría sido más piadoso dar una rápida muerte a espada a aquellos desdichados? Lo irónico es que ese proceder habría resultado más difícil de justificar. Ya fuera con arma blanca, en la hoguera o por efecto del hambre, las consecuencias eran igualmente inevitables, según nos cuenta Page en tonos conmovedores:

> A los hombres aguijoneaba la conmiseración:
> De dos o tres años, sin dirección,
> Mendiga su pan un niño,
> Huérfano de padre y madre y sin cariño.
> ...
> Hasta fenecer han quedado unos sin alimento,
> Yertos tienen otros el ojo y el aliento,
> Los hay que, acuclillados,
> Yacen ahora como árboles serrados.
> Veíase a una mujer que en brazos sujetaba
> al hijo inerte, al que ya nada calentaba,
> Y a niños que se aferraban a sus papillas,
> Sin soltar de su madre muerta las rodillas.
> Y al final tan malas fueron las situaciones
> Que por cada vivo hubo doce defunciones.
> Y tan secretamente sobrevenía el morir
> Que los desfallecidos se desentendían de vivir
> Y como dormidos, sin ruido ni quejido,
> se entregaban en brazos del olvido.[77]

5
Campañas

Tras las batallas, era frecuente matar a los soldados cautivos, pese a que hubieran pasado a convertirse en civiles en virtud de su condición de prisioneros. En los asedios se producía un gran número de muertes de civiles, debido a que, sin darse cuenta, quedaban atrapados en las guerras en medio de las hostilidades, y a que en las contiendas se difuminaba notablemente la línea divisoria entre beligerantes y no beligerantes (en ocasiones a conveniencia de alguna de las partes, que deliberadamente se desentendía de la distinción). No obstante, en la mayoría de las campañas no había ambigüedad de tipo alguno, ya que la población civil se convertía en un blanco claramente definido. Esto no significa necesariamente que otros objetivos militares perdieran de algún modo su importancia —las estrategias giraban en último término en torno a los castillos y los burgos—, pero el hecho de extender la guerra a la población civil radicada lejos de los protectores muros de las urbes era uno de los elementos esenciales del proceso bélico. Aunque algunas comunidades lograban salir indemnes de los estragos de la guerra, otras quedaban literalmente devastadas. La frecuencia de las guerras y su extensión geográfica podían determinar que no resultase nada fácil eludirlas.

Las campañas de la guerra medieval

Contrariamente a lo que dicta la creencia popular, las campañas no constituían una ocupación estacional que se desarrollara exclusiva-

mente entre la primavera (con posterioridad a la Pascua de Resurrección) y el período de la siega. Beltrán de Born, cuya belicosidad bordeaba el comportamiento psicótico, no ansiaba la llegada de los primeros días cálidos para contemplar las coloridas flores que esmaltaban los campos por todas partes, sino para embriagarse con el despliegue de los llamativos pendones de guerra que se blandían por doquier. Para determinadas expediciones, el clima y el ciclo agrícola constituían de hecho sendos factores limitantes, aunque había otras en las que no planteaban mayor problema. Muchas campañas se iniciaban en noviembre y en enero (como veremos en los casos que examinaremos a continuación). El conde Felipe de Flandes, por ejemplo, se ajustó a una pauta conocida, ya que invadió la Picardía a finales de noviembre del año 1181, mientras Felipe Augusto hacía campaña en la Champaña; tras la tregua de Navidad, las hostilidades entre franceses y flamencos continuaron a mediados de enero.

El hecho de que las operaciones militares se organizaran en esas fechas es probablemente consecuencia del deseo de hacer un último esfuerzo encaminado a obtener ganancias y a fortalecer la propia posición antes de las tradicionales rondas de conversaciones de paz y armisticios que solían producirse en la época navideña, al menos en el caso de las contiendas que arrancaban en noviembre; y en cuanto a las reanudaciones de enero, cabe juzgarlas como un intento de iniciar tempranamente los ataques de la nueva temporada de campañas a fin de lograr beneficios y ventajas antes de la Semana Santa. (Es decir, no se trataba de que la época de Navidad, o la de Pascua, los dos períodos más sagrados del año, constituyesen una garantía del cese temporal de la actividad militar, como pretendiera escenificar en Rochester, en el año 1264, el piadosamente belicoso Simón de Montfort.) Como es obvio, las condiciones invernales podían plantear dificultades a las expediciones, pero la campaña de verano tampoco reunía condiciones ideales: aunque por un lado aseguraba la obtención de un mejor suministro de alimentos y por tanto la energía precisa para causar mayores daños al enemigo, también iba aparejada a la escasez de agua, episodios de deshidratación y golpes de calor. En agosto del año 1124, hallándose en Reims preparando a su

ejército para la batalla, Luis VI ordenó que las carretas formaran círculos a fin de procurar a sus hombres un espacio en el que poder retirarse del combate, beber agua y descansar.

Como ya se ha señalado en el capítulo anterior, podía hacerse el seguimiento de una campaña observando el avance de los ejércitos de población en población y de castillo en castillo. Como siempre, hay excepciones a la regla, pero por lo general esas excepciones contribuyen a resaltar las características de la campaña misma. Era frecuente que los valedores de los pequeños castillos del norte de Inglaterra los abandonaran ante la inminencia de una invasión escocesa, bien por carecer de la preparación necesaria, bien por su relativa debilidad frente a las fuerzas de oposición, consideradas excesivamente poderosas para las defensas de la plaza. La consecuencia era que, en términos operativos, el enemigo se concentraba en las fortalezas de mayor entidad. Pese a sus tempranos éxitos, las grandes *chevauchées* (literalmente «cabalgadas») de los ingleses durante la guerra de los Cien Años no tuvieron continuidad. Por el contrario, a partir de la década de 1430 quedó claro que se avecinaba el fin del conflicto, ya que, uno tras otro, todos los baluartes fueron cayendo en manos de los franceses, que iban recorriéndolos uno por uno a fin de hacerse con ellos. Fue tal el ímpetu adquirido que, al producirse la última campaña francesa, entre los años 1449 y 1450, la mayoría de los fortines simplemente se rindieron sin ofrecer resistencia. El número de grandes asedios que llegaron a determinar una situación estacionaria en las operaciones bélicas medievales, por lo demás muy dinámicas, es relativamente reducido. En realidad, el avance de un baluarte enemigo a otro podía ser notablemente rápido.

El movimiento de un ejército se realizaba en función de las posiciones que para contrarrestarle adoptara su enemigo, lo que hacía que las guerras de esta época pudiesen estar marcadas por una fluidez extrema, dado que las tropas se hallaban en constante desplazamiento. En el año 1216, el rey Juan sin Tierra empleó tácticas de distracción en el este y el sur de Inglaterra a fin de obligar a las fuerzas que se le enfrentaban a levantar el asedio de los castillos de Dover y Windsor, leales al monarca. Los rebeldes respondieron a esta inicia-

tiva tratando de cortar la retirada al rey cuando éste trató de avanzar por la costa de Suffolk. Avanzaron para ello en dirección a Cambridge, pero Juan, que había recibido noticias del despliegue a través de sus espías, se retiró a Stamford. Una vez allí se enteró de que Lincoln había sido sometida a asedio, así que emprendió la marcha hacia el norte para procurar auxilio a la plaza. Los rebeldes que se encontraban allí cambiaron de posición. Mientras tanto, las fuerzas rebeldes que no habían logrado alcanzar al rey Juan regresaron a Londres con el botín incautado en la campaña. De allí partirían nuevamente a fin de prestar apoyo a las tropas que se encontraban en Dover. Así era el constante movimiento de la guerra. De hecho, al centrarse en la conquista de los baluartes, la guerra medieval resultaba extremadamente dinámica. La existencia de estos rápidos y frecuentes desplazamientos de tropas, unida a una actividad militar dilatada ya a lo largo de todo el año, colocaba frecuentemente a las poblaciones rurales en pleno centro de la devastación bélica.

Los campesinos y los habitantes de los burgos indefensos que jalonaban la ruta de los ejércitos en su constante marcha de un teatro de operaciones a otro tenían buenas razones para inquietarse. Un ejército en marcha, incluso pequeño, era ya un espectáculo impresionante, pero los de grandes dimensiones constituían enormes empresas que obligaban a una inmensa movilización de medios y recursos, todo ello articulado por medio de una compleja organización. En el caso de la guerra de las Dos Rosas inglesa, un historiador ha estimado que «el desplazamiento de un ejército de diez mil soldados, al que habría que sumar varios miles más de efectivos, si contamos a los civiles, equivalía a trasladar una de las mayores ciudades del reino».[1] Aun en el caso de que se tratase de un ejército razonablemente disciplinado y de que el avance se produjera en tiempo de paz, como sucedía en Europa cuando las tropas se dirigían al escenario de las cruzadas, el impacto de tan inmensos contingentes en las comunidades rurales de las poblaciones y aldeas situados a lo largo de su ruta podía ser enorme. Unas veces, dicha influencia se revelaba relativamente positiva, gracias al impulso que recibía el comercio de víveres y otros artículos, pero otras resultaba negativo, sobre todo si las requisiciones militares

terminaban siendo excesivamente gravosas y se daban demasiados casos de incautación de bienes (las fuentes medievales atestiguan la existencia de apuradas quejas por el comportamiento de la itinerante corte de los príncipes). Ahora bien, si el avance del ejército tenía lugar en época de guerra y de dificultades, los soldados que inundaban las comarcas, mentalizados ya para el combate, provocaban a su paso gran temor y aprensión, como es lógico. Estas emociones podían llegar a convertirse en pánico si las tropas que circulaban por la región lo hacían bajo la bandera de potencias enemigas.

Incursiones devastadoras

Lo que más atemorizaba a los civiles eran las rapiñas y sus consecuencias: el miedo a morir a espada, el temor de la hambruna subsiguiente al destrozo o la requisa de las cosechas, el pavor a ser hecho prisionero y tener que pagar rescate, la ansiedad de saberse abocado a la pobreza si se demolían las casas y se robaban los bienes... En otras palabras, los civiles expuestos en campo abierto a la acción de los ejércitos compartían el mismo espanto que atenazaba a los habitantes de una ciudad cercada. Un rápido vistazo a dos campañas concretas nos revelará hasta qué punto los destrozos constituían una actividad inseparable del avance de un ejército por un territorio en disputa.

En los últimos días del reinado de Enrique II, el conflicto anglofrancés entró en una nueva fase. En julio de 1188, Enrique embarcó rumbo a Normandía con un gran número de hombres. Felipe Augusto había desoído las demandas de los embajadores de alto rango que le había enviado Enrique y se preparaba para la guerra. La primera acción de Felipe consistió en enviar una serie de expediciones de rapiña, sin conexión unas con otras, por todo el territorio enemigo. El obispo Felipe de Beauvais, primo del rey francés, se dirigió a Normandía. Una vez allí quemó el castillo de Aumale junto con «otras fortalezas y ciudades, matando a muchos hombres y haciéndose con abundante botín».[2] Felipe condujo sus fuerzas a la región de Vendôme, apoderándose de ella, y después avanzó en dirección a

Le Mans, incendiando cuantas aldeas encontró a su paso. Las fuerzas angevinas comandadas por el duque Ricardo recuperaron algunos territorios; a mediados de agosto, Ricardo logró reconquistar la región de Vendôme y la asoló. La contribución de Enrique consistió en avanzar pegado a la linde con la comarca de Gisors, prendiendo igualmente fuego a todo cuanto se interpuso en su camino. Las conversaciones de paz de Gisors fracasaron y la guerra prosiguió.

Fue Eduardo III quien capitaneó en el año 1339 la primera campaña de cierta relevancia de la guerra de los Cien Años. Dicha campaña comenzó con un fracaso, ya que los ingleses no consiguieron tomar la plaza de Cambrai, en el norte de Francia: los problemas logísticos y la solidez de las defensas de la ciudad obligaron a los ingleses a levantar el asedio tras casi tres semanas de bloqueo. Decidieron entonces adoptar una estrategia alternativa: emprendieron una cabalgada (*chevauchée*) por toda la región, y los incendiarios de la partida volatilizaron en llamas cerca de doscientas aldeas y pueblos. Lo que Eduardo pretendía era provocar a los franceses a fin de conseguir que presentaran batalla, pero Felipe VI de Francia se negó a recoger el guante. En vez de entrar al trapo que les enseñaba Eduardo, sus fuerzas impidieron la llegada de suministros al contingente inglés, y al mismo tiempo procedieron a devastar sus propias tierras, en un acto de deliberada política de tierra quemada, sabedores de que esto dejaría a los hombres de Eduardo sin recursos agrícolas. Así lo ha hecho constar la principal autoridad en materia de guerras eduardianas: «La campaña simplemente quedó en nada. Felipe hubo de encajar un duro golpe y su reputación se resintió, pero Eduardo había gastado una enorme fortuna y dedicado el tiempo de toda una temporada de campaña a una empresa que no le había reportado ningún beneficio concreto».[3]

Por su naturaleza, las campañas, en especial las de pequeña escala, guardaban más parecido con las incursiones que con las expediciones militares. Sin embargo, como muestran las *chevauchées* del Príncipe Negro, las rapiñas y las campañas eran muy a menudo nociones sinónimas: rara era de hecho la expedición que no se entregaba a una amplia operación de pillaje y devastación, adquiriendo así

las características propias de una incursión. Los escritos de esa época que tratan de la guerra están repletos de advertencias en las que se insiste en que el éxito de la conflagración descansa en devastar a fondo las comarcas. A finales del siglo XII, Jordán de Fantosme señala que el conde Felipe, un veterano combatiente, recomendaba al monarca Luis VII de Francia que su aliado, el rey Guillermo de Escocia, invadiera Inglaterra del siguiente modo: «Consentid en que aniquile a vuestro enemigo y vuelva estériles sus tierras: ¡que todo se consuma envuelto en llamas! Permitidle actuar, y que, fuera de sus castillos, no les deje ni en bosques ni prados cosa alguna que echarse al coleto al día siguiente. Dad después vuestro visto bueno a que reúna a sus hombres y ponga cerco a sus castillos ... Así es como habéis de combatirles, a mi juicio: primero devastad la tierra, y después eliminad a vuestros enemigos».[4]

Como establece claramente Fantosme en un pasaje anterior de esta misma crónica, así era como libraba el conde Felipe sus propias guerras, y con gran éxito. Un tratado militar escrito por Pedro Dubois en 1300 —la *Doctrine of Successful Expeditions and Shortened Wars*— abogaba por la completa ausencia de asedios y batallas en la guerra, preconizando su sustitución por una política de constantes estragos en la campiña.

Para la población rural, las consecuencias de estas campañas de rapiña podían ser desastrosas, como atestiguan los observadores de la época, y especialmente calamitosos fueron los efectos de las devastaciones ocurridas a lo largo de la guerra de los Cien Años. A principios del siglo XV, Tomás Basin escribe lo siguiente: «Todos los campesinos de las tierras que median entre el Loira y el Sena han sido pasados a espada o se han dado a la fuga. Con nuestros propios ojos hemos visto inmensas llanuras absolutamente desiertas, incultas, abandonadas, desprovistas de habitantes, cubiertas de arbustos y maleza».[5]

Estos ejemplos proceden de una época en que los ingleses, enfrentados a un enemigo que empezaba a cobrar nuevos bríos, estaban poniendo en práctica una política de tierra quemada. No obstante, las escenas que describen se repitieron a lo largo de toda la Edad

Media y las crónicas de esos años han dejado constancia de ellas en términos asombrosamente familiares, ya que la devastación era uno de los elementos permanentes de la guerra. Más de dos siglos antes, las *Chansons des Lorrains* ya habían captado con el más vívido de los vocabularios la incursión de un ejército extranjero y el impacto que su acción había ejercido sobre los civiles:

> Iniciaron el avance. Los exploradores y los incendiarios encabezaban la marcha, tras ellos venían los forrajeadores, que se encargaban de recoger los despojos y de llevarlos al largo convoy de la impedimenta. Comienza el tumulto. Los campesinos, que acababan de abandonar los campos, se revuelven, dando grandes voces; los pastores concentran sus rebaños y los conducen hacia los bosques vecinos con la esperanza de salvarlos. Los incendiarios prenden fuego a las aldeas, después de que los forrajeadores las hayan recorrido y saqueado. Los aterrados habitantes perecen en las llamas o son conducidos lejos de ellas con las manos atadas a fin de pedir por ellos un rescate. Por todas partes repican campanas de alarma, y el miedo difunde de una punta a otra del lugar, hasta alcanzar al último rincón. Brilla por doquier el acero de los yelmos y se ven ondear pendones, cubierta la llanura de jinetes. Aquí los soldados echan mano de un dinero; allá se apoderan de vacas, asnos y rebaños. El humo lo llena todo, ruge el fuego, y los campesinos y pastores huyen, presas del pánico, en todas direcciones.[6]

La asociación de los ejércitos con tan desenfrenada destrucción ha contribuido a perpetuar el parecer de Charles Oman, quien sostenía que «en la Edad Media no existía estrategia de tipo alguno —si entendemos por estrategia la faceta más sutil del arte militar—. Los ejércitos invasores que avanzaban por un territorio hostil no lo hacían con el propósito de atacar algún importante objetivo estratégico, *sino con la mera intención de incendiar y asolar las tierras* (el subrayado es mío)».[7] Sin embargo, los pasajes que acabamos de citar señalan que bajo las prácticas de devastación latía una lógica militar, lo que desmiente la imagen excesivamente simplificada que nos presenta a unos ejércitos torpes y dedicados al simple pillaje que recorren las comarcas como sonámbulos de furia desatada. Al disiparse el

humo se harán manifiestas las razones que impulsaban a los incendiarios.

El hostigamiento con el que Guillermo el Conquistador sometió la región del norte de Gran Bretaña, 1069-1070

Guillermo el Conquistador fue uno de los comandantes militares de más éxito —y más implacable carácter— de toda la Edad Media. Uniendo a la audacia y a su gran pericia táctica una magistral capacidad de organización logística, Guillermo logró alcanzar la corona de Inglaterra en la celebérrima fecha de 1066. La conquista del reino en sí le llevó algo más de tiempo, ya que precisó de la realización de un cierto número de importantes campañas, todas las cuales llevaron a Guillermo a recorrer de punta a cabo una recalcitrante Inglaterra que le obligó a luchar para imponer su autoridad en las tierras recién sometidas. Su gobierno «se basó en las expediciones punitivas».[8] La más dura de todas esas operaciones fue la que realizó en Northumbria y sus alrededores durante el invierno de 1069 a 1070. Así lo ha recogido un historiador anglosajón: «El hostigamiento de las tierras del norte es quizá el incidente más famoso del reinado de Guillermo I tras la propia batalla de Hastings. Fue objeto de una unánime condena universal, tanto en su misma época como en períodos posteriores, pero es difícil evaluar los verdaderos efectos que produjo».[9]

Guillermo no sólo se hallaba atareado con la agitación que perturbaba el ducado de Normandía, debía ocuparse asimismo de frenar los ataques de los galeses, los escoceses, los resistentes ingleses y los daneses, que consideraban Inglaterra como su legítimo legado. Semiindependiente y secesionista por naturaleza, la región septentrional planteaba a Guillermo verdaderas dificultades y le exigía una gran dedicación. La mayor amenaza era la posibilidad latente de que los descontentos del norte se aliaran con los daneses. Aunque dicha alianza ya era por sí sola un formidable desafío, la hacía aún más temible el hecho de las inevitables rebeliones que habría de provocar en todo el país, lo que iba a colocar a los normandos en una situación

muy expuesta, obligados a combatir en una multitud de frentes. Ésa era la realidad a la que debía enfrentarse Guillermo a finales del verano de 1069, momento en el que el rey Svend de Dinamarca envió a Inglaterra un enorme contingente expedicionario capitaneado por sus hijos y un hermano e integrado por doscientas cuarenta naves. Tras desembarcar en Kent, la flota se abrió paso a través del estuario del río Humber, realizando incursiones de saqueo en su ribera oriental conforme iba avanzando. Una vez remontado el curso de agua, la expedición danesa erigió una base en tierra firme, probablemente como avanzadilla en espera de la llegada de nuevas tropas con las que poder organizar una invasión en toda regla. La presencia danesa en la zona desencadenó un gran levantamiento en el condado de York. Una fuerza anglodanesa marchó sobre la ciudad de York y el 20 de septiembre se apoderó de la plaza tras un encontronazo al que sobrevivieron pocos miembros de la guarnición Normanda. Esto constituía un grave revés para Guillermo: «la más grave derrota que los normandos hubieron de encajar en Inglaterra»,[10] y era además la mayor emergencia que había conocido hasta el momento su breve reinado. Estallaron revueltas en toda Inglaterra, en especial en las regiones del oeste y el noroeste; todas ellas tenían en el condado de York su epicentro político. Quedó claro que existía la posibilidad real de que se asentara en el norte un reino independiente y hostil. «La magnitud de la crisis indica la importancia de la ulterior campaña y explica (aunque no excuse) sus terribles consecuencias.»[11] Guillermo avanzó hacia el norte a marchas forzadas, obligando al contingente anglodanés a replegarse en los márgenes del Humber. Después se dirigió hacia el oeste para hacer frente al levantamiento surgido en el condado de Stafford, mientras las divisiones normandas que permanecían en Lincoln lograban una decisiva ventaja al rechazar un despliegue de tropas que progresaba hacia el sur al mando de un destacado aristócrata anglosajón: Edgardo Atheling.* Confinados en la región septentrional, los daneses aprovecharon la ausen-

* Este apodo significa «varón de alta cuna, caudillo o jefe», y era la denominación que se aplicaba por regla general a los hijos de los reyes. *(N. de los t.)*

cia de Guillermo para tratar de recuperar el control de York. Guillermo se encontraba en ese momento en Nottingham, donde se enteró de lo que los daneses planeaban hacer en York. Se abrió paso por la región y cruzó el río Aire hasta llegar a la ciudad, que para entonces había vuelto a manos danesas. Por el camino, «saqueó y dejó completamente asoladas» las comarcas por las que pasó, con lo que dio inicio real al hostigamiento de la región septentrional.[12]

En lugar de asaltar York, Guillermo repitió la exitosa estrategia que había empleado en el año 1066 para sojuzgar Londres: devastó los territorios que rodeaban la plaza, en especial los situados al norte y al oeste. Al proceder de ese modo dejaba aislado a York y reducía los suministros que pudieran llegarle tanto a la guarnición que defendía la urbe como al ejército danés en general. La premura de tiempo y la escasez de efectivos —pues debía hacer frente a la gran agitación que recorría el país— impidieron a Guillermo tomar la decisión de someter la ciudad a un exhaustivo bloqueo. Además, el hecho de que se hallara presente en la región una gran fuerza enemiga convertía la posibilidad del asedio en una arriesgada empresa. Los daneses se replegaron a su cuartel general y Guillermo pasó la Navidad en la población, prácticamente reducida a cenizas, pues había sido incendiada en septiembre. Con gesto pensado para resaltar con simbólico aldabonazo su regia autoridad, Guillermo mandó traer de Winchester todos los avíos propios de la parafernalia regia a fin de difundir con tan esplendorosa exhibición una importante proclama política. Guillermo envió ante los cabecillas daneses a unos mensajeros normandos que les ofrecieron, con respaldo oficial, un incentivo consistente en la libre posibilidad de forrajear por todo el litoral con la condición de que el ejército permaneciera en la misma zona hasta que la mejoría primaveral del tiempo les permitiera una segura navegación de regreso a Dinamarca. Los daneses aceptaron la oferta (pero no cumplieron su parte del trato al finalizar el plazo). Esta breve tregua dejó a Guillermo las manos libres para volver a plantar cara a los focos de resistencia que resurgían en Chester. Lo más duro de esta nueva campaña fue la agotadora marcha a través de la cadena montañosa de los Peninos en pleno invierno —maniobra que, no obstante, logró impresio-

nar al enemigo—. Mientras tanto, las fuerzas que dejó atrás, en el condado de York, ejecutaron sus escalofriantes órdenes explícitas y se dedicaron a devastar la región septentrional.

Si los daneses se habían avenido a aceptar los términos del trato propuesto fue porque necesitaban desesperadamente reabastecer de provisiones su campamento del Humber. Su situación ya se había visto notablemente agravada a consecuencia de las incursiones de los normandos, pero es que además la región seguía sufriendo las consecuencias de los estragos causados por Guillermo a principios de año —período en el que ya había devastado toda la zona a fin de responder a otro levantamiento en el que no sólo había perdido temporalmente el condado de Durham sino también a los potentados que gobernaban la comarca, muertos a manos de los insurrectos—. Son muchos los elementos que avalan la secuencia de acontecimientos que acabamos de enumerar en el párrafo anterior —ya que se trata de un encadenamiento que goza de una general aceptación—, pero también vale la pena tomar en consideración la cronología que propone como alternativa David Douglas. Este autor sostiene que los daneses se habrían dejado comprar después de que Guillermo lograra someter la rebelión de Chester, pues con esta acción asistían a la caída de sus últimos aliados ingleses frente a quien ya empezaba a merecer el apodo de «Conquistador». Deberemos tener en mente esta posibilidad cuando examinemos los motivos que pudieron haber empujado a Guillermo a destrozar bárbaramente la campiña de la región norteña.

El rey envió contingentes de tropa que devastaron todas aquellas tierras de forma absoluta y sistemática. Algunas fuentes lo mencionan simplemente de pasada. La Crónica anglosajona afirma escuetamente que «el rey Guillermo penetró en el condado y lo asoló totalmente», a lo que añade que «saqueó y devastó por completo la región».[13] Enrique de Huntingdon no hace más que una alusión casual a los hechos: el soberano, dice, «aniquiló a los ingleses de aquella provincia».[14] Hugo el Cantor consigna que «York y toda la comarca circundante [quedaron] deshechas por los normandos, que irrumpieron en ella a fuego y espada, trayendo el hambre a la zona».

A continuación, este mismo autor ofrece algunos detalles de la destrucción de la iglesia.[15]

De ser éstos todos los datos en manos de los historiadores, el hostigamiento de la región septentrional no se habría convertido en un acontecimiento tan notable, ni siquiera en la tradición oral. Ahora bien, todas estas devastaciones causaron una impresión mucho mayor en otros cronistas, todos los cuales compondrán su relato a principios del siglo XII y se mostrarán invariablemente espantados por lo sucedido. Juan («o Florencio») de Worcester* parece haber tenido en sus manos una versión, hoy perdida, de la Crónica anglosajona, y su narración, ligeramente más prolija, ejerció una importante influencia en otros cronistas que más tarde habrían de embellecer o incluir añadidos al texto en función de los datos que ellos mismos manejaran y apoyándose en ocasiones en testimonios obtenidos en las localidades en que se produjeron los hechos, así como en tradiciones y comentarios de transmisión oral. Juan nos dice que Guillermo reunió a su ejército y «apretó el paso, con gran cólera en el pecho, en dirección a Northumbria, donde dedicó el invierno entero a devastar incesantemente las tierras, asesinar a los habitantes y causar numerosos heridos». En un párrafo que resulta aún más elocuente, el cronista describe el cúmulo de consecuencias que se derivó de la estrategia de Guillermo, centrada en provocar estragos: «[S]e declaró una hambruna tan grande que los hombres se vieron obligados a alimentarse con la carne de los caballos, los perros, los gatos, e incluso de los seres humanos».[16] Guillermo de Malmesbury escribe que Guillermo el Conquistador «ordenó asolar tanto las poblaciones como los campos de cultivo de toda la comarca e hizo destruir por la acción del fuego todos los frutos y todo el grano», a lo que añade que «las llamas, las matanzas y la devastación ... dejaron la tierra total-

* Sean McGlynn alude aquí a un texto conocido como *Chronicon ex Chronicis*. En un principio, la obra se atribuyó a un monje llamado Florencio de Worcester, pues así se hacía constar en la nota necrológica escrita a su muerte. Sin embargo, estudios posteriores han atribuido el relato, basándose en razones estilísticas, a otro monje de la misma institución —Juan de Worcester—, de ahí la doble mención que recoge el autor. *(N. de los t.)*

mente inculta y yerma en unos cien kilómetros a la redonda, esterilidad que ha perdurado hasta nuestros días».[17]

Simeón de Durham, que se ajusta a la tendencia por la que los escritores se refrenan tanto menos cuanto más alejados se encuentren de los acontecimientos, completa la crónica de Juan de Worcester con toda una serie de sombríos detalles. Los cadáveres se pudrían en las casas y en las calles, «pues no quedaba nadie que pudiera darles sepultura, al haber perecido todos, bien abatidos por la espada, bien consumidos por el hambre». Los que habían logrado sobrevivir huían en busca de alimento o se ofrecían como esclavos. Durante nueve años, la tierra quedó por tanto sin manos que la cultivaran: «por todas partes se veían desiertas las moradas, pues habían huido sus habitantes a fin de hallar refugio, o bien permanecían escondidos en los bosques o lo más intrincado de las serranías»; entre York y Durham no quedaba una sola aldea habitada.[18] No es de extrañar que uno de los verbos latinos que empleen los cronistas para describir los efectos de la desolación sea *depopulare*. Sin embargo, el más vívido, vehemente y pormenorizado relato que ha llegado hasta nosotros, precisamente el que ha determinado que el hostigamiento de la región septentrional terminara siendo de tan infame recuerdo, es el que brota de la pluma de Orderico Vitalis. Guillermo, dice este autor,

> siguió peinando las florestas y remotas regiones montañosas, sin detenerse ante nada en su afán de dar caza al enemigo oculto en esos parajes. Sus campamentos se hallaban dispersos en varios centenares de kilómetros a la redonda. Abatió a muchos en venganza y desbarató las guaridas de muchos otros, asolando la tierra y reduciendo a cenizas los hogares. En parte alguna había mostrado Guillermo tantísima crueldad. Para su vergüenza, sucumbió a la depravación, pues no hizo el menor esfuerzo por refrenar su furia y castigó tanto a inocentes como a culpables. En su cólera ordenó reunir cosechas y rebaños, enseres y bastimentos, a fin de arrojarlo todo a las voraces llamas y despojar así a la entera región situada al norte del Humber de la totalidad de sus medios de subsistencia. En consecuencia, Inglaterra quedó sumida en tan grave período de penuria, y cayó sobre los errabundos y desamparados

habitantes tan terrible hambruna, que murieron de inanición más de cien mil cristianos de ambos sexos, tanto jóvenes como ancianos. En mi crónica he tenido frecuentes ocasiones de elogiar a Guillermo, pero no puedo aprobar este acto que condenó a morir lentamente de hambre a los íntegros y a los malvados por igual.

A continuación Orderico lamenta, entre otras, las muertes de los «indefensos niños», todas ellas consecuencia de la «infame» acción de Guillermo, iniciador de aquel «brutal exterminio».[19] Orderico debía de estar escribiendo unos sesenta años después de los acontecimientos que refiere, pero como señala Ann Williams, «Había nacido en el año 1075 en el condado de Shrop, donde pasó los diez primeros años de su vida, en una época en que aún se mantenía fresco en la memoria el recuerdo del hostigamiento sufrido por Mercia y las regiones del norte. Es muy posible que Orderico hubiera escuchado los relatos de personas que los hubieran padecido directamente».[20] (Son muchos los medievalistas que conceden una creciente importancia a las tradiciones orales.)

Algunos historiadores han tendido a minusvalorar estas crónicas, considerándolas fruto de la característica exageración en la que habitualmente caen los monjes. No obstante, si las críticas de las crónicas bélicas de los clérigos ya acostumbraban a hacer excesivo hincapié en esa tendencia a la hipérbole, lo que observamos en este caso es que sucede algo muy parecido. Sin duda se agrandan los hechos, y en especial Orderico infla más de la cuenta la cifra de muertos, que sitúa en torno a las cien mil almas, pero lo que aquí está en juego es algo más relevante que el simple prejuicio antinormando de un pueblo conquistado. Guillermo de Malmesbury previene del sesgo que podría introducir el «odio nacional» en los reproches que se hacen al rey. Él mismo, por su parte, dado que por sus venas corre tanto sangre inglesa como normanda, promete no disimular nada, ni las «buenas obras» ni el «mal comportamiento» de Guillermo.[21] Y el propio Orderico terminó echando raíces en Normandía, ya que, tras cumplir los diez años de edad, habría de pasar allí el resto de su vida. El laconismo de las fuentes normandas de la época sugiere asimismo que las acciones

de Guillermo fueron tan extremosas que más valía pasarlas por alto. Se ha señalado con razón que las breves observaciones que se hacen en la Crónica anglosajona sobre esta campaña de devastación son menos drásticas que los más detallados y virulentos comentarios que allí se exponen en relación con el asolamiento que provocaron los daneses en el año 1066. Esto podría deberse simplemente a una falta de uniformidad en el rigor de la crónica, pero también cabe explicarlo sobre otras bases: en Inglaterra el legado que dejaron los vikingos está asociado tanto a sus rapiñas como a su paganismo. En algunos aspectos, Dinamarca seguía siendo una tierra de apostolado, y en 1066, Guillermo no había tenido aún oportunidad de saquear ningún monasterio de Inglaterra (pues no lo haría sino en el año 1070).

Las fuentes inglesas resaltan fundamentalmente los efectos de la hambruna: la presión del hambre había sido la ofensiva más letal. Los normandos «mataron bárbaramente *in situ* a muchos campesinos, pero el gran número de los que sin duda lograron escapar se vio en último término igualmente condenado».[22] En verano, la forma de causar estragos consistía en prender fuego a las cosechas, mientras que en invierno lo que se hacía era echar a perder las reservas de víveres y grano almacenados tras la última temporada productiva, despensas que precisamente debían sustentar el consumo durante los meses de escasez de la estación fría. La destrucción de los aperos de labranza y de las semillas destinadas a la siembra agravaban las pérdidas, ya que dejaban a los lugareños sin los medios necesarios para propiciar la siguiente cosecha, lo que aumentaba la desesperación y la idea de que resultaba inútil oponerse a la adversidad, puesto que implicaba que la hambruna habría de prolongarse un año más. Todos los que estaban en condiciones de hacerlo huían antes de que los normandos cayeran sobre sus aldeas, llevándose consigo a los montes y a los bosques todo cuanto podían. No es de extrañar que el miedo, el fuego y el hambre despoblaran la región de forma tan calamitosa. Dieciséis años más tarde, el *Domesday Book* refiere que aún podían verse grandes extensiones abandonadas. Los refugiados se habían dispersado a lo largo y ancho de la geografía inglesa. Algunos llegaron incluso a zonas situadas muy al sur, a la ciudad de Evesham por

ejemplo, cuya abadía les acogió —lo que obviamente contribuiría a difundir la noticia del desastre en el conjunto de instituciones de la comunidad monástica—.

Algunos de los historiadores que han juzgado que las exageraciones de los cronistas constituyen un elemento suficiente para cuestionar la extrema severidad del hostigamiento han reexaminado asimismo las pruebas que aporta el *Domesday Book* en relación con los acontecimientos del año 1086. Este texto, que es un censo nacional de las propiedades rústicas y sus correspondientes valores con vistas a ponderar si la oferta tributaria de los hacendados se correspondía efectivamente o no con la magnitud de la finca, ofrece la rara posibilidad de conocer cómo se cuantificaba oficialmente la situación parcelaria en los condados. En las secciones que el *Domesday Book* dedica a los condados de las regiones media y septentrional de Inglaterra figuran muchos apartados en los que aparece la mención «tierras baldías», lo que se considera una indicación de los daños provocados por la guerra. De este modo, a veces se piensa que el *Domesday Book* podría permitirnos seguir la estela de destrucción que habría dejado tras de sí un ejército dedicado a asolar cuanto encontrara a su paso. Sin embargo, estudios recientes han sugerido que probablemente la alusión que se hace en ese catastro al carácter «baldío» de las tierras se deba simplemente a necesidades dictadas por la clasificación administrativa —a fin de cuadrar una serie de desequilibrios económicos cuyas causas guardaban escasa relación con la guerra—, y que es erróneo suponer, como se explica en la conclusión de un trabajo sobre los pillajes de Guillermo en los alrededores de Londres, «que los daños causados por la guerra se [atengan] a unas pautas no sólo características sino casi invariablemente detectables por medio de los registros catastrales del *Domesday Book*».[23] (Con todo, los registros de los Pipe Rolls* en los que se consignan los datos económicos de los reinados

* Los *Pipe Rolls* son unos rollos de pergamino en los que se estuvo dejando constancia del estado de las cuentas del Reino de Inglaterra entre los años 1130 y 1833. Deben su nombre al hecho de que las contingencias de la archivación determinaron que se doblara hacia arriba uno de los extremos de cada rollo, a modo de «pipa». *(N. de los t.)*

de Enrique II y Juan sin Tierra tienden a establecer un vínculo más explícito entre la actividad militar y la esterilidad o el abandono de las tierras.) A pesar de que en el *Domesday Book* pueda observarse que cerca del 50 por 100 de las propiedades rústicas del condado de York aparecen clasificadas como fincas improductivas, y a pesar también de que de otras muchas se diga que carecían de recursos dieciséis años después de las acciones de hostigamiento, aún hay autores que siguen mostrándose escépticos respecto al alcance de la campaña llevada a cabo por Guillermo entre los años 1069 y 1070.

No obstante, las últimas investigaciones académicas —plasmadas en el importante artículo que John Palmer dedica a las tierras yermas consignadas en el *Domesday Book* y al hostigamiento de la región del norte de Inglaterra— llegan a la conclusión de que «en el condado de York la pérdida de tierras [por causa de la actividad militar] fue realmente asombrosa».[24] El ritmo de recuperación de los efectos de la devastación varía de un lugar a otro: en algunos casos, sobre todo en el oeste, se observa una reactivación en el plazo de dos años, pero en el condado de York tardó en ocasiones décadas en producirse. De hecho, el historiador francés Robert Fossier cree que las acciones devastadoras podrían haber resultado beneficiosas para la tierra, dado que al año siguiente las cenizas habrían contribuido a aumentar la productividad (a fin de cuentas, los granjeros prenden fuego todos los años a los campos para desbrozarlos tras la siega). Y aunque también convenga señalar, como han hecho algunos autores, que el paisaje medieval era notablemente resistente, lo cierto es que con estas afirmaciones erramos un poquito el rumbo, ya que no eran los campos los que padecían graves tormentos, sino las personas. Las despobladas zonas que describen las crónicas no podían cultivarse solas. Quienes lograban sobrevivir huían de la región, bien porque desearan evitar la primera embestida, bien porque temieran que tras ella viniesen nuevas hordas. Además, otra de las razones para abandonar la zona radicaba en el hecho de que, tras la devastación, apenas existían ya motivos para permanecer en ella. Y si no regresaban a los campos al poco tiempo era porque preferían esperar a que los normandos terminaran sus operaciones y porque no habiendo podido

sembrar nada, o muy poca cosa, no había prácticamente sustento para nadie en caso de que decidieran retornar. Es posible que las casas solariegas que más rápidamente consiguieran recobrarse fueran de hecho las que parecieran más seguras para promover un rápido regreso de los aparceros, o bien aquellas cuyos dueños fueran señores capaces de echar mano de los recursos necesarios y facilitar así la recuperación.

El hostigamiento de la región septentrional no se limitó al condado de York, sino que afectó asimismo a los de Shrop, Stafford, Chester y Derby. La estrategia de Guillermo iba directamente dirigida a perjudicar a la población rural: fue una campaña militar que no atacó a castillos ni a ejércitos, sino a personal civil. Dos son las principales razones que explican la dureza de la campaña. La primera, más difundida y más acreditada, se basa en que Guillermo quería asegurarse de que Northumbria no volviera a encontrarse en situación de plantear una nueva amenaza de rebelión en mucho tiempo, aplastando con ello cualquier veleidad separatista. Al asolar las tierras y lo que estas producían, Guillermo negaba a las fuerzas enemigas toda posibilidad de abastecimiento de víveres en la campiña y paralizaba al mismo tiempo la infraestructura que daba sostén a la producción de los recursos precisos para librar una guerra. Merece la pena añadir asimismo que al despoblar la zona dispersaba al mismo tiempo a los hombres y que, de no haberlo hecho así, todo ejército enemigo que pudiera haber llegado a crearse habría podido reclutar a la mayoría de ellos. No se sabe exactamente en qué medida afectaron las acciones de Guillermo a las tierras de los aristócratas que originalmente habitaban esas regiones y la cuestión suscita algunas polémicas: el hecho de que el *Domesday Book* señale que existen toda una serie de propiedades rústicas concretas que prosperan sin mayor problema —fincas que, en buena lógica, deberían haber sido atacadas— podría sugerir que el hostigamiento que sufrió la zona no fue tan extenso como se ha querido hacer ver. Sin embargo, eran precisamente los propietarios de las haciendas ricas quienes contaban con los recursos que, según acabamos de mencionar, podían promover una rápida recuperación, en especial si dichos potentados habían lle-

gado a un arreglo, fuera éste temporal o permanente, con Guillermo, integrándose así en la compleja malla de influencias políticas, padrinazgos y conveniencias que volvía a tejerse. Además, como ha hecho notar Palmer, hay que tener en cuenta que la mayoría de las tierras que quedaron devastadas en el condado de York pertenecían a cabecillas rebeldes, y que esas propiedades fueron las más duramente golpeadas.

En mi opinión, el segundo elemento que podría explicar las acciones de Guillermo resulta más convincente. Esta explicación concede mayor prioridad a la amenaza danesa. Para Guillermo, la gravedad de una rebelión en Inglaterra aumentaba notablemente si contaba con el respaldo de la considerable capacidad militar de otro estado. La devastación provocada en el condado de York habría impedido igualmente que cualquier ejército invasor pudiese contar con los suministros necesarios para sostener una campaña. En el año 1226, durante la cruzada albigense, el conde de Tolosa también recurriría a una política de tierra quemada al tener que replegarse ante el avance de los franceses, dejando de este modo sin víveres a los cruzados, y lo que era aun más decisivo, a sus animales. Como ya se ha indicado más arriba, Felipe VI actuó de manera similar en el año 1339 en su pugna con el Príncipe Negro. El litoral del condado de York, cuyas costas dan al Mar del Norte, ofrecía una sólida resistencia a la hegemonía Normanda y se hallaba a buena distancia del cuartel general del sur en el que Guillermo encontraba una relativa seguridad, así que constituía obviamente una interesante cabeza de puente para los daneses, que desde esa región podían organizar sus operaciones en Inglaterra.

No es de extrañar que las fuerzas danesas, encerradas en el Humber, llegaran a un acuerdo con Guillermo al verse desprovistas de toda posibilidad de conseguir víveres y sin la ayuda de sus aliados. La devastación que causó Guillermo en las tierras interiores debió de venir dictada por la necesidad de disuadir a los daneses acantonados en el Humber de toda tentación de volver a realizar incursiones en esa inestable región con la llegada de la primavera. De no poder forrajear ni vivir de la tierra, a los daneses les sería imposible empren-

der tipo alguno de operación. Hay además una buena prueba del éxito de la despiadada campaña de Guillermo: tras incumplir el pacto que había sellado con el normando y hacerse a la mar el rey Svend para reunirse con los daneses del Humber en la primavera del año 1070 (en lugar de regresar estos últimos a Dinamarca, como se había acordado), observamos que sus fuerzas se ven obligadas a costear en dirección sur y a trasladar su nueva ofensiva a la más meridional zona del Anglia Oriental. Como ha explicado Stephen Morillo, el ejército de los daneses, llegado a bordo de una flotilla de embarcaciones, no era como los que podían reunir los barones de Inglaterra o los radicados en el continente, ya que este tipo de fuerzas situaban su cuartel general en un lugar fijo, como una población o un castillo. La presencia de los barcos confería a los daneses la libertad y la movilidad precisas para replegarse y aparecer más tarde en un punto diferente. De aquí cabe deducir que al devastar de forma tan exhaustiva el condado de York, Guillermo se aseguraba de que toda futura flota danesa que pudiese arribar a las costas inglesas se encontraría con una franja de tierras baldías incapaces de atender la necesidades de abasto de un ejército invasor. De hecho, así lo establece Guillermo de Malmesbury en su *Historia*, al hacer constar que el Conquistador ordenó que se asolaran particularmente a fondo las comarcas costeras. Cierto que los daneses podían presentarse en otro punto de la geografía inglesa, pero el factor crucial era que no pudieran aliarse con nadie en el norte, donde los ánimos le eran extremadamente hostiles y había vehementes tendencias separatistas. Éste era el objetivo primordial de Guillermo y constituyó el éxito más importante de su campaña de hostigamiento de la región septentrional.

Los historiadores han reconocido los sobresalientes logros militares de las primeras campañas que emprendió Guillermo como rey de Inglaterra. El castigo infligido a la zona norte consiguió evitar nuevas rebeliones, ya que no hubo ningún otro levantamiento general durante su reinado. El problema danés persistió, aunque notablemente disminuido, puesto que los escandinavos no sólo no consiguieron aliados importantes sino que tampoco lograron establecer en Inglaterra una base sólida desde la que abastecerse y afianzar su

poder. La campaña de los años 1069 y 1070 decidió el resultado de la conquista de Inglaterra, iniciada en 1066. La terrible devastación que había provocado Guillermo no fue únicamente una victoria militar coronada por la espectacular consecución de sus objetivos, fue también «un acto de estado, un tipo de movimiento que no es exclusivo de ninguna época en particular. Y no hay duda alguna de que en los años en que lo realizó Guillermo, las razones políticas que exigían llevarlo a cabo parecían tan imperiosas entonces como acostumbran a serlo invariablemente en cualquier otro período».[25]

Las invasiones de los escoceses capitaneados por el rey David I, año 1138

Las levantiscas regiones del norte iban a plantear problemas a los reyes ingleses a lo largo de toda la Edad Media, y también en épocas posteriores. En el año 1138, comenzaron a producirse las mayores y más graves incursiones escocesas registradas hasta la fecha. Las acciones de los atacantes, que cruzaban la marca septentrional y se replegaban tras asestar el golpe, incitaron a un cronista de aquellos años a escribir lo siguiente: «La raíz y fuente de todo mal brotó de esa parte de Inglaterra que recibe el nombre de Northumbria, pues de allí vinieron los saqueadores e incendiarios, los conflictos y las guerras».[26] A lo largo del primer semestre de ese año (en enero, abril y julio), el rey David I de Escocia encabezó un mínimo de tres invasiones de Inglaterra, lo que dejó a la región septentrional en un permanente estado de guerra o de inmediata disposición a ella. De acuerdo con la reputación que se le atribuye, David era un monarca convencionalmente piadoso y un hombre de estado, «el verdadero arquitecto del reino medieval de Escocia». La influencia de su largo período de gobierno en dicho reino tuvo impresionantes «consecuencias civilizadoras», ya que, entre otras cosas, el monarca se «adhirió manifiestamente a las convenciones que dictaban las leyes bélicas de la caballería normanda».[27] Con todo, aquellas invasiones supusieron la escalada a un nuevo nivel de brutalidad en el ya implacable conflicto angloescocés.

La actual frontera con Escocia difiere bastante de la fluctuante divisoria del siglo XII. Los reyes escoceses reivindicaban legítimamente buena parte del norte de Inglaterra, y en los años 1136 y 1138 David aprovechó la confusión que reinaba en las tierras de su vecino del sur para afirmar sus derechos en Cumbria y Northumbria. Los desórdenes venían marcando el reinado de Esteban de Blois, el rey de Inglaterra. Al morir Enrique I, en diciembre de 1135, Esteban se hizo con la corona (y lo que era de importancia igualmente crucial: con el tesoro) y logró usurpar el trono a la heredera designada, Matilde de Inglaterra, hija legítima de Enrique. Matilde había contraído matrimonio con el conde Godofredo V de Anjou, uno de los más poderosos potentados de Francia. Godofredo respaldó con sus ingentes recursos las empresas militares con las que Matilde trataba de ocupar su puesto como reina de Inglaterra. Y como si la situación no fuera ya lo suficientemente problemática para Esteban, resulta que David I de Escocia era además tío de Matilde. La muerte de los reyes abría paso por lo común a períodos de agitación política, así que las dificultades crecieron hasta adquirir proporciones de tumulto: en el año 1136 se abatió sobre Esteban un vendaval que obligó al soberano a combatir en varios frentes, ya que no sólo hubo una incursión angevina que logró penetrar en Normandía, sino que se produjeron levantamientos en Gales, estallaron conflictos en el suroeste, y se vio invadida la región del norte. Dado que cada uno de sus distintos enemigos obtenía ventajas estratégicas de los movimientos de los demás, Esteban quedó sometido a tan intensas presiones que «tuvo que abandonar Gales, con lo que la región se sublevó en 1136»,[28] generándose así un movimiento que obligó a los normandos a sufrir en la marca galesa las peores derrotas de los últimos cuarenta años. En lugar de sofocar la rebelión de Gales, Esteban encabezó un importante contingente para combatir a los sediciosos de la zona suroccidental del país (en lo que hoy son los condados de Cornualles, Devon, Dorset y Somerset) y otro para frenar a los escoceses del norte (acción que repetiría en el año 1138). Hasta sus enemigos reconocieron la bravura y la habilidad militar de Esteban, cualidades que exhibió, como es bien sabido, antes de ser capturado en 1141, en la batalla de

Lincoln: se trataba de virtudes a las que Esteban habría de tener abundantes oportunidades de recurrir, en especial durante los primeros años de su reinado.

La invasión escocesa de 1136 (aunque de hecho comenzara en la última semana de diciembre de 1135) fue una operación de envergadura que exigió de Esteban una respuesta que habría de forzarle a marchar sobre Durham «con un ejército cuyo tamaño superaba al de cuantos podían recordarse».[29] Para esas fechas (principios de febrero), David ya se había apoderado de cinco grandes castillos, pero la pura enormidad de las huestes de Esteban determinó que el rey escocés se acobardara y se aviniese a negociar. Se firmó así el primer tratado de Durham, por el que David se veía recompensado con la posesión de las plazas de Doncaster y Carlisle, y Esteban obtenía un rápido e importante éxito. Unas cuantas crónicas mencionan de pasada esta campaña militar. Una de ellas señala que David causó estragos en muchas comarcas y que asoló otras tantas, pero no habla de que se cometiera ninguna atrocidad —a diferencia de lo que relatarán otros textos respecto de los acontecimientos de Gales de ese mismo año—. Dos años más tarde las cosas serían muy distintas.

La tregua pactada en Durham expiró en diciembre de 1137. Se hacía necesario abordar la cuestión de Northumbria, pero Esteban se negaba a alimentar toda idea relacionada con la posibilidad de considerar el asunto. Poco tiempo después, el estallido de la guerra devino inevitable. David invadió Inglaterra a mediados de enero. Como veremos en breve, la campaña supuso ascender un peldaño en la espiral de una barbarie sin paliativos. Tras poner infructuosamente cerco a la población de Wark, el rey escocés se desplazó al sur, dejando tras de sí un pequeño contingente de tropa con el que contener a la guarnición de esa plaza y preservar así sus líneas de comunicación. Mientras avanzaba en dirección a la zona situada al norte de Durham, David detuvo su brutal campaña de castigo y se replegó al enterarse de que Esteban se dirigía a su encuentro y de que llegaría a su altura a principios de febrero. Esteban levantó el asedio de Wark e inició su propia campaña de estragos en las tierras bajas, aunque hubo de regresar precipitadamente a Inglaterra, probablemente de-

bido a la falta de suministros (aunque un cronista sugiere, con cierta verosimilitud, que Esteban no estaba totalmente seguro de que sus principales capitanes le fueran leales).

El 8 de abril, David emprendió la marcha de regreso a Northumbria, resuelto a asolar el condado de Durham y el litoral de Northumberland. Esta vez, la gravedad de la situación de Esteban era aún mayor. Sus enemigos habían coordinado sus movimientos en Normandía, la región suroccidental y la linde galesa. Esteban se dirigió al oeste, dejando que el arzobispo Turstín de York y los barones del norte se las entendieran con los escoceses, que habían vuelto a combatir con notable éxito. La principal fuerza de David amenazaba Durham; entre los establecimientos religiosos más codiciados, muchos de ellos saqueados sobre la marcha por las tropas de David, se encontraba la abadía de Furness, fundada por el propio Esteban. En junio, otra división derrotó a un contingente inglés a casi ciento treinta kilómetros al sur de Carlisle. Al parecer, unos infundados rumores que hablaban de la inminente llegada de Esteban hicieron huir una vez más a los escoceses. Pero no huyeron lejos. La defección del eminente barón del norte, Eustacio Fitz John, que se había pasado al bando de David con hombres y pertrechos y que además poseía el control de varios baluartes estratégicos, incitó al rey escocés a lanzar otra invasión a finales de julio, una empresa que en este caso superaba con mucho en magnitud a sus expediciones anteriores.

Se ha sugerido que David tenía planeado continuar su campaña de devastación más allá de York, adentrándose de este modo en Inglaterra. Su confianza y su ambición habían crecido no sólo a causa de su nuevo aliado del norte, sino porque le había llegado noticia de que Esteban tenía un frente abierto en el sureste, donde debía ocuparse en reprimir, aunque con éxito, las rebeliones surgidas en Kent —región en la que su mujer había puesto cerco a Dover—. Por si fuera poco, también el sur y el oeste se mostraban levantiscos, así que en esas zonas tenía Esteban tropas inmovilizadas en el asedio a un cierto número de castillos. Como siempre, la línea de avance quedó marcada por los incendios que provocaban los escoceses en sus incursiones, hasta que a mediados de agosto David se presentó en el río Tees. Es-

teban reservó a unos cuantos caballeros de la casa real a fin de reforzar al contingente partidario de su causa en York. El 22 de agosto, Esteban aplastó a los escoceses en la batalla del Estandarte, cerca de Northallerton. El rey David I consiguió escapar a duras penas, dejando abandonada a su infantería, que fue masacrada. Se replegó a Roxburgh y se desentendió de Norhumbria durante algún tiempo.

Esta desnuda exposición de los hechos relativos a las tres invasiones protagonizadas por el rey David en el año 1138 es muy similar a la que pueda encontrarse en todo libro de historia en el que se refieran las circunstancias de cualquier campaña de cualquier época. Este tipo de narrativas son necesariamente un resumen con el que poder ofrecer los detalles esenciales de las contiendas y dar cuenta de los movimientos de los protagonistas, pero difícilmente logran transmitir la realidad de los horrores que las acompañaban. Y es que la magnitud de las atrocidades que marcaron las expediciones del rey David es verdaderamente espantosa. Así lo ha referido David Crouch en su estudio sobre los primeros seis meses del año 1138: «Se inauguró de esa forma el más arduo período del reinado de Esteban, y a medida que el rey fue endureciendo su estrategia, lo mismo hicieron, como es natural, sus oponentes».[30]

Desde luego, las fuentes parecen atestiguar este extremo. Juan de Worcester es el que se muestra más comedido. La invasión se había producido tan sólo dos años antes de que terminara de escribir su crónica. Además de relatar que los escoceses incendiaban los campos de cultivo y saqueaban la campiña, señala que la «terrible invasión» de Northumbria y las comarcas vecinas —invasión que se prolongó por espacio de más de seis meses— trajo consigo «la captura de muchas personas, mientras que otras muchas hubieron de padecer robos, prisión y tortura; se daba muerte a los clérigos para tomar posesión de sus iglesias, y se hace difícil contar el número de los caídos, ya fuera en su bando o en el nuestro».[31] (Este comentario relativo a las cifras resulta ambiguo; ¿pretende afirmar el cronista que las tropas leales al rey también cometieron barbaridades —cosa que seguramente hicieron— o se trata simplemente de una referencia a las muertes ocurridas en combate?)

Enrique de Huntingdon, que mantenía estrechos lazos con Lincoln (y que por consiguiente pudo observar de cerca los acontecimientos del año 1138), comienza relatando los hechos que se producen en la propia época en que escribe, en torno al año 1133 —o en «el momento presente», como él mismo dice—. La exposición de las acciones de los escoceses marca la pauta de lo que habrá de ser la crónica de la invasión.

> El rey de Escocia ... capitaneaba a sus hombres en sus bárbaras fechorías. Y es que abrían el vientre a las mujeres embarazadas y despedazaban a los fetos nonatos. Arrojaban a los niños al aire para ensartarlos en la punta de sus lanzas. Desmembraban a los sacerdotes en los altares. Colocaban a los cadáveres de los muertos las decapitadas cabezas de los crucifijos, y luego, cambiando las tornas, volvían a poner sobre las cruces las testas de los fallecidos. En todas partes, el ataque de los escoceses lo llenaba todo de horror y de barbarie, acompañados sus movimientos por los alaridos de las mujeres, los gemidos de los ancianos, los quejidos de los moribundos y la desesperación de los vivos.[32]

Roberto de Torigny pone punto final a su crónica en el año 1154. Pese a que le separara una buena distancia de los acontecimientos sobrevenidos en Normandía, había viajado mucho y estaba bien informado, contando entre otras aportaciones de sus informantes, con la importante colaboración de Enrique de Huntingdon, que le visitó en el año 1139, justo un año después de la invasión. Como es lógico, Torigny sigue de cerca los detalles que le ha proporcionado Enrique. Orderico Vitalis, que terminó su relato en el año 1141, también era un monje normando; su versión de los hechos parece ceñirse igualmente a la crónica de Huntingdon, pero es mucho más breve y se concentra en las atrocidades sufridas por las mujeres encintas. Las *Gesta Stephani*, escritas en la década de 1140, bien por el obispo Roberto de Bath, bien por alguien de su círculo íntimo, concuerda con Huntingdon al afirmar que el rey David dio a sus tropas órdenes directas de llevar la destrucción y la muerte a donde quiera que fuesen: «promulgó en toda Escocia un decreto por el que llamaba a la totalidad de los escoceses a las armas y les daba carta blanca, ordenándoles

perpetrar en los ingleses, sin piedad, los más feroces y crueles actos que les vinieran a la mente». Resulta frustrante que, justo en el momento en el que el autor está a punto de contarnos lo que sucedió durante la invasión, aparezcan importantes *lacunæ* que nos privan de la información relevante: David se halla «organizando compañías y batallones y los empuja a acometer en todas las comarcas, que eran vastas y prósperas ...».[33]

El autor más relevante para conocer las atrocidades ocurridas en el año 1138 es Ricardo de Hexham. Ricardo era uno de los canónigos de la abadía de Hexham cuando se produjo la invasión. Alcanzó el cargo de prior en 1141, y terminó su relato de los hechos en 1154. Dada su situación geográfica, no es de extrañar que sus más imperiosas preocupaciones guardaran antes relación con los escoceses que con los problemas a que se enfrentaba el rey Esteban más al sur. Ricardo, indignado, colma de oprobio a los escoceses por las acciones cometidas en enero, durante la primera invasión: «aquel maldito ejército, capaz de más atrocidades que la entera raza de los paganos, pues ni temían a Dios ni mostraban miramiento alguno con los hombres, difundieron la desolación por toda la provincia, y asesinaron en todas partes a personas de ambos sexos, así como de toda edad y posición, para luego demoler, saquear e incendiar tanto poblaciones como iglesias y casas». Ricardo deja consignado que los escoceses se regodeaban sádicamente en su horrenda encomienda, ya que «pasaban a espada y atravesaban con sus lanzas» a todos cuantos se cruzaran en su camino, sin dignarse a perdonar la vida a nadie, ni siquiera a los más indefensos: jóvenes, ancianos, mujeres y enfermos. Los civiles trataban de escapar de los escoceses abandonando sus aldeas, pero, pese a todo, muchos fueron abatidos: los escoceses avanzaban «degollando a innumerables personas en los bosques», a medida que recorrían la provincia, asolándolo todo «a hierro y fuego».[34] Se observa una exageración manifiesta cuando afirma —y hay que precisar que aquí se limita a recoger rumores— que los escoceses, tras sacrificar a un gran grupo de niños, llegaron al extremo de represar el reguero de sangre derramada a fin de poder bebérsela.

Los términos en que se relata la segunda invasión son similares: «El rey de Escocia ... con su execrable ejército, regresó una vez más a Northumberland, y no mostró ahora menos fiereza y crueldad de la que ya antes exhibiera». Se repite la pauta de la brutal rapiña. Ricardo detalla una vez más las zonas en las que se produjeron las devastaciones, especificando con todo cuidado que los escoceses se habían dedicado a golpear objetivos que se les habían pasado por alto en su primera acometida, ensañándose con «todos los lugares» que «habían quedado [anteriormente] intactos». Una de las divisiones que envió David al condado de York, comandada por su sobrino Guillermo Fitz Duncan, se comportó de forma igualmente implacable.

> Sin perdonar a nadie, ni por edad, sexo ni condición, lo primero que hicieron fue aplastar, de la más bárbara manera posible, a los niños y a los miembros de una misma familia ante los ojos de sus propios parientes, a los criados a la vista de sus amos, a los señores frente a sus sirvientes y a los maridos ante sus esposas; después (horrendo es relatarlo) se llevaron, como si de otros tantos trofeos se tratara, a las nobles matronas y a las castas vírgenes, junto con las demás mujeres. Tras desnudarlas, sujetas con grilletes, y amontonarlas como al ganado, las condujeron a golpe de látigo y fusta, aguijoneándolas con sus espadas y otras armas. Esto ya había ocurrido en otras guerras, pero en ésta se produjo en medida mucho mayor. Después, una vez que se las hubieron repartido, junto con el resto del botín, algunos de los soldados, movidos a compasión, devolvieron la libertad a unas cuantas ... sin embargo, los pictos y otros muchos se llevaron consigo a su país natal a las que les habían tocado en suerte, hasta que, finalmente, cuando aquellos brutales hombres se hubieron cansado de abusar de las pobres desdichadas como si de animales se tratara, las convirtieron en sus esclavas o las vendieron a otros bárbaros a cambio de unas cuantas reses.[35]

Tenemos aquí todo un catálogo de horrores y, comprensiblemente, muchos historiadores han expresado un notable escepticismo respecto a tales crónicas. Para empezar, hay un conjunto de episodios que las fuentes inglesas repetirán más tarde, a lo largo de toda la Edad Media, con sospechosa regularidad —episodios, además, en

los que se refieren atrocidades que ya nos resultan familiares—. Por poner sólo un ejemplo entre los muchos posibles: en una carta dirigida por la corte del rey Eduardo I de Inglaterra a Bonifacio VIII, ciento sesenta años después de los acontecimientos que acabamos de describir, se expresa la queja de que los escoceses se habían comportado bárbaramente en el año 1296 al perpetrar las mismas salvajadas que ya hemos referido, aunque con el añadido de que también acostumbraban a cercenar el pecho a las mujeres y llegando a mencionar, en claro reflejo de lo que narra la crónica de Hexham, la matanza de un gran grupo de colegiales, quemados vivos tras haberse visto acorralados en su escuela. Tratar de determinar qué parte de estos relatos es cierta y en qué se concreta el componente de desvergonzado sensacionalismo sujeto al dictado de la voluntad propagandística es tarea difícil. Sin embargo, la inserción de desorbitados adornos, o incluso la invención manifiesta de un determinado incidente no niega automáticamente los demás. Por ejemplo, el incendio de la escuela en el que habrían perecido quemados vivos los colegiales no sólo aparece consignado en la crónica de Lancerost en el siglo XIV sino que se afirma en ella que tuvo lugar en la ciudad de Hexham. ¿Fue retocado el relato de Ricardo con el paso de los años, dando lugar a una nueva versión, o hemos de creer que lo que figura en la carta de la corte del rey Eduardo y en la crónica de Lancerost estaba basado en hechos recientes? ¿Es la repetición de esta serie de actos brutales, todos ellos muy similares, un tópico, o es que esas acciones han terminado convirtiéndose en un tema literario habitual precisamente por tratarse de barbaridades perpetradas con gran frecuencia? Y hay que tener en cuenta asimismo la influencia de los relatos bíblicos y de las vidrieras en las que tan morbosamente se representa la matanza de inocentes: ¿cuáles son los acontecimientos debidos al relato de testigos presenciales y cuáles han quedado grabados en la mente de los autores influenciables a consecuencia del entorno religioso? La composición de la crónica veraz de una batalla o un asedio es ya de por sí una labor suficientemente compleja (incluso en la época moderna), así que hemos de considerar las enormes dificultades que conllevaba escribir acerca de la devastación de una comarca habiendo tan incon-

tables grupos de merodeadores que, desgajados del cuerpo principal del ejército, recorrían y asolaban la zona.

Tampoco es preciso juzgar que la reiteración se deba necesariamente al asentamiento de una tradición, ya que podría ser fruto de la realidad de la situación. El relato de Lancerost que acabamos de mencionar, escrito en el siglo XIV —un texto que pertenece a la categoría de las crónicas locales, como el de Hexham—, habla de las guerras escocesas en un tono muy similar al que emplean los cronistas del siglo XII; las descripciones con las que expone los pillajes e incursiones nos ofrecen una «imagen precisa y realista del tipo de conflicto característico en esas zonas».[36] Resulta interesante comparar las descripciones que nos han dejado los autores del siglo XII en relación con el hostigamiento sufrido por la región septentrional entre los años 1069 y 1070 con los relatos de las invasiones escocesas de 1138. Las primeras devastaciones también se nos relatan en tonos espantosos, pero la atención se concentra en los efectos sobrevenidos, en las consecuencias de las brutales acciones militares; en el caso de los hechos de 1138, Ricardo de Hexham (y también Enrique de Huntingdon, aunque en menor medida) añade detalles explícitos relativos a los propios actos atroces que refiere, describiéndonos la acción más que sus efectos. Esto podría obedecer al hecho de que tuviera la intención de demonizar al máximo al enemigo, una voluntad espoleada por el clima de odios étnicos, pero al mismo tiempo podría ser igualmente un reflejo de los miedos de los autores y sus comunidades, inmersos en el día a día de una región como la septentrional, desgarrada por la guerra. Ricardo de Hexham escribía desde el interior de la zona en que se producían los conflictos. Estas son sus palabras: «En esta violenta y tormentosa época [el] noble monasterio de Hexham ... [se hallaba] en pleno centro de la región en que chocaban los ejércitos, como si se encontrara en la ruta misma que habían de seguir aquellos rufianes, así que éstos lo tenían rodeado por todas partes».[37]

Una buena parte de lo que no pudiera comprobar con sus propios ojos le habrá sido transmitido por las víctimas y los testigos presenciales que buscaban refugio en el monasterio o que simplemente da-

ban allí noticia de sus penalidades. De manera similar, es también el autor local Simeón de Durham quien nos ofrece las más violentas imágenes de las incursiones escocesas. El texto de Simeón se detiene en el año 1129, pero refiere en los mismos términos que Ricardo de Hexham las atrocidades que habían perpetrado cincuenta años antes, en 1070, los escoceses que combatían a los ingleses (lo que no resulta extraño, ya que una vez más existe aquí relación con el cronista de Hexham: el relato contiene todo un conjunto de interpolaciones del siglo XII debidas a un monje que había estado en el monasterio de Ricardo). El rey escocés Malcolm III

> ordenó a sus tropas que no mostraran ya piedad alguna con la nación inglesa ... [dándoles licencia] para mantenerlos cautivos bajo el yugo de una perpetua esclavitud ... Se decapitó con la espada a algunos ancianos y mujeres; otros fueron traspasados con la lanza ... Se arrojaba al aire, a gran altura, a los niños, de tal modo que iban a caer sobre la punta de los venablos y las picas firmemente hincadas en el suelo. Los escoceses ... se deleitaban con estas crueldades como si se tratara de un divertido espectáculo.[38]

De vez en cuando es inevitable dudar de lo que refiere Ricardo de Hexham, pero por lo demás, como ya hemos mencionado de forma breve más arriba, se muestra razonablemente objetivo y atento a los hechos, sobre todo teniendo en cuenta la época en que escribe: pese a estar componiendo la crónica de una invasión, le preocupa consignar con exactitud los movimientos de los escoceses y señalar con precisión los lugares que atacaron y los que dejaron indemnes; indica que algunos escoceses se apiadaron de sus prisioneros y los liberaron; y añade que, pese a los apocalípticos tintes de su relato, se perdonó la vida a otros a cambio de un rescate. Dice que todos aquellos padecimientos no eran acontecimientos excepcionales, sino característicos de muchas guerras, aunque en el conflicto que le ocupa hubieran adquirido una intensidad nueva; consignando además que el episodio en el que se dice que unos soldados se habrían dedicado a beber la sangre de los niños sacrificados es un rumor sin verificar. Es más que probable —aunque no podamos tener la certeza— que los incidentes

aislados terminaran por generalizarse. Sin embargo, lo más importante es la acumulación de atrocidades y su número total, no sólo porque son estos hechos los que captan la despiadada naturaleza de las guerras, sino porque son también los que causan las mayores penalidades a los civiles.

Será interesante que tengamos esto presente cuando debatamos acerca de la propaganda, ya que muy bien pudiera darse el caso de que no se hubieran inventado las barbaridades que se nos refieren, sino que el afán propagandístico se hubiera limitado a exagerarlas. No tenemos por qué aceptar *in toto* la crónica de Ricardo de Hexham: basta para ello tomar nota de las contradicciones internas del texto. Está claro que los escoceses no se dedicaban a matar a todos cuantos encontraban a su paso, puesto que el propio Ricardo nos dice que no fue ese el destino de algunas de las mujeres apresadas. También señala la exigencia de rescates, pero en este caso parece estar refiriéndose a los soldados. Simeón es más contundente en este aspecto: «Se ataba y se conducía ante sus enemigos a los hombres jóvenes y a las doncellas, así como a todos cuantos parecieran aptos para realizar esfuerzos y trabajos pesados; de este modo, se les llevaba como esclavos a un exilio perpetuo».[39] Algunas de aquellas mujeres murieron por agotamiento en la marcha hacia el norte. Quienes más probabilidades tenían de morir a manos de los escoceses eran sin duda, como dejan bien patente las fuentes, todos aquellos que se resistieran a la toma de esclavos —los maridos, los padres, y a veces las madres—, así como los más débiles, pues ellos eran los que menos valor tenían y no les sería fácil seguir el ritmo de un ejército en pie de guerra. En esta época aún prevalecía el empleo de esclavos, para gran escándalo de los autores ingleses, más civilizados (aunque esto no signifique, como veremos en los apartados siguientes, que en Inglaterra los cautivos hubieran dejado de ser mercancías con las que poder negociar). Los escoceses degollaban a todos cuantos no podían llevarse a fin de quitárselos de en medio y de aterrorizar a los demás, evitando así que en algún otro lugar se les ocurriera resistir. Lo hacían también para socavar la autoridad del rey inglés al mostrar que era totalmente incapaz de brindar protección a su propia gente.

Como ya ocurriera en el saqueo de Jerusalén, y como es tónica habitual en otro buen número de salvajadas, la muerte o la supervivencia de las víctimas dependía únicamente del capricho del que blandiera la espada.

El más claro ejemplo de propaganda escrita es la del episodio en el que los soldados habrían represado el reguero de sangre dejado por los niños degollados a fin de poder bebérsela. Ricardo refiere el relato del suceso con la matizada expresión «se dice ...». Estamos aquí ante un obvio ejemplo en el que se achaca al enemigo una conducta abominable, mucho peor a la que cabría esperar de la más depravada de las turbas. Al pintarse en esos tonos a los escoceses se elevaba el conflicto a la categoría de guerra santa. En la batalla del Estandarte, los clérigos más destacados subrayaron deliberadamente este aspecto al encomendar el amparo de sus soldados en la refriega a los pendones de los santos por los que se sentía devoción en la región septentrional (de ahí el nombre del encontronazo), con lo que se venía a afirmar que los ingleses eran el instrumento con el que Dios habría de escarmentar a los escoceses. Es muy posible que las incesantes matanzas y decapitaciones de sacerdotes junto al altar sean elementos de una propaganda con base real. Las iglesias eran siempre los lugares en que en último término trataban de acogerse a sagrado los perseguidos, aunque muy a menudo en vano. En este sentido, el trato que les dieron los escoceses no fue muy distinto al que les hubieran dispensado otras tropas, como indican algunos ejemplos franceses: en el año 1440, Juan Talbot quemó vivos a más de trescientos hombres, mujeres y niños que se habían refugiado en una iglesia de Lihons; los templos de Béziers se convirtieron en cámaras de ejecución; y si es el caso que hasta un rey de tan afamada devoción como Luis VII era capaz de prender fuego a un oratorio lleno de civiles —como hiciera en Vitry en el año 1143—, queda claro que el valor de los santuarios como lugares de refugio variaba en función de las circunstancias. El hecho de que los sacerdotes se hallaran junto al altar de sus iglesias mientras sus feligreses se apelotonaban en las naves laterales entra simplemente en la naturaleza de las cosas. Y también era lógico que se convirtieran en blanco de la codicia de los soldados,

dado que poseían riquezas. Y si hasta Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery, podía ser abatido en su propia catedral a manos de unos caballeros que pertenecían a la casa real, ¿qué esperanza podía concebir un humilde cura de parroquia frente a unos despiadados y miserables soldados rasos cuyo propósito casi único y obsesivo era el pillaje? Los relatos de niños empalados en espadas y lanzas, así como los de mujeres embarazadas a las que se abre el vientre, son una constante en las crónicas de la guerra medieval, y se prolongan incluso en épocas posteriores, como revelan las tallas en madera y los grabados del siglo XVI, y como atestiguan asimismo algunos registros escritos de fecha muy posterior. No podemos identificar con certeza cuándo y dónde se produjeron estas atrocidades, pero dados los demás excesos que se cometían, tanto en ésta como en otras guerras de la Edad Media, y teniendo asimismo en cuenta el enconamiento añadido de un conflicto que tenía como escenario una zona fronteriza marcada por los odios étnicos, es probable que en el año 1138 ocurriera algo similar, como afirman los cronistas.

Los virulentos comentarios y acusaciones por la perpetración de actos bárbaros no se reservaban exclusivamente a los escoceses, sino que eran de común aplicación a los habitantes de la frontera celta. De este modo, cuando los galeses realizaron sus incursiones del año 1136, las *Gesta Stephani* refieren que aquellos «hombres de tipo animalesco ... vaciaron las aldeas con sus saqueos, a fuego y espada, quemando las casas y degollando a los habitantes ... Adictos a todos los crímenes, dispuestos a cometer toda clase de actos ilícitos, no perdonaron la vida a nadie, tuviera la edad que tuviera, no mostrando respeto por ninguna condición ni refrenándoles en su crueldad ni el momento ni el lugar».[40] Juan de Worcester escribe, refiriéndose al mismo acontecimiento, que «en aquella ocasión se produjo una vasta y extensa destrucción de las iglesias, así como del trigo y el ganado de la población». De los dos episodios de gran matanza, el mayor fue el segundo: «Hubo tan tremenda degollina que (sin contar a los que partieron obligadamente al cautiverio) las diez mil mujeres que quedaron se vieron sin nadie, pues sus maridos, así como una innumerable cantidad de niños, habían sido ahogados, quemados o pasados a es-

pada».[41] Este tipo de reacciones de los cronistas no sólo eran fruto de la indignación, también procedían de la noción de superioridad cultural y política anclada en el imperialismo inglés de la época, actitud psicológica plenamente consciente que John Gillingham y R. R. Davies han abordado con gran perspicacia. La expansión, la conquista y la dominación —encubiertas bajo el utilísimo disfraz de la misión civilizadora— siempre se han podido llevar a cabo con la conciencia más tranquila y con más apoyos si existe la posibilidad de endosar al enemigo la etiqueta de bestia salvaje.

El hecho de que en Escocia hubiera elementos que seguían practicando las antiguas formas de guerra (fundamentalmente los temibles habitantes de Galloway), ya que empleaban esclavos y realizaban matanzas indiscriminadas, no hacía más que añadir credibilidad a las crónicas que hablaban de la perpetración de barbaries. Puede confiarse en que el rey David y sus caballeros se atuvieran al código de la caballería y prendieran a los hidalgos adversarios a fin de cobrar un rescate, pero es menos probable que algunas de sus tropas más desmandadas, totalmente ajenas a ese código, se mostraran tan bien dispuestas. Los galeses planteaban un problema similar, ya que, según observa Gerardo de Gales, preferían decapitar a los vencidos a tomarlos como prisioneros, y degollar a los capturados a exigir por ellos un rescate. Ésa sería justamente la suerte que habrían de correr los irlandeses cuando, andando el siglo, penetraran los ingleses, y no por casualidad, en sus tierras de origen. En sus luchas de poder, los propios irlandeses tenían la costumbre de «aplicar políticas de aniquilación, saqueo e incendio», a lo que añadían decapitaciones de horrenda magnitud. En el año 1069, en Osriage, al suroeste de Leinster, esos mismos irlandeses no vieron razón alguna para cambiar de hábitos en la celebración que las fuerzas del rey Dermot (Diarmait mac Maíl na mBó) organizaron junto a sus nuevos aliados normandos con motivo de una reciente victoria:

> Unas doscientas cabezas cercenadas de enemigos se pusieron a los pies de Dermot. Una vez que las hubo girado y reconocido todas dio tres brincos en el aire con los brazos entrelazados sobre la cabeza, preso

de un arrebato de dicha, y con gran alegría elevó palabras de gratitud al Supremo Creador solazándose ruidosamente en su triunfo. Levantó a la altura de la boca la cabeza de uno de los adversarios que más detestaba y, agarrándolo por las orejas y el cabello, le comió a mordiscos la nariz y las mejillas —un acto extremadamente cruel e inhumano—.[42]

Si ése era el estado de ánimo en el mundo literario, cuánto más despiadada no habrá sido la disposición de quienes se hallaran en el campo de batalla. Estas actitudes promovían la sensación de que se libraba una guerra sin cuartel en la que la matanza de enemigos, sin distinción entre soldados y civiles, quedaba transformada en una conducta virtuosa. Lo mismo sucedería más de cuatrocientos años más tarde. La víspera de la batalla de Flodden, cuyo escenario fue, en 1513, una pradera situada junto a la linde escocesa, un poeta gaélico lanza un llamamiento a esa *guerre à outrance*:

> Libremos una dura y grandísima guerra contra el inglés ... Arrancad de cuajo las raíces que les nutren, eliminadles, su número es demasiado elevado, y no dejéis vivo a ningún inglés, hombre o mujer, a vuestro paso, que no quede nadie para contarlo.
>
> Quemad a sus malas y zafias mujeres, abrasad a los patanes de sus hijos, incendiad sus hollinientas casas y libradnos de su oprobio. Que sus cenizas sean arrastradas por la corriente tras calcinar sus restos, no mostréis piedad con ningún inglés vivo ... Oh letales verdugos de los heridos.[43]

Estamos aquí ante un llamamiento al exterminio en el que no hay cabida para la compasión por los heridos o las mujeres, ya que ambos pueden engendrar nuevos enemigos ingleses. Así comenta Matthew Strickland este pasaje: «[E]s imposible pensar que estas palabras puedan proceder de un poeta cortesano de origen anglofrancés que intente exaltar las caballerescas virtudes de su patrón».[44] Obviamente, esto no quiere decir que los soldados ingleses tuvieran una sensibilidad muy superior. No es de extrañar que los que combatieron en Flodden albergaran sentimientos equivalentes respecto de los escoceses. Según una fuente de la época, «habría sido posible to-

mar muchos prisioneros escoceses, pero se mostraban tan vengativos y crueles en el combate que en los casos en que los ingleses los vencían no les perdonaban, aunque fueran varios los personajes escoceses que ofrecieran grandes sumas de dinero por sus vidas».[45] Era tal la espiral de violencia que a veces ni siquiera el dinero bastaba para frenarla.

Se ha sugerido que lo que provocaba en los autores ingleses del siglo XII un sentimiento tan adverso a los escoceses era la repugnancia que les inspiraba la forma de guerrear de estos últimos, a la que apenas daban otro valor que el de meras incursiones consagradas a la caza de esclavos. Esto puede constituir una explicación parcial. Lo más evidente es que en ambos bandos el odio étnico surgía predominantemente de la guerra. Este odio procedía de una agresiva forma de identidad nacional en estado naciente. Como ya he argumentado en otro lugar, «[e]l efecto de la guerra en los sentimientos nacionalistas está bien documentado; y en la Inglaterra del siglo XII, las guerras que estallaban en la franja celta alimentaban dichas percepciones».[46] Algunos medievalistas han estudiado el patriotismo de que hacen gala las obras de Guillermo de Malmesbury y Enrique de Huntingdon. Hacía ya tiempo que crecía en Inglaterra una larvada noción del «otro», una identidad nacional conformada en función de lo que no eran los pueblos ajenos. Así, la voz que se emplea en inglés antiguo para designar a Gales —*Wealhas*— significa «extranjeros». Contrariamente al cronocentrismo de algunos historiadores modernos seguidores de la escuela nacionalista de Gellner, la identidad nacional creció con fuerza en la Inglaterra medieval, y más tarde haría otro tanto en Francia, y en ambos casos la guerra constituyó la fuerza motriz del sentimiento patrio (por cierto una guerra entre franceses e ingleses). Éste fue el elemento añadido que hizo que la guerra de los Cien Años resultase tan mortífera en algunas ocasiones.

Las tácticas y las estrategias de los escoceses venían dictadas en buena medida por la necesidad. Entre sus aristócratas, y por tanto entre los más elevados peldaños de su escalafón militar, y sus homólogos ingleses eran más las semejanzas que las disparidades, y por si fuera poco mantenían íntimos vínculos cortesanos. Además, cual-

quier divergencia cultural que pudiera existir quedó rápidamente colmada a lo largo del siglo XII. Las campañas escocesas no se limitaban a simples matanzas, saqueos y capturas de esclavos, ya que completaban estas acciones con el asedio de ciertas plazas, en especial en las regiones fronterizas: la obsesiva y persistente preocupación que indujo a David a hacerse con la ciudad de Wark terminó proporcionándole dividendos cuando la guarnición, vencida por el hambre, se entregó a finales del año 1138. No obstante, la devastación era la táctica más importante y un medio más de hacerse con el control de algunos baluartes, como muestra el primer tratado de Durham, por el que Esteban se ve obligado a ceder Carlisle y Doncaster a David. La marcada propensión de David a evitar la confrontación directa en el campo de batalla, ya que acostumbraba a batirse en retirada al oír el simple rumor de que se aproximaba un ejército inglés, no era más que una respuesta práctica al hecho de que los militares ingleses contaban con mejores armaduras, instrucción y pertrechos. Su propia infantería, provista de ligeras corazas y poco disciplinada, no podía compararse a la inglesa, como había de demostrar con gran derramamiento de sangre la batalla del Estandarte. Sin embargo, cuanto más penetraban los escoceses en el interior de Inglaterra, menos importantes se volvían los asedios (en muchos casos simplemente se pasaba de largo frente a los castillos), ya que el objetivo de la campaña consistía simplemente en el pillaje, pues los escoceses tenían la esperanza de que, al presionar de ese modo al enemigo, éste optara por comprar su apaciguamiento mediante la concesión de territorios. En este sentido, las campañas terminaron por transformarse en incursiones guiadas por el deseo de desplazarse lo más rápidamente posible a fin de provocar una destrucción máxima que redundara en el mayor de los beneficios. La suerte que tan frecuentemente corrían los civiles —sus hogares, sus bienes y sus vidas— no era una mera colección de efectos secundarios, sino el objetivo mismo de la guerra.

¿Cómo es que el rey David, que tanto anhelaba ser considerado un honorable caballero y a quien Guillermo de Malmesbury tenía por «civilizado», permitía que sus tropas actuaran de manera tan brutalmente homicida? Como ya hemos visto en repetidas ocasio-

nes, ni siquiera los más reputados ejemplos de regia hidalguía dudaron en complacerse en la perpetración de crudas y bárbaras carnicerías en nombre de la supeditación al imperativo militar. David no se comportó en esto de forma diferente. Una parte del problema era, como siempre, de índole pecuniaria. Escocia, al igual que Gales e Irlanda, no contaba con el desarrollo económico de Inglaterra, y en consecuencia sus territorios poseían menos efectivo en circulación. Los soldados rasos escoceses rara vez recibían un salario, así que dependían del pillaje y de la toma de esclavos. Todo lo que tuviera algún valor y pudiera transportarse era tratado como un medio de pago. Y como la pobreza constituía un mal endémico en las fronteras celtas, siempre había hombres dispuestos a unirse a un grupo de salteadores en busca de una relativa riqueza. Como ya vimos que ocurría con los galeses, «se trataba de hombres que vivían por y para la guerra, y en su caso las nociones de paz y prosperidad representaban una asociación de ideas diametralmente opuesta a la realidad que conocían».[47] Si David no hubiera dado rienda suelta a aquellos hombres habría visto grandemente menguados los efectivos de sus ejércitos, ya que no contaba con medios económicos suficientes para darles un salario.

El botín siempre había sido un incentivo relevante para todos los soldados, incluyendo a los más nobles caballeros; ahora bien, para el grueso del contingente de infantería de los ejércitos escoceses representaba el objetivo único, la finalidad exclusiva de su actividad. Tanto Enrique de Huntingdon como el autor de las *Gesta Stephani* sostienen que el rey David había dado a sus tropas órdenes concretas de entregarse a una guerra sin cuartel y de proceder del más bárbaro de los modos. Esta afirmación resulta tan difícil de probar como de refutar. Sea como fuere, no hay duda de que David comprendió claramente lo que implicaba la forma de guerrear de los escoceses y, de hecho, su propia posibilidad de obtener ventajas de los enfrentamientos dependía de esas mismas tendencias. Y la comprensión conduce a la complicidad. Es posible que el rey lamentara los excesos de sus huestes, pero toda su reacción se agotaba en declarar que era muy poco lo que podía hacer para refrenarles, sugiriendo así que el

mejor modo de evitar que causaran semejantes desdichas consistía en poner fin a la guerra llegando a un generoso acuerdo con él. Estamos aquí ante una estratagema habitual en la historia militar. Y es que David confiaba sus empeños bélicos a unas tropas dispuestas al salvajismo, la toma de esclavos y las matanzas indiscriminadas. De ahí que Keith Stringer concluya: «La táctica de terror que utilizaban era de una magnitud desconocida desde los tiempos del tristemente célebre hostigamiento a que sometió Guillermo el Conquistador las regiones septentrionales, entre los años 1069 y 1070, y es claro que su propósito estribaba en desmoralizar a Esteban y a los apoyos con que éste contaba en el norte a fin de obligarles a aceptar las conquistas escocesas, o al menos a avenirse a una paz que supusiera un cierto grado de aceptación de las demandas de David».[48]

Las cosas fueron muy similares durante la guerra de 1173 a 1174, fechas en las que, según Jordán de Fantosme, el rey Guillermo I de Escocia lanzó una campaña de devastación generalizada que «no dejó casa ni iglesia en pie» y que «acabó con la vida de todos los hombres».[49] Un siglo después, durante las guerras de Eduardo I de Inglaterra,* se observan algunos esfuerzos tendentes a una cierta moderación, pero lo cierto es que no se tiene la impresión de que las acciones fueran menos feroces. Y así siguieron las cosas hasta la batalla de Flodden, ya iniciado el siglo XVI.

En este apartado me he ceñido a la enumeración de las crónicas inglesas que relatan las barbaridades cometidas por los escoceses. He presentado por consiguiente un retablo notablemente unilateral en el que los escoceses parecen ser los únicos autores de este tipo de atrocidades. Desde luego, esto no se corresponde con la realidad. Uno de los principales temas de este libro se centra en mostrar que fueron muy pocos los generales medievales, si alguno hubo, que no

* Contiendas que le llevaron a conquistar Gales (este Eduardo es el primer rey inglés que concederá a su hijo el título de príncipe de Gales, futuro distintivo de todos los herederos de la corona) y a guerrear también contra los escoceses. No deben confundirse estos conflictos con las llamadas «guerras eduardianas», que corresponden a la primera fase de la guerra de los Cien Años, ya que éstas, libradas por Eduardo III de Inglaterra —nieto del anterior— y su hijo, el Príncipe Negro, se producirán un siglo después, entre los años 1337 y 1360. *(N. de los t.)*

perpetraran lo que hoy llamaríamos un crimen de guerra; y otro de nuestros puntos de interés radica en subrayar que la violencia engendra violencia. De este modo, no hay duda de que los ingleses tuvieron su parte de responsabilidad en las carnicerías ocurridas a lo largo de las guerras angloescocesas de la Edad Media, lo que nos lleva a recordar la pertinencia de la carta que Juan de Balliol, rey de Escocia, dirigirá a Eduardo I en 1296 para comunicarle, en términos nada rebuscados, los motivos por los que abjura del solemne compromiso de homenaje que le une a él:

> Vos mismo, y otros de vuestro reino (y con vuestro conocimiento, pues sin duda es imposible que ignorarais lo que hacían) han infligido a viva fuerza, una y otra vez (como todo el mundo sabe), severos e intolerables agravios, causado matanzas y generado entuertos, tanto a nosotros como a los habitantes de nuestro reino ... [esto ha ocurrido] a raíz del robo de nuestros bienes y los de nuestros súbditos, que invariablemente habéis dejado entrar en vuestro reino, ya fuera por tierra o por mar; pero también a consecuencia de la matanza de mercaderes y otros habitantes de nuestro feudo, y deriva igualmente del gran número de hombres de nuestras tierras que han sido hechos prisioneros y llevados a las vuestras por la fuerza ... Y ahora os habéis presentado ante los límites de nuestro reino en formación de combate ... traspasado las fronteras para penetrar en nuestros dominios, y provocado muertes e incendios con la máxima brutalidad.[50]

¿Qué logró David con sus letales invasiones? En cierto sentido, muchas cosas (aunque éste sea un punto sujeto a controversia). El segundo tratado de Durham, rubricado en abril del año 1139, recompensó efectivamente a David y logró una pausa temporal en las hostilidades. David vio confirmado su derecho al señorío de Carlisle y el de su único hijo Enrique al título de conde de Huntingdon, prebendas que aumentó con la concesión del condado de Northumberland a Enrique. Resulta notable que, tras ser derrotado en la batalla del Estandarte, David se retirara a Carlisle y no a Escocia. En esa plaza convocó un importante concilio en el que participaron, además del legado del papa, los más destacados hombres de su reino, tanto

laicos como eclesiásticos, y de este modo Carlisle «recibió el tratamiento que obviamente merecía como lugar principal del gobierno escocés».[51] Básicamente, lo que hacía Esteban en el tratado era reconocer las comarcas que David se había apropiado, con lo que el rey inglés quedaba libre para concentrar sus fuerzas en los muchos problemas que tenía en otros puntos del reino.

Desgraciadamente para él, esas mismas dificultades habrían de conducirle a prisión en el año 1141, tras ser derrotado en la batalla de Lincoln, lo que permitió a David colmar el vacío de poder que se produjo en el norte, limitándose para ello, simplemente, a asumir el gobierno de la región sin necesidad de superar conflicto alguno. Los cronistas del norte, que tan vehementemente habían condenado al rey escocés y a sus tropas por las atrocidades cometidas, modificaron ahora su anterior parecer y mostraron una desmedida propensión a elogiar a su nuevo amo y señor, piadoso monarca, amante de la paz, virtuoso y compasivo...

La campaña de invierno de Juan sin Tierra, 1215-1216

Tras largos años de gestación, comenzó en Inglaterra, en el año 1215, la guerra que conduciría finalmente a la rúbrica de la Carta Magna, y el monarca incapaz que prendió la mecha de las hostilidades no fue otro que el rey Juan sin Tierra. Su arbitrario y opresor gobierno había impuesto una pesada carga tributaria a sus súbditos, a los que el rey, empeñado en recuperar los territorios que había perdido en Francia, explotaba para obtener los medios económicos necesarios con los que culminar su empresa. Dichas pérdidas territoriales —sobre todo la de Normandía, que Felipe Augusto se había anexionado en 1204, tras su asombrosa victoria en Château Gaillard— ensombrecían terriblemente el reinado de Juan, y la única forma que tenía el soberano de disipar aquella oscuridad era obtener resultados tangibles en el campo de batalla.

La ayuda y el apoyo de sus barones habrían supuesto una gran ventaja para Juan, pero el rey prefirió depositar en un ejército de

mercenarios la poca confianza que acostumbraba demostrar. Esto requería disponer de grandes sumas en efectivo, dinero que Juan trató de arrancar a los barones, lo que determinó que se granjeara peligrosamente su animadversión, ya que se embarcó en una temeraria aventura: la de despojarles de sus propiedades a golpe de «decreto», mediante argucias como la toma de rehenes, la aplicación de sanciones, la emisión de duplicados falsos de propiedad exclusiva que luego distribuía a terceras personas. Todas estas medidas no sólo demostraron que Juan carecía de escrúpulos, sino que le dejaron aislado. Por si fuera poco, aún habría de aumentar más sus problemas mediante la mala gestión de su padrinazgo y la concesión de codiciados cargos a extranjeros venidos de otros reinos y a desconocidos. Juan situó en el norte a muchos de sus más sectarios y despiadados agentes, creando así el caldo de cultivo de un enorme rencor en la zona. No es de extrañar que los «norteños» terminaran capitaneando la ulterior rebelión.

El carácter singularmente desagradable de Juan reforzó más aún la merecida reputación de persona traicionera que se había ganado. Durante siglos se ha mantenido tradicionalmente este punto de vista, pero en fechas recientes ha sido sometido a revisión. De hecho, desde la década de 1960 hay una corriente revisionista que propone la idea de que el buen ejercicio de la dignidad regia no guardaba tanta relación con el carisma caballeresco y el liderazgo militar como con la capacidad de mostrar una saneada teneduría de cuentas, y en este sentido, dicha escuela sostiene que, en realidad, Juan fue, a fin de cuentas, un rey bastante bueno. Lo cierto es que no es así. El hecho de que Juan resultase ser un burócrata tan pulcro es un reflejo de los fallos que marcaban su actividad en otras facetas: consiguió aplicarse con relativa eficacia a la recaudación de impuestos, pero poco más. Por fortuna, se ha producido una reacción erudita contraria a los planteamientos revisionistas que ha tratado de enderezar la sesgada visión académica de este concreto episodio, pero los juicios positivos sobre Juan aún conservan parte de su popularidad.

Juan tenía bien merecida la pésima impresión que causaba en sus coetáneos ingleses. Algunos cronistas monásticos de opinión cierta-

mente sesgada (aunque bien informados) le cubrieron de críticas. Ricardo de Devizes le describe como un loco peligroso; el cronista de Barnwell le califica de «saqueador de su propio pueblo»; Mateo de París se manifiesta convencido de que, al morir, Juan fue directo al infierno. Las fuentes laicas confirman estos puntos de vista. El biógrafo de los partidarios del rey, Guillermo Marshal, le describe como un gobernante suspicaz y resentido, poco dado a atender a razones, y cegado por el orgullo. Ni siquiera el autor del Anónimo de Bethune, cuyo amo, Roberto de Bethune, luchó en el bando de Juan en las guerras de la época, se muestra capaz de hallar nada positivo que decir de él en el sencillo e inapelable resumen que ofrece de su persona: «Tenía demasiadas malas cualidades». Desde luego fue un rey totalmente contrario al espíritu caballeresco, a diferencia de Ricardo Corazón de León o de Enrique V, y no era hombre que inspirara confianza en el campo de batalla (y tampoco fuera de él).

Con todo, algunos historiadores argumentan que en su faceta de jefe militar no merecía la mala reputación que se le atribuye, y sostienen que de hecho era «un astuto estratega», que «es falsa la suposición que le tilda de soldado de poco fuste», que «era experto en el arte de asediar plazas», y que resulta «increíble lo cerca que estuvo de ver coronados por el éxito sus planes militares».[52] En otras palabras, no cabe aplicarle en justicia el mote que le endosó Gervasio de Cantorbery al calificarle de «Softsword».* La campaña que llevó a cabo entre los años 1215 y 1216 podría respaldar en cierto modo este punto de vista, ya que son muchos los autores actuales, incluso entre los detractores de Juan, que coinciden en señalar que esa acción se saldó con un éxito completo.

En torno al año 1212, Juan logró dominar las islas británicas. Fue un triunfo efímero. En Gales estalló una revuelta a la que era preciso dar una respuesta inmediata. Su primera iniciativa fue característicamente despiadada: dio orden de matar a los hijos de uno de los cabecillas galeses que retenía en calidad de rehenes —dos de ellos

* Podría traducirse el mote por «Espada blanda», en alusión a su supuesta incompetencia militar. *(N. de los t.)*

murieron tras ser castrados; un tercero, de diecisiete años, fue ahorcado—. La expedición con la que planeaba caer sobre Gales hubo de cancelarse al descubrir que sus barones habían urdido una conspiración para asesinarle (o abandonarle indefenso ante los galeses). En el año 1213 logró evitarse una invasión francesa que había sido cuidadosamente preparada. Este éxito se debió a una suma de circunstancias contradictorias: por un lado una resuelta acción militar (su hermanastro Guillermo de Longespée aniquiló en Damme a la armada francesa) y por otro una indolente actitud diplomática (pues Juan se avino a someter su reino al papa, como si se tratara de un feudo del pontífice). Juan, por su parte, puso todas sus esperanzas en invadir Francia aliado con los ejércitos del emperador Otón IV de Alemania y del conde Fernando de Flandes en 1214, pero la expedición, pese a haber sido organizada con grandes medios económicos, terminó en un completo desastre al ser derrotada en la batalla de Bouvines. Las demandas económicas que habían pesado sobre los barones, encargados de aportar los fondos para esta catastrófica campaña, aumentaron el número de nobles disidentes, empujándoles finalmente a una abierta rebelión en mayo de 1215. Londres permitió que los rebeldes franquearan sus puertas, dándoles así un primer impulso que no vino sino a contrarrestar mínimamente la vasta red de castillos regios que se alineaban con el bando real y los grandes contingentes de mercenarios extranjeros que llegaban al país para combatir por su causa. El hecho de que la guerra quedara en un estado latente, sin llegar a estallar por el momento, permitió ganar tiempo y entablar las conversaciones que terminarían concretándose en la redacción de la Carta Magna en junio de ese mismo año, documento con el que los barones esperaban poner freno a la caprichosa y arbitraria forma de gobierno de Juan y aliviar sus cargas tributarias. Juan se limitó a firmar la cédula a modo de medida temporal, dilatoria, y la rechazó al mes siguiente, lo que precipitó el comienzo de las hostilidades en septiembre. El nuevo aliado papal de Juan dispuso excomulgar a los barones. Pese a todo, la medida no impidió que los rebeldes dieran a sus tropas el nombre de «ejército de Dios». Por su parte, los sediciosos también buscaron aliados, consiguiendo la ayuda de Alejandro II

de Escocia y engatusando al príncipe Luis de Francia, a quien prometieron el trono de Inglaterra a cambio de su apoyo. Sin embargo, las fuerzas de Luis no llegarían sino bien entrado el año siguiente.

Los barones necesitaban a los franceses. Pese a que su posición era sólida en el norte y el este, apenas contaban con recursos equiparables a los que Juan tenía a su disposición, unos medios que aún habrían de verse aumentados, ya que el rey consiguió saquear los estados disidentes que se encontraban cerca de las posiciones que él mismo ocupaba y se apoderó de varios castillos sublevados del sur. Juan contaba asimismo con el concurso de unos ciento cincuenta castillos leales estratégicamente repartidos por todo el país. Estas fortalezas habrían de constituir a lo largo del invierno una importante ayuda en los desplazamientos que hubo de efectuar Juan por todo el territorio nacional, ya que le proporcionaron un seguro refugio y tropas para la campaña. Los rebeldes se hicieron temporalmente con Rochester, pero lo perdieron en diciembre, ya que Juan logró recuperarlo tras un drástico asedio. Fue aquí donde los capitanes, preocupados por la posibilidad de ser víctimas de un trato similar en caso de ser apresados, convencieron a Juan de que no ahorcase a los miembros de la guarnición. Sin embargo, el factor determinante estribó en el hecho de que los rebeldes conservaron su posición en Londres, donde recibieron el apoyo de la recién llegada fuerza expedicionaria enviada por Luis. En el norte, el rey Alejandro de Escocia tomó las armas y los barones de la región septentrional se sometieron a él. El 20 de diciembre, Juan celebró un consejo de guerra en Saint Albans. Un cronista nos dice que su primera preocupación consistió en hallar los medios económicos con los que poder pagar a los mercenarios y derrotar así a los barones. Dividió a su ejército en dos. Una mitad, comandada por Guillermo de Longespée y los principales capitanes de la tropa mercenaria de Juan, consiguió someter las plazas más conflictivas del sur y contener en Londres al grueso de las fuerzas rebeldes. No es preciso añadir que lo hicieron a hierro y fuego, circunstancia de la que da fe, por ejemplo, la población de Ely, en el condado de Cambridge, plaza que, según la crónica de Rafael de Coggeshall, fue incendiada por las tropas del rey: «hicieron

gran matanza, cosa que tenían por costumbre realizar dondequiera que fuesen, y no se apiadaron de nadie, sin excepciones, fuera cual fuese su edad, sexo o condición, y no perdonando siquiera al clero».[53] El papel de Juan consistía en alcanzar logros similares en la campaña que se dirigía al norte, dispuesta a adentrarse en el territorio controlado por los insurrectos. En más de medio siglo no se había visto en Inglaterra una campaña de devastación de semejante alcance.

Los partidarios del rey prendieron fuego a las propiedades de los soliviantados y se apoderaron de sus castillos. La guarnición de Belvoir, en el condado de Leicester, se rindió tras amenazar Juan con matar de hambre al señor del baluarte, Guillermo de Albiny, a quien había capturado en Rochester. Fue tal la ferocidad mostrada durante el avance que los castillos que encontró a su paso comenzaron a rendírsele sin resistencia uno tras otro, al igual que las ciudades, que se precipitaban a abrirle las puertas. El autor del Anónimo de Bethune nos informa de que el condestable de Pontefract se encomendó a la clemencia del rey, y de que York pagó a Juan mil libras para volver a congraciarse con él. Rogelio de Wendover nos informa de que, «al enterarse del avance del monarca» los comandantes de los castillos dominados por los barones, «abandonaron las fortalezas y huyeron a lugares que sólo ellos conocían, permitiendo que el enemigo, cuya llegada era inminente, aprovechara sus provisiones y distintos depósitos de pertrechos y pertenencias».[54] Rafael de Coggeshall confirma lo eficaz que demostró ser la política de terror aplicada por el rey Juan: «Al entregarse incesantemente al pillaje y la provocación de incendios, el rey y su ejército ... despoblaron las tierras de los barones ... Los insurgentes del norte huyeron ante sus narices, y unos pocos se entregaron a Juan, pidiendo indulgencia a quien sabían despiadado».[55] Tan rápido fue el avance que el 8 de enero ya estaba Juan a las puertas de Durham. Una vez llegado aquí apretó el paso para llegar enseguida a Newcastle, plaza que, según comprobó, había sido incendiada por Alejandro. Como represalia, Juan entregó Berwick a las llamas, destruyéndola, y una crónica escocesa habla de que se produjeron matanzas y torturas.

Dunbar y Haddington corrieron parecida suerte antes de que Juan volviera grupas y se dirigiera nuevamente al sur, corriendo ya la

última semana de enero. Es posible que anduviera escaso de víveres, ya que, al replegarse, los escoceses habían devastado las comarcas que hasta entonces habían ocupado a fin de impedir que Juan pudiera aprovisionarse, cosa que le habría permitido prolongar la campaña a su conveniencia. Mateo de París dice que Juan regresó a la zona meridional de Inglaterra movido por una «urgente necesidad». En efecto: acababa de alcanzar la mayoría de sus objetivos y su gobierno, ejercido a golpe de expediciones punitivas, había dejado claras sus intenciones. Para entonces quedaba ya poca resistencia militar en el norte, así que Juan pudo centrar su atención en los aislados focos de resistencia que aún existían en el sur. En marzo comenzó a reducir su número. Sin embargo, Londres seguía desafiándole.

¿Fue muy dura la campaña de devastación? Como siempre, resulta imposible cuantificar este tipo de acciones. De las fuentes que más de cerca siguen los acontecimientos, hay dos que, pese a ser por lo demás soberbias para conocer los hechos de la guerra que asoló Inglaterra al final del reinado de Juan, apenas nos indican nada en este caso. Por otro lado, un poema épico escrito en lengua vernácula y titulado *History of William Marshal* al que casi nunca se recurre para estudiar la campaña de 1215, ya que todo lo que su autor ofrece es una sucinta referencia a los «mercenarios de Flandes, caballeros extranjeros y soldados que a diario se entregaban al pillaje ... [y que] se empeñaron ... en arrasar» la campiña.[56] Por esa época, Guillermo Marshal se afanaba en mantener la situación bajo control en Irlanda, y probablemente este hecho explique la reticencia del autor, que no se explaya sobre el particular. La *Histoire des ducs de Normandie et des rois d'Angleterre*, escrita en francés antiguo, resulta más interesante, precisamente por su laconismo. Esta obra suele ser, al igual que la *History of William Marshal*, una abundante mina de información que proporciona notables pormenores de la guerra. El patrón del cronista había luchado en el bando de Juan, así que el texto consigna con gran detalle muchos de los encontronazos militares de la contienda. Sin embargo, lo único que señala en relación con las características específicas de las acciones de asolamiento es que Juan penetró en Escocia y «devastó las tierras», a lo que añade que «incendió y destruyó

la población de Berwick».[57] El relato prefiere centrarse en los combates que se producen, y como ya sucediera con los cronistas anglonormandos que nos han dejado constancia de las guerras de Escocia, es muy posible que su autor no quisiera mancillar el honor de su patrón mencionando los sórdidos y viles pormenores de las acciones que afectaban a los civiles.

La mejor información nos la ofrecen dos fuentes latinas de esta misma época. En los años en que ocurren los acontecimientos, Rafael de Coggeshall era abate de la orden cisterciense del pueblecito del mismo nombre, en el condado de Essex. En 1215, la guerra irrumpió en su monasterio: las tropas de los partidarios del rey «entraron violentamente», robaron todos los objetos de valor y se llevaron veintidós caballos que pertenecían al obispo de Londres. Ya hemos citado su texto más arriba, al señalar que los barones se habían dado a la fuga tan pronto como habían tenido noticia del avance de Juan, cuyas huestes se dedicaban a incendiar, saquear y despoblar sus tierras. También hemos recurrido a esta fuente al abordar el saqueo de Ely, población en la que no se tuvo clemencia con nadie, según el cronista. El abate nos informa de que, en Ely, los soldados sometieron a «horrendas torturas» a los hombres a fin de echar mano a su peculio.[58] Lo que este autor nos ofrece es una breve explicación que dice mucho de la naturaleza de las campañas de devastación y de los motivos por los que se trataba tan cruelmente a los civiles.

La mejor fuente de que disponemos, con mucho —aunque se trate de un texto que un gran número de historiadores juzga con recelo—, es la crónica de Rogelio de Wendover. No obstante, como ya he argumentado en otra parte, sería un error descartar de forma demasiado expeditiva lo que refiere el informante de Wendover: «la importancia de la subestimada crónica de Rogelio» radica en el hecho de que el autor «narra excelentemente las secuelas de la guerra en la sociedad y de que expone con toda claridad la relevancia del dinero como elemento impulsor de la guerra».[59] Rogelio ha permanecido en la sombra a causa de su más ilustre colega, Mateo de París, autor que fundamenta la primera parte de sus espléndidas crónicas en la trasposición del texto de Wendover. En muchos aspectos, Rogelio

se encontraba en una posición ideal para narrar la contienda que se libraba en Inglaterra. Al igual que Coggeshall, se encontraba en pleno centro de la acción, pero su grado de relación con los acontecimientos es muy superior. El gran monasterio de Saint Albans, donde residía, recibió la visita de reyes, emisarios pontificios, obispos, condes y destacados miembros de la corte. De aquí partió en diciembre de 1215 la campaña de Juan, y durante la guerra la abadía sufrió el pillaje de los ejércitos de ambos bandos. En su calidad de prior de Belvoir, una comarca cercana a Lincoln que dependía de Saint Albans, Rogelio de Wendover se hallaba en el ojo del huracán. Su patrón era Guillermo de Albiny, al que Juan, tras hacerle prisionero en Rochester, utilizó para forzar en la Navidad de 1215 la rendición del castillo próximo al priorato de Wendover. Pudo contemplar con sus propios ojos el avance de los ejércitos por el valle de Belvoir, y hace gala además de una valiosa cualidad como narrador, ya que a pesar de las lealtades que ligaban a su patrón y orientaban su comportamiento, se mostró tan dispuesto a condenar los excesos de las fuerzas contrarias al rey como los abusos de las tropas regias. Desde luego, como la mayoría de los cronistas medievales, era proclive a la exageración, pero la mayor parte de los detalles que refiere parecen ciertos.

Rogelio de Wendover dedica una buena cantidad de páginas a exponer el catálogo de «los distintos padecimientos que hubieron de soportar» las gentes de Inglaterra. En las crónicas medievales ya es raro observar que el autor muestre una honda preocupación por las acciones dirigidas contra la población, pero es que además Rogelio las opone a las que enfrentan a los ejércitos. Wendover relata que en el consejo de guerra celebrado en Saint Albans, Juan decidió «asolar toda la región a hierro y fuego».[60] En su crónica de las primeras fases de la campaña destaca lo claramente que se perfilan los objetivos económicos de la devastación, pues su meta era la aniquilación de la base financiera de los barones y la exacción a los civiles del efectivo necesario para sufragar los salarios de las tropas:

> Juan dispersó a sus huestes por la comarca y quemó las casas y edificios de los barones, apoderándose de sus bienes y de su ganado, y de

> este modo, al destruir todo cuanto encontraba a su paso, dio un triste espectáculo a quienes hubieron de contemplarlo ... Ordenó a sus incendiarios que prendieran fuego a los cercados y a las poblaciones que encontraran en su camino para así poder ... mediante el robo, hallar los medios con que contentar a los malvados artífices de su iniquidad. Fuera cual fuese su condición y rango, hizo prisioneros a todos los habitantes de la zona que no hubieran corrido a refugiarse en un camposanto, y tras torturarlos, les obligó a pagar un fortísimo rescate.[61]

Guillermo Longespée se dedicaba a hacer otro tanto en el sur, donde los soldados del rey «se entregaban al pillaje y se complacían en la recogida del botín; recaudaron impuestos en los pueblos, apresaron a sus habitantes, quemaron los inmuebles de los barones, destrozaron los campos y los corrales, talaron los árboles frutales de los huertos y después de haber extendido los incendios hasta las afueras de Londres se llevaron consigo un inmenso botín».[62] Es importante señalar que en medio de la destrucción y la devastación aparentemente desenfrenadas nadie olvida los objetivos económicos, unos objetivos que los soldados ponen buen cuidado en elegir primero y llevarse después.

Sucedió lo mismo al terminar la Navidad, cuando las tropas de Juan avanzaron «incendiando los edificios que pertenecían a los barones, tomando su ganado para sí, como parte del botín, saqueando sus propiedades y bienes, y destrozando con la espada todo cuanto encontraban». Juan había dado a sus generales la orden de «arrasar todo aquello que fuese propiedad de los barones, en particular sus castillos, edificaciones, pueblos, campos, corrales, lagos y molinos ... y que remataran la tarea con idéntica crueldad».[63] En esto consisten las guerras de objetivo específicamente económico. No se trata de un caso aislado, sólo aplicable a esta campaña, sino de una característica presente en otras muchas expediciones. Al referir una operación de asolamiento posterior, en tiempos de Enrique III, Wendover apunta concisamente que las aldeas que sufrieron daños habían sido las pertenecientes al enemigo y que los soldados se guardaron muy bien de no causar estrago alguno en las propiedades de aquellos señores que

habían mostrado lealtad al rey. Comprobamos en esta ocasión que los comandantes medievales podían utilizar como un arma la devastación, efectuándola para ello con método y disciplina.

Tenemos algunas pruebas de que las fuerzas partidarias del rey no actuaron de forma totalmente indiscriminada en sus correrías del invierno de 1215 a 1216. Los legajos judiciales revelan que el mariscal del ejército de Juan mandó cortar la mano a un hombre por haber robado una vaca que se hallaba en el cementerio de una iglesia. ¿Se trató de un ejemplo simbólico destinado a causar buena impresión en los clérigos que asistían al juicio? ¿Acaso el robo había venido a contravenir algún acuerdo local? ¿Se trataba de un soldado pagado por Juan? Como ya hemos debatido anteriormente, en el capítulo 1, la guerra venía a encubrir todo tipo de actos delictivos, actos que perpetraban tanto los civiles como las tropas. En ocasiones la motivación de tales delitos partía de un claro intento de recobrarse de las pérdidas provocadas por los estragos de la guerra. Otras veces, el móvil era el puro oportunismo, como indican los registros judiciales de la época. «La guerra constituía obviamente una excusa para los forajidos violentos, y eran muchos los lugareños que se veían despojados de sus propiedades por la acción de vecinos poderosos y sin escrúpulos. Un terrateniente del condado de York llegó a admitir con toda franqueza que se había comportado con tanta villanía que no se atrevía a enfrentarse a un jurado local.»[64]

James Holt ha advertido del peligro de exagerar la atrocidad de los relatos que nos han llegado, y menciona que la ciudad de Ripon salió totalmente indemne cuando las huestes de Juan se presentaron en la zona. Son varias las razones que podrían explicar que la plaza de Ripon no se hubiera visto afectada (motivos políticos, o la contrapartida por el pago de algún dinero entregado, bien a cambio de protección, bien como muestra de «buena voluntad», por ejemplo). Era frecuente que Juan, siempre ávido de grandes sumas de dinero en efectivo, aceptase cantidades en metálico y tesoros para no entregar una población a las llamas.

La introducción de la disciplina en una campaña de devastación exigía contar con un capitán enérgico, capaz de imponer su criterio a

las tropas. Sin embargo, como ya sucediera con los escoceses de Alejandro II, siempre podían darse casos de calculada ambigüedad: la única forma que tenía Juan de conservar la lealtad y la moral de sus tropas, en especial de las integradas por mercenarios, era consentirles un considerable grado de libertad en las acciones a fin de que pudieran llenarse los bolsillos. Al mismo tiempo, sus excesos tenían un segundo efecto práctico: el de aplastar cualquier conato de oposición —además de amedrentar a cualquier futuro resistente—. Es notable que una de las consecuencias de la fiereza de la campaña de Juan se concretara en el hecho de que vinieran a sumársele en tropel un gran número de rebeldes, implorando su perdón. Para que un civil, fuera hombre o mujer, se viera convertido en un objetivo plausible bastaba con que el señor de la ciudad o la finca en que aquel residiera fuese uno de los barones opuestos al monarca. De todas formas, lo más probable es que, en su mayoría, los civiles no se manifestaran voluntariamente leales a ninguno de los dos bandos, y es preciso señalar además que, si se encontraban en el territorio dominado por los barones, hasta los propios simpatizantes del rey podían considerarse muy afortunados en caso de conseguir escapar a la devastación. Como ya vimos que ocurría con los habitantes de una población controlada por el enemigo, apenas se perdía el tiempo con los civiles ordinarios: la discriminación se reservaba a los hombres de cierta posición. Wendover recoge así la terrible experiencia a que se veían sometidas las gentes ordinarias atrapadas en la campaña de estragos del rey Juan:

> Aquellos hijos del demonio cubrían la entera superficie de la comarca, como una plaga de langostas, congregadas allí en masa ... para borrarlo todo de la faz de la tierra, fueran hombres o ganado. Y es que corriendo de un lado para otro con las espadas y las dagas desenvainadas, saqueaban pueblos, casas, cementerios e iglesias, robando a todo el mundo y no perdonando ni a niños ni a mujeres. Dondequiera que los hallasen, cubrían de cadenas a los enemigos del rey y les obligaban a pagar un fuerte rescate. Apresaban, torturaban, robaban y maltrataban incluso a los sacerdotes, aún hallándose junto a los mismísimos altares ... Infligían asimismo tormentos similares a los caballeros y a otros

individuos de toda condición. A algunos los colgaban por la cintura, a otros los suspendían de los pies y las piernas, a otros más de las manos y aún a otros de los pulgares y los brazos, para después arrojar sal mezclada con vinagre en los ojos de aquellos desdichados ... A otros los ponían sobre una rejilla colocada encima de unas brasas al rojo, y después, cuando tenían ya asado el cuerpo, los bañaban en agua fría, acabando así con ellos.

Es posible que algunos de los detalles de estas torturas tengan un origen religioso (san Lorenzo, por ejemplo, fue martirizado en una parrilla) o que guarden relación con las que se describen en la Crónica anglosajona, pero los padecimientos, como confirma Rafael de Coggeshall, eran muy reales. Wendover expone claramente la motivación que subyacía, al menos en parte, a la perpetración de tales barbaridades:

> Aquellas desgraciadas criaturas proferían gritos lastimosos y espantosos quejidos, pero nadie se compadecía de ellos, pues sus torturadores no se contentaban con nada, salvo con el dinero. Muchos de los que poseían bienes mundanos los entregaban a los atormentadores, pero éstos no creían que les hubieran entregado todas sus posesiones; otros, que nada tenían, se deshacían en promesas, con tal de posponer por breve plazo los suplicios que poco antes sufrieran. Estas persecuciones se extendieron por toda Inglaterra, de modo que los hijos entregaban a los padres a los torturadores, el hermano hacía lo mismo con el hermano, y el ciudadano con su vecino.[65]

Este párrafo, quizá más que cualquier otro, explica las atrocidades que cometían los soldados y el trato que dispensaban a los civiles en las guerras medievales (así como en las de otras épocas). Todo giraba en torno al dinero, o se reducía a recurrir a la falsa legitimidad de la contienda para justificar los robos a unas personas que con anterioridad ya habían sido interesadamente declaradas proscritas y colocadas por tanto en situación de total desprotección legal, pese a que ellas mismas no hubieran cometido falta alguna. Las torturas no eran fruto de un insensato sadismo (aunque no hay duda de que en

algunos casos este factor pudo desempeñar un cierto papel), sino una forma de extorsionar a las víctimas y de sacarles el dinero. Cuanto peor fuese la tortura tanto más empujaría el terror del supliciado —y el de quienes asistían a sus tormentos— a entregar cuanto tuviesen a fin de evitar nuevos sufrimientos. El dolor era el tamiz que permitía detectar hasta la última partícula de riqueza de los torturados.

Una vez más nos encontramos ante un conjunto de pruebas contradictorias. En mi opinión, sólo en virtud de las razones que acabamos de exponer puede darse crédito a las afirmaciones que sostienen que la tortura era una práctica común y muy extendida. Ahora bien, las torturas difieren de las matanzas. No hay duda de que muchas de las víctimas morían a consecuencia del suplicio, y tampoco la hay de que a otras se les daba muerte a fin de conmocionar al máximo a cuantos se hallaran potencialmente expuestos al mismo trato y conseguir así que se avinieran a entregar todo su capital. Pero, ¿cómo hemos de interpretar los relatos en los que se habla de la perpetración de masacres? John Gillingham ha argumentado que los «saqueos e incendios de la campiña formaban parte de los ingredientes esenciales de la guerra en tiempos de la caballería ..., pero no puede decirse lo mismo de las matanzas de los civiles que no ofrecían resistencia».[66] De este modo, como refiere Orderico Vitalis en alusión a lo sucedido en Normandía en el año 1118, podía darse el caso de que los aldeanos que se hubieran visto perjudicados por un pillaje siguieran de cerca a la partida de saqueadores «y planearan recomprar su ganado o recuperarlo de algún modo».[67] Pese a que, según algunas afirmaciones, los horrores de la campaña que efectuó Juan entre los años 1215 y 1216 habrían superado a los vividos con ocasión de las anteriores invasiones escocesas, es evidente que no fue así. Y ello por una razón, la expedición de Juan no se dedicaba a la caza de esclavos: al no haber esclavitud en Inglaterra, la utilidad de los prisioneros de baja extracción se ceñía al expreso propósito del cobro de rescates o de la práctica de torturas; en cualquier caso, resulta obvio que en caso de exigir rescate no podía matarse a todos los miembros de una familia, ya que de este modo no quedaría nadie que pudiera pagar las cantidades exigidas. Además, parece que en este conflicto se respetó más

que en otros el papel de las iglesias como refugios seguros. El ladrón que perdió una mano por haber robado una vaca había cometido el delito en el camposanto de una iglesia. Refiriéndose a los hechos del año 1216, Wendover dice que «sólo en los cementerios de las casas de Dios se exponían bienes a la venta ... y nadie osaba aventurarse más allá de los límites de los templos».[68]

Por lo que sostiene Wendover, da la impresión de que pese a que la gente pudiera considerarse relativamente a salvo en las iglesias (aunque un capitán de las huestes mercenarias matara de hecho a un civil en el pórtico de una iglesia), no puede decirse lo mismo de las mercancías y los bienes, como habría de comprobarse en los monasterios de Coggeshall y Saint Albans. Hay espantosas referencias al saqueo de cementerios. Se profanaban las tumbas para coger todos los objetos que hubieran podido enterrarse con la persona. Hasta los cadáveres tenían un cierto valor: solía pagarse por ellos un rescate que equivalía aproximadamente a la mitad del que se abonaba por un rehén vivo. Sin embargo, tanto Rafael de Coggeshall como Rogelio de Wendover aluden a la existencia de extensas y premeditadas matanzas. De hecho, Wendover declara que al final de la campaña, Juan tuvo «sometida a toda la región, tras provocar en ella una terrible degollina».[69] Inevitablemente, muchas de las muertes debieron de producirse en las poblaciones saqueadas, como sabemos que ocurrió en Berwick; la magnitud del resto de las muertes es probablemente fruto de la exageración, pero toda gran campaña de devastación debía de ir necesariamente acompañada de un considerable número de víctimas civiles, a lo que hay que añadir la quema de edificios y las torturas, prácticas que se extendieron primero desde Saint Albans hasta Escocia para reproducirse después en sentido inverso. En todos los casos, el grueso del ejército del rey estaba integrado fundamentalmente por encallecidos mercenarios extranjeros. De lo que no tenemos noticia es de acontecimientos individuales, esto es, de casos en los que un grupo de soldados dedicados al pillaje pudiera haber actuado despiadadamente, bien por haber bebido, bien por haber dejado de combatir poco antes y hallarse todavía bajo el influjo de la adrenalina y la sed de sangre, bien por haber dado rienda

suelta a toda su furia en desordenada venganza por la muerte de algún camarada muerto en la acción.

Podría suceder que la muy repetida expresión que utilizan los cronistas medievales —«sin perdonar la vida a nadie»— no fuese en todos los casos tan clara como parece: a su habitual significado de que «todo el mundo, sin excepción, resultó muerto» hay que añadir en ocasiones el de que nadie quedaba libre de caer en la ignominia, lo que no siempre implica que el aludido encontrara la muerte. Esta interpretación podría explicar muchas de las aparentes incoherencias en que incurren los cronistas. Pese a sus dimensiones, la campaña de invierno del rey Juan no fue tan sangrienta como las invasiones de los escoceses o los alzamientos de los galeses. Lo que la hace aparecer como una acción sumamente espeluznante es el vívido y compasivo testimonio de Wendover, en cuyo texto no se resaltan tanto las matanzas como los padecimientos individuales de la gente corriente.

Los juicios que se han emitido en relación con el éxito militar de la campaña de Juan son ambivalentes. La huida de sus enemigos, la destrucción de sus propiedades, el sometimiento de un gran número de rebeldes y la toma de sus castillos, y lo que no es menos importante, el saqueo al que pudo entregarse y con el que logró contentar a sus mercenarios, son todos ellos elementos constitutivos de otras tantas victorias significativas, y consiguieron impresionar —y preocupar— a los autores de la época. Sin embargo, estos triunfos revelarían ser de carácter temporal e incompleto, como tan frecuentemente acostumbraba a suceder con los éxitos del rey Juan. Muchos de los rebeldes de las regiones septentrionales recuperaron a sus muertos, cruzaron la frontera, se adentraron en Escocia y desaparecieron —durante un tiempo—. Lo más determinante fue que Londres conservó su carácter de baluarte rebelde. Juan se hallaba ahora en una posición de ventaja, y como ha observado Ralph Turner, «De no haber recibido los sublevados la importante ayuda de los franceses, el rey Juan podría haberse limitado simplemente a acampar a las puertas de Londres a esperar a que se rindieran».[70] Pero como se había presentado en la ciudad un segundo y muy nutrido contingente francés, la posición de los insurgentes se había visto aún más reforzada; de hecho,

Londres quedaba así convertida en una base segura en la que ya sólo se esperaba la llegada del príncipe Luis con el grueso del ejército. Pese al gran efecto de la campaña de asolamiento que llevó a cabo Juan por todo el país, la expedición del monarca fue una oportunidad perdida. Ciertamente, el dinero reunido consiguió evitar que los mercenarios se dispersaran, con lo que quedaron a disposición del rey ante el conflicto que se avecinaba; además, todo el capital ganado consolidaba el poder del soberano en el país y le garantizaba un constante aflujo de nuevos ingresos. Sin embargo, aunque los rebeldes se habían visto temporalmente debilitados, sus aliados franceses habían tenido tiempo de prepararse, fortalecerse y afianzar los planes de la campaña que habían concebido. Juan habría salido probablemente mejor parado en caso de haber mantenido la unidad de sus mercenarios prometiéndoles los despojos de Londres, el mayor trofeo de todos cuantos se hallaban en juego.

Resulta por tanto difícil eludir la conclusión a la que llega W. L. Warren respecto a la decisión que llevó a Juan a emprender su campaña de estragos: «Estamos aquí ante un ejemplo característico que nos muestra lo reacio que era Juan a embarcarse en acciones militares de índole determinante: de haberse recuperado al baluarte londinense los rebeldes habrían capitulado. El toro que debía haber agarrado por los cuernos y aniquilado sin miramientos era el cuartel general que habían instalado en Londres los sublevados». Y a continuación, en una lúcida e irrefutable observación que se limita a resaltar una de las muchas razones que hacían de Juan un jefe militar de tan baja categoría, Warren añade: «no puede evitar uno la sensación de que Ricardo o Felipe se habrían lanzado de cabeza a esa tarea, por dura que resultase, y buscado una victoria concluyente. Juan habría de pagar muy cara su decisión de conformarse con rastrear el punto de menor resistencia y tratar de conseguir sus fines por medios indirectos».[71] Y el castigo fue aún mayor para quienes quedaron aplastados por el arrollador ímpetu marcial de la campaña que organizó. Además, hubo que pagar también un costo a largo plazo: los franceses se presentaron en Londres con todo su ejército y la guerra se recrudeció, prologándose por espacio de otro año y medio más.

Las más célebres expediciones de asolamiento de la Edad Media, por no decir las más famosas de todas las campañas medievales, fueron las emprendidas por el rey Eduardo III y su hijo Eduardo, conocido como el Príncipe Negro, en el siglo XIV. Sus *chevauchées* a lo largo y ancho del territorio francés han quedado indisolublemente asociadas a la imagen de una serie de soldados a caballo que aparecían como una exhalación y saqueaban e incendiaban todo cuanto encontraban a su paso. Lo cierto, sin embargo, es que estas acciones apenas se diferencian en nada de cualquier otra campaña de devastación: las invasiones que realizó el rey David en el año 1138 y la campaña llevada a cabo por Juan entre los años 1215 y 1216 no dejan de ser otras tantas *chevauchées*, igual que las de la guerra de los Cien Años. De hecho, la propia expresión *chevauchée* aparece en las fuentes escritas en francés antiguo ya a finales del siglo XII y principios del XIII, y con ella se designa el mismo tipo de estrategia bélica. A veces se confiere un cierto carácter singular a las *chevauchées* del siglo XIV debido a que se trataba de acciones rapidísimas, pero esto puede dar la falsa impresión de que el conjunto de la operación se reducía a una mera incursión a caballo. Además, en el siglo XIV los despojos conseguidos en los saqueos —y que eran el objetivo principal de los ataques— constituían un factor tan limitador como pudieran serlo en el XII. Entre los años 1215 y 1216, en pleno invierno, Juan recorrió la distancia que separa Saint Albans —una localidad situada cerca de Londres— de Durham en dos semanas y media, y por el camino se detuvo a tratar los asuntos de gobierno. En el año 1355, el Príncipe Negro completó en su gran *chevauchée* un círculo de más de mil cien kilómetros, desde Burdeos hasta Narbona, en poco menos de dos meses. Los términos «incursión» y *chevauchée* —a los que a veces hay que sumar también el de «campaña»— son conceptos intercambiables.

Se ha definido la *chevauchée* como un «tipo de campaña característico» de la guerra de los Cien Años. Su «propósito era causar el mayor daño posible al enemigo mediante la aniquilación de sus re-

cursos».[72] Eso fue justamente lo que consiguió la campaña que emprendiera el Príncipe Negro en el año 1355. Su ejército, integrado por unos seis mil ingleses y gascones (aunque quizá fuesen incluso ocho mil), partió de Burdeos a principios de octubre con la intención de efectuar una rápida incursión por el Languedoc. Desde un principio, el principal objetivo del príncipe consistió en apropiarse de las tierras de su enemigo, el conde Juan de Armagnac, uno de los más importantes generales del rey francés, Juan II. Aunque en un primer momento había sido concebida como una útil maniobra de distracción destinada a conseguir la coordinación de las fuerzas inglesas que operaban en el norte de Francia —lo que significaba dividir las tropas de los enemigos—, los planes terminaron cambiando y la campaña quedó convertida en una simple incursión de saqueo. Al ir adquiriendo mayor ímpetu gracias a los éxitos conseguidos por el camino, el ejército llegó finalmente a Narbona, en la costa oriental francesa, antes de regresar a Burdeos, completando así una marcha que llevó a las huestes inglesas a efectuar un periplo de ida y vuelta entre el Atlántico y el Mediterráneo. Se ha dicho con toda justicia que el acontecimiento constituyó «un notable ejercicio de devastación y asolamiento ... quizá el más destacado ejemplo de la estrategia característica de las *chevauchées*», ya que en el avance se «asaltaron más de quinientas aldeas, pueblos y castillos, así como otros asentamientos y fortines».[73]

A fin de provocar los máximos daños posibles, el ejército marchaba en columna de tres en fondo, con lo que aumentaban su radio de acción y la estela de sus estragos. En un solo domingo (el 15 de noviembre), las tropas de Eduardo incendiaron cuatro poblaciones, entre ellas las de Fonjeaux y Limoux —mientras el príncipe descansaba en un establecimiento religioso—. Se evitó el choque con los más importantes baluartes, entre otras razones por la nada desdeñable de que, al contraatacar, los franceses habrían podido emplear estrategias y contraofensivas que en último término les habrían permitido organizar mejor su capacidad de combate. Sin embargo, en un gesto que demuestra su exceso de confianza, Eduardo no pudo resistir la tentación de atacar el cuartel general de la casa de Armagnac en

Tolosa, en lo que era una calculada afrenta al conde. De ahí se desplazó a Carcasona, donde, como ya hemos visto antes, se negó a aceptar las compensaciones que le ofrecía la ciudad a cambio de no ser arrasada y prendió fuego a la villa exterior a la fortaleza. Dos ejércitos franceses avanzaron poco a poco hasta rodear a Eduardo, que se replegó a Burdeos. La reacción de Eduardo ha dado lugar a disputas, ya que hay algunos autores que consideran que trató de evitar el choque directo, mientras que otros piensan que intentó activamente entablar la lucha.

Una carta enviada por el Príncipe Negro al obispo de Winchester nos deja la impresión de que Eduardo se proponía provocar al enemigo, y de que sólo emprendió el camino de regreso cuando comprendió claramente que los franceses no iban a presentar batalla. Según parece, el conde de Armagnac tomó conscientemente la decisión de no atacar a Eduardo, pese a los estragos causados en sus tierras. Eduardo regresó a su territorio el 2 de diciembre, con muy pocas pérdidas humanas y grandes ganancias materiales.

Las dos principales fuentes inglesas que contemplaron los acontecimientos de esta campaña con sus propios ojos fueron el propio Eduardo y el primer secretario, que viajaba con él. Ambos parecen indiferentes a la suerte que puedan correr los civiles, ya que analizan fríamente la incursión en términos estrictamente ligados a las necesidades militares y económicas. El parte de Eduardo se limita a proclamar sus éxitos a los cuatro vientos («no pasaba un día sin que tomáramos una ciudad, castillo o fortaleza») y a describir con una prosa de lo más convencional los pillajes de su ejército: «arrasando la campiña»; «incendiaron y devastaron»; «prendiendo fuego a la población, que quedó completamente destruida» (Carcasona). El único momento en que parece tener en cuenta la existencia de civiles es en dos episodios: el primero refiere la «huida» de éstos a Carcasona, añadiendo que «se refugian en el castillo» de Narbona; y el segundo es el del avance por la comarca de Samatan, «cuyos habitantes dejaban la campiña desierta ante nuestro avance».[74] Su secretario, sir Juan Wingfield, en una carta dirigida al mismo destinatario (el obispo de Winchester), ofrece más detalles, aunque con la misma fraseo-

logía rutinaria repleta de referencias a incendios, destrucciones y estragos. Su principal preocupación radica en subrayar los grandes beneficios económicos de la campaña: «Parece indudable que desde que comenzara la guerra contra el rey francés nunca ha conocido región alguna devastación semejante a la de esta incursión nuestra. Y es que la campiña y los pueblos que hemos arrasado en esta campaña producían al monarca de Francia más ingresos con los que contribuir a financiar sus guerras que la mitad de su reino ... como estoy en situación de probar aportando documentos auténticos hallados en las viviendas de los recaudadores de impuestos de varias poblaciones».[75]

Una tercera fuente, Roberto de Avesbury, añade una dimensión humana, pero sólo en la medida en que menciona la angustia de las gentes de Montpellier, que «temían padecer la misma suerte» que los habitantes de Narbona, y que en muchos casos, abandonando la ciudad y la campiña circundante, «corrieron aterrorizados a Aviñón con cuantos enseres pudieron llevar consigo, pensando que allí podrían contar con la protección del papa».[76]

No hay mención alguna que aluda al destino de los prisioneros, la exigencia de rescates o la perpetración de matanzas. Y sin embargo, hubo muchísimas degollinas: justo al sur de Tolosa, en Lacroix-Falgarde, un contingente de infantería ligera tomó al asalto la población y pasó a espada a un gran número de civiles; en Carcasona se produjeron violaciones en masa. Tampoco se habla demasiado del botín. Y desde luego despojos hubo, y prisioneros también. Jonathan Sumption escribe lo siguiente: «El príncipe estaba notablemente satisfecho con la campaña. Se había traído del Languedoc gran abundancia de botín, en cantidad suficiente como para llenar mil carretas, según uno de los relatos. Los rescates exigidos por los prisioneros franceses se fueron recaudando poco a poco a lo largo de los meses posteriores, a medida que fueron cumpliéndose los pactos y cobrándose los pagarés. Muchos de los seguidores del príncipe se hicieron ricos».[77]

No obstante, tanto Sumption como otros historiadores cuestionan el valor militar de la incursión: «No se había ganado batalla alguna, no se conquistó ningún territorio y no se dotó de una guarni-

ción fiel a ningún castillo».[78] Clifford Rogers discute este análisis, y sostiene que Eduardo consiguió toda una serie de objetivos, aunque menos concretos: escarmentó a los rebeldes, prestó ayuda a sus aliados y obtuvo ganancias a costa del enemigo (lo que desde luego es cierto desde el punto de vista económico). Y aún puede añadirse otra ventaja, transitoria, a ésta indiscutible de carácter pecuniario: el impacto de la expedición causó asombro en Francia, ya que convirtió en escenario de una cruel guerra a una región que hasta entonces se había visto libre de ella. Las citas que ya hemos mencionado anteriormente, en las páginas 199 y 238 a 239 —tomadas de las crónicas que describen los efectos de esta *chevauchée* en la guerra de los Cien Años— nos permiten ponderar la impresión generada. Al haber penetrado tan profundamente, y con tanto éxito, en una región considerada segura hasta esa fecha, el Príncipe Negro mostraba a los habitantes de Francia que su poder era superior al de su rey, y que éste era demasiado débil para poder procurarles amparo. Sin embargo, la propaganda de la victoria no se tradujo en grandes ganancias políticas. Eduardo quería «aterrorizar a los habitantes y que éstos le fueran leales y abandonaran al rey francés ... pero lo cierto es que los lugareños temían más la venganza que su monarca pudiera terminar tomándose con el tiempo que al enemigo que tenían a sus puertas».[79] El espanto que sentían ante la perspectiva de una futura atrocidad punitiva neutralizaba el terror de la agresiva barbarie presente. El Príncipe Negro mostró haber comprendido este estado de cosas en Limoges.

La campaña del año 1355 también resulta interesante, dado que plantea la cuestión de si Eduardo seguía o no una política tendente a buscar el encontronazo directo. Esto ha generado un debate, aún en curso, entre los historiadores militares del período medieval, debate que es excesivamente enrevesado para exponerlo aquí en sus pormenores. Clifford Rogers ha avivado la polémica con una serie de artículos académicos y un libro en los que se presentan pruebas de la época en que ocurrieron los hechos. Dichas pruebas vendrían a indicar que Eduardo III y el Príncipe Negro trataron por todos los medios de entablar combate con los franceses. Sin embargo, algunos de

esos datos admiten una interpretación diferente: por ejemplo, cuando Juan le Bel señala que Eduardo III había afirmado que pensaba dirigirse a Francia «a batallar con el rey Juan»,[80] podemos preguntarnos si se trata de una cita de sus palabras textuales, aunque ni siquiera en caso afirmativo podremos concluir rotundamente que esa fuera su intención, porque quizá se tratara de un aserto meramente figurativo. Las cartas que envían a sus hogares por Navidad tanto Eduardo como Juan Wingfield reiteran igualmente, respecto a la campaña de 1355, la misma intención del rey; sin embargo, tras dejar caer el aserto, y para salvaguardar el honor, omiten, como es obvio, el hecho de que Eduardo huía de los franceses al más leve signo de su presencia. Aparte de la pura prevención por los riesgos inherentes a toda batalla y de la estrategia que por regla general impulsa a los comandantes a evitarla, tal vez influyera en su decisión el más práctico asunto del saqueo: ¿por qué arriesgarse a perder las increíbles riquezas obtenidas en una batalla que podía dar al traste con la totalidad lo logrado, y lo que es peor, provocar además pérdidas, y todo ello en beneficio de los franceses? Resulta fácil deducir lo que habría hecho un rey como Juan sin Tierra —coger el dinero cómodamente acumulado y salir corriendo—, pero asunto muy distinto es conjeturar la reacción de un gobernante de personalidad totalmente diferente y más sólida como el Príncipe Negro.

Se dedicó este último, como habría hecho su padre —según sugiere una crónica—, a «devastar todo el país a fin de provocar aún más a los franceses y de obligarles a trabar combate».[81] Rogelio de Wendover argumenta enérgicamente en este sentido y aporta buenas razones, ya que afirma que las graves circunstancias internas que vivía entonces Francia en los ámbitos político y militar (circunstancias a las que se añadía la complicación extra de los recientes estragos de la Peste Negra) habían dejado al rey Juan II en una situación vulnerable y expuesto a recibir un mazazo decisivo. Wendover analiza a esta luz el ataque a la ciudad de Tolosa: más que una humillante afrenta, el alarde de poder que implicaba la destrucción de toda la zona inmediatamente exterior a la urbe se proponía lograr que la guarnición de la plaza saliera a campo abierto a plantar cara al ene-

migo. A finales de noviembre hubo un momento en que las tropas de Eduardo se dispusieron en orden de combate, pero los franceses, pese a superarles en número, pasaron de largo. La avanzadilla militar de Eduardo logró alcanzar a algunos de esos enemigos, apresó a los hombres de armas y exterminó a los pobres carreteros que seguían al ejército. Siempre hay soberanos que se saltan la regla general que les aconseja rehuir los choques directos, y es posible que Eduardo fuera uno de ellos, como ya sucediera en Hastings con Guillermo el Conquistador, que deliberadamente arrasó las fincas del rey Haroldo II a fin de incitarle a presentar la batalla que Guillermo necesitaba para coronar su estrategia. Así lo explica Hewitt: «Dado que resultaba quimérico ocupar Francia ... era preciso debilitar al enemigo mediante la aniquilación de sus recursos. La devastación era un medio negativo, de carácter económico, para la obtención del fin último, de naturaleza política».[82] El hecho de que la idea de ocupar Francia fuese irrealizable (dificultad no completamente insuperable, ya que la colonización, la disponibilidad de aliados y la presencia sobre el terreno de una población sometida y amedrentada podrían haber logrado un resultado similar) quizá indujera a Eduardo a buscar una aplastante y decisiva victoria en la batalla a fin de alterar radicalmente, de un solo golpe, la situación política. La negativa de los habitantes de Carcasona a plegarse a las exigencias de Eduardo reveló que la campaña de saqueo también tenía sus límites; y el hecho de que, poco después, se aproximaran los ejércitos franceses hizo que aumentaran las posibilidades de forzar el inicio de una batalla. ¿Hemos de considerar una coincidencia el hecho de que las fuentes inglesas parezcan sugerir que después del fracaso de Carcasona Eduardo mostró mayores deseos de lograr la confrontación entre los ejércitos?

Las grandes *chevauchées* inglesas de la guerra de los Cien Años se hicieron cada vez menos frecuentes tras la muerte del Príncipe Negro, ya que no lograban materializar sus principales objetivos, ni los políticos ni los militares. No obstante, en épocas posteriores seguirían desempeñando un papel preponderante en la guerra, cosa que siempre ha sucedido con las incursiones —la magnitud de las devastaciones que hubo de sufrir Francia en el siglo xv fue en todos los as-

pectos tan grande como la del siglo anterior—, pero serían los asedios los que finalmente determinaran el desenlace del largo conflicto. Los franceses habían comenzado a responder a las *chevauchées*, y para ello habían aumentado los efectivos que protegían las fortalezas clave, abandonado la campiña y seguido al ejército inglés con tropas fieles al soberano de Francia a fin de evitar que de la columna principal del ejército enemigo partieran rápidas expediciones de saqueo. Además no se limitaron a esa táctica, ya que al mismo tiempo evitaban escrupulosamente los choques directos en el campo de batalla. La estrategia cosechó un gran éxito, y es casi seguro que la idea de semejante posibilidad debió de cruzar la aguda mente militar de Eduardo y sus generales. No se trataba de nada nuevo: el duque Guillermo de Normandía había hecho lo mismo tres siglos antes, en la década de 1050, al tener que enfrentarse a sus enemigos. Si la táctica de evitar el encontronazo de las batallas había resultado tan eficaz para los franceses, era obvio que iba a revelarse muy perjudicial para los ingleses.

Las campañas de saqueo presentaban muchas ventajas, ya que permitían al agresor adaptarse perfectamente a la situación del momento —pues con ellas se obtenían provisiones para el ejército, se debilitaba política y económicamente al enemigo, se escarmentaba a los disidentes, y se cosechaba un buen botín—. Por si fuera poco, nada impedía añadir a todas esas virtudes la procura o la evitación, según conviniera, del campo de batalla. Desde luego, si uno de los objetivos primordiales de la *chevauchée* de Eduardo había consistido en empujar a los franceses a una batalla campal, es evidente que fracasó en el empeño. Sin embargo, eran muchas las compensaciones que podían consolarle, y así lo atestiguan los cronistas: fue tal la cantidad de botín, que los hombres de Eduardo «no sabían qué hacer con tantas ganancias».[83] Parte de los despojos procedía del saqueo de las guarniciones y los castillos, pero el grueso de la rapiña era fruto de lo arrancado a los civiles, quienes, como de costumbre, tuvieron que pagar los platos rotos de la guerra. Juan de Venette explica en esta reflexión, llena de pesadumbre, la destrucción que causó la guerra de los Cien Años en su aldea natal y la aniquilación de

la totalidad del ganado, exponente todo ello de la realidad militar de la campaña:

> Los ingleses destruyeron, quemaron y saquearon muchos pueblecitos y localidades, apresando o incluso matando a sus habitantes. He de lamentar la pérdida de la aldea en que nací, que fue pasto de las llamas, y también la de otras muchas de los alrededores. Los viñedos de la región quedaron incultos y sin arar. Los campos quedaron sin ganado ni aves de corral. No había en las carreteras ningún caminante que llevara sus mejores quesos y productos frescos al mercado. La vista se entristecía al ver brotar por todas partes las ortigas y los cardos. En lugar de casas e iglesias, lo que se veía era el lamentable espectáculo de las dispersas y humeantes ruinas a que habían quedado reducidas por las voraces llamas. ¿Qué más puedo decir? Las desgracias de toda clase pululaban por doquier, en especial entre la población rural, entre los campesinos, ya que sus señores les apretaban al máximo, arrancándoles por la fuerza todos sus bienes y pobres medios de subsistencia.[84]

Conclusiones

Si hemos elegido los ejemplos de devastación que hasta aquí hemos venido examinando no ha sido únicamente porque tengamos la impresión, hasta el momento, de que Inglaterra sea un lugar que ha salido bastante bien parado en esta relación de atrocidades, sino también porque con ellos logramos resaltar algunos aspectos importantes de este tipo de campañas. El hostigamiento de la región septentrional es una muestra de la utilización de la política de tierra quemada como táctica preventiva, esto es, del empleo de esa estrategia como forma de impedir que el enemigo logre establecer un cuartel general en la región al negarle tanto la posibilidad de avituallarse como la infraestructura económica necesaria para mantener una organización política hostil. Las invasiones escocesas del año 1138 demostraron ser otra forma de asolamiento extremo, en este caso alimentadas por las tensiones fronterizas, las rivalidades étnicas y el surgimiento de la identidad nacional. La *chevauchée* que realiza el rey

Juan entre los años 1215 y 1216 expone con toda explicitud los vínculos que existen entre la devastación y la perpetración de actos de crueldad, y revela al mismo tiempo que ambas acciones podían usarse como arma y ser fruto de un meticuloso cálculo. Y en 1355, las incursiones del Príncipe Negro muestran que una guerra de este tipo terminaba por debilitar la base económica del enemigo y constituía un desafío a la autoridad de su jefe. Por supuesto, en la mayoría de los casos las campañas de devastación son compendios de barbaridades en los que pueden observarse muchas de estas características —o incluso todas—, y también otras.

Antes de entregarse a la destrucción, los ejércitos acostumbraban a acumular despojos y enseres —es decir, se apoderaban de ellos mediante el robo—. Los comandantes tenían siempre muy presentes las cuestiones relacionadas con la logística militar. Los ejércitos no podían llevar consigo sino una cantidad limitada de provisiones; a las vituallas que pudieran tener debían añadir los productos de las comarcas por las que pasaban. Aún en el caso de que los estragos no tuvieran un claro objetivo militar o político, bastaba este motivo para que se siguieran produciendo. Lo que para un ejército representaba una ganancia constituía una pérdida para la región que debía encajarla, pues, como se ha señalado con toda concisión: «lo que para un hombre es salir a forrajear, para otro es devastación».[85] Las tropas aniquilaban todo cuanto careciera de utilidad para ellas a fin de que el enemigo no pudiera sacarle ningún provecho, bien como fuente de avituallamiento, bien —si se trataba de personas— mediante la obtención de un rendimiento económico derivado de la recaudación de impuestos.

A veces los historiadores han dedicado una atención excesiva al texto de *De Re Militari* (o, para ser más exactos, al *Epitoma Rei Militaris**), el manual tardorromano que escribe Vegecio sobre el arte de la guerra —dado que, a fin de cuentas, su autor no era más que un simple divulgador—, pero si las recomendaciones de Perogrullo que

* Hay traducción castellana: *Compendio de técnica militar*, traducción de David Paniagua Aguilar, Cátedra, Madrid, 2006. *(N. de los t.)*

incluye en su manual bélico para principiantes se citan profusamente se debe a las obvias y eternas verdades que enumera, una de las cuales, perfectamente pertinente en nuestro caso, dice lo siguiente: «En cualquier expedición, el arma más eficaz estriba en disponer de las suficientes provisiones para el consumo propio, mientras el hambre quebranta al enemigo».[86] Eso es exactamente lo que se conseguía con las campañas de asolamiento. Los generales que se preocupaban por el impacto que podían causar sus tropas al avanzar por un territorio amigo o neutral se aseguraban de que sus hombres compraran cuanto necesitaran, aunque lo que lograran controlar con ello fuera más la conducta de sus hombres que la inflación de los precios. Enrique V debe parte de su celebridad al hecho de haber mantenido apaciguados a sus efectivos durante la invasión de Normandía: deseaba actuar en el ducado como el soberano del lugar y quería dejar en sus habitantes la impronta de su justo señorío. En el año 1066, el duque Guillermo de Normandía tuvo muchas dificultades para conseguir que sus huestes invasoras permanecieran ordenadamente acuarteladas en Dives, y para ello empleó el recurso de exigir a sus hombres que pagaran regularmente en los mercados normales. En 1226, Luis VIII optó por llevar consigo reses y forraje procedente de sus provincias para abastecerse durante la larga marcha que le obligó a pasar por territorio amigo antes de poner rumbo al sur, a la ciudad de Aviñón. Y a la inversa, tres siglos después, ya en 1527, las tropas de Carlos V saquearán Roma a conciencia al no haberles podido entregar el emperador su paga.

Mantener la disciplina y restringir las devastaciones resultaba siempre más fácil en territorio amigo, pero también podía conseguirse en el propio escenario de los acontecimientos (o al menos podía canalizarse el imperioso apetito de botín). Ya hemos visto que era posible dirigir con gran precisión los estragos a fin de que impactaran en regiones concretas y afectaran tan sólo a las propiedades de los enemigos —hasta el punto de que podían dejarse intencionadamente intactos determinados edificios de una ciudad o una aldea—. Incluso las *chevauchées* del Príncipe Negro, de infausta memoria pues simbolizan la destrucción propia de las guerras medievales, se con-

centraron en un radio de acción muy específico. Durante la incursión al Languedoc del año 1355, el capitán Arouille rindió inmediatamente su castillo y tres poblaciones de la localidad sujetas a su mando, logrando de ese modo que ninguna de las posesiones a su cargo se viera dañada. Al año siguiente, cuando se dirigían a Poitiers —donde obtendrían una resonante victoria—, las fuerzas del príncipe Eduardo provocaron enormes destrozos en las fronteras occidentales de la región del Lemosín, no cejando en sus pillajes sino en Bellac —con repentino y breve parón—. ¿La causa? En esa ciudad había una dama viuda vinculada con la familia real inglesa.

Las campañas de devastación también resultaban útiles como maniobras de distracción. En el año 1216, cuando el rey Juan se enteró de que sus castillos de Windsor y Dover estaban siendo asediados, inició inmediatamente una expedición de asolamiento contra las fincas de sus enemigos —inmersas en ese momento en plena recolección—, consiguiendo así que levantaran el cerco. De manera similar, también podían emplearse como estratagema para incitar a un enemigo remiso a presentar batalla. La táctica se reveló no obstante inútil en el caso del conde Balduino de Flandes, que tranquilizó a sus hombres —absortos en la contemplación de las tierras que sus enemigos entregaban a las llamas— diciéndoles: «La tierra no podrán llevársela».[87] Balduino, al igual que Alejandro II, David I, Luis VIII y otros muchos gobernantes, estaba dispuesto a incendiar sus propias tierras si con eso dificultaba el avance del enemigo. La política de tierra quemada —me refiero a la devastación intencionada de un territorio como mecanismo de defensa ante la inminente llegada del enemigo— pagaba al adversario con la misma moneda. En el año 1226, en Aviñón, el conde Raimundo de Tolosa empleó eficazmente este mecanismo contra los franceses:

> A los soldados [franceses] se les acabaron las provisiones, muriendo así gran parte de sus efectivos; y es que el conde de Tolosa, como hábil estratega, había hecho desaparecer, antes de que se presentaran, toda clase de víveres —junto con los ancianos, las mujeres, los niños, los caballos y el ganado—, privándoles así de cualquier tipo de susten-

to. Y no sólo sufrieron los hombres, sino también las monturas y las reses del ejército, que perecieron de hambre, pues el conde había ordenado arrasar todos los campos de la comarca de modo que el enemigo no encontrara forma alguna de abastecerse de forraje para el ganado, salvo por lo que hubiera podido traer de las provincias francesas; de este modo, grandes cantidades de contingentes militares se vieron obligados a abandonar el campo en busca de vituallas para los hombres y de pasto para los caballos, y en esos desplazamientos sufrían a menudo grandes pérdidas a consecuencia de los ataques del conde de Tolosa, quien, con sus tropas, les tendía emboscadas.[88]

Este pasaje resulta muy instructivo, pues nos muestra que el conde Raimundo decidió proteger a sus gentes asolando sus propias tierras y obligándoles de ese modo a abandonar sus hogares: todo ello con la idea de evitar que pudieran ser apresados como rehenes y se pidiera rescate por ellos. Es posible que sus desdichas se agravaran por la acción de los soldados enemigos, a los que el hambre y la carencia de botín debían de volver sin duda más feroces, exacerbando su belicosidad e induciéndoles a tratar con más violencia a los civiles.

Es igualmente probable que las brutalidades se intensificaran cuando la voluntad de colonización y las tensiones étnicas aparecieran en escena. Una cosa era que, a modo de advertencia o como medida política, se asolaran las tierras de un civil, y otra muy distinta que le expulsaran físicamente del lugar en que habitaba. Éste fue el destino de los habitantes de Petit-Andely cuando los franceses tomaron la población tras el asedio de Château Gaillard, pues los colonos del bando vencedor ocuparon su lugar. Muy a menudo ésa era también la suerte que corrían en muchas ciudades quienes salían derrotados: el desplazamiento de la población fue una de las características más significativas de la guerra medieval. Otro modo de lograr el mismo efecto era añadir la pérdida de la libertad y la vida a la de las viviendas.

Como ya ocurriera en la guerra de asedio, el miedo se consideraba un elemento necesario en un gran número de campañas, ya que era un modo de quebrar la determinación del enemigo y de alentar, bien su capitulación, bien el establecimiento de un acuerdo. La des-

tructiva naturaleza de la devastación acentuaba los temores. En el año 1215, este mecanismo psicológico dio buen resultado al rey Juan sin Tierra, que gracias a él encontró poca resistencia en su marcha hacia el norte; ya en 1209 su reputación de monarca cruel había conseguido el mismo efecto en su lucha contra los escoceses; y las bárbaras tropas de David I, integradas por montañeses de Galloway, contribuyeron a obligar al rey Esteban a negociar tanto en 1136 como en 1138. Existen infinitos ejemplos de los efectos que produce el miedo; sin embargo, podía operar en ambas direcciones, como habría de descubrir el Príncipe Negro en Carcasona. Hay igualmente muchas pruebas que muestran que puede llegar a mostrarse contraproducente, como ya hemos visto. Rogelio de Wendover refiere que en la marca galesa hubo casos en que los soldados ingleses optaron por seguir la tradición galesa consistente en decapitar a los enemigos. En el año 1231, tras ser capturados, los galeses que habían estado asolando las tierras de Huberto de Burgh fueron decapitados, y Burgh envió las cabezas al rey Enrique III. En vista de lo sucedido, el príncipe Llywelyn, en lo que era una práctica característica en la frontera celta, degolló a los civiles de la región refugiados en el interior de las iglesias, sin perdonar ni a las mujeres ni a los niños. En el año 1245, Mateo de París afirma que un contingente de tropas inglesas regresó a su campamento con las cabezas de un centenar de galeses muertos en una escaramuza o justo después de ella, y añade que los galeses procedieron a la decapitación de la totalidad de los habitantes de buena parte de las poblaciones de las que se apoderaron en 1258. Los ingleses llegaron incluso a ofrecer recompensas por las cabezas galesas. Se creía que la medida podía disminuir las incursiones de rapiña de las tropas de Gales, pero los hechos no lo confirmaron así. Frederick Suppe, que ha estudiado esta espantosa práctica, llega a la conclusión de que el único beneficio real que obtenían los ingleses con aquellas salvajadas se limitaba al hecho de dar rienda suelta a su ira y a su frustración, y a conseguir un cierto «desquite psicológico»; las pruebas, dice Suppe, «sugieren que la brutalidad no conseguía sino incitar a los galeses a pagarles con la misma moneda. En términos militares, por tanto, el terror no servía como elemento disuasorio».[89]

Lo que en un sitio se revelaba eficaz no necesariamente resultaba útil en otro. Se establecerá así a lo largo de toda la Edad Media un círculo vicioso, una escalada de atrocidades que será imposible romper.

Desde el punto de vista económico, una exitosa campaña de asolamiento era una eficaz forma de hacer la guerra, además de obligar al enemigo a asumir un coste muy gravoso. Al asaltante le impulsaba la expectativa de resarcirse de los gastos de su campaña gracias al saqueo, al dinero conseguido de quienes preferían pagar a ver sus propiedades arrasadas, y al logrado mediante los rescates; el atacado en cambio no sólo debía soportar el elevado coste de la pérdida de productividad y la falta de ingresos tributarios, sino atender al mismo tiempo a la ineludible necesidad de invertir enormes sumas de capital en estructuras defensivas (las murallas de las ciudades no eran nada económicas). El objetivo último de las campañas más importantes guardaba relación con el poder. La devastación formaba parte del proceso de consecución de esas ventajas políticas. Lo que se pretendía era mostrar a los súbditos de un gobernante enemigo lo desprotegidos que estaban y cuánto mejor sería su situación si quien les regía se hallaba en condiciones de ejercer firmemente el poder. De ahí que el Príncipe Negro asolara el Languedoc al observar que la posición política del rey Juan II de Francia se debilitaba. Christopher Allmand ha resumido con toda claridad las metas que se pretendían alcanzar con este tipo de campañas de devastación: «Otra de las formas en que una guerra de exitosas incursiones podía hacer flaquear la confianza del enemigo era demostrar que, en tanto que reyes, [los agredidos] carecían del poder necesario para cumplir una de sus principales funciones: la defensa de sus gentes ... De este modo se lograba socavar y disminuir su credibilidad».[90] Las campañas de asolamiento minaban por completo el fundamento del vínculo contractual que unía al señor con sus súbditos. Y así lo afirma el *Schwabenspiegel** del siglo XIII: «Debemos servir a nuestros señores, pues ellos

* El *Schwabenspiegel* es un código legal alemán escrito en torno al año 1275. Su autor fue un monje franciscano de Augsburgo, y en él se consignan normas relativas a la propiedad de tierras, la organización de los feudos y los contratos de vasallaje. El nombre, que significa «Espejo de los suevos», alude a su carácter des-

nos brindan protección; en caso de que no lo hicieran, la justicia no nos obliga a serviles».[91]

Cuando los vasallos se veían desamparados solían dirigirse por lo general a los montes y a los bosques, llevando consigo todo cuanto podían cargar o pastorear. Un francés del siglo XIV cuenta que se unió a las «gentes de la región que huían por los campos y acequias, tratando desesperadamente de hallar refugio en las cuevas y los bosques».[92] A veces terminaban sencillamente por congregarse y salir en busca de su parte del botín: las víctimas se convertían en agresores. Esto fue lo que sucedió, a escala relativamente pequeña, en la campaña de invierno que llevó a cabo el rey Juan entre los años 1215 y 1216, pero adquirió unas dimensiones muy superiores en la guerra de los Cien Años. Cuando les atrapaban, estas gentes se justificaban diciendo que actuaban empujados por la necesidad. Nicholas Wright ofrece ejemplos de esos apuros en sus estudios sobre el efecto de la guerra en la campiña francesa. A finales del siglo XIV, Juan le Jeusne explica que se vio obligado a unirse a una partida de doce hombres que se dedicaban al bandidaje, pues ésa era la única forma de sobrevivir. Cuando cesaron los combates, le Jeusne volvió a su pacífica ocupación de labrador. En el año 1373, dos hombres armados irrumpieron en el pueblo de Saint Romain con el propósito de asaltar a los habitantes para conseguir dinero. El pueblo entero se dio a la fuga y corrió a guarecerse en los bosques. Transcurrida una semana, diez de los hombres más valientes del pueblo regresaron y descubrieron a tres saqueadores en una de las casas. Tras una violenta pelea, llevaron a los tres hombres al río y los ahogaron.

Sin embargo, no se alentaba la defensa propia ni la acción de posibles vigilantes, ya que eso habría socavado la autoridad que aún pudiera conservar el sistema judicial. En el año 1375, un pobre tejedor de Vernon fue obligado a permanecer en un pequeño cesto de mimbre durante diez días y forzado a pagar la enorme suma de sesenta

criptivo, no normativo: al ser un mero registro de las prácticas legales vigentes, una pura casuística que no promulga normas nuevas, se lo compara metafóricamente a un espejo en el que poder contemplar lo correcto y lo incorrecto. *(N. de los t.)*

francos de oro por haber tomado parte en la muerte de un saqueador. No obstante, cuando contribuía al esfuerzo bélico sí que se aceptaba de buena gana la intervención de la gente corriente. Los habitantes de los pueblos por los que pasaban los soldados franceses derrotados en 1217 en Lincoln les tendían emboscadas. Iban armados con garrotes, aprovechando la confusión de su precipitado repliegue a Londres, y mataron a muchos soldados.

Sin duda, aquellos soldados franceses debieron de verse despojados de cualquier pertenencia que pudieran llevar consigo, reproduciendo así los lugareños en sus personas el pillaje que poco antes ellos mismos padecieran. Sin embargo, el oportunismo en la guerra no era ninguna novedad, como ya vimos en el capítulo 2 al exponer el caso que se produjo en el año 1050, fecha en la que dos siervos se unieron a los hombres que se dedicaban a saquear las tierras de su señor. Como sabemos, les capturaron y les dejaron ciegos.

Algunos historiadores han sugerido que las matanzas de civiles crecieron tras desaparecer la esclavitud, pues la gente dejó de tener un valor económico. Las expediciones de asolamiento acostumbraban a eliminar a los varones que no combatían simplemente para impedir al enemigo toda posibilidad de reclutarles como soldados; aunque en realidad todo el mundo estaba expuesto a ser pasado a espada, por las razones que ya hemos comentado. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, los civiles seguían teniendo las mismas posibilidades de ser capturados como rehenes, según revela la campaña emprendida por el rey Juan en el año 1215. Los rescates que se pagaban por los civiles no eran en modo alguno desdeñables. En un trabajo sobre los rescates y los despojos logrados en la Normandía inglesa a finales de la guerra de los Cien Años, Philippe Contamine ofrece pruebas que así lo confirman, ya que señala lo siguiente: «Desde luego, es sorprendente comprobar que las sumas que se pagaban para atender los rescates de personas que supuestamente no combatían no eran muy inferiores a las que se pedían por los soldados».[93] Se trata con frecuencia de cantidades comparables. Contamine cita el caso del desafortunado Juan Guérard, un pobre hombre de treinta y cuatro años, casado y con un hijo. Los soldados franceses le hicieron

prisionero en el año 1419, y lo volvieron a apresar en 1420: en ambas ocasiones se vio obligado a pagar veinte *moutons d'or*. En el año 1425 cayó por tercera vez, aunque en esta ocasión a manos de soldados ingleses, y pagó en concepto de rescate la cantidad de veinte *écus*.

Incluso después de muerto podía resultar difícil eludir las garras de los soldados. Como ya hemos mencionado, a veces se pagaba por los cadáveres la mitad de lo que se hubiera abonado por una persona viva, en caso, claro está, de que alguien pretendiera recuperar los restos. La invasión escocesa de Irlanda coincidió con la gran hambruna del año 1317. Como es lógico, los resultados de las partidas de forrajeo eran muy escasos. En consecuencia, un cronista nos indica que los soldados se hallaban «tan desfallecidos a causa del hambre que iban a los cementerios a desenterrar a los muertos».[94] No es de extrañar que el hecho de ver aproximarse los estandartes de un ejército en campaña resultara tremendamente aterrador para los civiles.

6

¿Salvajismo medieval?

Las recientes investigaciones han dedicado mucho tiempo a examinar la capacidad humana para la crueldad. Estudios como los del infamante experimento de Stanford* revelan con qué rapidez pueden adaptarse las personas a formas de comportamiento violentas y despiadadas. El ejército moderno del siglo xx, obligado a contrarrestar la natural renuencia del hombre a matar, ha financiado trabajos que le han permitido concebir métodos de adiestramiento para el combate que desarrollan un reflejo condicionado que induce a los individuos a matar a los enemigos, u «objetivos». Las cascadas de reacciones químicas que se desencadenan en el cerebro también desempeñan un papel, dado que provocan respuestas que permiten que un hombre acabe con la vida de otro. La información que ha proporcionado toda esta literatura analítica puede arrojar una luz sumamente útil para conocer en qué medida participa el soldado en la perpetración de atrocidades, tanto en nuestra época como en la Edad Media, aunque la aplicación de estos datos a épocas anteriores a la medieval tiene bastantes limitaciones. Es cierto que en la Edad Media los soldados recibían en cierto modo un condicionamiento —eso es lo que el adiestra-

* Se trata de un célebre estudio psicológico efectuado en 1971 en el que se pidió a dos grupos de voluntarios de la universidad de Stanford que se metieran en el papel de los guardias y prisioneros de una cárcel imaginaria. El experimento se fue rápidamente de las manos ya que los «presos» aceptaron —y sufrieron— tratos humillantes, mientras que los supuestos guardias se entregaron con asombrosa facilidad a conductas sádicas. Al final, muchos de los implicados acabaron mostrando los síntomas propios de un grave trastorno emocional. *(N. de los t.)*

miento y la propaganda han hecho siempre desde el inicio de la civilización—, pero el problema es más profundo, y al mismo tiempo más elemental. El eminente psicólogo Philip Zimbardo, célebre por el experimento de la «prisión» de Stanford, ha estudiado la psicología del mal en su reciente libro titulado *The Lucifer Effect. How Good People Turn Evil*,* en el que sabiamente concluye que la investigación «puede producir volúmenes del grosor que se quiera, equiparables incluso al de una guía telefónica», pero para comprender de verdad lo que sucede, «hemos de entender lo que le ocurre a la persona inmersa en una situación dada».[1]

Las circunstancias son determinantes. Si a un soldado medieval se le ordenaba matar a un civil, era poco probable que se negara a hacerlo, a menos que aceptara convertirse él mismo en víctima. (Las fuentes no refieren la existencia de demasiados objetores de conciencia.) El interés primordial de este libro se ha centrado en explicar las atrocidades cometidas a raíz del imperativo militar, esto es, como consecuencia de planteamientos premeditados que llevan a decidir que los actos de salvajismo y las ejecuciones generalizadas permiten la procura de los objetivos bélicos propuestos. Sin embargo, en un gran número de ocasiones se perpetraron actos individuales de barbarie sin que mediara ninguna orden expresa. En muchos casos se entendía tácitamente —o al menos no ha quedado constancia de que las cosas fuesen de otro modo— que ése habría de ser el comportamiento de los soldados; desde luego, en ningún momento puede decirse que la perspectiva de esa clase de conductas fuera algo remota o difícilmente imaginable. Es posible que el rey David de Escocia no animara a los caballerosos hidalgos de su regia comitiva a comportarse de la misma forma que su brutal infantería, pero eso no significa que no valorara las consecuencias tácticas de las devastaciones provocadas por los soldados de a pie. En este libro hemos expuesto acontecimientos en los que la vida y la muerte no dependían sino del capricho del soldado. El acto mismo por el que se daba o no muerte

* Hay traducción castellana: *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad*, traducción de Genís Sánchez Barberán, Paidós, Barcelona, 2008. *(N. de los t.)*

a un enemigo podía ser notablemente arbitrario: el mismo soldado que acababa con un civil un día podía no hacer lo mismo al siguiente. Todo podía depender de si la campaña había sido dura o no; de si un camarada había encontrado la muerte a causa de una enfermedad o en el combate; de si el botín y las oportunidades de medro habían sido abundantes hasta ese momento; o de toda una miríada de factores diferentes, excesivamente numerosos para contemplarlos aquí siquiera.

La naturaleza misma de la guerra era un significativo elemento determinante. En las regiones limítrofes —como la frontera celta en Inglaterra, las tierras que fueron escenario de la Reconquista en España, o las regiones en que se desarrollaron las cruzadas de Tierra Santa o el Báltico— el carácter de las contiendas era particularmente enconado, de modo que los conflictos, de profundas raíces, terminaban por convertirse en choques endémicos. Con el tiempo, incluso un conflicto como el que enfrentó a Inglaterra y a Francia —modelos del espíritu caballeresco— podía llegar a conocer una escalada de actos bárbaros, como muestra la guerra de los Cien Años. Las ideas sobre la caballería evolucionaron para adaptarse a esas nuevas circunstancias: aunque muchos autores seguían condenando el trato dispensado a los civiles, otros muchos —en especial los soldados con aficiones literarias, que obviamente se autojustificaban en sus escritos—, preferían aceptar sencillamente que el hecho de pasar a espada a los civiles constituía un elemento aceptable de la guerra regida por las normas de caballería. No obstante, fuera cual fuera el escenario de la guerra, siempre había excepciones que se apartaban del salvajismo —ejemplos de comportamiento civilizado y de tolerancia—, lo que no sólo es una indicación de que el conflicto no tenía por qué desarrollarse necesariamente de ese modo, sino que viene a cuestionar la justificación de ciertos actos. El hecho de que las atrocidades pudieran desatar una ola de venganzas o una espiral de violencia que terminara alcanzando a los menos implicados, podía conseguir de vez en cuando que los generales se moderaran; pero en la mayoría de las situaciones de combate concretas lo más probable es que llegaran a la conclusión de que la exhibición de poder y los alardes de bestialidad

eran justamente lo que se precisaba para propiciar la consecución de sus objetivos. La triste verdad es que, en la mayoría de los casos, no se equivocaban al razonar de ese modo.

Por regla general, para el soldado corriente era de gran importancia pertenecer a uno de los grandes grupos que integraban los contingentes del ejército. Por vagas que fueran las características o la organización de la unidad de combate de la que formara parte, es claro que sólo en ellas podía hallar apoyo y compañeros, dado que se encontraba con frecuencia lejos del hogar y que su vida transcurría, obviamente, en territorio hostil. Las investigaciones que se han realizado sobre la conducta de los soldados que han combatido en las guerras de la historia reciente demuestran que los beligerantes han luchado menos por su país o por una causa que por sus camaradas. Esta «cohesión del grupo primario» —un vínculo afectivo fortalecido por las experiencias de la guerra— es un elemento importante para comprender el comportamiento de los soldados. En la Guerra de secesión estadounidense, un cabo del ejército sureño dejó constancia escrita de que los soldados de permiso solían mostrar siempre grandes deseos de volver: «Hay un sentimiento de aprecio —un fuerte apego por todos aquellos con quienes se han compartido los peligros— que no se experimenta ... en ninguna otra circunstancia». Un oficial que luchó en la batalla de Shiloh* en 1862, se hacía la reflexión de que «quienes lucharon hombro con hombro en los terribles días de tan sangrientos combates quedaron unidos por una ligadura inquebrantable, por lazos más fuertes que el acero».[2] Todos los conflictos modernos confirman este tipo de actitud.

Por desgracia, este noble y honorable aspecto de la vida militar tiene su cara oscura. La cohesión del grupo primario también puede empujar a las tropas a perpetrar atrocidades. En el año 1945, el terrible avance ruso sobre Berlín culminó en una violación generalizada; no sería difícil obviar los mil años de historia transcurridos desde la Edad Media y situar el siguiente pasaje en ese período: «Los merodeadores y los dedicados a violar a las mujeres actuaban por regla ge-

* También conocida como Batalla de Pittsburg Landing. *(N. de los t.)*

neral bajo la influencia del alcohol, y operaban en bandas, lo que equivale a decir que lo hacían sometidos a la presión del grupo de iguales —de ahí que dieran rienda suelta a un rabia colectiva reprimida durante los largos años de opresión ...—. Es fácil imaginar los insultos que habrían tenido que afrontar quienes no desearan participar en una agresión machista a las mujeres alemanas ... Los oficiales adoptaron una actitud pasiva mientras se producían las violaciones en masa, o incluso se aseguraban de que a todos los hombres les llegara el turno».[3]

El fundamental estudio de Christopher Browning sobre uno de los escuadrones de la muerte alemanes titulado *Ordinary Men. Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*,* muestra de modo inquietante que unos hombres que no tenían nada de excepcional podían optar por participar activamente en la ejecución de civiles, hombres, mujeres y niños: «Prácticamente en todo colectivo social, el grupo de iguales ejerce una tremenda presión y establece las normas morales. Si los hombres del Batallón policial de reserva 101 pudieron transformarse en asesinos en tales circunstancias, ¿qué grupo de hombres podrá considerarse inmune a tal deriva?».[4] Como en el caso de los rusos que desataron su rabia en Berlín, también en esta ocasión los hombres querían seguir la corriente a sus camaradas y no correr el riesgo de ser vejados por blandos. El sórdido interés económico se hallaba también omnipresente. Los rusos, imitando en esto el anterior proceder de los alemanes, iban saqueando todo cuanto encontraban en su avance. Desde el punto de vista de sus verdugos, la ejecución de los judíos implicaba frecuentemente la posibilidad de hacerse con ropas, joyas y otras posesiones; los oficiales arribistas veían además la oportunidad de obtener un ascenso.

Por difícil que se nos haga comprenderlo a cuantos hemos tenido la suerte de no habernos visto obligados a luchar en una guerra, lo cierto es que son muchos los soldados que declaran haber encontrado agradable la experiencia del combate. Otro de los soldados que

* Hay traducción castellana: *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la solución final en Polonia*, traducción de Montserrat Batista Pegueroles, Edhasa, Barcelona, 2002. *(N. de los t.)*

tomó parte en la batalla de Shiloh sostiene lo siguiente: «Nunca había sentido antes el enardecimiento que empuja a un hombre a desear precipitarse a la refriega, pero eso fue lo que sentí aquel día».[5] Ernest Jung, un prusiano que por su comportamiento viene a ser una versión moderna de Beltrán de Born,* expone en algunos libros —como *Storm of Steel*, por ejemplo— las vivencias que tuvo durante el tiempo que pasó en la guerra. En esa obra aplaude la primera guerra mundial y la juzga un acontecimiento fundamental y una valiosa experiencia, fuente a sus ojos de disfrute. Joanna Bourke, en un importante libro titulado *An Intimate History of Killing*,** dedica un capítulo entero a «Los placeres de la guerra» y en él describe este fenómeno de la guerra moderna y la forma en que ha contribuido a la comisión de barbaridades. La sed de sangre termina convirtiéndose en imperioso impulso que se hace preciso saciar. Niall Ferguson también ha contribuido a disipar el mito de que el comportamiento civilizado de las tropas y los oficiales —caballeresco, podríamos decir— mitigó un tanto la industrial magnitud de la carnicería que supuso la primera guerra mundial. Un sargento que participó en esa contienda ha dejado escrito, acerca de la batalla del Somme, que el combate trastornaba a los hombres hasta volverlos «medio locos de excitación ... cuando un hombre se pone a matar no es posible desconectarlo después, como si fuera un motor». Otro soldado habla del «vivísimo estremecimiento de la proximidad de la muerte ... una maravillosa sensación que vale la pena experimentar». A menudo, la ejecución de prisioneros alemanes contaba con el respaldo de los oficiales. Un sanguinario coronel inglés daba a sus hombres las siguientes instrucciones: «Quizá topéis con un alemán que os diga: "¡Piedad! ¡Tengo diez hijos!". ¡Matadle! Podría engendrar a otros diez». Otro oficial recomendaba al sargento bajo su mando que, para «dar a sus hombres un bautizo de sangre», les hiciera ejecutar a algunos pri-

* Recordemos que en páginas anteriores se dice que la belicosidad de este Beltrán «bordeaba el comportamiento psicótico». *(N. de los t.)*

** Hay traducción castellana: *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo* XX, traducción de Luis A. Noriega Hederich, Crítica, Barcelona, 2008. *(N. de los t.)*

sioneros alemanes. Una vez iniciada la masacre, el sargento miró a su alrededor y preguntó: «¿Dónde está 'Arry? ... 'Arry aún no ha probado suerte». Y una vez que Harry, «un chico tímido», «hubo matado al hombre que le tocó en el lote», se transformó «en un tigre asesino, ávido de sangre alemana».[6]

Son muchos los soldados que experimentan estos impulsos en todas las guerras —sean modernas o del pasado—. Algunos corresponsales de guerra, pese a haber sido testigos de todo tipo de horrores, se vuelven no obstante adictos a las contiendas y reconocen el disfrute, o la palpitación, que tanto ellos como los soldados obtienen con ellas: uno de esos corresponsales habla de «la terrible afición que compartíamos por todo aquello», en referencia a esos sentimientos.[7] Resultaría extraño pretender que lo acaecido en las guerras de la Edad Media pudiera haber diferido en algo. La sociedad de la época, predominantemente analfabeta, no nos ha dejado constancia escrita de los pensamientos que pudieron haber cruzado por la mente del soldado corriente. Sin embargo, la ausencia de pruebas de este tipo de emociones no puede entenderse como una constatación de que las pasiones mismas se hallaran ausentes. Con todo, lo que sí tenemos es un gran número de testimonios procedentes de las filas de los hidalgos en los que se reconocen los rasgos propios de una conducta deudora de la cohesión del grupo primario; el establecimiento de fuertes vínculos formaba parte del proceso que llevaba a la adquisición del título de caballero. Juan de Bueil escribe en el siglo XV que «la guerra es un suceso gozoso»:

> En la guerra se aprecia sobremanera al camarada ... El corazón rebosa de un inmenso sentimiento de lealtad y ternura al ver a un amigo exponerse tan gallardamente al peligro a fin de ejecutar y llevar a efecto los designios del Creador. Y de ese modo se siente uno dispuesto a luchar y a seguir su destino a vida o muerte, decidido a no abandonarle por la alta estima en que se le tiene. Y de ahí brota tal deleite que quienquiera que no lo haya conocido no está en condiciones de juzgarlo ... [Surge así] un hombre que se siente tan fortalecido, tan eufórico, que ya no sabe dónde está.[8]

Los sentimientos que aquí se expresan son sorprendentemente similares a los de las citas modernas que hemos reunido más arriba, y se parecen también a otros muchos recuerdos de camaradería bélica. Algunos de estos vínculos se manifiestan asimismo en la épica de la antigua Grecia, y han sido uno de los principales temas literarios de las obras caballerescas medievales, como ilustra la relación que une a Roldán y a Oliveros en el *Cantar de Roldán*. En torno al siglo XII, «la amistad militar supera a todas las demás formas de compañerismo».[9] A mi juicio, la apelación a las nobles causas de la patria, los ideales o la religión enmascaran en ocasiones este disfrute de la guerra y su carácter compulsivo. Es evidente que, de forma similar, también se recurre a este tipo de llamamientos para justificar las atrocidades perpetradas u otras motivaciones más mundanas de índole mercenaria. Freud creía que la guerra nos despoja de los elementos propios de la civilización y deja al descubierto al hombre primitivo que todos llevamos dentro. La guerra es inherente a la naturaleza humana.

¿Qué razón habría entonces para contemplar con ojos diferentes la Edad Media? ¿Por qué hemos de pensar que el comportamiento del soldado medieval haya de ser en modo alguno distinto al del moderno? Los historiadores han de tratar con gran cuidado las fuentes medievales, teniendo en cuenta la influencia del fanatismo, el ascendiente de los patronos, la determinación que impulsa a los cronistas a pasar por alto determinados acontecimientos, el peso de la religión, y el recurso a los artificios literarios. Muchos historiadores dedicados al estudio de los ejércitos medievales admiten, por utilizar las palabras que ellos mismos emplean a menudo, «un grano de verdad» en los relatos de las barbaries que nos han referido los cronistas, pero subrayan la condición indudablemente exagerada de sus informes y el hecho de que las acciones individuales se eleven a la categoría de conductas generalizadas. De este modo, si una crónica se hace eco de la comisión de algún acto particularmente espantoso —el hecho, por ejemplo, de que se le amputen los senos a una mujer, por recordar un suceso efectivamente sacado de los escritos de un autor medieval (y que fue uno de los casos incluidos entre las quejas por la bárbara conducta de los escoceses que Eduardo I de Inglaterra elevó

al papa Bonifacio VIII en 1296)—, inmediatamente otros cronistas recogen el dato y lo convierten en una acción habitualmente practicada por otros soldados a la mínima ocasión. Sin embargo, lo cierto es que el número de cronistas era relativamente escaso, en especial en los primeros años de la Edad Media. Si un autor tiene noticia de un hecho terrible, ¿cuántos otros, que no hayan dejado crónica alguna, habrán tenido oportunidad de oír los mismos sucesos, en distintos períodos y diferentes lugares? O dicho de otro modo: ¿qué probabilidades hay de que esa atrocidad pudiera haberse producido en una única ocasión, cerca además de un monasterio en el que un monje se encontrara casualmente enfrascado en escribir una crónica por esas mismas fechas, y de que los textos de semejante amanuense hayan llegado hasta nosotros? Algunos de esos textos se basaban en descripciones bíblicas (a santa Ágata le cercenaron efectivamente los pechos) y otros terminaron convirtiéndose en temas literarios recurrentes (*topoi*) —un tipo de convención que los historiadores vigilan siempre muy de cerca—, pero es posible que todo ello no obedezca sino a las limitaciones propias de los autores que no habían visto con sus propios ojos los importantes acontecimientos que refieren, o que resulte simplemente de su voluntad de embellecerlos.

En el ejemplo medieval al que acabamos de referirnos, el de la amputación de los pechos a las mujeres, saltan de hecho todas las alarmas, ya que da la impresión de que se trata de un caso extremo de este tipo de relato gratuito. Con todo, tenemos el informe de un infante de marina estadounidense que acostumbraba a lucir un collar de orejas humanas: «Solíamos cortarles las orejas. Así teníamos un trofeo. Si un tío tenía un collar de orejas es que era un buen verdugo, un buen soldado. Se nos animaba a cortar orejas, a arrancar narices, a segar el pene a los tíos. A una mujer le cortábamos los pechos, se nos instaba a hacer esas cosas. Los oficiales esperaban que lo hiciéramos, o de lo contrario pensaban que nos pasaba algo raro».[10] En los últimos años del siglo xx pueden escucharse en Europa relatos similares con motivo de las guerras desatadas en Serbia. Una vez más, nos encontramos ante ejemplos que podrían explicar las atrocidades cometidas en la Edad Media, así que, ¿por qué hay una propensión tan

grande a descartar, matizar o suavizar las referidas por los cronistas de la época?

Existe un cierto número de razones relevantes. En primer lugar, hay que contar con la necesaria tendencia a cuestionar a los autores medievales, en especial si pertenecen al ámbito monástico. Si en un determinado pasaje un monje se pone a referir por escrito toda una serie de historias milagrosas increíbles o lisa y llanamente ridículas, como el cuento edificante de Rogelio de Wendover que hemos mencionado más arriba (en la página 41), relato en el que se nos habla de unos negros lechoncillos que le chupan la sangre a una lavandera por haberse puesto a hacer la colada en domingo, y en el párrafo siguiente se nos informa de la comisión de una barbarie, se tiende espontáneamente al escepticismo. En segundo lugar, muchos autores han caído en el descrédito debido a que se les tiene por monjes histéricos aficionados a exagerar, especialmente en el caso de que los soldados atacantes no hubieran producido en las tierras de sus respectivos monasterios otra cosa que destrozos menores, relativamente carentes de consecuencias, o de que les hubieran robado los caballos o el grano. En tercer lugar, el principal objetivo de los cronistas estribaba en complacer a sus patronos, y por consiguiente ha de tenerse en cuenta este sesgo de sus narraciones al interpretar y cribar sus textos. En cuarto lugar, suele darse excesivo crédito a las narraciones de orden religioso o caballeresco, así como a las leyes de la guerra —unas leyes que con demasiada frecuencia se aplicaban tan solo de forma intermitente—. La mayoría de los historiadores reconocen que estos ideales y leyes se llevaban a efecto de forma muy arbitraria, y que en la práctica era frecuente que no protegieran a los civiles, pero al tratarse por un lado de textos que llevan ya mucho tiempo ejerciendo una notable influencia en los estudiosos, y ser por otro bien conocidos de ellos, siguen teniendo un peso desproporcionado en la conformación de los puntos de vista. En quinto lugar, el lector tiende, como es natural y comprensible, a no considerar creíbles los horrores que se le refieren, unas veces debido en parte a la equivocada idea (quizá asumida sólo de forma inconsciente) de que, sencillamente, esas cosas no ocurren en la actualidad, lo que le lleva a pensar que

tampoco es verosímil que sucedieran entonces, y otras —caso de que admita su realidad—, debido a la no menos errónea suposición de que debió de tratarse de un acontecimiento excepcional. Y en último lugar (por lo que hace al menos al objetivo que aquí nos hemos trazado, que no es otro que el de ofrecer un resumen de lo dicho), no hay pruebas filmadas ni fotografías, y tampoco contamos con la crónica de periodistas galardonados y de confianza que puedan establecer de modo irrebatible la verdad de la perpetración de esta o aquella atrocidad en un concreto momento y lugar y nos aporten además el testimonio gráfico de unas víctimas que podamos contemplar como tales personas de carne y hueso. La tecnología nos permite contar con documentos y testimonios probatorios que nos muestran la barbarie de las guerras modernas. Sin embargo, la sociedad medieval debía poner su memoria en manos de los escritores que entonces dejaban constancia de los acontecimientos —y era habitual que muchos de ellos fuesen monjes—.

Si la veracidad de las crónicas medievales en las que se habla de la comisión de salvajadas se descarta o queda diluida con tanta facilidad se debe a que esos textos no responden a los criterios con que hoy se valora, en la época moderna, la recopilación de datos. Y sin embargo, es frecuente que el sensacionalismo de las crónicas medievales concuerde con la realidad que nos describen las contemporáneas. Existen paralelismos asombrosos. La matanza indiscriminada de prisioneros no es algo exclusivo de la Edad Media, es también un elemento presente en las guerras recientes. Lo hemos visto ya en el caso de la primera guerra mundial. En la segunda guerra mundial, los estadounidenses que combatían en Extremo Oriente acostumbraban a seguir una política basada en «no hacer prisioneros»; mientras se producían los desembarcos del día D se ejecutaba al mismo tiempo a los cautivos alemanes; y de manera similar se despachó a muchos de los capturados en la guerra de Vietnam. Los civiles son blanco de las operaciones militares, ya sea en las incursiones aéreas o en los ataques directos a aldeas y pueblos. En la década de 1920, los ingleses arrojaron bombas químicas en Irak; más tarde, Saddam Hussein empleó armas químicas contra los kurdos. Los alemanes se

dedicaron a incendiar aldeas y pequeñas poblaciones, tanto al invadir Rusia como al abandonarla. En Vietnam también se prendía fuego a los pueblos, y los habitantes de My Lai fueron víctimas de una matanza. En la Edad Media, los campesinos huían a las colinas y los bosques para evitar las expediciones de castigo de los príncipes; los griegos hicieron lo mismo en la segunda guerra mundial para no sufrir las previsibles represalias alemanas. En 1870 fueron expulsadas de París nuevas bocas inútiles, y las defensas de los acusados en los juicios de Núremberg las llamaron a declarar. Los prisioneros que durante la segunda guerra mundial morían de agotamiento en las marchas por Extremo Oriente, o al retirarse los alemanes de la Europa del Este, no son tan distintos de los civiles que atrapaban los escoceses en sus incursiones y a los que reducían a la esclavitud y obligaban a avanzar a latigazos o simplemente dejaban morir por el camino; y en el siglo XIX un esclavo nigeriano dijo que los ancianos y los niños tenían que huir si no querían que los matasen, lo que confirma la medieval práctica de desembarazarse de cuantos pudieran constituir un estorbo para el avance de la caravana de esclavos.

De todos los horrendos casos medievales que hemos visto, ¿cuáles son los que más probabilidades tienen de suscitar incredulidad? Podemos pensar que los monjes que narran la decapitación de sacerdotes junto al altar recurren al empleo de argumentos especiosos, pero durante la guerra civil española el clero fue víctima de horribles torturas y muertes. El espantoso relato en el que Enrique de Huntingdon refiere que las tropas escocesas se entretenían jugando a cambiar de sitio las cabezas cercenadas de los vencidos encuentra equivalente en la estomagante imaginación de los soldados japoneses que durante la segunda guerra mundial participaron en la masacre de Nankín. Hay fotografías tomadas en la Italia inmersa en la segunda guerra mundial en las que se ve a unos alegres milicianos que desfilan con la cabeza de un partisano hincada en una estaca. En Vietnam, tenemos constancia de que a los cadáveres de los norvietnamitas se les solían poner con todo cuidado gafas de sol, cigarrillos y excrementos. En el Marruecos español, las tropas de Franco se paseaban con las cabezas de sus enemigos colgando de la brida.

¿Y qué decir de los casos de canibalismo de Château Gaillard, Ruán y otros asedios y campañas? Una vez más, siempre que se declara la hambruna en una región, o que un grupo de individuos se ve en peligro de muerte por inanición, encontramos gran número de crónicas que refieren este tipo de prácticas, por otro lado verificadas en muchas ocasiones: baste recordar el caso de los supervivientes del *Essex*, que al ser rescatados todavía se aferraban a los roídos huesos de sus compañeros muertos. Durante la segunda guerra mundial, se permitió a los soldados japoneses, que se morían de hambre, devorar la carne de sus prisioneros. Sin embargo, lo cierto es que incluso los relatos de esta índole son habitualmente objeto de descrédito. En el asedio de Leningrado abundaron los relatos que hablaban de episodios de canibalismo. John Erickson, una autoridad en la materia, señala que «es preciso comprobar lo que tienen de verdaderas estas espeluznantes circunstancias, largo tiempo puestas en duda y consideradas espurias». Él mismo acredita su realidad al citar un informe soviético del máximo secreto fechado en febrero de 1942 en el que se ofrecen detalles de los nada menos que «ochocientos ochenta y seis casos sometidos a investigación entre los primeros días de diciembre de 1941 y el 15 de febrero de 1942».[11] No es de extrañar que se advirtiera a los niños que no debían aventurarse solos por las callejuelas.

La guerra no cambia demasiado cuando, en vez de en un contexto urbano, los hombres actúan en el ámbito rural. En algunas partes de los países en vías de desarrollo, sobre todo en África, la naturaleza de la guerra es prácticamente la misma que la de la Europa altomedieval. También vale la pena reiterar aquí las impresiones con las que abría el libro: en la década de 1990, al contemplar la evolución de la guerra de la ex Yugoslavia en las noticias, me sorprendió lo mucho que esa ofensiva, pese a transcurrir en Europa, se parecía a las de la Edad Media: durante el largo cerco a Sarajevo se transportaban víveres colina arriba a lomo de asno a fin de abastecer a las fuerzas serbias allí apostadas; se incendiaban aldeas y se producían escenas de limpieza étnica; y pudieron verse atrocidades como la masacre de Srebrenica, en la que se dio muerte a siete mil u ocho mil varones mu-

sulmanes, entre adultos y muchachos, con el objetivo de reducir el potencial número de efectivos con que pudiera contar el ejército enemigo. En todas partes, el terror y la barbarie se hallan presentes como manifestación del imperativo militar.

Siempre ha sido así. Asediado por Julio César en Alesia en el año 52 a. de C., Vercingetórix expulsó a las bocas inútiles que lastraban su defensa —mujeres, niños y padres de familia— y les vio morir lentamente frente a los parapetos de la plaza al negarse César a permitirles el paso o reducirlos a la esclavitud. La *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides nos indica que hubo islas enteras que sufrieron la aniquilación de la totalidad de sus hombres. Y si nos remontamos tres mil años atrás, la inscripción de la piedra moabita* expone algunos hechos de las guerras que libraron los reyes de Moab contra los israelitas. El texto grabado alardea de haber degollado a todos los habitantes de las ciudades vencidas: «La tomó y los mató a todos —siete mil hombres, muchachos, mujeres, doncellas y esclavas—».[12]

En época reciente, constatamos que las salvajadas siguen siendo abundantes en nuestro mundo: Ruanda, la antigua Yugoslavia, Irak, Sudán, el Congo..., por no mencionar sino las más conocidas. La Edad Media no fue diferente. Un estudio realizado hace pocos años sobre la ideología genocida llega a esta conclusión: «El desencadenamiento de las actuales matanzas de raíz étnica no está necesariamente vinculado al empleo de los recursos gubernamentales y tecnológicos que habitualmente asociamos con la modernidad; cuando el ánimo y la mentalidad de las masas populares se muestran favorables a una acción extrema, es frecuente observar que basta la aplicación de los más elementales medios».[13] Lo que este libro ha tratado de mostrar es justamente que la guerra medieval favorecía la ocurrencia de esas acciones extremas. Sin embargo, las barbaries medievales cometidas al calor de esa tendencia distan mucho de poder considerarse

* La estela de Mesha, también conocida como piedra moabita, es una estela de basalto descubierta en Jordania en 1868. En ella puede leerse una inscripción del rey Mesha, en la que se narra la revuelta que llevó a este monarca a luchar contra Israel en torno al año 850 a. de C. Actualmente se encuentra en el Museo del Louvre. *(N. de los t.)*

casos únicos. Los comandantes medievales habrían aprobado la idea que quiso transmitir el general Mijail Dimitrievich Skobelev —apodado «Ojos sanguinarios»— al declarar, tras la matanza de miles de turcos (quizá cerca de quince mil), que «La duración de la paz es una función directa de la matanza que se halla infligido al enemigo».

Gerardo de Gales era muy consciente de las crueldades de la guerra. Tristemente, el llamamiento que hizo en favor de un tipo de guerra más humano no fue escuchado: «Cuando se apaga el fragor de la batalla y [el combatiente] deja las armas a un lado, la ferocidad debe ser igualmente apartada para volver a abrazar un código de conducta humanitario de modo que en los espíritus auténticamente nobles renazcan los sentimientos de piedad y clemencia».[14] La guerra nos ha acompañado permanentemente, con lo que esta exhortación sigue teniendo hoy, en el siglo XXI, la misma pertinencia que en la Edad Media. Lamentablemente, entre el estruendo de los tiroteos y el estallido de las bombas que reclaman eternamente su cuota de víctimas en nombre de la materialización del imperativo militar es poco probable que haya oídos atentos que puedan recogerla.

Notas

La ciudad de publicación es siempre Londres a menos que se especifique lo contrario.

Capítulo 1: Violencia

1. Brian Holden Reid, «Rationality and Irrationality in Union Strategy, April 1861-March 1862», en *War in History*, 1, 1, 1994, p. 23.

2. G. N. Garmonsway, (edición y traducción de), *The Anglo-Saxon Chronicle*, 1972, p. 135.

3. Enrique de Huntingdon, *The History of the English People, 1000-1154*, edición y traducción de Diana Greenway, Oxford, 2002, p. 7.

4. Johan Huizinga, *The Waning of the Middle Ages*, Nueva York, 1949 (edición original 1919), pp. 11, 12 y 24. [Hay traducción castellana: *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre la forma de vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, traducción de Alejandro Rodríguez de la Peña, Alianza, Madrid, 2008. *(N de los t.)*]

5. Barbara Tuchman, *A Distant Mirror: The Calamitous Fourteenth Century*, Nueva York, 1978, pp. 134-135. [Hay traducción castellana: *Un espejo lejano. El calamitoso siglo XIV*, traducción de Anita Karl, Península, Barcelona, 2000. *(N. de los t.)*]

6. Suger, *The Deeds of Louis the Fat*, edición y traducción de Richard Cusimano y John Moorhead, Washington, 1992, p. 116.

7. John Hudson, *The Formation of the English Common Law: Law and Society in England from the Norman Conquest to Magna Carta*, 1996, p. 74. Los tres párrafos siguientes obtienen abundante información de este importante estudio.

8. Henry Summerson, «Attitudes to Capital Punishment in England, 1200-1350», en Michael Prestwich, Richard Britnell y Robin Frame, (comps.), *Thirteenth Century England 8*, Woodbridge, 2001, p. 25.

9. Cynthia Neville, «Homicide in the Ecclesiastical Court of Fourteenth-Century Durham», en Nigel Saul, (comp.), *Fourteenth-Century England 1*, Woodbridge, 2000, p. 14.

10. Trevor Dean, *Crime in Medieval Europe*, 2001, p. 16. Buena parte de los ejemplos que siguen pueden encontrarse en esta obra.

11. Henry Moore, *The History of the Persecutions of the Church of Rome and Complete Protestant Martyrology*, 1809, pp. 256-257. Como quizá pueda apreciarse por el título, no es ésta una obra carente de un determinado sesgo; el texto recoge abundante información del libro de Juan Foxe titulado *Acts and Monuments*, publicado en 1563, y habitualmente conocido como *Foxe's Book of Martyrs*.

12. Richard Evans, *Rituals of Retribution: Capital Punishment in Germany, 1600-1987*, edición de 1997 (texto original, Oxford, 1996), p. 28. Esta monumental obra erudita, pese a tomar como punto de partida el período preindustrial, apenas encuentra rival en lo tocante al examen del papel que desempeña la pena capital en la sociedad, y las observaciones que en ella se hacen son igualmente válidas para el mundo medieval.

13. George Scott, *A History of Torture*, 1940, p. 246. Agradezco a Ian Grant que me haya permitido localizar no sólo este libro sobre la tortura, sino también otros. Me ha sido imposible determinar si las cabras aprecian de manera particular la salmuera, aunque un granjero, el señor John Booth, me informa de que a las cabras les gusta lamer piedras de sal.

14. Robert Bartlett, *England Under the Norman and Angevin Kings, 1075-1225*, Oxford, 2000, p. 185.

15. Dean, *Crime in Medieval Europe*, p. 125.

16. Evans, *Rituals of Retribution*, p. 31.

17. *Ibid.*, p. 28.

18. Claude Gauvard, «Justification and Theory of the Death Penalty at the *Parlement* of Paris in the Late Middle Ages», en Christopher Allmand, (comp.), *War, Government and Power in Late Medieval France*, Liverpool, 2000, p. 198.

19. Philippa Maddern, *Violence and Social Order: East Anglia, 1422-1442*, Oxford, 1992, p. 232.

20. Dean, *Crime in Medieval Europe*, p. 81. Véanse también los hallazgos que refiere Nancy Wicher en su «Selective Female Infanticide as

Partial Explanation for the Death of Women in Viking Age Scandinavia», en Guy Halsall, (comp.), *Violence and Society in the Early Medieval West*, Woodbridge, 1998.

21. Barbara Hanawalt, «Violence in the Domestic Milieu of Late Medieval England», en Richard Kaeuper, (comp.), *Violence in Medieval Society*, Woodbridge, 2000, p. 201.

22. Dean, *Crime in Medieval Europe*, p. 82.

23. Summerson, «Attitudes to Capital Punishment», p. 133.

24. Hudson, *Formation of the English Common Law*, p. 160.

25. Michael Goodich, *Violence and Miracle in the Fourteenth Century*, Chicago, 1995, p. 155.

26. Cynthia Neville, «War, Women and Crime in the Northern Border Lands in the Later Middle Ages», en Donald Kagay y L. J. Andrew Villalon, (comps.), *The Final Argument: The Imprint of Violence on Society in Medieval and Early Modern Europe*, Woodbridge, 1998, p. 169.

Capítulo 2: Guerra

1. C. Warren Hollister, «Royal Acts of Mutilation: The Case Against Henry I», en *Monarchy, Magnates and Institutions in the Anglo-Normand World*, 1986, pp. 296-297.

2. Suger, *op. cit.*, pp. 79-80. Otras traducciones introducen una pequeña variante y en lugar de decir que se «mutilaron» los miembros de algunos individuos señalan que se los castró.

3. H. Ellis, (comp.), *The Chronicle of John Hardyng*, 1812. El autor ha modernizado algunas de las expresiones propias del inglés antiguo (lo que queda asimismo reflejado en la traducción española).

4. J. E. A. Joliffe, *Angevin Kingship*, 1963, p. 98.

5. Paul Hyams, «What Did Henry III of England Think in Bed and in French about Kingship and Anger?», en Barbara Hanawalt, (comp.), *Anger's Past: The Social Uses of an Emotion in the Middle Ages*, Ithaca, 1998, p. 123. La traducción del latín al inglés es del autor.

6. Richard Barton, «Zealous Anger and the Renegotiation of Aristocratic Relations in 11th- and 12th-Century France», en *ibid.*, p. 159.

7. Marc Bloch, *Feudal Society*, Chicago, 1961, *passim*. [Hay traducción castellana: *La sociedad feudal*, traducción de Eduardo Ripoll Perelló, Akal, Madrid, 2002. *(N. de los t.)*]

8. Richard Kaeuper, *War, Justice and Public Order: England and France in the Later Middle Ages*, Oxford, 1988, p. 226.

9. Benjamin Arnold, *Princes and Territories in Medieval Germany*, Cambridge, 1991, p. 235.

10. Malcolm Vale, «Trial by Battle in the Later Middle Ages», en Richard Kaeuper, (comp.), *Violence in Medieval Society*, Woodbridge, 2000, p. 164.

11. Froissart, *Chronicles*, edición y traducción de Geoffrey Brereton, Harmondsworth, 1978, p. 151.

12. Suger, p. 141.

13. *Ibid.*

14. Kelly de Vries, «Harold Godwinson in Wales: Military Legitimacy in Late Anglo-Saxon England», en Richard Abels, (comp.), *The Normans and Their Adversaries*, Woodbridge, 2001, p. 85.

15. Matthew Strickland, «Against the Lord's Anointed: Aspects of Warfare and Baronial Rebellion in England and Normandy, 1075-1265», en George Garnett y John Hudson, (comps.), *Law and Government in Medieval England and Normandy*, Cambridge, 1994, p. 60.

16. A. L. Brown, *The Governance of Late Medieval England*, 1989, p. 18.

17. Maddern, *Violence and Social Order*, p. 12. He actualizado el inglés antiguo.

18. John Gillingham, *Richard Cœur de Lion*, 1994, para información sobre éste y otros muchos ejemplos similares, véanse las páginas 95, 101 y *passim*.

19. W. Paden, T. Sankovitch y P. Stalen, (edición y traducción de), *The poems of Bertran de Born*, Los Ángeles, 1986, pp. 392, 380.

20. Helen Nicholson, (edición y traducción de), *Chronicle of the Third Crusade*, Aldershot, 1997, p. 163.

21. *Ibid.*

22. Francesco Gabrieli, (edición y traducción de), *Arab Historians of the Crusades*, 1969, p. 213.

23. Nicolson, *Chronicle of the Third Crusade*, p. 204.

24. Peter Edbury, (edición y traducción de), *The Conquest of Jerusalem and the Third Crusade*, Aldershot, 1996, p. 105.

25. John Appleby, (edición y traducción de), *The Chronicle of Richard of Devizes*, 1963, p. 78.

26. Nicholson, *Chronicle of the Third Crusade*, p. 223.

27. Cita tomada de Sean McGlynn, «Philip Augustus: Too Soft a King?», *Medieval Life*, n.º 7, 1997, p. 24.

28. *Ibid.*, p. 25.

29. Simeón de Durham, *A History of the Kings of England*, edición y traducción de J. Stevenson, Lampeter, 1987, p. 43.

30. Matthew Strickland, *War and Chivalry: The Conduct and Perception of War in England and Normandy, 1066-1217*, Cambridge, 1996, p. 90.

31. Walter Ullman, *Medieval Political Thought*, 1975, p. 157.

32. H. E. J. Cowdrey, *Popes, Monks and Crusaders*, 1984, VII, p. 44. Kaeuper, *War, Justice and Public Order*, p. 146.

33. Kaeuper, *War, Justice and Public Order*, 146.

34. Blaise Pascal, cita tomada de Michael Burleigh, *The Third Reich*, 2000, frontispicio.

35. John Beeler, *Warfare in Feudal Europe*, Ithaca, 1971, p. xii.

36. Timothy Reuter, «*Episcopi cum sua militia*: The Prelate as Warrior in the Early Staufer Era», en Timothy Reuter, (comp.), *Warriors and Churchmen in the Middle Ages*, 1992, p. 85.

37. W. A. Pantin, *The English Church in the Fourteenth Century*, Toronto, 1980, p. 212.

38. *Anglo-Saxon Chronicle*, p. 186.

39. Gillian Spraggs, *Outlaws and Highwaymen: The Cult of the Robber in England from the Middle Ages to the Nineteenth Century*, 2001, cita tomada de la *London Review of Books*, 9 de mayo de 2002, p. 32.

40. J. M. Wallace-Hadrill, «War and Peace in the Earlier Middle Ages», *Transactions of the Royal Historical Society*, n.º 25, 1975, p. 162.

41. Maurice Keen, *The Laws of War in the Later Middle Ages*, 1965, p. 8.

42. *Ibid.*, pp. 64-65.

43. Frederick Russell, *The Just War in the Middle Ages*, Cambridge, 1976, pp. 306 y 308.

44. Guy Halsall, «Playing By Whose Rules? A Further Look at Viking Atrocity in the Ninth Century», *Medieval History*, 2, 2, 1992, p. 2.

45. *Ibid.*, p. 7.

46. Matthew Strickland, «Slaughter, Slavery or Ransom: The Impact of the Conquest on Conduct in Warfare», en Carola Hicks, (comp.), *England in the Eleventh Century*, Stamford, 1992, p. 43.

47. John Gillingham, *The English in the Twelfth Century: Imperialism, National Identity and Politics*, Woodbridge, 2000, pp. 209-210.

48. Keen, *Laws of War*, p. 180.

49. Hyams, «What Did Henry III Think...», p. 107.

50 Orderico Vitalis, *The Ecclesiastical History*, edición y traducción de Marjorie Chibnall, Oxford, 1969-1981, vi, p. 240.

51. Rogelio de Wendover, *Flowers of History*, edición y traducción de J. A. Giles, Lampeter, 1996, ii, p. 397. He modernizado ligeramente la traducción.

52. *Ibid.*, pp. 397-398.

53. Robert Stacey, «The Age of Chivalry», en Michael Howard, George Andreopoulis y Mark Shulman, (comps.), *The Laws of War: Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, 1994, p. 33.

54. *Ibid.*, pp. 34 y 35.

55. Richard Kaeuper, *Chivalry and Violence in Medieval Europe*, Oxford, 1999, p. 3.

56. Cita tomada de Philippe Contamine, *War in the Middle Ages*, Oxford, 1984, p. 290. [Hay traducción castellana: *La guerra en la Edad Media*, traducción de Francisco Javier Faci Lacasta, Labor, Barcelona, 1984. *(N. de los t.)*]

57. Maurice Keen, «Chivalry, Nobility and the Man-at-Arms», en Christopher Allmand, (comp.), *War, Literature and Politics in the Late Middle Ages*, Liverpool, 1976, p. 45.

58. La expresión latina, que literalmente significa «a fuego y espada», es *ferro flammisque*. Rogelio de Wendover emplea esta fórmula en bastantes ocasiones, véase por ejemplo *Flores Historiarum*, edición y traducción de H. G. Hewlett, colección Rolls, 1886-1889, ii, pp. 98, 161 y 163, donde puede consultarse el original latino.

CAPÍTULO 3: BATALLAS

1. Orderico Vitalis, ii, p. 218.

2. John Gillingham, «An Age of Expansion, *c.* 1020-1024», en Maurice Keen, (comp.), *Medieval Warfare: A History*, Oxford, 1999, p. 76.

3. Anglo-*Saxon Chronicle*, p. 199.

4. Rogelio de Wendover, ii, p. 364.

5. A. J. Holden, D. Crouch y S. Gregory, (comps.), *History of William Marshal*, 2002, i, p. 395 —en adelante *History of William Marshal.*

6. S. Weinberg, *Glory and Terror*, Nueva York, 2004, p. 61.

7. Henry Riley, (edición y traducción de), *Annals of Roger of Hoveden*, Lampeter, 1997, ii, pp. 140-141. Por ser de mejor calidad, he utilizado la traducción que aparece en John Gillingham, *Richard I*, 1999, p. 127.

8. R. A. Brown, (edición y traducción de), *The Norman Conquest*, Woodbridge, 1985, p. 35.

9. Froissart, cita tomada del texto de Contamine titulado *War in the Middle Ages*, pp. 256-257.

10. Gabrieli, *Arab Historians of the Crusade*, p. 135.

11. Einhard y Nokter, *Two Lives of Charlemagne*, traducción de Lewis Thorpe, Harmondsworth, 1969, p. 61.

12. *Ibid.*, pp. 62-63.

13. A. B. Scott y F. X. Martin, (edición y traducción de), *Expugnatio Hibernica*, Dublín, 1978, p. 59 —en lo sucesivo Gerardo de Gales, *Expugnatio*—.

14. G. H. Opren, (edición y traducción de), *Song of Dermot and the Earl*, Lampeter, 1994, p. 111.

15. Para más información sobre el debate, véase Gerardo de Gales, *Expugnatio*, pp. 59-65.

16. C. P. Melville y M. C. Lyons, «Saladin's Hattin Letter», en B. Z. Kedar, (comp.), *The Horns of the Hattin*, Londres y Jerusalén, 1992, p. 211.

17. D. S. Richards, (edición y traducción de), *The Rare and Excellent History of Saladin*, Aldershot, 1992, p. 75.

18. Gabrieli, *Arab Historians of the Crusade*, p. 138.

19. Melville y Lyons, «Saladin's Hattin Letter», p. 212.

20. Nicholson, *Chronicle of the Third Crusade*, p. 34.

21. *Ibid.*

22. Richards, *The Rare and Excellent History of Saladin*, p. 74.

23. Nicholson, *Chronicle of the Third Crusade*, p. 34.

24. Richards, *The Rare and Excellent History of Saladin*, pp. 164-165.

25. Gabrieli, *Arab Historians of the Crusade*, p. 349.

26. Gillingham, *Richard I*, p. 167.

27. Marianne Ailes y Malcolm Barber, (edición y traducción de), *The History of the Holy War*, Woodbridge, 2003, ii, p. 108. Véase también Nicholson, *Chronicle of the Third Crusade*, p. 229.

28. Gabrieli, *Arab Historians of the Crusade*, p. 224.

29. Ailes y Barber, *The History of the Third Crusade*, p. 108. Véase también Nicholson, *Chronicle of the Third Crusade*, p. 231.

30. Peter W. Edbury, (edición y traducción de), *The Conquest of Jerusalem and the Third Crusade: Sources in Translation*, Aldershot, 1996, p. 108.

31. Cita tomada de Gillingham, *Richard I*, p. 170.

32. Edbury, *The Conquest of Jerusalem*, p. 180.

33. Nicholson, *Chronicle of the Third Crusade*, p. 231; Richards, *Saladin*, p. 165.

34. Anne Curry, (edición y traducción de), *The Battle of Agincourt: Sources and Interpretations*, Woodbridge, 2000, p. 82 —en lo sucesivo, Curry—. Esta obra es una magnífica colección, muy amplia (y útil), en la que se recogen todas las fuentes medievales relevantes.

35. *Ibid.*, p. 47.

36. *Ibid.*, p. 52.

37. *Ibid.*, p. 37.

38. *Ibid.*, p. 37.

39. *Ibid.*, p. 47.

40. *Ibid.*, p. 62.

41. *Ibid.*, pp. 92-93.

42. *Ibid.*, p. 107. Véase también Anne Curry, *Agincourt: A New History*, Stroud, 2005, p. 248.

43. Curry, p. 53.

44. *Ibid.*, pp. 39-40.

45. *Ibid.*, p. 108.

46. *Ibid.*, p. 131.

47. H. T. Riley, (comp.), *Annals of John of Trokelow*, Londres, 1886, p. 87.

48. Curry, *Agincourt: A New History*, p. 250.

49. Keith Dockray, (comp.), Henry VI, *Margaret of Anjou and the Wars of the Roses: A Source Book*, Stroud, 2000, p. 112.

50. *Ibid.*, p. 133.

51. Alistair Dunn, «A Kingdom in Crisis: Henry IV and the Battle of Shrewsbury», *History Today*, 53, 8, 2003, p. 32.

52. Rogelio de Wendover, ii, p. 508.

53. Froissart, p. 93.

54. Richard W. Kaeuper y Elspeth Kennedy (edición y traducción de), *The Book of Chivalry of Geoffroi de Charny*, Pennsylvania, 1996, p. 99.

55. Cita tomada de J. F. Verbruggen, *The Art of Warfare in Western Europe During the Middle Ages*, Woodbridge, 1997, p. 44.

56. *Ibid.*, p. 45.

57. *Ibid.*, p. 48

58. Suger, pp. 32-33.

59. Joinville y Villehardouin, *Chronicles of the Crusades*, edición y traducción de M. R. B. Shaw, Harmondsworth, 1963, pp. 252-253.

60. Cita tomada de Huizinga, *The Waning of the Middle Ages*, p. 82, n. 1. (Para la referencia de la publicación española, véase la nota 4 del capítulo 1.)

Capítulo 4: Asedios

1. R. A. Brown, *English Castles*, 1976, p. 198.

2. John France, *Western Warfare in the Age of the Crusades, 1000-1300*, 1999, p. 126.

3. H. F. Delaborde, *Œuvres de Rigord et de Guillaume le Breton*, París, 1882, ii, p. 198.

4. Michael Prestwich, *Armies and Warfare in the Middle Ages: The English Experience*, 1996, p. 300.

5. Keen, *Laws of War*, p. 124.

6. Orderico Vitalis, iv, p. 218.

7. R. Hewlett, (comp.), *Chronicles of the Reigns of Stephen, Henry II and Richard I*, 4 volúmenes, colección Rolls, i, p. 331.

8. Steven Runciman, *The First Crusade*, Cambridge, 1980, p. 188.

9. H. E. Mayer, *The Crusades*, Oxford, 1988, p. 56.

10. Edward Peters, The First Crusade: *The Chronicle of Fulcher of Chartres and Other Source Materials*, Pennsylvania, 1988, p. 110.

11. Susan Edgington, *The First Crusade*, 1996, p. 9.

12. Peters, *First Crusade*, p. 205.

13. Rosalind Hill (edición y traducción de), *Gesta Francorum*, 1962, pp. 91-92.

14. Peters, *First Crusade*, p. 92.

15. *Ibid.*, pp. 260-261.

16. Carol Sweetenham, (edición y traducción de), *Robert the Monk's History of the First Crusade*, Aldershot, 2005, pp. 200-202.

17. *Ibid.*, p. 200.

18. Peters, *First Crusade*, p. 256.

19. *Ibid.*, p. 92.

20. *Ibid.*, 90.

21. David Hay, «Gender Bias and Religious Intolerance in Accounts of "Massacres" of the First Crusade», en Michael Gervers y James M. Powell, (comps.), *Tolerance and Intolerance: Social Conflict in the Age of the Crusades*, Syracuse, 2001, p. 6.

22. Hill, *Gesta Francorum*, p. 91.

23. Peters, *First Crusade*, pp. 248-249.

24. Delaborde, *Œuvres*, ii, p. 197.

25. *Ibid.*, i, p. 217.

26. *Ibid.*, ii, p. 199.

27. *Ibid.*, p. 200.

28. *Ibid.*, p. 199.

29. *Ibid.*, pp. 199-200.

30. Wendover, ii, pp. 311-313.

31. W. A. Sibly y M. D. Sibly, (edición y traducción de), *The History of the Albigensian Crusade: Peter of Les Vaux-de-Cernay's Historia Albigensis*, Woodbridge, 1998, p. 50.

32. Janet Shirley, (edición y traducción de), *The Song of the Cathar Wars*, Aldershot, 1996, p. 19.

33. *Ibid.*, p. 20.

34. Joseph Strayer, *The Albigensian Crusades*, Nueva York, 1971, p. 62.

35. Cita tomada de Malcolm Barber, *The Cathars*, Harlow, 2000, p. 211 y n. 20.

36. W. A. Sibly y M. D. Sibly, (edición y traducción de), *The Chronicle of William of Puylaurens*, Woodbridge, 2003, p. 33.

37. Sibly y Sibly, *History of the Albigensian Crusade*, pp. 50-51.

38. Shirley, *Song of the Cathar Wars*, pp. 21-22.

39. *Ibid.*

40. *Ibid.*

41. *Ibid.*

42. Sibly y Sibly, *History of the Albigensian Crusade*, p. 237.

43. Rogelio de Wendover, ii, p. 281.

44. Froissart, p. 176.

45. Clifford J. Rogers, (comp.), *The Wars of Edward III: Sources and Interpretations*, Woodbridge, 1999, p. 192.

46. Froissart, p. 178.

47. *Ibid.*, p. 179.

48. Richard Barber, *Edward: Prince of Wales and Aquitaine*, Wood-

bridge, 1978, p. 226; para la siguiente cita —de Tomás Walsingham—, véase también la página 125.

49. Richard Barber, (comp.), *Life and Campaigns of the Black Prince*, 1979, p. 137.

50. Rogers, *Wars of Edward III*, p. 193.

51. Barber, *Edward*, p. 226.

52. Michael Jones, «War and Fourteenth-Century France», en Anne Curry y Michael Hughes, (comps.), *Arms, Armies and Fortifications in the Hundred Years War*, Woodbridge, 1994, p. 117.

53. Barber, *Life and Campaigns*, p. 137.

54. Froissart, p. 176.

55. Rogers, *Wars of Edward III*, p. 193.

56. Jim Bradbury, *The Medieval Siege*, Woodbridge, 1992, p. 161.

57. Froissart, pp. 177-178.

58. Christopher Allmand, (comp.), *Society at War: The Experience of England and France during the Hundred Years War*, Woodbridge, 1998, p. 132.

59. Matthew Strickland, «A Law of Arms or a Law of Treason? Conduct in War in Edward I's Campaigns in Scotland, 1296-1307», en Richard W. Kaeuper, (comp.), *Violence in Medieval Society*, Woodbridge, 2000, p. 76.

60. Prestwich, *Armies and Warfare*, p. 239.

61. John Barnie, *War in Medieval English Society: Social Values in the Hundred Years War, 1377-99*, Nueva York, 1974, p. 75.

62. David Green, *Edward the Black Prince*, Harlow, 2007, p. 92.

63. Michael Prestwich, *The Three Edwards: War and State in England, 1272-1377*, 2003, p. 164.

64. Barber, *Edward*, p. 226.

65. *History of William Marshal*, ii, p. 301.

66. Hill, *Gesta Francorum*, pp. 19-20. He preferido recurrir aquí a la traducción de William Zajac, que puede encontrarse en *id.*, «Captured Property on the First Crusade», en Jonathan Phillips, (comp.), *The First Crusade: Origins and Impact*, Manchester, 1997, p. 155.

67. Keen, *Laws of War*, p. 112.

68. Rogelio de Wendover, ii, pp. 396-397 (con ligeras enmiendas).

69. Peter Thompson, (edición y traducción de), *Contemporary Chronicles of the Hundred Years War*, 1966, p. 271.

70. Froissart, p. 106.

71. Rogelio de Wendover, ii, p. 339.

72. John Gillingham, «William the Bastard at War», en Christopher Harper-Bill, Christopher Holdsworth y Janet Nelson, (comps.), *Studies in Medieval History Presented to R. Allen Brown*, Woodbridge, 1989, p. 150.

73. Otón de Freising, *The Deeds of Frederick Barbarossa*, traducción de Charles Mierow, Toronto, 1994, p. 284.

74. *Ibid.*, p. 285.

75. Peter Speed, (comp.), *Those Who Fought: An Anthology of Medieval Sources*, Nueva York, 1996, p. 171.

76. Otón de Freising, *The Deeds of Frederick Barbarossa*, p. 285.

77. A. R. Myers, (comp.), *English Historical Documents*, iv, 1969, pp. 220-222.

Capítulo 5: Campañas

1. J. Gillingham, *The Wars of the Roses: Peace and Conflict in Fifteenth-Century England*, 1981, p. 45.

2. Delaborde, *Œuvres*, i, p. 45.

3. Clifford J. Rogers, «The Age of The Hundred Years War», en Keen, *Medieval Warfare*, pp. 146-147.

4. R. C. Johnston, (edición y traducción de), *Jordan Fantosme's Chronicle*, Oxford, 1981, pp. 33-35.

5. Speedy, *Those Who Fought*, p. 213.

6. Cita tomada de Achille Luchaire, *Social France at the Time of Philip Augustus*, 1912, p. 261.

7. C. W. C. Oman, *The Art of War in the Middle Ages*, Ithaca, 1953 (edición original de 1885), p. 61.

8. William E. Kapelle, *The Norman Conquest of the North, 1060-1135*, 1979, capítulo 5.

9. Ann Williams, *The English and the Norman Conquest*, Woodbridge, 1995, p. 40.

10. F. M. Stenton, *Anglo-Saxon England*, Oxford, 1971, p. 603.

11. D. C. Douglas, *William the Conqueror*, 1964, p. 211.

12. *Anglo-Saxon Chronicle*, p. 204.

13. *Ibid.*, pp. 203, 204.

14. Enrique de Huntingdon, p. 28.

15. R. Allen Brown, (comp.), *The Norman Conquest: Documents of Medieval History*, 1984, p. 120.

16. «Florencio» de Worcester, *A History of the Kings of England*, traducción de J. Stephenson, Lampeter, s. f. (*c.* 1998), p. 137 —en lo sucesivo Juan de Worcester (véase la nota de la página 203)—.

17. Guillermo de Malmesbury, *A History of the Norman Kings*, traducción de J. Stephenson, Lampeter, 1989, p. 25.

18. Simeón de Durham, pp. 137-138.

19. Orderico Vitalis, ii, pp. 230-233.

20. Williams, *The English and the Norman Conquest*, p. 43.

21. Guillermo de Malmesbury, *History of the Norman Kings*, p. 5.

22. Kapelle, *Norman Conquest of the North*, p. 118.

23. John Palmer, «The Conqueror's Footprints in Domesday Book», en Andrew [263] Ayton y J. L. Price, (comps.), *The Medieval Military Revolution: State, Society and Military Change in Medieval and Early Modern Europe*, 1995, p. 37.

24. John Palmer, «War and Domesday Waste», en Matthew Strickland, (comp.), *Armies, Chivalry and Warfare in Medieval Britain and France*, Stamford, 1998, p. 259.

25. R. Allen Brown, *The Normans and the Norman Conquest*, Woodbridge, 1985, p. 170.

26. K. R. Potter, (comp.), *Gesta Stephani*, Oxford, 1955, p. 33.

27. Donald Matthew, *King Stephen*, 2002, p. 70; D. D. R. Owen, *William the Lion: Kingship and Culture*, 1143-1214, East Linton, 1997, p. 12; Matthew Strickland, «Killing or Clemency? Ransom, Chivalry and Changing Attitudes to Defeated Opponents in Britain and Northern France, 7-12th Centuries», en Hans-Henning Kortum, (comp.), *Krieg im Mittelalter*, 2001 —texto obtenido en www.deremilitari.org/strickland, 17—.

28. G. W. S. Barrow, «The Scots and the North of England», en Edmund King, (comp.), *The Anarchy of King Stephen's Reign*, Oxford, 1994, p. 265.

29. Enrique de Huntingdon, p. 68.

30. David Crouch, *The Reign of King Stephen, 1135-54*, 2000, p. 74.

31. Juan de Worcester, p. 191.

32. Enrique de Huntingdon, pp. 69-70.

33. *Gesta Stephani*, pp. 36-37.

34. Ricardo de Hexham, «History of the Acts of King Stephen», en J. Stephenson, (trad.), *Contemporary Chronicles of the Middle Ages*, Lampeter, 1988, p. 61.

35. *Ibid.*, pp. 61-62.

36. Christopher Allmand, «The Reporting of War in the Middle Ages», en Diana Dunn, (comp.), *War and Society in Medieval and Early Modern Britain*, Liverpool, 2000, p. 20.

37. Ricardo de Hexham, pp. 61-62.

38. Simeón de Durham, p. 139.

39. *Ibid.*

40. *Gesta Stephani*, pp. 9-10.

41. Juan de Worcester, p. 188.

42. Gerardo de Gales, *Expugnatio*, p. 37.

43. K. H. Jackson, (comp.), *A Celtic Miscellany*, Harmondsworth, 1971, pp. 239-241.

44. Strickland, «A Law of Arms», p. 49.

45. Cita tomada de Niall Barr, *Flodden*, Stroud, 2001.

46. Sean McGlynn, «Britain and Europe: A Medieval Comparison», en *Politics*, n.º 16, 3, 1996, p. 172.

47. R. R. Davies, *The First English Empire. Power and Identities in the British Isles*, 1093-1343, Oxford, 2000, p. 131.

48. Keith J. Stringer, *The Reign of Stephen*, 1993, p. 31.

49. Johnston, *Jordan Fantosme's Chronicle*, p. 127.

50. E. L. G. Stones, (edición y traducción de), *'Anglo-Scottish Relations, 1174-1328*, Oxford, 1965, pp. 140-145.

51. Barrow, «The Scots and the North of England», p. 246.

52. Alan Lloyd, *King John*, p. 392; Ralph V. Turner, *King John*, Harlow, 1994, p. 258.

53. J. Stephenson, (comp.), *Radulphi de Coggeshall Chronicon Anglicanum*, colección Rolls, 1875 —en lo sucesivo Rafael de Coggeshall—.

54. Rogelio de Wendover, ii, p. 349.

55. Rafael de Coggeshall, pp. 178-179.

56. *History of William Marshal*, ii, p. 225.

57. F. Michel, (comp.), *Histoire des Ducs de Normandie et des Rois d'Angleterre*, París, 1840, p. 164.

58. Rafael de Coggeshall, pp. 177-178.

59. Sean McGlynn, «Roger of Wendover and the Wars of Henry III, 1216-1234», en Björn, K. U. Weiler e Ifor W. Rowlands, (comps.), *England and Europe in the Reign of Henry III, 1216-1272*, Aldershot, 2002, pp. 197-198.

60. Rogelio de Wendover, ii, pp. 351, 349.

61. *Ibid.*, p. 349.

62. *Ibid.*

63. *Ibid.*, pp. 351, 353.

64. A. L. Poole, *From Domesday Book to Magna Carta*, Oxford, 1955, p. 481.

65. Rogelio de Wendover, ii, p. 353.

66. John Gillingham, «Conquering the Barbarians», *The English in the Twelfth Century*, p. 45.

67. Orderico Vitalis, vi, p. 250.

68. Rogelio de Wendover, ii, p. 352.

69. *Ibid.*

70. Turner, *King John*, p. 255.

71. W. L. Warren, *King John*, 1978, pp. 248-249.

72. Barnie, *War in Medieval English Society*, p. 10.

73. David Green, *The Battle of Poitiers, 1356*, 2002, p. 32.

74. Rogers, *Wars of Edward III*, p. 153.

75. Barber, *Campaigns of the Black Prince*, p. 52.

76. W. J. Ashley, *Edward III and his Wars, 1327-1360*, 1887, p. 166.

77. Jonathan Sumption, *The Hundred Years War: Trial by Fire*, 1999, p. 185.

78. *Ibid.*

79. Barber, *Edward*, p. 185.

80. Cita tomada de Clifford J. Rogers, *War Cruel and Sharp: English Strategy under Edward III, 1327-1360*, Woodbridge, 2000, p. 296.

81. *Ibid.*, p. 301.

82. H. J. Hewitt, *The Organization of War under Edward III, 1338-1362*, Manchester, 1966, p. 117.

83. Cita tomada de Rogers, *War Cruel and Sharp*, p. 323.

84. Rogers, *Wars of Edward III*, p. 169. (He abreviado el texto, originalmente más largo.)

85. Gillingham, «William the Bastard at War», p. 149.

86. N. P. Milner, (edición y traducción de), *Vegetius: Epitome of Military Science*, Liverpool, 1993, p. 65. [Hay traducción castellana: Vegecio, *Compendio de técnica militar*, traducción de David Paniagua Aguilar, Cátedra, Madrid, 2006. *(N. de los t.)*]

87. W. Arndt, (comp.), *Gisleberti Chronicon Hanoniense*, Hanover, 1869. Hoy puede conseguirse una traducción inglesa: véase Gilberto de Mons, *Chronicle of Hainaut*, edición y traducción de Laura Napran, Woodbridge, 2005.

88. Rogelio de Wendover, ii, p. 479.

89. Frederick C. Suppe, *Military Institutions on the Welsh Marches: Shropshire, 1066-1300*, Woodbridge, 1994, p. 22.

90. Christopher Allmand, *The Hundred Years War: England and France at War, c. 1300-c. 1450*, Cambridge, 1988, p. 55.

91. Cita tomada de Susan Reynolds, *Fiefs and Vassals*, Oxford, 1994, p. 37.

92. Nicholas Wright, *Knights and Peasants: The Hundred Years War in the French Countryside*, Woodbridge, 1998, p. 90.

93. Philippe Contamine, «Rançons et Butins dans la Normandie Anglaise, 1424-1444», en Actas del 101 Congreso nacional de las Sociedades Científicas, Lille, 1976, *La Guerre et la Paix: Frontières et Violences au Moyen Âge*, París, 1978, p. 258.

94. Green, *Edward the Black Prince*, p. 35.

CAPÍTULO 6: ¿SALVAJISMO MEDIEVAL?

1. Philip Zimbardo, *The Lucifer Effect: How Good People Turn Evil*, 2007, p. 487. [Hay traducción castellana: *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad*, traducción de Genís Sánchez Barberán, Paidós, Barcelona, 2008. *(N. de los t.)*]

2. Susan Mary Grant, «For God and Country: Why Men Joined Up for the US Civil War», en *History Today*, n.º 50, 7, 2000, pp. 23-24.

3. John Connelly, «Rampaging», *London Review of Books*, 22 de junio de 2006, p. 30.

4. Christopher Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Harmondsworth, 1998, p. 189. [Hay traducción castellana: *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la solución final en Polonia*, traducción de Montserrat Batista Pegueroles, Edhasa, Barcelona, 2002. *(N. de los t.)*]

5. Grant, «For God and Country», p. 24.

6. Niall Ferguson, *The Pity of War*, Harmondsworth, 1998, pp. 377 y *passim*. Para una variante del tema de los alemanes potencialmente capaces de engendrar más hijos, véase también Bourke (la referencia se encontrará más adelante, en la nota 10).

7. Anthony Lloyd, *Another Bloody Love Letter*, 2007.

8. Cita tomada de Huizinga, *Waning of the Middle Ages*, p. 76. [Hay

traducción castellana: *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre la forma de vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, traducción de Alejandro Rodríguez de la Peña, Madrid, Alianza, 2008. *(N. de los t.)*]

9. Matthew Bennett, «Military Masculinity in England and Northern France, *c.* 1050-*c.* 1215», en D. M. Hadley, (comp.), *Masculinity in Medieval Europe*, 1999, p. 88.

10. Joanna Bourke, *An Intimate History of Killing: Face to Face Killing in the Twentieth Century*, 1999, p. 42. [Hay traducción castellana: *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, traducción de Luis A. Noriega Hederich, Crítica, Barcelona, 2008. *(N. de los t.)*]

11. John Erickson, «Review», *Times Literary Supplement*, 28 de agosto de 1998.

12. F. F. Bruce, *Israel and the Nations: The History of Israel from the Exodus to the Fall of the Second Empire*, Sheffield, 1983, p. 38. Le agradezco al doctor Anthony Cross que me haya indicado el interés de este libro.

13. Len Scales, «Bread, Cheese and Genocide: Imagining the Destruction of Peoples in Medieval Western Europe», en *History*, n.º 92, 3, 2007, p. 300.

14. Gerardo de Gales, *Expugnatio*, p. 61.

Bibliografía selecta

Los siguientes títulos son los más importantes de entre los que guardan directa relación con este libro. No se trata en modo alguno de una bibliografía exhaustiva. Salvo algunas excepciones, no he incluido aquí obras históricas generales sobre cuestiones políticas y militares. Dado que hay publicada una enorme cantidad de literatura sobre la guerra medieval —obviamente excesiva para enumerarla en lo que sigue—, he incluido unos cuantos estudios historiográficos y artículos de revistas en los que se abordan algunos de los temas propios de la bibliografía de este campo. Y en cuanto a las fuentes originales, he intentado consignar las traducciones inglesas más accesibles. El lugar de la publicación es siempre Londres a menos que se indique lo contrario.

Ailes, M., y Barber, M., (edición y traducción de), *The History of the Holy War*, Woodbridge, 2003.

Allmand, C., «The Reporting of War in the Middle Ages», en Diana Dunn (comp.), *War and Society in Medieval and Early Modern Britain*, Liverpool, 2000.

—, (comp.), *Society at War: The Experience of England and France during the Hundred Years War*, Woodbridge, 1998.

—, *The Hundred Years War: England and France at War, c. 1300-c. 1450*, Cambridge, 1988.

—, *Henry V*, 1992.

—, «War and Non-Combatants in the Middle Ages», en Keen, *Medieval Warfare*.

Appleby, J., (edición y traducción de), *The Chronicle of Richard of Devizes*, 1963.

Arndt, W., (comp.), *Gisleberti Chronicon Hanoniense*, Hanover, 1869.

Arnold, B., *Princes and Territories in Medieval Germany*, Cambridge, 1991.
Ashley, W. J., *Edward III and his Wars, 1327-1360*, 1887.
Ayton, A., *Knights and Warhorses: Military Service and the English Aristocracy under Edward III*, Woodbridge, 1994.
Bachrach, B.; Rogers, C. J.; y De Vries, K., (comps.), *Journal of Medieval Military History*, Woodbridge, 2002.
Baraz, D., *Medieval Cruelty*, Ithaca, 2003.
Barber M., *The Cathars*, Harlow, 2000.
Barber R., *The Knight and Chivalry*, Woodbridge, 1995.
—, *Edward: Prince of Wales and Aquitaine*, Woodbridge, 1978.
—, (comp.), *Life and Campaigns of the Black Prince*, 1979.
Barnie, J., *War in Medieval English Society: Social Values in the Hundred Years War, 1377-99*, Nueva York, 1974.
Barr, N., *Flodden*, Stroud, 2001.
Barrow, G. W. S., «The Scots and the North of England», en Edmund King, (comp.), *The Anarchy of King Stephen's Reign*, Oxford, 1994.
Bartlett, R., *The Hanged Man: A Story of Miracle, Memory, and Colonialism in the Middle Ages*, Princeton, 2004.
—, *England Under the Norman and Angevin Kings, 1074-1225*, Oxford, 2000.
—, *The Making of Europe: Conquest, Colonization and Cultural Challenge, 950-1350*, Harmondsworth, 1993.
—, «Zealous Anger and the Renegotiation of Aristocratic Relations in 11th- and 12th-Century France», en Rosenwein, *Anger's Past*.
Beeler, J., *Warfare in Feudal Europe*, Ithaca, 1971.
Bennett, M., *Agincourt 1415: Triumph Against the Odds*, 1991.
—, «Military Masculinity in England and Northern France, *c.* 1050-*c.* 1215», en D. M. Hadley, (comp.), *Masculinity in Medieval Europe*, 1999.
Boardman, A, W., *The Battle of Towton*, Stroud, 1996.
Bloch, M., *Feudal Society*, Chicago, 1961. [Hay traducción castellana: *La sociedad feudal*, traducción de Eduardo Ripoll Perelló, Akal, Madrid, 2002.]
Bourke, J., *An Intimate History of Killing: Face to Face Killing in the Twentieth Century*, 1999. [Hay traducción castellana: *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, traducción de Luis A. Noriega Hederich, Crítica, Barcelona, 2008.]
Bradbury, J., *The Medieval Siege*, Woodbridge, 1992.

Brown, A. L., *The Governance of Late Medieval England*, 1989.
Brown, R. A., *The Normans and the Norman Conquest*, Woodbridge, 1985.
—, *English Castles*, 1976.
—, (comp.), *The Norman Conquest: Documents of Medieval History*, 1984.
Browning, C., *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Harmondsworth, 1998. [Hay traducción castellana: *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la solución final en Polonia*, traducción de Montserrat Batista Pegueroles, Edhasa, Barcelona, 2002.]
Bruce, F. F., *Israel and the Nations: The History of Israel from the Exodus to the Fall of the Second Empire*, Sheffield, 1983.
Christiansen, E., *The Northern Crusades*, Harmondsworth, 1997.
Church, S. D., *King John: New Interpretations*, Woodbridge, 1999.
Connelly, J., «Rampaging», *London Review of Books*, 22 de Junio de 2006.
Contamine, P., *War in the Middle Ages*, Oxford, 1984. [Hay traducción castellana: *La guerra en la Edad Media*, traducción de Francisco Javier Faci Lacasta, Labor, Barcelona, 1984.]
—, «Rançons et Butins dans la Normandie Anglaise, 1424-1444», en Actas del 101 Congreso nacional de las sociedades científicas, Lille, 1976, *La Guerre et la Paix: Frontières et Violences au Moyen Âge*, París, 1978.
—, y Guyotjeannin, D., (comps.), *La Guerre, La Violence, et Les Gens au Moyen Âge*, 2 volúmenes, París, 1996.
—, Giry-Deloison, C.; y Keen, M., (comps.), *Guerre et Société en France, en Angleterre et en Bourgogne, XIVe-XVe Siècle*, Lille, 1991.
Coulson, C., *Castles in Medieval Society: Fortresses in England, France and Ireland in the Central Middle Ages*, Oxford, 2003.
Cowdrey, H. E. J., *Popes, Monks and Crusaders*, 1984.
Crouch, D., *The Reign of King Stephen, 1135-54*, Harlow, 2000.
Curry, A., (edición y traducción de), *The Battle of Agincourt: Sources and Interpretations*, Woodbridge, 2000.
—, *Agincourt: A New History*, Stroud, 2005.
Davies, R. R., *The First English Empire: Power and Identities in the British Isles, 1093-1343*, Oxford, 2000.
Davis, R. H. C., *King Stephen*, Harlow, 1997.
Dean, T., *Crime in Medieval Europe*, 2001.
Delaborde, H. F., *Œuvres de Rigord et de Guillaume le Breton*, París, 1882.
DeVries, K., *Infantry Warfare in the Early Fourteenth Century*, Woodbridge, 1996.

—, «Harold Godwinson in Wales: Military Legitimacy in Late Anglo-Saxon England», en Richard Abels, (comp.), *The Normans and Their Adversaries*, Woodbridge, 2001.

Dockray, K., *Henry V*, Stroud, 2004.

—, (comp.), *Henry VI, Margaret of Anjou and the Wars of the Roses: A Source Book*, Stroud, 2000.

Douglas, D. C., *William the Conqueror*, 1964.

Dunbabin, J., *Captivity and Imprisonment in Medieval Europe, 1000-1300*, Basingstoke, 2002.

Dunn, A., *The Great Rising of 1381*, Stroud, 2002.

—, «A Kingdom in Crisis: Henry IV and the Battle of Shrewsbury», *History Today*, n.º 53, 8, 2003.

Edbury, P. W., (edición y traducción de), *The Conquest of Jerusalem and the Third Crusade: Sources in Translation*, Aldershot, 1996.

Edgington, S., *The First Crusade*, 1996.

Ellis, H., (comp.), *The Chronicle of John Hardyng*, 1812.

Erickson, J., «Review», *Times Literary Supplement*, 28 de agosto de 1998.

Evans, R., *Rituals of Retribution: Capital Punishment in Germany, 1600-1987*, 1997.

Ferguson, N., *The Pity of War*, Harmondsworth, 1998.

Fiorato, V.; Boylston, A. y Knüsel, C., *Blood Red Roses: The Archaeology of a Mass Grave from the Battle of Towton AD 1461*, Oxford, 2000.

Fletcher, R., *Bloodfeud: Murder and Revenge in Anglo-Saxon England*, Harmondsworth, 2002.

«Florencio» de Worcester, *A History of the Kings of England*, traducción inglesa de J. Stephenson, Lampeter, s. f. (*c.* 1990).

Foot, S., «Violence Against Christians? The Vikings and the Church in Ninth-Century England», *Medieval History*, n.º 1, 3, 1991.

France, J., *Western Warfare in the Age of the Crusades, 1000-1300*, 1999.

—, *Victory in the East: A Military History of the First Crusade*, Cambridge, 1994.

—, «Recent Writing on Medieval Warfare: From the Fall of Rome to *c.* 1300», *Journal of Military History*, n.º 65, 2, 2001.

Froissart, *Chronicles*, edición y traducción de Geoffrey Brereton, Harmondsworth, 1978.

Gabrieli, F., (edición y traducción de), *Arab Historians of the Crusades*, 1969.

Garmonsway, G. N., (edición y traducción de), *The Anglo-Saxon Chronicle*, 1972.

Gauvard, C., «Justification an Theory of the Death Penalty at the *Parlement* of Paris in the Late Middle Ages», en Christopher Allmand, (comp.), *War, Government and Power in Late Medieval France*, Liverpool, 2000.
Gilberto de Mons, *Chronicle of Hainaut*, edición y traducción de Laura Napran, Woodbridge, 2005.
Gillingham, J., *The English in the Twelfth Century: Imperialism, National Identity and Politics*, Woodbridge, 2000.
—, *Richard Cœur de Lion*, 1994.
—, *The Wars of the Roses: Peace and Conflict in Fifteenth-Century England*, 1981.
—, «William the Bastard at War», en Christopher Harper-Bill, Christopher Holdsworth y Janet Nelson, (comps.), *Studies in Medieval History Presented to R. Allen Brown*, Woodbridge, 1989.
—, «An Age of Expansion, *c.* 1020-1204», en Keen, *Medieval Warfare.*
Given, J. B., *Society and Homicide in Thirteenth-Century England*, Stanford, 1977.
Gonthier, N., *Le Châtiment du Crime au Moyen Âge*, Rennes, 1998.
Goodich, M., *Violence and Miracle in the Fourteenth Century*, Chicago, 1995.
Grant, S. M., «For God and Country: Why Men Joined Up for the US Civil War», en *History Today*, n.º 50, 7, 2000.
Green, D., *Edward the Black Prince*, Harlow, 2007.
—, *The Battle of Poitiers, 1356*, 2002.
Grimsley, M. y Rogers, C. J., (comps.), *Civilians in the Path of War*, 2002.
Halsall, G., «Playing By Whose Rules? A Further Look at Viking Atrocity in the Ninth Century», *Medieval History*, n.º 2, 2, 1992.
Hammond, P. W., *The Battles of Barnet and Tewkesbury*, Stroud, 1990.
Hanawalt, B., «Violence in the Domestic Milieu of Late Medieval England», en Richard Kaeuper, (comp.), *Violence in Medieval Society*, Woodbridge, 2000.
—, y Wallace, D., (comps.), *Medieval Crime and Social Control*, Minneapolis, 1999.
Hanley, C., *War and Combat, 1150-1270: The Evidence of Old French Literature*, Woodbridge, 2003.
Harriss, G., L., *Henry V: The Practice of Kingship*, Oxford, 1985.
Hay, D., «Gender Bias and Religious Intolerance in Accounts of "Massacres" of the First Crusade», en Michael Gervers y James M. Powell, (comps.), *Tolerance and Intolerance: Social Conflict in the Age of the Crusades*, Syracuse, 2001.

Enrique de Huntingdon, *The History of the English People, 1000-1154*, edición y traducción de Diana Greenway, Oxford, 2002.
Hewitt, H. J., *The Organization of War under Edward III, 1338-62*, Manchester, 1966.
Hill, R., (edición y traducción de), *Gesta Francorum*, 1962.
Holden, A. J.; Crouch, D. y Gregory, S., (comps.), *History of William Marshal*, 2002-2006.
Hollister, C., «Royal Acts of Mutilation: The Case Against Henry I», en *Monarchy, Magnates and Institutions in the Anglo-Norman World*, 1986.
Holt, J. C., *The Northerners*, Oxford, 1992.
Howlett, R., (comp.), *Chronicles of the Reigns of Stephen, Henry II and Richard I*, 4 volúmenes, colección Rolls, 1884.
Hudson, J., *The Formation of the English Common Law: Law and Society in England from the Norman Conquest to Magna Carta*, 1996.
Huizinga, J., *The Waning of the Middle Ages*, Nueva York, 1949 (edición original, 1919). [Hay traducción castellana: *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre la forma de vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, traducción de Alejandro Rodríguez de la Peña, Alianza, Madrid, 2008.]
Hyams, P., «What Did Henry III of England Think in Bed and in French about Kingship and Anger?», en Rosenwein, (comp.), *Anger's Past*.
Jackson, K. H., (comp.), *A Celtic Miscellany*, Harmondsworth, 1971.
Johnston, R. C., (edición y traducción de), *Jordan Fantosme's Chronicle*, Oxford, 1981.
Joinville y Villehardouin, *Chronicles of the Crusades*, edición y traducción de, M. R. B. Shaw, Harmondsworth, 1963.
Joliffe, J. E. A., *Angevin Kingship*, 1963.
Jones, M., «War and Fourteenth-Century France», en Anne Curry y Michael Hughes, (comps.), *Arms, Armies and Fortifications in the Hundred Years War*, Woodbridge, 1994.
Kaeuper, R. W., *Chivalry and Violence in Medieval Europe*, Oxford, 1999.
—, *War, Justice and Public Order: England and France in the Later Middle Ages*, Oxford, 1988.
—, y Kennedy, E., (edición y traducción de), *The Book of Chivalry of Geoffroi de Charny*, Pennsylvania, 1996.
Kagay, D. J. y Villalon, L. J. A., (comps.), *The Circle of War in the Middle Ages*, Woodbridge, 1999.
Kapelle, W. E., *The Norman Conquest of the North, 1000-1135*, 1979.

Keen, M., *Nobles, Knights and Men-at-Arms*, 1996.
—, *Chivalry*, 1984.
—, *The Laws of War in the Later Middle Ages*, 1965.
—, (comp.), *Medieval Warfare: A History*, Oxford, 1999.
—, «Chivalry, Nobility and the Man-at-Arms», en Christopher Allmand, (comp.), *War, Literature and Politics in the Late Middle Ages*, Liverpool, 1976.
Lloyd, A., *Another Bloody Love Letter*, 2007.
—, *King John*, 1973.
Luchaire, A., *Social France at the Time of Philip Augustus*, 1912.
Maddern, P., *Violence and Social Order: East Anglia, 1422-1442*, Oxford, 1992.
Mannix, D., *The History of Torture*, Stroud, 2003 (edición original, 1964).
Matthew, D., *King Stephen*, 2002.
Mayer, H. E., *The Crusades*, Oxford, 1988.
McGlynn, S., *The Invasion of England 1216*, Stroud (próxima publicación en 2008).
—, «Roger of Wendover and the Wars of Henry III, 1216-1234», en Björn K. U. Weiler e Ifor W. Rowlands, (comps.), *England and Europe in the Reign of Henry III, 1216-1272*, Aldershot, 2002.
—, «Politics and Violence in the Late Middle Ages», *Canadian Journal of History*, n.º 26, 3, 2001.
—, «The Useless Mouths», *History Today*, n.º 48, 6, 1998.
—, «Medieval Warfare», *European Review of History-Revue Européene d'Histoire*, n.º 4, 2, 1997.
—, «Britain and Europe: A Medieval Comparison», *Politics*, n.º 16, 3, 1996.
—, «The Myths of Medieval Warfare», *History Today*, n.º 44, 1, 1994.
—, «Philip Augustus: Too Soft a King?», *Medieval Life*, n.º 7, 1997.
Melville, C. P. y Lyons, M. C., «Saladin's Hattin Letter», en B. Z. Kedar, (comp.), *The Horns of the Hattin*, Londres y Jerusalén, 1992.
Meron, T., *Henry's Wars and Shakespeare's Laws: Perspectives on the Law of War in the Middle Ages*, Oxford, 1993.
Messenger, C., (comp.), *Reader's Guide to Military History*, Londres, 2001.
Meyerson, D., Thiery, D., y Falk, O., *«A Great Effusion of Blood?»: Interpreting Medieval Violence*, Toronto, 2004.
Michel, F., (comp.), *Histoires des Ducs de Normandie et des Rois d Angleterre*, París, 1840.

Milner, N. P., (edición y traducción de), *Vegetius: Epitome of Military Science*, Liverpool, 1993. [Hay traducción castellana: Vegecio, *Compendio de técnica militar*, traducción de David Paniagua Aguilar, Cátedra, Madrid, 2006.]

Moore, H., *The History of the Persecutions of the Church of Rome and Complete Protestant Martyrology*, 1809.

Morillo, S., *Warfare Under the Anglo-Norman Kings*, Woodbridge, 1994.

Myers, A. R., (comp.), *English Historical Documents*, iv, 1969, pp. 220-222.

Neville, C., *Violence, Custom and Law: The Anglo-Scottish Border Lands in the Later Middle Ages*, Edimburgo, 1998.

—, «Homicide in the Ecclesiastical Court of Fourteenth-Century Durham», en Nigel Saul, (comp.), *Fourteenth-Century England I*, Woodbridge, 2000.

—, «War, Women and Crime in the Northern Border Lands in the Later Middle Ages», en Donald Kagay y L. J. Andrew Villalon, (comps.), *The Final Argument: The Imprint of Violence on Society in Medieval and Early Modern Europe*, Woodbridge, 1998.

Nicholson, H., *Medieval Warfare*, Basingstoke, 2004.

—, (edición y traducción de), *Chronicle of the Third Crusade*, Aldershot, 1997.

Nirenberg, D., *Communities of Violence: Persecution of Minorities in the Middle Ages*, Princeton, 1996.

O'Callaghan, J. F., *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, Pennsylvania, 2004.

Oman, C., *The Art of War in the Middle Ages*, Ithaca, 1953 (edición original, 1885).

Opren, G. H., (edición y traducción de), *Song of Dermot and the Earl*, Lampeter, 1994.

Orderico Vitalis, *The Ecclesiastical History*, edición y traducción de Marjorie Chibnall, Oxford, 1969-1981.

Otón de Freising, *The Deeds of Frederick Barbarossa*, traducción de Charles Mierow, Toronto, 1994.

Owen, D. D. R., *William the Lion: Kingship and Culture, 1143-1214*, East Linton, 1997.

Paden, W.; Sankovitch, T. y Stalen, P., (edición y traducción de), *The Poems of Bertran de Born*, Los Ángeles, 1986.

Palmer, J., «War and Domesday Waste», en Matthew Strickland, (comp.),

Armies, Chivalry and Warfare in Medieval Britain and France, Stamford, 1998.

—, «The Conqueror's Footprints in Domesday Book», en Andrew Ayton y J. L. Price (comps.), *The Medieval Military Revolution: State, Society and Military Change in Medieval and Early Modern Europe*, 1995.

Pantin, W. A., *The English Church in the Fourteenth Century*, Toronto, 1980.

Peters, E., (comp.), *The First Crusade: The Chronicle of Fulcher of Chartres and Other Source Materials*, Pennsylvania, 1988.

Phillips, G., *The Anglo-Scot Wars, 1513-1550*, Woodbridge, 1999.

Poole, A. L., *From Domesday Book to Magna Carta*, Oxford, 1955.

Potter, K. R., (comp.), *Gesta Stephani*, Oxford, 1955.

Power, D., *The Norman Frontier in the Twelfth and Early Thirteenth Centuries*, Cambridge, 2004.

Powers, J. F., *A Society Organized for War: The Iberian Municipal Militias in the Central Middle Ages, 1000-1284*, Berkeley, 1988.

Prestwich, M., *The Three Edwards: War and State in England, 1272-1377*, 2003.

—, *Armies and Warfare in the Middle Ages: The English Experience*, 1996.

Reid, B. H., «Rationality and Irrationality in Union Strategy, April 1861-March 1862», *War in History*, n.º 1, 1, 1994.

Reuter, T., «*Episcopi cum sua militia:* The Prelate as Warrior in the Early Staufer Era», en Timothy Reuter, (comp.), *Warriors and Churchmen in the Middle Ages*, 1992.

Reynolds, S., *Fiefs and Vassals*, Oxford, 1994.

Ricardo de Hexham, «History of the Acts of King Stephen», en J. Stephenson, (trad.), *Contemporary Chronicles of the Middle Ages*, Lampeter, 1988.

Richards, D. S., (edición y traducción de), *The Rare and Excellent History of Saladin*, Aldershot, 1992.

Riley, H. T., (edición y traducción de), *Annals of Roger of Hoveden*, Lampeter, 1997.

—, (comp.), *Annals of John Trokelow*, Londres, 1886.

Rogelio de Wendover, *Flowers of History*, edición y traducción de J. A. Giles, Lampeter, 1996.

Rogers, C. J., *War Cruel and Sharp: English Strategy Under Edward III, 1327-1360*, Woodbridge, 2000.

—, (comp.), *The Wars of Edward III: Sources and Interpretations*, Woodbridge, 1999.

—, «The Age of the Hundred Years War», en Keen, *Medieval Warfare.*
Rosenwein, B., (comp.), *Anger's Past: The Social Uses of an Emotion in the Middle Ages*, Ithaca, 1998.
Runciman, S., *The First Crusade*, Cambridge, 1980.
Russell, F., *The Just War in the Middle Ages*, Cambridge, 1976.
Saunders, C.; Le Saux, F. y Thomas, N., *Writing War: Medieval Literary Responses to War*, Woodbridge, 2004.
Scales, L., «Bread, Cheese and Genocide: Imagining the Destruction of Peoples in Medieval Western Europe», en *History*, n.º 92, 3, 2007, p. 300.
Scott, A. B. y Martin, F. X., (edición y traducción de), *Expugnatio Hibernica*, Dublín, 1978.
Scott, G., *A History of Torture*, 1940.
Seward, D., *Henry V as Warlord*, 1987.
Shirley, J., (edición y traducción de), *The Song of the Cathar Wars*, Aldershot, 1996.
Sibly, W. A. y Sibly, M. D., (edición y traducción de), *The Chronicle of William of Puylaurens*, Woodbridge, 2003.
—, (edición y traducción de), *The History of the Albigensian Crusade: Peter of Les Vaux-de-Cernay's Historia Albigensis*, Woodbridge, 1998.
Simeón de Durham, *A History of the Kings of England*, edición y traducción de J. Stevenson, Lampeter, 1987.
Speed, Peter, (comp.), *Those Who Fought: An Anthology of Medieval Sources*, Nuev York, 1996.
Spraggs, G., *Outlaws and Highwaymen: The Cult of the Robber in England from the Middle Ages to the Nineteenth Century*, 2001.
Stacey, R., «The Age of Chivalry», en Michael Howard, George Andreopoulis y Mark Shulman, (comps.), *The Laws of War: Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, 1994.
Stenton, F. M., *Anglo-Saxon England*, Oxford, 1971.
Stephenson, J., (comp.), *Radulphi de Coggeshall Chronicon Anglicanum*, colección Rolls, 1875.
Stones, E. L. G., (edición y traducción de), *Anglo-Scottish Relations, 1174-1328*, Oxford, 1965.
Strayer, J., *The Albigensian Crusades*, Nueva York, 1971.
Strickland, M., *War and Chivalry: The Conduct and Perception of War in England and Normandy, 1066-1217*, Cambridge, 1996.
—, (comp.), *Anglo-Norman Warfare*, Woodbridge, 1992.

—, «Killing or Clemency? Ransom, Chivalry and Changing Attitudes to Defeated Opponents in Britain and Northern France, 7-12th Centuries», en Hans-Henning Kortum, (comp.), *Krieg im Mittelalter*, 2001 —texto obtenido en de www.deremilitari.org/strickland—.
—, «A Law of Arms or a Law of Treason? Conduct in War in Edward I's Campaigns in Scotland, 1296-1307», en Richard W. Kaeuper, (comp.), *Violence in Medieval Society*, Woodbridge, 2000.
—, , «Against the Lord's Anointed: Aspects of Warfare and Barional Rebellion in England and Normandy, 1075-1265», en George Garnett y John Hudson, (comps.), *Law and Government in Medieval England and Normandy*, Cambridge, 1994.
—, «Slaughter, Slavery or Ransom: The Impact of the Conquest on Conduct in Warfare», en Carola Hicks, (comp.), *England in the Eleventh Century*, Stamford, 1992.
Stringer, K. J., *The Reign of Stephen*, 1993.
Suger, *The Deeds of Louis the Fat*, edición y traducción de Richard Cusimano y John Moorhead, Washington, 1992.
Summerson, H., «Attitudes to Capital Punishment in England, 1200-1350», en Michael Prestwich, Richard Britnell y Robin Frame, (comps.), *Thirteenth Century England 8*, Woodbridge, 2001.
Sumption, J., *The Hundred Years War: Trial by Fire*, 1999.
Suppe, F. C., *Military Institutions on the Welsh Marches: Shropshire, 1066-1300*, Woodbridge, 1994.
Sweetenham, C., (edición y traducción de), *Robert the Monk's History of the First Crusade*, Aldershot, 2005.
Thompson, P., (edición y traducción de), *Contemporary Chronicles of the Hundred Years War*, 1966.
Tuchman, B., *A Distant Mirror: The Calamitous Fourteenth Century*, Nueva York, 1978.
Turner, R. V., *King John*, Harlow, 1994.
—, y Heiser, R. H., *The Reign of Richard Lionheart: Ruler of the Angevin Empire, 1189-1199*, Harlow, 2000.
Ullman, W., *Medieval Political Thought*, 1975.
—, *Principles of Government and Politics in the Middle Ages*, 1961.
Vale, M., *War and Chivalry: Warfare and Aristocratic Culture in England, France and Burgundy at the End of the Middle Ages*, Athens, Georgia, 1981.
—, «Trial by Battle in the Later MiddleAges», en Richard Kaeuper, (comp.), *Violence in Medieval Society*, Woodbridge, 2000.

Verbruggen, J. F., *The Art of Warfare in Western Europe During the Middle Ages*, Woodbridge, 1997.

Wallace-Hadrill, J. M., «War and Peace in the Earlier Middle Ages», *Transactions of the Royal Historical Society*, n.º 25, 1975.

Warren, W. L., *King John*, 1978.

Weinberg, S., *Glory and Terror*, Nueva York, 2004.

White, S., «Feuding and Peacemaking in the Touraine around the Year 1000», *Traditio*, 42, 1986.

Wicher, N., «Selective Female Infanticide as Partial Explanation for the Dearth of Women in Viking Age Scandinavia», en Guy Halsall, (comp.), *Violence and Society in the Early Medieval West*, Woodbridge, 1998.

William of Malmesbury, *A History of the Norman Kings*, traducción de J. Stephenson, Lampeter, 1989.

Williams, A., *The English and the Norman Conquest*, Woodbridge, 1995.

Wright, N., *Knights and Peasants: The Hundred Years War in the French Countryside*, Woodbridge, 1998.

Zajac, W., «Captured Property on the First Crusade», en Jonathan Phillips, (comp.), *The First Crusade: Origins and Impact*, Manchester, 1997.

Zimbardo, P., *The Lucifer Effect: How Good People Turn Evil*, 2007.

Índice analítico

Índice